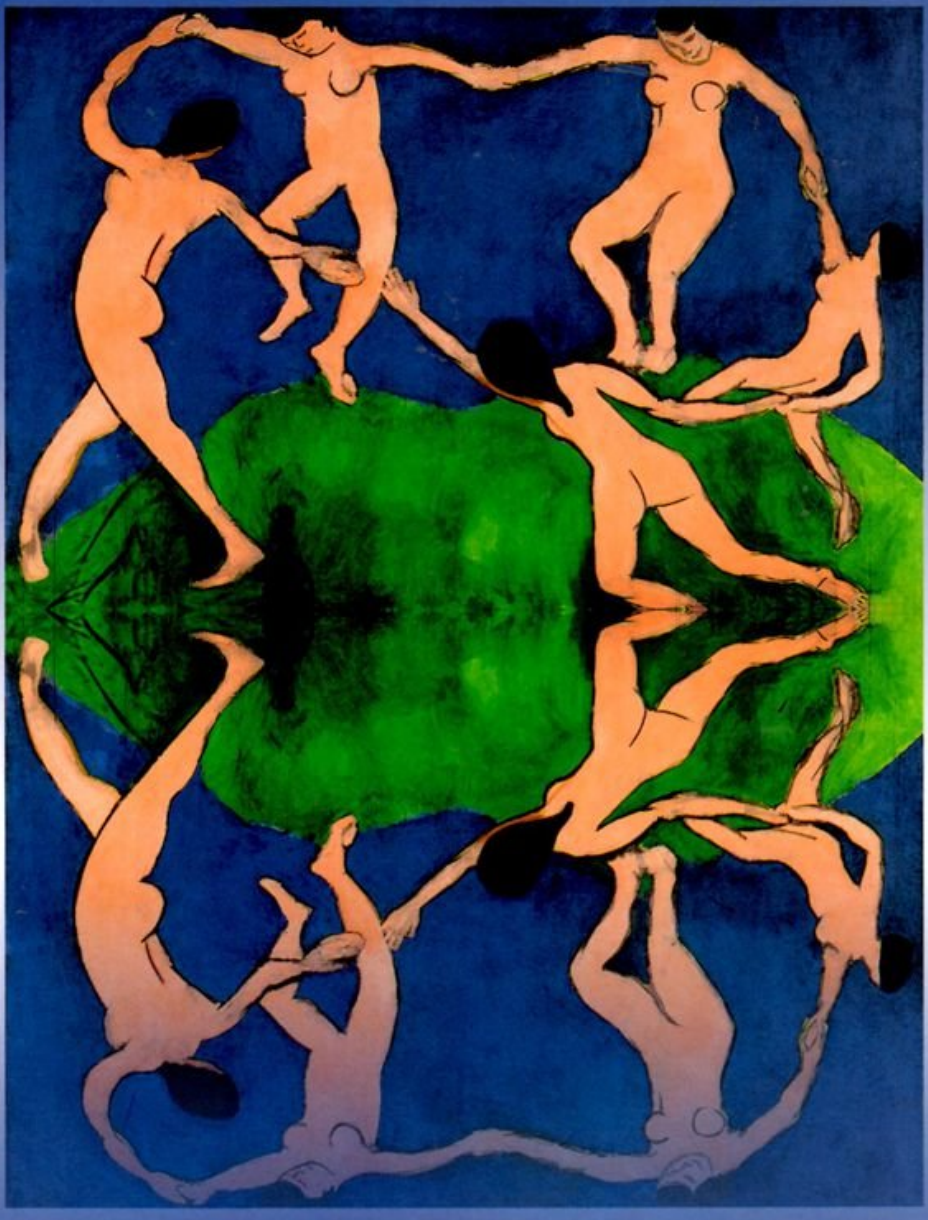
La Fraternidad



Wilfredo Míguez

La Fraternidad

Wilfredo Míguez

Copyright © 2005

La Fraternidad

Primera edición, 2005

La Fraternidad está protegida por el "Register of Copyrights, United States of America" bajo el número TXu1-131-399, y otros países. Está rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de este libro, la recopilación en un sistema informático, la transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, por registro o por otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del propietario de los derechos.

Dedicatoria

A mis hijos, a todos…, una vez más.

La justicia es el pan del pueblo; siempre está hambriento de ella.

Chateaubriand, escritor francés

Capítulo 1

"La Cuba del Norte", recordó Oliver, apretándole una mano a Amparito. Se apoyaron en la baranda a observar la inmensidad de la noche. Oliver entrecerró los ojos, fijó la mirada, ya se podían apreciar las primeras luces en la costa. Miró su reloj, eran las 5:32 a.m., no amanecía todavía. "La Cuba del Norte", jugaba con la frase.

Trató de identificar el parpadeo de las luces a lo lejos, se escuchaba subir a los pasajeros por borbotones, todos querían observar el amanecer. De pronto, un destello, luego otro. No había duda, era el relampagueo del faro del Morro; Oliver sintió un pálpito y abrazó a Amparito. El murmullo se esparció por toda la cubierta, la gente corrió, muchos estaban amanecidos, alegres en sus trajes de fiesta, era la última noche antes de regresar a San Juan.

Oliver había tomado una semana de vacaciones por el Caribe. Le hacía falta, los últimos doce meses los había vivido dentro de un hervidero de emociones. Lo que le esperaba no era fácil… Le había pedido a Amparito que lo acompañara, estaba en deuda con esa chica.

A las 5:49 se asomaron los primeros rayos del sol; embriagados de amores patrios algunos pasajeros comenzaron a cantar "En Mi Viejo San Juan". Los turistas contemplaban fascinados la algarabía de los boricuas. ¡Puerto Rico es la tierra del sol y la fiesta!, le explicaba un boricua a un turista, por encima de la bulla.

Fernando Oliver Mendoza y Amparito Castro Llorente regresaron en el Carla C a la bahía de San Juan un sábado de junio de 1980. Desde la baranda contemplaban la ciudad amurallada, las callejuelas sembradas de adoquines; Oliver pensó en la Bombonera, tenía un bajón de mallorca y limonada. ¡Mm!..., café con leche.

Era poco antes de las 9:00 de la mañana cuando Oliver y Amparito al fin desembarcaron, esos trámites aduaneros siempre toman tiempo. A ella la vinieron a buscar su tío Guille y sus primas, que no paraban de comentar su suerte; para ellas Oliver era el príncipe azul que todas anhelaban. El sol ya estaba picante, así que tras una reunión de besos y abrazos, se despidieron. Oliver partió por las callejuelas cuesta arriba, sabía muy bien hacia donde se dirigía. La ciudad estaba alegre, como todos los sábados en la mañana; el bullicio de la gente, los pregoneros, el aroma del café. Oliver contestaba los saludos con la mano en alto, con la otra cargaba una pesada maleta. Entró en la Bombonera, a mano izquierda estaba el taburete de los periódicos. Se detuvo, los ojeó, nada había cambiado en una semana, todo era lo mismo: "AMPLIAN PESQUISA SOBRE MARAVILLA". Agarró El Nuevo Día y el Time y se escurrió hacia una de las mesas al fondo, se moría por un café con leche. Le hizo señas a un mozo...

–¿Te vas o llegas? –le preguntó el mozo.

–Llego –Oliver empujaba la maleta debajo de la mesa; alzó la vista y le sonrió –: Mallorca, limonada y café con leche... –contaba con los dedos–. ¡Ah!, y por favor, con mucha mantequilla.

Se acomodó y comenzó a ojear el periódico: deportes, espectáculos, en ese orden. No habían transcurrido quince minutos y ya extrañaba a Amparito. El mozo trajo la limonada, luego la mallorca y el café. Oliver soltó el periódico, ocupaba mucho espacio. Saboreaba su café cuando en la portada del Time leyó: "CARIBBEAN REBELS: Who did it best, Muñoz or Fidel?" Se abrió una olla de cosas en su mente. Se quedó pensativo, la mirada perdida. Así estuvo varios segundos..., eternos. Picó un pedacito de mallorca, la mantequilla chorreaba entre los dedos, la hundió en el café. "La Cuba del Norte"..., le daba vuelta en la cabeza... "Who did it best, Muñoz or Fidel". Pensó en su papá y en su mamá, se transportó al entierro de Muñoz, tan solo había transcurrido un mes, todavía las sirenas lo perseguían, el batir del helicóptero, las luces que lo aturdían. Cerraba los ojos y le venían las imágenes de la muchedumbre, apiñada, atrapada, llorando y rabiando.

Volvió a probar el café, meditativo. Repasó lo que le esperaba en la oficina con el jaleo de la herencia del Ron Caribe. Desde la muerte de don Roberto González el verano anterior, Oliver había vivido el año más intenso de su vida. Viajes a Nueva York, Cuba, Washington, Miami, se pasaba la mitad del tiempo montado en un avión. Pero los problemas de la herencia no se resolvían, solo se complicaban más.

De pronto le pareció que Amparito había entrado a la Bombonera con sus primas, pero no, no era cierto.

Jugaba con el hielo mientras ojeaba la revista. "Caribbean Rebels: por Sofía Miró", Oliver sonrió. Se le hacía difícil acomodar tantos pensamientos. Durante el último año, él andaba empantanado tratando de resolver los problemas de la herencia, mientras Sofía ya había publicado dos reportajes en la revista Time: "La Cuba del Norte" y "Caribbean Rebels". Seguro que tendría varios mensajes de ella al llegar a la oficina. "Yo soy el Panfletista de Dios, el agitador

de Dios...", leía una cita entre dos fotos de Muñoz. "Esta es la revolución socialista y democrática de los humildes, con los humildes y para los humildes..." leía al pie de una foto de Fidel.

Oliver pidió más café. Con la mirada perdida recorrió el último año, de verano a verano, reflexivo. Vinieron a rescatarlo los recuerdos de aquella inolvidable mañana en que entonces le tocó a él venir a recibir a don Gabriel. Entre sorbos de café con leche, poco a poco Oliver se fue perdiendo en una primavera de recuerdos que le trajo aquella lejana mañana en que era don Gabriel el que regresaba en el Carla C a la bahía de San Juan. Un concierto de sol saludaba a los turistas que llegaban deslumbrados por los sabores y ritmos exóticos del Caribe. Los esperaba la algarabía de los maleteros y chóferes del transporte público, que aguardaban con ansiedad la oportunidad semanal de hacer un poco de plata para el presupuesto familiar. Entre la muchedumbre se podían apreciar los rostros románticos de las conquistadoras boricuas que esperaban el desembarco de sus enamorados tripulantes provenientes de todos los puntos cardinales. El aroma del café era, por sí solo, toda una invitación, mientras en las calles los piragüeros ofrecían sus tesoros tropicales de coco, frambuesa y tamarindo; esos algodones de nieve en forma de cono que se tornan irresistibles cuando el sol se vuelve picante.

Este mosaico de colores, olores y sabores enmarcaba la mañana en que Oliver fue a buscar a don Gabriel González a los muelles, hace exactamente un año atrás, el sábado 23 de junio de 1979, cuando Puerto Rico se preparaba para celebrar la tradicional Noche de San Juan. Don Roberto González, el hermano de don Gabriel, recién había fallecido, y don Gabriel decidió tomarse una semana de descanso antes de comenzar lo que se imaginaba sería, y fue, una epopeya como albacea de la herencia de su hermano.

De camino hacia los muelles, Oliver venía organizando en su mente los temas de la agenda que habría de cubrir con la viuda,

los herederos y don Gabriel. Comenzaría con la lectura del testamento, luego repasaría con ellos el trámite judicial, la liquidación de impuestos y el reparto de la herencia. Desde luego, sin ignorar las espinosas inquietudes que habían quedado sobre el tapete durante la primera reunión con los herederos, antes de la muerte de don Roberto. A partir de ese momento, el curso de la vida de Oliver se alteró para siempre.

Don Roberto González nació en Santiago de Cuba allá para el año 1904. Allí cruzó por su niñez, imitando a su hermano y a sus primos también, como cinco gorriones presos del mismo viento, chupando caña y apedreando al sol. Tras un olor de mujer llegó a la adolescencia y una paloma morena le mostró el sendero. Más tarde, la universidad y las parrandas compartían el mismo calendario, sin celos, porque había tiempo y deseo para todo. Se graduó y trabajó en la planta del Ron Caribe en Santiago de Cuba, fundada por su abuelo a mediados del siglo 19. En el 1936 su familia lo trasladó a Puerto Rico, para establecer una nueva planta para la elaboración del Ron Caribe. Llegó con su hermosa esposa norteamericana Gertrudis Farasy, a quién conoció mientras estudiaba en la Universidad de Nueva York. Para el 1936 ya don Roberto tenía un espíritu empresarial inagotable, orgullo de todos los González. Al llegar a Puerto Rico tenía tres hijos: Roberto, Joaquín y Victoria, los tres nacidos en Nueva York. Con el transcurso de los años los hijos González–Farasy se fueron criando entre Puerto Rico, Cuba y Nueva York, disfrutando de unas tradicionales vacaciones tropicales, alternando la Semana Santa, el verano y la Navidad. Sin embargo, esta primera camada de su estirpe siempre se sintió culturalmente norteamericana.

En Puerto Rico se divorció y volvió a casarse en el año 1940. En esta ocasión con una puertorriqueña de nombre María Fernanda Luna. Nuevamente tuvo tres hijos: Claudia, Rosarito y Carlos Alberto, el menor. Las tradicionales vacaciones en Cuba continuaron hasta

que el curso de la historia frustró ese enlace familiar bajo el nuevo régimen de Fidel Castro. Esta segunda camada de su estirpe se crió principalmente en Puerto Rico y como puertorriqueños.

Con los años, Fernando Oliver habría de denominar a los González–Luna y a los González–Farasy como: "The Puertorrican Side and The US Side of The Family", debido al singular choque cultural que entrañaba, al estilo de West Side Story.

Don Roberto era uno de los doce nietos del fundador del Ron Caribe, don Francisco González. Oriundo de España, don Francisco emigró desde muy joven a Cuba, en busca de libertad y fortuna. Se unió a muchos hijos de Cataluña a quienes los vientos de la historia condujeron al exilio en América. Como no encontró la fortuna de la cual le habían hablado, se dedicó a crearla desde sus cimientos, estableciendo la primera planta elaboradora del Ron Caribe en Santiago de Cuba. Más adelante, su hijo Rogelio tomó la batuta, y luego su nieto Roberto; y así ha seguido, generación tras generación. La familia y las empresas siguieron creciendo y es así como, para principios de la década de los años 1960, que los registros corporativos contenían ya alrededor de 200 accionistas de récord: abuelos y abuelas, tíos y tías, primos y primas que formaban la gran Familia González.

En el año 1962 celebraron el centenario del Ron Caribe abriendo sus registros corporativos al público, a través de la Bolsa de Valores en Wall Street. Pero el embeleco de Wall Street cayó pesado entre algunos y la familia se dividió peligrosamente. Entonces un grupo de disidentes cada vez más creciente se dio a la tarea de rescatar al Ron Caribe para que volviera a ser una empresa familiar.

Don Roberto González le dedicó toda su vida al engrandecimiento del Ron Caribe. Su visión de un mundo donde las marcas de fábrica no tienen fronteras, fue un baluarte indiscutible para que el Ron Caribe conquistara el preciado mercado norteamericano, y con el

tiempo los más importantes mercados del mundo. Fue así como don Roberto eventualmente escaló la presidencia.

El Ron Caribe nació en Santiago de Cuba en el 1862. Para entonces, el ron era una bebida de un sabor feroz que se empinaban los pescadores para protegerse del frío de las noches y las nostalgias de la ausencia. El fundador, don Francisco González, se propuso y logró una elaboración de un ron mucho más suave y aromático y así ganó acceso a los grandes salones de la sociedad. De esta forma revolucionó para siempre la industria, transformando el ron en un producto que goza hoy en día de una gran aceptación y reconocimiento a nivel mundial.

Pocos años después, para el 1876, la joven nación Norteamericana se aprestaba a celebrar sus primeros cien años de vida. Conmemorarían tan importante ocasión con una monumental Exposición del Centenario, con sede en la ciudad de Filadelfia. Se exhibirían allí los más importantes productos del mundo y los últimos adelantos de la ciencia. Hasta Santiago de Cuba llegaron las noticias. Don Francisco González vio una oportunidad que no quería dejar pasar: exhibir el Ron Caribe en la Exposición del Centenario. Lo consultó con su esposa María Eugenia, la única otra accionista de la pequeña y rudimentaria fábrica.

–¡O triunfamos en América o tendremos que regresar a Cataluña! –sentenció María Eugenia–. Tienes todo mi apoyo, Francisco.

Faltaban pocos meses para la Exposición y don Francisco se afanaba día y noche perfeccionando su producto; no salía del pequeño laboratorio improvisado en el patio de la casa, que era también la sede de la pequeña fábrica. Allí, María Eugenia le llevaba el almuerzo y la cena, pues don Francisco estaba consagrado a la elaboración de un producto digno de tan magno evento. Así fue. Un día llegó la notificación oficial; don Francisco González y el Ron Caribe habían sido invitados a la Exposición del Centenario.

Ese día hubo fiestas en las calles de Santiago, el alcalde pronunció un elocuente discurso y el cura del pueblo le echó la bendición a don Francisco y –aunque les parezca increíble– al Ron Caribe también. Fue así como don Francisco logró exhibir su Ron Caribe en la Exposición del Centenario. ¡Ah!, y don Alexander Graham Bell logró exhibir su teléfono. Ambos recibieron premios.

Según cuentan los textos oficiales, en el año 1898 Estados Unidos se lanzó de lleno para ayudar a los cubanos a sacar de una vez y por todas a los españoles de Cuba. A partir de entonces floreció entre Estados Unidos y Cuba una relación de HATE & LOVE que perduró durante todo el siglo 20 y aún hoy continúa. Cuentan que los turistas norteamericanos visitaban entonces a Cuba para saborear sus encantos tropicales y sus exóticos cócteles preparados con Ron Caribe. Dicen que cuando los turistas descendían de los barcos en la bahía de La Habana, los recibían con música y mulatas con bandejas de daiquiri preparados con Ron Caribe.

Así las cosas, en el año 1920 aprueban en los Estados Unidos la Ley Seca, y comienza la época de la prohibición, famosa e infame. ¡Imagínense!, se prohibió el consumo de todas las bebidas alcohólicas en los Estados Unidos, y como Puerto Rico era una colonia, se la aplicaron también. Don Rogelio, hijo del fundador, y quién para entonces ya había tomado la batuta de las empresas, vio otra oportunidad para el Ron Caribe, que no la iba a dejar pasar. Desde su oficina localizada en el segundo piso de la planta elaboradora en Santiago, convocó una reunión de la junta de accionistas. Allí les habló de su novedoso plan: mercadear a Cuba como el "Nuevo Pub" de los turistas estadounidenses. Les explicó que la Ley Seca tenía a los americanos recurriendo al contrabando, que la mafia prosperaba y hacía estragos en Chicago, en Nueva York…, que a tan sólo 90 millas de Miami, Cuba era el lugar ideal para…, y así continuó con su perorata. Al principio los abuelos se indignaron y los tíos refunfuñaron. Pero los primos, que cada vez eran más y más,

se entusiasmaron. Lo echaron a votación y se aprobó el plan: una campaña de costa a costa a través de todos los Estados Unidos invitándolos a visitar Cuba con carteles de mulatas, tabaco Habano, palmeras y playas. Así fue como poco a poco, más y más norteamericanos comenzaron a viajar a Cuba los viernes para regresar los domingos. Vivían allí tiempos de comparsas, rumba, carnavales, orquestas, en fin, una locura de ritmo y sabor. De regreso, los turistas se las arreglaban para colar de contrabando una que otra botella de Ron Caribe en sus maletas. Se valían de toda clase de artimañas para burlar las autoridades aduaneras. Así, paulatinamente, el Ron Caribe se fue convirtiendo en un artículo común en la alacena del hogar norteamericano.

Ya para el año 1931 el Ron Caribe se había expandido internacionalmente, estableciendo una planta elaboradora en México. Luego, en el 1933, se derogó la Ley Seca en los Estados Unidos, y como Puerto Rico seguía siendo una colonia, también se liberó. Don Rogelio González vio entonces una nueva oportunidad –que tampoco iba a dejar pasar. Con una delegación compuesta por él, su hijo Roberto y varios miembros de los González visitaron a Puerto Rico en un viaje de exploración mercantil. De regreso a Cuba, volvió a convocar a la junta de accionistas. Se volvieron a reunir abuelos y abuelas, tíos y tías, primos y primas y, para entonces, algunos bisabuelos también.

Don Rogelio les explicó que habían visitado a Puerto Rico y descubrieron que la isla tenía la combinación perfecta para establecer allí una nueva planta elaboradora de Ron Caribe: abundante caña de azúcar y un mercado común con los Estados Unidos. Pero encontró una resistencia feroz entre algunos accionistas. A la tía Ana le preocupaba ese frenesí mercantil. "¡Plantas en México, otra en planes para Brasil, y ahora esta otra para Puerto Rico, me preocupa ese afán desmedido!", les taladraba la conciencia la tía Ana. Y Tititi no se quedaba atrás, argumentaba que Puerto Rico era una isla

muy pobre y que la nueva planta sería un fracaso. Lo cierto es que para el 1933 Puerto Rico era la Casa Pobre del Caribe. En ese momento, Roberto, el hijo de don Rogelio y nieto del fundador, tomó la palabra:

–¡Por favor!, permítanme dirigirles unas palabras –trataba de tranquilizar al gallinero–. ¡Tititi, por tu madre, vieja!

Don Roberto apenas cumpliría sus 30 años en esos días, pero ya era la nueva estrella indiscutible de la familia. Todavía era muy joven para llamarle "don" Roberto, (eso vendría con el tiempo) pero ya tenía la madurez suficiente para saber que a la tía Ana y a Tititi no se les podía ignorar.

–Allá en Puerto Rico, –abundó don Roberto– nos reunimos con un joven líder político que se llama Luis Muñoz Marín. El nos dijo que Puerto Rico está desesperado por la creación de empleos, que la isla necesita de nuevas inversiones para rescatarla de la miseria.

–Si la isla está tan pobre, ¿cómo nos aseguramos que recuperamos nuestra inversión? –insistió Tititi.

Se alborotó el gallinero de nuevo.

–Tititi, es que no has entendido. La planta en Puerto Rico no es precisamente para venderle ron a los puertorriqueños. La razón principal es exportar Ron Caribe a los Estados Unidos. Para aprovechar las bondades del mercado común entre Puerto Rico y Estados Unidos.

Un mar de murmullos ocupó el salón donde se llevaba a cabo la Junta de accionistas, en el segundo piso de la fábrica en Santiago de Cuba.

–¡Óyeme Robertico, mi niño! –saltó la tía Ana, y todos enmudecieron–. Yo tengo una preocupación. Yo estuve leyendo sobre los estragos que está causando el capitalismo en toda América Latina…

Don Roberto escuchaba con atención. Sabía, bien que sabía, que la tía Ana era la conciencia del Ron Caribe. Que sin su apoyo, la planta de Puerto Rico y la de Brasil no tendrían los votos suficientes en la Junta.

–Me refiero a las corporaciones transnacionales de los Estados Unidos, cuyos ingresos se multiplican agrandando la brecha entre pobres y ricos.

–¡Óyeme titi Ana, vieja! –dijo don Roberto–. Te voy a decir las palabras de Muñoz cuando le preguntamos si él respaldaría que el Ron Caribe estableciera una planta en Puerto Rico. ¡Oye!, y mira que el país está pobre, porque está pobre de verdad, caballero. Nos dijo: "Para poder desarrollar a Puerto Rico, es preferible que 100 cubanos ricos se hagan más ricos, a cambio de que muchos puertorriqueños pobres se hagan menos pobres".

Se armó la bulla. Con la voz al cuello los accionistas argumentaban todo tipo de teorías inimaginables, renunciando al decoro estatuido en el manual parlamentario.

–¡Oye! ¿Cual es la alternativa? –planteó don Roberto, mirando con dulzura, aunque con firmeza a su parentela–. ¿Qué es mejor, que los pobres sigan siendo igual de pobres, o que sean menos pobres aunque los ricos se hagan más ricos?

Los accionistas murmuraban. Don Roberto esperó a que botaran el vapor, entonces, en el momento preciso, continuó:

–Y lo que es mejor, ¡Escúchate esto titi Ana!, Muñoz nos explicó que el Tesoro Federal de los Estados Unidos le devolvería a Puerto Rico todos los impuestos sobre las exportaciones del ron. De manera que el Ron Caribe haría una doble aportación para rescatar a Puerto Rico.

–¡Oye, Robertico! Explícame quién es ese Muñoz –indagó la tía Ana.

–Luis Muñoz Marín es la futura estrella de Puerto Rico. Es un muchacho joven, más o menos de mi edad, como mucho unos 35 años. Ha vivido y tiene mundo y visión. Lo conocí cuando yo estudiaba en Nueva York, para esa época el vivía en la ciudad –Don Roberto descubrió en la mirada de la tía Ana el brillo de la comprensión. "El Ron Caribe haría una doble aportación para rescatar a Puerto Rico", le daba vuelta en la cabeza a la tía Ana. Tititi consultó a la tía Ana y ésta le hizo una señal que don Roberto capturó al vuelo.

–¿Lo echamos a votación? –preguntó don Roberto, por encima del murmullo.

–Un momentico, por favor, –Tititi alzaba los brazos, repletos de pulseras– yo quiero saber donde van a incorporar esa nueva planta…, porque a mí Puerto Rico no me brinda ninguna confianza.

–¿Qué tú propones, vieja? –la atajó don Roberto.

–Figúrate tú. Puerto Rico es todavía una colonia de Estados Unidos. Y si viene un loco botando fuego por la boca y se trepa en el poder...

–¡Oye! Por tu madre, vieja. Dime que tú propones.

–¡Nueva York! –disparó Tititi.

–¿Lo echamos a votación? –volvió a insistir don Roberto.

–Un momentico, por favor –Tititi no paraba de joder– a quién vamos a mandar a Puerto Rico a hacerse cargo de esa planta.

–Yo propongo que sea Robertico –anunció la tía Ana y todos irrumpieron en vítores.

Fue así como a don Roberto González lo trasladaron de Cuba a Puerto Rico para hacerse cargo de lo que eventualmente se convertiría en una de las decisiones económicas más acertadas en la historia moderna. El mercado norteamericano estaba fértil y don Roberto lo sabía. Aquellas aventuras y peripecias de los turistas

para burlar las autoridades aduaneras habían colocado las semillas. De manera que poco a poco el Ron Caribe fue penetrando el mercado norteamericano y así sucesivamente España y otros mercados europeos, ganando una gran fama a nivel mundial, convirtiéndose con el transcurso de los años en la marca de licor de más venta en todo el mundo.

Don Roberto se estableció en Puerto Rico a partir del 1936, cuando la más moderna y eficiente planta del Ron Caribe se inauguró. Desde Cuba vinieron a la fiesta de inauguración una legión de los González. También fueron invitados muchísimas personalidades del mundo del comercio y de la política. Como era de esperarse, estuvo entre los invitados el joven político puertorriqueño don Luis Muñoz Marín.

Don Roberto continuó residiendo permanentemente en Puerto Rico hasta su muerte en el 1979.

Desde luego, don Roberto amasó una gran fortuna. Pero estaba inquieto con la trenza patrimonial que a su regazo tejían sus seis hijos y su futura viuda. Don Gabriel González, su hermano mayor, estaba también intranquilo con las intrigas entre los herederos, las que iban haciéndose cada vez más evidentes mientras el estado de salud de don Roberto se iba irremediablemente deteriorando. Pero a don Gabriel le preocupaba algo más, le preocupaba el choque cultural entre los hijos del primer matrimonio y los del segundo matrimonio de su hermano Roberto. Don Roberto por su parte no visualizaba las diferencias culturales como un choque, sino como una fuente de enriquecimiento y estímulo. Le recordaba a su hermano que los abuelos de ellos eran catalanes y se casaron "para traernos a nuestros padres cubanos, y ya tú vez, Gabriel, mis hijos son americanos y puertorriqueños".

Don Roberto tenía fe en haber logrado un buen pegamento para unir a sus seis hijos. Todos juntos habían compartido muchos

momentos de alegría y de tristeza. Cumpleaños, funerales, aniversarios, enfermedades, despedidas y tantos otros momentos de franca camaradería y hermandad. Recordaba la fiesta de los quince de Rosarito, cuando sus hijos organizaron un círculo con toda la parentela para que él y Rosarito hicieran alarde de como se baila una rumba cubana, "que es más o menos lo mismo que una salsa puertorriqueña, Gabriel. ¡Cómo bailamos y gozamos!" El gran chiste de la noche fue cuando Tititi, que se ajumó y se le perdió su caja de dientes, se sentó al lado del pianista a cantar "Bésame Mucho", mellá y espatarrá.

Es cierto que entre sus hijos del primer matrimonio y los del segundo existían marcadas diferencias culturales. La idiosincrasia de los primeros era norteamericana porque se formaron en Norteamérica, y la de los segundos era puertorriqueña porque se formaron en Puerto Rico. Pero para don Roberto eso no era impedimento para que sus hijos se amaran como buenos hermanos. Aceptaba que los primeros se exasperaban con los segundos porque nunca llegaban temprano a ningún sitio y porque hablaban a todo volumen en todo momento. Pero a la hora de sacar los calderos y armar la fiesta, a la hora de dar la mano y decir presente, a la hora de expresar los sentimientos de la manera más genuina y solidaria, entonces los González–Farasy eran adoración con los González–Luna. Al menos eso pensaba don Roberto González.

Don Roberto había conocido los estragos que producen los prejuicios del racismo y el nacionalismo. Los vivió cuando salió de Cuba a estudiar en la Universidad de Nueva York. En una ciudad de inmigrantes, sin embargo, la primera fanfarria es de rechazo, soledad y espanto. Es como si el último inmigrante en entrar se volteara a sujetar la puerta para que no entrara ni uno más. Pero luego vienen los brazos abiertos, la mesa, el pan y el vino. Y el idioma por necesidad es por señas y gestos, risas y llanto, que no necesitan de traductores ni de diccionarios. Más adelante los idiomas se mezclan

en un constante esfuerzo por un esperanto. Y las culturas se enriquecen en un concierto de tradiciones: ritmos, sabores y religiones.

Cuando don Roberto llegó a la Universidad de Nueva York lloró por el prejuicio del racismo y el nacionalismo. Pero lo superó. Fue para esa época que conoció a Pellín, dominicano de nacimiento que se trasladó desde muy joven a la ciudad de Nueva York. Fue Pellín quién le enseñó la esgrima con la que los inmigrantes suelen sobrevivir. Una tarde en que en el Village se celebraba una feria de afirmación cultural, se apareció don Roberto con su hermano Gabriel y dos cubanos compañeros de la universidad, y sin encomendarse a nadie, con audacia y orgullo, maracas en mano, conga y timbal, armaron un rumbón que encendió el baile hasta el anochecer en medio de la calle 4, cantando el célebre "Son de la loma" y muchas rumbas más. Santiaguero de pura cepa, a partir de entonces don Roberto se unió para siempre a ese caudal de inmigrantes que enriquece a las grandes ciudades del mundo. Varias semanas después, en la cafetería del centro de estudiantes, habría de escucharse a Diamandopoulos, un estudiante del tercer año de leyes al que todos llamaban el Griego, cantando a todo pulmón:

¡MAMÁ YO QUIERO SABER/ DE DONDE SON LOS CANTANTEEES!

Años más tarde, con ese mismo ahínco, don Roberto se consagró a escalar fronteras para que el Ron Caribe encontrara la ruta de las grandes ciudades, ofreciendo y brindando ese néctar caribeño a los ciudadanos del mundo: Miami, Nueva York, Ciudad México, Río de Janeiro, San Juan, Madrid, París, en fin. Así prosiguió en ese peregrinaje, abriendo mercados y cosechando amistades con gente de cien mil caminos, para quienes un buen trago de ron en unión a un buen amigo, es un prodigio para atesorar y cultivar. Don

Roberto sabía que sus hijos eran diferentes. Seguro que Victoria y Claudia son distintas. Pero él que había compartido con seres tan diversos, también aprendió que las cosas que tenemos en común nos reconfortan y las diferencias nos estimulan.

En febrero de 1979, durante su última gravedad, don Roberto le informó a su hermano Gabriel lo que él se imaginaba, pero que tanto le atemorizaba.

–Gabriel, viejo, creo que ya es hora de que lo sepas..., te nombré albacea en mi testamento –Estaba ansioso y lo disimulaba tratando de localizar sus antibióticos–. Yo realmente espero... necesito, que tú aceptes esta encomienda.

Se encontraban en la habitación 501 del hospital San Pablo, en Bayamón, al oeste de San Juan. Don Gabriel permaneció en silencio, meditativo. Colocó un tabaco en su boca, lo encendió con el pulso tembloroso. Don Roberto seguía buscando sus antibióticos, pretendiendo ignorar el largo silencio que ocupó la habitación. Pensó que era preferible demorarse en lo que su hermano se reponía.

–¡Roberto! –rompió el silencio don Gabriel; echó el humo por la nariz–. ¿Nombraste a alguien más? –En ese instante entró a la habitación doña Margot, la enfermera de turno. Irrumpió con su cháchara y buen humor, animando a don Roberto con frases pícaras y cariñosas. Con el mismo espíritu sandunguero se viró hacia don Gabriel y refunfuñando le dijo:

–¡Óigame!, usted no puede estar aquí fumando y mucho menos un aparato de esos. ¡Pero mire!..., yo no he visto nada. Aunque mejor sería que me regalara un cigarrillo. ¡No, no!..., un tabaco no, un cigarrillo para mi coffee break. Eso es, gracias –sentenció, mientras le guiñaba un ojo a don Roberto.

En un abrir y cerrar de ojos doña Margot le tomó el pulso y la temperatura a don Roberto, encontró los antibióticos, se los dio y

lo regañó por no habérselos tomado a la hora indicada. Salió de la habitación dejando aturdidos a ambos hombres.

–Te nombré sólo a ti, Gabriel –se apresuró don Roberto a responder tan pronto salió la enfermera, consciente de que la pregunta se había quedado suspendida en el aire por demasiado tiempo–. ¡Vaya!, tú sabes que donde manda capitán no manda marinero. Recuerda lo que sucedió cuando la muerte de la tía Ana, me nombró a mí y a dos primos más y no nos poníamos de acuerdo. Se armó un lío del coño y su madre.

Don Roberto se percató tardíamente de su impertinencia. "Creo que lo estoy asustando"... pensó, "pero que más puede uno hacer, hice mi testamento y ya, ¡qué carajo!, yo mismo no me puedo encargar de los bretes de mi propia muerte. Será lo único que..." Hizo un esfuerzo por incorporarse de la cama para pedirle un tabaco a su hermano. Don Gabriel se negó rotundamente, era una clara imprudencia debido a su enfermedad. Realmente era una locura, pero pronto se percató que el momento había tomado un aire ceremonial.

–El primero y el último –asintió don Gabriel, compadecidamente, acercándole el fuego–. ¡Vaya!, si nos sorprenden..., te imaginarás el escándalo en que nos metemos...

Desde luego, el doctor le había prohibido terminantemente que fumara. Pero él sabía que tenía los días contados, qué importancia tenía vivir un mes más o un mes menos.

–Y tus impuestos Roberto, ¿los arreglaste? –lo sorprendió don Gabriel con el pensamiento en otra parte.

–Yo no tengo ningún problema con mis impuestos, Gabriel.

–A los impuestos federales es a lo que me refiero, Roberto. Si no atiendes esos asuntos a tiempo, te va a costar una fortuna. ¡Vaya!, a ti no, a tus herederos.

–Pero…, ¿por qué federales, Gabriel? ¡Yo soy cubano! –se encogió de hombros–. ¡Y vivo en Puerto Rico! –Fijó la vista en el techo durante un largo segundo, luego dejó salir el humo pausadamente–. Vaya…, yo de impuestos no entiendo, pero de todas maneras Pepe Portillo me recomendó que fuéramos a ver a los abogados de la compañía. Llámate a Pepe que él te sabe explicar mejor.

–Por otro lado Roberto, yo sé que tú piensas que tus hijos son muy unidos, pero eso me parece a mi que no es la realidad. Lo que pasa es que tú eres un idealista y un soñador.

–¡¿Idealista?! Pues claro que soy un idealista –ripostó don Roberto visiblemente irritado–. ¡Carajo!, este mundo necesita más gente idealista y soñadora, para ver si acabamos con esta miopía que nos conduce a tantos prejuicios. Para que no se repita la pesadilla del holocausto. A mí algunos puertorriqueños me tildan de cubano come mierda…, pero esos son los que no me conocen. Los que me conocen saben que yo llegué a esta isla en el 1936, cuando Puerto Rico era la Casa Pobre del Caribe, y contribuí con orgullo a la gran obra que transformó a este pueblo. Yo seré un come mierda, pero no le pongo etiqueta a la gente, yo acepto a la gente por sus méritos, coño…

–¡Cálmate!, Roberto, cálmate… No es para tanto, que te agitas y te hace daño. ¡Vaya!, yo también quisiera que el mundo fuera como tú lo quieres, pero también hay que ser realista. De todos modos, a mi lo que me interesa no es el mundo, sino tus hijos. Jack y Vickie están muy pendientes de cuánto te costaron las andanzas fastuosas de Claudia con el Turco.

–Vaya, ahí tu tienes razón, Gabriel. Pero unos hijos gastan más que otros. Eso es normal y pasa en todas las familias. ¿Qué yo puedo hacer con eso?

–Bueno, Jack está hablando de que eso es un adelanto de la herencia y habría que restárselo. Así que ya tú ves como andan las cosas. Con esos truenos…

Don Gabriel hizo una pausa para darle un respiro a su hermano. Siguió fumando, pensativo. Al rato se levantó de su sillón y buscó donde apagar su tabaco. Se mantuvo de pie, organizando la fila de los pensamientos.

–¿Y qué tal de tu relación con Georgina Balzán? –preguntó don Gabriel misteriosamente, sabiendo que el tema era un secreto.

–Bueno,... –reflexionó don Roberto mientras apagaba la colilla contra un cenicero improvisado– Georgina es una mujer muy desprendida. Realmente yo no me preocuparía por ella... Desinteresada es la mejor palabra.

–¡Roberto por tu madre, viejo!, tú lo ves como una solemne pendejá.

–Así es Gabriel, así es. Tú vas a ver. Georgina es una mujer extraordinariamente desinteresada y desprendida. Ella y yo hemos sido amigos, novios y amantes –Don Roberto contaba con los dedos, pausadamente–. Nuestra relación comenzó desde Cuba. Pero te aseguro Gabriel, que nunca fuimos amantes mientras estuve casado con Gertrudis y tampoco mientras estuve casado con María Fernanda. ¡Que siempre estuvimos enamorados!..., –arqueó los ojos– eso es cierto. In between, entre Gertrudis y María Fernanda, volvimos a ser amantes..., eso es cierto. Pero...

–¡In between lovers! –Improvisó don Gabriel–. Vaya, eso es muy difícil de explicar. Además, nadie te lo va a creer, Roberto. Lo que me preocupa es que Georgina radique una demanda, alegando que ella fue tu amante de toda la vida. ¡Figúrate tú!

–Lo que te suplico Gabriel, es que María Fernanda no se entere.

–María Fernanda de lo que está hablando es que en Puerto Rico las acciones del Ron Caribe son por mitad: mitad de ella y mitad de tus hijos, porque se adquirieron durante el matrimonio.

–¡Figúrate tú! Pero tu sabes muy bien Gabriel que María Fernanda no tiene razón. Que esas acciones las heredamos de papá allá en Santiago.

–Exactamente, ¡allá en Santiago! ¿Y quién va para Cuba a buscar esos papeles?

Hubo un silencio a dos voces. "Que María Fernanda no se entere", pensó don Roberto, con el tema de Georgina todavía dándole vuelta en la cabeza. "¿Será posible que no se entere? ¿Y qué va a pasar cuando se entere? Quizá ya se enteró". Don Roberto González se sospechaba que María Fernanda Luna lo sabía todo y sin embargo por razones que él no comprendía, ella había preferido el decoro al escándalo. Él había conocido a Georgina Balzán cuando ambos eran adolescentes, allá en Santiago. La vida los condujo por diferentes caminos, pero se mantenían en contacto; convenciones, fiestas, asambleas. Luego, hubo un reencuentro amoroso. Trataba de apaciguar en su memoria los recuerdos de todos esos años. Recordaba la primera vez que fueron al Tavern on the Green, ese romántico restauran en los predios de Central Park. Para esos días Georgina andaba embelesada con la obra de Pablo Neruda, y quedó tan fascinada con el lugar, que se pasó la noche entera leyéndole sus poemas durante la cena. Tanto romance vivido y ahora se tenía que conformar con archivar las nostalgias. Volvía a repensar la frase: "Que María Fernanda no se entere". "Se enterará todo el mundo. ¿En qué lugar yo me encontraré cuando eso suceda…?"

–Bueno Gabriel…, me imagino que aceptarás el nombramiento de albacea –le preguntó a su hermano como regresando poco a poco de un trance.

–Sí –aprobó apreciativamente don Gabriel y se miraron con el semblante de los conspiradores.

Capítulo 2

Al igual que su hermano Roberto, don Gabriel González también era natural de Santiago de Cuba. Nacido en el 1902, pertenecía orgullosamente a la tercera generación de los González, contada a partir del fundador del Ron Caribe, don Francisco González. Sin embargo, distinto a su hermano que fue trasladado en el 1936 a establecer la planta elaboradora de Puerto Rico, don Gabriel continuó trabajando en la planta original en Santiago. Allí se casó con Conchita Rosendo, una santiaguera de pura cepa a quién desde jovencita su mamá envió a estudiar piano a La Habana. Luego le dio clases a las primas González, requisito indispensable para la formación de una buena señorita, según los criterios de la tía Ana. Gabriel –todavía no era "don" para esa época– no tenía ningún interés por el piano, pero le interesaba la maestrica que era un bombón y lo traía loco. Así que durante las clases se la pasaba haciendo payasadas y ojitos a la maestra. Así se enamoraron.

En Santiago prosiguió sobreviviendo a tiranos y dictadores, hasta que llegó el triunfo arrollador de la Revolución Cubana en enero de 1959. Poco tiempo después, el gobierno de Fidel habría

de confiscar la planta original del Ron Caribe en Santiago. A raíz de ese evento, don Gabriel González emigró con un espíritu de luchador inquebrantable, uniéndose a una legión de los González que hizo del exilio su nueva patria, superando el rechazo y el desprecio que les trajo el nacionalismo, el racismo y tantas piedras en el camino. Pero a la larga pudieron más los brazos abiertos, y con tesón y valor convirtieron desde el exilio al Ron Caribe en la marca de licor de mayor venta en todo el mundo.

No bien se había instalado Fidel en el poder, que don Gabriel comenzó a oler el comunismo por todos los rincones; salió de Cuba. Con él salió también la formula secreta del Ron Caribe. Su abuelo les había enseñado la fórmula a su padre y su padre a sus hijos. Le tomó a don Gabriel cuatro años perfeccionar el proceso de elaboración. La fórmula no se ha escrito nunca, ni se escribirá jamás. Es una tradición que pasa de generación en generación. El maestro la trasmite con orgullo y sabiduría, y el discípulo la aprende con amor y parsimonia.

Un día, desde el exilio, se enteró que el régimen de Fidel Castro estaba exportando un ron bajo el nombre de Ron Caribe. Ese día se propuso derrotar a Fidel en los tribunales de las ciudades más importantes del mundo. Lo logró. Contrató a los mejores bufetes de abogados especialistas en marcas de fábricas de Nueva York, Londres, París, Madrid, Ciudad México, Buenos Aires, Roma y todos los demás. Se gastaron una fortuna pero, bajo el magistral liderato de don Gabriel, lograron salir victoriosos. Sentencia tras sentencia, a Fidel no le quedó más remedio que cambiar el nombre de su producto a Havana Club, que según los González es de muy pésima calidad. Fue una épica judicial sin precedente que aún hoy se estudia en las más prestigiosas escuelas de leyes. La fortuna que gastaron la multiplicaron, pues hoy en día el Ron Caribe pertenece a una selecta lista de las diez marcas más valiosas del mundo, compartiendo el círculo de honor con Coca–Cola y Malboro.

Don Gabriel y Conchita tuvieron cinco hijos, cuatro varones y Sheila. El siempre había anhelado tener una hija y se la pasaba consultando a cuanto clarividente, gitano, adivinador, espiritista, astrólogo y santero se le apareciera en el camino. La pobre Conchita ya no aguantaba más desatinos del destino, como le llamaba el propio don Gabriel para consolarse, cuando una noche, mientras paseaban por el malecón de La Habana, les salió al paso una morena de ojos verdes que los cautivó al vuelo y en un instante los tenía a los dos sentados frente a su taburete de iluminada, donde les echó las barajas, leyó sus manos y les anunció que el próximo embarazo les traería la niña que tanto habían esperado. Tuvieron gemelos. Rogelio, en honor al abuelo, y Sheila que nació justo cuando el doctor se aprestaba a dar por concluidos los trabajos del día, ante el júbilo y las lágrimas de sus padres que vivieron uno de los momentos más felices de sus vidas.

Salieron de Cuba vía España, donde vivieron por algunos años, luego se trasladaron a México y más adelante a Puerto Rico, donde él trabajó durante varios años junto a su hermano Roberto. Más adelante prosiguieron su peregrinaje en Miami donde los González lo necesitaban para atender los constantes retos para la distribución y el mercadeo del Ron Caribe a todo el territorio Norteamericano.

Lo más doloroso fue que a último minuto el gobierno no les permitió a los cuatro hijos varones salir de Cuba. Don Gabriel y Conchita salieron con el corazón destrozado. Pero aún más desgarrador fue cuando muchos años después, en el momento en que Fidel les abrió las puertas, ellos decidieron quedarse en Cuba. Ese día Conchita desató una tormenta de maldiciones y sólo pudo visualizar su futuro cuando llegó a la conclusión de que sólo le quedaba una hija.

Los años pasaron y Sheila se convirtió en una joven universitaria. Don Gabriel quería la mejor educación para su hija, pero se oponía

tajantemente a que se fuera a estudiar a Nueva York. "¡Nueva York es una perdición!", argumentaba su papá. Pero, pero…, en Nueva York precisamente fue que estudiaron su papá y su tío Roberto, y Sheila había escuchado los cuentos. Se imaginarán: tan voluntariosa como tan mimada, Sheila se impuso. Así andaban las cosas cuando Sheila un día les comunicó a sus padres que se quedaba a vivir en Nueva York, enamorada de aquella ciudad… "donde conviven las más exquisitas expresiones de la música, la pintura y el teatro", según decía Sheila, "y todas las calamidades del mundo", como le ripostaba su papá angustiado. Padre e hija no cedían hasta que Conchita comprendió que Sheila se había enamorado locamente de su profesor de violonchelo y que el romanticismo por aquella ciudad era pura vaina, que daba lo mismo cualquier rincón del mundo. "Para los enamorados no existen argumentos válidos, Gabriel", sentenciaba con sabiduría su madre. De manera que don Gabriel se dio por vencido, se acogió a la jubilación, recogió sus tereques y partió para siempre para la ciudad de Nueva York, detrás de su niña bonita.

El profesor de violonchelo era Jan Gerstein, un judío romántico que se refugió en Francia huyéndole a las ráfagas anti semitas y eventualmente se instaló en la ciudad de Nueva York. Allí conoció a Sheila, su estudiante más destacada, y como en los cuentos de hadas, se enamoraron y se casaron.

En anticipación a lo que don Gabriel veía venir, reunió en Puerto Rico a todos los hijos de don Roberto: los González–Farasy y los González–Luna. Esa noche los seis hijos, María Fernanda –la futura viuda–, don Gabriel y Conchita, cenaron en un salón privado del restauran Zipperle en San Juan. Allí compartieron alegremente, recordando viejos tiempos de cuando los González–Luna eran niños y visualizaban a los González–Farasy como sus ídolos adolescentes de quienes aprendían nuevos trucos y los adelantos

de la moda. Victoria vino desde Miami cargando con fotos de su hija Nancy.

–Nancy está hecha un brain en Georgetown –comentaba Victoria orgullosa, pasándole las fotos a Carlos Alberto–. Tiene un profesor que la embulló, y se la pasa leyendo y escribiendo sobre Cuba y Puerto Rico. Tiene a papi de consultor, lo trae loco...

–¡¿Me lo dices a mi, Vickie?! –bromeó Rosarito–. Papi me la endosa y ya tú sabes...

Claudia aprovechó para mostrarles a sus hermanos González–Farasy fotos recientes de sus hijos. Al principio predominaba una atmósfera de formalidad y protocolo, pero poco a poco se fue transformando en una algarabía de camaradas. Disfrutaron de un desfile de bandejas que parecía no tener fin; los mejores frutos del mar: mejillones, pulpo, calamares, camarones y ostras, entre otros. Cada bandeja venía acompañada de cócteles exóticos preparados con Ron Caribe. Desde luego, después de varias tandas de tragos, las inhibiciones iniciales le cedieron el espacio a la espontaneidad y los sentimientos.

En un rincón del lado de la barra, Rosarito y Claudia le contaban a Victoria sobre lo deliciosa que se había puesto España después de Franco. Le explicaban que habían ido en el 1977 y volvieron al verano siguiente. A Rosarito le brillaban los ojos cuando le confesaba a Victoria:

–Nada, Vickie, nada..., sólo amores de verano. ¡Pero que riiicos!

Las tres hermanas se divertían de lo lindo, chocando manos entre cuentos y risotadas.

Ana María del Rosario González Luna, a quién cariñosamente le llamaban Rosarito, fue bautizada en honor a la legendaria tía Ana de Santiago de Cuba, cuyas virtudes las contaban los González con orgullo de generación en generación. Rosarito había vivido

varios romances con intensidad, pero nunca se había casado. En cambio Claudia, ya para entonces se había casado tres veces. Su primer matrimonio fue con Mohamed Asid, recordado entre los González como el Turco. Ella lo conoció mientras estudiaba medicina en la Universidad de Madrid. Mohamed deslumbró a Claudia con sus cuentos de fantasías al estilo de "Las Mil y una Noches". Él reclamaba pertenecer a una de las familias más ricas e importantes de su país, pero resultó ser un fraude y un bambalán que vivió como un pachá del capital de don Roberto, viajando por toda Europa con Claudia, los hijos de él, los hijos de ambos y un séquito para el servicio que era todo un mosaico de nacionalidades. Las aventuras con el Turco habían alcanzado niveles suntuosos y estrambóticos, le había costado una fortuna a don Roberto, y le había dado a la gran Familia de los González motivo para hablar, contar e inventar, hasta el punto en que ya era imposible distinguir el escándalo de la leyenda. Claudia siempre había sospechado que tarde o temprano sus hermanos le pasarían la factura. Pero ahora que la muerte de su padre se veía venir inminentemente, la intriga la acechaba.

En su mente, Victoria se debatía sobre cuál modo de vivir la vida era el más afín a los decretos de la moral. Para Rosarito las parejas mantienen su vigencia mientras dure el romance, libre, nada de casamiento. Claudia por el contrario, sometía sus asuntos de amor a los ritos estatutarios. Para su segundo divorcio, Claudia terminó enredándose en una vorágine pasional con su propio abogado, quién era casado, y fue preciso conseguirle un abogado a su abogado.

Mientras, sentadas en la mesa, María Fernanda le preguntaba a Conchita que cuántas acciones ella tenía en el Ron Caribe.

–¡Ay por Dios, María Fernanda!, pero si esas acciones son de Gabriel. Yo no tengo nada que ver con eso, vieja. El recibió esas acciones de sus padres y yo nunca me he querido meter en eso.

–Pues déjame decirte Conchita que aquí en Puerto Rico todo es ganancial, en partes iguales entre marido y mujer.

–Pero eso no me parece bien, María Fernanda, porque los González se pasan esas acciones de generación en generación, y... yo la verdad que no sé mucho de eso, pero... yo tenía entendido que si esas acciones las recibían de los padres, eso le pertenece por herencia a los hijos.

–Mira Conchita..., yo no sé qué ley te aplicará a ti, porque Gabriel y tú han vivido en tantas partes del mundo, pero la ley en Puerto Rico es muy de avanzada. Aquí el que diga que recibió algo por herencia, se lo tiene que probar a un juez. Y si no logra probarlo, entonces es de los dos.

–¡Ay, María Fernanda, vieja!, ten cuidado que eso te puede traer problemas con tus hijos. ¿Por qué no hablas con ellos y hacen un arreglo? Porque eso de ir a un juez se oye feo. ¡Figúrate tú!, quién va ir a Cuba a buscar los papeles de la herencia.

Al otro lado del salón, Carlos Alberto, que aparentaba estar ajeno a las trenzas patrimoniales que se tejían a su alrededor, le contaba unos chistes a Roberto y a Joaquín que parecían picantes y sabrosos a juzgar por la explosión de las carcajadas.

–Óyete este Jack, óyete este, y tu Robert por favor no te vayas que este sí que está de madre –le decía Carlos Alberto a sus hermanos mayores.

Roberto se colocaba el dedo índice en la boca procurando que Carlos Alberto moderara el volumen de su voz, y él para complacerlo se agachaba un poco, y le echaba los brazos a sus hermanos, para que los encantos del chiste no transcendieran el círculo fraternal. Pero el decoro era de corta duración, el estallido de las risotadas provocaba la envidia de las tres hermanas. Fue entonces cuando don Gabriel por fin regresó al salón acompañado de varios mozos

y la cena. Antes de que comenzaran a comer, Carlos Alberto, desde el alta mar a la cual lo condujo los vapores del ron, pronunció un emotivo brindis en el que destacaba, visiblemente afectado, …"las grandes virtudes y ejecutorias ejemplares de nuestro padre". A Carlos Alberto le rodaba el llanto cuando sucumbió en sollozos, y Joaquín aprovechó para comenzar otro brindis que empezó en español, pero pronto continuó en inglés. Así andaban los ánimos cuando comenzaron a cantar: "EL REY" y muchas canciones más, con gritos de mariachis, en un espíritu de franca hermandad y bohemidad.

Después de la cena, don Gabriel se dirigió al grupo y les explicó que su hermano Roberto le había nombrado albacea en su testamento. Que aunque todos confiaban en su pronta recuperación, era conveniente y hasta necesario ir tomando algunos pasos.

A la hora de la salida, en el estacionamiento, se escuchaba a Rosarito canturreando… "viejo, mi querido viejo", mientras Victoria la sujetaba por la cintura para ayudarla a caminar hacia el auto.

A la semana siguiente, don Gabriel fue a las oficinas del Ron Caribe en San Juan a ver a Pepe Portillo, el contralor. Allí se enteró que el asunto de los impuestos federales era mucho más complejo de lo que cualquiera pudo haberse imaginado a primera vista.

–Mire don Gabriel, –dijo Portillo, firmando unos documentos, con aire de importante– el impuesto federal sobre la herencia llega hasta un 70% del valor de la propiedad.

–¡Coñooooo! –reaccionó don Gabriel.

–De manera que si las acciones que tiene don Roberto valen… por ejemplo, por ponerle un número más o menos, diez millones, pues figúrese, el impuesto sería siete millones. Después de pagar esa cantidad, ¡Ja!, –se burló Pepe Potillo– el albacea se quedaría sin empleo, porque lo que sobra no es mucho para dividir entre tanta gente.

El cinismo se pasó de la raya y don Gabriel se lo hizo saber con una larga pausa. Encendió un tabaco y permaneció pensativo. Portillo carraspeó para entretener los nervios. Luego, don Gabriel le dijo compadecidamente:

–Mire Pepe, ¿usted está seguro que a Roberto le aplica esa ley federal? Recuérdese que él salió de Cuba a establecerse directamente en Puerto Rico. El sólo vivió en los Estados Unidos como estudiante de NYU.

–Seguro que le aplica, si ese es el mismo problema que tienen todos los accionistas del Ron Caribe. No ve que lo que pasa es que esta es una corporación americana, de Nueva York. ¡70%!, así como lo oye.

–Eso está del coño y su madre –don Gabriel contemplaba los aretes de humo subiendo hasta el techo, se colocó una mano sobre la cabeza, se acomodó el pelo–. ¿Y tú crees, Pepe, que el bufete de abogados nos pueda ayudar a resolver este problema?

–Bueno, ellos son los abogados de toda la vida del Ron Caribe aquí en Puerto Rico; Andrews, Martínez, Oliver y Ruíz. Ellos han trabajado las herencias de varios accionistas y que yo sepa todo ha marchado muy bien. Ellos saben cómo se pueden ahorrar esos impuestos. Si usted quiere don Gabriel, yo le puedo concertar la primera cita.

Allí, en la oficina de Portillo, don Gabriel hizo unas indagaciones sobre la relación de don Roberto con Georgina Balzán. Dicen que donde hubo fuego cenizas quedan y ellos habían vivido un fuego de juventud que ambos atesoraban. Para ese año de 1979 Georgina era una prominente pediatra que se había consagrado a adelantar los postulados de la Asociación contra la Distrofia Muscular. Cuentan que durante uno de tantos reencuentros, Georgina puso a prueba el amor de don Roberto. Era una tarde en que se reunía el comité organizador de la feria anual de artesanía del Ron Caribe. Esa tarde,

Portillo, que estaba a cargo de las finanzas de la feria, les explicaba a los representantes de las instituciones benéficas que por razones presupuestarias, el Ron Caribe no podía continuar invitándolas a participar a partir de la próxima feria. Georgina Balzán inmediatamente solicitó un receso. Dicen que durante el receso Georgina habló con don Roberto a solas y lo convenció para que revocara las expresiones de Portillo. A partir de entonces la feria anual no ha cesado de incrementar el respaldo a las instituciones benéficas participantes.

Desde luego, cuentan y dicen, pero nunca nadie supo de los verdaderos encantos vividos y revividos entre ellos. Al menos eso creían ellos hasta ese momento.

La Feria Anual es el mayor desfile de artesanos que se celebra en todo el Caribe. Fundada originalmente en Santiago de Cuba bajo el liderato de la tía Ana, en Puerto Rico todos los años da inicio la temporada navideña con la apertura de la Feria. Las mejores orquestas y los mejores artistas se dan cita y el pueblo se desborda en los jardines del Ron Caribe. En una de esas tardes domingueras, El Gran Combo puso a la multitud a enloquecer. "El Caballo Pelotero" y una ristra de éxitos elevó los ánimos hasta el cielo. Acabó El Gran Combo, y detrás venía Celia Cruz. Celia estaba algo inquieta y le dijo al oído a don Roberto:

–Óyeme, Roberto, El Gran Combo dejó esto encendío. Yo no sé como salir a escena.

–¿Qué es lo que te pasa, vieja? –don Roberto agarró a Celia Cruz por la cintura y la subió al escenario. Le echó mano a unas maracas y con los brazos en alto gritó por el micrófono: –¡AZUUUCAR!– la multitud rugió, y la fiesta comenzó.

Don Gabriel y Conchita estaban muy preocupados con los planes de María Fernanda, eso de reclamar la mitad de las acciones los tenía muy intranquilos. Por eso el día que regresaban a Nueva York, invitaron a María Fernanda y a Rosarito a almorzar al Swiss

Chalet. Ese había sido el primer restauran a donde los llevó don Roberto la primera vez que don Gabriel y Conchita vinieron de visita a Puerto Rico. Almorzaron y pasaron el resto de la tarde reviviendo recuerdos. María Fernanda le decía a don Gabriel que si su esposo se recuperaba de esa gravedad, ese próximo verano quería llevárselo a pasear a Nueva York. Presentía con tristeza que ese pudiera ser su último viaje al exterior. Le propuso a don Gabriel y a Conchita que sería fantástico volver a compartir en la ciudad como lo habían hecho tantas veces. Don Gabriel y Conchita recordaban y se reían de cómo se habían trasladado permanentemente a Nueva York, corriendo detrás de Sheila, que estudió música en Julliard y se quedó para siempre en esa ciudad, enamorada de sus parques y sus museos y, sobre todo, de su profesor de violonchelo. A partir de entonces, don Gabriel solía mandar a buscar a su hermano y a María Fernanda, para compartir en una ciudad capaz de reunir lo mejor y lo peor del mundo, bajo un mismo cielo.

Don Gabriel, Conchita y María Fernanda recordaban con melancolía los muchos atardeceres veraniegos cuando acudían al Café de la Paix, en la esquina de la calle 59 y la Avenida de Las Américas, frente al Central Park. Después de una tarde agotadora en el Museo Metropolitano o en el de Arte Moderno, daba lo mismo, terminaban don Gabriel, don Roberto, Conchita y María Fernanda en el Café de la Paix. Allí pasaban largas horas, hasta que la noche se unía al encanto. Enhebrando vivencias, recordaban la algarabía que formaban con las apuestas sobre los "locos taxis amarillos". La apuesta consistía en adivinar cuántos taxis cruzaban el semáforo entre una señal roja y la próxima. Los cuatro parecían niños, liberando las inhibiciones en una inusitada pavera, mientras contaban con la voz al cuello, ¡CATORCE!, ¡QUINCE!, los taxis al cruzar como locos aquella intersección que parecía marcar el corazón del mundo, donde se ven caminando a personas de todas las nacionalidades, afanados en sus sueños o arrastrando desencantos.

Era como presenciar al mundo en marcha. Al que perdía le tocaba pagar la próxima ronda de cócteles. Ordenaban orgullosos Ron Caribe con Coca–Cola. "Caribe and Coke", según se había puesto de moda. Era así como tantos años de lucha de los González, antes y durante el exilio, hacían efervescencia en un momento de felicidad que saboreaban los cuatro a plenitud.

Recordaban que aquellas tertulias en el Café de la Paix recorrían una amplia gama de temas; desde lo sofisticadamente intelectual hasta lo más banal y trivial. María Fernanda le contaba a Rosarito que su padre y su tío podían estar por largos ratos conversando entusiasmadamente sobre la sensibilidad exquisita de "El Beso" de Gustav Klimt y las extravagancias fascinantes de Frida Kahlo.

–De repente, Rosarito, surgía el tema del béisbol y salíamos corriendo para el Yankees Stadium, a ver a los Yankees jugar contra el equipo que fuera; Boston, Cleveland, Baltimore, daba igual. En el Yankees Stadium pasábamos una noche de camaradas, como si fuéramos estudiantes universitarios. Allí bebíamos cervezas y comíamos hot dogs, a la vez que tu padre y tu tío se deleitaban con los despampanantes culos de las mulatas puertorriqueñas y dominicanas que acudían con sus mahones apretujados al parque.

Don Gabriel le propuso a María Fernanda que en ese próximo viaje tenían que volver los cuatro a una noche de ópera en el parque.

–Anímate Rosarito –embullaba don Gabriel a su sobrina, haciéndole señas al mozo para que trajera más café– para que veas a tu prima tocar el chelo con la Orquesta Filarmónica de Nueva York.

Sucedía que para el verano, algunos de los músicos permanentes se iban de vacaciones y a los suplentes, como su hija, le daban la oportunidad. Explicaba don Gabriel orgulloso que el esposo de Sheila, Jan Gerstein, sería el director de la orquesta para el programa

del próximo verano. María Fernanda le contaba a Rosarito que para esas noches de ópera en el parque, ellos se preparaban como para un picnic. Colocaban una frisa sobre la grama y se sentaban los cuatro a saborear las ensaladas de tortelinis, el vino y la música.

Fue así como María Fernanda se perdió poco a poco en una enumeración interminable de vivencias y anécdotas que comenzó tratando de controlar la risa, y terminó abrazada a su hija, ahogada en un llanto descontrolado.

Capítulo 3

Corría la Semana Santa de 1979, don Roberto se sentía recuperado de su gravedad y convenció al doctor que lo diera de alta.

–¡Oye, doctor! –dijo misteriosamente; carraspeó para aclararse la garganta–. Si no me da de alta se le van a joder las vacaciones.

El doctor se reía. Era joven, brillante y lleno de vida. De muchacho había tenido una novia cubana, y le hablaba a don Roberto a lo cubano. ¡Boniato! ¡Maduro! ¡Ajiaco!

–¿Por qué se me van a joder? –le seguía el juego el doctor, muerto de la risa.

–Figúrese, como no me dé de alta…, voy a esperar a que usted esté navegando su lancha, ¡Feliz de la vida!, entre Tortola y Peter Island, y entonces lo voy a mandar a buscar de extrema urgencia –don Roberto tosía, atacado de la risa.

–No sea maleto conmigo… –bromeaba el doctor, pero entre bromas y veras, al final, firmó el alta.

Don Roberto y María Fernanda regresaron ese jueves Santo como a las tres de la tarde a la residencia de La Roca, en Las Croabas, localizada en una loma en la costa este de Puerto Rico, en Fajardo. Desde allí el panorama era un concierto: la campiña, el mar, las palmeras. El Yunque se presentaba tan monumental que parecía que lo pudiéramos tocar con las manos. En la costa, la fiesta para los sentidos abarcaba desde el famoso balneario de Luquillo hasta la playa de Las Croabas, allí donde el Océano Atlántico y el Mar Caribe se unen.

Esa tarde, don Roberto se puso sus pantalones cortos, se preparó un trago de Ron Caribe con Coca–Cola –el doctor también le prohibió el trago, pero ustedes se van dando cuenta de como eran las cosas– y se sentó en su sillón a contemplar el paisaje. Así estuvo largo rato, reflexivo, hasta que se transportó en un letargo y se perdió. Esa tarde se sintió tan cerca de Dios, que experimentó por primera vez en su vida la certeza de que su muerte era inminente. Fue entonces cuando llamó a su hermano Gabriel a Nueva York y lo convenció para que él y Conchita tomaran el próximo avión y vinieran a disfrutar con él y María Fernanda de unos días de asueto.

Al día siguiente, viernes Santo en la noche, se quedaron los dos hermanos solos en el panorámico balcón de madera que rodeaba la casa. Ambos sabían que la muerte andaba de ronda y que aquella noche de fraternidad pudiera ser la despedida de dos hermanos que se amaban tanto. Esa noche, don Roberto le confesó a don Gabriel la historia entre él y Georgina Balzán. Sin embargo, un pacto de silencio entre los dos se convirtió en una muralla de palabras no dichas. Revivieron tantos recuerdos, de la niñez, de la adolescencia, tantas jaranas y parrandas, tantos amores, rumba, carnavales, tabaco y ron. Fue una capitulación entre hermanos.

Don Roberto recordaba aquellos viernes Santos de su niñez en Santiago de Cuba, en la residencia de la tía Ana, donde se reunía

la Familia González a esperar las tres de la tarde para unirse al servicio religioso en la Catedral y a la impresionante procesión que partía desde la Plaza Mayor y recorría como un río caudaloso de seres fervorosos por la principales calles de la ciudad. Acudían miles y miles de fervientes feligreses, desde temprano en el día, provenientes de todos los campos de la provincia de Oriente, hasta que en la ciudad no cabía ni un alma más bajo un sol tropical inmisericorde. La muchedumbre resignada resistía, con la convicción de que, según el padre Marcos, esa era una más de las penitencias de la Semana Mayor.

La vestimenta era rigurosamente blanca y negra. Las mujeres usaban mantillas largas que ocultaban sus rostros, las adolescentes pertenecían a las Hijas de María, y las niñas desde temprana edad eran aspirantes a las Hijas de María, con sus túnicas blanquísimas y una "M" dorada que les colgaba del cuello. La tía Ana tenía por tradición regalarle el primer pantalón largo a cada sobrino el cual, si se comportaba a tono con los mandatos propios de la semana, se lo estrenaba el viernes Santo. Pantalón negro, camisa blanca de manga larga (tostada con almidón como si fuera una galleta), y un lazo blanco para desafiar el calor; ese era el ajuar que a cada uno de los sobrinos les tocó lucir al estrenar sus primeros pantalones largos. El día que le tocó a don Gabriel tenía ocho años, y don a Roberto, que quería estar a la par con su hermano, le dio una de esas rabietas que se alimentan con la envidia propia de su edad, que eran seis. Pero la tía Ana no cedió ni un ápice, con el argumento inapelable de que los pantalones largos tenían como requisito previo la primera comunión.

–¡Demuestre primero que es un buen cristiano y luego se echa los pantalones largos!

La familia completa era un caudal de maravillas. Don Roberto recordaba con particular cariño a su papá, conocido por el clan como

el tío Rogelio y sus tías Ana y Matilde, a quién todos llamaban Tititi, así como a sus primos Manuel Antonio, Ricardo y Rafael, con quienes –junto a su hermano Gabriel– cruzó por la niñez chupando caña y apedreando al sol.

Los González se unían a las tres en punto de la tarde a la solemnidad de los servicios religiosos. En la casa se quedaban los infantes y estrictamente el personal para su cuido, quienes veían pasar la procesión desde el balcón. En la Catedral prevalecía un aire luctuoso bajo el más estricto sentido de reverencia y duelo. El servicio parecía interminable. La Catedral estaba siempre abarrotada de cristianos y también de muchos ateos que acudían solamente ese día al templo de Dios, arrepentidos por todos los pecados acumulados a partir del viernes Santo anterior. El calor era intolerable. El olor a incienso cargaba el ritual y las velas acentuaban el calor. Los desmayos de niños y ancianos se iban sucediendo unos tras otros ante el corre y corre y la alarma de los feligreses que temían ser la próxima víctima. El padre Marcos no se inmutaba, convencido de que todos esos desmayos no eran más que pequeñas penitencias para recordarnos el verdadero significado de la Semana Mayor.

Al comenzar la procesión, retumbaba el estruendo de un inmenso tambor que marcaba el compás a los feligreses. ¡Ton! ¡Ton! Lo acompañaba el lamento de una trompeta que entonaba una marcha fúnebre, un trompetista que era un personaje muy pintoresco en la ciudad, un negro de unas 350 libras que todos conocían como Carlos la Chiva. La Chiva chirriaba aquellas notas fúnebres que subían a mano derecha, según se van al cielo. A su lado iba siempre, año tras año, la Loca del Cobre, una pordiosera flaca y alta como una palma de coco, murmurando oraciones al Santísimo. Los Caballeros del Santo Nombre entonaban un himno al cual se unían con devoción las Hijas de María, la Cofradía del Sagrado Corazón de Jesús y el resto de la muchedumbre.

Don Roberto, don Gabriel y todos los primos admiraban como a héroes al tío Rogelio y sus amigos, o sus amigotes, como les decía la tía Ana porque... "se la pasan bebiendo ron el resto del año". Resulta que el tío Rogelio y sus amigos cargaban año tras año a la Santísima Virgen de la Dolorosa, una monumental estatua vestida con una capa negra y detalles dorados, que sostenían sobre sus hombros ocho hombres simultáneamente, mientras ocho hombres más marchaban a los lados esperando el turno para el relevo. En el preciso momento en que los hombres que cargaban a la Virgen eran relevados para un necesario descanso, la procesión detenía su marcha. Entonces el pueblo suspiraba angustiado al ver a la Virgen inclinarse peligrosamente, al punto casi de desplomarse, entre gritos desesperados e impotentes, para permitirles a los ocho hombres que la cargaban liberarse de aquel peso imponente mientras los otros ocho ocupaban su lugar.

Al concluir la procesión regresaban todos a la casa de la tía Ana. A la solemnidad de la Semana Santa, se unía allí una tradición de unidad familiar, en la que abuelos, tíos y primos compartían al anochecer una cena, manteniendo sin embargo intacto e inalterado el respeto riguroso a los mandatos de la Iglesia. El plato principal era un delicioso asopao de bacalao y viandas hervidas que la tía Ana preparaba con maestría y cuya receta le enseñaba a cada sobrina al cumplir sus quince años, convirtiendo un simple sopón en una tradición. Para los preparativos del asopao, la tía Ana acudía el jueves temprano en la mañana a la plaza del mercado, pues a las doce del medio día todo cerraba hasta el domingo de Pascuas. Iba acompañada de sus sobrinos más pequeños ya que a los mayores no les interesaban "esos menesteres de maricas".

–¡No se dejen mortificar por Manuel Antonio y Rafael que son unos jorobones!

El día que le tocó a don Roberto ir por primera vez a la plaza del mercado, iban también don Gabriel y el primo Ricardo. Don

Gabriel tenía 8 años, Ricardo 7, y don Roberto 6. A la tía Ana todos la saludaban con cariño y ella a todos les echaba la bendición. Los placeros le mostraban la mercancía que supuestamente habían reservado para ella, ¡Mire que bonito estos tomates que le guardé!, pero la tía Ana no era un hueso fácil de roer, examinaba todo con riguroso escrutinio y recelo, y terminaban los placeros peleándose los unos con los otros en un regateo de Dios Padre. Los ajicitos, los pimientos, el recao, el cilantro, las cebollas, los tomates, el achiote, ¡Las flores para adornar el Santísimo el domingo, que no se nos olvide!, fundas y más fundas, y las manos de los primos no daban abasto para tanto cargamento, y la tía Ana seguía entre placero y placero, y ¡No se me cansen mis hijos que nos faltan las verduras!, decía sin detenerse ni un instante entre bendiciones y saludos, hasta que llegaba a los puestos de verduras y comenzaba con las yucas, las yautías, el repollo, las mazorcas de maíz, ñames, calabaza, ¡Carajo ayúdame!, dijo Ricardo a don Gabriel, y la tía Ana lo petrificó con la mirada, y: te jodistes pendejo, susurró don Gabriel sin que la tía Ana alcanzara a escucharlo. Prosiguieron la marcha detrás de la tía Ana como una comparsa en fila de conga, y... ¡No se me cansen mis hijos que todavía nos falta el bacalao!...

Ana María del Rosario González Látimer nació en Santiago, se crió en Santiago y vivió en Santiago hasta la edad de 99 años, 11 meses, 2 semanas y 1 día. Sobrevivió la epidemia del cólera, las guerras de la independencia de la patria, la primera guerra mundial, la gran depresión, la segunda guerra mundial, y una ensarta de tiranos y dictadores, ninguno de los cuales tuvo, nunca jamás, la valentía para intervenir con la tía Ana, como cariñosamente se le fue conociendo por toda la república. Se casó y enviudó muy joven, cuando apenas tenía 26 años, sin hijos, y a pesar de su belleza inigualable y pretendientes de buen talante a escoger, nunca más se volvió a casar, dedicándose desde entonces a sus dos grandes amores: sus sobrinos y el prójimo.

Con los dividendos que recibía del Ron Caribe se compró un señorial caserón al estilo de la época colonial hispana frente a la Plaza Mayor, con un patio sembrado de árboles de mangó y limón, catorce habitaciones destartaladas que fue reparando poco a poco, y un balcón lleno de calor humano que invitaba y le daba la bienvenida a toda la parentela y a todos los pordioseros de todos los estratos sociales; algunos con hambre y faltos de pan y otros con pan, y hambre de justicia.

La tía Ana vivió una vida ejemplar. Consideraba un privilegio el poder asistir como testigo al milagro de cada amanecer. Para ella todos los momentos importantes en las vidas de sus sobrinos era motivo para armar una de sus memorables fiestas y aprovechar para darle gracias a Dios. Cada vez que nacía un nuevo sobrino organizaba un festín con guisos de terneros, cerdos a la varita, cabros en fricasé, congrí, boniato, yuca, tamales, tortas de mangó y limón, Ron Caribe y conjuntos musicales. Antes de servir la cena, el padre Marcos bendecía los alimentos y la tía Ana se hacía cargo de la invocación. Para concluir el ceremonial, rezaban todos cogidos de las manos, una oración a la Virgen María y al Niñito Jesús que había escrito don Francisco González, fundador del Ron Caribe, que lo mismo la rezaban en momentos de alegría como en momentos de tristeza.

Ese mismo espíritu cristiano y festivo era el que prevalecía todas las veces que a un sobrino le celebraban el bautizo, la primera comunión, una graduación, un quinceañero o boda. Así continuó con los hijos de los sobrinos, y hasta le alcanzó vida para algunos nietos de los sobrinos. Todos los años, para el 25 de diciembre, organizaba una fiesta de Navidad a la que invitaba a los niños de las barriadas pobres de Santiago. Se tiraba a la calle en compañía de sus sobrinos a entregar personalmente las invitaciones y hacer los arreglos para el transporte. El día de la fiesta los sobrinos mayores se vestían de los Tres Reyes Magos, San José y la Virgen María, y los

más pequeños de pastores y guajiros. El coro de la Familia, bajo la dirección del tío Rogelio, se reorganizaba todos los años a partir de la primera semana de diciembre, para ensayar un repertorio de villancicos y aguinaldos típicos. Bailaban, jugaban, recitaban, comían, cantaban y no se iba nadie sin la bendición del padre Marcos, un beso de la tía Ana, un regalo en las manos y un taco en la garganta que solo podían sobrellevar por la ilusión de que el próximo 25 de diciembre habría otra fiesta de Navidad.

–Pero no me llores mi amor, nos volveremos a ver, si lo mejor que hizo Dios fue un día detrás del otro –los consolaba la tía Ana a la salida.

En el 1918, para los famosos Carnavales de Oriente, la tía Ana organizó un baile de coronación en el Rancho Club en honor a Santiago Apóstol, patrón de la ciudad, para levantar fondos a beneficio de la Sociedad Pro Asilo de Beneficencia de Santiago de Cuba. Para lograr sus propósitos, acudió a la próxima asamblea de accionistas del Ron Caribe Incorporado en busca de auspicios, arengando con un discurso torrencial a sus parientes sobre la necesidad de que la compañía creara conciencia y llevara un mensaje de interés social a toda la comunidad.

–¡Oye, no todo puede ser ron y fiesta! ¡Esta compañía tiene que llevarle un mensaje cívico y social al pueblo cubano! ¡Asumir un rol de liderato en el interés por los demás!

La nueva generación de primos escuchaba en las sillas de atrás, boquiabiertos al ver como la tía Ana le taladraba la conciencia a los tíos y a los abuelos. Pronto se unieron el tío Rogelio y Tititi, expresando total solidaridad con...: "Las palabras providenciales de la tía Ana", como decían a boca de jarro. Los otros accionistas se fueron contagiando y fue así como terminaron aprobando por unanimidad una resolución de apoyo total a los nobles propósitos del baile de coronación. El Ron Caribe mandó a construir una

flamante carroza para la gran noche del desfile de las comparsas, con música a lo cubano, adornada con palmeras tropicales y exóticas bailarinas –mulatas culonas y tetonas– vestidas con deslumbrantes trajes de lentejuelas, invitando a todos al gran baile de coronación pro fondos Asilo de Beneficencia de Santiago de Cuba. Para amenizar el baile el Ron Caribe contrató a Miguel Matamoros y su Trío, famoso en toda latinoamérica, Nueva York y algunas ciudades de Europa.

El baile fue todo un éxito. La tía Ana aprovechó para insertar la cuña cristiana con una elocuente invocación presidida por el padre Marcos. El trío Matamoros encendió los ánimos con su famoso "Son de la Loma" y su ritmo sin igual, bailaron hasta el amanecer, y recolectaron suficientes fondos para reconstruir el techo del asilo de beneficencia que estaba desvencijado desde principios de siglo y parecía una regadera con cada aguacero tropical.

Para el baile de coronación don Roberto había invitado a Georgina Balzán. Para entonces don Roberto tenía 14 años y Georgina 16. Algunos años antes, don Roberto había quedado fascinado al escuchar a don Gabriel y sus primos Manuel Antonio y Rafael sobre cómo Georgina les había enseñado a jugar los juegos prohibidos. Alta, piel melaza, pelo largo castaño y unos ojazos negros profundos y expresivos, se había corrido la voz entre la muchachada de que Georgina conocía antiguos secretos de amor capaces de ofrecerle a la luna los sentidos de sus discípulos. Luego les recomponía el alma con paliativos balsámicos.

La mañana del baile, el primo Ricardo, que para entonces tenía 15 años, le anunció a don Roberto que él iría esa noche al baile acompañado de Georgina. Como era de esperarse, se armó una trifulca en la que tuvieron que intervenir Manuel Antonio, Rafael y don Gabriel. Bajo el árbol de mangó se reunieron los cinco primos. Los mayores propusieron que se fajaran a piñazos y el

ganador iría con Georgina. Manuel Antonio por ser el mayor actuó de arbitro, Rafael era el coach de don Roberto y don Gabriel el de Ricardo. En medio de las trompadas estaban cuando sintieron de imprevisto a la tía Ana, que había estado durante los últimos días como una loca envuelta en los trajines de última hora del baile. La pelea se detuvo al instante. Manuel Antonio con una sonrisa burlona declaró un empate.

–¡Están jodidos, la pelea está empate! –se rió Manuel Antonio.

De acuerdo a las actas corporativas conservadas en el Museo de Historia del Ron Caribe, aquella resolución en apoyo al histórico baile de coronación, sembró la semilla de una filosofía corporativa de civismo y filantropía que se fortaleció con el transcurso de los años, perdurando hasta el presente. Muchos años después, habrían de verse entre los vítores de la muchedumbre, fascinantes carrozas recorriendo la 5ta. Avenida para apoyar el desfile de los puertorriqueños en Nueva York. También en la famosa Calle Ocho para decir presente en los sabrosos carnavales de la colonia cubana en Miami. Así como banderines, quioscos y carpas, auspiciando concursos de trovadores y las tradicionales ferias de artesanía en Puerto Rico. Con esta misma determinación han apoyado por doquier el deporte y se institucionalizó la Campaña de Moderación en el consumo del alcohol que ha servido de escudo emblemático en las principales ciudades del mundo.

Más de sesenta años después, ese viernes Santo en la noche cuando don Roberto y don Gabriel se embriagaban de nostalgia, don Roberto le confesó por primera vez a su hermano Gabriel, que aquella trifulca por Georgina el día del baile de coronación, él y Ricardo la resolvieron en secreto: compartieron la misma novia para los dos. Desde entonces don Roberto lleva su primera historia de amor temblándole en la piel.

Ahora don Gabriel se pregunta: Cuando muera Roberto, ¿nos llevará a corte Georgina Balzán? ¿A qué tiene derecho una amante?

A lo lejos en el horizonte se divisaba una luz flotando en el la mar. Don Roberto la observaba detenidamente, miraba su reloj y volvía a observarla. Se acercaba paulatinamente.

–Es el Carla C –balbuceó, melancólicamente. Encendió un tabaco, inhaló y miró a lo lejos–. Todos los viernes para sábado, como a esta hora, pasa el Carla C. Viene de Saint Thomas en ruta hacia San Juan. Como a las seis de la mañana comienza su entrada por el Morro… ¿Te acuerdas del viaje que organizó la Asociación de Empresarios de las Américas?

–¡Oh!, seguro que me acuerdo, Roberto –convino don Gabriel estirando las piernas y los brazos; se disparó un tremendo bostezo–. ¿Cómo no me voy a acordar, viejo? –Se quedó un rato pensativo–. Recuerdo que el Ron Caribe auspició la "Serenata Boricua", uno de esos inventos tuyos, con un trío, ¡El Trío Borinquen!, cantando canciones desde que el barco se acercó a las costas de Luquillo. Cuando entramos por la boca del Morro nos unimos todos al trío. ¡Seguro que me acuerdo!

La luz estaba cada vez más cerca, cada vez más nítida, en ese punto donde el Océano Atlántico y el Mar Caribe se unen.

–Esa noche no dormimos, nos amanecimos.

Don Gabriel hizo una pausa…, titubeó antes de recomenzar. Hacía rato que quería abordar un tema pero se había abstenido. De pronto rompió el hielo:

–¡Oye!, ya tuve la primera reunión con los abogados.

–Hay que atender los trámites de la muerte –improvisó don Roberto con la mayor naturalidad. ¡Cuéntame! –Echó el humo como si se tratara de la muerte de otro.

–El abogado que nos asignaron es un jovencito de apellido Oliver, brillante, pero algo verde…

–Dale la oportunidad, Gabriel. Figúrate tú..., a los 32 años llegué yo a Puerto Rico... Ese debe ser el sobrino de Lorenzo Oliver. ¿Cómo les fue?

–Ese asunto de los impuestos es lo más complicado del mundo... Acordamos reunir a todos los herederos, ¡María Fernanda también!, pero es un jaleo del carajo. Cuando no puede uno, es el otro... Mientras tanto, hice lo que me sugeriste, Roberto, le pedí al licenciado que viniera mañana para acá. Claudia le iba a hacer llegar un mapa, espero lo haya hecho. Lo que no tenía en agenda era yo venir para acá. Pero bueno...

Don Roberto observaba la luz, se transportó y se le llenó la cabeza de recuerdos.

–Las cosas no se ven nada fácil, viejo... Robert, Jack y Vickie sólo hablan de lo que Claudia botó con el Turco... Me traen loco, me llaman todos los días para hablarme de lo mismo.

Don Roberto fumaba, meditativo. Miraba la luz que se alejaba paulatinamente.

–María Fernanda no se queda atrás –continuaba don Gabriel desahogándose–. Sigue con el mismo cuento. Ella quiere la mitad de las acciones. ¡No te rías, Roberto!

Don Gabriel hizo una pausa, estaba frustrado. No había muerto su hermano y ya habían empezado los primeros vientos de tormenta.

Una luna que arañaba al mar se escondió detrás de las nubes. Don Roberto contemplaba la noche. Un relámpago encendió el cielo.

–Pero bueno, a lo que iba, Roberto, porque cuando se acercó el barco me vino a la mente..., fue que yo le estaba contando al licenciado Oliver de esos paseos de nosotros en el Carla C...

–Óyeme, Gabriel..., –sonrió don Roberto– te aconsejo que cuando yo muera te cojas unas vacacioncitas en el Carla C antes de

empezar con el rollo de la herencia. Esto parece que se complica…
–se volvieron a mirar con el aire de los conspiradores.

En ese momento se disparó uno de esos aguaceros tropicales que invitan a acurrucarse bajo la frisa. Fue irresistible.

Capítulo 4

Al día siguiente, Conchita se levantó temprano y coló café; se asomó a la mañana y se sentó con su taza humeante en una vieja mesa de hierro y cristal. El aroma del café despertó a don Roberto, que se acercó taza en mano saludando a Conchita con unos... ¡buenos días!..., aún soñolientos. La mañana estaba fresca y un nuevo día se iba colando de contrabando.

Durante la noche se había disparado un aguacero torrencial y el techo de zinc estalló en un canto que transportó a Conchita a los tiempos de Santiago de Cuba. Hasta el momento del aguacero ella estaba consciente de que don Gabriel y don Roberto se habían quedado hasta muy tarde conversando en el balcón. Sabía que era una despedida entre hermanos. Pero cuando comenzó el aguacero, se metió debajo de la frisa y se perdió en un sueño profundo. Ni siquiera se percató cuando se metió en la cama don Gabriel –que mide más de seis pies y pesa más de 250 libras– y le arrebató de un tirón la frisa, que se convirtió de repente en un artículo de primera necesidad para poder disfrutar de los placeres de un aguacero tropical a los pies del Yunque.

–¡Que sabroso estuvo el aguacero de anoche, Roberto! –le comentó Conchita que bajaba gustosamente su taza de café.

–Gabriel y yo estábamos aquí sentados –gesticulaba don Roberto– cuando se disparó un aguacero bíblico y se armó un concierto de sapos y coquís.

–¡Ay Roberto, viejo!, a mí el aguacero me recordó la casa de papá y mamá allá en Santiago, tú te tienes que acordar..., ¡es el techo de zinc!

–Mira Conchita,... Gabriel y yo nos pasamos toda la noche haciendo cuentos de Santiago. Estuvimos toda la noche hablando de la tía Ana, ¡Dios la tenga en la gloria!

–¡Roberto por tu madre, viejo, no me digas una cosa así! –La mirada de Conchita se perdió a lo lejos, meditativa–. Que mucho añoro volver algún día a Cuba –Se le aguaron los ojos–. ¿Cuánto tiempo más durará Fidel en el poder?

–¡Oye!, si preguntas en Miami te dirán que Fidel no pasa de la semana que viene –se burló don Roberto.

–¡Ojalá, viejo! ¡Ojalá! –suspiró Conchita.

–¡Oye!, mi nieta Nancy está haciendo una comparación entre Muñoz y Fidel, un trabajo para la universidad. ¡Le está quedando buenísimo! Yo fui quién la embullé y ahora me trae loco.

–¡Figúrate tú, viejo! Sólo tú, Roberto. Sólo tú.

Conchita se levantó y regresó cafetera en mano.

–Poquito Conchita –bloqueaba don Roberto la taza con su mano– mira que me tengo que ir a afeitar y bañar. Ya mismo debe venir por ahí Carlos Alberto para llevarme a la plaza del mercado. Hoy voy a cocinar el tradicional asopao de bacalao con viandas para el almuerzo.

–¿Y eso, no me digas? A Sheila y a Jan les va a encantar. No sé si te dije que Rosarito llamó anoche y me dijo que Sheila y Jan

pudieron hacer el viaje, pero llegaron tan tarde los pobres que se quedaron a dormir en su apartamento. Vienen los tres hoy para acá.

–¡Vaya, eso son buenas noticias! Además, hoy tengo mi primera entrevista con la muerte –se rió don Roberto.

–Pero, ¿cómo es eso…, de qué tu hablas, Roberto?

–De que esta tarde también viene para acá el licenciado Oliver a conocerme. Vieja, mi enfermedad es terminal…, y yo he pensado que tengo para escoger dos maneras de ver la muerte: como a un enemigo o como a un amigo. Y yo escogí la segunda. Así que me hice amigo de la muerte. ¡Imagínate si no nos muriéramos nunca…! –don Roberto aprovechó el desconcierto de Conchita para rematar con una tranquilidad espantosa– Estaremos entre amigos, Conchita –sonrió–. Además, ten cuidado tú que la muerte anda de ronda, cambiando de dueño y sin avisar.

Poco a poco el quehacer sabatino iba entrando en ritmo y la frescura de la mañana se iba esfumando. A mitad de mañana ya la temperatura había escalado los 90 grados y el sol no permitía dudas de que es el rey del trópico.

El día que Oliver se reunió por primera vez con don Roberto fue el Sábado de Gloria, de 1979. De camino en la carretera, Oliver estaba confundido tratando de descifrar el mapa que le había enviado Claudia. Alrededor de las 10:30 a.m., decidió telefonear. Conchita contestó: ¡Mi niña, explícale al licenciado como llegar!, le pedía Conchita a Rosarito con el teléfono en alto. Rosarito lo atendió con su amabilidad de siempre, pero tan pronto enganchó le cuestionó visiblemente incómoda a su mamá que a qué venía ese licenciado para la casa.

–¿No quedamos que esto era un almuerzo familiar? –la increpó.

María Fernanda no se inmutó; le respondió que su tío Gabriel quería que el licenciado se reuniera con su padre para discutir unos asuntos relacionados a los impuestos sobre la herencia.

–Y tú sabes como es tu padre, hija mía –le decía María Fernanda, aún envuelta en una bata rosada, saboreando su segunda tasa de café y el pan fresco con mantequilla que habían traído desde San Juan, Sheila, Jan y Rosarito–. Roberto insistió en que el licenciado viniera hoy para acá, para que lo conociera rodeado de seres queridos, cocinando y festivo.

Rosarito sabía que no había nada más que discutir. Así era su padre y así es como ella lo adoraba. Pero cómo no adorarlo, si eran iguales. Rosarito creció viendo a don Roberto ganarse el cariño de todos.

Para ese día, Rosarito había invitado a Benito Álvarez de la Cruz, un viejo amigo de la familia, y sobre todo, panita íntimo de Rosarito. Cuando adolescentes, Rosarito y Benito se lanzaron al embeleco de formar una banda de rock: guitarras eléctricas, tambores, platillos y la melena revuelta. ¡PARA BAILAR LA BAMBA! Armaban un escándalo tal que la mamá de Benito los botó de su casa donde ensayaban para hacer su debut en el auditorio del Colegio San Antonio. Rosarito, sin encomendarse a nadie, se llevó la banda completa para la terraza de su casa, con sus amplificadores, micrófonos y demás tereques.

A swing completo se hallaban cuando llegó don Roberto de su oficina. Los músicos palidecieron y el estruendo se desvaneció, excepto Rosarito que seguía sola como una loca tocando la guitarra.

–¿Pero qué pasa? –imploraba Rosarito a sus camaradas–. ¿Ustedes no querían que yo les consiguiera auspicios con el Ron Caribe? Ahí tienen al señor presidente.

Don Roberto estalló en carcajadas y los muchachos recuperaron el ánimo. Inmediatamente la banda prosiguió con su arte, que había tenido a María Fernanda alternando entre Aspirina y Cortál desde la una de la tarde. Pero cuando se percató que sus recursos de ciencia no se hicieron para los alaridos de aquel rock and roll,

se disparó para las tiendas. Don Roberto se puso sus pantalones cortos, se metió en la cocina del bohío en el patio de la casa y comenzó a freír: sorullitos de maíz, alcapurrias y bacalaitos. Lo sirvió todo en una finísima bandeja de plata con una fuente de cristal en el centro que él llenó con el aderezo preferido de Rosarito, basado en ajo y orégano machacado, salsa de tomate y un toque perfecto de aceite de oliva. Entonces fue a la terraza y les dijo a los muchachos que cuando quisieran pasaran por la mesa del bohío que les tenía una sorpresa. Benito atacó la bandeja con el mismo ímpetu con que arremetía contra los tambores de su batería, y como los demás no se quedaron atrás, don Roberto volvió a encender su sartén. Comieron tanto que el cansancio los asaltó y decidieron suspender el ensayo hasta el próximo día.

A la semana siguiente la mamá de Benito se encontró con don Roberto en el supermercado y le dio las gracias por lo amable que era con su hijo. Le dijo que se había ganado el cielo con Benito.

–Benito me contó que usted se puso a cocinarle a esa partida de alborotosos –decía con asombro la mamá.

–¡Vaya!, lo mejor que hay para ese alboroto es una bandeja de frituras. Créame, le caen arriba que es un fenómeno. ¡Un silencio! –se reía don Roberto gozándose sus travesuras.

Benito nació en Panamá y vivió hasta los quince años alternando entre su tierra natal y Washington D.C., donde su padre escaló varias posiciones hasta la de embajador de su país. Justo cuando Benito cumplió los quince años, su papá aceptó una invitación de don Jaime Benítez, presidente de la Universidad de Puerto Rico, para dictar un curso de Derecho Internacional. Su padre se trasladó con su familia a Puerto Rico y a partir de entonces Benito se enamoró de la Isla: sus playas, sus palmeras, y el sabor a fiesta. Rápidamente entró en la onda de surfer y rockero, y fue así como conoció a Rosarito y al resto del corillo.

Para esa época, una de esas tardes cuando don Roberto regresaba de la oficina, se encontró a Rosarito y Benito afanados tratando de arreglar el automóvil de Benito, que por cierto era un cacharro viejo y medio destartalado. Don Roberto se detuvo un momento a observar aquellas peripecias, e inmediatamente les dijo:

–¡Ah! ya yo sé lo que le pasa, dame un segundo que enseguida yo te lo voy a arreglar.

Don Roberto entró a la casa, se quitó la chaqueta, se aflojó la corbata y se enrolló las mangas de su camisa blanca; regresó cargando una caja de herramientas.

–Dame un minuto para que tú veas –decía don Roberto con el mismo ánimo de los adolescentes.

Don Roberto se fajó un buen rato con aquel cacharro de lástima, manejando con destreza sus herramientas, pero el auto de Benito no arrancaba, ni daba señales de vida.

–¡Vaya!, ¿para donde tú vas? –preguntó don Roberto.

–A buscar a Elizabeth, mi novia. Ella sale a las seis de trabajar en las Tiendas Capri –respondió el pobre Benito, sin poder disimular su preocupación; no quería quedar mal con su novia.

–¡Óyeme, viejo!, esas son palabras mayores –bromeó don Roberto–. Tú lo que tienes que hacer es llevarte mi coche y así me das más tiempo para poder arreglarte el tuyo.

Pero Benito no se atrevía a tomar prestado el auto de don Roberto, un Ford deportivo último modelo. Entonces don Roberto le pidió a Benito unos minutos adicionales, y siguió inmerso en su afán de resucitar aquel trasto.

–¡Ya tu verás, ya tu verás! –canturreaba don Roberto como si se tratara de un chachachá–. Benito, sujétate aquí y no lo suelte hasta que yo te avise, y tú Rosarito, dale otra vez para que tú veas

que ahora va a arrancar. Dale otra vez Rosarito... Otra vez... ¡Esto está del coño y su madre, caballero!

El auto de Benito no arrancaba. Don Roberto le propuso nuevamente que se llevara su auto. Pero Benito se resistía.

–¡No seas güevón, Benito! –insistía don Roberto–. ¿Cómo vas a dejar a esa muchacha allí en el casco de Río Piedras sola esperando?

–Es que yo no me atrevo... –balbuceó Benito, encogiéndose de hombros, observando con los ojos aguados su viejo Chevrolet que Rosarito y sus amigos llamaban cariñosamente el bólido azul y que tantas veces había transportado a la muchachada a la playa.

–¡Óyeme Benito!, toma mis llaves y vete y busca a esa muchacha... –Benito se resistía; metía las manos en los bolsillos y volvía a encogerse de hombros.

–¡Pero no seas güevón, Benito! –insistía don Roberto.

Finalmente Benito comprendió que don Roberto tenía razón. Aceptó.

Ese día Benito manejó un automóvil nuevo –¡de paquete!– por primera vez en su vida. Fue tanta la emoción, que se la pasó toda la noche soñando que correteaba en el Ford de don Roberto por todita la ciudad. Ese gesto de solidaridad y desprendimiento de don Roberto, Benito lo atesoró como una vivencia indeleble, hasta una tarde remota cuando ya era un prominente doctor en economía y finanzas y lo invitaron a pronunciar el discurso inaugural de una planta de ensamblaje de automóviles Ford localizada al norte de México. Allí, orgulloso y emocionado, le narró a los asistentes de la primera vez que manejó un Ford, último modelo, y los asistentes se morían de la risa cada vez que el doctor Benito Álvarez de la Cruz le contaba a su público: "¡Pero no seas güevon Benito, pero no seas güevon!"

Ese era el don Roberto que Rosarito amaba tanto. Últimamente ella recurría a desempolvar esos recuerdos como un paliativo,

sospechaba que la muerte de su padre desencadenaría un fuerte espadeo por la herencia. Se sentó en el balcón en un sillón de paja y en un leve vaivén miraba a lo lejos el mar; se perdió entre los recuerdos. Pero volvía irremediablemente al acecho las imágenes de los hermanos contabilizando los trapos sucios al sol. Pensó en la primera visita a las oficinas de los abogados; los González–Farasy no asistieron, a última hora cancelaron el viaje.

–¡Estos cabrones tiraron cañona! –maldijo Carlos Alberto, restrallando contra un escritorio los cómputos que había preparado el licenciado Oliver.

Rosarito sabía que su madre tenía su propia agenda, que había estado consultando varios abogados. Eso la angustiaba. Para ella, el reclamo de su madre era un tambor de guerra; pensaba en lo horrible que sería si cada heredero tuviera su propio abogado. "Seis hermanos, mamá y el abogado de tío Gabriel; serían ocho. ¡Que pesadilla!"

Ella estaba consciente de que las aventuras de Claudia le habían costado a su papá una fortuna, pero a la misma vez justificaba en su mente que ella fue una incauta, porque se creyó de buena fe que Mohamed Asid era un hombre de extraordinarios recursos económicos. "Si van a pasar juicio sobre las vidas de cada uno de nosotros para calcular cuánto hemos cogido por adelantado de la herencia, no creo que va haber uno sólo de nosotros que salga ileso de esa cacería de brujas".

Claudia del Carmen González Luna, se había creído de verdad que el Turco era un magnate que pertenecía a las más ricas familias de su país. Escuchaba embelesada sus historias hasta que cayó rendida a sus pies, locamente enamorada. En una ocasión, Claudia y el Turco vinieron desde Madrid a reunirse con don Roberto, para convencerlo que invirtiera en las grandes empresas del Turco, que consistían en operaciones petroleras a nivel internacional. Tanto

insistieron sobre los enormes beneficios económicos, que don Roberto accedió a poner bajo la custodia de Claudia una de sus cuentas de inversión.

–Ya tú vas a ver papi –sostenía Claudia, eufórica– este negocio de nosotros está creciendo más rápido que el Ron Caribe.

Dicen que padre e hija cayeron como pescaitos, pues el Turco cogía el dinero proveniente de las inversiones de don Roberto y mediante un enjambre de transferencias interbancarias, le hacía creer a Claudia que se trataba de las ganancias del petróleo. Así el Turco financiaba aquel fastuoso carnaval de lujo y derroche; una parranda sin fin.

Una tarde, el Turco anunció que se le presentó un viaje de negocios para el cual debería partir al amanecer.

–El viernes en la noche cuando regrese, nos vamos a cenar y a celebrar –le aseguró a Claudia, untándole unos besitos en el cuello…, la espalda, que la volvían loca, deslizando sus labios carnosos y su lengua de fuego sobre aquella piel blanca y perfectamente suave. Mohamed le alborotaba la cabellera pelirroja con sus grandes manos morenas hasta que terminaron como tantas veces: con un reguero de ropa desperdigada por el pasillo que conduce hasta la cama. Aquella fue la última noche; Mohamed Asid nunca más regresó ni se supo de él, dejando una estela de rumores, conjeturas, especulaciones y teorías sobre su verdadera identidad y paradero. La familia se volcó en inuendos y maldiciones contra todos los árabes, contratando detectives y radicando demandas que resultaron futiles.

–¡Ni todos los árabes son iguales, ni todos los cubanos somos iguales! –trataba de apaciguarlos don Roberto.

Los que verdaderamente conocen a don Roberto González, aseguran que él no hubiera invertido ni un centavo en semejante aventura. Lo hizo por Claudia, que se hallaba tan feliz viviendo la

vida en rosa al lado de su adorado Turco. Por eso don Roberto no quiso someter los frágiles cimientos de aquel hechizo a los rigores de sus analistas financieros. De aquella cuenta de inversiones no sobró ni tan siquiera para los pasajes de Claudia y sus hijos, que se quedaron varados en Madrid aferrados a la idea de que el Turco algún día volvería, pero no volvió.

Como era de esperarse, ahora que la muerte de don Roberto era inminente, sus hermanos reclamaban que a Claudia había que restarle la cuenta que se limpió con el Turco. Desde luego, Claudia no se iba a quedar cruzada de brazos.

Capítulo 5

Camino hacia La Roca, Fernando Oliver y Sofía Miró venían escuchando el radio del auto. En una estación un sacerdote repetía por tercera ocasión en el transcurso de su sermón matutino, que ese día no era Sábado de Gloria, sino Sábado Santo. ¡Hasta las mismas doce de la media noche, hermanos míos! ¡Hay que guardar el más riguroso respeto a los mandatos de la Iglesia hasta las mismas doce de la noche!

Sofía le comentó a Oliver que era un misterio cómo en Puerto Rico prevalecía tanto fervor y respeto por el catolicismo. Oliver estaba acostumbrado al cinismo de Sofía; la ignoró. Natural de España y periodista de profesión, Sofía había vivido durante los últimos años entre Miami y San Juan, realizando reportajes investigativos para la revista Time. Se conocieron cuando Sofía enviudó, muy joven por cierto. Su esposo, Luis Antonio Salazar, era un importante cliente del bufete Andrews, Martínez, Oliver & Ruiz, donde el tío Lorenzo Oliver era el socio administrador, y Fernando Oliver, un abogado de fila. Sofía comenzó su relación con el bufete en calidad de administradora judicial de la herencia

de su difunto esposo, y terminó de amiga de todos, especialmente de Fernando.

Tan pronto Sofía concluyó con los bretes de la herencia, se mudó a Miami y allí reanudó su carrera de periodista que había abandonado desde que había salido de España recién casada. A eso consagró sus energías. Para los múltiples viajes que conllevaba su quehacer periodístico, mantenía un apartamento en Nueva York y otro en Miami, desde donde partía y hacia donde regresaba en su constante peregrinaje. A través de los años Sofía había ganado experiencia y prestigio, lo que le había valido para importantes asignaciones investigativas que ella realizaba con verdadera pasión. Había entrevistado a muchas de las principales figuras públicas de latinoamérica, para reportajes que se convirtieron, en celebres algunos , y en infames otros. Recientemente le asignaron un reportaje sobre Cuba, y por medio de mil y una conexión, apoyadas en su pasaporte español, consiguió pautar una entrevista con Fidel Castro. Pero a último minuto la entrevista abortó, en medio de un corre, corre que desafió el delicado equilibrio de la diplomacia en La Habana.

–¡Hostia!, os juro que algún día lo tendré de frente y no se me podrá escapar.

Cada vez que Sofía estaba de regreso en San Juan, llamaba a Oliver para ponerse al día de los últimos chismes, como decía ella.

–¡Hombreé!, me tienes que poner al día de lo último, Fernando. ¿Cuando nos reunimos a chismear?

Acostumbraban reunirse en el Café Boricua, frente por frente a la oficina del bufete, en la calle Tetuán del Viejo San Juan. Lo que ellos llamaban cariñosamente chismear, era realmente un banquete de los más importantes acontecimientos de la política local e internacional, literatura, música, pintura y los descalabros sociales que aquejan al mundo. Pero entre bromas y en serio, se zumbaban

una buena sesión de chismes, dimes y diretes. En muchas ocasiones opinaban diametralmente opuestos; si Sofía decía blanco, Oliver decía negro. Al principio, ella se sospechaba que él lo hacía por terco; quizá para desafiar su intelecto o medir cuán genuinas eran sus convicciones. Pero también pensaba que Oliver sufría un gran enredo de espíritu. Aún así, se procuraban, se citaban, cenaban, compartían grandes transportes de vino, y se querían y se apoyaban.

El licenciado Oliver había ignorado a propósito el comentario de Sofía. "Sábado Santo hasta las mismas doce de la media noche…", jugaba con la frase del sacerdote. Se imaginaba que Sofía estaba buscando cualquier pretexto para montarse en tribuna. Pero no bien eran las 11:00 del día, cuando un locutor trompeteó:

"¡Bailador… No te pierdas hoy Sábado de Gloria, gran homenaje a Celia Cruz…, en el Palacio de los Salseros, desde las 9:00 de la noche… Y en tarima, desde Venezuela, Oscar de León; de la República Dominicana, Wilfrido Vargas; de Nueva York, el judío maravilloso, Larry Harlow, con la participación especial de Rubén Blades. Y como si eso fuera poco, de Puerto Rico, los mulatos del sabor, El Gran Combo. No te pierdas este espectacular!…"

–¡Ay bendito, Fernando!, que rapidito se esfumó el fervor cristiano del Sábado Santo –se lamentó Sofía, aguantando las ganas de reír.

–No me jeringues, Sofía, –murmuró Oliver, pero disfrutando de su picardía– mira que quiero llegar con la mente tranquila a la casa de don Roberto.

–Y con las mogollas que a ti te fascinan, Fernando –prosiguió sin dar tregua Sofía–. Celia Cruz, cubana; Rubén Blades, panameño; De León, venezolano;…

–No pegues a joder, Sofía.

–El judío maravilloso, y… ¡Para cerrar con broche criollo!, los mulatos del sabor –seguía Sofía, ignorando la súplica anémica de

Oliver–. Ahí tú tienes, Fernando, ¡la mogolla!, como tú le llamas. El crisol del mundo de la salsa. Un arco iris de la rumba tropical.

–Tú sabes Sofía..., que en términos culturales yo no tengo ninguna objeción a que los extranjeros vengan a Puerto Rico. Yo a lo que me opongo es a que vengan a quitarle el trabajo a los de aquí. Este país está lleno de extranjeros que le quitan el trabajo a los puertorriqueños...

–¡Joder, Fernando!, pero es que Larry Harlow y Rubén Blades no vienen de turistas, vienen a trabajar. Uno, –Sofía se volteó y lo miró a los ojos– o favorece una economía de apertura, o, ¡No me pares la bemba, corazón! ...favorece una economía de sustitución de importación. –Oliver arqueó las cejas, y se rió con sarcasmo–. Pero las mezclas a medias... esas sí que son mogollas sin sentido. Yo favorezco la apertura de los mercados, y te diré que la salsa tiene un gran potencial de exportación. Puerto Rico debe promover este tipo de espectáculo musical en Miami, República Dominicana, Saint Thomas, Santa Cruz, Aruba, Nueva York, ...integrándolo al quehacer de la industria del turismo. Además, Celia Cruz, esa tía es conocida en todas partes del mundo y se pueden hacer grabaciones y videos del homenaje a Celia y venderse por toda latinoamérica, Europa y Japón...

–¡Amén! ¡Amén! –Oliver respiró profundo–. Viniste virá, Sofía, dame un break. Mira... y que Europa y Japón –se mofó–. Ahí sí que botaste la pelota.

–¡Pero bueno, hombreé!, déjame decirte que en París y en Tokio hay McDonalds y gustan. Para todo hay mercado, Fernando. Así que yo no veo por qué la salsa no pueda tener aceptación en esos mercados.

–Sofía, es que quizá tú no sepas que aquí en Puerto Rico los que van a esos bailes son los cafres.

–¡Hostia! Pues entonces los demás no saben lo que se pierden…, –Oliver subió disimuladamente el volumen del radio, y ella se lo bajó– porque yo estuve hace poco en el Madison Square Garden donde estaban tocando Fania All Stars con Héctor Lavoe y Willie Colón, y aquello estaba lleno de españoles, chilenos, venezolanos, puertorriqueños, claro está, dominicanos… Y esa música se le metía a uno por dentro que para qué te cuento…

El pobre Oliver tenía la mirada perdida. Pensaba en las fiestas de su niñez, en el eterno jaleo. "Exportar la salsa", jamás se le hubiera imaginado. "Larry Harlow y Rubén Blades a lo que vienen es a trabajar", le daba vuelta en la cabeza.

–Ahora, la tienen que mercadear como lo que es…, música afroantillana, ¡Jungle Music!, con orgullo hombreé, que en muchos países esos son ritmos exóticos del Caribe, toda una novedad. ¡No me mires así, Fernando!.. Pero bueno, para sermones por hoy ya basta. Cuéntame de don Roberto González, mira que esta tía se muere por saber qué está pasando.

–Estás del carajo, Sofía –explotó Oliver, y cogió una larga pausa para acomodar los pensamientos.

Oliver hizo un resumen de todo lo que estaba aconteciendo con los futuros herederos de don Roberto. Le hablaba a Sofía como si estuviera dirigiéndose a un juez, esquemático y con la jeringonza típica de los abogados.

A Sofía la cuestión de los impuestos le resultó aburridísima, y le pidió a Oliver que cambiara el tema, como el que hunde un botón para cambiar de estación de radio.

–Fernando, cambia el tema que los impuestos son para mi como si me hablaras en chino. ¿Vale? –Sofía encendió un cigarrillo–. ¿No me digas que eso es lo único que está pasando ahí?

Pero luego, quedó fascinada con las intrigas entre los herederos que Oliver le contaba. Ella siempre había soñado con algún día

escribir una novela, juntando sus propias experiencias con las historias que iba recolectando por esos caminos de Dios, como solía decir. Oliver le contaba de las aventuras de Claudia con el Turco: de los apartamentos en Madrid, París, y Nueva York; de los automóviles fastuosos y caprichosos con chofer y todo; del séquito para el servicio doméstico; de las fiestas con champán y música de cámara que terminaban invariablemente con una parranda de estruendo, empapados de alcohol bajo el sol.

En cuanto a las pretensiones de María Fernanda, a Sofía le parecía una injusticia que la ley de Puerto Rico le impusiera a los hijos que tengan que probar en un tribunal que esas acciones del Ron Caribe las recibió don Roberto González por herencia.

–Es el peso de la prueba –explicaba pausadamente el licenciado Oliver, como si se tratara de una conferencia judicial–. En nuestro ordenamiento jurídico, toda propiedad se presume ganancial, o sea: del esposo y de la esposa en partes iguales. Aquel que reclame que una propiedad es privativa, por ejemplo, porque la recibió por herencia, tiene el deber de probarlo; y para eso tendrá su día en corte…

–¡Joder! Eso es una barbaridad, Fernando.

–Sofía, mi corazón, esos son principios generales del Derecho Evidenciario. ¿Cómo tú te atreves a decir que es una barbaridad? Por favor mujer…

–¡Es una barbaridad! ¡Además es una injusticia! Eso llora ante los ojos de Dios…

–Es que Sofía…, tú de estas cosas no sabes y te pones a opinar…

–Espérate un momentico Fernando, espérate un momentico –Sofía lo paraba con la palma de la mano.

–Desde que te mudaste a Miami estás hecha una cubanaza, ¡Óyeme vieja! –se burló Oliver.

–¡No me jodas! –Le tiró un puño–. ¡Fernando!, escucha… Los papeles para probar que don Roberto heredó las acciones están en Cuba, ¿cierto? –Oliver asentía con la cabeza…, (Unjú)–. Y tú sabes que los Estados Unidos ha establecido una política de aislamiento contra la Isla de Cuba…, (Unjú) un embargo que se ha incrementado a través de los años…, (Unjú) y no hay señales de que esa situación se vaya a aliviar. ¡No pongas esa cara, Fernando! –Oliver explotó en carcajadas–. Contéstame esta: Con el jaleo del embargo, ¿cómo van a traer esa prueba a Puerto Rico?

Oliver no quería discutir, le volvió a subir el volumen al radio. Hablaba un líder religioso, otro. Sofía arqueó los ojos, esperando una respuesta, le bajó el volumen al radio.

–¡No te rías maricón! –le disparó Sofía, y antes de que Oliver se repusiera prosiguió con la cantaleta–: Además, Fidel Castro no va a permitirle a los hijos de don Roberto traer esa prueba de Cuba a Puerto Rico. ¡Ni a los hijos, ni a sus abogados!

Sofía abrió su cartera, rebuscó en medio de aquel desorden hasta que encontró los cigarrillos; agarró otro y lo encendió. Inhaló, pensativa, observando el paisaje; echó el humo pausadamente.

–No te olvides, Fernando, que Fidel confiscó la planta elaboradora del Ron Caribe localizada en Santiago de Cuba. Los récords de esas acciones están bajo la custodia del gobierno de Cuba. ¡Fernando, no puedes tener una visión tan isleña!

Cada vez que Sofía lo jamaqueaba, Oliver se perdía por los pasillos de sus propias pesadillas. Resulta que cuando niño, Fernando Oliver había desarrollado fobia hacia los extranjeros, algo de lo cual no se había podido recuperar todavía por completo. Sofía en ocasiones era brusca con él, estaba convencida que así lo rescataría de aquel enredo de espíritu.

Fernando Oliver nació en Mayagüez, al oeste de Puerto Rico, en el año 1952. Entonces, su madre, doña Amparo Mendoza, andaba

como una cotorra orgullosa contando que su hijo había nacido justo cuando se instauraba el nuevo gobierno constitucional del Estado Libre Asociado de Puerto Rico, creación de don Luis Muñoz Marín. Para doña Amparo, Muñoz era lo más grande del mundo.

Pero su padre, Fernando Luis Oliver, andaba que echaba chispas con doña Amparo. Ferviente defensor de la independencia, para Fernando Luis el ELA era un embeleco de Muñoz para traicionar la independencia.

La familia Oliver–Mendoza tenía, como toda buena familia, un corillo de independentistas, estadistas y estadolibristas. Estos últimos acogían bajo una misma sombrilla a simpatizantes de la izquierda–independentista y de la derecha–estadista, pregonando desde el centro lo mejor de dos mundos.

Oliver volvía a repensar las frases que le taladraban la conciencia… "con las mogollas que a ti te fascinan"… "Fernando, no puedes tener una visión tan isleña". Oliver se fue hundiendo poco a poco en un letargo hasta que se perdió por completo evocando las imágenes de su niñez, que lo vinieron a buscar.

Recordaba aquellas reuniones familiares: Noche Buena, Reyes, Día de las Madres, de los Padres, las giras al balneario de Luquillo, cumpleaños y tantos motivos que nunca faltaban para encender la fiesta en grande. Cualquier viernes en la noche, si se juntaban tres de los Oliver, antes de que dieran las 9:00 p.m., se armaba la fiesta, bailando frente a una radiola los clásicos del Gran Combo y Cortijo y su Combo con Ismael Rivera, mientras el tradicional asopao de pollo hervía en una olla de parsimonia al filo de la media noche. Montaban la mesa del dominó, pasaban las bandejas de fritangas, afinaban las guitarras, ¡YO PARA QUERER NO NECESITO UNA RAZON…!, sacaban las botellas de Ron Caribe, ponían en hielo las cervezas. Pero, pero…, irremediablemente todo terminaba siempre con una explosión sobre el status político

de Puerto Rico, la Cuba de Fidel Castro y muchos temas más, todos espinosos. El tío Lorenzo –independentista– sentenciaba con la voz al cuello, como lo hacen los grandes patriarcas, que Muñoz había traicionado el ideal de independencia. Mientras Stella –una tía estadista– advertía con voz de sabia que había que tener cuidado con Muñoz porque quería meter la independencia por la cocina.

Oliver trataba de escapar del laberinto, pero lo seducían las imágenes de su mamá bailando delirante como una gallina turuleca, con una escoba en la mano. ¡BARRIMOS!, gritaba. La misma escena se repetía en cada evento electoral, para estrujarle en la cara a su papá, Fernando Luis, un triunfo más de Muñoz, ante el estruendo cruzado de felicitaciones e insultos.

–¡Pancista! ¡Vende patria! ¡Comunista! –se increpaban unos a otros.

El sólo hecho de mencionar a Muñoz Marín o a Fidel Castro encendía pasiones. Unos tíos defendían apasionadamente a Fidel y a la Revolución Cubana, mientras otros lo repudiaban y lo despreciaban. Con Muñoz era igual, unos lo detestaban y otros lo idolatraban, era un debate estridente donde cada cual espadeaba con terquedad.

Cada vez que el Programa Manos a la Obra de Fomento Económico inauguraba una nueva fábrica, Fernando Luis tronaba.

–Este maldito gobierno le ha vendido el país a los extranjeros.

–¡Fernando Luis!, no seas terco –vociferaba doña Amparo–. Da lo mismo si la fábrica es china, alemana, americana o puertorriqueña. Lo importante es combatir las miserias del país.

Pero Fernando Luis no se daba por vencido. Se encolerizaba cada vez que los supermercados Pueblo abrían una nueva tienda, o las tiendas Woolworh, o Sears.

–¡Estamos creando empleos! –se le encaraba doña Amparo.

De niño Oliver terminaba llorando en una esquina mientras una comisión tripartita de tías –presidida por la tía Stella– lo consolaba y trataba en vano de convencerlo de que sus padres, tíos y abuelos no se iban a fajar a piñazos. Así era, antes de terminar la fiesta regresaban a las expresiones fraternales, a los besos y a los abrazos, y aparecían motivos de sobra para volverse a reunir, y otra vez volvían a los calderos de arroz con pollo, a la mesa de dominó, la fritanga, el baile, el ron y el vino, que desembocaba nuevamente en el estallido irremediable del status político de Puerto Rico, Muñoz y Fidel.

–¡Imperialista! ¡Marxista! ¡Separatista! –se desataba una tormenta de improperios, gritándose insultos por encima del bullicio de la música. Así cruzó Oliver por su niñez. Con estas estampas, que tantas veces lo condujeron atemorizado a su escondrijo, lloroso y tembloroso, convencido de que el estropicio y la violencia estaba a punto de estallar.

Durante las vacaciones de verano, cuando niños, Oliver y sus primos se hospedaban en la casa de sus abuelos Oliver–Santaella, localizada en una finca a las afueras de Mayagüez. Marisela era la mayor de todos los primos y tenía desde niña una gran vocación pedagógica. Bajo la sombra de unos pinos, Marisela improvisaba una escuelita donde los primos y las primas jugaban hasta la hora del almuerzo. En el juego, Marisela siempre se las ingeniaba para ser la maestra. Para el verano de 1962, Marisela contaba con trece años de edad, y reanudó las labores de su escuelita con una determinación que era más bien compatible con un movimiento social que un juego de niños. Ese fue el año en que su padre, el tío Lorenzo, cayó en desgracia económica.

Lorenzo Oliver era un prominente abogado y miembro fundador del Partido Independentista Puertorriqueño. Hasta entonces había gozado de gran prosperidad económica, basada

principalmente en la práctica de su profesión a través del bufete Andrews, Martínez, Oliver & Ruiz. También operaba varios colmados localizados estratégicamente en el centro de los pueblos de Mayagüez, Arecibo, Bayamón y Caguas. Con los ahorros que le producía el bufete compró los colmados, y con los ahorros de los colmados logró adquirir varias fincas localizadas entre Guaynabo y San Juan. Era indudablemente el tío rico de los Oliver, el que montaba a todos sus sobrinos en su fabuloso Cadillac descapotado último modelo para llevarlos a pasear y comer helados.

Para ese verano de 1962, Marisela llegó a la casa de sus abuelos exhibiendo una madurez más bien propia de un adulto, más sin embargo, no perdió interés en el juego de la escuelita. Todo lo contrario, hizo de la desgracia de su padre el tema del primer día de clases. Esa mañana, Marisela narraba con lujo de detalles ante las caritas de confusión y miedo de sus primitos, que unos pulpos económicos estaban invadiendo a Puerto Rico; que venían a estrangular a los pequeños comerciantes. Les explicaba que se estaban construyendo grandes centros comerciales a las afueras de los pueblos, donde se estaban ubicando grandes supermercados, propiedad de una cadena de norteamericanos colmillús y extranjeros que estaban arruinando a los puertorriqueños dueños de los colmados tradicionales localizados en los centros de los pueblos. Que su padre había sido una de las víctimas de esta invasión yanqui, bajándole las ventas de sus colmados estrepitosamente, al punto que el banco le quitó todas las fincas al no poder pagar las hipotecas. Para colmo de males, las fincas el banco se las vendió luego a unos empresarios extranjeros que las están urbanizando, sembrando concreto a diestra y siniestra y destruyendo el verdor de nuestras campiñas.

–¡Y el Cadillac de tío Lorenzo!, ¿se lo quitó el banco también? –preguntó exaltado Wiso, uno de tantos primos.

–No, el Cadillac no –se apresuró a aclarar Marisela, y los primos y las primas irrumpieron en vítores. Niños al fin, para ellos el placer de pasear en el Cadillac descapotado del tío era lo más grande del mundo.

Esa noche, los primos se acostaron a dormir sin mayor novedad. Dormían todos en unas camas que la abuela Clara ordenó a construir y que colocó una al lado de la otra en el vasto sótano de aquella vieja y confortable casa de madera de corte colonial hispano. La abuela Clara sabía leer el cielo, y ordenó construir 26 camas, pues había hecho la profecía de que serían 26 nietos. Acertó. Como acertó tantos y tantos vaticinios de bienandanzas y descalabros que le tocó vivir a la familia Oliver–Santaella. Cada cama quedaba a una altura de tres pies del piso, suficiente para que cada nieto acomodara debajo sus maletas, cajones, tarecos y regueros. La abuela sabía que los nietos adolescentes plantarían bandera de independencia, invadiendo las habitaciones de la segunda planta que habían pertenecido a sus tíos, quienes en el momento preciso se habían ido de la casa para hacer vidas independientes. Ella comprendía que ese era el curso normal de la vida, pero aún así, insistió en las 26 camas, por encima de la oposición férrea del abuelo.

–¡Todos vuelven, todos vuelven! –Ese era su argumento providencial y el abuelo cedió, una vez más. Pues en los asuntos de la familia, nunca había visto que Dios hiciera un ser tan perfectamente terco y sabio a la misma vez. Y él temía retar a Dios.

Esa noche, de madrugada, Fernandito Oliver, que para entonces tenía diez años, despertó gritando desesperado, atormentado por las horribles pesadillas que le produjo las historias que había contado Marisela durante el día. Los alaridos desconsolados despertaron alarmados a los primos, y Wiso corrió despavorido al tercer piso en busca de auxilio en la habitación de los abuelos. El abuelo y la abuela acudieron apresurados al sótano, envueltos en sus telas de dormir como dos personajes sacados de un cuento. Fernandito

salió disparado a abrazar a su abuela, apretujando su carita pegajosa a miedo entre las tetas planetarias de aquel ser tan amoroso.

–¡Los pulpos gigantes de Marisela me van a comer, abuela! –sollozaba–. ¡No los dejes, por favor! ¡No los dejes que me coman!

Mientras tanto, el abuelo se sentó, acomodando su abatido cuerpo en la cama de Wiso. Así las cosas, formó un círculo a su alrededor para auscultar con su paciencia de viejo el por qué de tanto jaleo. La confusión estaba en la delantera, de modo que el abuelo propuso que al día siguiente se aclarara todo. Todos volvieron a sus respectivas camas, con excepción de Oliver, que pasó el resto de la noche acurrucado entre su abuelo y su abuela, emplegostado de Vicks y oliendo a alcoholado, privilegio que hasta entonces se había limitado a casos de fiebre alta, ataques de asma, y algunos que otros descalabros, según el mejor juicio de la abuela Clara.

Al día siguiente, los abuelos le avisaron a sus hijos, para que se reportaran a una reunión en la casa con carácter de urgencia. Los nietos jugaban en la terraza del primer piso, mientras sus padres iban llegando poco a poco, por filtración. Era larga la espera, pues algunos venían desde San Juan, que era todo un día manejando en auto.

Comenzaron como siempre: besos y abrazos y la amabilidad y la solidaridad que los une y caracteriza. ¡Bendición papá! ¡Bendición mamá! ¡Que Dios te bendiga hijo! ¡Que Dios te bendiga hija! ¡Bendición tío! ¡Bendición tía! De una olla tamaño industrial la cocinera servía suculentas raciones de sancocho, que era la delicia de los nietos.

El abuelo y la abuela habían acordado esperar a que el tío Lorenzo llegara, no querían abordar el tema sin él. La tarde iba cayendo y el tío Lorenzo no acababa de llegar, tenía un juicio importante en corte y prometió salir para Mayagüez tan pronto le

fuera posible. No vamos a empezar hasta que tú llegues, hijo, le advirtió la abuela Clara.

Ya era noche cerrada cuando por fin llegó, el abuelo personalmente le sirvió un buen plato de sancocho. Por limitación de espacio –o por astucia– el tío Lorenzo prefirió sentarse en la mesa de los nietos. Al instante regresó el abuelo con un plato de pan tostado con mantequilla, para el tío y los nietos.

Al rato, la abuela Clara llamó a Marisela, y tomándola por una mano la sentó en su regazo, y la envolvió en sus brazos.

–Marisela, mi amor, ¿tu tendrás alguna idea de cuáles son esos pulpos gigantes que Fernandito dice que se lo iban a comer anoche en sus sueños?– Jugaba con sus rizos.

Y como siempre, o como casi siempre, la amabilidad y la solidaridad se esfumaron. Habían comenzado con un elocuente dialogo, de altura desde luego, que se fue subiendo de tono poco a poco, hasta que desencadenó en un vendaval político. Abuelo y abuela, tíos y tías, que a su vez eran profesionales y comerciantes, maestros e industriales, deportistas y artistas, y por vocación, políticos todos, se enfrascaron en un virulento intercambio de insultos. ¡Muñoz!, ¡Fidel!, se escuchaba en medio del vendaval.

Los nietos se quedaron quietecitos en la mesa; los más pequeños con miedo, y los más grandes hastiados e indiferentes. Estos, los mayores, que tenían doce y trece años, hacían sus apuestas secretas, para entretenerse, a ver cual de los tíos o tías era el político ganador del debate del día. Pero como ese día ninguno despuntaba como un claro ganador, a Wiso se le ocurrió la genial idea de acumular las apuestas en un "poolpote"; un frasco para envasar aceitunas a medio llenar de pesetas.

–¡Fernandito, este es el "poolpote" de Marisela! –se mofó Wiso, sonando el pote de pesetas. A Oliver se le escurrió una sonrisa

torcida, haciendo un esfuerzo inútil para que no se le escapara el llanto.

–¡Ustedes no se dan cuenta que los americanos se nos están quedando con el país! ¡No sean pendejos, coño! –gritó Fernando Luis Oliver, enfurecido.

–¡Estamos rescatando al pueblo de sus miserias! –ripostó doña Amparo, nerviosa–. ¡Hay que darle la bienvenida al progreso venga de donde venga! ¡Americanos, judíos, gallegos, cubanos o puertorriqueños. Da lo mismo!. ¡No los llames extranjeros que el hambre no sabe de fronteras! –improvisó, clavando la mirada sobre su hijo.

–Muñoz Marín es un comunista de toda la vida. Lo que quiere es meternos la independencia por la cocina –le advertía la tía Stella a los nietos, como quien invierte en el futuro. Hablaba como las locas, con un pañuelo anaranjado en la cabeza, disimulando los rolos. Los nietos se la vacilaban.

Fernando Luis seguía con su diatriba, gesticulando con la voz al cuello, con la mirada llena de cicatrices.

–¡Eres un castrista! ¡Comunista! –lo interrumpió doña Amparo–. ¿Qué tu quieres, que Puerto Rico vuelva a ser la Casa Pobre del Caribe? –la voz parecía como si estuviera recortada con una tijera. Estaba ansiosa. Se tomó unos segundos para reagrupar las fuerzas y prosiguió–: Como dijo don Luis Muñoz Marín ..."Quienes profesan amar la Patria y desprecian al Pueblo, sufren un gran enredo de espíritu".

–¡No me menciones a Muñoz que ese hijo de puta traicionó la independencia de Puerto Rico! –gritó Fernando Luis amenazante, con los ojos desorbitados.

El tío Lorenzo, que había sido sin lugar a dudas el que más se había visto afectado por el establecimiento de las grandes cadenas

de supermercados, sin embargo, trataba en vano de restablecer la sensatez. Pero en un descuido de la cordura, la pasión se volcó y ocurrió lo que nunca antes había ocurrido: estalló la violencia. Fernando Luis Oliver le pegó una contundente bofetada en plena cara a su esposa doña Amparo Mendoza. Se desplomó. Entonces Fernando Luis arrancó como un poseído, todos los esfuerzos por detenerlo fracasaron, se lanzó en su auto, disparado, chillando gomas. El coraje lo cegaba y arremetió su auto contra el de la tía Stella. El estrépito de los vidrios y los hierros torcidos dejó herida la noche.

Entonces, un terrible frío congeló el alma de los Oliver, y un silencio aterrador abrió un espacio que ocupó el llanto, la frustración y la vergüenza. La tía Stella llamó a la policía y en un abrir y cerrar de ojos la casa se llenó de burbujeantes luces azules y amarillas. Eran dos autos patrullas de la policía y una grúa. Asomado desde el balcón, Oliver contemplaba cómo la policía tomaba notas entre gritos e insultos. El relampagueo de las luces lastimaba la noche, aturdía, y fue en ese preciso momento cuando Oliver vio a la policía que se llevaba a su papá.

–¡FERNANDITO! ¡FERNANDITO, MI AMOR! –gritó súbitamente la abuela Clara al ver a su nieto en el piso, víctima de un incontrolable ataque de llanto.

Entonces recurrieron a los padrenuestros y las avemarías, y ya nada fue igual. Fernandito Oliver estuvo recibiendo tratamiento psiquiátrico por espacio de cinco años. La Madre Superiora de la Inmaculada Concepción donde Oliver estudiaba el quinto grado, le recomendó a doña Amparo un psiquiatra que ella consideraba lo mejor en todo Puerto Rico.

Todos los sábados en la mañana iban los tres, Oliver, su mamá y su papá, a la oficina del psiquiatra localizada en los altos de la Tienda Fragoso en el Viejo San Juan. Desde el primer día el doctor

les advirtió a los padres que no podían hablar de política frente a su hijo.

–Yo sé que a ustedes los puertorriqueños les resulta difícil evitar el tema de la política, –concedía en un tono diplomático el doctor. Miró a ambos padres por encima de sus bifocales, sonrió– pero para el éxito del tratamiento... Hablen de cualquier otra cosa, de deportes ...o de música.

Al salir de la oficina del doctor, venía lo mejor; los tres iban a la Bombonera a saborear sus delicias. Café, limonadas, y las inigualables mallorcas calientitas con mantequilla. Habían transcurrido varios meses desde que comenzó el tratamiento psiquiátrico, cuando durante uno de esos sábados en la Bombonera:

–¿Sabes que los Cangrejeros de Santurce anunciaron que van a traer a Willie Mays para el homenaje a Roberto Clemente? –le explicaba Fernando Luis a doña Amparo, haciéndole señas al mozo para que trajera dos café y tres limonadas.

–Me enteré que el presidente Kennedy invitó nuevamente a don Pablo Casals a la Casa Blanca a repetir aquel memorable concierto –improvisó doña Amparo, reconociendo que en el mundo del béisbol ella era totalmente ignorante. Al menos la reconfortaba el hecho de que estaba siguiendo al pie de la letra las instrucciones del doctor, "Hablen de cualquier otra cosa, de deportes ...o de música".

–El concierto anterior fue un homenaje que los Kennedys le dieron a don Luis Muñoz Marín –comentó Fernando Luis, y doña Amparo palideció–. Tres mallorcas, por favor –prosiguió. Entonces se levantó de la mesa y sorprendió a doña Amparo con un beso y, virándose hacia su hijo, le dijo–: ¡Fernandito!, ¿cómo está la mallorca?

–Más deliciosa que nunca, papá.

Esa noche Fernandito Oliver estaba feliz, muy feliz, mirando la lucha libre en la televisión. De pronto escuchó los gritos de sus padres discutiendo y argumentando acaloradamente como no lo habían hecho desde aquel día de los pulpos gigantes de Marisela.

–¡Pero cómo carajo se te ocurre escoger un psiquiatra extranjero! –vociferaba Fernando Luis, dando manotazos sobre la mesa del comedor.

–Porque yo miro a los demás y no veo a un extranjero, como haces tú, –respondió doña Amparo, haciendo un esfuerzo sobrehumano para no perder el dominio de sí. Cogió un respiro; trataba de organizar los pensamientos en su mente.

–Yo sigo las enseñanzas de don Luis Muñoz Marín, –se llenó de valor– que al izar la bandera de Puerto Rico por primera vez en el 1952, dijo que quería a un pueblo que mira al prójimo y no ve a un extranjero...

–¡No te hagas la intelectual! ¡Come mierda!

Doña Amparo retrocedió uno, dos, tres pasos..., todavía temía al fantasma de la violencia. Entonces, cuando se creyó segura, le gritó:

–¡ANIMAL!

Fernando Oliver cruzó por su niñez rodeado del amor y el cariño de sus abuelos, padres, tíos y primos. Pero..., pero, expuesto constantemente a una feroz polémica política que, según el criterio de su madre, se alimentaba del racismo y el nacionalismo. Pero que según el criterio de su padre, era el deber de todos amar y defender la patria de la invasión del imperialismo. En el centro de esas escenas estaban siempre Muñoz Marín y Fidel Castro. Esas escenas dejaron profundas cicatrices en su alma de las cuales aún hoy, a sus veintisiete años, no se ha recuperado del todo. Inevitablemente volvían las pesadillas de los pulpos gigantes de Marisela; las luces burbujeantes azules y amarillas, que lo aturdían.

Un día, la mamá de Oliver huyó de la casa. Agobiada con tantos tormentos, ese día le sirvió el desayuno a su esposo y tan pronto él partió para el trabajo le escribió una nota de despedida. Entonces telefoneó al dueño de un camión que había contratado la semana anterior.

–Traiga el camión ahora. Avance, por favor –Estaba nerviosa.

Mientras el camionero y sus peones vaciaban la casa, doña Amparo se presentó en el colegio de la Inmaculada Concepción, localizado en el mismo centro del pueblo de Mayagüez. Se fue caminando a pie; el sol estaba picante y las calles abarrotadas de automóviles y peatones. Cambiaba de acera según la sombra, para protegerse del sol, como la había enseñado su papá. Por los altoparlantes los comerciantes trompeteaban las ofertas de temporada. ¡Graduando, no te pierdas la mejor y más completa oferta que tenemos para ti: chaqueta, pantalón, camisa, corbata, yuntas, medias, de todo para que te luzcas el día de tu graduación!…"

Corría el mes de mayo, doña Amparo lo había planificado todo para que coincidiera con el fin del curso escolar, para que Fernandito no se afectara en la escuela. Llegó a la oficina de administración y con la mayor naturalidad le explicó a la Madre Superiora que su hijo tenía cita esa tarde con el psiquiatra en San Juan. La Madre Superiora mandó a buscar a Fernandito y lo sentó en su regazo; con las manos le limpió la carita todavía con azúcar de la dona de la merienda y le dijo algo muy despacito al oído. Fernandito se rió y la Madre lo despidió con un beso en la frente. Nunca más lo volvió a ver.

En el camión doña Amparo venía murmurando avemarías, mientras el chofer le acariciaba la cabeza a Fernandito, que hacía pucheros hasta que no pudo más y el llanto le rodó por la cara. Doña Amparo abandonó su pueblo natal de Mayagüez donde una mujer separada era blanco de chismes, bochinches y diretes y se

ubicó en una pequeña casa en el Viejo San Juan, donde según ella la gente es menos metía, y cada cual vive en su casa. ¡Pueblo chiquito, campana grande!, se le oía decir. Allí envejeció, sin mirarse al espejo, allí la encontró la soledad, entre dolencias y medicamentos, con un cuadro del Sagrado Corazón de Jesús clavado en la pared y un retrato autografiado de don Luis Muñoz Marín que decía: "Fiesta de Reyes del 1958 – La Fortaleza".

Cuando el camión entró al Viejo San Juan ya era de noche, pues la carretera desde Mayagüez era larga, muy larga, de un carril para ir y otro para venir. Hicieron varias paradas: en Isabela, en Arecibo y poco antes de llegar a Bayamón. En Isabela fue el café, queso del país y maví, y uno que otro dulce que Fernandito se antojó. En Arecibo almorzaron arroz con pollo en el Gran Café, y uno que otro dulce que Fernandito se antojó. En Bayamón fue un aterrizaje forzoso porque Fernandito tenía una revuelta estomacal.

Esa noche colocaron los colchones sobre el piso y durmieron como mejor pudieron. Al otro día empezaron a desempaquetar; entre tantos tereques doña Amparo se topó con una caja llena de fotos, libros y viejos papeles. Se sentó en el piso, decidió que era el momento de hacer una limpieza, pero la atraparon los recuerdos.

–¡Fernandito mira esto! –Eran fotos, viejas fotos, de los tíos, los abuelos, de la primera comunión. Oliver las contemplaba, buscando a su papá. Cada vez que lo encontraba el corazoncito le daba un salto.

Entre aquellos viejos papeles doña Amparo encontró uno que hacía años creía que lo había desterrado el tiempo y la ausencia. Lo desempolvó ansiosa, lo había buscado tantas veces y lo había dado por perdido. Entonces lo leyó reflexiva.

–Escucha esto Fernandito… –balbuceó, y le leyó–. "He roto el arco iris contra mi corazón, como se rompe una espada inútil contra una rodilla…" –Fernandito no entendía nada pero su mamá seguía

leyendo, pensando que quizás algún día lo entendería–. "He soplado las nubes de rosa y sangre más allá de los últimos horizontes…" –En su mente Fernandito se imaginaba a los héroes de su niñez espadeando contra nubes rosas y luminosas, mientras su mamá continuaba embelesada con la lectura de aquel poema–. "He ahogado mis sueños para saciar los sueños que me duermen en las venas de los hombres que sudaron, lloraron y rabiaron para sazonar mi café" –a estas alturas doña Amparo leía como una poseída. Fernandito escuchaba inmóvil, con los ojos abiertos, sin pestañar, pero sin entender–. ¡Algún día comprenderás, Fernandito! ¡Algún día entenderás! –Entonces doña Amparo abrió los brazos como quien le habla a la patria y con la voz ronca y emotiva dijo–: "¡Yo soy el Panfletista de Dios! ¡El agitador de Dios! ¡Y voy con la turba de estrellas y hombres hambrientos hacia la gran aurora!"

Fernando Luis Oliver se arrastró como nunca jamás pensó que lo haría para que doña Amparo lo perdonara. Lo intentó de varias maneras; empezó por teléfono, creyéndose que era un mero trámite, luego recurrió a las cartas, largas cartas de amor cargadas de emoción y súplicas que hubieran movido montañas. Pero nada. Cuando se sintió perdido, le rogó a su hermano, el tío Lorenzo Oliver, que lo ayudara, y ante la frustración recurrió desesperado a la intervención de la tía Stella. Pero doña Amparo no cedía. Fue entonces que un viejo amigo de andanzas le sugirió que le llevara una serenata. Vas a ver como cae rendida, le aseguró. Eso hizo. Fernando Luis organizó una serenata de ensueño convencido que haría caer a doña Amparo rendida a sus pies. Guitarras, violines, las mejores voces y una trompeta con sordina. Pero nada. Lo más que le permitió doña Amparo fue dejarlo dormir en el sofá de la sala, cuando él venía a visitar a Fernandito.

Poco después, el papá de Oliver murió en un misterioso incidente con la policía. Dicen que desde entonces comenzó la

fobia de Oliver con los extranjeros, y..., como era de esperarse, contra Muñoz también. Víctima de este vendaval fue el amor por su madre, que se vio marchitado entre alzas y bajas de una rebeldía que sólo una madre puede tolerar. Después de años de tratamiento psiquiátrico, es cierto que Oliver ha tenido muy buenos amigos extranjeros. Sofía, por ejemplo, es española. Y ha tenido a otros; panameños, chilenos, americanos. Pero siempre su reacción inicial es de repudio. Piensa que si no los rechazaba estaría deshonrando la memoria de su padre.

Sofía Miró llegó a querer y a conocer muy bien a Oliver, y tercamente se dio a la tarea de cambiar su percepción de la humanidad, que según ella era producto de una visión isleña. Sus misiones periodísticas por diversos países la habían expuesto a una riquísima diversidad cultural; seres humanos de todos los colores y rincones. Para Sofía, el honesto y el perverso no tienen fronteras..., y son dueños del universo por igual. Desde luego, el método de Sofía no era psiquiátrico. Era mejor, según ella misma lo aseguraba; eran largas e interesantes tertulias sumergidas en vino tinto. Después de varios años, Sofía se tambaleaba entre el optimismo y el pesimismo.

–Cuéntame, ¿que hay con Georgina Balzán, la supuesta amante de don Roberto González? –le preguntó Sofía, sin preámbulos ni rodeos, para ayudarlo a salir de aquel letargo. Oliver la miró con un semblante que pertenecía a los pasillos de sus pesadillas. Unos segundos antes, Sofía había visto en la carretera un letrero que indicaba la entrada hacia el Yunque, se imaginó que se aproximaban a la residencia de don Roberto. En efecto, así era, Fajardo era el próximo pueblo, estaban a pocos minutos. A petición de Sofía, Oliver detuvo el auto en los famosos quioscos de Luquillo, a la orilla de la carretera, para saborear unos bacalaitos y tomar agua de coco.

Oliver permanecía taciturno. De vuelta al auto, sacó el mapa.

–Sofía por favor, mira a ver si tu me ayudas a descifrar esto– le pidió con el mapa en la mano, haciendo un esfuerzo por salir poco a poco del laberinto de su niñez en el que se había enmarañado. Sofía cogió el mapa y aparentó examinarlo, pero su mente estaba en Georgina Balzán, como recurso infalible para que Oliver regresara de su trance.

–Pero bueno hombreé, ¿no te parece que Georgina Balzán pudiera ser una gran complicación para los trámites de la herencia?

–Eso se suponía que fuera un secreto, ¿cómo tú te enteraste?

–Durante la convención anual de la Asociación de Hombres de Empresas de las Américas, hace dos o tres años atrás. Yo estaba cubriendo la actividad para el Diario Las Américas y necesitaba conseguir una entrevista de los dos hermanos: don Roberto y don Gabriel. A ellos se le rendía un homenaje por haber logrado que el Ron Caribe se convirtiera en la marca de licor número uno en el mundo, y por sus grandes... chijí chijá... Y bueno, se me acercó un empleado del Miami Hilton a venderme información sobre supuestas aventuras amorosas de don Roberto González. Tu sabes Fernando, en mi profesión te ofrecen mucha basura y hay que tener cuidado. Así que esta tía pagó unos cuantos dólares y con esa pista hice mis propias averiguaciones.

–¿Y qué descubriste? –preguntó Oliver, evidentemente recuperado de aquel letargo, seducido por el chisme periodístico de Sofía.

–Dos versiones. Ellos se registran en el hotel en habitaciones separadas, pero algunas amas de llaves que conocen la pareja de años, me aseguraban que eso es puro camuflaje, tú sabes. Que antes del amanecer uno se escurría en la habitación del otro.

–¿Y la segunda versión?, –preguntó Oliver dejándose arrastrar por la curiosidad.

–¡Joder! Te pasaste de la entrada, Fernando. Da marcha atrás que aquella tiene que ser la entrada a la residencia de don Roberto. Míralo aquí en el mapa.

Capítulo 6

Lo que no sabían los demás, era que el doctor Benito Álvarez de la Cruz y el licenciado Fernando Oliver habían sido íntimos amigos durante sus años de bachillerato; amistad que continuó mientras Benito estudiaba en Wharton School of Business en Pennsylvania y Oliver en la Escuela de Leyes de la Universidad de Puerto Rico. Se llamaban y se procuraban, y en una de esas ocasiones, Benito vino para Puerto Rico a saborear una cena de Acción de Gracias en el recién inaugurado apartamento de Oliver. Fue el primer pavo que Oliver horneara en su vida y desde entonces todos los años lo repite, y culmina, muy a lo puertorriqueño, con la primera parranda de la temporada navideña.

De manera que cuando don Roberto y don Gabriel subieron hasta el balcón acompañados por Sofía y Oliver, el protocolo para las presentaciones se desbarató; Benito y Oliver se confundieron en un aparatoso abrazo de verdaderos cuates.

–¡Fernando, coño! ¿Como tú estas?

–¡Benito, que alegría encontrarte aquí!

Se daban fuertes palmadas y volvían a chocar manos con una euforia contagiante. Fue así, como por arte de magia, que una primavera de afectos acogió a Fernando Oliver y a Sofía Miró en el seno de la familia González.

Para hablar de la herencia de las acciones del Ron Caribe se fueron a una mesa en la terraza del patio: don Roberto, don Gabriel, Carlos Alberto y el licenciado Oliver. Don Roberto le preguntó a Rosarito y a Claudia que si se querían unir, pero éstas declinaron. Claudia, Conchita y María Fernanda conversaban de todo un poco en los sillones del balcón, y Rosarito y Benito se llevaron a Sofía a disfrutar de la vista panorámica: el mar, el Yunque. A Jan y a Sheila hacía rato no se les veía por ningún lado.

–¡Ay vieja!, es que los pobres llegaron anoche tan cansados que están durmiendo una siesta –excusó Conchita a su yerno Jan Gerstein y a su hija Sheila.

–Están en una eterna luna de miel, tía –suspiraba Claudia–. ¿Jan no tendrá un hermanito como él? Después de la desolación que me dejó Mohamed, nada mejor que un judío para que me remiende el corazón.

Convencer a don Roberto sobre la deseabilidad de adelantar en vida la herencia de la acciones, resultó mucho más fácil de lo que los demás se pudieron imaginar.

–¡Oye!, si así resolvemos el problema de los impuestos, fantástico. Mis abuelos les dieron la herencia en vida a mis padres, y mis padres hicieron lo mismo con nosotros –aseguró don Roberto, buscando la mirada de don Gabriel que asentía con la cabeza para no interrumpir. Don Gabriel encendió un tabaco.

–Dame uno tío –se apresuró Carlos Alberto. Don Gabriel le ofreció a Oliver, pero este declinó.

–Ahora…, licenciado, yo nací en Cuba y me radiqué en Puerto Rico desde el 1936, yo no veo cómo es posible que los Estados

Unidos pretendan tributar mi herencia. –Hubo un silencio que Oliver no se atrevió a romper.

–Perdóneme el discurso, –continuó don Roberto– pero dicho eso, vamos pa'lante con el reparto de la herencia…

Oliver le explicó con lujo de detalles sobre cómo hacer el reparto de las acciones para que sus herederos se ahorraran unos siete millones de dólares en impuestos federales. Abogado al fin, se perdió enhebrando tecnicismos. Don Roberto aprovechó el monólogo para saborear del tabaco de Carlos Alberto; padre e hijo venían conspirando hacía ya algún tiempo sin que María Fernanda se percatara.

–Déle pa'lante licenciado –lo interrumpió don Roberto, pasándole el tabaco disimuladamente a Carlos Alberto–. Esas explicaciones se las da a mis hijos, ellos son los que van a pagar su factura –se rió–. Vaya, ¿cuando va a reunirlos a todos?

–Lo he intentado, créame –Oliver titubeó, pues todavía no le había aclarado a don Roberto que los pagos de dividendos los recibirían sus hijos directamente.

–¿Y qué usted recomienda? –preguntó don Roberto. Don Gabriel tomaba notas, como si se tratara de un curso de albaceazgo. "La muerte de un ser querido, más que de él, es nuestra, porque nosotros somos los que la sufrimos", recordó haber leído alguna vez.

–Podemos resolverlo de varias maneras –anunció pausadamente Oliver, y colocó la barbilla sobre sus manos con los dedos entre cruzados, señal inequívoca de que entraría en aguas profundas. Luego de una aburrida perorata, intentó resumir aquel enjambre pero don Roberto lo interrumpió nuevamente, diciendo:

–Vamos con la primera alternativa –demostrando que todavía mantenía intacta su capacidad para tomar decisiones.

Hubo un silencio a cuatro voces. Don Gabriel le pasó otro tabaco a su sobrino, lo encendió y encendió otro para él. Aspiró profundamente y dejó salir el humo paulatinamente. Pensó en Georgina Balzán, tema que tanto le preocupaba, no tanto por las consecuencias legales, que para eso estaban los abogados, sino por el escándalo. "¿Qué pensará María Fernanda? Seguro me tildará de traidor, de cómplice. ¿Qué pensará Conchita? Que yo andaba en las mismas..."

–Tío, puedes hablar del tema –leyó Carlos Alberto el pensamiento de don Gabriel–. Papi me lo contó todo. Y me parece que la teoría de "in between lovers" está buenísima.

–¡Teoría no, viejo! –saltó don Roberto–. Esa es la pura verdad.

Así estuvieron un buen rato. Dale que dale con la doctora Balzán, y cuando Oliver los tenía mareados con principios jurídicos, brincaron al tema de Claudia y el Turco. Don Roberto se reía aguantándose la panza con los cuentos del Turco. Pero a don Gabriel no le hacía ninguna gracia. Así estaban las cosas cuando el licenciado Oliver admitió misteriosamente:

–A mí lo que me preocupa es cómo probar que las acciones del Ron Caribe usted las heredó de sus padres –A Oliver todavía le retumbaban las palabras de Sofía Miró: que si el embargo de los Estados Unidos contra Cuba; que si Fidel confiscó la planta del Ron Caribe en Santiago.

Carlos Alberto hizo una mueca; no le gustaba ni chispa que el abogado de la herencia flaqueara de esa manera. Inhaló fuertemente su tabaco y se lo pasó disimuladamente a su papá.

–Yo necesito saber cuándo fue, cómo fue –prosiguió Oliver, con la mente llena de grietas.

–¡Óigame licenciado! –suspiró don Roberto–. Figúrese usted, de eso hace tantos años... Eso fue cuando Fidel bajó de la Sierra Maestra y atacó al cuartel Moncada.

Oliver sintió un impacto en la cabeza. Por un momento creyó que se trataba de una broma. Balbuceó algo que no se le entendió.

–Eso fue en el 1953… ¡El 26 de julio de 1953! –puntualizó don Gabriel.

–¡Figúrese! Usted va a tener que ir a Cuba para resolver eso –sentenció don Roberto.

Al terminar la reunión, los cuatro se trasladaron al balcón y se unieron a Conchita, Claudia y María Fernanda. Eran pasadas las tres de la tarde y hacía una brisa muy agradable. Carlos Alberto ofreció café y vino, por aquello de que el Sábado Santo se transforma en Sábado de Gloria según los estándares cristianos de cada cual. Para romper el hielo don Gabriel anunció que también había Ron Caribe, "para ahora o al anochecer, licenciado". Se unieron al grupo Rosarito, Benito y Sofía, y don Roberto aprovechó para invitarlos a todos al tradicional asopao de bacalao.

–¡Con la receta original de la tía Ana! –anunció lleno de orgullo. Mencionar a la tía Ana era como romper una piñata de recuerdos–. Que no se vaya nadie, que ahora es que viene lo bueno, –prosiguió para rematar. A don Roberto la muerte le iba creciendo por dentro, pero su espíritu se mantenía festivo y amable como había sido siempre.

Conchita les contaba a los más jóvenes de los inolvidables bailes de Sábado de Gloria en el Rancho Club de Santiago. Les explicaba que don Roberto viajaba a Cuba con María Fernanda y sus seis hijos –los González–Farasy y los González–Luna. La tía Ana se quedaba cuidando a los pequeños: Claudia, Carlos Alberto y Rosarito. Mientras que los grandes: Roberto, Victoria y Joaquín, aprovechaban para revivir sus idilios tropicales. Al partir, los corazones alborotados sólo sobrevivirían archivando nostalgias, hasta la próxima navidad, quizá hasta el próximo verano. El baile no comenzaba hasta que dieran las doce campanadas de la media

noche. Los González tenían siempre reservadas dos mesas para la parentela. Recordaba que en uno de aquellos años, anunciaron a la Sonora Matancera con Celia Cruz, alternando con Pérez Prado y su orquesta.

–¡Coño, titi Conchita!, –exclamó Claudia– esa Celia Cruz lleva años como el carajo cantando.

–Y los años que le faltan –ripostó Conchita– las personas de la raza negra parece que no envejecen.

–¡Pero bueno, hombreé! –aprovechó Sofía la coyuntura– si esta mañana estaban anunciando en la radio un baile con Celia Cruz para esta misma noche.

–¿Donde? –preguntó Claudia.

–Aquí mismo en Puerto Rico. ¿Verdad Fernando? –sostuvo Sofía. Hizo una pausa y volteándose hacia Conchita, le preguntó–: A ver..., ese baile con Celia Cruz que usted estaba contando, Doña Conchita, ¿para que año fue eso?

–Figúrate tú, vieja..., de eso hace tantos años. Eso sería para el 1954, quizá el 1955. Es que ella cantó tantas veces en Santiago. ¡Ayúdame tú Gabriel!

–Si, si..., Celia fue cantidad de veces a Santiago, y con distintas orquestas –aseguró don Gabriel, dejando que Conchita le tomara las manos–. ¡Pero por favor, señora Miró..!

–SO FI A –insistió Sofía, marcando las sílabas.

–Sofía –sonrió don Gabriel–. ¡Por tu madre!, no nos hagas una prueba de la memoria a estos pobres ancianos –suplicaba muerto de la risa don Gabriel, guiñándole un ojo a Rosarito.

Rosarito se acercó a su tío, jugaba con su pelo, haciéndole rizos con cariño. Buscaba la silueta de su padre en la cocina, estaba esperando que se asomara; les tenía una sorpresa:

–Les quiero anunciar que Sofía es periodista y estuvo realizando unos reportajes en Cuba recientemente –Sofía palideció.

–¡Mi niña, por tu madre! No me digas una cosa así –suspiró Conchita–. Lo que yo daría por volver a Cuba. Cuéntame, ¿cómo te fue, a dónde fuiste, cómo la encontraste? –preguntaba Conchita, evidentemente ansiosa y emocionada.

Don Roberto y Carlos Alberto habían estado intercambiando entre la cocina y el balcón. Pero cuando Rosarito anunció que Sofía Miró estuvo recientemente en Cuba, don Roberto le bajó el fuego a la olla y no se despegó del balcón por un buen rato. Sofía les contó de lo bello de la campiña: los valles inmensos, la Sierra Maestra, imponente, los conjuntos de palmas reales...

–¡El árbol nacional de Cuba, la palma real! –se apresuró a aclarar don Roberto.

–Distinto a Puerto Rico –sostuvo Sofía.

–Yo siempre se lo digo a los puertorriqueños, y no lo entienden –enfatizó don Roberto, echándole el brazo a Claudia. La apretó–. Allá las palmas reales están por donde quiera, silvestre. Acá los arquitectos las tienen que mandar a buscar...

Sofía les contaba sobre lo cálidos y fraternales que son los cubanos, ¡Alegres! Pero eso lo sabía Conchita. Eso no era lo que ella quería escuchar.

–Hay cosas que la revolución no puede cambiar –refunfuñó Conchita–. Ni la campiña ni el alma del pueblo. –Estaba ansiosa, quería escuchar otras cosas, pero Sofía sabía que se encontraba dentro de un hervidero de emociones. Se tambaleaba para no herir sentimientos. En Miami, donde ella vivía, no se podía ni tan siquiera mencionar que ella había visitado a Cuba, aunque fuera en calidad de periodista. La hubieran mandado a matar. En Puerto Rico es distinto, Sofía lo sabía. El exilio cubano en Puerto Rico tolera lo que sería impensable en Miami.

Pero allí, en la residencia de La Roca, Conchita, don Gabriel y don Roberto esperaban esa tarde escuchar una caravana de improperios sobre los fracasos de la Revolución Cubana. Y a la misma vez, temían escuchar las versiones fidelistas que ensalzaban y alababan las virtudes de la Revolución. Sofía estaba inquieta: ¿desatarían una tormenta al menor comentario pro Fidel? Ellos no conocían a Sofía y Sofía no los conocía a ellos.

–En una parada de guagua –rompió el hielo Sofía– vi a tanta gente, ¡como a trescientos!, que parecía que habían anunciado que venía el Gran Combo a tocar.

Todos se morían de la risa, sobre todo Carlos Alberto.

–¡Está cabrón! –se reía.

–La transportación da lástima –aprovechó Sofía que el chiste había desbaratado las tensiones. Buscó a Rosarito con la mirada…, "ayúdame con esta jauría, tú que me metiste en este lío"–. Los automóviles escasean, como si fueran de colección. Una noche yo buscaba un taxi en La Habana, y se acercó un Ford como del 1953, y yo: "¡Ustedes son los mejores mecánicos del mundo!" Y el chofer: "¡Figúrese usted, esta máquina tiene piezas de motoras, de botes, de avión!.." Yo me moría de la risa y el chofer: "¡Pero móntese señora que todavía camina!"

Así estuvieron un buen rato; charlando y conversando sobre las cosas que los González de la vieja guardia querían escuchar. Cada vez Sofía se sentía más a gusto, se imaginaba cómo sería la cosa si estuviera en Miami. Se acordó de la noche que cenaba con su difunto esposo Luis Salazar, en el Alcázar, en la 40 del South West. Un trío se acercó a la mesa cantando "Aquellos ojos verdes" y al terminar les preguntó si tenían alguna petición. Su esposo les pidió que por favor cantaran "Para vivir" de Pablo Milanés, que fue la canción con la que nos conocimos, les dijo. Para qué fue eso, el director del trío los insultó. ¡COMUNISTAS! Y se negó a cantarla.

Sofía conocía ese fundamentalismo político, lo había sufrido en carne propia en la época de Franco en España. Se vino a vivir a Puerto Rico y era igual. Se mudó a Miami; lo mismo. Al más mínimo comentario, venía el escopetazo: ¡COMUNISTA! Que pena que Marx no vivió para verlo. Se hubiera sentido muy feliz con un comunista en cada esquina.

–¡Háblanos de las jineteras! –dijo Carlos Alberto, arrancando a Sofía del laberinto por donde se había perdido.

–¡Carlos Alberto, pleaseee! –lo atajó Claudia–. No seas tan bellaco.

–Algo bueno tiene que tener la Revolución Cubana –ripostó, provocando una explosión de carcajadas–. ¡¿Qué te pasa?!

–Whatever –paró la bemba Claudia.

–Las jineteras son un símbolo de una transformación económica –musitó Sofía, reflexiva.

Hubo un silencio a coro; don Gabriel encendió uno de sus famosos tabacos, le ofreció a Sofía, pero esta declinó. Don Roberto aprovechó para ir a chequear la olla a la cocina. Todos los ojos estaban puestos sobre Sofía.

–Todos los seres humanos..., ¡del mundo!.., quieren progresar –continuó Sofía, observando a don Roberto que regresaba de la cocina. Don Roberto se secó el sudor con el delantal, le sonrió–. Para progresar, los cubanos buscan los dólares a como dé lugar. Recuerdo una tarde en La Habana, íbamos un grupo de la revista...

–¿Cuál revista? –preguntó Claudia. Benito pasaba una bandeja de sorullitos de maíz que María Fernanda había traído de la cocina.

–Time, la revista Time –Sofía agarró un sorullito–. ¡Mm!, que rico... A ver, bueno..., iba este grupo de la revista por la esquina del Hotel Sevilla, y se nos acercó un mulato cubano y nos ofreció de todo. Que si él sabía donde vendían los Cohibas, ¡Genuinos!

aseguraba…, los mejores mojitos, que si él conseguía chicas, que si él sabía de un paladar que era un fenómeno, que son esas casas de familias que sirven comida: congrí, yuca, lomo de cerdo. A mi personalmente me interesó muchísimo, porque es una manera de compenetrarse con el pueblo. Fuimos para allá mi fotógrafo y yo, los otros se huyeron.

Claudia encendió un cigarrillo, le pasó uno a Rosarito, y Sofía aprovechó para pedir uno.

–Llegamos al paladar y el mulato mandó a buscar un conjunto musical. Se armó la rumba. El mulato llamó a otros cubanos y les dijo que mi fotógrafo era mexicano, y los cubanos que si ellos habían ido a jugar béisbol a México, se podrán imaginar, los mojitos ya no eran para tres, porque ahora también estaban los peloteros y los músicos. ¡QUIQUIRIBÚ MANDINGA!, nos sacaban a bailar, y pasaban el sombrero para las propinas, ¡Que se las ganaban!, porque había que ver lo sabroso que tocaban…

–¡Oye!, te olvidaste de las jineteras –gritó Carlos Alberto.

–No seas tan bellaco, ¡Maricón! –le salió al paso Claudia, y se alborotó el gallinero.

–¡Calma hombreé! –sonrió pícaramente Sofía. Acercó su copa para que don Gabriel le sirviera vino tinto. Inhaló su cigarrillo, y fue soltando el humo poco a poco. Observó a Conchita que escuchaba embelesada todo lo que ella decía. Volvió a pensar en Miami, a esas alturas ya la hubieran mandado a matar. Le dio un buen bajón a su copa, se animó y continuó:

–Entonces se acercó a la mesa la hermana de uno de los peloteros, una chica jovencita y monísima. El pelotero le dijo algo que tenía que ver con su mamá, y la chica saludó y se despidió. A mi fotógrafo se le salieron las babas, parecía una universitaria. El pelotero saltó y le ofreció su hermana al fotógrafo, ¡Increíble, pero cierto! –un silencio flotaba entre murmullo y murmullo–. Y el

fotógrafo que no, y el pelotero que sí, y le hizo señas a su hermana para que regresara y se sentara en la mesa. Bailamos, tomamos mojitos, la chica se acarameló con el fotógrafo como si fueran novios. Nos trajeron Cohibas, y más y más mojitos, y la música se ponía cada vez más sabrosa. ¡SON DE LA LOMA, Y CANTAN EN EL LLANO! Eran dólares y más dólares; dólares por los mojitos, dólares por los Cohibas, dólares por armar la rumba, dólares por la chica.

Sofía clavó la miraba en el fondo de su copa, cuando alzó la vista observó a Oliver que escuchaba a don Roberto. Pensó en lo que le esperaba; se imaginó viajando a Cuba acompañada de Oliver.

–Es la dolarización de la economía cubana –musitó Sofía–. El cubano busca el dólar para poder subsistir. Aquella chica era maestra de matemáticas; ganaba 148 pesos nacionales, que equivalen a 6 dólares al mes. La libreta de racionamiento le cuesta 4 dólares...

–¡Eso está del carajo! –suspiró Rosarito.

–¡Siii, pero el gobierno se los da todo!, –arremetió Claudia, llenando su copa de vino–. A los cubanos lo que los tiene jodíos es el embargo americano.

–¡ESE ES UN CANALLA! –explotó Conchita–. El embargo no se puede quitar hasta que Fidel caiga.

–En esos paladares tarde o temprano se armaba la tertulia política –intercedió Sofía–. Y les aseguro que en más de una ocasión escuché decir que el embargo se lo pone Fidel al pueblo...

–¡BAHH! –se mofó Claudia, agarrando sorullitos de una nueva bandeja que traía María Fernanda–. ¿Quién dijo eso?

–¡Un cubano! –aseguró Sofía, echándole el humo, desafiante.

–¡Ese es un imperialista! –arremetió Claudia.

–Whatever..., no se pongan a discutir –intervino Rosarito, pasándole un Caribe & Coke a su tío Gabriel.

–¡Hombreé!, yo no vengo a discutir con nadie –sostuvo Sofía, mortificada. Ella se había estado protegiendo de los González de la vieja guardia; se le escapó, y eso la sacó de ritmo, que los boricuas visualizaran el tema de Cuba según el espectro político de Puerto Rico. En ningún otro país ella había visto algo igual. "Aquí los estadistas no pueden ver a Fidel, los independentistas lo alaban como un Mesías, y los estadolibristas velando güiras", estaba frustrada por dejarse arrastrar por Claudia.

–Yo soy periodista, y te digo las cosas como yo las viví allí en Cuba... ¿Claudia es tu nombre? ...Claudia. Pero bueno, cada cual ve las cosas según su color político –se le salió el cinismo–. A mi me enviaron a Cuba con la misión de conocer los triunfos y los fracasos de la revolución.

Como era de esperarse, se dispararon los ánimos. Conchita y Claudia se enfrascaron en un toma y dame que los demás amenizaban con copas y tragos, chistes y carcajadas.

–¡OK, OK! –cogió la batuta Carlos Alberto, como si se tratara de un director de orquesta; levantó su Ron Caribe y exclamó con la voz al cuello–: ¡Puerto Rico y Cuba son de un pájaro las dos alas!.. Continúa Sofía...

–A ver hombreé, ¿qué querés?

–¿Qué pasó con la jinetera? –se burló Carlos Alberto–. Para fajarnos por la política, mejor hablamos de chingaderas...

–¡Mi niño, que cafre eres! –arqueó los ojos Rosarito.

–¡SOFIA! ¡SOFIA! –daba palmadas Conchita.

–¡La dolarización es el antídoto del comunismo! –reflexionó Sofía–. El pueblo busca desesperadamente cómo apaciguar las miserias... Por eso se lanza tras el dólar. Y eso es algo que Fidel no ha podido detener, ni podrá... Es como detener un río entre las manos. Por ahí se le va escurriendo el comunismo.

Hubo un largo silencio. Don Roberto miraba fijamente a Sofía, le parecía muy humano su argumento. Sofía se sentía muy a gusto con don Roberto. A ratos le parecía como si eso de ciudadano del mundo lo llevaba muy arraigado, como un dogma. Por un instante pensó que le gustaría ayudar a desenredar los problemas de la herencia.

–Para complacer a Carlos Alberto, –rompió el silencio Sofía– mi fotógrafo se tiró la chica, y yo me tiré al cubano pelotero, que estaba buenísimo.

–¡Mira eso, figúrate tú, vieja! –suspiró Conchita, y todos irrumpieron en vítores.

–Hay que apoyar la dolarización, porque es la única ayuda que ¡PE NE TRA! directamente al pueblo –sentenció Sofía, levantando su copa–. ¡Además, recuerden que la dolarización es el antídoto del comunismo! –remató.

–¡Que clase de loca! –daba palmadas Fernando Oliver, animadito por los vapores del ron–. Cuéntales que por poco te meten presa en La Habana, ¡Ah!, que tuviste que salir corriendo...

–¿CÓOOMO? –irrumpió el coro al unísono. Sofía se resistía a entrar en esos temas. Rosarito, Benito y Conchita la trataban de embullar; contempló a don Roberto que daba la vuelta por la cocina y volvía apurado. Sintió lástima..., "la muerte anda de ronda", recordó lo que Oliver le había dicho. Se decidió. Hizo una pausa para organizar los pensamientos..., y les contó que a través de mil y una conexiones, ella había logrado que Fidel Castro le concediera una entrevista.

–Hombreé, se trataba del 20 aniversario de la revolución y mi jefe en la revista me traía loca, habíamos agotado todos los canales diplomáticos, políticos, periodísticos, cuando una mañana recibimos la llamada en la oficina confirmando la entrevista.

–Fui a Cuba, y como todos los días me cambiaban la fecha de la entrevista, me fui a recorrer la isla de un lado a otro: La Habana, Santiago, Camagüey..., y de vuelta a La Habana. La entrevista finalmente quedó pautada para un viernes a la tres de la tarde.

Sofía cautivaba la atención de todos; Rosarito encendió un cigarrillo, y Sofía le pidió uno.

–Entonces, a un alto oficial militar se le ocurrió la idea de exigir las preguntas por escrito..., y por adelantado. Pero bueno, se las di porque llamé a Miami y mi jefe me dobló el brazo. Durante la entrevista...

–¡¿Con Fidel ahí de frente a usted?!.. –reaccionó Conchita.

–¡Hombreé, pues claro! –sonrió Sofía.

–¡JESÚS, MARÍA Y JOSÉ! –se persignó Conchita.

–Pero bueno, lo que pasó fue que durante la entrevista yo improvisé una línea de preguntas...

–¿Que no estaban escritas? –indagó don Gabriel.

–Exacto... –consintió Sofía–. Porque yo siempre he tenido la duda de si Fidel era comunista desde antes del triunfo de la revolución, o si fue que él se convirtió luego...

Se armó la bulla, todos hacían alboroto con la inteligencia. Unos, que si Fidel era un comunista de toda la vida; y otros, que él se convirtió cuando Estados Unidos le dio la espalda, que entonces Rusia se aprovechó. Montados en tribuna, cada cual vociferaba con autoridad.

–Eso fue que Eisenhower le dio la espalda... –sostuvo don Gabriel.

–Seguro..., y Nikita Krushev le abrió las puertas –coincidió don Roberto.

–¡Eso no fue así! ¡Eso no fue así! –se encolerizó Conchita–. ¡Ese canalla es un comunista de toda la vida!

–¡PLEASE! ¡PLEASE! –trataba Rosarito de apaciguar aquella jauría.

Oliver observaba aquello y pensaba en las fiestas de su niñez, aquellas tormentas de improperios. Cualquiera es un comunista, se dijo. Pensó en las palabras de don Roberto: "Usted va a tener que ir a Cuba a resolver eso". Se imaginó cuando regresara a Puerto Rico: "El Nuevo Bolchevique", se rió.

–Eso Estados Unidos se lo buscó. ¡Bueno que le pase! –argumentó Claudia, como quien combate el fuego con aceite–. Fidel Castro se ha tirado ya una docena de presidentes americanos.

–¡Óyeme, mi niña! –se mofaba Carlos Alberto– No te pongas a joder con titi Conchita que te va a sacar de su testamento.

–En mi testamento hay una cláusula que dice que los comunistas no cogen nada... –bromeó Conchita, levantando su vaso para que Carlos Alberto le preparara otro trago.

–¡PLEASE! ¡PLEASE! –volvía a la carga Rosarito–. Vamos a escuchar a Sofía.

Hubo un silencio que Sofía aprovechó.

–A esta tía le pasaba igual que a ustedes: yo había escuchado ambas versiones. Que si era comunista desde los años universitarios en La Habana; y..., que no, que él se cambió cuando Estados Unidos lo ignoró..., que él fue a Washington y a Nueva York en el año 1960 a buscar un préstamo para Cuba y lo recibieron con un balde de agua.

Sofía observaba el interés que generaba lo que ella contaba. María Fernanda le dijo algo al oído a don Roberto, y éste le indicó con los gestos que le bajara un poco más el fuego a la olla.

–Adivinen cuál fue la contestación de Fidel. ¿Quieren adivinar? –se volvió a alborotar el gallinero.

Sofía inhaló su cigarrillo. Se estaba gozando el momento.

–Doña Conchita tenía razón: Fidel me contestó que él había estudiado los textos de Marx desde muy joven y que se había convertido al comunismo desde la época en que se planificaba el ataque al cuartel Moncada.

–¡Eso es pura propaganda! –tronó don Gabriel.

–¡Óyeme viejo! No hay peor ciego que el que no quiere ver –replicó Conchita.

–Pero bueno hombreé, no se fajen, porque a mi Huber Matos me aseguró que Fidel le negó veinte veces que la Revolución Cubana tuviera alguna orientación comunista –intercedió Sofía.

–¡¿Y qué pasó, por qué tuviste que salir corriendo?! –insistió Rosarito, que se la comía la curiosidad.

Sofía reía a carcajadas, tapándose la cara con ambas manos, parecía una chiquilla. ¿Serían los nervios? Pero poco a poco se fue tranquilizando, tenía los ojos aguados y se secó las lágrimas con las manos, parecía afectada.

–Esta tía se las trae –balbuceó, pidiéndole a Rosarito que le pasara otro cigarrillo–. Yo..., ¡la verdad es que uno es atrevido!... le cuestioné a Fidel que por qué no le habló al pueblo de comunismo, quiero decir..., antes del triunfo de la revolución.

Hubo un silencio a coro. Todos escuchaban embelesados.

–Pero no, él hablaba de justicia social como todos los políticos, y nunca se declaró comunista hasta después que la revolución triunfó. ¿Hubiera tenido el mismo respaldo del pueblo?

–¡NIÑA, QUÉ VA! –saltó Conchita, y volvieron a arder los panales de la política.

Al rato, cuando se extinguían los ecos de los últimos gritos y carcajadas, volvió a insistir Rosarito:

–¡PLEASE, PLEASE! Vamos a escuchar a Sofía.

–Tuve que salir corriendo –se burló Sofía–. De pronto entraron cuatro escoltas de la seguridad personal de Fidel y me condujeron hasta un salón solitario.

Todos los ojos estaban sobre ella, estaba meditativa, como quien se libera de un peso. –Traté de comunicarme con las oficinas centrales del Time en Nueva York. Me pasaron al jefe de la división legal, quien me dijo, ¡me acuerdo como ahora!, "No digas ni una palabra más".

–¡Ay, vieja!, me va a dar taquicardia –suplicaba Conchita.

–No pude terminar la entrevista. Cuando sentía que por fin lo tenía acorralado... tuve que salir corriendo. Pero como dijo aquel legendario general: ¡Volveré!

–Cuando salí de Cuba... –canturreaba Claudia mientras abrazaba a su tío Gabriel, y todos se unieron al coro–: ¡DEJÉ ENTERRADO MI CORAZÓN!..

Capítulo 7

La noche recogía poco a poco el manto azul del mar, mientras se escuchaba a lo lejos el sonido de un violonchelo. Era Sheila desde una de las habitaciones traseras, comenzaba la práctica diaria de su instrumento. Era una disciplina férrea, para mantener los músculos de sus bellas manos: elásticos,flexibles y firmes.

Jan Gerstein se unió a la tertulia en el balcón; le brindaba a su esposa el espacio necesario para el trance diario con el chelo. Se aproximó saludando en su escaso pero simpático español, que empezó a aprender en un intercambio entre los conservatorios de París y Madrid, y que Sheila remendó con el corazón.

Todos querían seguir escuchando los cuentos de Sofía que captaba la atención como una maestra de primer grado con sus párvulos.

–¿Tienes fotos de Cuba? –preguntó Conchita con el corazón en la boca.

–Esta mujer tiene cajas de fotos –se apresuró a contestar Oliver, mientras cogía de otra bandeja de sorullitos que trajo María

Fernanda–. Y tiene videos también. Tiene de Santiago, ¿verdad, Sofía?

–¡Ay vieja, no me digas una cosa así! –suspiró Conchita–. ¡Por tu madre! Yo me muero por volver a Santiago.

–En mi apartamento de Miami tengo fotos de todas mis misiones periodísticas –anunció Sofía. Hizo una pausa, y mirando el fondo de su copa reconoció que se paraba sobre un semillero de nostalgias–. Desde luego..., tengo de La Habana y de Santiago también.

–Cuéntanos de Santiago –dijeron al unísono don Gabriel y don Roberto, acercando sus sillas a la mesa como almas gemelas–. Carlos Alberto por favor, bájale un poco el fuego a la olla –le pidió don Roberto a su hijo, procurando el placer de la parsimonia, uno de sus más preciados lujos.

Sofía continuaba con sus historias y les habló de cómo en Santiago hizo amistad con el padre Luis Sotográs, a cargo de una capilla localizada en una villa de pescadores al este de la ciudad. Nacido en la cuidad de Rosario, Argentina, el padre Sotográs huyó de su país en el 1955, con la dudosa distinción de haber sido perseguido tanto por las fuerzas peronistas como anti peronistas. Vientos de cambios lo llevaron a Cuba donde llegó hablando de justicia social para las clases trabajadoras y los pobres. Al principio el terreno era fértil para sus prédicas, pero con el correr de los años se convirtió en uno de los pocos sacerdotes que había sobrevivido la Revolución, para lo cual se vio precisado a hacer pactos secretos con Dios y con Fidel. Éste fue durante nueve días el anfitrión de Sofía, carreteándola por dependencias gubernamentales, iglesias, fábricas, la Universidad de La Habana, centros de envejecientes, museos, cooperativas de pescadores y sobre todo a la redacción del Granma, único periódico de circulación general, bajo el control absoluto del gobierno.

–El Granma es un vómito diario de azufre anti imperialista –decía el padre Sotográs (en la intimidad, desde luego)–. ¡Che!, es

la misma técnica que usan los musulmanes contra los Estados Unidos. Esa es la medicina que mantiene al pueblo en pie de lucha y unido.

El violonchelo de Sheila arrullaba los cuentos de Sofía, que explicaba que a la tercera y última noche en Santiago la invitaron a una cena en la villa de los pescadores. A la orilla de la playa encendieron una fogata para protegerse del frío de las despedidas, y sobre ella, cocinaron una paella marinera que superaba a todas las que ella había comido hasta entonces y desde entonces. Sobre un viejo muelle de madera cantaron tangos, boleros y rancheras, bajo una luna llena. Y así continuaron, hasta que los sorprendió el sol empapados en alcohol. Esa noche, bajo los auspicios del vino, el padre Sotográs le relató a Sofía historias inconfesables.

Hubo un largo silencio en el que cada cual se refugió en un verso de algún viejo poema.Los cubanos se transportaron a su añorada Cuba; Benito a la Panamá de su infancia; Sofía a su España querida; Jan a la Francia de su juventud, y los puertorriqueños sintieron orgullo, orgullo de ser los anfitriones. En su memoria, pintaban sus recuerdos con colores idealizados por la nostalgia. Al cabo de un rato, don Roberto rompió el hechizo preguntándole a Sofía:

–¡Oye! ¿De qué parte de España tú eres?

–¡Hombreé!, toda mi familia es catalana, de Barcelona –respondió con orgullo.

–Nuestro abuelo, Francisco González, era catalán también –explicó don Roberto. Rosarito envolvía a su padre entre sus brazos, inclinada amorosamente–. Una ola de inmigrantes lo trajo hasta Santiago de Cuba, en busca de libertad y fortuna, ¡como todos los inmigrantes! Allí encontró tierras muy fértiles para el cultivo de la caña de azúcar. También encontró tierras muy fértiles para el cultivo de la Revolución. Con la caña hizo ron, y con la prosperidad que nos trajo el ron, nuestro padre, Rogelio González, hizo la revolución

contra la madre patria. ¡Figúrese! En esta mesa usted representa la madre patria, pero ya ves, Sofía…, ahora todos somos hermanos.

A Sofía le brillaban los ojos, la figura de don Roberto la cautivaba.

–A mi Santiago me encantó. Su gente... su cultura... –suspiró Sofía bajando sensiblemente su copa de vino.

–Su gente y su cultura…, ya lo creo que sí –aprobó apreciativamente don Roberto–. Óyeme, es una historia fascinante, no sé si usted la conoce –Miró fijamente a Sofía, colocó dos cubitos de hielo en su vaso, se sentía muy a gusto. Arqueó las cejas reflexivamente y prosiguió–. Santiago se enriqueció de la diversidad cultural que le trajeron los franceses, los africanos y los españoles. ¿No conoce esa historia? Pues se la voy a contar…

–Vale –Sofía le guiñó un ojo a Rosarito.

–Resulta que en el 1791, durante la Revolución Francesa, ocurrió una revuelta de esclavos africanos en Haití, vecino inmediato de Cuba. Por la proximidad, muchos de los colonos franceses huyeron y se establecieron en Santiago junto a sus esclavos. En Santiago, los franceses hicieron importantes aportaciones al teatro, a la ópera y a la música; con su violín y la flauta. ¡Carlos Alberto, mira a ver la olla, por favor!

Todos reían porque a ese ritmo de seguro que no comerían hasta el otro día.

–A los africanos, a pesar de que eran esclavos, los colonos franceses le permitían cultivar sus ritos religiosos: bailes ceremoniales, cantos y tambores.

–A esta tía le encanta cuando repican el tambor y la mujer le contesta moviendo las caderas.

–¡Como los Hermanos Cepeda! –comenzaron a menear las caderas Rosarito y Claudia. Sofía estaba fascinada con don Roberto.

–Los españoles desde luego, hicieron sus aportaciones también…, con su música, sus bailes, la religión y el idioma, obviamente. Todos estos elementos se fusionaron con el nativo antillano para formar un caudal de cultura francesa, española, africana y antillana…

–Que interesante, don Roberto –Sofía arqueaba las cejas.

–¡Figúrate tú! Allá en Cuba existen a la misma vez el cristianismo, la magia negra, el voodoo y la santería. ¡No me mires así, María Fernanda, que en Cuba hay santeros cantidad!

Conchita y don Gabriel comentaban sobre santeros y orishas.

–Así que la flauta y el violín francés se combinaron con los tambores africanos y la guitarra española para eventualmente crear ritmos exóticos como el danzón, que es el padre del cha–cha–chá y el abuelo de la rumba…, ¡Óigame, licenciado, este rumbero tiene a su novia impresioná!

–¡Ella no es mi novia! –saltó Oliver y todos se echaron a reír.

–¡Fernando ya no me quiere, pero yo lo quiero un montón! –le sacó la lengua Sofía–. ¡Pégame cuernos pero no me abandones! –explotaron todos en carcajadas.

–Que clase de loca –balbuceaba Oliver.

–En Nueva York…, los puertorriqueños, los cubanos y los judíos Jerry Masucci y Larry Harlow de la Fania All Stars, rebautizaron la rumba con el nombre de salsa.

–¡Hombreé, don Roberto!, me tiene impresionada –Sofía lo miraba con cariño. Estaba ante un gran ser humano cuyos días estaban contados. Era admirable su ánimo y sentido del humor. Que no era lo mismo escribir –desde la fachada de periodista– sobre el éxito del Ron Caribe, que compartir con ellos en franca camaradería; la famosa olla del sopón de bacalao, sus cuentos, su amor por la vida y su visión serena hacia la muerte.

–Don Roberto –dijo Jan Gerstein– lo mío no es la salsa, pero que yo sepa, el judío maravilloso, como lo han bautizado, es Larry Harlow, pero Jerry Masucci..., yo no estoy muy seguro que sea judío.

–¡Sí!, Masucci es judío también –aseguró Conchita.

–Que importa, –opinó don Roberto, en el momento en que Carlos Alberto le servía otro Caribe & Coke a su papá– el punto es que los seres humanos se enriquecen con el intercambio cultural. Ya tu ves Jan, en un momentico hemos mencionado a franceses, africanos, españoles, cubanos... ¿qué más?.. ¡Oh!, los boricuas, y desde luego..., para el mercadeo, los judíos maravillosos Larry Harlow y Jerry Masucci...

–¡Oye, se te olvidó Pacheco! –le gritó Conchita– ese dominicano que fundó la Fania junto con Masucci. A mí siempre me ha llamado la atención el sabor cubano que tiene Pacheco, siendo dominicano.

–Ese es otro ciudadano del Caribe, radicado en Nueva York. Todos ellos, Tito Puente, Benny Moré, Willie Colón, en fin.

–Tía, me tienes maravillada –sonrió Rosarito–. Yo no me imaginaba que ustedes supieran tanto de salsa.

–Tu padre sabe más que yo –sentenció Conchita–. Si a fin de cuentas la salsa es la misma rumba de toda la vida, vieja.

–Yo recuerdo –musitó don Roberto– cuando el Ron Caribe estaba conquistando el mercado panameño, allá para finales de los años 50 y principio de los 60. Organizábamos unas giras musicales con Rafael Cortijo y su Combo, con Ismael Rivera cantando, que eran muy queridos allá en Panamá... Más tarde hicimos lo mismo con el Gran Combo. Nos íbamos de gira por dos semanas a tocar en las plazas de los pueblos y regalábamos cócteles de Ron Caribe con jugos frutales. ¡María Fernanda, vieja, mira a ver la olla!

–Panamá también ha hecho su aportación importante a la salsa –reclamó Benito, alcanzando la bandeja de sorullitos para que

Sofía y Oliver pudieran coger–. Víctor Paz, Camilo Santiago, el Indio Quintana –contaba con los dedos.

–Ahora que mencionan a Panamá –dijo entusiasmado don Gabriel– déjenme contarles esta historia. Era más o menos el año 1963 y estábamos en uno de los pueblos del interior, era un grupo del Ron Caribe en una misión de la Asociación de Hombres de Empresas de las Américas, y nosotros auspiciábamos al Gran Combo…

–Que era nuestra bandera musical –interrumpió don Roberto orgulloso.

–Pues en esa ocasión –prosiguió don Gabriel– me presentaron a un joven cantante…

En su mente, Oliver trataba de entender qué era lo que don Gabriel, don Roberto y Conchita estaban tratando de establecer. ¿Era pura habladuría o era un mensaje? "No me llames extranjero", le daba vuelta en la cabeza. "Franceses, cubanos, africanos…, que mezcla carajo". Se acordó de la vez que en el S.O.B. de Nueva York presentaron una banda de French Caribbean y lo mucho que bailó compartiendo con personas de todas partes. Pero se debatía entre el rechazo y la aceptación; vivía tambaleándose entre las enseñanzas de su madre y las de su padre. Lo perseguían aquellos tiempos tormentosos en que sus padres se fajaban estrepitosamente y las figuras de Muñoz y Fidel eran el centro de un vendaval de insultos horrorosos, de argumentos fanatizados. Era la época en que la pesadilla de los pulpos gigantes de Marisela lo asaltaba durante las noches; cuando su madre abandonó a su padre que poco después murió misteriosamente. "Ciudadano del Caribe"… "Nuestra bandera musical", volvía a repensar las frases, "¿Cómo podrá don Roberto llamarle al Gran Combo, nuestra bandera musical? ¿Es que don Roberto pretende decir que él se siente puertorriqueño, o es que la música del Gran Combo tiene las mismas raíces de la rumba cubana? Lo que le falta al Gran Combo es la flauta y el violín. A

juzgar por lo que dicen los González, me temo que los mulatos del sabor no tienen sangre francesa. Que yo sepa en Villa Palmeras nunca ha existido una colonia francesa".

–Recuerdo que uno de los representantes del Ron Caribe en Panamá –contaba don Gabriel– me pidió que intercediera con el Gran Combo para darle la oportunidad de cantar en tarima a un jovencito de la localidad. Recuerdo que hablé con Andy Montañés, y él enseguida dijo que sí, pero le advertí que yo no sabía si el muchacho era un desastre, porque los muchachos del Gran Combo siempre han sido muy complacientes con nosotros en el Ron Caribe, pero yo no quería dañarles el show. Pero bueno, para estos aprietos el Gran Combo tenía una de esas canciones que ellos llaman de "Arranca en Fa" donde todo el mundo toca de oído. Y cuando aquel muchachito se encaramó en la tarima y comenzó a cantar: "¡Estoy tan enamorao de la Negra Tomasa!.." resultó un fenómeno, y con el cariño de su público local, esa noche se convirtió en un héroe. Había como mil compueblanos allí que le coreaban... "¡Quiquiribú, mandinga/ Quiquiribú, quiribú mandinga!". Cuando bajó de la tarima, mareao por los aplausos y los gritos de su gente, me confesó que esa había sido su primera oportunidad de cantar en tarima con una orquesta.

Carlos Alberto y Rosarito comenzaron a sonar unas cucharas contra sus vasos mientras repetían a coro: "¡Quiquiribú, mandinga/ Quiquiribú, quiribú, mandinga!" Y así se fueron contagiando unos tras otros: Conchita, Claudia, Sofía, Benito, don Gabriel y don Roberto... "¡Quiquiribú, quiribú, mandinga!" Hasta Oliver se deshizo de su talante de abogado y se unió a la rumba improvisada.

–¿Y qué cantante era ese tío? –preguntó Claudia–. Porque contaste el milagro pero no dijiste el santo.

–¡Ah cará!, ¿de verdad que se me olvidó decirles el nombre? –dijo don Gabriel, haciéndole una señal a Rosarito para que le trajera más vino a Sofía–. Ese era Rubén Blades.

Sheila hacía ya algún rato que había concluido su práctica, y se unió al grupo, fresca y lozana pues se acababa de duchar. Sin embargo, a los demás, a esa altura del juego, se les había subido a la cabeza los vapores del ron y el vino. Para no bajarle la nota al grupo, desde el pasillo empezó a canturrear: "¡Quiquiribú, quiribú, mandinga!"

–¡Echa!, si Sheila es salsera también –chocaba manos con Carlos Alberto.

–¡Óyeme mi niño! ¿Que tú te crees? –se reía Sheila, moviendo con salero sus caderas–. Yo soy cubana de nacimiento, criada entre España, México y Miami, y formada musicalmente en Nueva York. Soy hispanoamericana, casada con un judío, mi judío maravilloso, y hemos ido a salsear al Palladium de Nueva York. ¡¿Verdad Jan?!

–¿Tú practicas todos los días? –preguntó Sofía a Sheila.

–Se supone que sí –contestó Sheila– pero últimamente estoy medio vaga y siento que los músculos de los dedos han perdido algo de elasticidad. Pero eso es cuestión de práctica, para ponerme en forma otra vez.

María Fernanda aprovechó que Sheila se había unido al grupo para pedirle a su marido que se apurara con el asopao.

–Roberto, apúrate que esta gente tiene hambre.

–Vaya, el asopao hace rato que está listo –anunció don Roberto–. Lo que pasa es que la tertulia ha estado tan buena que yo lo puse a fuego lento, para que espese, como me enseño la tía Ana.

Ya era noche cerrada cuando terminaron de cenar. Fue un suculento banquete, el asopao de bacalao quedó delicioso…, soberbio, como decía la tía Ana. Acompañado como siempre por las verduras hervidas: ñame, yautía, yuca, mazorcas de maíz y plátanos. Durante la cena don Roberto contaba cómo fue que a la tía Ana se le ocurrió la gracia de enseñarle la tradicional receta, que

se ha propagado entre los González hasta el exilio. "Es como una cinta color de maravilla que une, generación tras generación", explicaba don Roberto. El tenía quince años y estaba convaleciendo de unas varicelas, razón más que suficiente para que la tía Ana le prohibiera, de manera inapelable, salir de la casa. Procurando que le cogiera lástima, la noche antes don Roberto le dijo a su adorable tía que estaba muy aburrido, como todos los adolescentes de todos los tiempos. Su argumento parecía haber ablandado a la tía, sobre todo considerando que el televisor, el mejor invento contra el aburrimiento, aún no había nacido, esperando a que la ciencia, ocupada en los asuntos de las guerras, sacara tiempo. La tía Ana le dijo que no se apurara, que al otro día se iba a entretener de lo lindo, tanto que jamás se le iba a olvidar. Así fue. Al otro día, la tía Ana se propuso con tenacidad –y ternura– enseñarle a su sobrino los secretos del asopao de bacalao, ese prodigio de la cocina de los González. Mientras los varones aprendían la fórmula secreta del Ron Caribe, de generación en generación, la tía Ana se había dado a la tarea de enseñarle su ya famosa receta del asopao a cada sobrina al cumplir los quince. Argumentaba que los González no deberían ser reconocidos en el mundo solamente por hacer bebidas embriagantes, sino también por los fuertes lazos de unidad y tradición familiar. Y para ella, ningún lugar es superior a la mesa para cultivar y fortalecer los lazos que nos unen. Pero enseñarle a un varón a cocinar fue todo un acontecimiento que jamaqueó los fuertes cimientos machistas de la época, convirtiéndose de paso la tía Ana en una de las pioneras del movimiento feminista.

–¡La gente se reúne para conversar y comer! ¡Las bebidas alcohólicas son un mero complemento! –sentenciaba la tía Ana–. De todos modos, nada mejor que un buen asopao de bacalao al filo de la media noche para reparar el estómago de los estragos del ron.

Se fortalecía así una vez más como la conciencia de la Compañía Ron Caribe, lo que produjo, sin habérselo propuesto ella, grandes

dividendos. Como no era práctico mercadear y distribuir el asopao, el Ron Caribe se dio a la tarea de buscar complementos para su producto, capaces de diluir sus vapores embriagantes para que la gente pudiera disfrutar de la buena mesa, sin tener que sucumbir a los estragos estomacales, las vomiteras, y los dolores de cabeza de la mañana siguiente. Así fue como, con el venir de los años, nació la campaña "the mixable one", seduciendo a los fieles tomadores del Ron Caribe a mezclarlo con jugos tropicales, confeccionando exóticos cócteles. El famoso daiquirí es uno de ellos. La culminación se produjo cuando el Ron Caribe y la Coca–Cola lanzaron una de las campañas más exitosas del siglo 20, invitando a los tomadores a combinar "Caribe & Coke".

En la etapa final de la cena, justo cuando se daban las consabidas especificaciones para el café: "Negro..." "Yo el mío lo quiero con leche..." "Con azúcar de dieta, si tienes por favor..." "El mío término..." "Oscurito..." "Con azúcar regular si no es problema..." "Clarito..." "Cortadito", se recibió una llamada. Era Victoria que llamaba desde Miami para saludar a su papá y sus hermanos. Don Roberto se levantó de la mesa con mucha dificultad y antes de llegar al teléfono detuvo su andar retorciéndose de dolor y se sujetó del espaldar de una butaca para no caerse. María Fernanda y Carlos Alberto corrieron en su auxilio y a Conchita se le escapó un grito. Pasaron un gran susto. La muerte se asomó, dibujándosele una mueca de dolor que él soportó con gallardía. El teléfono lo contestó Rosarito, y luego que se le alivió el dolor, vino al teléfono don Roberto, saludando lleno de cariño a la mayor de sus hijas. Siguieron Carlos Alberto y Claudia, y con un aire amable y afectuoso, intercambiaron saludos y conversaron animadamente.

Por un rato, la mesa redonda se desbandó: Sofía, Benito y Sheila conversaban en un aparte; María Fernanda, don Gabriel y Conchita atendían a don Roberto que no se había recuperado del todo; Carlos Alberto y Claudia hacían turno para conversar con

Victoria; y Rosarito se desapareció, se refugió en su habitación y se hundió en el llanto.

Oliver volvía a observar con curiosidad lo dulce y agrio del trato entre los González–Farasy y los González–Luna. Para los asuntos patrimoniales, económicos, de dinero, la relación era distante, fría, y en ocasiones hasta hostil. Pero para compartir la mesa, el pan, el vino, y los recuerdos de la familia, vivían una hermandad en todo su esplendor, solidaria y amable. Al principio Oliver creía que no eran genuinos, pero fue comprendiendo paulatinamente que la frase: "Los negocios son los negocios, y la familia es la familia", se había convertido entre ellos en un principio inviolable. Tanto Claudia como Carlos Alberto conversaban con Victoria alternando frases azucaradas con risas y carcajadas. La risa de Claudia era toda una espada victoriosa.

A Oliver las carcajadas de Claudia le pusieron alas. A pesar de su juventud –sólo tenía veintisiete años– despuntaba como un prominente abogado, y es que huyéndole a las trifulcas políticas de su familia, se dedicó de lleno a sus estudios, graduándose de la Escuela de Leyes con los más altos honores. En el bufete, todos los abogados jóvenes reconocían su potencial para ascender a socio, no por razón del tío Lorenzo, sino por sus propios méritos. Por las anécdotas que le contaba su tío, Oliver sabía que los hermanos González–Farasy y los González–Luna estaban irremediablemente destinados a un choque de trenes, como sucede en todas las herencias. Claudia había desbaratado una buena tajada del capital de su padre, y Victoria, Joaquín y Roberto le pasarían ahora la factura. Ese era el primer tambor de guerra. Las amenazas de María Fernanda de reclamar la mitad de las acciones era el segundo tambor de guerra. ¿Y Georgina Balzán? Ella era todo un misterio que hasta ese momento parecía impenetrable. ¿Se enfrentarían los herederos a una reclamación de Georgina? Desde luego que sí,

aseguraba el tío Lorenzo; pero seguro que no, aseguraba don Roberto. Si las otras controversias eran tambores de guerra, Georgina personificaba la guerra fría. ¿Se convertiría en otro tambor de guerra? ¿Qué quedaría para repartir después de tanto tormento? Oliver había visto estos casos en el bufete; cada heredero contrata a su propio abogado, y el abogado del albacea se queda sólo en el medio, recibiendo fuego cruzado. Recordaba cómo su tío lo describía: la herencia es como una vaca, algunos herederos la halan por el rabo, otros la agarran por los cuernos, mientras los abogados la ordeñan. Pero…, y si el IRS impugnaba la validez de la donación de las acciones, entonces pudiera ocurrir lo que su tío le contó en una ocasión, que contrataron nuevos abogados para demandar a los primeros, quienes se vieron precisados, por orden judicial, a contratar a otros abogados. ¡Horror!

La risa de Claudia resonaba en el pensamiento de Oliver, lo inspiraba. Quería dedicarse…, realmente le gustaría, humanizar esos procesos, para defender esa risa, como una trinchera. Que al final la unidad de la familia prevaleciera.

Por fin volvieron a coincidir todos en la mesa del balcón. Don Roberto se había recuperado por completo y exhibía su buen humor de siempre. Humor espléndido y generoso, aún durante las crisis en que la muerte agazapada lo sorprendía con un jalón de aliento, para que nadie se olvidara que andaba de ronda, tan solo esperando el momento. Después de la cena, María Fernanda se encontraba más relajada y tranquila, los bretes, regueros y desenfrenos de su marido en la cocina le crispaban los nervios, ya que a su edad y debido a su enfermedad, cualquier accidente podría ser fatal. Observaba que el licenciado Oliver acostumbraba a llevar la voz cantante en su oficina, sin embargo durante toda la plática había permanecido virtualmente callado, en ocasiones parecía ausente.

–Y usted licenciado, ¿de qué parte de Puerto Rico es? –le preguntó María Fernanda.

–De Mayagüez. Los Oliver somos de Mayagüez. Por lo menos la cepa de los Oliver de mi familia.

–Mayagüez, la tierra de Hostos –afirmó María Fernanda, echando el humo de su cigarrillo hacia arriba.

–A Hostos se le conoce como el Ciudadano de América, –sostuvo don Gabriel– y si en algo Roberto tiene méritos, ¡más que nada, viejo!, es en su visión de ciudadano del mundo.

–Tú también Gabriel, aunque a veces hablas de utopía, tú también vives esa visión –aseguró don Roberto.

–Para mi –dijo Claudia con desdén– eso de ciudadano del mundo es una paja mental. Nos comportamos como bestias y desafortunadamente eso nadie lo va a cambiar. Cada religión tiene un Dios y a nombre de ese Dios cometemos las atrocidades más grandes de la humanidad. Mira la Inquisición…, y mira a los judíos y los musulmanes matándose en el Medio Oriente. En Irlanda del Norte… ¡Como tribus!

–Al menos los González han trasladado al campo económico esa filosofía de vida, porque han puesto a todos los ciudadanos del mundo a beber Ron Caribe –dijo Benito, provocando una explosión de carcajadas.

–¡Wait! ¡Wait!.. Otro gran ejemplo de lo que es un ciudadano del mundo lo es don Pablo Casals –dijo Sheila inclinándose para abarcar a Jan.

–Esta historia de Sheila y Jan, –se embulló Oliver– …la estudiante de violonchelo que se enamora de su profesor, se me parece a la historia de Martita y Pablo Casals –Hubo otra explosión de carcajadas.

–Pero don Pablo superaba a Martita por casi sesenta años…, y yo no soy tan viejo –se apresuró Jan a aclarar.

–¡Hombreé! Sin lugar a dudas..., don Pablo fue otro gran ciudadano del mundo –opinó Sofía sin esconder su orgullo por su compatriota–. Muestra de ello es que fue invitado a tocar ante las Naciones Unidas..., y allí pronunció un emotivo discurso por la paz mundial.

–¡Oye!, la cosa no se queda ahí. Figúrate tú, a él también le encargaron que compusiera el himno de las Naciones Unidas –añadió don Roberto. Hubo un murmullo de incredulidad, quizá de asombro.

–Y fue invitado a tocar a la Casa Blanca, durante la presidencia de Kennedy –se animó Oliver, acordándose de las cosas que su mamá le contaba de niño.

–Él fue invitado, ¡dos veces! –aclaró don Roberto–. La primera fue durante la presidencia de Teddy Roosevelt, a principio de siglo, y la segunda fue la de los Kennedy. ¡Figúrate tú, qué clase de individuo!

–Es impresionante cómo un ser humano ha podido permanecer tanto tiempo como una figura de primer orden a nivel mundial –dijo Conchita, ayudando a repartir los cafés que los quebrantos de salud de don Roberto habían retrasado.

–Con tanto jaleo –dijo Rosarito– yo no me acuerdo quién dijo con leche y quién dijo negro. Así que aquí tienen la leche y la azúcar y cada cual se lo prepara a su gusto.

Don Gabriel encendió un tabaco, le ofreció a Sofía que esta vez sí se animó. Sofía inhaló su tabaco, se sentía muy bien, los González la habían hecho sentir muy bien. Echó el humo, pensativa. Como periodista, ella le entraba por el lado público a los personajes: fríos, distantes. Pero como abogado, Oliver les entraba por el lado humano, mucho más cálido. "El cliente se abre, Sofía, y te cuenta pecados inconfesables", recordaba que le había dicho Oliver.

Rosarito se ocupó personalmente del café de su padre, violando todos los consejos médicos, porque creía que nada era mejor que un buen momento de felicidad, y esa noche don Roberto lo estaba pasando divino.

–¡Papi! cuéntale al licenciado todas las cosas que tú tuviste que hacer para que don Pablo Casals accediera ir a tocar a la Casa Blanca –le pidió Rosarito a su padre, acariciándole su abundante cabellera blanca.

–¡Mi niña!, de eso hace años cantidad –se rió don Roberto, pero accedió. Él sentía un gran orgullo por su aportación al quehacer del pueblo puertorriqueño y no perdía oportunidad para contar sus anécdotas –Pero bueno..., resulta que Jackeline quería darle un toque aristocrático a la Casa Blanca, quizá respondiendo a que el pueblo norteamericano, ¡Más bien la prensa!.., la visualizaba a ella y al presidente como la versión norteamericana de una familia real al estilo Camelot. Pero, don Pablo declinó la invitación por razón de que Estados Unidos mantenía relaciones diplomáticas con Franco, y para don Pablo, y para muchos, yo me incluyo, resulta incuestionable que Franco atropelló en España a todos sus opositores.

–¿Y cómo logró convencerlo? –preguntó Sofía, arrastrada por la curiosidad.

–¡Teodoro Moscoso! –lo mencionó don Roberto como si se tratara de un cuento de misterio–. Moscoso tenía una muy buena relación con el Presidente, de hecho, Kennedy lo nombró, no recuerdo si antes o después..., Embajador de los Estados Unidos para Asuntos Latinoamericanos. De manera que llamaron a Moscoso a ver cómo se podía buscar una solución, y Moscoso me llamó a mi, que para ese entonces era presidente de la Asociación de Hombres de Empresas, a ver qué se me ocurría y yo le dije: Muñoz es el hombre.

–¡¿MUÑOZ MARÍN?! –le salió del alma a Sofía–. ¿Pero todo eso que usted está contando es verdad? –Sofía encendió sus sentidos de periodista.

–¡Claro! Yo soy amigo de la verdad –contestó don Roberto, gozándose aquel momento a plenitud.

–Bueno, ¿Y qué le contestó Moscoso? –preguntó Benito, aprovechando para decirles a todos que su padre y Moscoso eran amigos desde los tiempo en que su papá trabajaba en la embajada de Panamá en Washington.

–¡Oye!, Moscoso me dijo: "Encárgate de los detalles, González" –fingía la voz para imitarlo–. Y lo que pasaba era que Muñoz era amigo personal de los dos: de don Pablo y de Kennedy. Se le buscó una salida al asunto y me tocó a mí coordinar los detalles; todo tuvo un final feliz.

–¡Don Roberto! –suspiró Sofía– usted nos lleva como si fuera una película de suspenso–. No nos deje en tinieblas ahora –remató.

–El es así siempre –dijo Claudia, disfrutando de las travesuras de su padre–. Y tío Gabriel es igualito.

–Bueno pues si alguien va para el baño, o a servirse un trago, o...

–¡Ay papi, ya! –lo cortó Claudia–. No te des tanto puesto o habrá que prepararle desayuno a toda esta gente.

–La actividad se organizó –continuó don Roberto– como un homenaje que los Kennedys le querían rendir a don Luis Muñoz Marín, y Muñoz le pidió a don Pablo que por favor lo acompañara en esa noche tan significativa para él y el pueblo de Puerto Rico, y así poder reciprocar a los Kennedys con un recital del Maestro. Desde luego, Casals sabía que todo era una salida a su negativa inicial. Pero entonces don Pablo reconsideró y visualizó que la alianza Casals–Kennedy–Muñoz era una valiosa arma en su lucha por los derechos civiles en España.

–¿Qué opinión usted tiene de Muñoz, don Roberto? –disparó Sofía, que no dejaba pasar desapercibidas oportunidades como estas.

–La que pregunta..., ¿es Sofía Miró la periodista o Sofía la nueva amiga? –se apresuró a intervenir Claudia, con cierto celo y cinismo.

–Como su abogado, tengo el deber de advertirle que tiene derecho a permanecer en silencio –se animó Oliver, arrancando una nueva salva de carcajadas y comentarios. Pero Sofía no estaba del todo segura que Oliver estaba bromeando. Ella conocía muy bien los traumas que de niño Oliver tuvo con Muñoz.

–Los periodistas somos siempre periodistas, las veinticuatro horas, –sostuvo Sofía– pero podemos hablar fuera de récord si así lo prefiere. ¿Vale? ¡Ah!, y gracias por el título de nueva amiga –le devolvió el cinismo.

–¡Para el récord!.. –anunció don Roberto, y reinó un silencio solemne–. Esta tertulia ha estado divina, gracias a usted y a todos los presentes. Hacía tiempo que no disfrutaba de una conversación tan interesante. Pero no estaría completa si no habláramos de Muñoz como uno de los grandes hombres del siglo 20. Y es bueno aclarar que yo no vine a vivir a Puerto Rico en los años sesenta, a raíz del triunfo de la Revolución Cubana, cuando Fidel asumió el poder. ¡No! ¡No!... Yo llegué a Puerto Rico en el 1936, y participé de la Revolución, ¡Pacífica!, que condujo Muñoz..., con su Operación Manos a la Obra...

Sofía contemplaba a don Roberto embelesada, pero algo escéptica también. Pensó en lo que le decía su tío Elías allá en España: "Hombreé, cada cual ve las cosas según el cristal con que las mira". Ella había leído algunas cosas que decía Trujillo sobre Muñoz, que no eran nada de lindas. Se preguntó qué pensaría Fidel.

–¡Figúrate tú! –continuó don Roberto– Mi nieta Nancy, la hija de Vickie, está escribiendo un ensayo para la universidad..., ¡y me trae loco! El profesor le pidió que escogiera entre Fidel o Muñoz....

–¿Qué universidad es esa? –brincó Benito.

–Georgetown –aclaró Rosarito.

–Con razón –convino Benito.

–Y yo la embullé para que hiciera una comparación entre los dos.

Hubo un silencio a coro. El cielo estaba lleno de estrellas y el faro de Fajardo jugaba con ellas.

–Roberto y yo compartimos con él –rompió el silencio don Gabriel–. ¡En muchas ocasiones! Recuerdo la vez que para las elecciones de 1960, Muñoz estaba haciendo campaña para Kennedy allá en la ciudad de Nueva York. Había varios auspiciadores corriendo con los costos de los espectáculos artísticos. Unos cuantos discursos de los líderes congresionales…, un discurso de Muñoz en los distritos de concentración hispana, y un corto mensaje para el cierre del mitin, que le tocaba a Kennedy. Inmediatamente, arrancaba la música. Un sábado en la noche, al Ron Caribe le tocó organizar el baile del cierre de campaña en el Barrio Latino, que es un baluarte Demócrata. Para esa época, Pellín, que había sido varios años antes nuestro chofer cada vez que nosotros íbamos a trabajar a Nueva York, se había convertido, gracias a un golpe de suerte, en un empresario musical de primera. A lo que voy es que Pellín nos consiguió a Johnny Pacheco y su Charanga, que estaba súper pegao para esa época. ¿Y a que ustedes no adivinan con qué canción Pacheco abrió el baile?

–¡Quiquiribú, mandinga!, –gritó Sheila, y cuando su padre dijo: ¡Esa misma!, se unieron todos al coro–. ¡Quiquiribú, quiribú, mandinga! –Y con el gusto Sheila se quitó los zapatos, haló a Carlos Alberto y rompieron a bailar–. ¡Quiquiribú, quiribú, mandinga!

Capítulo 8

Para la tercera semana de mayo de 1979, don Gabriel González regresó a Puerto Rico para la celebración de la primera reunión con todos los herederos. Hasta entonces, los esfuerzos del licenciado Fernando Oliver para reunirlos bajo un mismo techo habían fracasado. Cuando no eran los González–Farasy, eran los González–Luna, o era la viuda, pero siempre surgía algún quebranto. La reunión sería en las oficinas de los mismos abogados que había utilizado el Ron Caribe desde que se estableció en Puerto Rico en el 1936: Andrews, Martínez, Oliver & Ruiz.

Paul Andrews era un viejo abogado neoyorquino que llegó a Puerto Rico a principios del siglo 20, correteando detrás de las grandes corporaciones azucareras de entonces, y la compañía del ferrocarril –las abuelas de las 936. Los abogados más jóvenes de la oficina bromeaban asegurando que Andrews era el legendario abogado de la Guánica Central que se prolongó para siempre en el folclore puertorriqueño en aquella famosa plena: "¡Tintorera del Mar/ Tintorera del Mar/ Tintorera del Mar, te comiste al abogado de la Guánica Central!"

Rafael Martínez era un acaudalado abogado puertorriqueño, hijo de españoles y perteneciente a la alta sociedad puertorriqueña de entonces. Andrews y Martínez se unieron y fundaron el bufete en el 1922. Así se complementaban el uno con el otro para superar las barreras culturales y algunos percances jurídicos de la época.

Con el transcurso de los años se unieron al bufete Lorenzo Oliver y Carlos Ruiz. Hoy en día Lorenzo Oliver es el socio administrador a cargo de la oficina, ubicada en el edificio del Banco Popular del Viejo San Juan. La oficina cuenta con siete socios, catorce abogados asociados, secretarias, paralegales y el personal de administración.

Carlos Ruiz es el socio a cargo del departamento de impuestos; profesor de la Universidad de Puerto Rico y un destacado conferenciante solicitado por las mejores universidades, es un asiduo lector que domina cualquier rama del derecho.

Andrews ya murió y Martínez hace muchos años que se retiró, pero el nombre del bufete no ha cambiado desde que Ruiz fue admitido como socio en el 1962. Según la versión oficial, se trató de una recomendación de los asesores en relaciones públicas, para facilitar la adopción de un nuevo logo que identificaba al bufete como: AMOR. Pero de acuerdo a los chismes de pasillos, todo era un capricho del socio administrador, considerado un eterno romántico.

De los catorce abogados asociados, había uno muy particular. Se trataba de Fernando Oliver, sobrino y ahijado del socio administrador. Oliver poseía un futuro brillante pero un pasado oscuro. Era ese pasado una cruz que llevaba Oliver sobre sus hombros, y causaba pesar a su tío Lorenzo. Desde que Oliver era apenas un niño había desarrollado una profunda aversión a los extranjeros. Desde entonces, el tío Lorenzo anda ayudándolo a abrirse camino en la vida. Es por esa razón que el tío Lorenzo le asigna el caso de don Roberto González a su sobrino, el licenciado Fernando Oliver.

Toda la tarde del día antes de la reunión, estuvieron reunidos el tío Lorenzo, el licenciado Carlos Ruiz y el licenciado Fernando Oliver. Abogados veteranos los dos primeros, aconsejaban y pulían a Oliver para impresionar a los herederos de don Roberto, pasado presidente del cliente de mayor prestigio del bufete: el Ron Caribe.

–Fernando, el futuro del bufete es mi legado –anunció melancólicamente el tío Lorenzo a su sobrino. El Lcdo. Ruiz asentía con la cabeza, endosándolo con una sonrisa.

Oliver tenía entonces veintisiete años. Los abogados más jóvenes del bufete lo visualizaban como el sucesor natural del socio administrador. Hasta ese día, Oliver había trabajado con asuntos estrictamente corporativos. La única excepción había sido la herencia de Luis Antonio Salazar, y del manejo de esa herencia nació la amistad entre Oliver y Sofía, la viuda de Salazar. El tío Lorenzo consideraba la amistad con Sofía como una bendición para su sobrino. En busca de más bendiciones, le asignó la herencia de don Roberto González. Nunca nadie pudo haberse imaginado jamás el impacto emocional que todo este enjambre tendría en Oliver.

La reunión quedó pautada para el viernes 14 a las 10:00 a.m. Esta vez por fin confirmaron todos, inclusive Arturo Valdez, el esposo de Victoria, que había estudiado leyes en La Habana pero que no ejercía como abogado desde que salió de Cuba. También estaba presente el señor Pepe Portillo, contralor del Ron Caribe. Esperando por Rosarito y Carlos Alberto, dieron comienzo a las 10:35 aproximadamente.

–Yo le solicité a Carlos Ruiz que se uniera a la reunión – explicó Oliver, permaneciendo de pie, tratando de captar la atención de todos–. Carlos es especialista en impuestos. Hace unos minutos atrás don Gabriel me estaba dando un breve resumen. Por lo que él me estaba diciendo, les pregunto: ¿prefieren que la reunión se conduzca en inglés, o en español? Como ustedes elijan.

Claudia pensaba ..."Como a Vickie o a uno de estos se les ocurra la gracia de decir que la reunión sea en inglés, por mi madre que me levanto y me voy".

–Yo no tengo ningún problema con el español –aclaró Victoria–. Y creo que mis hermanos tampoco. ¿Que tú crees Jack?

–Ninguno –convino Joaquín a la vez que buscaba un gesto de aprobación de Roberto.

–Yo le voy a solicitar a Carlos que tenga la amabilidad de explicarle al grupo el problema de los impuestos federales y la solución que nosotros en esta oficina hemos analizado –continuó Oliver, observando a Arturo Valdez que tomaba notas de todo lo que él decía–. Quisiera añadir, que el licenciado Ruiz es profesor universitario y posee una gran habilidad para explicar las cosas más complejas de una forma muy sencilla.

–¡Esto no es difícil na'!, Fernando. Es muy sencillo –bromeó el licenciado Ruiz–. La pregunta que yo les hago a todos ustedes es: ¿Quieren ahorrarse siete millones de dólares en impuestos? Tan sencillo como eso.

–Pero eso que usted está hablando... ¿sería legal? –se apresuró a preguntar Roberto, que por ser el hermano mayor se creyó llamado a dar el toque moral.

–Desde luego –aseguró el licenciado Ruiz, observando a Claudia que le hacía una señal discreta a Rosarito–. Aquí en esta oficina no se hace nada que no sea estrictamente legal.

–Pero si hay que bregar se brega –planteó Carlos Alberto como si estuviera autorizado a hablar por el grupo–. En nuestra familia tenemos muchas conexiones con el Gobierno.

–¡Pero si no son impuestos locales! –masculló visiblemente irritado Joaquín por la impertinencia de su hermano–. Él está hablando de impuestos federales.

–Si, si, es correcto…, nos referimos a los impuestos federales que se imponen sobre la herencia –aclaró cortesmente el licenciado Ruiz–. Las conexiones no las necesitamos ni las queremos, porque pueden crear complicaciones innecesarias.

–¡Ok, perdón! ¡Me equivoqué! –asintió Carlos Alberto.

–No te apures –terció el licenciado Ruiz–. ¿Cuál es tu nombre de nuevo?, y perdóname tú a mi ahora, porque es que todavía no me he aprendido el nombre de todos.

–Carlos Alberto González Luna –contestó, como si fuera un escolar–. Usted y yo somos tocayos.

El licenciado Ruiz le sonrió amablemente y Rosarito aprovechó para reciprocarle con una sonrisa también. "Si estas reuniones van a ser así, yo creo que terminaré enamorándome de uno de estos abogados y se va a armar un escándalo del carajo"…, pensó Rosarito.

–Licenciado…, ¿y qué es lo que hay que hacer? –preguntó Victoria.

Oliver había aprendido muy bien de su tío Lorenzo los recovecos de su oficio; aprendió a cómo despertar inquietudes y embrujar a sus clientes para que se sintieran en buenas manos. Era un maestro soltando prendas poco a poco. De manera que antes de la reunión había conferenciado con el licenciado Ruiz para evitar que les robaran las ideas. "Háblale primero de cuanto se van a ahorrar" –le había sugerido Oliver a Ruiz–. "Luego compartes con ellos la mecánica de lo que hay que hacer de una manera abstracta".

–Para el beneficio de todos, permítanme ir a la pizarra –Ruiz abría una caja de tiza. "Que bueno está, coño", le decía con la mirada Rosarito a Claudia–. Lo voy a explicar a la vez que voy organizando los conceptos aquí. El que tenga una pregunta… en confianza, que con mucho gusto lo aclaramos.

–Lo que usted va a explicar, ¿qué…, cómo le digo, o sea, si mi padre no ha muerto todavía, qué importancia tiene en este momento? –preguntó Claudia, trayendo sobre el tapete una entrelínea que Oliver captó al vuelo: cuanto va a costar en honorarios algo que no sabemos si es necesario.

–A mi me parece que es una excelente pregunta –convino apreciativamente Oliver–. Creo que es una manera muy práctica de enfocar la explicación.

–Ya lo creo que si, Fernando –asintió el licenciado Ruiz–. Veámoslo de esta manera. En palabras sencillas, Estados Unidos nos dice: si don Roberto muere con las acciones del Ron Caribe en las manos, o sea, siendo el dueño de ellas, se las vamos a tributar. Pero si muere sin las acciones, no hay que pagar nada. ¿Y qué es lo que hay que hacer?... ¡Donarlas! Don Roberto les pasa las acciones en vida a sus hijos; lo importante es saber cómo perfeccionar la donación. Me voy a detener aquí porque quiero asegurarme que todos lo tienen claro.

–Time, please... –se paró Victoria– en el caso de mi suegro, el abogado, ¡Que también es CPA!, le recomendó otra cosa…, ahora no recuerdo cómo era, pero…, lo que usted dice no me compagina.

–Mira Vickie, –le contestó el licenciado Ruiz– lo que sucede es que cada caso es diferente. Don Gabriel me estaba explicando, antes de que ustedes llegaran, que algunos de ustedes nacieron en Estados Unidos, otros nacieron en Puerto Rico. Don Gabriel por ejemplo, nació en Cuba, juró bandera americana aquí en Puerto Rico, pero ahora reside en Nueva York. Cada caso hay que verlo por separado.

–¡Señores! –refunfuñó Claudia en un tono mandón– no pretendamos convertir esto en una escuela de leyes.

A Victoria el comentario la incomodó sobre manera. "Dios mío, qué hermanita me gasto"..., se dijo.

–Ahora, en el caso de don Roberto González –prosiguió el licenciado Ruiz tratando de ignorar la animosidad que por ratos afloraba– se pueden sentir tranquilos porque es así como yo les digo.

–Pero, ¿por qué las acciones de la compañía tienen que pagar en Estados Unidos? –insistió Carlos Alberto. Mientras, don Gabriel fumaba un tabaco apacible y callado. Era todo un símbolo. Su pensamiento era casi palpable, era como si dijera: "Licenciados, ahí se los traigo para que ustedes se encarguen".

–Lo que sucede Carlos, es que el Ron Caribe se incorporó en Nueva York, –Ruiz hacía alarde de su dominio sobre la materia– a pesar de que realiza sus operaciones desde Puerto Rico. Esto significa que bajo la ley federal se clasifica como una corporación americana…, sujeta a la contribución de herencia federal. Si se hubiera incorporado aquí en Puerto Rico, no habría ese problema.

–Pero…, ¿por qué no se incorporaron aquí en Puerto Rico, si como usted dice, la fábrica está aquí? –preguntó Claudia, buscando el apoyo de sus hermanos con la mirada.

–Bueno, –arqueó las cejas Oliver– esa es una buena pregunta para Pepe Portillo–. Pepe si fueras tan amable…, y me alegro que hayas podido acompañarnos en esta mañana porque yo sé que tu eres una persona muy ocupada.

Claudia pensaba… "Que lambe ojo, coño. Me apuesto cualquier cosa a que este tipo se va a guisar una comisión por haber recomendado a estos abogados".

–Bueno señores, –se puso de pie el Sr. Portillo, saboreándose la oportunidad de sentirse importante– cada vez que se muere un accionista…

"Este viejo maricón ya mató a papi", se dijo Claudia.

–...los herederos vuelven con el rollo de los impuestos sobre la herencia. Entonces empiezan a empujar para que se cambie a una corporación puertorriqueña.

–¡¿Y por qué no lo hacen?! –se impacientó Roberto, que hasta ese momento casi no había abierto la boca. Se encogió de hombros y miró a los demás. Su cuñado, Arturo Valdez, no paraba de tomar notas.

–Porque nuestros abogados en Nueva York ponen el grito en el cielo y nos dicen: ¡Que no! Que para el éxito de las acciones en Wall Street, la Compañía Ron Caribe tiene que mantenerse como una corporación americana.

Se agitó el gallinero. Preguntas, comentarios, risotadas; aquello no había quién lo entendiera. Nunca falta un payaso y Carlos Alberto se disparó unos comentarios que se escocotaron todos de la risa. El pobre Pepe Portillo se pasmó.

–Vaya..., –rompió el hielo Portillo– eso de Wall Street, alguno de ustedes recordarán, duró hasta el año pasado. O sea, en el arreglo que puso fin al pleito de los accionistas disidentes, se acordó volver a ser una compañía de familia.

Se volvió a agitar el gallinero. Comentarios cínicos, comentarios jocosos. Unos refunfuñaban y otros..., qué remedio, lo cogían a vacilón. Carlos Alberto se burlaba de Arturo Valdez: "¡Arturo, mañana hay quiz!", pero él seguía organizando sus notas como si nada. Portillo observaba aquella pavera, estaban hablando de asuntos serios, y sin embargo... Miró a don Gabriel, se veía ya bastante viejo, "lo que le espera", se compadeció. Miró a Oliver que conferenciaba con Carlos Ruiz. "La papa caliente le va a tocar a éste."

–Pero señor Portillo..., ¿y por qué si ya no hace falta que sea una corporación americana, porque lo de Wall Street se acabó,

–arremetió Claudia, aprovechando el desconcierto de Portillo que en ese momento cobró conciencia que su explicación había caído en un círculo vicioso– por qué ahora no aprovechan y convierten a la compañía en una puertorriqueña?

–Lo que sucede Claudia –improvisó Portillo, encendiendo un tabaco en lo que organizaba los pensamientos– es que esa…

Pepe Portillo se perdió en una perorata técnica. Que si esto, que si lo otro, que si aquello. Mientras más explicaba, más lo complicaba. Los licenciados Oliver y Ruiz lo dejaban, él era el contralor del Ron Caribe, el cliente más importante y de mayor prestigio de la oficina. Claudia hervía: "Este viejo pendejo no para de hablar mierda". A esas alturas ya Rosarito estaba en pleno ataque, intercambiando ojitos con el licenciado Ruiz.

Claudia y Portillo se enfrascaron en una discusión sobre qué era más importante, la corporación o los accionistas. Era una ensalada de sarcasmo y cinismo.

–Si me permiten –intervino el licenciado Ruiz para evitar que Portillo y Claudia continuaran con una polémica interminable– me gustaría hacer una aportación al análisis…

Rosarito le pidió a Arturo Valdez un pedacito de papel; mientras el licenciado Ruiz hablaba ella escribía una nota romántica.

–Si fuera una corporación puertorriqueña no pagaría impuestos de herencia federal, pero…, existe una razón de índole histórica para seleccionar una corporación americana –sostenía Ruiz, con la mirada clavada en Rosarito–. Como ustedes saben muy bien, el Ron Caribe es de origen cubano; sobrevivió los estragos de la Guerra de Independencia contra España. De hecho, don Rogelio González, el abuelo de ustedes, fue uno de los revolucionarios que luchó por la independencia de Cuba. Su patriotismo le costó el exilio…, la cárcel. Estuvo preso en una de las colonias de España en la costa norte de

África. Los González han padecido la inestabilidad política que acarrea los golpes de estado: ¡Machado, Batista, Fidel!, una desafortunada cadena de dictadores. Bajo el régimen de Fidel sufrieron la confiscación de la planta elaboradora en Santiago, la pionera.

Rosarito no le quitaba los ojos de encima, se babeaba, y cada vez que cruzaba las piernas, al licenciado Ruiz la daba un pálpito.

–Ellos han hecho del exilio su nueva patria…, –continuó el licenciado Ruiz–. la plataforma para adelantar las metas del Ron Caribe. Esa es la saga de los González…, una verdadera épica. Como corporación americana se sienten protegidos por la bandera americana, por los tribunales federales...

Carlos Ruiz observaba cómo el rostro de los González interactuaba según los colores de su discurso. Cuando hablaba de la independencia de Cuba, a los González–Luna le brillaban los ojos. Cuando hablaba de la bandera americana, los González–Farasy sonreían. En sus conferencias le encantaba encuestar el rostro de la audiencia.

–Yo no visualizo una conversión de una corporación americana a una puertorriqueña. Sobre todo cuando la solución a los impuestos federales se la estamos dando nosotros aquí en bandeja de plata –concluyó el licenciado Ruiz.

Hacía rato que Oliver observaba a don Gabriel cabecear y luchar contra el sueño. Desde que la conversación entró en el ámbito del nacionalismo corporativo, don Gabriel parecía haber estado más tiempo dormido que despierto. Unos minutos atrás, María Fernanda le había hecho señas a Oliver para que prosiguiera con la reunión, pero cuando don Gabriel se disparó el primer resoplido de los ronquidos, Oliver se compadeció; les solicitó a todos permiso para un receso. Anunció que había encargado unas bandejas a la Bombonera que eran un prodigio de la repostería

puertorriqueña. Mandó a buscar a Esther Sánchez y a Pilar Méndez, secretarias de la oficina, para que se encargaran del café.

Desde las ventanas que dan hacia la bahía, Oliver observaba curioso la camaradería que reinaba entre los González–Farasy y los González–Luna durante el receso. María Fernanda y don Gabriel se acercaron al licenciado Ruiz y le comentaron que el toque histórico había estado muy interesante.

–¡¿INTERESANTE?! –se reía Ruiz– pero si me dijo Fernando que usted se quedó dormido cuando...

–¡Que va, viejo!, –reaccionó un poco sonrojado don Gabriel– si yo lo que hacía era descansando un poco la vista. Pero mire, déjeme decirle que eso que usted estaba diciendo ahí..., así mismito fue. Y lo de la corporación americana esa que usted estaba hablando, eso ni pensarlo que lo vayan a cambiar. Nosotros le montamos un pleito a Fidel en cuanto tribunal hay. Figúrese usted, que ese bandido pretendía vender el ron que hacen allá en la planta que nos quitaron en Santiago, que es un ron malísimo, usando nuestra marca. Lo tuvimos que demandar en todas partes del mundo. Le ganamos todos esos pleitos pero nos costó una fortuna.

–Pero bueno –le replicó Ruiz entre bromas y veras– los pobres abogados también tienen que comer.

–No mire, si le digo... esos abogados de Wall Street cobran que es algo serio. Te cobran el café como si fuera champán.

–No se apure don Gabriel que los abogados del Viejo San Juan no cobramos el café.

–Ni los pastelicos de guayaba que están muy sabrosos –sentenció don Gabriel disfrutando plenamente de aquel momento.

Don Gabriel caminó hacia el ventanal que da hacia la ciudad. Desde allí contemplaba al licenciado Oliver en un rincón saboreando su café en un tazón personal que le trajo Esther, su secretaria. Pensó

en su hermano Roberto, tantas alegrías, tantas anécdotas. Por un instante se perdió por un jardín de recuerdos. Esther se acercó y le ofreció más café; don Gabriel reaccionó y Oliver le sonrió desde el otro extremo: ¡SALUD!, decían sus labios, con el tazón en alto. La vida continúa, se dijo don Gabriel reflexivo. Ese muchacho tendrá más o menos la edad que tendría Roberto cuando llegó a Puerto Rico.

La enfermedad de don Roberto no cedía, cada vez estaba más delicado… "no hay fortuna en el mundo", meditó y se le formó un nudo en la garganta. Se volteó hacia el ventanal, no quería que lo vieran llorando. Recordó la última vez que compartió con su hermano en la residencia de La Roca; se le agolpaban las imágenes. Bebía café aguantando las ganas de llorar; pero no pudo evitarlo. Se inclinó en el ventanal, veía la gente caminando por las calles adoquinadas, el mar a lo lejos, pensó en su Santiago natal.

Esther regresó con algunos documentos que esperaban por la firma de Oliver, también con los mensajes telefónicos que se habían acumulado durante la reunión. Joaquín aprovechó que Oliver estaba solo para acercarse.

–Óigame licenciado –sonrió Joaquín– ¿Lo que se dona en vida, se resta de la herencia?

–Unjú –contestó Oliver con voz nasal, para no renunciar al placer del último sorbo de café–. Como regla general, la donación es un adelanto de la herencia. Siempre hay sus excepciones…

–¿Y cuales son esas excepciones? –preguntó misteriosamente Joaquín.

–Vamos a hacer una cosa, Jack, hazme esa misma pregunta cuando recomencemos la reunión…, para que el grupo completo se beneficie de la discusión del tema –le propuso Oliver.

–¿Cuánto más vamos a demorar?

–Estoy esperando por Carlos, para que termine la explicación de los impuestos, él estaba aquí casi ahora, pero de pronto se me ha desaparecido. Déjame solicitarle a Esther que me ayude a organizar el grupo de nuevo, para poder continuar. Excúsame un momento, Jack.

–No tenga apuro licenciado.

Oliver buscó a Esther y se la llevó a su despacho privado. Una vez allí le pidió que fuera adelantando con los datos generales que necesitaban de cada uno de ellos.

–Ordénate los datos en dos grupos –le solicitó Oliver a Esther– los González–Farasy y los González–Luna.

–¿Y a don Gabriel, en cuál grupo lo pongo?

–Eeeh..., yo te digo después –contestó Oliver en su característico estilo pausado–. Ayúdame a organizar el grupo de nuevo, por favor.

Por fin volvieron a entrar todos al salón de conferencias. El licenciado Carlos Ruiz tomó de inmediato la batuta para recapitular la solución que recomendaba el bufete.

–Hasta aquí, ¡¿estamos claro?! Se hace la donación y se resuelve el problema.

–Ok..., déjeme ver si yo entendiendo bien –dijo Claudia con un talante de optimista al darse cuenta que la reunión había valido la pena y de que estaban hablando de grandes cantidades de dinero–. Nos estaríamos ahorrando unos siete millones de dólares de impuesto federal, si convencemos a papá de que nos adelante la herencia entregándonos en vida las acciones del Ron Caribe –resumió, exhibiendo una sonrisa sagaz y caprichosa.

–Te voy a invitar para que le dictes una conferencia a mis estudiantes –sonrió el licenciado Ruiz. Tenía una expresión de

satisfacción, pues habían logrado conducir la reunión al punto del clímax, tal y como se lo propusieron él y Oliver.

María Fernanda le comentaba algo al oído a don Gabriel, que arqueaba las cejas. Mientras, Arturo Valdez cotejaba lo que decía Claudia con sus notas.

–Ahora, yo quiero que usted nos explique cómo es que llega a los siete millones de dólares..., ¿se acuerda? Lo primero que usted dijo al empezar –continuó Claudia, aprovechando el momentum.

–Seguro que me acuerdo –convino Ruiz, como si hubiera estado esperando esa pregunta–. Permíteme volver a la pizarra. ¡Miren!, las acciones que posee don Roberto González en la Compañía Ron Caribe tienen un valor de aproximadamente diez millones de dólares. Ese es el número que tú me habías informado, ¡¿Verdad Pepe?!

–¡Vaya!.., por lo menos diez millones, –sostuvo el Sr. Portillo– si utilizamos como medida el valor por acción de cuando murió Pedro Juan González. Y lo cierto es que de allá para acá las acciones han aumentado.

–Diez millones..., –continuó el licenciado Ruiz, acomodando los números en la pizarra– y el impuesto a ese nivel va ascendiendo escalonadamente hasta alcanzar un infame 70%. Estamos hablando de alrededor de siete millones de dólares en impuestos. Con la donación nos ahorramos esos siete millones...

–Licenciado, –interrumpió María Fernanda– ¡¿y las viudas?! Porque a mi una amiga me dijo que nosotras heredamos bajo la Ley de Gananciales. ¿Cómo es eso?, porque yo le confieso que no sé nada.

"Mamá por Dios, que inoportuna",... pensó Rosarito. "¿Cómo es posible que hayas interrumpido al licenciado de esa manera?"

La incomodidad se podía palpar también en el semblante de los demás. "El apego a las cosas materiales... la inseguridad... eso es lo que tiene a mamá así",... se mortificaba Rosarito.

–El que sobreviva de la pareja, María Fernanda, –explicaba Oliver, quién se sintió llamado a intervenir para no perder el control de la reunión– ¡Viudo o viuda!, tiene derecho a la mitad de los bienes gananciales. ¡No por herencia!, sino la mitad que le corresponde al concluir el matrimonio.

En su mente, Oliver había titubeado sobre la sabiduría de utilizar el titulo de "Doña" para María Fernanda. De buena educación y mejor vestir, María Fernanda se mantenía joven para su edad. Oliver eligió un trato más personal para que ella se sintiera más a gusto... simplemente María Fernanda.

–Los bienes gananciales, ¡O community property, como se les conoce en Estados Unidos!, son –continuó Oliver su explicación– en términos bien sencillos, todo lo que se acumula durante el matrimonio, excepto lo que se recibe por herencia. Ahora, yo tengo entendido que las acciones de don Roberto González en el Ron Caribe las recibió por herencia de su padre. De manera que esas acciones deben ser privativas; o sea, 100% de don Roberto y eventualmente de sus herederos, según su testamento.

–¡Pero!..., ¿A qué es lo que tendría derecho una viuda? –insistió María Fernanda, con una aparente frustración dibujándosele en el rostro.

–Se lo voy a resumir de la manera más sencilla posible, María Fernanda: uno, la mitad de los gananciales; dos, lo que don Roberto le designe por testamento, ¡Si él quiere!; tres, lo que le designe por seguro de vida, ¡De nuevo, si él quiere!; y cuatro, el usufructo viudal –explicaba Oliver, contando con los dedos, con énfasis pedagógico.

–¡¿USUFRUCTO VIUDAL?!..., ¿Qué es eso?

–La mejor explicación del usufructo es que invita a la comparación con el surrealismo de Dalí.

–Pues que bueno, porque a mi la obra de Dalí me fascina – sonrió María Fernanda.

–Es tan solo una metáfora, y no es mía. Es de Sofía Miró, una viuda que es cliente y amiga de esta oficina. Bueno..., algunos de ustedes ya la conocieron en la residencia de La Roca. ¡La periodista!... Un día me pidió que le explicara el significado del usufructo viudal. Al concluir ella me dijo que todo aquello se le parecía al surrealismo de Dalí.

–¡Mamá!.. –intervino Rosarito– yo sé que tú tienes tus preocupaciones y cada uno de nosotros también. Pero los licenciados son expertos en impuestos y aquí vinimos a resolver lo que haya que hacer antes de la muerte de papá. Yo creo..., ¡No sé lo que piensan los demás!, que para atender lo que le preocupa a cada cual habrá tiempo de sobra.

–A mi personalmente, –dijo Oliver, procurando ser diplomático– me parece acertada la recomendación de Rosarito. Si le parece bien, María Fernanda, nos ponemos de acuerdo para que vuelva cualquier día de la semana entrante y con mucho gusto yo le explico todos estos conceptos.

Oliver pensó en los conflictos que se veían venir; recordó los famosos tambores de guerra de Rosarito. "Si esta doña insiste en que las acciones del Ron Caribe son gananciales"..., se puso ansioso. "Licenciado, usted va a tener que ir a Cuba a resolver todo esto"..., lo perseguían las palabras de don Roberto.

–También podemos charlar sobre Dalí, –sonrió– aunque le advierto que yo soy un neófito en esos menesteres. ¡La invitación la hago extensiva a cada uno de ustedes! Si yo no estoy en la oficina, lo pueden coordinar con Esther, mi secretaria.

–Quedamos entonces que lo que se reciba en vida, por donación, es un adelanto de la herencia –se apresuró a preguntar Joaquín, antes de que se dieran por terminados los trabajos.

–Claro– dijo el licenciado Ruiz–. Lo que dice Jack es muy cierto. Estas acciones las reciben en vida y, lógicamente, no las van a recibir a la hora de la muerte.

–¡Wait! I know that –reaccionó Joaquín–. Pero no es a esa donación a la que nos estamos refiriendo.

"¿Por qué carajo hablará este en plural?", pensó Carlos Alberto… "Algo estarán tramando".

–A las donaciones a las que nos referimos es a las cosas que nuestro padre le ha dado a algunos de sus hijos en vida.

–¿Como cuáles? –preguntó Oliver.

–¡Oye! Si me permiten –intervino Arturo Valdez– quizás yo pueda ayudar a aclarar. Yo no soy quién para meterme en estas cosas, porque estos asuntos les toca a los hermanos atenderlos. ¡Vaya!, pero en lo que humildemente pueda ayudar…Yo no sé si en Puerto Rico es igual, pero cuando yo era abogado allá en Cuba, existía lo que se llamaba la colación. ¡Por favor, Claudia!.. Que no es otra cosa que restar lo que se recibe en vida como un adelanto de la herencia. O sea, traer el valor de lo donado al inventario de la herencia. Se computa lo que le toca a cada heredero como si esas donaciones no se hubieran hecho y luego al repartir la herencia se le resta.

Se armó un alboroto de murmullos, especulaciones, conjeturas y comentarios.

–Sí, eso también aplica en Puerto Rico –contestó Oliver, con un semblante de preocupación.

–Yo me lo imaginaba, licenciado –dijo Arturo, agradeciendo con una sonrisa el gesto de aprobación que le hacía Joaquín–. Es

el mismo Código Napoleónico que aplica en Cuba. Para que tengan ustedes los hermanos una idea…

"Ahí va de nuevo…, que mucha mierda habla"…, se dijo Claudia.

–Si lo que queda en la herencia es 100 para dividirlo entre 6, pero a uno de ellos ya le adelantaron 20 en vida, esos 20 se traen al pote, aritméticamente hablando, ¡Vaya!, no es que tenga que traer la plata, que posiblemente ya se la gastó, sino su valor en números. El pote aumenta de 100 a 120, que dividido entre 6 da a 20. Pero recuerden que lo que queda para repartir es solo 100, los 120 es lo que hubiera quedado si no le hubieran adelantado los 20 en vida a uno de ellos. Así que se reparten 20 a cada heredero, pero el que había recibido los 20 en vida, al momento de la muerte no va a recibir nada porque los cogió por adelantado.

Todos los herederos sabían que se estaban refiriendo a Claudia. Cada uno tenía su propia visión de las aventuras de Claudia y el Turco. Pero para los González–Luna este tema era otro tambor de guerra.

–Lo que dice Arturo es correcto– explicaba Oliver. Arqueó las cejas, reflexivo–. Pero yo les aseguro que no hay un tema que cause mayor hostilidad entre los herederos que éste. Es como combatir el fuego con aceite. Yo los exhorto a que eviten entrar en ese tipo de planteamiento, porque eso se presta para que se genere una cadena de litigios que son largos, costosos y angustiosos.

–La donación que tiene que hacer nuestro padre –dijo Victoria, tratando de rescatar la reunión antes de que se pusiera más tensa– …Ok, déjeme ver si me puedo explicar mejor, … papá, ¿va a retener para él los pagos de dividendos? o …¿cómo es la cosa?

–Por favor Vickie, no me vayan a matar del corazón –dijo el licenciado Ruiz–. La donación debe ser una: clásica, típica, completa. En los papeles no debe haber nada que sugiera que don Roberto

retiene los dividendos… Yo no quiero tener que espadear contra el IRS…

–¿Que es el IRS? –preguntó Carlos Alberto.

–El Internal Revenue Service. Ese es el brazo colector del Departamento del Tesoro Federal –le explicó Ruiz–. Por donde lo veas venir…húyele. Es como decir Hacienda a nivel federal. La diferencia es que allí no hay ni panismo, ni amiguismo. ¡Es un animal sin cabeza!

–¡La donación la deben hacer utilizando un formulario que se llama "stock power"! –anunció Oliver–. Don Roberto lo firma y lo envía al City Bank que es la institución que se encarga de llevar el Registro de Accionistas. Allí, se cancelan los certificados de acciones viejos y se emiten los nuevos, divididos en partes iguales entre los seis hermanos. En cuanto a los dividendos, eso lo podemos resolver informalmente dentro de los lazos tradicionales de unidad familiar. Que hablando en castellano significa…, que ustedes reciben el cheque pero le dan la plata a don Roberto. Y de eso no se tiene que enterar nadie. Se queda en bóveda, entre nosotros. Total, ¿de cuánto tiempo estamos hablando? Según los vaticinios de los médicos, puede que sean solo meses… Bueno, sólo Dios lo sabe –se sonrojó.

–¿Que pasa si nuestro padre no quiere hacer la donación? –preguntó Roberto.

–Robert, nadie lo puede obligar –aseguró Oliver, apretando los dientes contra los labios–. Yo me reuní con él y le expliqué todo esto, ¡Allá en La Roca!, algunos de ustedes estaban…

–¿Cuándo fue esa reunión? –cuestionó Joaquín.

Oliver sabía lo delicado que son estos temas; su tío Lorenzo se lo había advertido. "Evita las reuniones a cuartos oscuros, Fernando". Nada atemoriza más a un heredero que enterarse que los otros se reunieron a sus espaldas.

–Jack, esa reunión fue idea mía –salió al rescate don Gabriel–. Como no había manera de reunirlos a todos ustedes a la vez, porque cuando no era uno, era el otro, y a última hora se cancelaba, yo le pedí al licenciado Oliver que fuera a Fajardo... Eso fue el...

–Sábado de Gloria –consintió Oliver–. Y si me acuerdo bien, el único que propiamente participó de la sesión técnica, fue Carlos Alberto.

Una ola de celos atacó a los González–Farasy cuando se enteraron que el licenciado Oliver había pasado todo un día en La Roca, en franca bohemidad con los González–Luna. Que si el asopao de bacalao, que si solo hablaron de Cuba, en fin.

–Oooh..., Ok, ahora caigo yo en cuenta con lo de la periodista... –dijo Joaquín.

–¡Bueno! –prosiguió Oliver, que no tenía el temperamento para chismes–. Lo importante es que don Roberto me dijo en esa ocasión que él estaba de acuerdo con el reparto de la herencia en vida. Pero, pero..., él puede cambiar de parecer. Porque en ocasiones lo que sucede es que la gente piensa que estos son cuentos de camino, que si uno nace en Cuba y vive en Puerto Rico, no tiene por qué preocuparse de los impuestos federales.

–¡Vaya! Pueden llevar el "stock power" a mi oficina –dijo el Sr. Portillo, estrechando la mano de los herederos, que a esa hora estaban ya agobiados de tanta jeringonza legal. ¡Vamos a La Bombonera!, se escuchó decir sobre el murmullo y la pavera–. Nosotros nos encargamos del papeleo con el City Bank.

Al concluir la reunión, Oliver se fue a su despacho a organizar sus notas, le pidió a Esther que le trajera los mensajes telefónicos; habían dos de la licenciada Laura Irizarry. De manera que para descansar del tema de los González, llamó a la licenciada Irizarry y hablaron un buen rato de varios casos que tenían pendientes.

Antes de despedirse, Oliver le contó que había tenido casa llena con los hijos y la esposa de don Roberto González, y ella le advirtió que la semana anterior la señora María Fernanda Luna había acudido a su oficina a consultarla.

–Fernando, yo te diría que ella estuvo aquí el martes o el miércoles de la semana pasada, –aseguró la licenciada Irizarry– y yo le aclaré que en Puerto Rico todo es propiedad ganancial, y que por lo tanto esas acciones del Ron Caribe son mitad de ella, a menos que le prueben lo contrario. Y yo te voy a decir una cosa, Fernando…, para probar que esas acciones las heredó ese señor, van a tener que ir hasta Cuba a buscar papeles viejos que ya ni existen.

Oliver titubeó. "La vida te da sorpresas", pensó en una canción que Esther se la pasaba canturreando, sobre todo para jorobarlo.

–Fíjate Laura, ella no me dijo que se hubiera reunido con abogado alguno para esto –balbuceó Oliver.

–Pues ten mucho cuidado, Fernando, no vayas a pasar un mal rato. Tú sabes cómo es la gente; ni tan siquiera me mencionó que tenía pendiente una reunión contigo. Es más, cuando ella vino a esta oficina ya había consultado varios abogados sobre este mismo tema, porque tú sabes que yo lo primero que siempre hago…

–Primeras noticias… ¿Te contrató?

–¡Nada! Ella dijo que me volvería a llamar, pero hasta ahora… Bueno Fernando, te tengo que dejar. Un abrazo y no te olvides de enviarme los papeles del cierre de Schevako.

Esther aprovechó que Oliver se había desocupado y entró a su despacho. Le dijo que se había comunicado con Pascual, el hombre que instaló las computadoras en la oficina, y este le dijo que se tenía que inventar un código más corto porque González–Farasy/ González–Luna era demasiado largo. De modo que ella le mostró a Oliver varios códigos para escoger y en el instante preciso le preguntó:

–¿Que le parece este?, ¡LA FRATERNIDAD! –y se echó a reír de gusto, porque para ella era a todas luces una broma que a su jefe le venía muy bien después de una mañana agotadora.

–¡Que clase de loca! –suspiró Oliver. Se frotó la cara, como si tratara de restregarse el cansancio de la semana, luego apoyó su mejilla sobre sus manos con los dedos entrelazados. Al cabo de una pausa para reflexionar, le dijo: –Me parece genial.

Capítulo 9

Don Roberto González murió poco antes de la media noche del domingo 10 de junio de 1979; estaba rodeado por sus seres queridos. El jueves anterior había estado compartiendo con su hija Rosarito en una pequeña mesa ubicada en un rincón de la cocina de La Roca. Por ratos parecía lleno de vida, pero por ratos parecía como si la muerte lo arañara. Rosarito colaba café para los dos, horneaba pan de maíz, y preparaba alguno que otro capricho culinario que desafiaba los estrictos mandatos de los médicos.

Ese día, padre e hija planificaban una reunión de todos los hijos y nietos para el fin de semana del día de los padres, a escasamente una semana plazo. Don Roberto aprovechó para entregarle a Rosarito los stock powers con los que repartía en vida a sus hijos sus acciones en el Ron Caribe. Las repartió en partes iguales, a pesar de que iba in creccendo el argumento de los González–Farasy que reclamaba que Claudia había desbaratado su tajada de la herencia con sus andanzas con el Turco. Victoria, Joaquín y Roberto, bajo el asesoramiento legal y desinteresado –sobre todo– de Arturo Valdez, el esposo de Victoria, le habían montado un preseo despiadado a

don Roberto para que hiciera justicia, según decían ellos, dejando a Claudia fuera del reparto de las acciones. Durante el mes de mayo viajaron dos veces a Puerto Rico, a tratar de convencerlo. Cargaban impresionantes cajas con fotos, videos, cheques, facturas, mapas, testimonios comprometedores, diarios inauditos y todo tipo de documento inimaginable y datos inconfesables, para tratar de reconstruir las suntuosas y escandalosas aventuras de Claudia y el Turco. Paseos por el Sena con música de cámara y el mejor champán sin límite, para amigos, conocidos, arrimados y curiosos que no podían salir de su asombro. Rumbas en el malecón de La Habana, con las mejores orquestas, con puercos a la vara, congrí y yuca, que duraban tres días con sus noches.

Pero don Roberto no cedió. Les decía una y otra vez, sin perder en ningún momento su parsimonia de padre amoroso, que los lazos de unidad familiar son de un valor superior a todo el enjambre legal que Arturo se esforzaba en exponer "a nombre y representación de vuestros hijos, los González–Farasy", como repetía tantas y tantas veces en su inigualable estilo de abogado ridículo. Don Roberto sabía, bien que sabía, que había de todo; había verdad, pero había también una buena dosis de dimes y diretes que los González elevaron a leyenda, con las que se divertían y reían.

Aquel jueves, Rosarito y don Roberto conversaron extensamente, hasta que los sorprendió el medio día y la media tarde y llegó la noche. Tres días después Rosarito comprendió que aquella había sido la despedida entre un padre y una hija que se amaron tanto. Hablaron de todo. Recorrieron sus vidas tejiendo vivencias y anécdotas que por momentos los hizo reír y por momentos los hizo llorar. Recordaron aquel lejano sábado familiar cuando María Fernanda, don Roberto y sus seis hijos andaban de tiendas. Eran los tiempos en que Victoria, Joaquín y Roberto eran los ídolos adolescentes de Claudia, Carlos Alberto y Rosarito. La época en que

pasaban los veranos entre Nueva York, Puerto Rico y –hasta 1958– Cuba. Recordaban que compraban de todo como los locos: chucherías para la playa, tereques para el viaje, ropa para el regreso a la escuela, tarecos para el campo y uno que otro regalo de cumpleaños. A la hora de almorzar, cada uno quería algo distinto: uno quería hamburger, otro pizza, otro pollo, otro que si lo mío es criollo y así sucesivamente. De manera que don Roberto sugirió la Terraza de Town & Country, donde se podía conseguir la más amplia gama culinaria del planeta, desde un hamburger hasta un sabroso arroz con frijoles y yuca, incluyendo las pizzas italianas, tacos mexicanos, churrascos argentinos, chorizos españoles, quiche francés y arroz chino. Los seis hijos reaccionaron al instante con tanto beneplácito y júbilo, que parecería como si se tratara de un comercial a pedir de boca por los propios dueños del centro comercial. Al llegar a la Terraza, don Roberto aseguró una mesa suficientemente grande para acomodar a todo su familión.

–¡Oye! Yo me quedo aquí velando la mesa –dijo don Roberto, sacando su billetera–. Mira Vickie –prosiguió– toma este billete y acompaña a Claudia y a Rosarito para que ellas escojan lo que quieran, y con el dinero que sobre te compras lo tuyo –Les hablaba a sus hijas con un amor...–. Entonces, ¡Robert y Jack!, con este billete lleven a Carlos Alberto para que él elija lo que prefiera, y luego, con lo que sobre, ustedes se compran lo que quieran –Lo cierto es que en los asuntos de sus hijos, don Roberto armonizaba con maestría los más básicos principios democráticos con la disciplina de un ejército militar, que es la institución menos democrática en cualquier parte del mundo (pero irónicamente a cargo de defender la democracia)–. Toma este billete María Fernanda, –continuó don Roberto– para que compres lo tuyo y de paso me traes lo mío: yo lo que quiero son dos alcapurrias y un vaso bien frío de maví, ¡El champán Boricua! –afirmó con orgullo, mientras les guiñaba un ojo a sus hijos–. Yo me quedo aquí velando la mesa –repitió.

La primera en regresar fue María Fernanda, a quien de paso le pareció buena la selección de su marido y compró para ella lo mismo: dos alcapurrias y un vaso de maví. Luego regresaron las nenas, como les decía don Roberto, quienes para sorpresa, también compraron alcapurrias y maví. Cuando llegaron los muchachos, explotaron todos en carcajadas, pues también habían comprado lo mismo; alcapurrias y maví.

–¡Oye! ¡Champán boricua! –gritó orgulloso don Roberto, con su vaso en alto.

–¡Champán boricua! –le contestaron a coro, eufóricos y muertos de la risa, Carlos Alberto, Joaquín y Roberto.

Fue tanto lo que se rieron, que Rosarito –quién para entonces tenía tan solo siete añitos– se orinó encima a grandes chorros. Don Roberto fue el único que se percató que a la nena se le rompió el acueducto. Y ante la mirada aterrorizada de su hijita, quién de seguro sería objeto de la más cruel y despiadada burla de parte de sus hermanos, don Roberto rápidamente derramó sobre la mesa, como si se tratara de un accidente, su vaso de maví para que mojara a Rosarito.

–¡Por tu madre, mi niña, perdóname! –reaccionó don Roberto, fingiendo estar exaltado–. ¡Que torpe soy, carajo! –Y cogió a su hijita al hombro y se la llevó apresurado a comprarle ropa. Botaron la ropa vieja, empapada por una exótica mezcla de maví y orines, y se juraron abrazados que el secreto quedaba entre ellos para toda la vida. Así fue. Por eso aquel jueves de los recuerdos, tres días antes de la muerte, en un relámpago de felicidad Rosarito estalló en un ataque de carcajadas que no podía contener, y fue preciso que se sentara en el piso a donde acudió su padre gateando y allí abrazados revivieron aquel juramento, veintisiete años después.

–¡Me meo, Papi! ¡Me meo! –gritaba Rosarito, agarrándose la barriga, tratando de contener la risa y los deseos de orinar, mientras caminaba trinca para el baño.

Al regresar del baño, la esperaba don Roberto sentado nuevamente en la mesa. Sacó de un sobre manila unos documentos que repasó detenidamente. Fue en ese momento que don Roberto le entregó los stock powers a Rosarito.

–Estos son los documentos para repartir en vida la herencia del Ron Caribe –le explicó a su hija, asegurándose que eran seis, uno para cada hijo–. Por tradición… –Se le hizo un nudo en la garganta y se le quebró la voz, los recuerdos lo golpearon– …las acciones de la compañía pasan de generación en generación. Están divididas en partes iguales.

Rosarito contó los papeles y experimentó una descarga emocional, tanto de alivio como de expectación. "Se cagó en su madre Arturo Valdez", sonrió. Pero a la misma vez temía que sus hermanos fueran a impugnar el juicio de su padre una vez hubiera muerto. Volvió a sentir el redoble del primer tambor de guerra y se perdió en un laberinto de buenos recuerdos y malos augurios.

–Es necesario que vayas mañana –don Roberto frunció la frente– a la oficina del Ron Caribe…, para el traspaso de los certificados. Procúrate a Pepe Portillo que él se ofreció a tramitarlo rápidamente.

–¡Mañana es imposible, Papi! –sostuvo Rosarito, regresando poco a poco de su letargo–. ¡Please, no me mires así! Bueno, ok…, deja ver como hago, si no puedo ir mañana, voy el lunes, que es lo más probable.

–¡Oye! Debes guardar los stock powers en un lugar seguro –le suplicó don Roberto– no vaya a ser que se traspapelen. Mira que tienes en tus manos la herencia de tus hermanos… Más la solución al problema de los impuestos. ¡Figúrate tú!

–¡Papi, ya! No me pongas nerviosa. Los voy a guardar en la banqueta del piano...

–¿EN DÓNDE?

–¡Papi, please! Ahí nadie mete la mano. Ese ha sido mi escondite desde niña.

La noticia de que don Roberto agonizaba viajó el mundo. Le avisaron a toda una parentela quienes a partir del 1959 se habían desparramado por el mundo haciendo del exilio su nueva patria. María Fernanda y Claudia se encargaron personalmente de hacer las llamadas. Se dividieron la tarea por ramas genealógicas y áreas geográficas: hermanas y hermanos, hijos e hijas, nietos y nietas, primos y primas, sobrinos y sobrinas, y hasta una tía tan anciana que desafiaba las leyes de la naturaleza. Estos se habían desperdigado por Madrid, Ciudad México, Caracas, Bahamas, Bermudas, Miami, San Francisco, Virginia, Pennsylvania, Nueva York, Boston, en fin.

En Nueva York, don Gabriel tomó la noticia con admirable ecuanimidad y resignación. Pero Conchita, la pobre Conchita se perdió en un llanto sin consuelo. Cuando se recompuso, se sentó en el piano a tocar "La Comparsa", una de las canciones favoritas de don Roberto, que era preciso cantarla y bailarla en cada reunión familiar desde los tiempos de los famosos guisos de la tía Ana en Santiago. Conchita comenzó a repetir y a repetir "La Comparsa" hasta que sucumbió en un desenfreno apasionado, agregando variaciones, progresiones, disonancias y en fin, todo tipo de recurso musical atípico e inconcebible, y fue así como la melodía quedó amortajada sobre una masa de acordes grises, mientras su mirada se hundía en una primavera de recuerdos lejanos, y así prosiguió hasta que irremediablemente cayó desplomada sobre el teclado, empapada en sudor y llanto.

En la residencia de La Roca el papá está muriendo. Era un domingo de junio temprano, con la mañana todavía fresca. La

primera en llegar del exterior fue Victoria. Poco después llegaron Joaquín y Roberto y al cabo de una hora llegó Carlos Alberto. Los iban recibiendo Claudia y Rosarito, hasta que completaron el círculo de los seis hermanos a la llamada del amor. Era raro pero había una gran resignación, tanta paz y tanto amor. El papá está muriendo y los seis hijos están a su alrededor, procurando atenderlo y abrazarlo y se unen en una oración: "Ave María Santa Madre de Dios, Nuestra Señora del Dolor..." La mañana se desvistió de su frescura para recibir un concierto de sol. La residencia sigue recibiendo parientes que llegan de todas partes a la llamada del amor, para un último beso, un último abrazo, un último adiós. Los niños están jugando en silencio, mientras esperan su turno para entrar a la habitación, el papá esta muriendo, es una última caricia de amor. Vuelve a formarse la reunión de los hermanos para cantar una canción. Rosarito tiene su guitarra, Victoria les echa sus brazos a Claudia y Joaquín, Roberto completa el círculo con Carlos Alberto, y cantan; el papá está muriendo, es una última canción. Por sus mentes desfilan los recuerdos, tantas enseñanzas y el ejemplo siempre de amor. Alguien anunció que por fin llegaron tío Gabriel y Conchita, y de inmediato los condujeron a la habitación y se unieron al círculo de los hermanos para una última oración "Ave María Santa Madre de Dios, Nuestra Señora del Dolor" y como un rito en la ocasión volvieron a cantar la misma canción. La residencia se seguía llenando de parientes que con admirable respeto ante el dolor iban buscando su lugar entre balcones, terrazas y patios, con mesas improvisadas donde se ofrecía café, chocolate, queso, galletas, frutas y té. Hasta que a cada cual le llegaba su turno para entrar a la habitación, para un último abrazo, un último beso, un último adiós. El papá está muriendo, hay una gran resignación; hay tanta paz y tanto amor.

Desde el amanecer, María Fernanda se había dado a la tarea de dirigir aquel operativo inaudito de amor. Les solicitó a los sirvientes que consiguieran refuerzos entre sus propios parientes. Se pasó el

día completo acomodando sillas y mesas, colocando flores, colando café e hirviendo leche para el chocolate. A cada momento llegaba una nueva estirpe de parientes que ella recibía con una inquebrantable fortaleza de espíritu. Venían de todas partes niños, adolescentes, adultos y ancianos. Estos últimos llegaban cargando anécdotas que contaban con un entusiasmo contagiante y es así como sucesivamente se les fueron uniendo a la locura antológica las nuevas olas generacionales y en un bordado de dicha lograron revivir con asombro la historia completa de la Familia González, desde el fundador del Ron Caribe, don Francisco González, hasta la presidencia de don Roberto.

–¡Son cien años de historia! –planteó Rosarito–. Desde la fundación del Ron Caribe en el 1862, hasta que se convierte en la marca de licor de mayor venta en el mundo en el 1962.

Ella había heredado de la tía Ana siete baúles repletos de cartas, actas, certificados, resoluciones, periódicos y demás documentos históricos de la familia y se había dado a la tarea de organizarlos en estricto orden cronológico para donárselos al museo de Historia del Ron Caribe.

Al caer la noche, María Fernanda se afanaba en la colocación de los cirios, que cada vez eran más pues con cada ola de parientes era preciso abrir más mesas, colocar más sillas, y repartir una nueva ronda de café y chocolate para todo el mundo. Todos acudían a la llamada del amor, y esperaban con paciencia para entrar a la habitación, el papá está muriendo y es una última caricia, un último abrazo, un último adiós; el papá está muriendo y hay una gran resignación, hay tanta paz y tanto amor.

Iban a ser las ocho de la noche cuando se detuvo frente a los portones una comitiva de tres automóviles. Era Doña Matilde González, cariñosamente conocida por todos como Tititi, quién había partido al amanecer desde Key West al sur de la Florida, hasta

llegar a La Roca, en la costa este de Puerto Rico. Según los cómputos de los que más edad tenían, ella era la única sobreviviente de la generación conocida como la del 1868, y a la cual pertenecieron la tía Ana y el tío Rogelio, héroe de la Guerra de Independencia. Como era de imaginarse, Tititi había alcanzado una edad que desafiaba todo cálculo. Venía acompañada de un séquito compuesto por dos nietas y tres bisnietas. Una de las bisnietas cargaba orgullosa una pesada maleta repleta de pastillas, tabletas, cápsulas, cremas, ungüentos, gotas, supositorios, jarabes, y todo tipo de truco que hasta entonces la ciencia había logrado en el afán de burlar la muerte. Las otras bisnietas maniobraban con un par de muletas, un andador, un sillón de ruedas y un aparato de oxígeno por si ocurría algún quebranto inesperado. Tititi entró a la residencia ante las miradas de admiración y cariño de sus parientes, apoyada simple y sencillamente en un elegantísimo bastón, como se lo propuso desde que recibió en Key West la llamada de Claudia. La recibieron en primer lugar don Gabriel y Conchita, confundiéndose los tres en un emotivo y aparatoso abrazo que provocó en muchos sollozos y lágrimas de felicidad.

Desde que salió al exilio, Tititi se había aferrado a la idea de vivir en Key West, con el argumento de que siendo ese el extremo más al sur de los Estados Unidos continentales, era el punto más cercano de su Cuba del alma. Todos los 26 de julio, mientras Fidel organizaba su ya famosa marcha por el malecón de La Habana, Tititi montaba una vigilia en Key West.

Para llegar a La Roca, fue preciso trasladarse en tres automóviles hasta la estación de guaguas en Key West. De allí tomaron una guagua en la que atropellaron aquel equipaje de lástima ante el asombro y las protestas de los pasajeros, hasta que llegaron al aeropuerto de Miami seis horas después.

Al llegar al aeropuerto de Puerto Rico, fue necesario negociar con tres chóferes del transporte público para que se apiadaran de

Tititi. Pero como nadie se apiadó, activaron el plan B que hasta ese momento había resultado infalible. El plan B consistía en que las tres bisnietas, hermosas y maravillosas, sedujeran con sus encantos a tres chóferes y luego que estuviera todo planchado, traían a Tititi a la escena. El plan B resultó un éxito, como siempre.

A un kilómetro de la residencia de don Roberto, donde comienza la cuesta hacia La Roca, las detuvo un cordón de policías, fotógrafos y periodistas. A petición de Claudia, el jefe de la policía había dado estrictas órdenes para que absolutamente nadie que no fuera de la familia pudiera pasar. La policía sorprendió a Tititi que se había quedado dormida, extenuada por los estragos del viaje. Tititi despertó súbitamente alarmada y se bajó del automóvil atolondrada con su bastón en alto, ante una nube de fotógrafos y periodistas que le trompeteaban despiadadamente una ráfaga de preguntas que a fin de cuentas se resumía en una sola: "¿Cuándo piensa usted que caerá el régimen de Fidel Castro?". Tititi, acostumbrada a estos embates periodísticos, ignoró la andanada, pero una de las bisnietas ripostó con la voz al cuello: "¡CANALLAS!" que retumbó en el cielo. Sin embargo, con la rápida intervención de un capitán, en pocos segundos todo quedó resuelto y la comitiva concluyó su jornada, que llevaba ya quince horas de travesía, desde las cinco de la mañana hasta las ocho de la noche.

Lo primero que hizo Tititi al llegar, fue procurar a Rosarito para organizar un círculo de oración como los que hacían en la legendaria casona de la tía Ana en Santiago. Tititi le pidió que le consiguiera una copia de la oración a la Virgen María y el Niñito Jesús que había escrito don Francisco González, fundador del Ron Caribe, y que se había convertido con el transcurso de los tiempos en un tesoro de la tradición familiar. Rosarito sin prestarle mucha atención le contestó que no se preocupara, que ella y Victoria dominaban la oración de memoria. Pero a Tititi, que lo que quería era personalmente dirigir el círculo, la paciencia se le desvaneció en el acto y una ráfaga de

mal humor se le alojó en el rostro. Fue entonces que Rosarito comprendió que el amor a su padre transcendía más allá de los hijos y que abarcaba a todas las generaciones de los González. Para complacer a Tititi, Rosarito fue de inmediato a buscar su copia que recordaba haberla guardado en su escondrijo favorito, la banqueta del piano.

Mientras, María Fernanda y Conchita colocaban con audacia unos taburetes para improvisar una plataforma donde se encaramó Tititi, bastón en mano desde luego. Rápidamente comenzaron a rezar, bajo la dirección tutelar de Tititi, con gran devoción y tomados de las manos. "Santa María Madre de Dios, Nuestra Señora del Dolor..." El papá está muriendo, y todos han acudido a la llamada del amor, por fin llegaron todos desde la mayor hasta el menor, y esperan con paciencia para entrar a la habitación, es una última caricia, un último abrazo, un último beso, un último adiós. Hay una gran resignación, hay tanta paz, hay tanto amor...

Así estuvieron el resto de la noche, hasta que inspiradas por un relámpago de felicidad, Conchita y Rosarito se encaramaron en la plataforma portando entre las dos un enorme retrato de la legendaria tía Ana. Cuentan que en ese momento vivieron los González una fiesta de afectos, más propia de un recibimiento que de una despedida.

–La tía Ana viene a buscar a abuelo Roberto –se escuchó que dijo uno de los nietos e irrumpieron todos en vítores y aplausos como seres iluminados.

Eran pasadas las once de la noche cuando salieron de la habitación, abrazados, Tititi, don Gabriel, Conchita, María Fernanda y los seis hijos.

–Roberto González ha pasado a morar con el Señor –anunció Tititi y al unísono continuaron con la oración... Santa María Madre de Dios, Nuestra Señora del Dolor...

Capítulo 10

Rosarito no había podido recuperarse del espanto, cuando le pareció haber escuchado el timbre del portón principal. Era martes en la noche y ella saboreaba un tazón de chocolate, mientras ojeaba los titulares de los periódicos del domingo, lunes y martes que se le habían acumulado luego de tres largos y arduos días de agonía, velorio y entierro de don Roberto. El cansancio se le iba acomodando por el alma, cuando se le alteró el pulso al ver a Tititi empuñando su bastón al cielo en las primeras planas del lunes bajo el titular: ¡LOS GONZÁLEZ EN PIE DE LUCHA! Fue en ese preciso momento que Rosarito recordó que se le había olvidado llevar los stock powers a las oficinas del Ron Caribe. Sintió con pavor el redoblar de los tambores de guerra… "Los impuestos federales sobre la herencia"…, pensó alarmada y confundida. "Las aventuras de Claudia con el Turco…" …"Las ansiedades de mamá… ¿Inseguridad?, ¿Materialismo? …mamá, ¡Ay, mamá!… Pero mamá no es la mamá de Vickie, Robert y Jack"… ¡LOS GONZÁLEZ EN PIE DE LUCHA!… volvía a mirar el titular. Trató de leer la reseña periodística, pero no encontró las fuerzas. "Hemos caído al otro lado de la muerte sin darnos cuenta", balbuceó y cerró los ojos con la esperanza

de encontrarse entre los pasillos de una pesadilla, pero el timbre del portón la devolvió sin piedad a la realidad. Rosarito salía poco a poco de aquel laberinto, cuando:

–Rosarito, se encuentra de visita el señor Pedro Vázquez –anunció doña Margot, la enfermera que había atendido a don Roberto en el hospital San Pablo, y que él mandó a buscar para que lo ayudara a custodiar su escasa salud. Aturdida aún en su letargo, Rosarito apenas musitó:

–Avísele a mamá y a tía Conchita... y luego hágalo pasar.

Casi toda la parentela se había marchado la misma tarde del martes luego del entierro. La mayoría partió hacia tierras lejanas, dejando atrás las bellas playas de Puerto Rico. Pero no fueron solamente las playas lo que dejaron atrás, dejaron también una estela de intrigas que entonces nadie pudo imaginar tendrían un asombroso final. Los González–Farasy –Victoria, Roberto y Joaquín– se encontraban en el Caribe Hilton hospedados, ¡o acuartelados!, como diría mucho tiempo después el licenciado Oliver, en clara referencia a sus estrategias cuasi militares. Aguardaban con ansiedad la lectura del testamento y la suerte de los impuestos federales que se ahorrarían con el reparto en vida de las acciones del Ron Caribe. Desde aquellos cuarteles entraban y salían mientras tejían una trenza patrimonial con la ayuda de abogados, banqueros, tasadores y contadores, con la desinteresada cooperación de Arturo Valdez. Estaban ajetreados en anticipación a la primera reunión entre los herederos a raíz de la muerte de don Roberto, pautada para el sábado 23 de junio de 1979, tan pronto don Gabriel, en su nueva condición de albacea, regresara de unas necesarias y merecidas vacaciones en el Carla C por el Mar Caribe. Estas serían sus últimas vacaciones.

Esa noche Benito se encontraba en La Roca. Rosarito lo arrastró desde el cementerio, y él accedió, como siempre, reconociendo

que su amiga del alma quizá más que nunca necesitaría de sus paliativos de confesor. Pero no fue hasta por la noche que Rosarito sintió todo el peso de la herencia de su padre sobre el descuido de su olvido. Entonces más que nunca cobró conciencia de cuanto vale un amigo genuino. Sentía un deseo enorme de perderse en el llanto, apoyada sobre el hombro de Benito, como lo había hecho tantas veces con su padre, hasta encontrar fuerzas para luchar. "¿Luchar contra qué?", …pensaba, frustrada y rebelde… Se le llenó el pensamiento de fuego: "No sería acaso mejor que los impuestos desbarataran la herencia para que mamá y mis hermanos no tengan nada por qué pelear".

Así estaban las cosas cuando doña Margot se presentó en la sala con el señor Pedro Vázquez.

–Buenas noches señorita González, yo soy Pedro Vázquez, pero todos me llaman Pellín –dijo Pellín–. Conocí a su papá, que en paz descanse, hace muchos años. ¿Usted se acuerda de mí?

–Seguro que me acuerdo.

Resultó que para Rosarito la conversación con Pellín fue una experiencia mucho más hermosa y enriquecedora de lo que ella jamás se pudo imaginar. Pellín le contó fascinantes historias sobre don Roberto que hasta entonces ella desconocía. En la sala de La Roca se encontraban: Benito, Conchita, Pellín y Rosarito; María Fernanda compartió un rato, pero luego pidió que la excusaran, extenuada por los trajines de tres largos días de agonía, velorio y entierro. Don Gabriel se unió más tarde, a mitad de la tertulia, pues hasta entonces dormía bajo los efectos de medicamentos a los que fue preciso recurrir para distraerle la pena que lo afligía.

Al arribar Pellín, todavía la imagen de Tititi con el bastón empuñado al cielo, continuaba atormentando a Rosarito. "LOS GONZÁLEZ EN PIE DE LUCHA", le daba vuelta el titular, angustiada y atribulada.

Rosarito hizo un enorme esfuerzo por apaciguar sus nervios, al menos una pausa que le permitiera atender a Pellín como don Roberto lo hubiera hecho. La imagen de Pellín le era familiar; su primer encuentro con ese personaje lejano y feliz, fue cuando ella era una niña de apenas seis años. Para esa época, don Roberto acostumbraba a pasar por su oficina todos los sábados por la mañana, aunque fuera sólo por un par de horas. Rosarito, que era muy apegada a su padre, lo acompañaba, y al salir de la oficina, invariablemente iban a almorzar y a comprar antojos y chucherías.

Allí en la oficina, colgaba de una pared una foto de Pellín junto a don Roberto y un señor de apellido La Guardia. No fue hasta muchos años después, que Rosarito comprendió que La Guardia no tenía nada que ver con policías, sino que se trataba de aquel siempre bien recordado y querido Alcalde de la ciudad de Nueva York. Había también otro cuadro con un recorte de periódico mostrando a Pellín con un titular que decía: ¡Nace un Nuevo Millonario! Cuando Rosarito se cansaba de su libro de pintar, bombardeaba a don Roberto con las mismas preguntas de todos los sábados: "¿Y quién es este señor, papi?, ¿Y éste?, ¿Y este otro?, ¡No papi, yo digo este!"... que de tantas veces su papá contestaba sin mirar.

Para los tiempos en que Rosarito tenía alrededor de diez años, comenzó a tomar clases de piano, siguiendo una vieja tradición que había comenzado la tía Ana. ¡Para tocar como tía Conchita! En una ocasión en que Pellín estuvo de visita en La Roca, don Roberto le pidió a Rosarito que tocara el piano. Interpretó: "La Comparsa", de Ernesto Lecuona, para complacer los gustos de su padre; "En Mi Viejo San Juan", de Noel Estrada, para los gustos de su madre; y luego se volteó en la banqueta y le preguntó a Pellín: "¿Y usted, don Pedro, de dónde es?", y le tocó "Quisquella", de Rafael Hernández.

Era martes 12 de junio de 1979, la noche que Pellín se presentó en La Roca a expresar su pésame a los González. Se enteró de la

muerte de don Roberto en la ciudad de Nueva York, ojeando el New York Post, ese mismo día mientras desayunaba en su apartamento del Bronx. ¡EL RON CARIBE PIERDE A UN GIGANTE! Los labios de Pellín se contrajeron, sobre la mesa quedó el desayuno. Se fue inmediatamente del corazón a los asuntos; múltiples trámites y llamadas para agarrar el próximo avión disponible. Una maleta a la carrera, una carrera para atrapar un taxi, bocinazos, maromas y desenfrenos para sortear el pesado tránsito hacia el aeropuerto, otra carrera para montarse en el avión. Llegó a Puerto Rico, corrió, atrapó otro taxi pero el tapón lo derrotó; cuando por fin llegó al cementerio, todo estaba desolado.

Miró a lo lejos, reflexionó, el mar estaba inmensamente sereno, el cielo estaba lleno de señales. Contempló La Perla, ese pintoresco arrabal que se desparrama a los pies del Viejo San Juan, centinela de las tumbas de los héroes de la patria. A la distancia observó a tres hombres con chaqueta de tela oscura que caminaban hacia La Perla, hacia allá enfiló. Caminó rápido, quería saber quienes eran, hacia donde iban, si sabían algo del entierro. Pensó que quizá eran periodistas, uno de ellos cargaba una cámara. Cruzó el campo santo, entró en el barrio, los perros se alteraron, ellos siempre saben cuando llegan extraños, no hay mejor radar. Vio a los tres hombres entrando en un cafetín, Pellín apresuró el paso. En la calle vio a cuatro hombres desnudos de la cintura para arriba, bebiendo cerveza..., "Como en el Bronx", se dijo. Discutían sobre unas banderas, acaloradamente. ¡El Caballo!, se mofó el más viejo, la caja de dientes le daba vueltas.

Llegó al cafetín y vio a los tres hombres alrededor de una mesa de billar. Colocaban las bolas, y uno de ellos se ocupó de recoger tres cervezas que el encargado puso sobre el mostrador. Pellín se sentó frente al mostrador y pidió una cerveza también. Comenzaron el juego de billar, pero uno de ellos sacó una libreta y se acercó a un teléfono público al lado del mostrador. "Más sabe el Diablo por

viejo", se rió Pellín. Paró la oreja, trataba de escuchar. ¡Roberto González! ¡Cuba! ¡Fidel Castro!, ¡Puerto Rico! ¡Muñoz! ¡Ron Caribe!, fue todo lo que pudo sacar en limpio, por encima de las carcajadas del billar.

"No hay extensión más grande que mi herida, lloro mi desventura y sus conjuntos, y siento más tu muerte que mi vida...", jugaba Pellín con los versos de un poema. El reportero continuaba con su dictado, amenizado por las risotadas de sus compañeros que se mofaban y se retaban con cada jugada. Pellín los observaba, mientras se hundía otra vez en su poema... "Ando sobre rastrojos de difuntos, y sin calor de nadie y sin consuelo, voy de mi corazón a mis asuntos".

Cuando el periodista colgó el teléfono, Pellín no pudo resistir la tentación. Se acercó, lo tocó por el hombro, y lo invitó a una cerveza. Así estuvieron el resto de la tarde, compartiendo cervezas y anécdotas.

El sol se hundía en el Atlántico, cuando Pellín decidió presentarse esa misma noche a la residencia de La Roca. Rosarito estaba ansiosa, le pidió a Pellín que se sentara, desesperada por que aparecieran pronto su mamá y Conchita. En lo que llegaban, Pellín y Rosarito sucumbieron a un silencio a dos voces. Pellín era alto, esbelto, y lucía con orgullo una piel cobriza típica de los héroes del Caribe. Era dominicano de nacimiento y había vivido gran parte de su vida en el Barrio Latino de la Ciudad de Nueva York. Para entonces exhibía una edad indescifrable y, al quitarse el sombrero, deslumbró a Rosarito con su cabellera blanca y rizada. Rosarito tenía la mirada llena de cicatrices y se refugió en los recuerdos de su padre sólo para defenderse de las lágrimas, pero la sonrisa de Pellín provocó que ella rompiera el silencio:

–¿Don Pedro, quiere usted tomar una taza de café? –le preguntó, haciendo un gran esfuerzo por ser amable, como le

había enseñado su padre, a pesar de las tribulaciones que correteaban por su mente.

–¡Yo me uno al café! –se apresuró a decir Benito con su acostumbrado buen humor mientras se acercaba a la sala. La presencia de Benito le devolvió el ánimo a Rosarito. Sentir su voz fue para ella como un bálsamo; su amigo de tantos años venía en su auxilio, aún sin saberlo. Doña Margot le había indicado a Benito que había llegado visita, por si quería acompañar a Rosarito. Benito descansaba la vista..., dormía una pequeña siesta, cuando Pellín llegó. Pero doña Margot sabía, bien que sabía; ella había visto a Rosarito consternada.

Lo que no sabía Benito, era que a Rosarito se le olvidó hacer el trámite de la transferencia de las acciones del Ron Caribe que don Roberto le encomendó para efectuar el reparto de la herencia en vida y evitar el impuesto sobre la herencia.

–Don Pedro, le presento al doctor Benito Álvarez de la Cruz –sonrió orgullosa Rosarito, abrazando a Benito–. ¿Y mami y tía Conchita? –preguntó con el ánimo aliviado.

–Vienen por ahí de un momento a otro –contestó Benito, haciéndole señas a Pellín y a Rosarito para que lo siguieran hasta la cocina, donde sin encomendarse a nadie localizó la harina del café, la cafetera y se encargó del asunto. En eso se aparecieron María Fernanda y Conchita, quienes conocían de toda la vida a Pellín. María Fernanda recibió las expresiones de solidaridad y pésame, declinó el café y pidió por favor que la excusaran.

Esa noche Pellín contó historias. Historias que había vivido junto a don Roberto y don Gabriel, y esa noche las volvió a vivir embriagado por la nostalgia. Historias que rescataron a Rosarito de su letargo y le dieron una renovada visión de la vida. Les contó de cómo fue que conoció a don Roberto; fue para la década de los años veinte, cuando don Roberto y don Gabriel salieron de Santiago

a estudiar en la Universidad de Nueva York, en el corazón del Village. Para ese entonces Pellín era un destacado pelotero que jugaba béisbol en una liga exclusivamente de negros, no porque le negaran la entrada a los blancos, sino porque los blancos no le permitían a los negros jugar en su liga. Había llegado a Nueva York desde la República Dominicana cargando, como todos los inmigrantes, con unos sueños despedazados. Lo que Pellín ganaba como pelotero era una paga de lástima y por lo tanto, balanceaba su raquítico presupuesto trabajando de cocinero en un restauran italiano –La Casita– con menú y precios para estudiantes, y una calidad amenazante de día y de noche, localizado en la calle cuatro, casi esquina con la Sexta Avenida, que hoy llaman… de Las Américas.

Corría la época de la prohibición de las bebidas alcohólicas en los Estados Unidos y para darse un trago había que recurrir al arte del contrabando y a los vericuetos del mercado negro. Don Roberto y don Gabriel, González al fin, se las arreglaban para estar siempre bien apertrechados de Ron Caribe que conseguían a través de una asombrante red de parientes que con paciencia y determinación lo traían camuflado desde Santiago de Cuba hasta Nueva York.

Allí en el restauran La Casita, don Roberto conoció a Pellín. Tan pronto se enteró que en la cocina trabajaba un dominicano lo mandó a buscar a su mesa y le ofreció que hicieran un trato. "¡Oye!, tengo todo el Ron Caribe del mundo que tu quieras a cambio de que nos cocines unos frijoles negros". Fue así como en el transcurso de las próximas semanas a los frijoles le añadieron yuca, ajiaco y picadillo, y se fueron uniendo y entusiasmando cada vez más estudiantes: colombianos, puertorriqueños, dominicanos, venezolanos, entre otros. A los frijoles negros se le unieron las deliciosas habichuelas rosadas, coloradas y blancas, y los sabrosos guisos y fricasé, que son una delicia de la buena cocina criolla. Para vacilar con Pellín, los boricuas pedían: "Dame una empanada con amarillitos" y los cubanos: "A mi tráeme un bisté empanizado con

maduros" y explotaban a carcajadas porque era lo mismo con distintos nombres.

Pat Mónaco, el dueño de La Casita, estaba de pláceme con aquella jauría latinoamericana que hacía efervescencia, al principio todos los jueves al anochecer, pero que luego se extendía a los viernes, sábados, y eventualmente a todos los días de la semana. "¡Mama mía!, me han criollizado mi restauran, ya nadie pide lasaña ni pizza aquí", se burlaba Pat Mónaco, saboreándose la contagiante algarabía latina.

A la fraternidad latinoamericana se le fueron uniendo otros estudiantes procedentes de Europa y Asia, particularmente griegos, italianos y chinos; atraídos por la alegría y la popularidad de los guisos y todo el delicioso mosaico de la cocina criolla del Caribe.

–Por las noches…, después que se iban todos –contaba Pellín, poniéndole ahora un toque misterioso a su historia– yo adobaba las carnes y Roberto y Gabriel preparaban las Coca–Colas para el próximo día.

–¡¿Preparar las Coca–Colas?! –se apresuró Benito a indagar, sin poder disimular su curiosidad. Pellín se reía pícaramente mientras decía casi canturreando:

–Mejor vamos a dejarlo ahí. Mejor vamos a dejarlo ahí.

Rosarito de un brinco se colocó en la punta de su butaca y le dijo:

–Don Pedro, usted es como mi padre, que se pone a hacer cuentos y cuando se ponen buenos quiere detenerse para darse puesto. Usted no se va sin que nos termine esa historia –sentenció Rosarito, provocando en Pellín una explosión de carcajadas que fue para Rosarito como un relámpago de felicidad. –¿Quiere usted más café, don Pedro? –Rosarito sonrió…, hizo una pausa, y luego se le ocurrió–: ¿Qué le parece si mejor preparamos unos carajillos?

–¿Que es eso? Yo no sé lo que es un carajillo, señorita González –La dentadura y la cabellera de Pellín eran perfectamente blancas, tan blancas que agujereaban la noche cada vez que se reía y sacudía la cabeza.

–Carajillo... eso lo aprendí a beber en España; es café negro con brandy –explicó Rosarito, guiñándole un ojo a Benito, sonriente y dejando atrás las preocupaciones que la atormentaban justo cuando Pellín llegó a La Roca.

–Pero a nosotros los cubanos como nos gusta el carajillo no es con brandy, sino con Ron Caribe Añejo –aclaró melancólicamente Conchita, como si evocara la presencia de don Roberto entre ellos.

–Ya veo que eso corre en la familia –afirmó Pellín y volvió a reírse a sus anchas–. ¡¿Qué le parece Dr. Álvarez?! –le planteó Pellín a Benito.

–El carajillo le va a gustar –afirmó Benito, mientras colocaba las tazas de café y les vertía una porción generosa de Caribe Añejo–. Es como darse un palo de ron camuflado–. Pero bueno, síganos contando su historia, que está muy interesante.

–De eso mismo es que se trata..., ¡JA,JA,JA!... de un palo de ron camuflado –aseguró Pellín.

Conchita y Rosarito improvisaron una bandeja de galletas y quesos y aprovecharon todos para trasladarse de la sala a la mesita redonda de la cocina, en la misma mesa donde Rosarito y don Roberto se despidieron, sin saber que se despedían, el jueves de la semana anterior. Allí les contó Pellín que aquella hermandad de estudiantes no estaba exenta de opositores. Mientras los estudiantes formaban sus jaranas al anochecer con sus rumbas y boleros que cantaban con voz de trueno, los demás comerciantes y líderes comunitarios montaron una agria campaña de oposición ante tanto derroche de alegría y hermandad. Como sucede en estos casos, los opositores organizaron un comité vecinal para defender la sana

convivencia entre los residentes del Village, pues según ellos, tantos estudiantes inmigrantes juntos, solo podían conspirar contra el bienestar general. Una nación formada por inmigrantes, los miembros del comité parecían olvidarse que ellos también se habían montado en la ola de inmigrantes anterior.

–Pellín, Pellín…–interrumpió Benito entre misterioso y cómico– ¿Y las Coca–Colas preparadas? No me cambie el tema.

–No, no, si a eso es que voy –respondió Pellín. Miró a Rosarito tiernamente y prosiguió–. Tarde en la noche, realmente de madrugada después que se iba todo el mundo, nos quedábamos Roberto, Gabriel y yo trabajando en los preparativos para el próximo día. Yo adobaba las carnes y dejaba los frijoles, ¡Habichuelas como le dicen acá en Puerto Rico!, ablandando en agua. Mientras tanto, Roberto y Gabriel cogían las botellas de Coca–Cola, le sacaban una tercera parte del líquido y le echaban Ron Caribe. Luego las volvían a tapar, una a una, y las colocaban en la tercera tablilla de la nevera. Tan pronto yo me desocupaba, los ayudaba a preparar las Coca–Colas. Los estudiantes conocían la clave: "Coca–Cola con" y "Coca–Cola sin".

–El comité vecinal nos metía la policía a cada rato, y cuando pedían una Coca–Cola, se la servían de la primera tablilla que eran "sin".

–Ahora yo sé de donde salieron los famosos Caribe & Coke que le han dado la vuelta al mundo –planteó orgullosa Rosarito.

–Bueno, esa campaña de Caribe & Coke se formalizó muchos años después –intervino Conchita, sintiéndose llamada a rescatar la imagen del Ron Caribe de aquellas aventuras estudiantiles en el Village–. Figúrate tú, yo recuerdo que Gabriel y Roberto fueron a una de esas convenciones de la Asociación de Empresarios de las Américas y lo cierto es que allí se encontraron con unos ex–compañeros de estudios que pertenecían, ¡o pertenecen!, porque

quizá están vivos todavía, a la familia dueña de la Coca–Cola. Salieron a cenar…¡Tú no habías nacido, Rosarito!, y en una servilleta quedó plasmado el acuerdo: el matrimonio de Caribe & Coke.

–¡Ah, si! Yo recuerdo haber visto esa famosa servilleta que dice tía Conchita, en el museo de Historia del Ron Caribe –convino Rosarito.

–Lo cierto es que –improvisó Benito, mientras preparaba más carajillos– allí en el Village, arrullado por el camuflaje y el contrabando, se realizaron las primeras pruebas de mercadeo del Caribe & Coke, sin lugar a dudas una de las campañas publicitarias más exitosas.

–¿Y qué sucedió después, don Pedro?, –insistió Rosarito, encontrando definitivamente alivio ante aquel baúl de recuerdos que con maestría desplegaba Pellín.

–Así sobrevivimos por muchos meses a los embates del Comité Vecinal. De vez en cuando llegaba la policía con sendas querellas sobre alteración a la paz, y lo que hacían los muchachos era que en vez de discutir y garatear con la policía, que realmente se limitaban a hacer su trabajo, recogían sus congas, maracas y timbales, y durante dos o tres días se concentraban a los estudios.

–Pero en una ocasión nos metimos en un lío muy serio –Pellín se acomodaba en la silla y se daba puestos–. Resulta que para esos días, Gertrudis, ¡Gertrudis Farasy!, que para entonces era novia de Roberto, estaba celosa porque apareció por el Village, Georgina, una amiga de Roberto y Gabriel desde la infancia, allá en Santiago.

–¡Esa era Georgina Balzán!, santiaguera, –afirmó Conchita– que según los cuentos había sido novia de la mitad de Santiago. Lo más simpática ella, por cierto –añadió, sin poder disimular viejos celos que arrastraba desde su juventud.

–¡Que bochinche!, tía Conchita –exclamó Rosarito, dando palmadas en el aire para aplaudir la indiscreción de su tía.

–Georgina era simpatiquísima, sin lugar a dudas, –continuó Pellín– y cuando se presentó por allí, por La Casita, de pasada, porque ella andaba de visita por la ciudad, la rumba se encendió. Pero no sólo la rumba, los celos de Gertrudis se encendieron también. Fue en una noche de esas que Gertrudis se puso a ayudar a servir en la barra, cosa que era común entre los estudiantes. Pero era tanta la rabia y los celos que le sirvió a los policías "Coca–Colas con". Y lo que fue peor, los policías no actuaron de inmediato. Siguieron pidiendo Coca–Colas a Gertrudis hasta que terminaron borrachos y explotó un escándalo que estremeció hasta la oficina del alcalde. Yo fui a parar a la cárcel, pero como al mes me dejaron en libertad.

–Pero esa no es toda la historia –planteó Conchita–. La historia completa yo la conozco y es bueno que Rosarito y Benito la escuchen, para que sepan lo que es un amigo de verdad. Es cierto que Pellín fue preso, pero: ¿Por qué Gabriel y Roberto no fueron presos junto a él? Ellos no fueron presos porque Pellín no quiso implicarlos, ¡Figúrate tú!, a pesar de que las autoridades lo interrogaron implacablemente. Y fueron ellos, Gabriel y Roberto, los de la idea de las "Coca–Colas con" que se hicieron famosas entre todos los estudiantes. Ellos eran los que traían el ron desde Santiago. Pero Pellín se echó toda la culpa.

–Es cierto Conchita –convino Pellín, con ternura. Cogió una galleta de la bandeja. Meditó..., vio la película de aquellos días correr por su mente–. Pero lo que sucedía era que ellos eran estudiantes, y la universidad los habría expulsado para siempre..., y posiblemente ninguna otra universidad dentro de los Estados Unidos los hubiera admitido. Es más –continuaba Pellín, visiblemente afectado– recuerdo que ellos dos junto a Pat Mónaco, el dueño de La Casita, la noche de los sucesos se encerraron conmigo en la cocina para decidir cómo afrontar la situación. Roberto y Gabriel insistían en cargar con la culpa. Pero Pat Mónaco los convenció de que no lo hicieran porque serían expulsados para siempre de la universidad.

Rosarito le apretó el brazo a Benito, atesoraba su amistad.

–El comité vecinal aprovechó el incidente para armar un escándalo en la prensa. Pero a la semana, tan pronto se apagaron las últimas migajas del jaleo, Roberto puso en marcha su plan de acción: La Clínica de Asistencia Legal de la Escuela de Leyes de la Universidad me brindó la defensa legal, gratuita. Se podrán imaginar ustedes que tuve a mi disposición los más brillantes estudiantes de leyes que, con gran pasión y elocuencia, me defendieron exitosamente.

Conchita pidió otro carajillo y Benito se puso a colar más café.

–Desde luego, –reflexionó Pellín– una buena parte de los estudiantes de la Clínica, eran asiduos entusiastas de las jaranas en La Casita, y sentían por mi un gran cariño.

–El cocinero siempre rompe corazones –se reía Benito, midiendo el agua.

–¿Pero cómo fue posible que lo pudieran sacar absuelto con esas pruebas, don Pedro? ¡Con los policías borrachos allí mismo! –preguntó Rosarito con un tono que entremezclaba la ironía y la curiosidad, pues siempre había tenido una pobre opinión de la administración de la justicia.

–Mire señorita González, como dice uno de esos comerciales que uno ve por la tele: –Pellín arqueaba las cejas– yo no se cómo lo hicieron, pero lo hicieron. El día que el juez me excarceló, me dieron un recibimiento de héroe en La Casita, con pancartas y música. Recuerdo que esa tarde yo no cociné, Roberto se metió en la cocina y preparó su ya famoso asopao de bacalao siguiendo la receta de su adorada tía Ana.

–La tía Ana era adoración con Pellín –aseguró Conchita.

–Yo tuve el honor de compartir con la tía Ana –sonrió Pellín, mientras cogía unos pedazos de queso de la bandeja que le acercaba

Rosarito–. Cada vez que acompañaba a Roberto y a Gabriel a Santiago, compartíamos largas horas en su placentera casona frente a la Plaza Mayor. Pero bueno, lo que quería explicarle a la señorita González, porque si nos ponemos a hacer cuentos de Cuba necesitaríamos mil y una noches...

–¡Óyeme, viejo! Si vamos a hacer cuentos de Cuba me avisan para despertar a Gabriel –Conchita le hacía señas a Rosarito para que le pasara el azúcar.

–No por favor, no lo despiertes que el pobre debe estar muy cansado –insistió Pellín. A lo que iba, para terminar..., porque sé que todos ustedes deben estar muy cansados para estar escuchando a este viejo...

–¡No, no; siga por favor! –le suplicó Rosarito, asegurándose con la mirada la aceptación de los demás.

–Resulta que el líder de los abogados, Diamandopoulos, un joven griego brillante, carismático y corpulento, ¡pero corpulento de verdad! –Pellín se reía– que estudiaba el tercer año de leyes, me explicó entusiasmadísimo y con lujos de detalles cómo fue que lograron que el juez anulara los cargos. Ahora, –se encogió de hombros– yo no entendí nada. ¡Triquiñuelas de abogados!, como decía mamá –afirmaba con su risa pícara–. ¡Eso si!, en la prensa salió una reseña que decía: "Los estudiantes de leyes aprovecharon los tecnicismos, enjambres y vericuetos que aquejan nuestro sistema judicial, a lo que se consagraron aplicando una fina esgrima escolástica". Enjambres y vericuetos –repetía meditativo–. No podemos olvidar que para la época de la prohibición, durante los años veinte, la ciudad de Nueva York vivía bajo la influencia de los gansters de la mafia. Y aunque Pat Mónaco nunca me lo admitió, desde luego, yo siempre sospeché que entre enjambres y vericuetos, Pat tenía a sus célebres padrinos al tanto.

A Rosarito las palabras de Pellín le pusieron alas. "Si nos ponemos a hacer cuentos de Cuba necesitaríamos mil y una noches"…, se le grabó la frase… "Sabrá Dios si entre todos esos cuentos está la raíz de cómo mi abuelo le donó las acciones del Ron Caribe a mi padre"… "Pero cómo traer esos papeles desde Cuba" …"Enjambres y vericuetos que aquejan nuestro sistema judicial", seguía mortificándose, mientras ensayaba en su mente cómo explicarle a sus hermanos que se le olvidó hacer el trámite de la donación de las acciones. Buscando alivio, decidió que el primer paso sería contarle todo a Benito…, "Temprano en la mañana, con la primera taza de café".

Conchita se excusó por un momento, parecía que iba al baño. Por el pasillo la pobre arrastraba los pies; era como si la muerte de don Roberto le hubiera arrancado un rincón del alma. Mientras, Pellín y Benito aprovecharon para hablar de béisbol. En su juventud Pellín había sido un destacado lanzador. Luego, en su madurez, había viajado por muchos lugares dirigiendo equipos de pequeñas ligas que se organizaban en el Barrio Latino de Nueva York. Con el pasar de los años y los cambios de la fortuna, se convirtió en uno de los más queridos líderes cívico de la ciudad. Benito le contaba a Pellín que en su Panamá natal había jugado en la receptoría en unas ligas juveniles que auspiciaban las autoridades del canal.

–Para sacarnos de la jodedera, usted sabe… nos ponían a jugar béisbol –sonreía Benito, recordando con nostalgia aquellos años.

–Y bien que sé, doctor Álvarez –convino apreciativo Pellín–. Usted sabrá cómo es la cosa en Nueva York, ¡Al estilo West Side Story!

–Pero cuando llegué a Puerto Rico me enamoré de las playas y las palmeras y me metí a surfer y rockero. Para esa época, que entonces yo tenía quince años, fue que conocí a Rosarito.

Rosarito de vez en cuando balbuceaba alguno que otro monosílabo para aparentar estar dentro de la conversación.

"Enjambres, triquiñuelas, vericuetos"... cavilaba con la frase, tratando de apaciguar sus ansiedades. "El licenciado Oliver... eso es... él es un viejo amigo de Benito... más le vale que conozca esos enjambres y vericuetos"... "Los González en pie de lucha"..., volvía a repensar la frase que tanto la mortificaba.

–¡Pellín!, ¡Pellín!, que gusto tan grande verte, muchacho –exclamó don Gabriel, confundiéndose en un aparatoso abrazo con Pellín–. ¿Ustedes le avisaron a María Fernanda que Pellín está aquí? –preguntó don Gabriel.

–Si, si, ella vino y estuvo con nosotros un ratito –dijo Pellín– pero se excusó porque estaba extenuada la pobre. ¡Ay! Gabriel, se nos fue Roberto. Me da tanta tristeza.

–Tranquilo Pellín que nosotros hemos aceptado la partida de Roberto con mucha paz y amor –Don Gabriel tenía la voz grave y abrió sus grandes brazos para que Conchita se uniera a aquel emotivo abrazo.

–Conformidad –puntualizó Conchita–, yo he logrado mucha conformidad, aunque a veces me pierdo en un llanto desconsolado.

Conchita hizo una pausa, se le cortó la voz; don Gabriel le acariciaba el pelo.

–El día que nos llamaron para darnos la noticia de que Roberto estaba agonizando –prosiguió Conchita– me refugié en el piano a tocar su canción preferida, ¡La Comparsa!, y lo próximo que supe fue que estaba en una camilla en la sala de emergencias del Mount Sinai, ¡con sueros y calmantes! ¡Figúrate tú!

–Bueno, mejor hablamos de otras cosas –sugirió don Gabriel– o nos asalta la tristeza a todos. Me dijo Conchita que tú estabas haciendo cuentos del Village..., ¡Ay! que tiempos aquellos, Pellín.

Rosarito y Benito observaban fascinados la camaradería contagiante entre Pellín, Conchita y don Gabriel; eran como tres viejos adolescentes de casi ochenta años cada uno.

–Tío Gabriel, don Pedro nos contó de las "Coca–Colas sin" y las "Coca–Colas con", –dijo Rosarito, disfrutando de las aventuras de juventud de su padre y su tío. Pero sobre todo, orgullosa de aquel espíritu de hermandad entre tantos estudiantes provenientes de todas partes del mundo. "El Village"... pensaba... "es como si el planeta fuera una gran villa de hermanos".

–¿Y les contaste –le preguntó don Gabriel a Pellín– del día que formamos la rumba en plena calle cuatro, frente a donde hoy está Washington Square?

–Esa es otra historia interesante –dijo Pellín, meditativo–. Resulta que para esa época en el Village se celebraba una Feria de Afirmación Cultural. Desde luego, uno de los auspiciadores más importantes lo era la Universidad de Nueva York, que siempre ha defendido los derechos de las minorías. Porque no todo era lazos color de rosa. La hermandad entre los estudiantes que frecuentaban La Casita contrastaba con la enfermedad del racismo y el nacionalismo que aquejaba la ciudad.

–A todos los pueblos del mundo –planteó Benito–. Ahí está el caso de los judíos; la pesadilla del holocausto. Y lo peor es que tal parece que la humanidad no aprende de los errores del pasado.

–Usted tiene toda la razón Dr. Álvarez –afirmó Pellín, apreciando la solidaridad a su planteamiento–. El racismo y el nacionalismo alimentaban una actitud hostil entre muchos de los comerciantes, líderes cívicos y políticos, en contra de los inmigrantes. ¡Como si ellos no fueran inmigrantes también!

–Es una ciudad..., un país de inmigrantes... –dijo Benito mientras partía un pedazo de queso.

–Pero es como si el último inmigrante en entrar se volteara a sujetar la puerta para que no entrara ni uno más –lo interrumpió don Gabriel.

–…Que le debe su grandeza precisamente a esa diversidad –prosiguió Benito.

–Ustedes están muy filosóficos tratando de reparar al mundo –dijo Conchita– y no dejan que Pellín nos termine el cuento, que me interesa que Rosarito lo conozca.

–Hmm… –murmuró Pellín– ¿por donde iba?, ah, ya me acordé. Resulta que la universidad estaba muy consiente de la necesidad de afirmar los valores culturales de cada raza, pero respetando ese conjunto de diferencias que distingue a cada pueblo. Así que anualmente celebraba la Feria de Afirmación Cultural, en donde griegos, italianos, chinos, irlandeses y franceses, hacían alarde de sus comidas típicas, su música y sus bailes. Nunca había participado un país latinoamericano, sin embargo. Pero ese año Roberto quiso organizar una comparsa cubana al estilo de los ya famosos Carnavales de Oriente en Santiago de Cuba. Con frijoles y yuca, desde luego. Ensayaban la música y el bailable en La Casita, con el respaldo de todos los demás estudiantes que los animaban.

–Una de esas noches, Roberto y Gabriel se presentaron a La Casita con una cinta negra prendida de la manga de la camisa. Antes de que comenzara el ensayo, Roberto les pidió a todos que se pusieran de pie y guardaran un minuto de silencio por la muerte de Lenin. Ahí fue que se armó la grande. Se insultaron con gritos de comunistas y capitalistas…

–Eso suena como a un preludio de la guerra fría –planteó Benito.

–¡Mi padre todo un comunista leninista! –exclamó asombrada Rosarito–. No lo puedo creer.

–Figúrate tú, la muerte de Lenin fue para el 1924 –aclaró Conchita– así que Roberto tendría para ese entonces 20 años y Gabriel 22. A esa edad… la juventud es comunista. Pero después

de los 25 la mayoría cambia, y comienza el culto a la American Express y los Mercedes Benz.

–Pero también hay que considerar –opinó don Gabriel– que para esa época el comunismo se visualizaba como la gran esperanza de la igualdad entre los seres humanos, y esos eran principios de incuestionable nobleza.

–Se caldearon los ánimos –prosiguió Pellín– y en un abrir y cerrar de ojos explotó la violencia. Roberto fue herido en la cara con una cuchilla por Patrick Mónaco, hijo del dueño de La Casita. Gracias a la inmediata intervención de Diamandopoulos, con su carisma, y por si acaso, su corpulencia, se logró detener rápidamente la trifulca. Roberto canceló el ensayo y quería cancelar la comparsa y radicarle cargos a Patrick.

–Su padre, Pat Mónaco, estaba muy avergonzado con la conducta agresiva de su hijo, y me pidió que lo acompañara hasta el hospedaje de Roberto a pedirle disculpas. A su vez yo le pedí a Diamandopoulos que nos acompañara; el me ayudó a resolver mi problema cuando las "Coca–Colas con" y confiaba mucho en su buen juicio. En adición, era importante que Diamandopoulos nos explicara las consecuencias legales de los cargos que Roberto se proponía radicar. Al llegar al hospedaje, Gertrudis Farasy le estaba curando la herida. Pat le pidió disculpas a Roberto abrazándolo y llorando de vergüenza. Roberto aceptó las disculpas con humildad pero cuando yo le pedí que no radicara los cargos, me dijo tajantemente que no. "Yo creo en una sociedad libre que respete la ley y el orden", –contaba Pellín que decía don Roberto, alterado y evidentemente frustrado con la violencia en la que desembocaron los sucesos.

–Entonces Diamandopoulos le preguntó a Pat si su hijo tenía antecedentes penales, y Pat le contestó que sí, que de hecho se encontraba en probatoria. "Pues no hay quién lo salve de la cárcel"

–dijo Pellín como si tratara de imitar la voz de Diamandopoulos–. Fue entonces que Diamandopoulos se acercó a la silla de Roberto, le puso una mano sobre el hombro y le dijo: "Tú tienes que sacrificarte por Patrick, como Pellín se sacrificó por ti". Roberto se levantó, me abrazó, nos abrazamos todos, y volvió a reinar la hermandad.

Esa noche en La Roca, Pellín continuó contando historias fascinantes sobre la vida de don Roberto; fue como volver a vivir. Desde luego, Pellín no podía irse sin que les contara sobre la comparsa cubana durante la Feria de Afirmación Cultural.

–Yo sé que usted está cansado don Pedro –convino Rosarito– pero no se vaya sin terminar de contarnos cómo le fue a papi y a tío Gabriel con la dichosa comparsa cubana. Nosotros también estamos cansados. Si cuando me dijeron que llegó visita poco faltó para que me echara a llorar. Hoy mismo, esta misma tarde, enterraron a mi padre, pero usted me ha traído tanta serenidad…

–La voy a complacer señorita González –asintió Pellín–. La feria duraba tres días: viernes, sábado y domingo. Ellos tenían un quiosco con comida típica cubana: frijoles, yuca, picadillo y…, ya ustedes se imaginarán…

–"Coca–Colas con" –se apresuró Benito a contestar, provocando una ristra de carcajadas.

–¡Que bandidos! –exclamó Rosarito relamiéndose de gusto.

–Así mismo, –dijo Pellín– Coca–Cola con Ron Caribe, de manera que durante la noche del viernes el quiosco más popular entre todos los estudiantes era el cubano. Pero el sábado que era la noche del desfile de las comparsas la competencia se puso fuerte. Los italianos no se quedaron atrás y empezaron a vender vino en tasas de café. Así las cosas, llegó la tarde del domingo y ahí fue que se formó la rumba: Roberto, Gabriel y un corillo de camaradas cubanos, con audacia, maracas en mano, conga y timbal arrancaron a tocar los sabrosos ritmos afro antillanos y se armó un apoteósico baile en

medio de la calle 4, hasta el anochecer. Lo mejor fue cuando cantaron el famoso "Son de la Loma"...

A Conchita el relato de Pellín le despertó una melodía que llevaba por dentro –¡Mamá yo quiero saber de dónde son los cantantes! –canturreó con apreciable afinación, tomándole las manos a don Gabriel.

–¡Vaya tía Conchita! –dijo Rosarito, viviendo momentos de verdadera felicidad.

–¡Son de la loma y cantan en llano! –continuó cantando Benito arrancándole los aplausos gustosos a los demás.

–Entonces, en un arrebato de euforia –continuó Pellín– Diamandopoulos se encaramó en la tarima y cargó sobre sus hombros a Roberto, y se arremolinó la muchedumbre, sazonados por el vino y el ron, cantando todos a coro "MAMA YO QUIERO SABER /DE DÓNDE SON LOS CANTANTES".

–Realmente... –balbuceó Rosarito dejándose columpiar por la emociones– anteayer, cuando se reunió toda la familia mientras mi padre agonizaba, parecía como una despedida, pero mi sobrina Nancy, la hija de Vickie mi hermana, me dijo: "Titi esto para mi, más que una despedida es como una bienvenida", y es que, me explicaba mi sobrina –continuaba Rosarito mirando reflexivamente el fondo de su taza– desde que su abuelo entró en coma, los medios noticiosos, incluyendo los del área de Washington D.C. que es donde ella estudia, han estado reseñando su valiosa aportación al desarrollo económico, primero de Cuba, y luego de Puerto Rico... Y Nancy me decía que mucha gente, incluyendo estudiantes cubanos y puertorriqueños, no había cobrado hasta entonces conciencia de todo eso. Yo desde luego, conozco el lado empresarial de mi padre. Pero las hazañas de contrabandista y comunista–leninista me presentan al ser humano aventurero y apasionado en sus años de juventud. A ese bolchevique antillano que yo no conocía. Yo sé que

ahora estamos todos muy cansados, pero nos volveremos a ver y espero que sea pronto. Usted conoce muchas historias de la familia…

Benito, Conchita y don Gabriel captaron al vuelo la importancia de lo que decía Rosarito… "Usted conoce muchas historias de la familia"… pensó don Gabriel como si sólo entonces cobrara conciencia que sus funciones como albacea ya habían comenzado.

–Un día de estos don Pedro, –musitó Rosarito acompañando a Pellín hasta la puerta– quiero que nos cuente de sus viajes con papi a Cuba.

–Con mucho gusto señorita González –asintió Pellín, inclinando su cabellera blanca.

–¡Ah!, y de esas famosas fotos, en la que usted está junto al alcalde La Guardia y la otra que dice: "Nace un Nuevo Millonario" –dijo Rosarito acercándose para besar a Pellín en la mejilla.

Capítulo 11

Al amanecer del sábado 23 de junio de 1979, el licenciado Fernando Oliver partió hacia la bahía de San Juan, a recoger a don Gabriel González y a Conchita. Para ese día, había quedado pautada la primera reunión entre los herederos, después de la muerte de don Roberto. La fijaron para un sábado, o sea, tan pronto el flamante albacea desembarcara del Carla C, en el cual realizó un fascinante recorrido por las islas del Mar Caribe.

Los González–Farasy no quisieron esperar hasta el próximo lunes; ¡Un día más cristiano!, como alegaba Carlos Alberto. Reclamaban que tenían que regresar a sus respectivas ciudades en los Estados Unidos para atender sus asuntos de trabajo. Lo cierto es que a partir de la muerte de don Roberto, los González–Farasy y los González–Luna empezaron a diferir por cosas que nunca antes hubieran diferido. Si unos preferían reunirse temprano en la mañana, los otros preferían tarde en la tarde. "Parecemos políticos" se desahogó en privado Rosarito con el licenciado Oliver y su tío Lorenzo.

–Esa es una etapa inicial, bien usual –afirmó el tío Lorenzo con la voz llena de experiencia–. Luego vendrán otras etapas; quizá mejores, quizá peores.

Por el camino hacia los muelles, Oliver intentaba organizar en su mente la agenda del día. Desde la muerte de don Roberto, los González–Farasy llegaban todos los días a su oficina cargando con todo tipo de evidencia inimaginable para sustentar su teoría de que Claudia recibió por adelantado la tajada de su herencia. Por otro lado, a la mañana siguiente del entierro, Rosarito fue a verlo acompañada de Benito, para explicarle –confesarle, como diría muchos años después el licenciado Oliver, en clara referencia a su estado de ánimo– que se le olvidó llevar los stock powers a la oficina del Ron Caribe para formalizar la donación de las acciones. Oliver hizo un esfuerzo para consolarla, improvisando frases solidarias. Fue en esa ocasión, que Rosarito le habló por primera vez a Oliver sobre Pellín, y de todos los cuentos que él sabía de la familia: de Cuba, de Puerto Rico y de Nueva York.

–Don Pedro me dijo que para hablar sobre los cuentos de Cuba necesitaríamos mil y una noches –le explicó Rosarito a Oliver–. ¿No le parece a usted que él podría ayudar a aclararle a mi madre cómo fue que mi abuelo le pasó esas acciones a mi padre?

–Si no resolvemos el problema de los impuestos –planteó Oliver, arqueando las cejas– todo lo demás será académico. No sobrará mucho para repartir.

Cuando los González–Farasy se enteraron que la donación no se formalizó, se les llenó el pensamiento de pólvora. Se sorprendían frente al espejo murmurando maldiciones y se consagraron entonces a sugerir soluciones que irritaban a la moral más elástica. Mientras, Oliver trataba de apaciguarlos con cucharaditas de racionalismo, explicándole que el departamento de impuestos del bufete estaba tratando de encontrarle una solución al problema. De todos modos,

Oliver no perdía la esperanza, ya los venía conociendo. Confiaba que a la hora de la verdad, entre los González–Farasy y los González–Luna prevalecería la amabilidad y la solidaridad que don Roberto tanto les inculcó. Pero... ¿cómo serían las cosas después de su muerte?

Aquella mañana del sábado 23 de junio, el taxi dejó a Oliver en el muelle siete, frente por frente al Carla C. El barco lucía imponente; Oliver colocó la palma de su mano derecha sobre sus ojos para protegerse del concierto del sol mañanero, y trató en vano de localizar a don Gabriel y a Conchita entre los pasajeros que se encontraban asomados en cubierta. Entre la algarabía de los chóferes del transporte público y los maleteros, Oliver logró hablar con uno de los oficiales del barco.

–¡Los pasajeros bajarán como a las nueve! –le gritó el oficial, sobre la bulla de los chóferes–. Primero tenemos que hacer aduana y revisar los papeles con las autoridades.

Oliver compró el periódico y caminó hacia la Bombonera; un jardín de adoquines le daba la bienvenida; los piragüeros sonaban las campanas de sus pintorescos carritos. Ellos sabían, bien que sabían, que una sabrosa piragua es una tentación irresistible cuando calienta el sol del trópico. "El carnaval del mundo gozaba y se reía", se escuchaba una vellonera a lo lejos –eso me suena familiar, pensó Oliver, ¿donde habré yo escuchado eso anteriormente?

En la esquina de la Tanca y la San Francisco se cruzó con Esther Sánchez, su secretaria. Oliver le había pedido que llegara a la oficina temprano, para que lo ayudara con los trajines de la reunión. Esther andaba con unos mahones apretados muy provocativos y unas gafas oscuras que hacían imposible localizar su mirada. Él sabía que los mahones era la manera de Esther protestar cuando le requerían venir a trabajar los sábados.

–¿Cómo estuvo tu viernes social? –le preguntó Oliver, con un toque cínico, en clara referencia a las gafas oscuras.

–Me acojo a la Quinta Enmienda –le contestó Esther, levantando las gafas y guiñándole unos ojos pícaros que todavía guardaban el resplandor de una fiesta de besos.

–¿Llamaste a los herederos para confirmar la reunión? ¿A todos?

–Vienen todos, licenciado. ¡Ah!..., y Rosarito me indicó que el señor Pedro Vásquez está disponible para reunirse con usted y don Gabriel el próximo jueves.

–¿Y quién es Pedro Vásquez? No me suena ese nombre.

–Pedro Vásquez..., al que le dicen Pellín.

–¡AAAh!, sí, sí, Pellín..., del que me hablaron Rosarito y Benito.

–Exacto. Usted va a tener una semana muy interesante, licenciado. Con toda la F r a t e r n i d a d –se burló Esther, marcando las sílabas ácidamente–. Así que..., a sus órdenes.

–Con que no me jodas es suficiente –le ripostó Oliver, inclinándose reverentemente.

En la Bombonera, mientras esperaba a que lo atendieran, Oliver se puso a ojear el periódico. "Recuerdan a Gardel", leía en las páginas sociales. Se acordó entonces que su tío Lorenzo lo esperaba esa noche en su residencia para celebrar la Noche de San Juan. Todos los años, su tío invitaba a amigos y a familiares a una bohemia para la Noche de San Juan. Él era un gran admirador de Gardel, y esa noche, lo que ya era una tradición, sacaba su guitarra y cantaban tangos hasta bien entrada la madrugada. Oliver se perdió en un laberinto de recuerdos... su prima Marisela, su primo Wiso, su mamá, su papá, sus tíos, tías y abuelos, y las trifulcas políticas a las que irremediablemente desembocaban las fiestas familiares de su niñez. "Muñoz traicionó la independencia"..., recordaba haber escuchado mil veces a uno de sus tíos,..."Muñoz nos quiere meter la independencia por la cocina"..., volvían al

acecho las viejas voces de sus tías. "¿Cómo es posible –pensaba Oliver– que un mismo hombre pudiera traicionar y colar de contrabando un mismo ideal a la vez?... ¿Será eso lo que finalmente...?

–¿Qué le servimos al licenciado; café, mallorca, limonada? –le preguntó el mozo, sorprendiendo a Oliver con su imaginación en otra parte.

–¡Mm!... eso mismo. Café..., mallorca..., limonada –balbuceó Oliver, tratando de defenderse del asecho de aquellas pesadillas. Él sabía que siempre que se reunía su familia, el riesgo de que todo terminara en un mitin político era inevitable. Su tío, sin embargo, le había dicho que era imposible introducir el tema de la política en una noche para recordar a Carlos Gardel. Lo cierto es que hasta entonces el tío Lorenzo tenía razón.

Gardel murió trágicamente una víspera de San Juan, y de ahí el tío Lorenzo tomó la idea de añadir a la tradicional fiesta de la Noche de San Juan una velada en la que el tango ocupaba un lugar central.

Esa Noche de San Juan, Oliver compartiría con Sofía Miró, su entrañable amiga, a quién no veía desde hacía más de un mes, y quién venía desde Miami a realizar un reportaje especial sobre los Juegos Panamericanos que se celebrarían en Puerto Rico a partir de una semana. La simple idea de que esa noche se encontraría con Sofía, le devolvió el buen ánimo, saboreó su café, le dio una buena propina al mozo y salió de la Bombonera entusiasmado a buscar a don Gabriel y a Conchita.

La noche del viernes, Rosarito planificó pasarla en el apartamento de Claudia, en San Juan. Quería evitarse tener que madrugar (cualquier hora antes de las nueve era madrugar) para el largo viaje desde La Roca hasta las oficinas de Oliver en el Viejo San Juan. Ese viernes, se fueron las dos hermanas a pasarlo bien, y lo pasaron muy bien. Rosarito había estado muy nerviosa por lo

que pudiera traerle ese primer encuentro entre los hermanos, después de la muerte de su padre. Por eso quería acostarse temprano y descansar. Claudia estaba aún más nerviosa y ansiosa, pero contrario a Rosarito, proponía que las dos se fueran "a pasarlo bien, para distraer la mente". Transaron por ir a cenar al Caribe Hilton, y regresar temprano, "para no estar graves durante la reunión", según decía Rosarito.

–¿Como es posible que a Vickie y a Jack se les ocurriera hacer la reunión un sábado? ¡Y en la mañana! –planteaba Rosarito, mortificada con sus hermanos mientras se maquillaba frente al espejo.

–Es que son gringos, piensan como gringos y actúan como gringos –sentenció Claudia, observando en el espejo sus labios pintorreteados rojo furia.

–Sólo Robert es distinto –aclaró Rosarito–. Quizá por ser el mayor compartió por más tiempo de aquellas vacaciones entre Puerto Rico y Cuba –Rosarito se hacía la línea de los ojos; era una liturgia acomodar tanta belleza. Canturreaba una melodía que andaba de moda, y de golpe prosiguió–: Pero la verdad es que si nos ponen a nosotras a escoger el día y la hora de la reunión, ¿que tú crees que hubiera pasado?

–Viernes: estrictamente de cinco a seis de la tarde, –decía Claudia pegada al espejo, como si cada pequeña arruga le trajera recuerdos de alguna aventura– seguido por un cóctel con tapas, ron y vino, hasta las ocho de la noche, sin abogados; y para cerrar, una cena en el Swiss Chalet, sin abogados. Los abogados sólo saben hacer alboroto con la inteligencia. Ten presente que los auspicios del ron y el vino ablandan el alma. Te aseguro Rosarito que entre los hermanos nos podemos poner de acuerdo, sin la necesidad de tantos malditos abogados –continuaba Claudia con grandes bocanadas de angustias.

–Me parece que tú tienes razón. Empezando por tu queridísimo cuñado –recalcó Rosarito con un énfasis ácido.

–¿Quién, Arturo?

–Ese mismo.

–Ese cabrón me tiene una teta hinchá –Claudia alborotaba su cabellera rojiza con los dedos; se encaramó en unos tacos altos que le hacían lucir muy bien sus piernas. ¡Brown legs, mm!, y dijo–: ¡Lista!

Esa fue una noche para recordar, por partida doble.

En el Caribe Hilton, decidieron tomarse una copa en la terraza antes de cenar, con vista al mar y el marco musical de una fabulosa orquesta. No bien habían pasado cinco minutos, se les acercaron dos hombres jóvenes que se identificaron como Raúl y Ramón. Les dijeron que habían venido de España, que era la primera vez que visitaban la isla, que les encantó, que esa era la última noche de ellos en Puerto Rico, pues al otro día temprano partían de regreso a su país. O sea, el cuento típico de todos los turistas en pleno ataque romántico. Ellas les dijeron que habían visitado a la España después de Franco y que estaba más deliciosa que nunca, que fueron en el verano del 1977 y lo pasaron tan bien que habían vuelto el año pasado. "Lo pasamos divino", contaba Rosarito con la mirada llena de brillo.

–Cuando vuelvan –propuso Rosarito– nos llaman para llevarlos a conocer los encantos de Puerto Rico. O sea, que Raúl y Ramón habían caído muy bien al otro lado del deseo. Bailaron y charlaron y fue así como comenzó una noche romántica en la que pasó de todo. Terminaron a la orilla de la playa, y mientras la noche dormía, ellos la pasaban de maravilla, en conjura con la luna. Con todo el deseo al aire, Rosarito y Claudia se consagraron a disfrutar a sus amantes.

"La emoción de desnudar, el juego de acariciar, prendiendo fuego, el placer de encajar, el alivio de estallar y derramarse" –pensaba

Claudia haber escuchado alguna vez, como quien repasa un viejo rito. Las olas del mar se acercaban y se alejaban, divertidas con aquellas travesuras. A lo lejos se escuchaba el ronroneo de la orquesta, mientras ellos disfrutaban de aquellas horas locas. Así siguieron hasta que la pasión estalló, y se derramaron. El cansancio los venció, se quedaron dormidos una noche de luna en la playa, como cuatro adolescentes.

La mañana se deslizaba desde el borde de la mar y los sorprendió empapados en arena y alcohol. La primera en entreabrir un ojo fue Claudia, pero un rayo de sol le golpeó la mirada. Se volteó y arrastró su desnudez, hasta encender un cigarrillo, para defenderse del frío. Entonces se ocupó de sortear el reguero de ropa amontonada sobre la arena, para que cada cual envolviera su piel lastimada por los estragos de la noche. Se sentó bajo un palmar a contemplar el milagro de un nuevo amanecer y vinieron a recibirla los recuerdos de Mohamed Asid, el Turco. Recuerdos de la primera noche que pasaron juntos, de las horas locas en París que se prolongaban hasta que aplaudían el amanecer. Siempre había atesorado esos momentos como si sólo entonces hubiera comenzado a vivir. Sus recuerdos avanzaban por el silencio de la mañana y se sintió feliz. Pero al mismo tiempo la alcanzó una ráfaga de odio, la frustración de que el Turco la abandonó. Era como la sensación de que la realidad se le iba y ella no podía seguirla. Sus pies jugaban con la arena, como si estuvieran buscando una luna llena que se pasó la noche entera arañando al mar.

Entonces comenzó a susurrar una canción …"Ay mi amor, sin ti no entiendo el despertar… "que era como una carta de amor que balbuceaba su voz y arrastraba el viento… "Ay mi amor, sin ti mi cama es ancha…" continuaba al borde del llanto con la mirada perdida. El cielo se había llenado de señales y fue entonces que Claudia cobró conciencia de que en un plazo de poco más de dos horas comenzaba la reunión entre los herederos.

Se despidieron de Raúl y Ramón en el vestíbulo del hotel. Ambas hermanas lucían unos pantaloncitos cortos de jugar tenis, y unas camisetas que decían "¡Puerto Rico Me Encanta!", que ellos les regalaron para que se pusieran algo limpio, después de una ducha en la habitación del hotel que les devolvió la vida. De manera que tanto Claudia como Rosarito tomaron un taxi descalzas, con los tacos y el traje de noche en las manos, pero felices. Pasaron una noche divina en la que hicieron de todo, bueno casi de todo, porque no cenaron que fue a lo que salieron.

–¡No, no es broma! ¡No es broma! –trataba de explicarle el licenciado Carlos Ruiz a los herederos–. Voy a ir paso por paso para asegurarme que lo entiendan –continuaba con su acostumbrada parsimonia pedagógica, mientras los herederos se reían y se embromaban unos a otros.

Resulta que el tío Lorenzo, viejo y experimentado abogado, les recomendó a Carlos Ruiz y a su sobrino Fernando Oliver, que comenzaran la reunión con un tono jocoso para relajar las tensiones. Fue así como se les ocurrió la idea de empezar la reunión con el anuncio de que Rosarito tenía que volver a tocar el piano, instrumento que había abandonado desde sus años de adolescente, cuando se convirtió en surfer y rockera y se consagró a la guitarra eléctrica.

–Ustedes pensarán que se trata de una broma, pero no. Se trata de una teoría legal que necesitamos apoyar con hechos. Recordarán que nosotros le recomendamos a don Roberto que en vida les donara sus acciones del Ron Caribe a sus hijos, para evitar el impuesto de herencia federal. ¡¿Se acuerdan?! Bien. Y don Roberto, siguiendo nuestra recomendación, firmó los stock powers y se los entregó a Rosarito para que se encargara del trámite en las oficinas del Ron Caribe. ¡Hasta ahí, ¿me van siguiendo?! ¿Qué sucede?, que Rosarito guardó los stock powers en la banqueta del piano y allí se

quedaron. Ella recibió los stock powers un jueves y don Roberto murió el domingo. Todo fue muy rápido. No dio tiempo para nada.

–¡Wait! ¿Y quién se va hacer responsable de esos impuestos? –disparó Joaquín en un tono acusador, como si hubiera estado esperando con ansiedad ese momento.

–Jack, este no es el momento para echar culpas, –se apresuró Oliver a interceder– sino de buscar soluciones. Nosotros tenemos una teoría que esperamos funcione. Así que le voy a pedir a Carlos que por favor prosiga con su explicación.

Arturo Valdez tomaba nota de todo lo que se hablaba. Oliver le clavó la mirada, mortificado. "Que mucho le gusta sembrar cizañas", se dijo.

Mientras, Rosarito le pasaba una nota a Carlos Alberto que decía: "¿Dónde está mamá?" Y en el mismo papel él escribió: "Ni puta idea". Rosarito se imaginaba que algo tramaba su madre cuando no se presentó a la reunión. Le mostró la nota a Claudia, pero ésta estaba flotando sobre los escombros de la noche anterior. Todavía estaba con el corazón relampagueándole en la boca.

Don Gabriel contemplaba el desarrollo de la reunión en silencio, como si su aromático tabaco le sirviera de escudo. Pero él estaba al tanto de todo; cada vez que el Carla C llegaba a un nuevo puerto, él se comunicaba con Oliver. Fue así como se enteró que María Fernanda había declinado los servicios del bufete Andrews, Martínez, Oliver & Ruiz, y que una tal licenciada Irizarry sería su abogada. "Esa es una terrorista, así que ahí tiene la primera declaración de guerra", recordaba que le dijo Oliver por teléfono.

Esa noche tuvo sus primeras pesadillas de albacea. Pero al llegar al puerto de Guadalupe tomó la firme decisión de disfrutar sus vacaciones. Así lo hizo. Allí había un steel band dándoles la bienvenida a los turistas. Era música caribeña, sabrosa y contagiosa, que ejecutaban con maestría unos espigados negros vestidos

impecablemente con pantalones blancos, camisas anaranjadas y zapatos de charol. Don Gabriel y Conchita se entremezclaron con la muchedumbre mientras curioseaban y conversaban con los vendedores de los puestos de frutas y los artesanos de una pintoresca plaza de mercado. Había piñas, mangos, guayabas, guineos, en fin. Desde luego, no podía faltar uno de esos chamacos que ofrecen aceites y polvos exóticos que según ellos tienen capacidades milagrosas para prolongar la erección más allá de los últimos límites de la imaginación. El chamaco le cayó arriba a Conchita como una mosca y Conchita trataba de quitárselo de encima explicándole en su francés sofrito en la jerga Caribe, que a la edad de su marido ya habían intentado todos los recursos milagrosos. "Sin éxito", le aclaraba Conchita, combinando el buen humor con la resignación. Pero el chamaco no se daba por vencido y volvía a la carga. En eso estaban cuando, seducida por la algarabía, Conchita se percató que don Gabriel bailaba a sus anchas con una mulata de más de trescientas libras bajo los acordes de aquel inolvidable steel band. La mulata meneaba su glorioso culo con un gusto folklórico y don Gabriel improvisaba un garabato bailable con ínfulas de gitano, rodeados por un círculo de turistas que los animaban con palmadas y hacían su agosto con sus cámaras fotográficas.

Esa misma tarde en el comedor del barco, Conchita increpaba a don Gabriel: "¿Cómo es posible que te pongas a bailar si Roberto no tiene ni dos semanas de haber fallecido?" Y don Gabriel de inmediato le replicó: "Porque él hubiera hecho lo mismo... –y entonces, tornándose pensativo y nostálgico, continuó pausado–: Además..., te acordarás de tantas y tantas veces..., que Roberto y yo formamos el baile en cuanta plaza hay por todos los rincones del mundo". Don Gabriel tenía los ojos aguados y Conchita le tomó sus manos, y dándole un buen bajón a su copa de vino le dijo: "Cierto es..., recuerdas las veces que en la casa de la tía Ana, Roberto me pedía que tocara en el piano 'La Comparsa'..., y empezaban tú y

Roberto a bailar en el centro de la sala y todos los demás formaban un círculo... " La mirada de Conchita estaba perdida en una primavera de recuerdos cuando don Gabriel la sacó de su sopor diciéndole: "Hablando de piano, me indicó el licenciado Oliver que tú le tienes que volver a dar clases de piano a Rosarito".

–No, no me vengas con cuentos chinos, Gabriel.

Pero no fue hasta el próximo sábado, 23 de junio de 1979, durante la reunión de los herederos, que Conchita finalmente comprendió que lo del piano no eran cuentos. Transcurría la reunión y avanzaba la mañana mientras el licenciado Ruiz continuaba explicando sus teorías legales.

–La pregunta que tenemos que hacernos es, –planteaba Ruiz, observando a Arturo Valdez que le decía algo al oído a Joaquín– ¿se completó o no se completó la donación? Si se completó, nos ahorramos los impuestos. Pero si no..., yo no sé qué vamos a hacer con los otros asuntos que ustedes nos están trayendo a nuestra atención –dijo en clara referencia a los reclamos de los herederos contra Claudia y los de María Fernanda contra los herederos– porque después de los impuestos, apenas va a sobrar para pagarles a los abogados– añadió para rematar–. ¿Hasta aquí, me van siguiendo?

–¡Ok! Yo lo que no entiendo es: ¿Qué importancia tiene que Rosarito toque el piano? –indagó Carlos Alberto, bajando suavemente la cabeza, como si presintiera que decía una burrada.

–Me alegro que me hagas esa pregunta, porque eso quiere decir que me van siguiendo en el análisis –dijo Ruiz, como si se tratara de una de sus conferencias universitarias.

–¿Y tú te creíste que era cierto? –increpó Joaquín a Carlos Alberto–. Tú no ves que eso es un cuento para dorarnos la píldora.

–No, no son cuentos. Es que Carlos los va llevando poco a poco para asegurarse de que lo entiendan –dijo el licenciado Oliver visiblemente impaciente con la parsimonia pedagógica de Ruiz.

–Yo también me creía que era una broma –se encogió de hombros Rosarito–. Hace tantos años que yo no me siento en el piano. ¡Ea rayos!..., desde que me celebraron los quince.

–Figúrate tú, de eso hace cuarenta años –se burló Roberto, consciente de que era preferible aportar al buen humor.

–Robert, please, yo soy una adolescente de sólo 32 años –le contestó Rosarito, sacándole la lengua y haciéndole muecas con las manos, como hacía cuando era una niñita y Roberto, su hermano mayor, era su ídolo. Roberto le devolvió el gesto: le sacó la lengua y le guiñó un ojo que le puso alas a su imaginación. Acudieron los recuerdos del primer brassiere que usó Rosarito, a los once años. En aquel entonces, Roberto, con el buen humor que heredó de su padre, y ante la planicie de lástima que exhibía Rosarito, le dijo frente a todos los hermanos: "¡Rosarito, ¿y esa tobillera?!"

–¡Caballeros! –saltó Arturo Valdez–. Esto es más serio de lo que ustedes se creen. Vamos a coger las cosas con más seriedad...

–¡Arturo!, y ese brazalete tan bello? –se mofó Claudia.

–¡Vaya! Este brazalete me lo regaló Fulgencio Batista, allá en La Habana, en el año 1956 –Arturo levantó el brazo y miró su brazalete, orgulloso.

–¡Fulgencio What! –estallaron todos en carcajadas.

El Lcdo. Ruiz hizo entonces un esfuerzo para no perder el control de la reunión.

–Quiero explicarles que esta misma semana, estuve por Washington –dijo recurriendo ahora a un tono más serio– y aproveché para consultar al jefe de los agentes del IRS, Stanley Wagman, con quien estoy negociando una transacción para terminar la investigación de un caso y...

–¡Wait! ¿Qué es el IRS? –interrumpió Rosarito–. Es que se me olvidó...

–Esa es la gente que metió preso a Al Capone –disparó Roberto–. ¡Te jodistes, Rosarito!

–Significa el Internal Revenue Service. ¿Se acuerdan?

–¡Siii! –parecían escolares.

–Es el brazo colector del US Department of the Treasury –volvía a remachar Ruiz, no quería que hubiera dudas–. Es como el Departamento de Hacienda pero a nivel federal.

–La gran diferencia Rosarito –dijo Joaquín– es que en el IRS no funciona ni el amiguismo ni el "ay bendito".

–Jack, nosotros no necesitamos ni del amiguismo ni del "ay bendito" –ripostó Carlos Alberto– We have the best lawyers –remató, provocando un fraternal choque de manos entre Carlos Alberto y Joaquín para la sorpresa y agrado de todos los hermanos.

–¡Pleaseee! Aquí a la que han sentenciado a la banqueta del piano es a mí –señaló Rosarito con la memoria en fiesta, pues estaba disfrutando de la compañía de sus hermanos como no se pudo imaginar que ocurriría durante esa reunión entre herederos– y ustedes no dejan que el licenciado me saque de la duda si esto es una broma, o es en serio.

–Gracias por lo de best lawyers, Carlos Alberto –dijo el licenciado Ruiz–. Lo que necesitamos ahora es: the best pianist –prosiguió y todos rieron–. Miren, lo que sucede es que cuando una donación no concluye su trámite formal del papeleo en los récords corporativos, entonces hay que determinar si el donante, o sea, don Roberto, hizo o no hizo una entrega de las acciones. Esa es la palabra clave: entrega. Si se entregaron o no se entregaron esas acciones. Por ejemplo, hay un caso de un tribunal que dijo que si el donante le dice al hijo: "aquí están las acciones" y se las da a la mano, y el hijo las guarda en su mesita de noche al lado de su cama, y allí estaban todavía cuando su padre muere varios días después…, pues ahí dijo el tribunal que esa donación es válida porque se dio la entrega.

Porque entendió el tribunal que el padre no podía abrir la gaveta de la mesita de noche de su hijo y coger las acciones para atrás, porque eso equivaldría a violar el derecho a la intimidad del hijo –El silencio ocupó el salón, pues por primera vez los González–Farasy y los González–Luna comprendieron que el licenciado Ruiz estaba hablando en serio.

–Por otro lado –prosiguió Ruiz– hay otro caso donde la decisión del tribunal fue a la inversa. En este otro caso un padre llama a su hijo a su oficina y le dice: "aquí están las acciones para ti y tus hermanos". Se fueron a almorzar y al regreso, el hijo le dice al padre: "Papá guárdamelas aquí que luego yo paso a buscarlas para hacer el traspaso", y el padre abrió la gaveta de su escritorio y las guardó. Ya ustedes se imaginan lo que pasó. El padre se murió y las acciones estaban allí todavía, en su escritorio. ¿Y qué decidió el tribunal? Que no hubo una entrega de las acciones porque se trataba del escritorio del padre.

–Ahora, ¿Qué fue lo que hizo Rosarito? Las guardó en la banqueta del piano. Y lo primero que me pregunta Stanley Wagman es: "¿De quién es el piano?" Y yo le digo: "De Rosarito". "¿Dónde está ese piano?" "En el family room". "Pues más le vale que sepa tocar piano de verdad, porque si no, yo no me voy a comer ese cuento".

Así andaban las cosas cuando Esther Sánchez entró al salón de conferencia y anunció que el café estaba listo.

–¿Quieren recesar para el café ahora, o lo prefieren dejar para más tarde? –preguntó Oliver.

–Para luego es tarde –se apresuró a decir Claudia–. Si yo no me tomo un café ahora me muero –sentenció y se pararon todos como los niños a la hora del recreo.

La reunión concluyó alrededor del medio día, y Rosarito y Claudia se fueron a dormir una siesta. Necesitaban recuperarse del tremendo cansancio que les trajeron aquellas horas locas

amontonadas en la arena. Al entrar al apartamento, Claudia le dice a Rosarito:

–Que sueñes con Ramón.

–Me parece que Ramón era el tuyo y Raúl el mío –corrigió Rosarito y estallaron en carcajadas–. Pero lo cierto es que Rosarito no soñó ni con Ramón ni con Raúl. Soñó con un enorme piano de cola construido en mármol, como los que pinta Salvador Dalí sacado de su mundo surrealista. Del piano brotaba una fuente de agua que discurría por entre las grietas del mármol. Estaba colocado en una plataforma ubicada frente a un edificio de impresionantes columnas blancas con letras que decían: "US Treasury Deparment". En el sueño había un jurado compuesto por nueve sabios de dudosa reputación, con sombreros de copa y semblante sombrío, como si cada uno hubiera venido de lejanas pesadillas. Tenían sus miradas de funerarios fijas en Rosarito y estaban todos sentados en una mesa de madera colocada prominentemente entre las escalinatas y el piano. En contraste, en la avenida imperaba la algarabía de una manifestación que los González organizaron en apoyo a Rosarito, con todo el colorido de los carnavales del Caribe. Ante la mirada atónita de la alta jerarquía de la Capital Federal, Carlos Alberto y Benito habían organizado a un grupo de santeros que se arrojaron con sus ritos celestiales en plena avenida. En el momento preciso en que Rosarito se encaminaba hacia el piano, escoltada por Conchita y su tío Gabriel, Tititi empuñó al cielo su ya famoso bastón y el carnaval rugió. Respirando bocanadas de pánico, Rosarito se sentó en el piano, pero sucedió que al contacto con las teclas, sus dedos se transformaron en mármol ante el beneplácito del Presidente del Jurado que intentó sonreír haciendo una mueca de espanto. Así estaban las cosas cuando Claudia acudió en auxilio de Rosarito despertándola con el corazón sobresaltado.

Capítulo 12

Corría el verano de 1979 y Puerto Rico celebraba la tradicional Noche de San Juan. Se encontraban reunidos familiares y amigos en la residencia del tío Lorenzo Oliver. Música, comida, bebida, y a las doce de la media noche: el tradicional chapuzón de espalda, para la buena suerte. El que no se tirara a la piscina, lo tiraban, con todo y ropa, sin discrimen a grandes y a chicos. En ese momento se echaba a un lado toda cordura y civismo. Luego venía la bohemia: guitarras, tangos y vino tinto.

Desde temprano en la noche iban llegando tías y tíos, primas y primos, y algunos amigos que completaban el círculo. El tocadiscos estaba a todo dar y hablaban a boca de jarro, por sobre el estruendo de la música. El tema del momento era los Juegos Panamericanos, a ley de una semana para comenzar. Era el mayor evento deportivo del hemisferio, y para los atletas más destacados, la oportunidad de lograr el pasaporte a una olimpíada. La dicha de tener en casa a la más grande delegación, hasta entonces y desde entonces, de hermanos antillanos, suramericanos, centroamericanos y norteamericanos, hacía efervescencia en el ambiente.

Había una sola gran preocupación: la puntualidad boricua tenía con los nervios de punta a los organismos rectores. A juzgar por los trabajos de construcción, un extraterrestre pensaría que los juegos inauguraban a un año plazo. Para colmo de males, los tan esperados primeros aguaceros de mayo, llegaron, pero no se iban, seguían y seguían todos los días, y ya iban más de cincuenta días, a pesar de las velas y los avemaría. Los optimistas y los pesimistas se fajaban y ridiculizaban, alborotando los cafetines, entre rounds de cervezas.

La llegada de la delegación cubana causaba una gran expectación, no por lo deportivo, que nadie negaba su gran poderío, sino en el plano político. Tan pronto aterrizaron, se corrieron los rumores de los primeros desertores. La guagua que los transportaba iba fuertemente escoltada por motocicletas de la policía, pero aún así, a la menor oportunidad se le escabullían. "Una medalla menos", se resignaba el entrenador de pista y campo, cada vez que la prensa lo abacoraba.

El chiste del día era:

–¿Cual es la definición de un cuarteto?

–Lo que queda de una orquesta sinfónica cubana después de una gira por Estados Unidos.

La colonia cubana en el exilio vivía momentos de ansiedad, la tensión crecía cada día. Hervía en el pensamiento la inminente confrontación: hermanos cubanos de la banda allá y hermanos cubanos de la banda acá. Era un pueblo profundamente dividido por una cicatriz ideológica. En el pasado, cada vez que se enfrentaban los equipos de baloncesto de Cuba y Puerto Rico, los fanáticos cubanos en el exilio se la pasaban toda la noche gritándole los más estridentes insultos a la escuadra cubana. Pero los jugadores cubanos no se quedaban atrás, le devolvían las palabrotas con carteles que decían: ¡GUSANOS!, y otras linduras más. Era una escena tan terriblemente

triste, que sólo la esperanza de la reconciliación –como todas las riñas entre hermanos– distraía las ganas de llorar.

Por otro lado, los puertorriqueños se enfrascaron en una polémica interminable sobre cuantas banderas deberían adornar las ceremonias inaugurales de los juegos: Que si la bandera americana va, que si no va. Que si la monoestrellada va sola, que si no va. ¡Imagínense! Si hay algo ultra sensitivo para los puertorriqueños, es la bandera. Perseguida durante décadas como un delito, aún en nuestros días enarbolarla genera una cadena de sentimientos encontrados.

Desde luego, –no faltaba más– la contienda estaba condimentada por el debate sobre el status político de Puerto Rico, que a fin de cuentas es el deporte nacional boricua. Cuentan que en esos días, cualquier tertulia concluía con un discurso torrencial, con argumentos inapelables y voces repletas de sabiduría, sobre qué banderas y cuáles himnos deberían formar parte de los actos inaugurales de los Octavos Juegos Panamericanos. Obviamente, cada cual desde su propia trinchera política.

Esa Noche de San Juan, Fernando Oliver conversaba animadamente con su prima Marisela, la hija del tío Lorenzo. Estaban presentes varios de aquellos legendarios tíos y tías, todos protagonistas, de algunas de las mejores pesadillas de su niñez.

–¡POR LA ESQUINA DEL VIEJO BARRIO LO VI PASAR! – estallaba el tocadiscos lleno de sabor y ritmo, en el preciso momento en que le avisaron a Oliver que Sofía Miró llegó. Pero no llegó sola, vino acompañada del padre Luis Sotográs, el sacerdote argentino que Sofía conoció en Santiago de Cuba el año anterior.

El padre Sotográs había llegado a Puerto Rico como capellán de la delegación cubana a los Juegos Panamericanos. Tan pronto el Padre llegó, se comunicó con Sofía que había venido a la isla para realizar un reportaje especial sobre los juegos. Sofía venía cavilando

desde hacía varias semanas sobre cómo embullar a Oliver para que la acompañara en su próximo viaje a Cuba. Desde que conoció personalmente a don Roberto, se había interesado en el caso de la herencia de las acciones del Ron Caribe. Con esa agenda en mente, le pidió al Padre que la acompañara a la residencia del tío Lorenzo, para que conociera a su entrañable amigo, Fernando.

Sofía presentó al padre Luis Sotográs a cada uno de los presentes, uno a uno. Era un ceremonial que incluía un beso, un abrazo y un buen apretón de manos. Comenzó por el family room, continuó por la terraza, el área de la piscina y concluyó en el bohío donde el tío Lorenzo tenía una barra muy bien equipada.

Así andaban las cosas cuando el tocadiscos comenzó a tronar: ¡LA VIDA TE DA SORPRESAS, SORPRESAS TE DA LA VIDA, AY DIOS! Sofía haló por el brazo a Oliver y corrieron a la terraza a bailar.

–Que deseo tan grande tenía de verte, Fernando –lo miró a los ojos.

Mientras, la cofradía de tías se consagraban al chisme: "A mí que me perdonen, pero yo creo que la tal Sofía no es ninguna amiguita –comentaba la tía Stella–. Te apuesto a que este año hay boda". Sofía se burlaba de las tías apretando a Oliver por la cintura.

Terminaron de bailar y Sofía le echó el brazo, charlaban de vuelta hacia el bohío donde estaba el Padre conversando con el tío Lorenzo y el licenciado Carlos Ruiz.

–¡Hombreé!, Fernando, sírveme un Caribe & Coke, que me muero de sed –le dijo llena de felicidad–. Tan pronto llegué al hotel me leí todos los periódicos y estoy hecha una experta sobre los himnos y las banderas –aseguro Sofía.

–Esta niña se las trae –exclamó el padre Sotográs. El tío Lorenzo estalló en carcajadas–. Pero sabés, el tema se respira desde que uno se baja del avión –opinó el Padre.

–¡Por favor!, no me vayan a montar un mitin político aquí esta noche, porque me echan a perder la fiesta –les suplicaba el tío Lorenzo, tratando de controlar la risa.

–No, no, hombre qué va –sonrió el Padre– si yo tengo muy buenos amigos que me han contado de lo sabroso que se pasa acá en Puerto Rico.

–¡Joder! Pero si en la oficina en Miami hay unas tías venezolanas que dicen que van a pasar las próximas elecciones acá en Puerto Rico –sostenía Sofía, saboreando su trago–. Ellas dicen que en Miami son muy aburridas.

Todos se reían y contaban anécdotas.

–¡Che! Vos te imaginás. Ya yo estoy al tanto que en Puerto Rico todo es por partida doble –se reía el Padre–. Por ejemplo, me contaron que tienen días feriados para los líderes de la patria de allá y los de acá…

–Puerto Rico es el único país en el mundo que ha tenido dos madres patrias –se mofó el licenciado Ruiz, y el Padre se moría de la risa.

–¡Che!, sabés que así es más sabroso –opinó el Padre, agradeciéndole al tío Lorenzo que le volvía a llenar su copa de vino–. Me dijeron que acá se celebra el día de Santa Claus y el de los Reyes Magos…

Oliver se servía un Caribe & Coke, y Sofía aprovechó el momento a solas para arrinconarlo. Le dijo:

–Nos tenemos que poner al día, Fernando. Cuéntame de tus fraternos, ¿vale? –Sofía le tomó las manos y se sentaron en el borde de una de las jardineras que rodeaban al bohío.

–Don Roberto González murió hace dos semanas –le dijo Oliver, dándole vueltas a su trago.

–¡Hombreé!, eso ya lo sé. En Miami los medios cubrieron la noticia –reaccionó Sofía, moviendo sus negros ojos coquetamente–. Pero bueno, cuéntame de los famosos tambores de guerra, como tú les dices.

–La frase yo me la copié de Rosarito…, pero te diré que en el bufete tenemos una buena teoría para resolver el problema de lo impuestos…

–¡Joder!, Fernando, vamos a dejar los impuestos para otra ocasión. Háblame de las cosas que son importantes de verdad.

–¡Coño!, Sofía, tú no sabes lo que dices. Si los herederos tienen que pagar todos esos impuestos…

–¡Vale!…, pero tú sabes Fernando…, que el problema de los impuestos ustedes lo van a resolver de una manera u otra –especuló Sofía, haciendo insinuaciones.

Una ráfaga de risotadas la detuvo, observó lo bien que el Padre compartía con tías y tíos en el área de la piscina. Sonrió.

–Lo que quiero es que me cuentes de Georgina, la amante de don Roberto; de las pugnas entre los herederos por las aventuras de una de las hijas…

–Claudia.

–Esa misma. De las pretensiones de la viuda por las acciones del Ron Caribe.

–¡Niiiña, como te gusta el chisme! –le dijo Oliver, muerto de la risa.

–¡Tu me acostumbraste…! –canturreó Sofía– ¡…a todas esas cosas…! –Sofía le tomó las manos –. Te aconsejo, Fernando, que tengas mucho cuidado con Georgina. Ella te puede resultar muy útil para unir a los herederos. Recuerda que los pueblos se unen ante un enemigo común. Pero tienes que saber manejar la situación. No hay mayor ira bajo el cielo que la de una mujer despechada.

–¡Shakespeare! –murmuró Oliver.

Oliver jugaba como un niño con el hielo, pensativo; se echaba el hielo en la boca y volvía y lo vaciaba en el vaso. Sofía lo sorprendió, diciéndole:

–Yo te puedo ayudar.

–¿Cómo? –reaccionó Oliver, con la mente todavía recorriendo varios escenarios.

–Tengo otro viaje para Cuba... –Sofía lo miró fijamente a los ojos–. Mira Fernando, yo te puedo conseguir un carné de periodista para que puedas acompañarme... ¿Vale?

–¡Eso es ilegal!

–¡Hostia! No seáis terco... La viuda se va a quedar con la mitad de las acciones...

–María Fernanda ni tan siquiera ha radicado una demanda...

–Pero bueno, Fernando, no me digas que te vas a quedar cruzado de brazos...

–¡Que clase de loca!

–El viaje va a ser en enero o febrero del año que viene..., me asignaron un reportaje sobre el veintiún aniversario de la Revolución Cubana... Era a los veinte, pero como aquel no se completó. Pues, ni modo. Mi jefe dice que todavía la mayoría de edad en algunos lugares es a los veintiún años. Así que...

Oliver estaba reflexivo, arqueó las cejas... Le sonrió a la tía Stella que espiaba a la distancia. Observó su reloj, le inquietaba que su mamá no hubiera llegado a la fiesta.

–Esta mañana –balbuceó– fue la primera reunión entre los herederos... ¡Un sábado!

–¡Hombreé!, pero la primera no había pasado ya...

–La primera vez que nos reunimos desde que don Roberto murió... Cómo dice don Gabriel: ¡La primera como albacea!, que no es lo mismo.

–A ver..., ¿la viuda estuvo en esa reunión?

Oliver negó con los gestos, meditativo.

–Fernando, yo te quiero ayudar. –Sofía le apretó el hombro–. En Cuba están los papeles que tú necesitas para probar que don Roberto heredó las acciones del Ron Caribe. El padre Luis Sotográs nos va a ayudar. ¿Qué te parece?

En ese momento se acercó Marisela para avisarle a Oliver que su mamá había llegado.

–Por fin –sintió el alivio– ya me estaba preocupando.

–¡Sorpresa! –gritó de repente Benito Álvarez de la Cruz, que venía escondido detrás de doña Amparo, la mamá de Oliver, y se apresuró a abrazar a Sofía y a Fernando con grandes transportes de cariño.

La noche transcurría y la casa se iba llenando de algarabía, besos y abrazos; habían tías y tíos, primas y primos, y algunos amigos que ya pertenecían al círculo fraternal. Compartían alegremente, como viejos camaradas, hablaban de los azares que les trae la vida y de lo último en la avenida. Desde cómo reparar al mundo hasta el más reciente chiste sobre el gobernante de turno. Uno de los tíos andaba con un folleto titulado ¡RELINCHOS!, y la gente se estortillaba de la risa con cada burrada que la oposición le achacaba al gobernador.

–¡Che!, por mucho menos que eso Perón me cerró la capilla –sostuvo el Padre, entre bromas y veras–. Vos podrás imaginarte. ¡Eso sí!, me dio a escoger entre la cárcel y el exilio...

–Este es el país más sabroso del mundo –insistió Sofía–. En los tiempos de Franco, la policía ya hubiera ocupado la casa...

–Y no es que yo sea masoquista, –continuó el Padre, en un tono más sobrio– pero vos tenés que entender que cuando yo llego a Cuba, todavía Fidel era la esperanza de todo un pueblo abatido por la dictadura de Batista.

Para no romper la tradición, llegaba el momento en que los más viejos se entretenían hablando de sus enfermedades y achaques, mientras los más jóvenes se los gufeaban y vacilaban. "Ese doctor es buenísimo..., ¡y guapísimo, nena!, te lo recomiendo"... le decía doña Amparo a la tía Stella. También hablaban de lo nuevo que andaba en el ambiente sobre el cáncer y el corazón; de manera que cada cual traía a la conversación sus últimas estadísticas sobre la presión y el colesterol, como si se tratara de los resultados de los juegos de baloncesto y béisbol. Y desde luego, no se podían quedar atrás los últimos medicamentos en el mercado. "Esas pastillas son un fenómeno, dile a tu doctor que te las de", se recetaban unos a otros con plena autoridad, sin pena ni vergüenza de practicar la medicina ilegalmente.

A la tía Stella, quién nunca se casó, y que según los cuentos, nunca se le conocieron novios, Wiso le echó el brazo y con voz de trueno, y tratando de contener las ganas de reír, le dijo:

–¡Titi!, la virginidad da cáncer, ¡VACUNATE! –Del carterazo no lo salvó nadie, pero con el mismo gusto y cariño Wiso comenzó a remenear con salero sus caderas y haló a la tía a bailar en el preciso momento en que el tocadiscos trompeteaba: "TIBURÓN/ QUE BUSCAS EN LA ORILLA/ TIBURÓN".

Y como lo hacían siempre, desde que Oliver tenía uso de razón, armaron el baile en grande. En esas fiestas era muy normal ver a tíos bailando con tíos, y a tías bailando con tías, y los niños pequeños encaramados sobre los hombros de sus padres, en un jolgorio contagiante. Fueron esas santas horas locas las que desbordaban el baúl de los recuerdos de los Oliver.

Doña Amparo conversaba con su hijo en el family room, cuando Sofía se acercó con el padre Sotográs. Sofía presentó al Padre, y Oliver fue al bohío a buscar vino tinto para su madre y el Padre, y Caribe & Coke para Sofía. Al regresar, Sofía propuso que le mostraran la casa del tío Lorenzo al Padre. En el recorrido observaron sobre la mesa del comedor las dos guitarras que esperaban la hora de la bohemia. Una guitarra era del tío Lorenzo y la otra del licenciado Carlos Ruíz. Pero la bohemia estaba reservada para después del bullicio de la media noche, cuando a tono con la tradición, todos procurarían enamorar la buena suerte tirándose de espalda a la piscina. Mientras tanto el tocadiscos no paraba de pregonar salsa caribeña: ¡CHECHE COLE, QUE BUENO ES!, le había llegado el turno a Héctor Lavoe, esos sabrosos ritmos afroantillanos que ponen las caderas en movimiento, como si despertara una vieja melodía que llevamos por dentro.

Fueron habitación por habitación y recinto por recinto, enseñándole la residencia al Padre. Al llegar a la biblioteca ubicada en el segundo piso, el Padre quedó fascinado con aquél cuarto acogedor repleto de libros. Se acercó a uno de los anaqueles, el elenco era formidable: Miguel Hernández, García Lorca, Benedetti, Neruda. Siguió rastreando, encontró "Los Premios", de Cortázar.

–¡Mi compatriota! –levantó el libro, orgulloso. El Padre se hubiera quedado allí el resto de la noche.

Al llegar a la habitación del tío Lorenzo habían tres cuadros, los tres en la misma pared.

–Este, desde luego, es nuestro Señor Jesucristo, nuestro salvador –dijo el Padre, señalando el cuadro del centro–. ¿Y éste?

–Este cuadro es de la abuela de mi hijo Fernando, doña Clara. Y este otro es don Luis Muñoz Marín, nuestro salvador –dictaminó doña Amparo, mirando a Sofía con el aire de los conspiradores.

–¡Che!, seguro. Sabés, yo he leído sobre Muñoz, pero siempre he tenido interés por conocer más...

–Como aperitivo le diré –planteó doña Amparo mientras le echaba el brazo a su hijo– que mi cuñado, Lorenzo Oliver, el dueño de esta casa, era un importante líder del independentismo puertorriqueño. Pero eventualmente se convirtió, ¡Aunque lo niegue!, al movimiento de Muñoz, quién también fue independentista, pero que cambió de parecer para rescatar al pueblo de sus miserias.

Oliver hizo a Sofía una mueca para que cambiaran el tema. Ella sabía que para Oliver el tema de Muñoz era sinónimo de la apertura del país a los extranjeros. Sofía había hablado con él extensamente sobre el tema, en muchísimas ocasiones. Trataba de convencerlo que su visión hacia el extranjero estaba equivocada. En ocasiones se fajaban y se enojaban. Así que Sofía se aferró a la teoría, infalible según ella, de que al que no le gusta el caldo, se le dan dos tazas.

–El padre Sotográs ha sobrevivido los embates del Peronismo y el Castrismo –afirmó Sofía, orgullosa, aprovechando el desconcierto de Oliver.

–Vos se imaginá..., –planteó el Padre, mirando fijamente a doña Amparo– ¿eh?, hacer un análisis comparativo entre Muñoz y Fidel, dos gigantes del Caribe.

Para Sofía aquello fue como un campanazo.

La conversación avanzaba al ritmo de la noche, pero Oliver trataba de mantenerse al margen, mirando de reojo el retrato de su abuela Clara, que ocupaba desde su niñez un lugar prominente entre sus recuerdos favoritos. Fue así como poco a poco se perdió por los pasillos de aquella lejana madrugada cuando despertó horrorizado en medio de la pesadilla de los pulpos gigantes de Marisela. Desde entonces Oliver siempre había añorado el placer inconfundible de entregarse al calor del abrazo de su abuela Clara.

Cerraba los ojos y se veía restregándose entre sollozos sobre aquellas maravillosas tetas planetarias.

"Fidel..., Muñoz..., Evita..., Muñoz...." era el eco de aquella conversación, hasta que Oliver no pudo más y se excusó; fue a parar a una butaca del family room. Desde allí escuchaba el ronroneo del tocadiscos que deleitaba a los asistentes que se encontraban desperdigados entre la terraza, el bohío, el patio y el área de la piscina. El tema de las banderas y los himnos hacía efervescencia. Todos y cada uno eran expertos que hablaban con autoridad y vehemencia. A lo lejos, Oliver escuchaba a Benito y su primo Wiso echándole leña al fuego, agitando con porciones de nacionalismo a las tías y los tíos.

Marisela se la había pasado toda la noche repitiendo el disco de su nuevo ídolo: Rubén Blades, con el... ¡TIBURON/ QUE BUSCAS EN LA ORILLA/ TIBURON! Ella sabía, bien que sabía, que para un sector de la intelectualidad, la letra tenía una fuerte connotación política. Pero para muchas de las tías y tíos, esa era una guaracha más que ellos bailaban a sus anchas, haciendo piruetas que desafiaban los rigores de la vejez. Para disimular, Marisela la alternaba con Pedro Navaja, Las Chicas Plásticas y muchas más que marcaron una época y taladraban la conciencia.

Oliver se sentía muy a gusto en aquella butaca; era como un refugio del carnaval que enloquecía a toda la casa. A él la muerte de su papá le produjo profundas cicatrices, de las cuales no se había podido recuperar del todo. Él era muy niño cuando ocurrió y todo quedó envuelto en un tejido de misterios; doña Amparo, sus tías y tíos, se encargaron de mantener a Oliver en tinieblas. En su mente, él lo asociaba todo con las prédicas de su padre. Cada vez que en su familia mencionaban a Muñoz o a Fidel, su padre y su madre se enredaban en una disputa que terminaba en una hoguera de insultos. Lo mismo, cada vez que el gobierno inauguraba una fábrica de

Fomento Industrial; para su papá, cada inauguración era como venderle un pedazo de la patria a los grandes intereses extranjeros. Para su mamá, por el contrario, cada fábrica era como una bandera victoriosa, en el afán de combatir las miserias del pueblo.

Por la mente de Oliver volvían aquellos viejos recuerdos: "Total, ellos no son extranjeros... –argumentaba su mamá, aparentando una serenidad que disimulaba una conflagración de sentimientos– Son ciudadanos americanos como nosotros". "¡Nosotros no somos americanos! –ripostaba su papá– ¿Cuántas veces hay que repetírtelo, o es que eres estúpida?" Con el pasar de los años la situación no mejoró, sino que empeoró. Llegaron las grandes cadenas de supermercados y desplazaron a los pequeños comerciantes, dueños de los tradicionales colmados de pueblos y barrios. "Y ahora con qué argumento me vas a venir..." –desafiaba irritado su papá a su mamá. "Pues es bueno que sepas, Fernando Luis... –arremetía su mamá con un énfasis ácido– que esos pequeños comerciantes, como tú les dices, abusaban de los consumidores como les daba gusto y gana, cobrando precios carísimos porque no tenían competencia. Pero ese guisito se les acabó". Para esa época el régimen de Fidel Castro provocó una estampida de cubanos al exilio. Muñoz les abrió las puertas y el padre de Oliver explotó en ira. "Muñoz nos enseñó: Yo quiero un pueblo de cultura generosa, que ve al prójimo y no cree que hay un extranjero" –decía su mamá, ya no tanto para los oídos de su esposo, resignada a que jamás cambiaría sus criterios, sino con la esperanza de que su hijo siguiera su ejemplo. Pero no fue así. Todo lo contrario. Con la muerte de su papá, Oliver quedó terriblemente sumido en un vacío. De tiempo en tiempo lo acechaban aquellas burbujeantes luces azules y amarillas, soñaba con patrullas de policías y grúas que lo perseguían y aturdían con sus destellos relampagueantes. Y es que a partir de los pulpos gigantes de Marisela, Oliver comenzó a sentirse huérfano, hasta que eventualmente su ídolo desapareció.

El que le puso el primer bate en la mano, y le lanzó las primeras bolas, hasta que lo enseño a batear. El que lo llevaba los fines de semana a ver a los Indios del Mayagüez. Allí en el parque, su papá le compraba pastelillos, limonadas, algodón, platanutres, piraguas, maní, en fin. Fernandito regresaba a la casa con un volcán en el estómago.

Aquella tarde de los funerales de su padre, fue como un hervidero de emociones para Oliver. Desde el altar mayor de la Catedral de Mayagüez, el sacerdote hablaba con vehemencia del amor al prójimo como único escudo para detener la violencia. Pero en primera fila, Fernandito, de apenas 13 años, bebía lágrimas de rencor y odio.

–¡Faltan quince minutos para las doce! –gritó Marisela desde la terraza, con una voz espectacularmente chillona. Y como si fuera poco, Wiso remató con voz de trueno:

–¡VAN A SER LAS DOCE!... el que no se tire a la piscina lo tiramos. Así que agarren sus trajes de baños.

Y así mismito era, el que no se tirara a la piscina, lo tiraban. Desde luego, hay tías y hay tíos, y los primos sabían con quién se metían. "El mono sabe el palo que trepa", magullaba entre dientes la tía Stella. Pero de todos modos, una cita con la buena suerte todos la querían aprovechar. De manera que tarde o temprano todos terminaban dándose el tradicional chapuzón de la buena suerte la Noche de San Juan.

Al grito de Marisela comenzó un corre–corre de locos: las madres con sus bikinis; las abuelas con los nietos, mientras los hombres buscaban el último trago antes del chapuzón. Hasta el padre Sotográs se despojó de su sotana de hombre de Dios y se puso su traje de baño, mientras le comentaba al tío Lorenzo de lo divertido que se veía la gente conspirando con la suerte.

–Mire Padre, –le confesó el tío Lorenzo cándidamente– acá en Puerto Rico la gente procura la suerte jugando a la lotería estatal, la lotería municipal, la lotería clandestina, que nosotros le llamamos la bolita, los casinos, las carreras de caballos, las picas en las fiestas patronales, en fin.

–Pero bueno, eso es así en todas partes del mundo –asintió el Padre, resignado–. ¡Sabés!, ya quisiera yo que semejante fervor lo tuviera también el pueblo por las cosas de Dios.

–¡Ah!, hablando de las cosas de Dios –replicó el tío Lorenzo– se me olvidaba mencionarle que las monjitas en las iglesias se la pasan organizando bingos y rifas durante todo el año.

–¿Y las pirámides? –metió la cuña Carlos Ruiz, uniéndose a la conversación–. Da lástima cómo el pueblo sale despavorido tratando de atrapar un pedazo de la suerte. Mire Padre, acá en Puerto Rico se juega dominó apostando dinero; póquer, apostando dinero; las peleas de gallo, también. Todo el mundo trata de enamorar a la suerte. Cuando yo les explico a mis estudiantes que los juegos de azar están prohibidos, se arma un gallinero. Nadie lo puede creer. ¡No es broma, Padre! Es parte del folclor.

–Lo que sucede es que el estado le extiende un manto legal a ciertos juegos para recaudar impuestos –aclaró el tío Lorenzo–. Y se hace de la vista larga para evitar riñas con las monjitas y los curas. Pero cuando quieren perseguir a alguien y joderle la vida…, entonces no hay piedad.

–A mi me han metido preso bajo el gobierno de Perón, el de Batista y el de Fidel Castro –se rió el Padre, con la expresión llena de orgullo–. ¿Ustedes creen que un chapuzón en la piscina me pueda traer problemas? –se burló, saltando al agua.

Sofía jugaba con los pies dentro del agua; le daba vueltas en la cabeza su próximo viaje a Cuba, quería ver como convencía a Oliver. Era casi la una de la madrugada y los últimos ecos del

bullicio se despedían, con bendiciones, besos y abrazos. Le cedían el tiempo a la bohemia, tradicionalmente reservada para un puñado de románticos trasnochadores. Doña Amparo se despedía de su hijo por tercera vez, colmándolo de bendiciones. Mientras, Benito descorchaba otra botella de vino para compartirla con Sofía y el Padre que lo esperaban sentados en el borde de la piscina.

En el bohío, el tío Lorenzo y Carlos Ruiz comenzaban a afinar sus guitarras.

–Está un poco alta, –opinó pausado el tío Lorenzo– bájale un poco –Carlos Ruiz asentía frunciendo la frente, moviendo lentamente la cabeza que acercaba a la guitarra.

–Mira a ver ahora –preguntaba el licenciado Ruiz.

–Casi, casi –Así seguían y seguían, sin prisa. Una y otra vez. Era un ritual.

Benito le hizo señas a Oliver para que se uniera al corillo; desde allí podían apreciar la música y charlar. Así fue. Estuvieron varias horas escuchando un desfile de tangos que evocaban a Gardel.

Fue así como Sofía, en conjura con el Padre, y alentada por el ingenio de Benito, planificaba cómo llevarse a Oliver en su próximo viaje a Cuba. Sofía logró rápidamente interesar al Padre para que los ayudara a encontrar los documentos que evidenciarían que don Roberto recibió en herencia las acciones del Ron Caribe.

–¡Joder! –dijo Sofía–. Fidel confiscó la planta de Santiago; allí es que debe de estar la transferencia de las acciones.

–¡Sofía, por favor! –suspiró Oliver– yo te agradezco tu interés, pero me parece que estas fantaseando. Esto no se trata de la novela que tú siempre has querido escribir.

–¡Sus ojos se cerraron y el mundo sigue andando…! –brotaba desde el bohío.

–Ya veré lo que hago –musitó Oliver, luego de una larga pausa, como si aquél tango lo hubiera lanzado a uno de sus letargos–. Doña Matilde González, la famosa Tititi, tiene información guardada en su casa en Key West. También Conchita me va a ayudar. Yo le pedí a ella un recuento bajo juramento de todo lo que ella recuerda de Santiago de Cuba, de cómo fue que esas acciones pasaron a los hijos.

–No te olvides de Pellín –interrumpió Benito–. Él viajaba mucho a Cuba con don Roberto.

–No. No me he olvidado de Pellín. La semana que viene tengo una reunión con él, don Gabriel, Conchita y Rosarito.

–¡Hostia, Fernando! –increpó Sofía a Oliver– no te parece que mejor que todo eso serían los propios récords corporativos...

–¡Las lágrimas trenzadas se niegan a brotar...! –arrullaba la noche la melodía.

–Ahora, te pregunto yo a ti: ¿Qué tú quieres: probar tu caso o escribir un libro con los cuentos de Conchita y Pellín?

–Sofía, lo que yo no quiero es otra Bahía de Cochinos.

–¡Ay, Fernando, que show! –reaccionó Sofía.

–¡El carnaval del mundo, gozaba y se reía...!

–¡Ok! Pues vamos a ver lo que opina el Padre –propuso Oliver–. ¡Padre!, ¿no le parece que lo que pretende Sofía es una locura?

–Es una locura –admitió el Padre–. Pero dejá que lo intente. Yo la ayudaré. Ella lo hace por amor a vos. Porque es tu admiradora y quiere que triunfes en el caso.

–Pero es una locura –insistió Oliver.

–Ya lo dijo Pedro Calderón de la Barca: "No es amor, amor que no es locura". Y si tratás de razonar sobre el amor, perderás la razón –sentenció el Padre para cerrar con broche de oro.

Capítulo 13

El primero en llegar al Swiss Chalet fue Pellín. Ese fue el restauran a donde don Roberto llevó a almorzar a don Gabriel y a Conchita, cuando ellos viajaron por primera vez a Puerto Rico. De eso habían pasado unos cuarenta años, a raíz del traslado de don Roberto, de Santiago de Cuba a Puerto Rico. Por eso, con la expresión llena de nostalgia, el flamante albacea citó a todos al Swiss Chalet.

Habían acordado reunirse para almorzar, y recopilar datos que pudieran aclarar que don Roberto había recibido sus acciones en el Ron Caribe por herencia de su padre, don Rogelio González, quién según la tradición, las recibió a su vez de su padre, don Francisco González, el fundador. Sobre todo, querían escuchar a Pellín y a Conchita, que al parecer tenían buenas historias que pudieran ayudar.

–¡Vaya!, me parece que en el Swiss Chalet es mejor que en la oficina de los abogados –sugirió don Gabriel–. Así lo hacemos más informal, para que Pellín se suelte.

Venían los arrimados también: Sofía y Benito. Este último se encargó de interceder con Rosarito, no porque Sofía se lo pidiera,

que realmente se invitó sola, sino porque le daba vergüenza llegar en paracaídas de sorpresa.

Sofía seguía empeñada en convencer a Oliver para que la acompañara en su próximo viaje a Cuba. Por eso quería venir a la reunión, para seguir la campaña; quería escuchar las historias de Pellín y Conchita, a ver qué tal. A ver si un manojo de cuentos era mejor prueba que los documentos.

Don Gabriel insistió que invitaran a la reunión a sus seis adorables sobrinos: los tres González–Farasy y los tres González–Luna. Hombre maduro y experimentado, don Gabriel sabía que la diplomacia es la clave para lograr cualquier acuerdo en la vida. Él tenía muy claro en su mente que los seis herederos no eran hijos de la misma madre. Eran dos tríos con muchas cosas en común que los unía. Pero eran dos tríos..., con muchas diferencias que los desunían. Don Gabriel nunca se olvidaría del día que el licenciado Oliver se refirió a los herederos como: "El U.S. side y el Puertorrican side of the Family, al estilo WEST SIDE STORY".

En lo que llegaban los demás, Pellín pidió un café; era un salón privado que el restauran le reservó a los González, para que pudieran hablar en la intimidad. Sorbo a sorbo se fue llenando de recuerdos hasta que su imaginación voló. "Un día de estos, don Pedro... –recordaba Pellín que le había dicho Rosarito– quiero que nos cuente de sus viajes con papi a Cuba. ¡Ah!, y de esa famosa foto, en la que usted aparece junto a papi y al alcalde La Guardia". Desde ese preciso momento, Pellín se la había pasado embelesado, archivando nostalgias.

Recordó las tantas y tantas veces que deseó algún día reciprocar a los González por la amabilidad y solidaridad que siempre le habían brindado. Él sabía que todas esas historias de alguna manera las utilizarían los abogados para probar que don Roberto recibió las acciones del Ron Caribe por herencia. De lo contrario, María Fernanda

se quedaría con la mitad. Particularmente para los González–Farasy, eso sería un golpe devastador, no solo financieramente, sino, sobre todo, emocionalmente, pues hasta entonces esas acciones habían pasado de generación en generación, por herencia. Reinaba un gran orgullo entre todas las generaciones de los González de pertenecer a la gran familia que fundó la marca de licor de mayor venta en todo el mundo.

Pellín se reía solo, pensando ..."triquiñuelas de abogados... como decía mamá". Se imaginaba cómo todas esas historias que amueblaban su cabeza las cogerían los abogados para formar trenzas de evidencia capaces de seducir al más incrédulo de todos los jueces.

Fernando Oliver cargaba una pesada responsabilidad sobre sus hombros. Poco antes de salir de su oficina, había recibido una llamada de la licenciada Elizabeth Guerrero que le anunció que estaría representando a Georgina Balzán, la supuesta amante de don Roberto; que si la favorecía con una reunión, le dijo. De camino hacia el restauran, Oliver recogió en el hotel a don Gabriel y a Conchita, y los puso al tanto. Cuando don Gabriel se enteró, comentó:

–¡Óyeme, licenciado!, con ese apellido... ¿Usted la conoce?

–Ella era novia de Benito hace muchos años. –titubeó Oliver.

–¡Vaya! Me alegro que la conozca, porque eso siempre ayuda –opinó don Gabriel.

–¡Que va, Gabriel! –intervino Conchita–. Si eran novios y rompieron, lo más seguro es que se fajaron.

–Bueno, pues... Averigüe qué pasó entre ellos –improvisó don Gabriel.

–¡Que averigüe qué es lo que quiere Georgina, Gabriel! –arremetió Conchita, visiblemente frustrada.

–Ella lo que quiere es dinero –se mofó Oliver, encogiéndose de hombros–. No me puedo imaginar otra cosa –trató de arreglarlo–.

Pero déjenme decirles algo. Estas cosas hay que cogerlas con calma. Por ejemplo...

–¡Esto ya me está cansando! –explotó Conchita.

–Y está empezando –dijo resignado don Gabriel. ¡Ay, Roberto, en que líos me has metido! –suspiró.

–Por ejemplo –continuó Oliver– estas reclamaciones de María Fernanda y Georgina, yo las utilizo estratégicamente contra el IRS.

–¿CÓOOMO? –reaccionó don Gabriel.

–Yo le pinto al IRS un cuadro más devastador de lo que realmente yo estimo... Y trato de negociar una deducción en la planilla de herencia..., por todas estas contingencias... ¿Ustedes me entienden?

–¡Ay!, viejo, eso no hay quien lo entienda –opinó Conchita, incomoda–. Y ahora resulta que los hijos del primer matrimonio le quieren quitar la herencia a Claudia.

–¡Quitar no, Conchita! –argumentó don Gabriel–. Ellos lo que dicen es que Claudia recibió su herencia en vida.

–¡Es lo mismo, Gabriel! –replicó Conchita, ácidamente.

A Conchita el mal humor se le alojó en el rostro, mientras don Gabriel se escudaba detrás de uno de sus aromáticos tabacos. Hubo un largo silencio, y Oliver pensó que era conveniente recapitular la conversación con algo que los rescatara del mal sabor en el que habían sucumbido.

–Imagínense por ejemplo, –rompió el silencio– que esta señora, Georgina Balzán, radica una demanda por un millón. Yo le doy de larga al pleito y...

–Se va a quedar sin albacea –le advirtió Conchita.

Sonreído y pensativo estaba Pellín cuando llegaron don Gabriel, Conchita y Oliver. Al poco rato llegaron Rosarito y Victoria, quienes con aire medio protocolario y medio fraternal, anunciaron que ellas eran las embajadoras de las dos facciones de herederos.

–¿Cómo va esa pianista? –sorprendió Oliver a Rosarito.

–No me jorobe licenciado. Mire que ya he tenido hasta pesadillas.

–¡Figúrate tú! –reaccionó Conchita–. Vayan buscando otra teoría, porque esta niña está hecha un desastre en el piano.

–¡Tía, por Dios!, ni tanto. No seré una Alicia de Larocha, pero poco a poco voy entrando en forma.

Victoria se aproximó a Oliver y le entregó un paquete; era una cajita de madera, de las que se usan para empacar tabacos. Pero adentro lo que había eran cheques cancelados.

–Licenciado, aquí le envía Arturo.

Arturo Valdéz no le quitaba el guante de la cara a Claudia. Desde la muerte de don Roberto, se había consagrado a rebuscar papeles para probar que ya Claudia había recibido su herencia en vida.

–Vickie, –Oliver miró a ambos lados, procurando que los demás no escucharan– Arturo me trae loco. Tenemos que parar esto.

Victoria hizo unos comentarios imprecisos, evitaba comprometerse.

Se acercó uno de los mozos y enseguida pidieron una bandeja de quesitos fritos y dos jarras de sangría. Poco después regresó el mozo con la primera jarra.

–¡Salud! –brindó don Gabriel, alzando su copa, y Pellín rompió a contar historias, provocando chispeantes intervenciones de Conchita. Oliver tomaba notas de todo lo que decían, tal y como se lo pidió el licenciado Carlos Ruiz. Así andaban las cosas, cuando Rosarito interrumpió a Pellín:

–Recuérdese, don Pedro, que usted me prometió contarme la historia del alcalde La Guardia.

–¡Ja, Ja, Ja...! –se reía feliz Pellín– si usted supiera, señorita González, que desde que usted me pidió que le contara esas historietas no he parado de pensar en ellas. Pero sería bueno preguntarle al licenciado...

–Si, si..., ¡Señores! –convino Victoria– vamos a limitarnos a lo que vinimos.

–¡Vickie!... ¡Por Dios!, –reclamó Rosarito, reprimiendo una oleada de disgusto– deja que sea el licenciado el que conteste.

–Yo estoy tomando notas –respondió Oliver, arqueando las cejas–. Esto es como un descubrimiento de prueba; mientras más hable, mejor –Rosarito se lo agradeció con los gestos–. Más tarde yo estudiaré mis notas, y en el bufete decidiremos qué de todo esto nos conviene utilizar... La importancia de don Pedro es que él no tiene interés económico en el resultado del pleito... y, a mayor grado de intimidad con don Roberto, mayor credibilidad. Los abogados nos dedicamos a vender credibilidad –concluyó Oliver.

–¡A vender credibilidad! –se burló Conchita, provocando todo tipo de comentarios, conjeturas y carcajadas.

–Esto parece que se puso bueno –fue el saludo de Benito, por encima de las risotadas, acercándose a la mesa junto a Sofía Miró.

–Ellos son mis invitados –se apresuró Rosarito a explicar, abrazando a Benito.

Don Gabriel se puso de pie y se confundieron todos en una fiesta de besos y abrazos.

Esa tarde Pellín les contó de la fiesta de inauguración de las nuevas oficinas del Ron Caribe en la ciudad de Nueva York. Corría el año 1944 y los estragos causados por la Segunda Guerra Mundial estremecían al mundo. Los submarinos alemanes hacían cada vez más peligrosa la travesía de los barcos, de manera que en América empezaron a escasear los productos de Europa. Desde luego,

escaseaba el vino, el whisky y la vodka; sin embargo, la escasez de estas bebidas representó una oportunidad formidable al Ron Caribe, que no iba a dejar pasar.

–Cuando digo formidable..., quiero decir, ¡Big Time! –enfatizaba Pellín con la voz llena de sabiduría newyorkina– O sea, por partida triple. ¡No doble!, sino triple –Pellín cautivaba a su audiencia con su cabellera blanca y sonrisa espléndida–. En primer lugar, había terminado la Ley Seca, que prohibía en los Estados Unidos el consumo de bebidas alcohólicas. Eso duró..., de 1920 al 1933.

Un mozo traía más sangría y le preguntaba a Conchita si querían más frituritas para picar.

–En segundo lugar..., la planta de Ron Caribe en Puerto Rico la abrieron en el...

–1936, –puntualizó don Gabriel– a raíz precisamente de la eliminación de la Ley Seca, para aprovechar el mercado común entre Estados Unidos y Puerto Rico.

–Y en tercer lugar...

–¡Oye! ¡O bebías ron o bebías ron! –aseguró Conchita– por que el vino, la vodka y el whisky..., empezaron a escasear...

–Eso me recuerda una canción que me cantaba mi papá cuando yo era chiquitita –dijo Rosarito–. ¡Y los víveres / y los víveres / empezaron a escasear...! –canturreó, con la mirada llena de recuerdos.

Y en eso salió Benito a todo pulmón:

–¡HABIA UNA VEZ /UN BARCO CHIQUITITO...!

–¡HABIA UNA VEZ /UN BARCO CHIQUITITO...! –le siguió Victoria desde el otro lado de la mesa.

Y como era de esperarse, se unieron todos a coro, acompañándose con palmadas y una percusión improvisada con

tenedores, copas y cucharas. Hasta dos de los mozos se unieron a la bulla.

Oliver fue el único que no se unió al coro. Para don Gabriel y Conchita, eso era muy natural, pues tratándose del abogado de la sucesión, era de esperarse que prefiriera mantener su posición de decoro. Pero Sofía y Benito que lo conocían bien, sabían cómo Oliver se tambaleaba. Esa canción se la cantaba también su papá a Oliver. Lo sorprendió que la cantaran también otros padres a otros niños en otras partes del mundo. El recuerdo de la voz de su mamá le taladraba la conciencia. "Fernandito… –recordaba Oliver que le decía su mamá…– todas las madres del mundo acurrucamos a nuestros hijos cantándole las mismas canciones".

Una vez se fueron los últimos ecos de aquella algarabía, Pellín preguntó:

–¿Por dónde iba?

–Según mis notas, don Pedro, usted estaba diciendo, "Y en tercer lugar", y Conchita explicó que, "o bebías ron o bebías ron", que las demás bebidas escaseaban –resumió Oliver.

–Gracias doctor –contestó apreciativo Pellín–. Sus notas son intimidantes.

–Esa es la idea –sonrió Oliver.

"Triquiñuelas de abogado", jugaba con la frase Pellín.

–Pero bueno…, lo cierto es que la guerra causó una gran escasez de bebidas europeas y de eso se aprovechó muy bien el Ron Caribe.

Un mozo iba y volvía con los menús en las manos, pero la gente estaba entusiasmada con los cuentos de Pellín.

–Tanto subieron las ventas que allá para el año 1944, el Ron Caribe inauguró unas nuevas y modernas oficinas localizadas en la

Avenida de las Américas en Nueva York. Allí estuvo presente la plana mayor del Ron Caribe; Roberto, Gabriel…

–Mis tres primos de Santiago: Manuel Antonio, Rafael y Ricardo –añadió don Gabriel–. ¡Ah!, la Tía Ana, y Tititi…

Pellín hizo una pausa para acomodar los pensamientos.

–Desde luego…, estaba la prensa, había artistas, políticos, y no podía faltar el muy querido y popular alcalde de Nueva York, Fiorello Henry La Guardia.

–¡OOOk!, ahora yo sé de donde salió la famosa foto de usted, mi papá y el famoso alcalde –saltó Rosarito.

Benito le servía sangría a Conchita y a Sofía, y Victoria les indicaba a los mozos que trajeran otra bandeja de quesitos fritos.

–¡Ja, ja, ja…! –se reía Pellín–. No se me adelante, señorita González. Esa foto a la que usted se refiere nos la tomaron al salir de la cárcel su papá y yo.

–¡CÁRCEL! –exclamó sorprendida Rosarito.

–¡Señores!, pongan atención a lo que va a contar Pellín ahora, que es una historia muy estimulante –anunció don Gabriel.

–Antes de que prosiga, don Pedro, –interrumpió Oliver, deteniendo a Pellín con las manos–. Don Gabriel, esos tres primos que usted mencionó: Manuel Antonio, Rafael y Ricardo, ¿todavía viven? –preguntó, a la vez que consultaba sus notas.

–¡Sí, como no! Están hechos unos viejos, pero sí, están vivos –afirmó don Gabriel–. De hecho, todavía Ricardo trabaja en esa oficina. El fue el secretario corporativo por muchos años –concluyó, mientras Oliver continuaba tomando notas.

–Rafael.

–Rafael… trabajó por muchos años conmigo en Santiago y luego estuvo a cargo de la planta de México.

–Manuel Antonio.

–Manuel Antonio ...también, o sea, todos empezamos en la planta de Santiago y de ahí nos fuimos desperdigando.

–Si, pero no me ha dicho a dónde fue a parar Manuel Antonio –insistió Oliver.

–¡Oye! Manuel Antonio estuvo a cargo de la oficina de Miami.

Lo cierto es que todos estaban deseosos de escuchar el final de la historia, pero tenían que esperar a que Oliver acomodara los datos en su libreta. Todos querían saber cómo fue que de una fiesta tan glamorosa fueron a parar a la cárcel. La curiosidad venció a Victoria y le dijo a Pellín:

–Don Pedro, por favor, prosiga, que ahora sí que nos tiene intrigados.

–¿Por dónde iba? –preguntó Pellín y todos explotaron en carcajadas.

–¡Pellín, viejo!, no te hagas de rogar –le dijo cariñosamente Conchita.

–Esa noche..., –prosiguió Pellín– como es de esperarse en estas celebraciones, hubo un corte de cinta y varios discursos. El discurso más importante estuvo a cargo del alcalde La Guardia, elogiando los grandes logros del Ron Caribe bajo el liderato de su nuevo y flamante presidente don Roberto González... Ya ustedes saben como son estas ceremonias. Y según la tradición, el acto culminó con la entrega a Roberto de la llave de la ciudad.

–¡Por la memoria de mi padre! – exclamó Victoria, con su copa en alto, y todos gritaron, ¡VIVA!

–Yo estaba allí –continuó Pellín– porque Roberto me consiguió un puesto de chofer en el Ron Caribe, ya que la cosa estaba muy mala para mí, y para mucha, muchísima gente, a través de toda la nación. Al salir de allí, Roberto me dijo que tenía hambre, que nos

fuéramos a cenar. ¡Claro que en la fiesta había comida!..., ¡Había comida cantidad!, como dicen los cubanos, pero ustedes saben como son estas cosas. Roberto no quiso comer, envuelto con los trajines de la presidencia: que si los invitados, que si el protocolo, que si la prensa, los discursos... Lo cierto es que Roberto y yo fuimos a parar a un elegantísimo restauran italiano en la esquina de la 53 con la séptima avenida, El Gatopardo.

–Vente Pellín, que ahora nos toca a nosotros darnos un banquete –decía Pellín, como si fingiera la voz de don Roberto–. Y yo le contesté: Pero Roberto, si tú sabes que aquí no dejan entrar a los negros.

Rosarito clavó su mirada dentro de su copa y sintió un frío que le subía por el pecho y le iba formando un nudo en la garganta. Para su generación, esas cosas parecían historias de un pasado lejano. Pero Pellín, que las había sufrido, arrastraba todavía esas historias en la piel. Sin rencor, pero como si hubieran ocurrido ayer.

–Se armó la grande –continuó Pellín–. Yo había tratado de convencer a Roberto de que cenara él solo, pero no quiso. Al contrario, se opuso con tenacidad. El discurso de La Guardia lo tenía inspirado. La Guardia era muy querido entre los negros y los hispanos de la ciudad, y su discurso de aquella noche...

A Pellín se le entrecortó la voz, Rosarito se levantó de su silla, se acercó a Pellín, y dándole un beso sobre su cabellera blanca le dijo:

–Don Pedro, déjelo ahí. No siga por favor. Mire que lo menos que yo me imaginaba era que mi curiosidad iba a traerle recuerdos tan penosos.

–No, no, si los recuerdos no son penosos –balbuceó Pellín–. Todo lo contrario, son maravillosos. A mí, por negro, me habían negado la entrada a tantos y tantos lugares. Pero esa noche recuerdo

que Roberto decía: "¡O nos permiten entrar a los dos, o nos fajamos a piñazos!" Y así fue. Roberto le sopló una bofetada al dueño del restauran en el preciso momento en que él nos dijo que Roberto podía entrar porque era blanco, pero que yo tenía que esperarlo afuera porque era negro.

Reinó un silencio absoluto.

–Llamaron la policía y se armó un rollo. Nos condujeron a la fiscalía, nos arrestaron y nos metieron presos.

–¡A que en la cárcel permitían entrar a los negros! –denunció con gran cinismo Sofía.

–Así mismito, Sra. Miró...

Pellín hizo otra pausa, estaba visiblemente emocionado.

–Una vez en la cárcel, Roberto pidió que le permitieran usar el teléfono. Y adivinen ustedes a quién llamó...

–¡A tío Gabriel! –se apresuró a contestar Rosarito.

–No.

–A un abogado, lógicamente –planteó Victoria.

–Tampoco. Llamó, a nada más y a nada menos, que al Honorable Fiorello Henry La Guardia, el famosísimo y queridísimo alcalde de Nueva York, y le dijo: "¡Señor alcalde!, para qué me sirve la llave de la ciudad, si no puedo entrar con mi hermano a cenar en un restauran". No habían pasado veinte minutos cuando el Alcalde se personó en la cárcel, seguido desde luego, por una nube de fotógrafos y reporteros. Como expresión de desagravio y solidaridad, al salir de la cárcel La Guardia nos dijo: "Ahora vamos los tres juntos a cenar". Y dicho y hecho. Volvimos al Gatopardo, al mismo sitio donde horas antes a mi no me habían dejado entrar, y allí, mientras cenábamos los tres, nos tomaron la foto, que al otro día le dio la vuelta a la ciudad en las primeras planas.

–Esa noche ustedes derrumbaron una barrera –sostuvo Conchita, melancólica y pensativa–…una de tantas que ha habido que derrumbar.

–Ustedes fueron unos héroes –afirmó Benito orgulloso, levantando su copa en dirección a Pellín.

–Gracias doctor Álvarez, es usted muy amable –dijo apreciativo Pellín.

El licenciado Fernando Oliver medía la conversación desde su atalaya, cuando Victoria sin encomendarse a nadie, planteó:

–¡Tío Gabriel!, a mi me invitaron aquí a almorzar y a mi ni me huele ni me sabe. Así que por favor, ejerce tus poderes de albacea.

Todos rieron y aplaudieron, pero don Gabriel con muy buen sentido del humor ripostó:

–¡Vaya, Vickie!, es que hasta ahora solo hemos escuchado historias que en nada nos ayudan a resolver nuestros problemas legales. Así que el señor albacea no está autorizado a pagar con fondos de la herencia.

Entre risas y chistes, don Gabriel se ganó su primer abucheo como albacea.

–A mi no me importa quién va a pagar, –reclamó Rosarito– pero yo también tengo hambre. La cuenta, o la paga el albacea, o la paga el bufete Andrews Martínez Oliver & Ruíz –remachó, guiñándole un ojo a Oliver.

–¿Qué usted cree licenciado? –preguntó don Gabriel.

–Bueno –opinó Oliver– yo tengo aquí en mis notas información muy útil para establecer la trayectoria corporativa de las acciones del Ron Caribe. Me refiero a los primos de Santiago de Cuba: Manuel Antonio, Rafael y Ricardo González. Sobre todo Ricardo, que fue el secretario por muchos años.

–Este Fernando por tal de no pagar se las inventa en el aire –se rió Benito, provocando otra ristra de carcajadas. Mientras, don Gabriel mandaba a buscar a los mozos para ordenar el almuerzo.

–¡Café, leche y dos de azúcar! –dijo Pellín, y el mozo tomó nota. Como siempre, cada cual daba sus especificaciones: oscurito, cortadito, clarito, término, expreso, colao. Que si tenían capuchino, se le ocurrió a Victoria.

–Eso mismo decía Patricio, el narrador de los juegos de los Indios de Mayagüez –comentó Oliver–. Cada vez que el pitcher ponchaba uno, se llenaba la boca para decir: ¡Café, leche y dos de azúcar! –Los ojos le brillaban.

–No me diga eso. Así mismito decía un famoso comentarista de Santo Domingo, ¡Chago! –convino Pellín–. ¡Café, leche y dos de azúcar!

En lo que llegaban los postres y el café, el licenciado Oliver le dijo a Conchita:

–Doña Conchita…

–¡Quíteme el doña, o le declaro la guerra! –reaccionó ella.

Oliver lo sabía, se lo habían dicho desde el primer día. Pero de vez en cuando le gustaba mortificarla.

–Ok…, cuénteme todo lo que usted sepa sobre cómo fue que don Rogelio repartió en vida la herencia de las acciones.

–Bueno, –dijo Conchita, raspándose la garganta para aclarar la voz– si algo se me olvida, tú me ayudas, Gabriel. ¡Y tú también, Pellín!

Esa tarde Conchita también contó historias; enhebrando vivencias, rescató recuerdos del frío de la ausencia, recuerdos que fascinaron a una nueva generación y embriagaron de nostalgia a la otra.

Fue así como Conchita contó que todos los años para el mes de julio se celebraban en Santiago los famosos Carnavales de Oriente: carrozas y comparsas que desbordaban las calles de color y alegría; orquestas de las mejores.

Desde luego, todos los González regresaban a Santiago para esos días. Venían desde lugares tan lejanos como España, México, Miami, Nueva York, en fin. Don Roberto venía desde Puerto Rico, cargando con todos sus hijos, con los seis; orgulloso de sus tres hijos americanos y sus tres hijos puertorriqueños. En Santiago los esperaban don Rogelio, Tititi, don Gabriel, Conchita, y la tía Ana, entre muchos otros.

Para los carnavales de 1953, estaba toda la familia reunida en la señorial casona de la tía Ana, frente a la Plaza Mayor en Santiago. Los primos jugaban con los primos bajo la sombra de aquel viejo árbol de mangó; los tíos y las tías conversaban y se ponían al día de los últimos acontecimientos de la familia. Mientras…, la tía Ana se consagraba a su tradicional asopao de bacalao con viandas. La noche del 25 de julio, se fueron los adultos al baile en el Rancho Club, a las afueras de Santiago. Estaban en el grupo: don Gabriel, Conchita, don Roberto, María Fernanda, Tititi, Rafael, Manuel Antonio y Ricardo. Iban impecablemente vestidos: las mujeres con trajes de brillo y escotes que realzaban los encantos, que todavía lucían firmes y atractivos; los hombres con trajes blancos de hilo. La tía Ana, como siempre, se quedaba a cargo de sus adorables sobrinos.

–Cuando salimos del baile, ya en la madrugada del 26, –continuó Conchita, con la voz desfigurada– la historia de Cuba había cambiado para siempre…

Oliver soltó las notas y miró a Conchita. Sintió lástima.

–Esa noche…, mientras el pueblo bailaba, Fidel Castro bajó desde la Sierra Maestra y atacó el cuartel Moncada, uno de los

principales bastiones del ejército de Batista. Nos topamos, todavía tirados en la calle, a las víctimas del ataque. Había un fuerte olor a pólvora… y el terror de la muerte ocupaba el aire.

A Conchita se le formó un taco en la garganta y apenas le quedaba voz.

–Desde entonces la Revolución Cubana tuvo sus primeros mártires y capturó la atención de la prensa internacional para siempre –continuó don Gabriel, al ver que una oleada de sentimientos asaltaba a Conchita–. Al otro día temprano en la mañana, papá nos reunió a todos para decirnos que la situación en Cuba era cada día más incierta.

Don Gabriel le tomó las manos a Conchita y le dio un beso en la frente. Rosarito se solidarizaba con la mirada y los gestos, para no interrumpir la ternura del momento.

–Recuerdo –prosiguió don Gabriel– que la tía Ana nos hablaba con las manos en la cabeza, evocando a la Virgen de la Caridad del Cobre.

–Y si vas al Cobre… quiero que me traigas… una Virgencita de la Caridad –canturreó a media voz Victoria, acariciándole el pelo a Conchita, lleno de canas por la nieve de los años.

–Fue entonces –continuó don Gabriel– cuando papá nos dijo que había llegado el momento de repartir en vida la herencia de las acciones del Ron Caribe. Papá, desde luego, conocía muy bien los estragos de una revolución, pues él participó en las guerras de independencia y todavía…

–¿Usted me permite una pregunta?, don Gabriel –interrumpió Sofía, misteriosamente.

Don Gabriel la miró, regresando poco a poco de lejanos escenarios.

–Cómo no, adelante –le contestó con naturalidad.

–¿Los González…, apoyaron o no apoyaron la Revolución Cubana? –planteó Sofía, y la incomodidad en el semblante de los presentes se hizo evidente.

Sin embargo, Conchita no se dio ni por enterada. Hacía rato que tenía los recuerdos alborotados y se limitaba a balbucear uno que otro monosílabo para no salir de su trance. La imaginación se le perdió tras una canción trasnochada, recordando la algarabía del pueblo…, bailando en las calles…, las campanas de la Catedral…, los fuegos de fiesta…, la música….

La Plaza Mayor se abarrotaba de almas que enloquecían al ritmo de conga…"¡Un, Dos, Tres y Brinca!". Al son de la Sonora Matancera, Celia Cruz, Beny Moré, Pérez Prado, Los Guaracheros de Oriente. "¡Al Carnaval/ de Oriente me voy…!" La fama de los Carnavales de Oriente le daba la vuelta al mundo. Tras sus encantos tropicales, llegaban deslumbrados los turistas desde todos los puntos cardinales.

El Ron Caribe, desde luego, apoyaba al pueblo, auspiciando carrozas, comparsas, orquestas, reinados, exposiciones de artesanos, competencias de trovadores y juegos infantiles, entre otros.

Para cuando el ataque al cuartel Moncada, el baile en el Rancho Club era ya una tradición que había comenzado la tía Ana desde finales de la Primera Guerra. Bajo su determinación inquebrantable, el baile siempre se organizó para el beneficio de la Sociedad Pro Asilo de Beneficencia de Santiago.

La pregunta de Sofía había quedado flotando en el aire. Oliver le había salido al paso, para impedir que tratara de politizar la reunión so color de periodismo.

–¡Hombreé, Fernando! –se defendió Sofía con una sonrisa entre cínica y amable–. Me parece que mi pregunta va dirigida a un tema de constante actualidad y que todos aquí tenemos una curiosidad intelectual…

–¿CURIOSIDAD? –la cuestionó Oliver–. Yo te conozco, Sofía.

–¡Joder, Fernando! Queréis permitirle a don Gabriel que decida si quiere contestar la pregunta –planteó Sofía, señalando con su copa en dirección a don Gabriel.

–¡Oye! Yo encantado de la vida –afirmó don Gabriel–. Pero les advierto que si nos metemos en ese tema, nos coge la noche.

–¡No! La noche no. Porque esta noche es el juego de baloncesto entre Puerto Rico y Argentina –sostuvo el licenciado Oliver–. Y si ganamos... ¡Y vamos a ganar!, pasamos a la final contra Estados Unidos.

–¡Vaya!, sin meternos en aguas profundas... –dijo don Gabriel, observando que Conchita tenía su imaginación entretenida en otra parte–. Al principio sí..., todos respaldábamos la Revolución –afirmó, luego de una larga pausa–. Era un movimiento de pueblo..., prácticamente todos los cubanos la apoyábamos. La preocupación de papá no era Fidel en aquél momento; me refiero cuando el ataque al cuartel Moncada. Era con la dictadura de Batista; la corrupción, los atropellos. ¿Qué iba a pasar con nosotros bajo esa dictadura? ¡Porque recuerden que cuando Moncada las fuerzas de Fidel fueron aplastadas!

Sofía encendió un cigarrillo, inhaló pensativa. Reinaba un silencio absoluto que nadie se atrevía a interrumpir, ciertamente era un tema espinoso.

–Cuando usted dijo –volvió Sofía a la carga, aprovechando el desconcierto de los demás, como si se tratara de una encomienda periodística– que la Revolución tuvo sus primeros mártires y captó la atención mundial para siempre, da la impresión como si...

–La Revolución eventualmente se nos fue de las manos –admitió don Gabriel, visiblemente afectado–. Cuando el ataque al cuartel Moncada nadie pensaba que la Revolución iba a llegar tan lejos. Y mucho menos que una vez en el poder se iba a declarar comunista.

Fidel nunca le habló al pueblo de comunismo hasta que se trepó en el poder. Para aquél entonces, era un movimiento lleno de romanticismo, que hablaba de justicia y libertad, pero que nadie le veía grandes probabilidades frente a las tropas de Batista. Pero el resultado final fue que los cubanos cambiamos una dictadura de derecha, por una de izquierda.

Conchita comenzó a llorar y a Rosarito se le partió el corazón. Don Gabriel le apretaba las manos.

Sofía fumaba meditativa, observaba a Conchita. Por un momento pensó que no debió haber hecho la pregunta, pero ya era tarde. "Vos se imaginá…, hacer un análisis comparativo entre Muñoz y Fidel, dos gigantes del Caribe", le taladraba la mente las palabras del padre Sotográs. Buscó alivio, pensó en su jefe. Él siempre estaba interesado en publicar reportajes sobre Cuba y Fidel. Era una obsesión. "Dos Gigantes del Caribe", repensaba la frase, pero no era fácil. De Fidel se había escrito todo, pero…, ¿y de Muñoz?…, no sabía por dónde empezar. "Los libros están llenos de dictadores, pero para un personaje como Muñoz habría que empezar con entrevistas, meterse en las bibliotecas, en los archivos…"

–De hecho, –continuó don Gabriel– esa madrugada cuando salimos del baile, la noticia que corría por las calles era que la Revolución había fracasado. A Fidel Castro, que para entonces era prácticamente un desconocido fuera de Cuba, lo arrestaron y lo enjuiciaron. Fue un juicio que el aprovechó muy hábilmente para escalar una notoriedad internacional.

–¡OK! ¿Pero qué pasó con las acciones? –preguntó Oliver, moviendo su pluma como insinuando: ¿A qué vinimos aquí, a hablar de política o a qué?

–¡Vaya! –reaccionó don Gabriel–. Usted perdone licenciado, pero es que a nosotros los cubanos nos ponen ese tema y ya usted sabe…

Benito le pasó una servilleta a Oliver con una nota que decía: "Cógelo suave maricón". Oliver la leyó, la escondió dentro de su libreta y le devolvió una sonrisa.

–Al otro día por la mañana, –continuó don Gabriel– papá le dijo a Roberto que se encargara del trámite de pasar las acciones a nombre de sus dos hijos en partes iguales. El Ron Caribe ya desde esa época estaba formado por un conglomerado de varias plantas afiliadas. En Cuba, México, Nueva York, Puerto Rico, Brasil, Miami, etc. De manera que la tarea no era fácil.

–Me imagino –dijo Benito, apreciativamente–. Con los medios de comunicación de entonces.

–¡Oye! Así mismito, ¿eh? –afirmó don Gabriel–. ¡Figúrate tú!, una llamada de Cuba a Nueva York era un tormento. De manera que yo me ofrecí para encargarme de la matriz en Santiago. Pellín se ofreció llevando personalmente las acciones de la subsidiaria de Nueva York.

–¡Peeellín! –exclamó Benito, con su mejor humor–. ¿Usted también estaba allí en los Carnavales de Oriente?

–Yo le dije doctor, que yo viajé muchas veces con Roberto a Cuba, –contestó Pellín– y el mes de julio es precisamente la mejor época, por los carnavales. Además, yo era el único hermano negro entre todos los González –añadió, provocando una explosión de carcajadas–. Desde que yo conocí a Roberto y a Gabriel, allá para los años veinte...

–1922 –puntualizó don Gabriel, regalándole una sonrisa a Rosarito y a Victoria.

–...Siempre hemos cultivado una amistad, una hermandad –aseguró Pellín.

–¿Como cuántas veces tú fuiste a Cuba? –le preguntó don Gabriel, como el que sabe la contestación, pero quiere saborearse el punto.

–¡Muchas! Muchas, muchas –sostuvo Pellín, con una sonrisa feliz–. De hecho, yo fui a Cuba a jugar béisbol. Y en una ocasión…

–¡Aaah, si!…, usted me contó que era pelotero de joven –asintió Benito, atraído por el tema. ¿Pitcher, verdad?

–Así mismito doctor Álvarez, pitcher –Pellín movía su cabellera blanca–. Usted también me contó que jugaba béisbol en Panamá.

–Si quieren hablar de béisbol… El béisbol es mi pasión –aprovechó Oliver para insertar la cuña–. Si nos vamos por esa línea entonces sí que nos coge la noche.

–Licenciado Oliver, si quiere volvemos al tema de la herencia –dijo Pellín, preocupado de que la conversación se descarrilara nuevamente.

–Don Pedro –le contestó Oliver– usted hable todo lo que quiera, que como ya le dije, yo voy tomando notas… Además, no se olvide que yo facturo por hora –concluyó y todos rieron–. Lo que sí necesito es que nos traigan el café. Me muero por un café. ¡Que mucho se han tardado!

–Es que fueron a buscar el capuchino de Vickie a Roma –se mofó Rosarito.

Don Gabriel le pidió a uno de los mozos que se apuraran con el café.

–¡Oye! Se me duerme esta gente aquí –bromeó don Gabriel.

–Tenga cuidado don Gabriel que estos abogados le están corriendo el metro –se rió Sofía, haciéndole una mueca a Oliver.

–Con que pare el metro mientras toma café me basta –sentenció don Gabriel.

–Pero antes que nada, don Pedro –indagó Oliver– yo tengo aquí en mis notas que usted dijo: "y en una ocasión…"

–¿Y en una ocasión? –se preguntó Pellín, rascándose la cabeza–. ¡Hmm!… No me acuerdo.

–Cuando dijo que había ido varias veces a Cuba a jugar béisbol –le indicó Oliver para refrescarle la memoria.

–Don Pedro, le están haciendo una prueba de la memoria –bromeaba Rosarito con Pellín mientras le preparaba su café.

–¡Ay! señorita González, como abusan con los viejos –decía Pellín riéndose–. ¿Y en una ocasión...? Hm...

–¿Mire a ver si está bien así? Café, leche y dos de azúcar –le preguntó Rosarito a Pellín.

–¡AAH!, me acordé, me acordé. ¡Café, leche y dos de azúcar! Me acordé –gritó Pellín.

Hizo una pausa y prosiguió.

–En una ocasión, durante un campeonato regional, me batí en un duelo de pitchers con un joven flaco de las afueras de Santiago. Yo ponché una docena y él ponchó otra docena. ¿A que no adivinan quién era ese pitcher?

–Yo sé pero no digo –se apresuró a decir Conchita–. ¡Tú tampoco digas, Gabriel!

Estuvieron un rato tirando nombres al aire. Oliver hizo galas de sus conocimientos beisboleros, pero sin acertar.

–¿Frío o caliente? –preguntó Benito buscando ayuda.

–Congelados –sentenció Pellín–. ¿Se rinden?

La nueva generación cruzó miradas, buscando consenso. Pero ante el gesto de resignación de Oliver, se rindieron a coro.

–¡FIDEL CASTRO! –contesto Pellín.

–¡NOO! Usted tiene que estar bromeando, don Pedro –exclamó sorprendida Victoria, apoyada por un coro de incrédulos.

–¡Si! ¡Si!, Fidel Castro –repetía Pellín, riéndose y disfrutando del momento. Él fue un buen pitcher cuando era joven.

–Un dato interesante que ustedes no saben, –añadió don Gabriel– es que Fidel llegó a practicar con un equipo de las Grandes Ligas.

–¡Tío te pasaste! Esa sí que no hay quién te la crea –arremetió Rosarito, haciendo gestos y buscando con los ojos apoyo de Benito y de Oliver.

–¡Óyeme, mi niña!, eso es cierto –afirmó Conchita–. ¿Cómo era que se llamaba el equipo aquel, Pellín?

–Los Senadores de Washington, que luego se mudaron... no me acuerdo ni adonde –dijo Pellín–. Pero los Senadores no llegaron a un acuerdo con Fidel y lo dejaron libre.

Oliver pensó en las eternas polémicas políticas en el seno de su familia. Trataba de calcular cómo hubiera sido el mundo si Fidel se hubiera dedicado a jugar béisbol. Cuántos problemas se hubiera evitado los Estados Unidos si los Senadores de Washington lo hubieran contratado, se cuestionó y dijo:

–Ahí fue que cambió el curso de la historia.

Capítulo 14

Ardía el panal del nacionalismo boricua. Puerto Rico y Estados Unidos se medirían por la medalla de oro del baloncesto de los Octavos Juegos Panamericanos. Los periódicos destacaban en grandes titulares: ¡PUERTO RICO SE MIDE HOY POR EL ORO!

Desde temprano en la mañana la conversación era la misma, en las paradas de la guagua, en las cafeterías y en cualquier esquina: "Puerto Rico Tras la Presea Dorada" era la noticia del día.

Banderas puertorriqueñas ondeaban por calles y avenidas, electrificando los sentimientos patrios. La prensa deportiva comenzaba sus análisis con cautela, sumando y restando estadísticas, desalentadoras por cierto. Pero luego se soltaba a riendas sueltas y exploraba escenarios inciertos, para mantener relampagueando al corazón del pueblo. Desde luego, en los colmados y en los cafetines los sabios callejeros vociferaban con argumentos inapelables que el triunfo era seguro.

El país se fue de fiesta. Desde el medio día las oficinas se fueron quedando desiertas tras una estampida de fanáticos delirantes. La gente hacía largas colas para comprar los artículos indispensables

para tan magno evento: Ron Caribe, Coca Cola, hot dogs, pollo, hamburgers y hielo.

En las Olimpiadas de 1972 celebradas en Munich, Puerto Rico le había ganado a Yugoslavia, que venía de ganar el Campeonato Mundial el año anterior. Luego, en las Olimpiadas de 1976 celebradas en Montreal, Puerto Rico le ganó la primera mitad a Estados Unidos, para caer vencido al final por el margen mínimo de un punto.

–¡Ahora estamos en nuestro gallinero! –gritaban los fanáticos embriagados de esperanza.

Un pueblo unido, como casi nunca, tras su equipo, tanto pobres como ricos, a lo largo de todo el mosaico político: estadistas, independentistas, estadolibristas, autonomistas, anarquistas, en fin, elevando oraciones a la Divina Pastora para que los sueños no se hicieran añicos. Dicen los que más saben, que solamente algunos huracanes han tenido la virtud de unir al pueblo tanto como el equipo nacional de baloncesto.

El día del encuentro crucial por la medalla de oro, los hermanos, primos, padres y tíos se buscaban, llamaban y jalaban para formar grupos para presenciar el evento frente al televisor.

–¡Esto no es apto para cardíacos! –se gritaban los parientes, haciéndose eco de un legendario comentarista deportivo, el Olímpico–. ¡Ayúdanos Divina Pastora!

Como el que combate el fuego con aceite, el dirigente del equipo americano se enredó en una serie de controversias con la policía y la prensa, que dieron lugar a una cadena interminable de conjeturas, polémicas, malos entendidos, insultos y agravios, que escalaron el sentimiento patrio más allá de los últimos límites imaginables. Era un hervidero de pasiones. Como si por un instante esta bella Isla del Encanto, pacífica como un cordero, se revelara contra la metrópoli, dando así al traste con su dudosa reputación

de ser la única colonia en el mundo que nunca se ha revelado, ni contra su primera ni su segunda madre patria.

A las 8:30 de la mañana de ese mismo día, el tío Lorenzo esperaba a su sobrino Fernando Oliver para desayunar en el Banker's Club del Viejo San Juan. El único tema en la agenda era la sucesión de don Roberto González. Tratándose de un día de tanta efervescencia nacional, de ordinario no había ánimo para asuntos tan estatutarios, pero lo cierto es que el caso estaba en crisis. El día antes el tío Lorenzo encontró una nota en su escritorio en la que su sobrino renunciaba al caso. "Solicito y acepto me releves de toda responsabilidad del caso de los González", decía escuetamente la nota.

Eran las 8:45 y Oliver no había llegado; el tío Lorenzo se levantó de su mesa y se acercó pausadamente al ventanal. Miró a lo lejos contemplando las diferentes tonalidades de azul entre la laguna del Condado, la bahía de San Juan y el Océano Atlántico. Estaba desanimado. Pensó primero en cómo convencer a Oliver para que prosiguiera con el caso... luego en las razones que habrían motivado tan súbita decisión. La noche antes el tío Lorenzo se había reunido con el licenciado Carlos Ruiz para expresarle su desilusión porque Oliver quería renunciar al caso de los González. "Lorenzo, a mi me parece que el caso le queda grande –recordaba que le había dicho Carlos Ruiz sin rodeos–. Yo sé que como tío tu quieres ayudarlo a que él supere todos esos prejuicios que él arrastra desde su niñez... pero no lo puedes dejar solo porque se va a joder... Tienes que supervisarlo y ayudarlo, con la malicia y la experiencia que viene con los años". El tío Lorenzo volvió a contemplar el panorama, el sol acariciaba la bahía. Regresó a la mesa y saboreó el café. Ojeó el periódico: "Puerto Rico se mide hoy por el Oro". Recuperó el ánimo.

Por fin llegó Oliver, y el tío Lorenzo suspiró. Se confundieron en un fuerte abrazo y para azucarar las tensiones, el tío abordó

primero el tema del día: el juego de baloncesto entre Puerto Rico y Estados Unidos. Así estuvieron un rato, tomando café y analizando el cuadro regular de cada equipo. El tío hizo una señal para que trajeran el menú, ordenaron el desayuno, y como era de esperarse, el mozo también participó del análisis del juego.

–Yo le apuesto las cajas de cervezas que ustedes quieran –decía el mozo, seguro del triunfo del equipo de Puerto Rico.

Tanto el tío Lorenzo como Oliver charlaron amenamente con el mozo, pero declinaron la apuesta. Tan pronto el mozo partió, el tío Lorenzo fue directo al grano:

–¿A qué se debe la renuncia?

Oliver clavó sus ojos en el fondo de su taza. Pensó primero en el enjambre en que se había convertido el caso, en la trenza patrimonial que se tejía alrededor del caudal hereditario... luego pensó en los famosos tambores de guerra...

–¿Te queda grande el caso? –preguntó el tío Lorenzo, haciéndole una señal al mozo para que trajera más café.

–¡Sí!, me queda grande, tío, me queda grande –contestó desafiante Oliver.

–Pues esas son buenas noticias –planteó el tío Lorenzo– porque ese es precisamente el objetivo; para que crezcas profesional y emocionalmente.

Oliver se sintió en buenas manos y le devolvió una sonrisa infantil. Recordó las fiestas familiares de su niñez, las jiras en el balneario de Luquillo con los calderos de arroz con pollo; la finca de sus abuelos en Mayagüez, con sus altos pinos que le regalaban una sombra placentera...; recordó a su adorable abuela Clara, a quien recurría en busca de refugio.

–Cuéntame de Conchita –indagó el tío Lorenzo, sorprendiendo a Oliver con su imaginación lejana.

–¡Esa vieja es una cabrona! –arremetió Oliver descontrolado, y el tío Lorenzo explotó en carcajadas.

Resulta que antes de regresar a Nueva York, a insistencia de Conchita, ella y don Gabriel se reunieron con el tío Lorenzo. En la reunión, Conchita cuestionó la capacidad de Oliver para manejar el caso. Oliver se enteró porque don Gabriel, que le había cogido un cariño especial, se lo confesó. En un arrebato de cólera, escribió la nota sobre su renuncia y la colocó sobre el escritorio de su tío.

–Si algo yo aprendí hace muchos años –afirmó el tío Lorenzo, pausado– es que...

–¡Tío! –interrumpió Oliver– mi cliente es don Gabriel, en su capacidad de Albacea de la sucesión de don Roberto González. ¡No Conchita!

–Mira Fernando, tu cliente es Conchita, y es Rosarito, y es Arturo Valdéz, el marido de la otra... Es la fraternidad completa, Fernando. Te lo aseguro...es la fraternidad completita.

Oliver escuchaba a su tío con atención, concentrando su vista en el plato de tostadas francesas que iba saboreando con su acostumbrada parsimonia. Cortaba dos cuadritos de idénticas dimensiones y los colocaba uno sobre el otro, y luego se los llevaba a la boca poco antes del próximo sorbo de café. Así volvía y repetía. Era un ritual.

–Tienes que conquistar a Conchita y a todos los demás –prosiguió el tío– o de lo contrario como abogado te morirás de hambre.

Un barco entraba a la bahía y un mozo que observaba, canturreaba:

–¡Ahí viene un barco entrando a la bahía!

–¡Ahí se va, se va, se va la novia mía! –le contestó el tío Lorenzo chocando manos con el mozo, como viejos amigos.

–¿Dónde va a ver el juego, licenciado? –preguntó el mozo refiriéndose al tío.

–¿Yo?, yo lo voy a ver en casa. Voy a tener casa llena. Si quieres darte la vuelta, estás invitado.

–Gracias, gracias licenciado. Usted siempre tan amable –dijo el mozo–. Se lo agradezco pero yo voy para la casa de mi hijo que tiene uno de esos televisores de pantalla gigante.

–Y tú Fernando, ¿que planes tienes? –le preguntó el tío Lorenzo a su sobrino.

–Yo voy para el coliseo.

–Pues más vale que salgas temprano, porque dicen que el tapón va a ser un tormento… Vamos a hacer una cosa Fernando…, que tal si nos reunimos para discutir la estrategia a seguir en el caso de don Roberto.

–Eso sí que te lo agradezco mucho, tío –convino Oliver, apreciativamente.

–Ya tú verás Fernando, le vamos a romper el espinazo al caso, como decía el viejo Andrews.

–¿Cuándo?

–Hoy no. Hoy no creo que sea el día para esto… Vamos a hacer lo siguiente, Fernando: dale pensamiento a cada uno de los problemas de la herencia, y cuáles serían los pasos que tú recomendarías para encontrarle una solución.

Oliver escuchaba con atención; recordaba las palabras de su madre …"escuchar cuando habla el que más sabe, si se tienen intenciones de aprender". Lo escuchaba como el sobrino que escucha a su tío preferido, su modelo de inspiración. No como el que oye al jefe dando un sermón.

–Siéntate con un memo pad, Fernando, y de una manera bien estructurada, recurre a los fundamentos: objetivos, controversias,

plan de acción –continuaba el tío Lorenzo, contando con los dedos para enfatizar su lección.

–¿Cuándo nos reunimos, tío? –volvió a preguntar Oliver.

–¿Qué te parece el próximo lunes temprano en la mañana?

–Perfecto.

Oliver se sintió animado. Como si de pronto escuchara una orquesta filarmónica desde el cielo, como las que escuchamos en el cine cuando el novio besa la novia.

–¡Y Benito!, ¿cómo va con la tasación de las acciones? –preguntó el tío Lorenzo.

–Esta noche le voy a dar seguimiento a eso, tío.

–Mira Fernando, que eso es muy importante para muchas cosas... –decía el tío Lorenzo, frotando el dedo pulgar con el índice.

–¿Honorarios?

–Pues claro, hijo.

De salida, el tío Lorenzo se detuvo en varias mesas a saludar; había amigos, colegas, clientes y conocidos. Oliver observaba con admiración la efusividad de los apretones de manos, las palmadas y abrazos; ciertamente su tío era muy querido. En cada mesa presentaba a Oliver con orgullo.

–Ustedes conocen a mi sobrino, ¿verdad?, el licenciado Fernando Oliver.

El tío Lorenzo era la fuente de inspiración de Oliver. Según aquel destacado psiquiatra de su niñez, él se hubiera perdido por los callejones de la delincuencia juvenil si no hubiera sido porque el tío Lorenzo se convirtió en su norte. El tío ejercía un liderato sin empujar; alto en ejemplos y bajo en sermones. Los saludos en las mesas adelantaban un mensaje a su sobrino; en un abrir y cerrar de ojos se confundieron en fuertes abrazos: puertorriqueños, cubanos, españoles y judíos.

Bajaban en el elevador cuando el tío Lorenzo le preguntó:

–¿Con quién vas para el coliseo?

–Con las Naciones Unidas.

El tío Lorenzo estalló en carcajadas; tenía la esperanza de que tarde o temprano Oliver juzgara al prójimo por su carácter, no por la tierra que lo vio nacer.

–Cuéntame, ¿cómo es eso? –le preguntó, aguantando las ganas de reír.

–Benito, panameño; Sofía, española; el padre Sotográs, ¡¿te acuerdas de él?!

–Seguro que me acuerdo.

–Bien, pues ese es argentino; Pellín, dominicano; Vickie, americana, aunque dice que le va al equipo de Puerto Rico. Eso, ¿qué te parece?

Por el pasillo hacia la oficina, el tío Lorenzo le echó el brazo a Oliver. Estaba feliz.

–¡Ah!, –dijo exaltado Oliver– por poco me olvido de Rosarito; puertorriqueña. Ya ves, las Naciones Unidas.

–Te falta la delegación más importante –ripostó el tío.

–¿Cuál?

–La cubana. Mándate a buscar a Conchita. Recuerda que Puerto Rico y Cuba son de un pájaro las dos alas.

A la entrada del coliseo Roberto Clemente, Oliver y Benito esperaban por el resto del grupo. Un caudaloso río de seres humanos entraba al coliseo cantando: ¡Puerto Rico, Puerto Rico! Cargaban instrumentos musicales, neveras repletas de cervezas y agitaban con amor patrio la bandera puertorriqueña. Por el acceso principal de la avenida Roosevelt, decenas de vendedores ambulantes pregonaban un mosaico de golosinas: piraguas, carne al pincho,

brazos gitanos, pizza, cerveza, hot dogs... Oliver y Benito no resistieron la tentación y le metieron mano a unos sabrosos pinchos de carne de cerdo con tostones que acompañaron con las primeras cervezas de la noche. Una caravana de guaguas escolares color amarillo canario había ocasionado un gigantesco tapón a la entrada del coliseo. Guayanilla, Villalba, Juana Díaz, Ponce, Cayey, Arecibo, Corozal... venían de todos los pueblos de la Isla. Eran guaguas rotuladas en bilingüe –escolar y school bus– que transportaban el alma del pueblo. Un contingente de policías se afanaba en la tarea de aliviar el tránsito, soplando sin tregua sus pitos reglamentarios que subían hasta el cielo. La repuesta era un coro de bocinazos de chóferes frustrados que iba in crescendo según se acercaba la hora del encuentro.

–El otro día no tuve oportunidad de comentártelo, pero… ¿sabes quién resultó ser la abogada de Georgina Balzán, la amante de don Roberto? –le preguntó Oliver a Benito, misteriosamente.

–¿Quién? –preguntó Benito, despreocupado.

–Elizabeth.

–¿Cuál Elizabeth? –reaccionó Benito.

–Aquella que era novia tuya hace un montón de años.

–No jodas.

–Así como lo oyes. Elizabeth Guerrero.

–Y el Guerrero, ¿de dónde salió?

–Del marido. El apellido del marido, que es abogado también. ¿Qué tú te crees, que ella se iba a quedar toda la vida esperando por ti?

Una revuelta de sentimientos estremeció a Benito; con Elizabeth él había vivido un fuego de juventud que todavía le ardía en la piel. Oliver le seguía hablando sobre Georgina Balzán, de teorías legales, estrategias, pero Benito miraba a lo lejos seducido por los recuerdos.

Recordó aquella lejana tarde en que su viejo automóvil se descompuso, el bólido azul como le decía cariñosamente la muchachada. Don Roberto González sudaba la gota gorda tratando de arreglárselo, pero como la cosa tardaba…,"¡Ya tu verás, ya tu verás!"... le prestó su Ford último modelo para que Benito buscara a Elizabeth en las Tiendas Capri, donde ella trabajaba al salir del colegio. La recordó en el uniforme del colegio La Milagrosa, en el centro de Río Piedras, falda y chaqueta azul pavo, con unas medias largas blancas que subían más allá de las rodillas y se perdían por la zona donde los muslos nacen. Zona prohibida, y que por ser prohibida era que gustaba y tentaba tanto.

Por fin aparecieron Rosarito y Sofía. Venían risueñas, saboreándose un piropo picante que unos compatriotas les gritaron desde la ventana de una de las guaguas amarillas. Se abrazaron y se besaron y lo primero que dijo Sofía agarrando a Oliver por la cintura fue:

–Ven Fernando, comprame una cerveza que me muero de sed.

–A mi también –sonrió Rosarito, halando a Benito por un brazo–. Nosotras veníamos super temprano pero hemos estado ahí en ese tapón por más de dos horas.

–¡Coño!, que exagerada eres –le ripostó Benito, haciéndole señas a una señora de un tenderete improvisado, que quería cuatro cervezas.

–Están bien frías –dijo la señora, subiéndole el volumen a un radio transistor por donde se escuchaba un locutor improvisando pronósticos sobre el juego, que le ocasionaban taquicardia al pueblo.

–Vickie no va a venir –anunció Rosarito–. Esta mañana me llamó y me dijo que tenía una jaqueca de madre, que la excusáramos.

–Y don Pedro, ¿que pasó con don Pedro? –preguntó Oliver refiriéndose a Pellín.

–Él tiene su taquilla. Yo se la di y quedamos en encontrarnos dentro del coliseo –contestó Rosarito. Igual el padre Sotográs, –añadió– ¡¿verdad Sofía?!

–¡Si! ¡Si! –asintió Sofía entre sorbo y sorbo de cerveza–. Nos vamos a encontrar con él adentro, él también tiene su taquilla. ¿Vale? ¡Bueno vamos!... Vamos a entrar que se nos hace tarde.

De las guaguas amarillas bajaban tropeles y más tropeles de fanáticos enardecidos con pleneras, cencerros, tamboras y trompetas. ¡Santa María/ libranos de todo mal!, cantaban a todo corazón, transportando una alegría contagiante. Rosarito y Sofía comenzaron a remenear las caderas y un viejito dulzón le regaló una bandera puertorriqueña a cada una.

Dentro del coliseo reinaba un espíritu de fiesta nacional. Los vendedores de cerveza se escurrían con audacia entre las gradas para satisfacer a los fanáticos sedientos. ¡CERVEZA, CERVEZA!, se escuchaba por encima del estruendo de la muchedumbre que deliraba al compás de conjuntos musicales de salsa, bomba y plena. Periodistas, camarógrafos y fotógrafos hacían su agosto entrevistando a los políticos que aprovechaban la ocasión para exhibir su incuestionable orgullo por la patria. Todos pronosticaban el triunfo del equipo de Puerto Rico. A nadie le interesaba el vaticinio de los técnicos que hablaban de otra realidad. Esa no era una noche para hablar de la realidad, sino para disfrutar de un histórico momento de efervescencia nacional.

Pellín y el padre Sotográs los recibieron y se armó una fiesta de besos y abrazos. Habían llegado temprano al coliseo.

–La puntualidad no cuesta nada, pero vale mucho –se reía Pellín–. ¡Algo de valor debemos tener nosotros los pobres! –explicaba Pellín que le decía de niño su mamá.

–¡POOBREE! –reaccionó Rosarito–. Yo me acuerdo que en la oficina de papi había un recorte de periódico en la pared que decía: ¡NACE UN NUEVO MILLONARIO!

Pellín se moría de la risa.

–¡Ay, señorita González! Usted se acuerda de unas cosas tan viejas.

Rosarito contemplaba a Pellín, esa sonrisa espléndida la cautivaba. Pensó en los cuentos de las "Coca–Colas con" y las "Coca–Colas sin". De la noche que pasó con su papá en la cárcel…

–Don Pedro, usted me prometió que me iba a contar algún día cómo fue…

Pellín se reía. Los vendedores de cerveza y piña colada se veían desesperadamente cerca, a la distancia. ¡CEEERVEZA! ¡LLEVO LA SABROSA PIÑA COLADA! Oliver, Sofía, Rosarito, todos querían atrapar una piña colada. Pero en aquel mar de gente no era fácil capturar una de esas delicias, los vendedores se deslizaban por la maroma, atendiendo una muchedumbre sedienta de victoria.

–La voy a complacer, señorita González.

Mientras el equipo de Estados Unidos practicaba, Pellín contó una de esas historias que a todos fascinaba. Él había sido pobre, muy pobre…, pero ya no lo era. Un golpe de suerte le dio un vuelco a su vida; se pegó en la lotería, y de qué manera.

–La suerte es como el amor –afirmó Pellín, y Sofía prendió sus oídos–. Llega cuando no la mandan a buscar.

Resulta que un tío de la República Dominicana le enviaba de contrabando al Bronx, billetes de la lotería escondidos dentro de una guitarra. Todas las semanas la guitarra hacía el recorrido ida y vuelta, con la desinteresada colaboración de las autoridades portuarias.

La sonrisa de Pellín los seducía a todos, que preferían ignorar la puntería de los tiradores norteamericanos. Había uno de ellos que llevaba al menos diez tiros sin fallar desde la línea de tres puntos.

–Con la venta de los billetes, yo cuadraba el presupuesto, que era bastante enclenque –Pellín abría los ojos–. Para esa época mi hermano mayor había muerto y había dejado a siete niños huérfanos...

Oliver escuchaba a Pellín, pero cada vez que aquel jugador metía una bola más –en ristra, no fallaba una– sentía mariposas en el estómago.

–Recuerdo que para las navidades de 1955, una tormenta de nieve azotó la ciudad y la gente se encuevó, no había un alma en las calles. Por la ventana yo veía cómo los días pasaban y los billetes se me quedaban. ¡Y se me quedaron! En la radio se escuchaba "Blanca Navidad", pero para mi fue una "Triste Navidad". Yo me tiraba a la calle a vender, pero era en vano.

–Un Bear Market, como dicen en Wall Street –comentó Benito, que no le quitaba de encima los ojos al equipo de Estados Unidos. Si juegan como practican..., se dijo. Era intimidante.

–Yo no encontraba como explicárselo a mi tío, que dividía la comisión conmigo.

Un vendedor de piñas coladas se acercó, pero no le alcanzaron para tantas manos que se alzaron. Se fue, pero prometió volver.

–¡Ay! Señorita González... ¡La vida te da sorpresas! A los dos días mi tío me llamó eufórico. El primer premio de la lotería dominicana había salido en ruta al Bronx, arrullado por el canto de aquella guitarra.

–¡Joder, hombreé! Este tío sí que tiene suerte –Sofía daba palmadas y se lo gozaba.

–¡Señora Miró, por favor!, no vaya a publicar estos cuentos en su revista.

–Don Pedro, usted y yo nos tenemos que sentar a hablar de negocios... Sus cuentos me encantan –se reía Sofía.

–Óigame don Pedro, si necesita un abogado para los copyrights... –saltó Oliver.

Pellín no paraba de reírse.

Sonó una chicharra, y los jugadores de Estados Unidos abandonaron la cancha. A pesar de la clara superioridad desplegada durante los calentamientos, la fanaticada no cesaba en sus alaridos para estimular al equipo de Puerto Rico.

Rosarito le guiñó un ojo a un vendedor de piña colada y lo haló, realmente lo arrastró hasta su palco.

–¿Con o sin? –le preguntó el vendedor.

–Con Ron Caribe por favor. ¿Quién más? ¡Aprovechen! –preguntó Rosarito, pasando un vaso de piña colada a Sofía.

Todos dijeron que sí menos Oliver que estaba indeciso entre seguir bebiendo cerveza o cambiar a piña colada.

–¡Joder!, Fernando, tenéis que patrocinar al Ron Caribe. Mira que de ahí salen tus honorarios –bromeó Sofía.

Oliver enseguida accedió, ripostándole:

–¡Ok! Más me vale que diga que sí, porque la factura de este mes va a estar por las nubes.

–Licenciado, tenga cuidado –dijo Pellín muerto de la risa–. Mire que cuando yo era cocinero en el Village, Roberto y Gabriel me pagaban los frijoles con Ron Caribe que traían de contrabando desde Santiago.

–Óigame don Pedro, me alegro que me lo recuerde, porque eso mismo vamos a hacer con la factura de Oliver –añadió Rosarito,

dándole riendas suelta a la broma, aprovechando la informalidad del ambiente.

Por los altoparlantes anunciaban los integrantes del equipo de Estados Unidos y una mínima cortesía protocolaria agujereaba un espeso abucheo.

–La próxima factura se la voy a enviar a Pepe Portillo a la fábrica –seguía Rosarito, dale que dale– para que le envíen al bufete un camión repleto de Ron Caribe.

Sofía y Benito explotaron en carcajadas.

–Yo vine aquí a disfrutar del juego –se defendió Oliver, guiñándole un ojo a Benito– pero si quieren prendo el metro y nos ponemos a analizar las nuevas estrategias del caso.

–¡No!, no se te ocurra Fernando, ¡No! –sentenció rápidamente Sofía, haciéndole la señal de la cruz, como quien ahuyenta al Diablo.

Una explosión de sentimientos patrios estremeció al Roberto Clemente cuando hizo su entrada el Equipo Nacional de Puerto Rico. Todo era expectativa y cuando lanzaron el balón al aire el país completo se paralizó. Estados Unidos se fue rápidamente a la delantera, pero el ánimo no decaía. Por el contrario, al son de timbales, congas y trompetas, los conjuntos musicales mantenían encendido el orgullo nacional. Pronto Puerto Rico hizo un sensacional preseo y se acercó en el marcador. El estruendo de la fanaticada era una locura. Ese fue el patrón del juego. Estados Unidos sacaba ventaja, y rápidamente Puerto Rico se crecía para venir de atrás y amenazar con irse al frente en el marcador.

El juego avanzaba al ritmo de una noche tropical. Fernando Oliver se sentía inspirado; se identificaba plenamente con la lucha dentro de la cancha –el manejo del balón, los rebotes, las penetraciones hacia el canasto–. Sentía como si se tratara de su propia lucha como abogado de la sucesión de don Roberto González. Hizo un inventario

mental de las controversias que aquejaban la sucesión. Pensó primero en los famosos tambores de guerra. Cada vez que Puerto Rico hacía un avance y se pegaba en el marcador, chocaba manos eufóricamente. ¡Puerto Rico, Ahí! ¡Puerto Rico, Ahí!, gritaba enardecida la multitud. "Las Naciones Unidas"..., recordó la conversación con el tío Lorenzo. Pensó en el próximo viaje de Sofía a Cuba... "En Santiago de Cuba están los papeles que tú necesitas"... El padre Sotográs sería su fiel camarada. En la fábrica matriz del Ron Caribe en Santiago se encontraban los documentos originales de la herencia de las acciones. Dos cortes de bola seguidos y un donqueo, y el equipo de Puerto Rico se puso a ley de tres puntos. El dirigente de Estados Unidos rápidamente pidió tiempo y un mar de banderas puertorriqueñas hizo efervescencia. Sofía abrazó fuertemente a Oliver remeneándose al son de una plena que estalló tres filas más arriba. ¡Santa María/ Libranos de todo mal/ Ampáranos Señora/ De ese terrible animal! El dirigente de Estados Unidos hizo un gesto obsceno y la multitud le contestó con un coro que decía: ¡Hijo 'e puta!, ¡Hijo 'e puta!

Terminó la primera mitad con el marcador bien cerrado. Dicen los que más saben, que si en ese momento les hicieran una consulta plebiscitaria a los boricuas, Puerto Rico le pediría la independencia a los Estados Unidos. Pero eso sí, tiene que ser en ese momento.

Durante el intermedio Benito se presentó con una bolsa repleta de sabrosas empanadillas argentinas acabaditas de freír.

–¿Vos sabé que nunca había comido una empanadilla argentina hasta que salí al exilio? –aseguró el Padre–. ¡Mm!, pero que sabrosas están.

–Pero bueno –dijo Sofía– a mí me pasó igual con los sandwiches cubanos. La primera vez que fui a Cuba tenía una gran curiosidad por probar los verdaderos sandwiches cubanos. Y allí me dijeron que eso era un invento de los cubanos en el exilio.

–¡De la calle 8 en la sawesera, óyeme tú! –bromeó Benito, imitando el acento de los cubanos, en clara referencia a la famosa calle 8 del south west de Miami.

Todos rieron por lo cómico que Benito lo dijo.

–Más o menos pasa con las piñas coladas –planteó Pellín–. Los turistas vienen a Puerto Rico atraídos por los anuncios de luna de miel, playas y palmeras, y piensan que aquí el almuerzo se acompaña con piña colada todos los días.

–Oh, oh, pero no exagere don Pedro –dijo Oliver imitando el hablar dominicano, y todos volvieron a reír.

–¡Voy, a pasar/ Mi luna de miel en Puerto Rico! –canturreó Rosarito abrazando a Benito.

–¡Te adoraré/ Bajo el cielo azul de Puerto Rico! –le contestó Benito apretando a su entrañable amiga.

El comentario que rodaba por los pasillos era que ya iban como veinte miembros de la delegación cubana que habían desertado para pedir asilo político. Cada vez que desertaba uno, la prensa hacía una fiesta: entrevistas, conferencias, análisis, editoriales, en fin. Por cada uno que desertaba, corría una docena de rumores llenos de colorido y anécdotas.

Los puertorriqueños se alborotaban argumentando los asuntos cubanos según el espectro político boricua. Cada cual se abanderizaba según el color de su preferencia. La derecha pro-americana (tradicionalmente azul), defendía a brazo partido el embargo contra Cuba. La izquierda anti–americana (tradicionalmente verde) lo repudiaba. El centro –estadolibristas– (tradicionalmente rojo) se paseaban entre Dios y el Diablo.

–¡Joder!, esos populares son unos vela güira –planteaba Sofía, buscando bulla.

–Dicen que Muñoz fue el que les abrió las puertas a los cubanos cuando salieron al exilio –se encogía de hombros Oliver.

–¿Cómo tú lo sabes?

Eso era lo que Oliver escuchaba de niño; por ese tema su papá y su mamá se habían enfrascado en sendos altercados.

Entre los cubanos del domicilio y los del exilio existía una barrera ideológica insalvable. Imagínense..., unos comunistas y otros capitalistas. Sin embargo, tan pronto un atleta cubano desertaba, el exilio lo recibía con los brazos abiertos de par en par.

–A pesar de todo, –afirmaba Benito, observando que faltaban menos de dos minutos para reanudarse el juego– existe un puente cultural que aún hoy se mantiene.

–Hoy se odian, mañana se quieren –recapituló Rosarito.

Se reanudó el juego y continuó el mismo patrón. El equipo de Estados Unidos amenazaba con despegarse de manera peligrosa, pero rápidamente el equipo de Puerto Rico reaccionaba y se acercaba en el marcador, provocando una algarabía contagiante al ritmo de congas, timbales y trompetas. Cada vez que Puerto Rico acometía una jugada espectacular, Oliver le daba riendas sueltas a sus fantasías. Amueblaba su imaginación con resonantes triunfos contra el IRS. Pensaba que le ganaba el caso de la donación de las acciones. Que les ahorraba a los herederos millones de dólares. Recordó la banqueta del piano donde Rosarito guardó las acciones tres días antes de la muerte de su padre. Observaba a los jugadores en la cancha, corriendo, brincando, empujando con los codos, desplazándose con las caderas, sudando copiosamente. Miraba a Rosarito y Sofía, estaban alegres, cantando, gritando, bailando, con aquellos mahones provocativos en medio de aquel bullicio. ¡Puerto Rico, ahí! ¡Puerto Rico, ahí!, gritaba enardecida la fanaticada. Pensó en Conchita... dándole clases de piano a Rosarito... tratando de revivir un talento dormido... peligrosamente dormido ante el escrutinio despiadado del IRS. El coliseo se convirtió en un hervidero de emociones. En una de esas espectaculares embestidas: preseo, dos

cortes de balón y donqueo, Puerto Rico se colocó a ley de un canasto para empatar faltando pocos minutos de juego. Oliver chocaba manos eufóricamente con Pellín, Benito y el padre Sotográs. La muchedumbre enloquecía y la música estallaba por todos los puntos cardinales. Una gigantesca bandera de Puerto Rico arropó las gradas del lado norte. Oliver y Benito se abrazaron, cuando de pronto observaron a Rosarito cinco filas más abajo, improvisando golpes de conga entre unos músicos que se habían consagrado toda la noche a alborotar los sentimientos patrios. El sueño de Oliver de convertir a aquella rumbera en pianista se despedazó.

En un abrir y cerrar de ojos el juego se acabó. La puntuación favoreció al equipo de Estados Unidos, y por un instante el alma del pueblo se congeló. Al cabo de unos largos e interminables minutos, en las gradas del lado sur, un hombre de unas cuatrocientas libras gritó a todo pulmón: ¡PUERTO RICO..., AHIII! Paulatinamente se le fueron uniendo otros fanáticos, al principio con la voz adolorida, hasta que poco a poco la euforia y el jolgorio quedó de nuevo reestablecido, al punto que era como si quien realmente hubiera ganado fuera Puerto Rico. Por las rampas de acceso bajaba un río de fanáticos agitando la bandera boricua al ritmo de bomba y plena. El padre Luis Sotográs estaba verdaderamente sorprendido con el ánimo inquebrantable de los puertorriqueños.

–Este es un pueblo festivo –le explicó Oliver por encima del estruendo de la música.

–No tenés que decírmelo –dijo el Padre–. Mirá la alegría. Es sorprendente.

–Aún en la derrota –añadió Oliver.

–¡CHE! ¿Pero qué derrota?

–Exacto –aprobó Rosarito, chocando manos con el Padre–. Vámonos a celebrar.

Capítulo 15

La noticia de que Sheila exhibía los primeros síntomas de la distrofia muscular le rompió el corazón a toda la familia. Ella se percató de que algo extraño le sucedía desde el Sábado de Gloria, cuando viajó a Puerto Rico a reunirse con sus padres, tíos y primos. Fue entonces que por primera vez tomó conciencia de que los músculos de las manos no correspondían como antes a los impulsos de la mente. Al principio, ella se lo achacaba a que estaba fuera de forma, por falta de práctica; por vagancia y pereza. Pero cada vez sentía más y más que tocaba el chelo con mayor dificultad y sacrificio.

El día que los doctores del Mount Sinai en Nueva York le anunciaron el pronóstico, Sheila decidió combatir la enfermedad con una voluntad férrea, consagrándose a su instrumento mañana, tarde y noche. Jan Gerstein la apoyaba con un amor ilimitado y le escribía de su propia pluma nocturnos que ella ejecutaba con tanta devoción como cuando Jan era su profesor y ella su estudiante predilecta.

Don Gabriel y Conchita andaban como dos locos desconsolados. Se la pasaban consultando a los mejores médicos de la ciudad en

busca de segundas opiniones. De cada consultorio salían murmurando frustraciones.

En Puerto Rico, Rosarito fue la primera en enterarse, una mañana de septiembre. El tío Gabriel llamó para dar la noticia; Rosarito quedó impactada, y cuando ya no pudo más disimular aquel golpe helado, se despidió de su tío y se tiró en la cama; se la pasó el resto del día contemplando fotos y llorando.

Lo primero que hizo antes de dar la noticia al resto de la familia, fue llamar a Benito. Así había hecho cada vez que la ahogaban los sentimientos.

–¡Para eso son los amigos! –aseguró Benito, con un humor a prueba de acreedores.

Ese mismo día por la noche, Benito se trasladó a La Roca para compartir las penas con Rosarito. Entre tragos y una picadera improvisada de quesos y aceitunas, a Benito se le ocurrió la idea de que nada sería mejor que montarse en un avión parar ir todos a Nueva York a compartir con Sheila. Desde La Roca llamaron a Claudia y a Victoria; la mala noticia iba envuelta con la invitación, para que se unieran a lo que el propio Benito tituló: "El Vuelo del Cariño".

Así fue. Pocos días después llegaban a Nueva York en una misión de solidaridad, las tres hijas de don Roberto: Victoria, Claudia y Rosarito. Y desde luego, no faltaba más, también estaba el doctor Álvarez de la Cruz, hoy en día hecho todo un destacado economista, pero que para los González seguía siendo el mismo Benito de siempre, amable y simpático.

Sheila recibió a sus tres primas con un estrépito solamente comparable con el júbilo que sintieron Conchita y don Gabriel el día que la vieron nacer. Fue un fin de semana inolvidable. El sábado en la noche acordaron que en vez de salir a cenar, Benito y Jan se meterían en la cocina a inventar. Benito se consagró preparando la legendaria receta del asopao de bacalao que don Roberto le enseñó,

tal y como la tía Ana le había enseñado a don Roberto. Jan por su parte, para no quedarse atrás, preparó la exquisita receta de sangría con Ron Caribe que don Gabriel lo instruyó, tal y como la tía Ana también le había enseñado a don Gabriel. Machaca que machaca ajos, pica que pica cebollas, pimientos, tomates, recao, todo revuelto en aceite de oliva…

–¡Mm! que olores –suspiraban a coro las primas. El tocadiscos trompeteaba un mambo de Tito Puente.

Sheila y Jan vivían en un apartamentito de ladrillos rojizos en un segundo piso de la calle tres, esquina Sullivan, en el Village. Allí vivía Jan de soltero, cuando era estudiante y viajaba en el subway con su chelo a cuestas hasta Julliard School of Music. Allí continuó viviendo de profesor, cuando conoció y se enamoró de Sheila. Y allí han construido su nido de amor, porque como Jan decía: "El Village es el corazón artístico de Nueva York".

Por un pequeño balcón, se alcanzaba a ver la bandera azul colocada sobre la entrada del Blue Note, ese legendario jazz club que tantos recuerdos le traía a Jan desde que llegó a la ciudad. Allí se la pasaba metido, compartiendo con muchísimos amigos: profesores, estudiantes y egresados de Julliard.

Cuando Jan conoció a Sheila, mostró un gran interés en explorar con la música afroantillana. Una noche de jazz tropical, Sheila y Jan invitaron a don Gabriel y a Conchita a un concierto en el Blue Note; fue la primera vez que Jan compartió con sus futuros suegros. En tarima estaba Celia Cruz, y una constelación de artistas latinos. Esa noche al concluir el concierto, don Gabriel y Conchita invitaron a Celia Cruz a que se uniera a su mesa para compartir viejos momentos. El resto de la noche se la pasaron hablando de los famosos Carnavales de Oriente. Jan quedó fascinado.

Aquel sábado en la noche, Rosarito y Sheila se sentaron en la alfombra, descalzas, y se pusieron a buscar entre una pila de discos.

Desde la cocina Benito observaba, mientras la olla hervía parsimoniosamente. Rosarito cogió una paca de discos en su falda y se los iba pasando uno a uno a Sheila. Mientras, en el sofá, Jan charlaba con Victoria y Claudia, saboreando cada cual su copa de sangría.

–¡Jan, mi niño!, que mejunje tu tienes aquí –le gritó Rosarito, levantando tres discos a la vez–: Mozart, Chopin, Celia Cruz...

Jan estalló en carcajadas.

–¡Mi niña!, no le digas mejunje. Eso se llama enriquecimiento cultural –levantó su copa.

–¡Mira esto! –se reía Rosarito–. ¡Shubert! ¡Tito Puente!

–¡OYE COMO VA/ MI RITMO/ BUENO PA' GOZÁ/ MULATA! –cantaron Victoria y Claudia, uniéndose al coro del tocadiscos.

Rosarito observaba..., reía y aplaudía, qué mucho le gustaba ver a sus hermanas juntas, compartiendo alegremente. Cómo hubiera querido que su padre al morir no hubiera dejado herencia alguna para repartir.

–Además –prosiguió Jan– fue Sheila quién me enseñó a disfrutar esa diversidad...

–¡Que diversidad ni que carajo! Esto es pura mogolla –ripostó Rosarito, muerta de la risa–. Es más..., tráenos más sangría a Sheila y a mí.

Jan buscó la jarra en la cocina, Benito le comentó algo, Jan arqueó las cejas. De regreso Jan volvió sonreído. Le dijo a Rosarito:

–La mogolla es ¡Big Time!, sigue buscando para que veas..., vas a encontrar: Puccini, Gran Combo, Ravel, Gato Barbieri...

–¡Ponte al Gato! –gritó desde la cocina Benito, bajándole un poco más el fuego a la olla milagrosa–. A mi el Gato me encanta.

Rosarito buscaba el disco de Barbieri, pero no lo encontraba. Soltó la pila de discos que tenía sobre su falda y se arrastró sobre

la alfombra como una culebra, hasta la otra pila de discos que estaba amontonada al lado de la otra bocina. Sheila la siguió con extrema dificultad. Rosarito hizo un esfuerzo para no llorar; clavó la mirada sobre los discos. Encontró varios de Barbieri.

–Esta es la preferida de Jan –le dijo Sheila a Rosarito, señalando "Europa", la número tres del lado B.

Rosarito tuvo que ayudar a Sheila a levantarse. Puso el disco, y tan pronto sonaron las primeras notas, Jan se acercó a Sheila, la abrazó y la besó. Hicieron como si bailaran sin poder bailar. Rosarito caminó hasta la cocina y se refugió en el pecho de Benito a llorar. Para que Sheila no la viera salieron al balcón por una puerta que iba desde la cocina. Era septiembre y la noche estaba fresca; más bien hacía frío para estas almas tropicales acostumbradas a un verano todo el año. Del bolsillo de la camisa de Benito, Rosarito sacó una cajetilla de Malboro; Benito encendió uno para ella y otro para él. Sucumbieron en un silencio a dos voces. Miraban a lo lejos la muchedumbre de un sábado en la noche en el Village: turistas, estudiantes..., mucha, mucha juventud, de todas las edades. Así estuvieron un buen rato, fumando y contemplando aquel río humano.

Para romper el hielo, Victoria se metió en la cocina, destapó la olla y le gritó a Benito:

–¡Benito!, nos estás torturando con estos olores. ¡Por el amor a Dios, viejo!, mira que hace hambre.

–¡Oye!, hay que dejar que el caldo espese –le contestó Benito, regresando del balcón.

–Si fueras hijo de mi padre no te parecerías tanto, ¡Carajo! –sentenció Victoria, cariñosamente.

Cuando estuvieron el uno frente al otro, Victoria le echó el brazo y le susurró unas cosas al oído. Benito asentía con la cabeza para no interrumpirla. Pocos minutos después, Benito colocó la

cena sobre la mesa, y los olores y los sabores transportaron a las primas en una caravana de recuerdos.

–¡Coño! Que sabroso se ve esto, Benito –exclamó Victoria–. Me recuerda los tiempos de Santiago.

–Yo me acuerdo –musitó Sheila, melancólicamente– que para las Navidades en Santiago, la tía Ana nos exigía a todos sus sobrinos que nos confesáramos para poder comulgar en la Misa de Gallo. ¡¿Se acuerdan?!

–En la Catedral…, a las doce de la media noche –aseguró Claudia, ayudando a Sheila con la fuente de las viandas–. ¡Claro que me acuerdo!, cómo no me voy a acordar. ¡Es más!, yo recuerdo que en una ocasión se armó un lío porque Vickie se negó a confesarse con el padre Marcos. ¡No te rías Vickie!

Benito se afanaba sirviendo el asopao, mientras Jan hacía lo propio con la sangría. En el tocadiscos le había tocado su turno a Los Panchos, a petición de Claudia, la eterna romántica.

–¡Mm! De verdad Benito, esto está sabroso –remachó Victoria–. Te voy a contratar para que nos cocines a un grupo de amigos cubanos que viven en Coral Gable.

–¡Vickie!, no cambies el tema como las locas. Algo bueno tiene que haber pasado que no te querías confesar –bromeó Benito.

Victoria se reía a sus anchas cuando alzó su copa y todos brindaron, ¡Salud! Sheila de un sorbo le dio un buen bajón a su copa, y anunció:

–Los que quieran que Vickie nos cuente, que levanten la copa.

A Victoria no le costó más remedio, con la bulla que formaron.

–¡Ok!, ¡Ok!, me voy a confesar –asintió Victoria, acomodándose la cabellera con las manos, como el que sale a escena–. Han pasado como 30 años… Yo tendría entonces unos 18… El verano antes,

durante los carnavales, conocí a un muchacho moreno, Manuel Céspedes, ¡Manolito!, que bailaba como un trompo.

Victoria le guiñó un ojo a Sheila, le apretó el brazo.

–La tía Ana nos velaba a todas nosotras como si fuéramos de porcelana…

–¡Como si fuéramos monjas y ella la madre superiora! –se apresuró Claudia a rematar, provocando la primera de muchas explosiones de carcajadas que Rosarito acentuaba aplaudiendo, esmorcillándose de la risa.

–Así mismito, a la antigua –aprobó Victoria–. Lo que no le entraba a la tía Ana, era que Robert, Jack y yo vivíamos entonces en Nueva York…, donde la juventud gozaba de muchas más libertades; discotecas, jebitos…, ustedes saben como son todas estas cosas. Más o menos como son ahora en todas partes, pero es que yo estoy hablando del año 52… o 53, por ahí, por ahí.

"El mar y el cielo se ven igual de azules…", amenizaban Los Panchos la velada. Rosarito saboreaba su sangría, pensaba en lo mucho que estaban sufriendo su tío Gabriel y Conchita. "Los tormentos de los herederos, y ahora esto", se dijo, empinando la copa.

–Primero viajábamos de Nueva York a Puerto Rico, –continuó Victoria, que se dio cuenta que Rosarito tenía los ojos aguados. Hizo una pequeña pausa– …a la residencia de La Roca, donde pasábamos unos días, y luego íbamos toda la ganga a Santiago.

Una ráfaga de metralletas reventó la noche. A Rosarito se le salió el corazón y Benito dio un brinco.

–Son las Harley Davidson –explicó Jan, como si nada, acostumbrado a que a esa hora, pasadas las 11:00 de la noche, los newyorkinos que se visten de pandilleros (y algunos pandilleros de verdad) hacen tronar sus motoras para alborotar la ciudad.

Después del susto, explotaron a carcajadas y al pobre Benito las primas lo cogieron de punto. ¡Ay, me meo!, gritaba Rosarito. Así estuvieron un rato, hasta que se tranquilizaron y Victoria continuó.

–Una noche de carnaval…, Manolito y yo bailamos, brincamos, saltamos y nos estrujamos –Victoria abría los ojos–. Lo estábamos pasando divino, pero…, llegada la hora, salí corriendo a reportarme a donde la tía Ana…

–¿A qué hora era? –preguntó Benito.

–A las 12 de la media noche –admitió Victoria, encogiéndose de hombros.

–¡Oye, Vickie!, eso suena al cuento de la Cenicienta –se desquitó Benito.

–Eso mismo; como el cuento de la Cenicienta –continuó Victoria.

–Pero a las 12 no está tan mal –opinó Jan.

–¡SIII!, pero lo que pasa es que era con chaperonas –aclaró Victoria–. Tititi, Conchita, María Fernanda… un ejército de chaperonas, bajo la supervisión de nuestra queridísima tía Ana María del Rosario González Látimer. ¡Muchacho!.., para darnos un beso, teníamos que inventárnoslas.

Benito le servía más asopao a Claudia, que se resistía tímidamente, hablando de dietas que empezaba un día y rompía el próximo. Victoria le pidió a Jan que le sirviera más sangría, saboreó un buen sorbo.

–Esa noche, –continuó Victoria misteriosamente, cautivando la curiosidad de todos– mientras los demás dormían…, yo me escapé de la casa por la ventana de mi cuarto. La ventana era de esas antiguas de dos hojas que abren hacia afuera y cierran con una gruesa tranca de madera por dentro. Di un gran salto y corrí con el alma congelada a encontrarme con Manolito en el lugar convenido. Y mientras la luna enamoraba la noche, hicimos el amor

enloquecidamente. El resto del verano lo pasamos a fuego. Aventuras y escapadas, dentro de un semillero de pasiones. Cuando se acabaron las vacaciones regresé a Nueva York con el corazón despedazado.

A lo lejos se escuchaba el carnaval del mundo: sirenas de bomberos, de policías…, el ronroneo de las motoras no cesaba, la algarabía febril de universitarios y turistas.

–Al llegar la Navidad, regresábamos todos a Santiago, lo que era ya una tradición. Lo primero que yo hice fue coger calle y encontrarme con Manolito para revivir nuestros amoríos. Al otro día a la hora del desayuno, la tía Ana estaba sentada en la mesa del comedor esperando a todos sus sobrinos; tenía una libretica donde anotaba la hora que le tocaba a cada uno confesarse con el padre Marcos. Yo me aterroricé. ¡Figúrate tú!, el padre Marcos nos había bautizado, nos había dado la primera comunión… Y cada vez que había una actividad especial, él estaba a cargo de la invocación. Yo era la prima mayor, y desde hacía tiempo me sospechaba que la tía Ana, o era clarividente, o el padre Marcos era un chota. De pronto me encontré en una encerrona.

–En un relámpago de la inteligencia me acordé de lo que nos había enseñado el profesor de historia en la escuela. Así que le dije a la tía Ana con una inaudita cara de lata, que me acogía a la ¡Quinta Enmienda!, y me opuse tenazmente a confesarme con el padre Marcos.

Todos se rieron a sus anchas con la ocurrencia de Victoria y ésta aprovechó para rematar, sentenciando:

–¡Confesarme ante el padre Marcos era lo mismo que confesarse ante las autoridades del hogar! Figúrate tú…, la tía Ana se encolerizó: "¡La Quinta Enmienda es un embeleco de los americanos! ¡Eso no aplica aquí en Cuba!", me decía a viva voz. Tititi tuvo que intervenir y resolvió el impasse confesándome con un sacerdote nuevecito que acababa de llegar de la Argentina. ¿A qué no adivinan quien era?

–¿El padre Sotográs? –saltó Rosarito.

–Ese mismo, el padre Sotográs –Victoria tenía la mirada llena de recuerdos.

–Este es un mundo pequeño, Vickie –balbuceó Rosarito–. ¿Te conté que él estuvo en Puerto Rico para los Panamericanos?

–Lo se..., lo se. Cómo me hubiera gustado haber ido a ese juego –Victoria le echó el brazo a Sheila y la apretó. Pensó en su hija Nancy.

Las primas escuchaban hipnotizadas los cuentos de la prima mayor.

–Vickie, y de la vida de Manolito, ¿qué has sabido? –preguntó Claudia, agradeciéndole a Jan que le volvía a llenar su copa de sangría.

–De vez en cuando en los periódicos tropiezo con el nombre de él. Está hecho un comunista, ¡Big Time!

Jan puso la cafetera sobre la hornilla y el aroma invadió el comedor. Luego colocó sus mejores tazas y sirvió el café. Esa era la vajilla para la visita que su madre le trajo desde Rumania, como regalo de boda.

Entre sorbo y sorbo de café, Victoria dijo reflexivamente:

–Lo cierto es que uno a esa edad se metía en una clase de líos terribles y sin razón.

–¡¿Sin Razón?! –cuestionó Benito pícaramente, y Claudia y Rosarito comenzaron a cantar: "¡Yo para querer / No necesito una razón!", y se unieron al coro todos: "¡ME SOBRA MUCHO/ PERO MUCHO.../ CORAZÓN!"

El resto de la noche se la pasaron evocando recuerdos.

Resulta que cada año, para el 24 de diciembre, la casa de la tía Ana era un torbellino de alegría. Grandes y chicos trabajaban

afanados organizando los últimos detalles de la fiesta de Navidad que los González les daban a los niños pobres de Santiago, el 25 de diciembre. La tía Ana dirigía personalmente la preparación de la comida: pavos asados, jamones con piñas, puercos a la varita que don Roberto asaba en el patio, bajo la sombra de los grandes árboles de mangó, calderos de arroz, frijoles, yuca, turrones, mazapán, tortas de limón y mermelada de mangó, en fin.

El tío Rogelio estaba a cargo del coro de la familia González. A las tres en punto era el ensayo, y todo el mundo tenía que dejar lo que estaba haciendo para ensayar el repertorio de villancicos que con amor él seleccionaba cada año. Don Gabriel y la tía Ana se tiraban por las barriadas y preparaban meticulosamente un listado con el nombre de cada niño, con los detalles de su edad, talla de camisa, blusa, falda, pantalón y zapatos, y su juguete preferido. Rafael y Manuel Antonio se encargaban de la transportación de los niños, alquilando sendas guaguas a la Compañía de Transporte de Santiago.

A los tres hijos varones de don Roberto –Roberto, Joaquín y Carlos Alberto– les correspondía todos los años carpintear y pintar la tarima desde donde amenizaban los conjuntos musicales y a donde la tía Ana se encaramaba para llamar a cada niño por su nombre para entregarle personalmente sus regalos y darle un beso. Victoria, Claudia, Rosarito y Sheila envolvían todos y cada uno de los regalos con papeles y cintas de colores brillantes. Los identificaban con el nombre de cada niño, utilizando el listado que don Gabriel y la tía Ana habían preparado. Victoria, por ser la prima mayor, supervisaba las combinaciones de faldas y blusas, camisas y pantalones, zapatos, que a cada niño le correspondía.

En una ocasión, para las Navidades de 1953, mientras combinaban blusas y faldas, Claudia y Rosarito cuestionaron el liderato de Victoria acusándola de tener un gusto pésimo. Para ese

entonces, Victoria tenía 19 años, y Claudia y Rosarito 11 y 8, respectivamente. Sheilita, como le decían entonces a Sheila, tenía 6.

–Estamos en Cuba, Vickie –le cuestionaba Claudia a Victoria–. Esa combinación no me gusta.

–Lo sé, lo sé, –se defendía Victoria, con los brazos en alto– pero es que esa ropa la escogió Tititi. No hay nada que yo pueda hacer.

–¡Tititi tiene un gusto puñetero! –dijo Sheilita, sin miramientos y sin disimulos.

–¡Sheilita! –gritó Vickie.

Victoria y Claudia se quedaron boquiabiertas del susto. Si Tititi la hubiera escuchado seguro que hubiera desatado una tormenta. A Rosarito le entró una pavera que se esmorcilló de la risa.

–Eso no se dice –logró murmurar Victoria, aguantando las ganas de reír, mientras ejercía su autoridad de prima mayor, antes de que el chiste se le fuera de las manos.

–¿Por qué no?, –cuestionó Sheila, encogiéndose de hombros, desafiante, con aquellas mejillas pobladas de pecas–. Tío Roberto se lo dijo así mismito esta mañana a Tititi en la cara, y ella se echó a reír. La caja de dientes le bailaba en la boca.

–¡Lo que le diga mi papá a Tititi no importa, porque ellos son adultos y se entienden! –improvisó Victoria. Pero tú…, tú eres un chispo. ¡Además, Sheilita!, Santa Claus no le trae juguetes a las niñas que dicen esas groserías –sentenció para rematar.

Aquel comentario fue demoledor para Sheilita. Ella le había escrito una carta a Santa Claus diciéndole que ella quería una muñeca: "Querido Santa, el día de Navidad estaré en la casa de mi tía Ana, frente a la Plaza Mayor" …le explicó en su caligrafía infantil, luego de asesorarse con su maestra de primer grado, de que Santa Claus sabía todas las direcciones de Santiago. "Santa Claus no le trae

juguetes a las niñas que dicen esas groserías"... retumbaba en su cabecita. Ante el temor de quedarse sin su muñeca, en un descuido de sus primas cogió para ella una de las muñecas de las niñas pobres. Sin que nadie se percatara, Sheila se escurrió a su habitación y escondió la muñeca detrás de un viejo ropero de caoba colocado en una de las esquinas del cuarto.

A la mañana siguiente, 25 de diciembre, la familia González se reunió alrededor del árbol de navidad que todos los años decoraba el comité de decoración a cargo de la tía Conchita. A tono con la tradición, temprano en la mañana, antes de que comenzara la tradicional fiesta para los niños pobres de la ciudad, los adultos iban en fila de conga, habitación por habitación, levantando a los niños para que "vean lo que les trajo Santa Claus". Esa mañana los González se repartieron sus regalos en medio de los acostumbrados besos y abrazos, tazas de café y pan con mantequilla. Tititi llamaba a cada sobrino y le entregaba los regalos que Santa había colocado para él debajo del árbol. Cuando le tocó el turno a Sheilita, Tititi la sentó en su regazo, le entregó la muñeca que le había pedido en su carta a Santa, y la abrazó entre sus gruesos y cariñosos brazos.

Esa mañana, como a las once de la mañana, la tía Ana supervisaba las estibas de cajas de regalos para la fiesta. Don Gabriel y la tía Ana inventariaban y contabilizaban una por una las cajas de regalos contra la lista que habían preparado.

–¡Oye, Gabriel!, aquí hay algo que no me cuadra –planteó la tía Ana, con la voz grave.

–¿Qué? –reaccionó don Gabriel.

–Falta una muñeca.

–¿Estás segura, titi Ana?

–Segurísima.

La tía Ana inmediatamente telefoneó al dueño de la juguetería de Santiago, S.A.

–Dígale que es Ana María del Rosario González Látimer –contestó la tía Ana, impaciente, ante la pregunta de un insípido mayordomo.

Luego de una detallada explicación sobre los eficientes controles que ejercen sus empleados en cada entrega, el dueño de la tienda le dijo a la tía Ana que lo sentía, que no había nada que él pudiera hacer en ese momento; que no quedaba ni una sola muñeca disponible en todas las tiendas de Santiago de Cuba. Al borde de la frustración, la tía Ana llamó a capítulo a Victoria.

–Vickie, falta una muñeca –dijo la tía Ana con los labios apretados.

Victoria y la tía Ana comenzaron una búsqueda minuciosa rincón por rincón. Sheilita se moría de miedo y fue a parar a la falda de su tío Roberto. Mientras don Roberto le acariciaba el rabito de caballo, ésta le confesó todo.

Esa tarde, la vieja casona de la tía Ana se vistió una vez más de fiesta. Llegaron los niños. Las guaguas abarrotaron las calles aledañas. El padre Marcos, apoyado en un elegante bastón de plata y madera, hizo la invocación y bendijo los alimentos. Comenzó el bailable, cantó el coro, trozaron los puercos, desfilaron las bandejas, y en medio de aquella esplendorosa algarabía, don Roberto agarró el micrófono y anunció que su adorable sobrina Sheilita, estaba donando a una de las niñas pobres de la ciudad, la muñeca que Santa Claus le había traído. La tía Ana, visiblemente emocionada, colmó a Sheilita de bendiciones, ante los vítores y el júbilo de todos los presentes.

Ese secreto se lo llevó don Roberto a la tumba, tal y como se lo prometió a su querida sobrina aquella lejana tarde del 25 de diciembre de 1953. No fue hasta ahora, más de veinticinco años después, en el apartamento de Jan y Sheila en Nueva York, que Victoria, Claudia y Rosarito se enteraron por primera vez de la verdadera historia de aquella muñeca.

Capítulo 16

Don Gabriel y Conchita estaban como dos pobres locos sin consuelo desde que los doctores confirmaron que la distrofia muscular hacía estragos con Sheila. Por un tiempo fue preciso darle riendas sueltas al bufete de Andrews Martínez Oliver y Ruiz para que se encargaran de los asuntos de la herencia. Mientras tanto, las reuniones de los herederos las celebraban en Nueva York, en el apartamento de don Gabriel. Desde entonces, Fernando Oliver se bajaba de un avión y se montaba en otro.

Primero estuvo por Washington; sostuvo allí arduas y prolongadas sesiones de negociación con Stanley Wagman del IRS, el terrible y temible brazo colector del Tesoro Federal de los Estados Unidos. Trataba de convencer al IRS que don Roberto completó en vida la donación de sus acciones, a pesar de que los stock powers se quedaron en la banqueta de piano de Rosarito. Luego estuvo por Key West, visitando a Tititi. Andaba buscando documentos que lo ayudaran a armar el rompecabezas de la herencia de las acciones de don Rogelio a don Roberto. De eso habían pasado 26 años y era una tarea colosal eslabonar la cadena de evidencia de ese evento que

había ocurrido aquel 26 de julio de 1953, a raíz del ataque al cuartel Moncada a manos de las tropas de Fidel.

De regreso de Key West, paró en Miami. Desde el aeropuerto llamó a Sofía.

–Necesito verte –disparó Oliver, sin rodeos.

–Vale. Espérame ahí. Salgo para allá.

Por la voz Sofía sabía, y bien que sabía, que a Oliver las cosas no le iban bien. De camino hacia el aeropuerto cavilaba sobre cómo convencerlo para que la acompañara en su próximo viaje a Cuba. Lo recogió y fueron a parar al Café Galicia, en el South Beach. Allí estuvieron toda la noche, entre copas de vino tinto.

–Hasta ahora lo único que me han conseguido son migajas –se desahogó Oliver–. Fui a ver a Tititi a Key West y lo que tenía eran dos o tres papelitos. Así no se puede…, María Fernanda les va a dar un palo en el tribunal…

–¡Hostia, Fernando! Te estoy diciendo que te vengas conmigo a Cuba. Los papeles que tú andáis buscando tienen que estar allí –Sofía hizo una pausa, tomó un largo sorbo–. ¡No me mires así!

Desde la terraza Oliver contemplaba el ritmo de la noche, gente de todos los rincones en son de fiesta. La Ocean Drive congestionada tepe a tepe, como siempre. Era el mismo carnaval de todos los sábados.

–Y Conchita, ¿qué te ha conseguido? –Se puso cínica Sofía.

–La pobre…, desde que a Sheila le diagnosticaron distrofia muscular no tiene vida –Oliver se encogió de hombros, empinó su copa.

–¡¿LA POBRE?! ¡Joder!, no decías tú que esa tía era una cabrona…

–¡Estás del carajo!, Sofía.

Al otro extremo de la terraza un guitarrista arrancó a cantar "O Sole Mío". Lo hacía con tanto sabor flamenco que en la calle la gente se agolpó para escucharlo.

–Fernando…, yo dudo mucho que Conchita tenga algún papel que te sirva de algo. Si lo tuviera, ya lo hubiera sacado para afuera –Sofía abría sus ojazos.

La gente bailaba en la calle, cuando de golpe una mujer con aire de gitana se encaramó sobre una mesa a bailar. Era un espectáculo: piel canela, una maranta de pelo ensortijado y la falda rajá al costado.

–Pero bueno, Fernando…, como abogado yo espero que tú no te quedes cruzado de brazos. María Fernanda pretende quedarse con la mitad de la herencia…

Oliver se echó a reír.

–Sofía, Sofía… –Oliver le pedía que se tranquilizara con las manos–. Mi título de abogado está en juego.

–No inventes…

–No son inventos…, hay una ley federal que prohíbe, ¡No te rías!…que prohíbe viajar a Cuba. Si me cogen…

–No te van a coger…

–Pero si me cogen…, me quitan mi título.

–¡Joder!, Fernando, no vengas con ridiculeces.

Oliver se echó a reír, no le quedaba más remedio. Haló por el brazo a Sofía y se unieron al bullicio de los bailadores.

Se trasladaron al apartamento de Sofía; desde el balcón se podía observar una luna que arañaba el mar. Sofía se metió en la cocina, se puso a inventar. Quería hacer unos mojitos como los que aprendió a hacer en Cuba. "Limón, azúcar, ron…, –repasaba los ingredientes–. ¡OOPS!, yerba buena, me falta la yerba buena".

Regresó al balcón y le dio a probar a Oliver.

–¡UUF! ¿Qué carajo es esto? –se ahogó Oliver, muerto de la risa.

–¡Hombreé!, es que no tengo yerba buena, que es lo que le da el toque –Sofía le limpiaba la boca a Oliver–. ¡No te rías maricón! –le removía el exceso de azúcar y limón de los labios.

Oliver explotó en carcajadas y Sofía lo sorprendió con un chupete. Se enredaron en una fiesta de besos. Sofía le daba riendas sueltas, pero cuando Oliver se desabotonó la camisa, lo paró en seco.

–Si no vas conmigo a Cuba..., nadita de nada, mi vida.

En Bahamas, aprovechando los beneficios de una sofisticada ley sobre secretividad bancaria, se reunió con los oficiales del Ron Caribe para solicitarle la garantía corporativa para obtener un préstamo del Royal Bank de Nassau.

–Los González se niegan a vender sus acciones, es una tradición familiar –argumentaba Oliver ante la junta de directores– pero necesitan el dinero para enfrentar los problemas de la herencia.

El propósito del préstamo era para poner sobre la mesa de negociaciones una oferta de transacción que María Fernanda y Georgina Balzán no pudieran resistir.

–¡Estos asuntos se resuelven poniendo plata sobre la mesa! –decía Oliver, tal y como le enseñó el tío Lorenzo–. Tenemos que estar listos para cuando llegue ese momento.

En el Viejo San Juan, en las oficinas de Andrews Martínez Oliver y Ruiz, todos se consagraban a la tarea de resolver las múltiples complicaciones de la herencia. En una de las muchas sesiones estratégicas que tuvieron el tío Lorenzo, Carlos Ruiz y Oliver durante aquellos meses, el tío Lorenzo tronó contra la "¡ocurrencia!" del IRS de verificar si Rosarito sabía o no sabía tocar el piano.

–¡Nosotros no podemos arriesgar el resultado del caso, accediendo a los caprichos de Stanley Wagman! –planteó el tío Lorenzo–. ¡Que se vaya Wagman para el mismísimo carajo!

–La teoría de Wagman no es una totalmente descabellada, tiene sus méritos y está apoyada en algunos casos del Common Law –opinó el licenciado Ruiz, pausadamente. Le gustaba provocar intelectualmente al tío Lorenzo para sacarle el máximo.

–Pero como la donación se hizo en Puerto Rico –ripostó el tío Lorenzo, mal humorado–, nosotros debemos de insistir…, que se aplique nuestro Código Civil. Una vez don Roberto entregó los certificados de acciones a Rosarito, la donación quedó perfeccionada –añadió, haciéndole señas a Oliver para que no lo interrumpiera–. Lo que no podemos permitir es que el IRS nos haga una encerrona con el capricho de que Rosarito demuestre que sabe tocar el piano, para probar no se qué carajo… don Roberto le entregó las acciones a su hija y eso es suficiente. Donde ella las guardó, en la banqueta del piano, o en la mesa de noche, o donde le hubiera dado la real gana, no tiene la más mínima importancia.

–Amén tío, amén –suspiró Oliver, pidiéndole calma a su tío –. ¿Tú has considerado que la gente del IRS no entiende ni papa de español?

–¿Y? –preguntó cínicamente el tío Lorenzo, encendiendo un cigarrillo.

–Que todos los grandes tratadistas del Código Civil son españoles, que escriben solamente en español. –añadió Oliver.

–¿Y? –volvió a la carga el tío, más cínico todavía.

–Tío, tú sabes muy bien que si tú recurres a tres tratadistas del Código Civil…vas a terminar con tres teorías irreconciliables. Cada uno tiene su propio laberinto legal –opinó Oliver, parándose de la silla y gesticulando.

–¡Fabuloso! –exclamó el tío, detrás de una cortina de humo.

Carlos Ruiz se percató de hacia donde se dirigía el tío Lorenzo. "¿Por qué había que facilitarle el trabajo al IRS? El viejo tiene razón".

–Yo lo que sugiero es lo siguiente –planteó el tío, demostrando pleno dominio sobre su estrategia–. Asignamos a uno de nuestros law clerks, de esos fiebrús que están en el último año de leyes, y le pedimos que escriba un alegato de 50 páginas repleto de citas de tratadistas españoles, argumentando a favor de la donación.

–Un babaso –convino Ruiz.

–¡Exacto! Un babaso…, y le disparamos ese babaso al IRS, y les aseguro que los volvemos locos.

–¿Sin traducir las citas al inglés? –preguntó Oliver, sorprendido.

–Da lo mismo –remató el tío Lorenzo–. El IRS va a tener dos alternativas: contratar un bufete en San Juan para desenredar la madeja, o darnos la razón. ¿Y qué ustedes creen que va a hacer?

–A ellos no se le hace nada fácil contratar un bufete privado, ni en San Juan ni en ningún otro sitio –convino el licenciado Ruiz–. La burocracia se los come vivos.

–Seguro, la burocracia los aturde –aprobó el tío Lorenzo–. Además son muy soberbios.

Un mes después, Oliver partía hacia Washington D.C. cargando en su maletín un maratónico alegato que habían escrito tres law clerks del bufete, bajo la supervisión directa del tío Lorenzo. Eran 57 páginas de un laberinto jurídico repleto de citas del Código Civil de Puerto Rico, el Código Civil de España y el Código Civil de Cuba, interpretadas por las decisiones de sus respectivos tribunales, y comentadas y analizadas por tratadistas españoles que son considerados autoridades en el mundo del Derecho Civil. Al final del documento, exactamente en la página 57, luego que el más

imperturbable lector hubiera sufrido episodios de ansiedad, confusión e impaciencia, el documento anunciaba con letras grandes y destacadas: Conclusión – no procede el impuesto federal sobre la herencia de las acciones del Ron Caribe. Inmediatamente añadía que esto era debido a que dichas acciones fueron traspasadas en vida mediante donación que don Roberto González perfeccionó en el momento en que le entregó los certificados de acciones a su hija Ana María del Rosario González Luna.

Un día, mientras analizaban uno de tantos y tantos borradores durante la confección del alegato, el tío Lorenzo exclamó impetuoso ante la mirada atónita de los tres law clercks:

–¡Esta es la Revancha de la Guerra Hispanoamericana!

Para evitar ir a Washington a hacer el ridículo, Oliver y el licenciado Ruiz le habían encargado a otros tres law clerks que hicieran un escrito paralelo, pero aplicando y analizando los principios del Common Law de Estados Unidos. El resultado fue que existían buenas posibilidades de defender con éxito la donación de don Roberto, tanto bajo el Código Civil, como bajo el Common Law. Nadie podía asegurar el resultado, pero valía la pena intentarlo, y si lo iban a hacer, había que hacerlo con vehemencia, como decía el tío Lorenzo.

Pero había una diferencia muy importante: bajo el Common Law el IRS se sentiría envalentonado, mientras que bajo el Código Civil se sentiría intimidado.

En el avión rumbo a Washington, Oliver recordaba los consejos y ocurrencias del tío Lorenzo. Recordó que el tío lo espueleaba explicándole que al IRS lo han impugnado y repudiado a través de toda la nación americana bajo sendas querellas de abuso y atropello.

–¡Nosotros no nos podemos dejar intimidar por el IRS! –le había dicho el tío Lorenzo–. ¡En sus oficinas ellos actúan como un

gorila, pero en el Tribunal Federal son un mono más, igual que cualquier otro litigante! Te lo aseguro Fernando, ¡un mono más!

Oliver miraba por la ventanilla del avión; observaba la última sonrisa del sol. El rojo azul del cielo lo transportó, y poco a poco se quedó profundamente dormido. Soñó con monos y gorilas, desde luego.

Al otro día temprano en la mañana, para desayunar y repasar la estrategia, Oliver y Carlos Ruiz se encontraron en el salón comedor del hotel Four Seasons, localizado en la comunidad de Georgetown. Ruiz venía de Nueva York, donde había estado negociando unos decretos de Fomento bajo la sección 936. Llegó la tarde anterior, durmió una siesta, se dio una ducha bien caliente y procuró a Oliver en su habitación. Oliver recién acababa de llegar al hotel, estaba extenuado, así que declinó la invitación que le hizo Ruiz. Acordaron encontrarse a la mañana siguiente para desayunar y repasar.

–Fernando –dijo Ruiz, untándole mantequilla al pan– yo sugiero que hoy nos limitemos a entregarle el alegato que preparó el bufete.

–De acuerdo –consintió Oliver–. Estoy loco por ver la cara que va a poner Wagman cuando vea el escrito.

–Vamos a tocar de oreja, como dicen los músicos –sugirió Ruiz, relajado–. Si ellos insisten en que quieren algo más..., le podemos dar un breve resumen.

Oliver tomaba su café y asentía con la cabeza. Se había sentido muy ansioso la noche anterior, no había podido dormir pensando en la reunión al otro día con el IRS. A las 5:30 de la madrugada brincó de la cama y se fue a correr por las calles aledañas al hotel. Hacía frío, pero se animó al ver a otros corredores de todas las edades y de todos los sexos. Corría y pensaba en los jugadores del equipo nacional de baloncesto cuando se enfrentaron por la medalla de oro. Le daba riendas sueltas a sus fantasías mientras más corría.

Una pelinegra le pasó por el lado, le recordó a Sofía, Oliver apretó el paso pero no podía alcanzarla. Pensó en la tarde que Sofía lo fue a despedir al aeropuerto de Miami, por el caminó ella venía con su cantaleta del viaje a Cuba.

–Óyeme Fernando, antes de que se me olvide, déjame preguntarte algo… ¿cuál es el status de la tasación de las acciones? –preguntó Ruiz, encendiendo un cigarrillo, uno de sus placeres en la vida; café negro y luego un cigarrillo.

–Benito la está preparando –contestó Oliver.

–Eso mismo me dijiste dos semanas atrás. Dile que se ponga las pilas o nos coge la estadidad esperando por él –sentenció Ruiz, haciéndole señas al mozo para que se acercara.

–Tú te imaginas…

–¿Qué? –preguntó Ruiz.

–Puerto Rico bajo la estadidad y el IRS corriendo detrás de nosotros…–improvisó Oliver–. Tío el otro día comparó el IRS con un gorila –añadió, sirviéndose más café.

–No es broma…–convino Ruiz, arqueando las cejas.

Por fin se acercó el mozo, tomó una orden adicional de jugos y los sorprendió preguntándole:

–¿Ustedes son de Puerto Rico?

–No me digas que tú estabas escuchando lo que nosotros decíamos aquí –reaccionó Ruiz, entre preocupado y en broma–. ¿Por qué tú preguntas?

–Es que me pidieron jugo de china…, y los puertorriqueños son los únicos que yo conozco que le dicen china a la naranja –explicó el mozo, risueño y amable–. Yo también soy de la isla, de Fajardo.

–Dicen que en cada lugar del mundo… uno se encuentra con dos cosas seguras –improvisó Oliver–: un puertorriqueño…

–¿Y lo otro? –preguntó el mozo, curioso.

–Un jeep.

–¡Ay bendito, mister!, eso es verdad.

El mozo se alejaba hacia la cocina, cuando de golpe volteó y se acercó de nuevo a la mesa y les dijo:

–Oye, eso del gorila es muy cierto… ¡Hm!, yo que soy un pobre infeliz con un sueldito y el IRS por poco me parte en dos.

Oliver y Ruiz se rieron a riendas sueltas con las ocurrencias del mozo.

A la salida del hotel, Oliver y Ruiz se disponían a tomar un taxi, cuando los alcanzó el mismo mozo que les había atendido en el comedor. Le hizo señas al encargado de las limosinas y le dijo:

–Estos son mis compatriotas, trátamelos bien.

Y el de las limosinas, que era un cubanazo sabrosón, le dijo a uno de los chóferes:

–Óyeme, estos dos son boricuas…

Y volteándose hacia Oliver y Ruiz les preguntó:

–¿Para dónde se dirigen los caballeros?

–Para L'Enfant Plaza, a las oficinas del IRS –le contestó Ruiz.

–¡Alabao, caballero… eso le zumba!

De camino al L'Enfant Plaza, Carlos Ruiz le daba un pequeño tour a Oliver. Pero Oliver no tenía ganas de escuchar trivialidades y poco a poco se fue hundiendo en sus pensamientos. Le preocupaba la reacción de Stanly Wagman, si el IRS prevalecía en el caso sería un desastre; el impuesto sobre la herencia ascendería hasta un 70% del valor de las acciones. La limosina discurría por calles y avenidas, Oliver sentía un tambor redoblándole en el pecho, volvió a pensar en los jugadores del equipo nacional de baloncesto.

Al acercarse al área conocida como el Mall, Ruiz le contó que se trataba de una ciudad planificada. El la había visitado muchas veces y la conocía muy bien.

–La primera sede del Gobierno Federal estuvo localizada en Nueva York; en el Federal Hall –dijo Ruiz, en su acostumbrado estilo pedagógico–. De ahí la trasladaron a Filadelfia donde se realizaron los trabajos para redactar la Constitución de la joven nación. En Filadelfia permaneció durante los próximos diez años, mientras planificaban y construían a Washington D.C.

Oliver miraba por la ventana, pero con la imaginación en otra parte. Se le hacía difícil concentrarse en la explicación de Ruiz, no estaba para nimiedades. Pensó en don Gabriel y en Sheila. Que sufrimiento... La distrofia muscular puede atacar a cualquiera. ¡Esa vieja es una cabrona!..., recordó lo que había dicho de Conchita; cuanto le dolía ahora.

–Si te fijas –continuaba Ruiz– te darás cuenta que al fondo se ve el Capitolio, ¿lo ves?... Entonces, al otro extremo del Mall está el monumento a Lincoln. Si nos sobra tiempo esta tarde nos acercamos allí; es imponente. Y exactamente en el medio, equidistante, está el monumento a George Washington... rodeado por el círculo de banderas. En la lomita, ¿lo ves?

Oliver contestaba con monosílabos, tratando de ser cortés. Cada vez sentía más fuerte el tambor en el pecho. Pensaba en el corre–corre de última hora para terminar el alegato en la oficina. La noche antes, el tío Lorenzo y los tres law clerks se quedaron trabajando hasta las 5:00 a.m., haciendo añadiduras de último momento. Esther y Pilar no daban a vasto, haciendo correcciones, imprimiendo borradores y fotocopiando aquel mamotreto que iba continuamente en crecimiento, hora tras hora, hasta que poco antes del amanecer alcanzó las 57 páginas.

Ruiz seguía con su tour, Oliver regresaba de su trance y volvía a sucumbir. Los árboles estaban vestidos con hojas anaranjadas y amarillas; definitivamente, el otoño estaba de vuelta. Era una mañana gris y caía una fina llovizna. Oliver pensó en la pugna entre los González–Farasy y los González–Luna, en la fortuna que Claudia derrochó... en sus aventuras con el Turco... "En cuanto a mi hija Claudia, te pido que seas cauteloso, pues es difícil distinguir entre los límites de la verdad y la contagiante fantasía", recordó que le había pedido don Roberto poco antes de morir. Oliver permanecía pensativo, hundido en su maraña. Pensó en los reclamos de María Fernanda... ¡Hm!, la mitad de las acciones, casi nada. La verdad es que si el IRS gana el caso, de la herencia no sobra nada, ni para María Fernanda, ni para nadie. El viaje a Cuba sería en vano...

El tránsito estaba pesado. Oliver observaba a la gente caminando apresurada, cada cual llevaba la mente amueblada con sus ilusiones y preocupaciones. Ruiz continuaba con sus explicaciones sobre la ciudad, pero Oliver seguía repasando los tormentos de la herencia. ¡Los tambores de guerra!, sintió una multitud, como la noche del juego.

Por ratos era casi un monólogo, Oliver dejaba caer uno que otro monosílabo. Era como si la voz de Ruiz estuviera entrecortada con una tijera. Pensó de nuevo en la enfermedad de Sheila y se entristeció. Benito le contó de la vez de la muñeca, era una historia muy tierna. La lluvia apretó y un hombre vestido con chaqueta oscura corría mientras se tapaba la cabeza con un sobre manila tamaño legal. A Oliver el sobre le recordó el alegato de 57 páginas que llevaba dentro de su maletín. Este era el caso más difícil de su vida, y estaba a cinco minutos de entrar en las oficinas del IRS en Washington. Sintió los tambores más fuertes que nunca; creyó tener taquicardia. Se puso nervioso. "...and justice for all"..., logró balbucear.

–...se conoce como el obelisco, –añadió Ruiz– y por dentro hay unas escaleras para subir hasta el tope.

–¿Como la Estatua de la Libertad? –preguntó Oliver, para defenderse de la ansiedad.

–Ni tanto, ni tanto –contestó Ruiz–. Pero desde allí se puede observar una vista panorámica de la ciudad, no es como la Estatua de la Libertad, pero... Es una ciudad fabulosa, ¿no te parece?... Esos edificios que están a ambos lados del Mall son los famosos Museos del Smithonian. ¿Impresionante, no?

–Para mi –opinó Oliver– lo más impresionante que tiene este país es la Constitución. Una turba de herederos de origen cubano viene hasta esta ciudad a espadear contra el IRS. Sólo la Constitución es capaz de meter al gorila en su jaula.

Se acercaban al L'Enfant Plaza.

–Para terminar el tour –sonrió Ruiz–. Aquel edificio que se ve a la distancia, es el Pentágono. Tengo entendido que es uno de los edificios más grandes del mundo..., si es que no es el más grande.

–Si los Senadores de Washington hubieran firmado a Fidel Castro como lanzador, con un triángulo hubiera bastado –planteó Oliver.

–¿De qué tú hablas, Fernando? –preguntó Ruiz sorprendido, mientras sacaba su billetera para regalarle una propina al chofer.

–Que Fidel Castro fue lanzador, y bueno. Me lo contaron don Gabriel, Pellín y Conchita. Y llegó a practicar en las Grandes Ligas con los Senadores de Washington, pero al final no lo contrataron. ¿Tú no sabías esa Carlos? –ripostó Oliver.

–¡Vaya! Eso es muy cierto, licenciado –le confirmó el chofer a Ruiz, agradeciéndole la propina con los gestos–. Luego Fidel se dedicó a la Revolución y cambió para siempre el curso de la historia.

Capítulo 17

La reunión con Stanley Wagman del Internal Revenue Service fue todo un juego de ajedrez. Como de costumbre, comenzaron hablando informalmente, como los boxeadores cuando miden distancia durante el primer round. Wagman mencionó lo sabroso que deben estar las playas en Puerto Rico y se lamentó que se anticipara un crudo invierno para el área de Washington.

–La próxima reunión la hacemos en San Juan –propuso Wagman, jocosamente–. ¡En diciembre!

Los tres estallaron en carcajadas.

–No es mala idea –opinó Oliver–. Las navidades en Puerto Rico son famosas –Abrió su maletín y colocó tres copias del famoso alegato de 57 páginas sobre la mesa de conferencia.

–Ya lo sé –convino Wagman–. Uno llama a la oficina de Puerto Rico un dos de enero y todavía están celebrando.

–¡Eso no es na'! –Oliver le daba riendas a la conversación, apaciguando los tambores que llevaba por dentro–. Después vienen Reyes, las Octavitas y las Fiestas de San Sebastián...

–La tierra de la fiesta y el sol –exclamó Ruiz–. Eso lo heredamos de España.

–Para las elecciones es lo mismo…, –comentó Wagman, tomando uno de los alegatos. Oliver le clavó la mirada, impaciente. Wagman lo acercó a los ojos, luego lo alejó, sacó su pañuelo y limpió los espejuelos, pero lo puso sobre la mesa nuevamente–. Uno llama a Puerto Rico el día antes y el día después y la oficina está desierta.

Oliver y Ruiz daban palmadas y se reían.

–Ese es el carnaval del pueblo, Stanley –opinó Ruiz–. Caravanas, mítines, marchas, grandes concentraciones con orquestas…

–Hace poco me contaron que en Miami unas chicas venezolanas dijeron que las próximas elecciones las querían pasar en Puerto Rico.

Los tres volvieron a estallar en carcajadas; las tres copias del alegato estaban sobre la mesa, en espera.

–Las elecciones duran una semana… –se reía Ruiz.

Stanley Wagman mandó a buscar a su secretaria, para el café. Oliver ojeó su reloj, eran las 9:36 a.m. Contempló a Carlos Ruiz, se veía tan tranquilo. "Pocker face", se dijo. Sentía los tambores de Rosarito golpeándole en el pecho, había estado esperando ese momento desde el día que murió don Roberto.

–¿Todavía el licenciado Lorenzo Oliver tiene la lancha? –rompió el hielo Wagman.

–Ahora tiene una nueva, más grande y más bonita –aseguró Ruiz, seductoramente.

–No me tientes –dijo Wagman, mordiéndose la lengua, como si hablara en puntillas.

Wagman siempre empezaba las reuniones con Oliver y Ruiz hablando más o menos de lo mismos temas; era su manera de azucarar el preludio.

Tambaleándose entre la complacencia y la desconfianza, Wagman les contaba (siempre hacía el mismo cuento) de lo bien que la pasó durante su luna de miel en Puerto Rico. De eso habían pasado 25 años. Pero luego de eso, había visitado la Isla casi todos los años, pero no de luna miel precisamente. Todo lo contrario, a perseguir a los contribuyentes para asegurarse que estuvieran cumpliendo fielmente con su obligación de pagar la contribución sobre herencia federal respecto a sus propiedades localizadas en los Estados Unidos.

Wagman tenía en la mirilla a una gama de casos de gran envergadura económica y diversidad cultural: puertorriqueños, cubanos, venezolanos, españoles, japoneses, judíos, griegos, en fin, todos aquellos ciudadanos del mundo que eligieron a Estados Unidos para invertir sus fortunas y asegurarse que sus tesoros estarían bien cobijados.

Wagman tomó el alegato y comenzó a leerlo. Oliver miró a Ruiz, estaba impaciente. Wagman arqueaba sus gruesas cejas, pero de golpe soltó el alegato, se levantó de su butaca y comenzó una descarga contra los venezolanos. Se burlaba de los nuevos casos de venezolanos emborrachados con petróleo que invertían su capital en los Estados Unidos para proteger sus inversiones de los dictadores del patio. Se reía estrepitosamente. ¡Cómo sufren cuando les aplico el impuesto sobre la herencia!

Wagman seguía con su perorata, cada vez más sarcástico, y la imaginación de Oliver echó alas. Por ratos se sentía inspirado, los tambores redoblándole en el pecho, la muchedumbre rugiendo, "preseo, un corte de bola y donqueo". Wagman se reía de los venezolanos y Oliver pensaba en el gorila. "En el tribunal es un mono más, como todos los demás", recordaba al tío Lorenzo.

Pero por ratos Oliver se hundía dentro de uno de sus laberintos; la diatriba de Wagman le taladraba la conciencia. Entretejía historias

para tratar de entender qué hacía él allí en las oficinas del IRS en Washington D.C., defendiendo del impuesto una herencia que nació en Santiago de Cuba en el año 1862. Recordaba los cuentos de don Roberto; antes de morir ellos compartieron muchas horas juntos. De don Roberto, Oliver escuchó historias que nunca antes había escuchado.

De niño Oliver escuchaba a su mamá hablar de un Muñoz lejano, que salvó a Puerto Rico de las miserias. ¡Comunistas! Pero también escuchaba a su papá hablar de un Muñoz –igualmente lejano– que traicionó la independencia. ¡Vende Patria! De don Roberto, Oliver escuchó otras historias..., historias de un Muñoz más íntimo, más humano.

Los recuerdos de don Roberto lo vinieron a buscar y Oliver se transportó. Recordó aquella tarde en el balcón de La Roca cuando don Roberto le contó de los tiempos de cuando los González llegaron a Puerto Rico y Muñoz le dio la bienvenida al Ron Caribe para que se estableciera en la Isla. Entonces don Luis Muñoz Marín le dijo a don Roberto:

–Para poder desarrollar a Puerto Rico, es preferible que unos pocos cubanos ricos, se hagan más ricos, a cambio de que muchos puertorriqueños pobres se hagan menos pobres –le explicaba don Roberto a Oliver–. ¡Así como lo oye, licenciado!

Oliver no podía salir de su asombro. Porque una cosa es conocer los asuntos públicos a través de los periódicos y los libros, y otra, muy distinta, es conocer cómo se bate el cobre. Esa otra historia es la verdadera, la de los protagonistas, que no se escribe porque consume todas sus energías en vivirse.

–¿Eso fue así don Roberto? –preguntó incrédulo Oliver, con la cabeza llena de voces que lo atormentaban.

–¡Oye!, te voy a decir exactamente cómo fue que él lo dijo: "Es preferible que cien hijos de putas cubanos se hagan millonarios..."

¡Coñooo, eso le zumba, licenciado! "A cambio de que muchos puertorriqueños pobres se hagan menos pobres". Muñoz era un personaje del coño y su madre...

–¿Cuando usted lo conoció, don Roberto? –balbuceó Oliver.

–Cuando yo estudiaba en el Village, en Nueva York. Coincidimos varias veces... Para esa época, él era un bolchevique y yo también. ¡Los tiempos cambian, licenciado!

Oliver escuchaba y preguntaba... Estaba escéptico. El se había criado escuchando historias de Muñoz..., desde lo mejor hasta lo peor.

–¡Oye!, licenciado, no se olvide que Puerto Rico era la Casa Pobre del Caribe. ¡Esos eran los años 30's! ¡La Gran Depresión! La Ley Seca se había acabado en el 1933, y Muñoz vio una gran oportunidad, por eso nos abrió las puertas. El gobierno de Estados Unidos le reembolsaría a Puerto Rico el arbitrio federal por las exportaciones del Ron Caribe a Estados Unidos. ¡Muñoz es un genio! Recuérdese que yo llegué aquí en el 1936 y me uní a la revolución de Muñoz. No se puede ayudar a los pobres persiguiendo a los ricos. ¡Oye!, ese fue el error de Fidel, nos cerró las puertas a partir del 1959.

"Me encontré de pronto en el centro de un abismo..., sentí la sensación de flotar. Yo me había criado en el seno de una familia donde el sólo hecho de mencionar a Muñoz o a Fidel encendía pasiones. ¡Comunista! ¡Pancista! ¡Vende patria! ¡Marxista! Me persiguen los mismos fantasmas desde mi niñez. Miré fijamente a don Roberto..., él continuaba hablando pero yo no escuchaba nada. Era como si él estuviera dentro de una pecera de luces burbujeantes azules y amarillas, y yo, yo me encontrara sólo, aislado. Me hundí en uno de mis laberintos. Recordé la noche en que la policía se llevó a mi papá. Las luces me están golpeando, cierro mis ojos, pero no puedo escapar. ¡No me menciones a Muñoz que ese

hijo de puta traicionó la independencia de Puerto Rico! El relampagueo de las luces es insoportable. Retumban en mi mente las palabras de don Roberto: ¡Oye!, licenciado, no se olvide que Puerto Rico era la Casa Pobre del Caribe... El gobierno de Estados Unidos le reembolsaría a Puerto Rico el arbitrio federal por las exportaciones del Ron Caribe a Estados Unidos. ¡Muñoz es un genio! Las luces me aturden".

–¡Óigame, licenciado!, para que haya distribución de la riqueza, lo primero que hay que hacer es generar riquezas. ¡Vaya!, tienes que dejar que los ricos se hagan más ricos. El comunismo es un experimento que fracasó en Rusia, en Cuba, en todas partes. ¡No abra los ojos así, licenciado! Mire que tengo a mi nieta Nancy que me trae loco con este tema. Está haciendo un informe para la universidad: ¿Quién lo hizo mejor, Muñoz o Fidel? ¿Ah?

–Pero es que..., yo he escuchado don Roberto, que con el capitalismo la brecha entre el pobre y el rico se agranda. Para que tenga una idea, yo leí que en el 1960 la diferencia entre los ingresos de los países ricos y los países pobres era de 37 veces. Con la apertura de los mercados el abismo es cada vez mayor...

–Pero el pobre está mejor. ¡No se deje enredar con estadísticas de comunistas! Pregúntele a este muchacho que se hizo economista...

–¿Benito?

–¡Ese mismo! ¡Pregúntele! Con el capitalismo el pobre progresa, aunque el rico progrese más todavía. ¡No se puede ayudar a los pobres, persiguiendo a los ricos! Muñoz tenía razón, licenciado. Se lo aseguro yo que he visto lo que Muñoz hizo por Puerto Rico y lo que Fidel ha hecho en Cuba.

Wagman volvió a coger el alegato, empezó a leerlo nuevamente. Oliver salió de su laberinto, miró su reloj. Wagman sacó su pañuelo, limpió sus espejuelos, leyó algo pero volvió a soltarlo. Se paró y comenzó a hablar de unos fabulosos casos de familias japonesas. Con carcajadas de pirata, contaba cómo los japoneses habían invertido

en compañías inmobiliarias en California. ¡No sabían del impuesto federal sobre la herencia! Oliver observaba cómo Wagman se burlaba.

Ruiz era un maestro; entre comentarios cínicos y maquiavélicos jugaba una partida de ajedrez con Wagman. Era el famoso round de ¡boos!, como le decía Ruiz. Cada bando tratando de intimidar al otro.

Oliver se volvía a refugiar en los cuentos de don Roberto sobre los orígenes del Ron Caribe en Cuba; de la época de la Ley Seca; de cuando Puerto Rico era la Casa Pobre del Caribe; de cuando establecieron la planta elaboradora en Puerto Rico; de la decisión de incorporar el Ron Caribe en Nueva York; de cuando le dijeron a don Roberto que tenía que repartir en vida la herencia para que escapara al impuesto federal; de la donación de las acciones; de las acciones en la banqueta del piano; del IRS que se quiere quedar con la herencia.

Según el poema, Cuba y Puerto Rico son de un pájaro las dos alas. Pero…, a partir del 1898, un Águila cambió el curso de la historia. Los Estados Unidos se enfrascaron en la Guerra Hispanoamericana con el noble propósito de ayudar al pueblo cubano a culminar su larga y angustiosa lucha por sacar a los españoles de Cuba. De paso, el Águila dejó claramente establecido quién era el nuevo guapo del barrio, reteniendo una base militar en Guantánamo y una cláusula en la flamante Constitución de Cuba, ¡La Enmienda Platt! Bajo esa enmienda, los Estados Unidos retenían un poder de veto sobre el próximo dictador de los cubanos. A este espléndido gesto solidario de los Estados Unidos, el pueblo cubano se lo agradeció con grandes abastos de azúcar que endulzaba el sueño americano.

A Puerto Rico, sin embargo, el Águila lo sentó en su falda, sin saber qué hacer. Los puertorriqueños tampoco sabían qué hacer. Ni estadidad ni independencia. Luego, en un relámpago de felicidad,

(de dudosas intenciones para algunos) en el 1917, el Águila le concedió la ciudadanía americana a los puertorriqueños. Aún entonces, el Águila todavía no sabía qué hacer. Ni estadidad, ni independencia. Los puertorriqueños tampoco. Así las cosas, en el 1920 se aprueba la Ley Seca.

A tan solo 90 millas de la Florida, durante la Ley Seca, Cuba se convierte en el "Pub" preferido de los americanos. Los turistas viajaban los fines de semana a disfrutar de sus ritmos tropicales y exóticos cócteles preparados con Ron Caribe. De regreso, colaban de contrabando una que otra botella de Ron Caribe en la maleta.

Para entonces, sin embargo..., Puerto Rico era la Casa Pobre del Caribe. Borinquen Bella se hundía en un mar de miserias. Peor aún, como estaba sentado en la falda del Águila, le aplicaron la Ley Seca.

Eran los tiempos cuando don Luis Muñoz Marín se montaba en un avión y acudía a Washington a buscar alivio para los pesares boricuas. Don Roberto le contaba a Oliver que para esos años Muñoz acudía a la Casa Blanca acompañado de una amiga periodista, Ruby Black, que Muñoz había conocido a través de su primera esposa, Muna Lee. En una ocasión, cuando Ruby Black visitó a los Muñoz, conoció las penurias que sufría el pueblo puertorriqueño.

En la Casa Blanca, Ruby Black conectaba a Muñoz con Eleonor Roosevelt, y mientras tomaban café, Muñoz le contaba a Eleonor que los puertorriqueños se hundían en un mar de pesares. Así nacieron leyes especiales para Puerto Rico.

"Para poder desarrollar a Puerto Rico, es preferible que cien hijos de putas cubanos se hagan millonarios...", le daba vuelta en la cabeza a Oliver, "a cambio de que muchos puertorriqueños pobres se hagan menos pobres".

Oliver pensaba en la periodista amiga de Muñoz y la comparaba con Sofía Miró. Eran los dos extremos de la ecuación. Sofía lo

embullaba para que Oliver fuera a Cuba para que al final unos cuantos cubanos ricos, se hicieran más ricos. Ruby Black, acompañaba a Muñoz a Washington, para que muchos puertorriqueños pobres se hicieran menos pobres.

Con la derogación de la Ley Seca, los González vieron una oportunidad que no dejaron pasar. En el 1936 establecieron una planta para la elaboración del Ron Caribe en Puerto Rico. La falda del Águila tenía sus ventajas, y una de ellas era que Puerto Rico gozaba de un mercado común con los Estados Unidos. De esta manera, el Ron Caribe hecho en Puerto Rico tenía libre acceso al preciado mercado norteamericano, sin tener que superar las barreras arancelarias.

Desde Puerto Rico el Ron Caribe comenzó a conquistar el mercado norteamericano, y luego otros mercados, y así sucesivamente fue edificando una impresionante red corporativa de elaboración, distribución, venta y mercadeo, hasta que se convirtió en la marca de licor de mayor venta en todo el mundo.

Durante la última enfermedad de don Roberto, don Gabriel fue a consultar al bufete de Andrews Martínez Oliver y Ruiz para saber si el impuesto federal sobre la herencia le aplicaba a las acciones del Ron Caribe. El bufete le advirtió que ese imperio corporativo tenía sus raíces inscritas en el estado de Nueva York. Que como tal, esas acciones eran tributables.

–¡Óigame, don Gabriel!, nada importa que don Roberto y el Ron Caribe sean oriundos de Cuba –le advertía enfáticamente el licenciado Ruiz al futuro albacea.

La solución: don Roberto le donaría las acciones a sus hijos antes de morir. Así lo hizo. Le entregó los stock powers a Rosarito aquel jueves color de maravilla. Ella cogió las acciones y las guardó dentro de la banqueta del piano. Hasta entonces, don Roberto

había entretenido a la muerte con los últimos avances de la ciencia, pero lo que ni él ni nadie se imaginaba era que moriría tres días después y, para complicar aún más las cosas, el papeleo se quedó a mitad de trámite, dentro de la banqueta del piano.

La gran interrogante era: ¿Se completó la donación? ¿Bajo qué ley se determina, la de Puerto Rico o la de Estados Unidos?

"Para poder desarrollar a Puerto Rico, es preferible que cien hijos de putas cubanos se hagan millonarios, a cambio de que muchos puertorriqueños pobres se hagan menos pobres", Oliver agarró una libreta y empezó a jugar con ella. Observaba a Wagman, ese día estaba más odioso que nunca. Llevaba más de media hora con aquel sermón torrencial. Ahora le había tocado el turno a Onassis, el magnate griego; entre risotadas Wagman contaba que Onassis le legó un lujoso apartamento a una sobrina, localizado en la Quinta Avenida de Nueva York. ¡Qué mucho les dolió el impuesto federal sobre la herencia! A Oliver la cabeza le daba vuelta.

Si el Ron Caribe se hubiera quedado en Cuba, Fidel Castro lo hubiera despedazado. De hecho, cuando el triunfo de la Revolución en el 1959, Fidel confiscó la planta de Santiago. Pero no, los González no querían tener todos los huevos en una sola canasta. Por eso en el 1931 establecieron una planta elaboradora en México. Y en el 1936 inauguraron una planta en Brasil y otra en Puerto Rico, convirtiéndose esta última en una de las decisiones económicas más exitosas del siglo 20. Y así sucesivamente continuó el exilio corporativo.

Pero, pero..., los González se sentían inseguros con el status político de Puerto Rico. Sentado en la falda del Águila, Puerto Rico no les brindaba certeza. El Águila no sabía lo que quería. ¡Ni estadidad, ni independencia! Los puertorriqueños tampoco. Los González ya habían sufrido en Cuba los estragos de varios dictadores. Buscando seguridad, inscribieron la planta de Puerto Rico bajo los

estatutos corporativos de Nueva York. Como dice el refranero popular: "es mejor precaver".

–¡La bandera americana nos cobija! –gritaban embriagados de júbilo, al ver sus fortunas crecer.

Así era, la bandera americana los cobijaba. Igualito que a los venezolanos, a los japoneses y a los griegos de los cuentos de Wagman. A menos que se hubiera perfeccionado la donación, las acciones del Ron Caribe estarían sujetas al impuesto federal sobre la herencia que alcanzaba un infame 70%.

"Óigame licenciado, para que haya distribución de la riqueza, lo primero que hay que hacer es generar riquezas. ¡Vaya!, tienes que dejar que los ricos se hagan más ricos. El comunismo es un experimento que fracasó en Cuba, en Rusia, y en todas partes", Oliver seguía sumergido en su laberinto. Si perdían el caso ante el IRS, los Estados Unidos despedazarían toda esa riqueza. Huyéndole a los dictadores de Cuba y a los come fuego de Puerto Rico, fueron a parar al nido del Águila.

En julio de 1979, durante la primera reunión en las oficinas del IRS a raíz de la muerte de don Roberto, Wagman mostró una curiosidad cínica sobre la teoría de la banqueta del piano. En esa ocasión, Oliver le explicó que había una línea de casos federales que apoyaban la teoría de que si el donatario guardaba las acciones en un sitio bajo su control y dominio, entonces la donación se había perfeccionado.

–Fíjate Stanley que esa banqueta ha estado siempre bajo el absoluto control de Rosarito González, la menor de las hijas de don Roberto. Fue a ella a quién don Roberto le entregó los stock powers, con instrucciones de acudir a los registros corporativos y transferirlos a nombre de sus seis hijos, en partes iguales –le planteó Oliver en aquella ocasión.

–Yo recuerdo esos casos –le decía Wagman, sonreído–. Hay uno que trata sobre la mesita de noche del donatario, el hijo del donante. El hijo cogió los certificados de acciones y los guardó en la mesita de noche al lado de su cama. El padre murió tres días después y todavía los certificados estaban allí, en la mesita de noche.

–Es casi igual al caso de don Roberto –afirmó Oliver, aliviado.

Wagman se aclaró la garganta y dijo:

–De hecho, ese de la mesita de noche fue uno de los primeros casos que yo argumenté cuando llegué aquí al IRS, ¡Y lo perdí! –admitió cándidamente–. El tribunal le restó importancia al trámite de traspasar las acciones en los libros corporativos. Se enfocó el tribunal en el derecho a la intimidad... o sea que el padre no podía, sin el consentimiento de su hijo, ponerse a rebuscar en la mesita de noche y tomar las acciones para atrás, porque esa mesa era una extensión de la personalidad del hijo... ¡Me lo sé de memoria! –añadió Wagman.

Oliver se sintió feliz; miró hacia la pared que le quedaba a su mano izquierda y vio una copia de la Constitución sobriamente enmarcada. Pensó en su profesor de Derecho Constitucional que sermoneaba: "¡El derecho a la intimidad es el derecho más fundamental!"... " ¡Sin el derecho a la intimidad andamos desnudos!".

–Esa banqueta del piano, ¿en donde está ubicada? –preguntó Wagman, misteriosamente, sorprendiendo a Oliver fuera de base.

–En el family.

–Yo no veo como tú vas a justificar una analogía entre aquel caso de la mesa de noche, colocada en un dormitorio al lado de la cama, y una banqueta de un piano localizada en un family room.

–¡Ese piano es el instrumento personal de Rosarito!

–Yo te pudiera comprender, Fernando, pero el IRS tiene sus guías a las que yo me tengo que someter. Por ejemplo, mi hermana

es pianista, ¡concertista consagrada! –Wagman escrutaba con la mirada a Oliver– , y yo me crié en una casa donde estaba prohibido acercarse a su piano. El teclado estaba siempre bajo llave. Ahora…, había otro piano barato en el family, donde todo el que visitaba la casa se sentaba y lo lastimaba tocando las mismas tonterías... Ese era el piano de las fiestas; la visita colocaba sus tragos sobre la tapa y la sirvienta usaba la banqueta de escalera...

–¡No, no, no!, el caso de Rosarito se parece más al de tu hermana.

–Pues más le vale que sepa tocar piano de verdad.

En aquella primera reunión Oliver acudió sólo a las oficinas de Wagman, y cayó en una encerrona: accedió a que Rosarito tocara piano frente a los agentes del IRS del Tesoro Federal. Todavía el tío Lorenzo no estaba seguro si aquello había sido una broma de Wagman, o lo había dicho en serio. ¡Wagman es un cabrón!, se le escuchó tronar.

Oliver por su parte lo vio como una oportunidad, como una salida fácil al problema de si la donación de don Roberto se consumó o no se consumó. Pensó que Conchita, quién había sido maestra de piano toda su vida, podría resucitar aquel talento que Rosarito tenía de niña.

Para esta segunda reunión, Oliver venía acompañado del licenciado Carlos Ruiz. Pero sobre todo, venían con un nuevo enfoque, una nueva estrategia: venían espueleados por el tío Lorenzo.

–¡Nada de banquetas de piano! ¡Mucho menos sentar a Rosarito a tocar el piano! ¡Eso es un riesgo y un ridículo!

La secretaria de Wagman llegó con el café.

–Me demoré, pero está acabadito de colar, como les gusta a ustedes los puertorriqueños –Acomodó la bandeja sobre la mesa.

Wagman vestía unos tirantes negros para sujetar su pantalón color gris oscuro, (charcoal gray, que había estado de moda muchos años antes) un lazo de mariposa color vino, camisa blanca de mangas largas, con las iniciales SW en el bolsillo. Su chaqueta colgaba de una percha de madera en una de las esquinas de su oficina. Tenía unas cejas espesas y unos espejuelos muy gruesos, que le iban muy bien con su rol de jefe de la División Internacional del IRS en Washington D.C. En su oficina había un escritorio cubierto de estibas de papeles, expedientes y libros. Era tanto el desorden que causaba aturdimiento. Sin embargo, había también una mesa de conferencia amplia y limpia, que invitaba.

–Bueno y…, ¿cuando tenemos concierto? –preguntó Wagman, con una sonrisita burlona.

–¿Cual concierto? –ripostó Ruiz, devolviéndole la pregunta con marcada indiferencia, saboreando su pocillo de café.

–De piano… ¿no habíamos quedado que la señorita González vendría a demostrarnos sus habilidades pianísticas? –Wagman frunció el ceño, tenía una exasperante expresión que ondulaba entre la compasión y la burla. Hizo un breve silencio, y luego explotó en carcajadas estrepitosamente.

–Aquí está documentada la posición oficial del bufete –anunció Oliver, levantando su copia del alegato de 57 páginas.

–Ujúm –balbuceó Wagman, ojeando el documento con ansiedad. Leía párrafos salteados, a vuelo de pájaro, arqueando sus espesas cejas como ave de rapiña, brincando las páginas para adelante y para atrás, con un sentido de la orientación atolondrado. Oliver sentía los tambores redoblándole en el pecho…, preseo, corte de bola, un donqueo, tenía el pulso acelerado. Wagman se paró de su butaca, gesticulaba mientras leía, caminando de un lado a otro de su oficina, mortificado. El gorila en acción, se dijo Oliver. "Para poder desarrollar a Puerto Rico, es preferible que cien hijos

de putas cubanos se hagan millonarios, a cambio de que muchos puertorriqueños pobres se hagan menos pobres", llegó la hora de la verdad.

Al terminar de ojearlo, Wagman se reclinó en su butaca, estaba que echaba humo por las orejas. Miró al techo, bruscamente se quitó los lentes y al cabo de una larga pausa tiró el alegato sobre la mesa. Entonces llamó de nuevo a su secretaria y le dio instrucciones específicas:

–Sáquele copia a este escrito y distribúyalo entre el staff de la División Internacional.

–¿A cada uno? –preguntó la secretaria, tomando notas.

–Si señorita, una copia a cada uno.

Ruiz le guiñó un ojo a Oliver para indicarle que no lo tomara muy en serio, que a Wagman le gustaba dar el show, para impresionar, para intimidar. "Debe ser un bluff"...pensó. Ruiz se puso de pie y caminó hasta el otro extremo de la mesa para servirse más café.

–La División Internacional se va a divertir muchísimo analizando el escrito que ustedes me han traído –improvisó Wagman, jugando con los tirantes.

–Van a aprender mucho, Wagman. Te lo aseguro –contestó Ruiz, abriendo dos sobrecitos de azúcar para sazonar su café–. El entrenamiento es una cortesía de Andrews Martínez Oliver & Ruiz. No te vamos a facturar.

–Gracias, gracias. De todos los abogados con quienes yo he trabajado, ustedes los del Caribe son siempre los más generosos.

Oliver contemplaba pensativo; no estaba tan seguro como Ruiz de que Wagman les había lanzado un bluff. Repasó mentalmente las cientos de citas legales contenidas en el alegato. El sabía que técnicamente hablando, tanta razón tenía el IRS como tenían ellos;

la donación pudiera irse para cualquiera de los dos lados. Es por eso que la idea de poner a Rosarito a tocar el piano le pareció una solución simpática. Pero, al tío Lorenzo le parecía una trampa de Wagman. Ahora Oliver temía que el alegato de 57 páginas se interpretara como una declaración de guerra. "El IRS es un gorila en sus oficinas, pero en el tribunal federal es un mono más como cualquier otro litigante"... Pero..., ¿quién quiere que esto llegue hasta el tribunal?

–Me dijeron que los herederos están peleando porque don Roberto fue muy ge–ne–ro–so con uno de los hijos –anunció Wagman, acentuando las sílabas cínicamente.

–¿De donde tú te sacas eso? –cuestionó Ruiz, desentendido, como si nunca hubiera oído hablar del tema–. ¿Tú sabes algo de eso, Fernando?

–Esta es una herencia muy compleja... hay de todo –convino cautelosamente Oliver.

–A mi me lo dijo mi esposa –contestó Wagman, encogiéndose de hombros, devolviéndole a Ruiz la misma dosis de hipocresía–. Ella lo leyó en una de esas revistas de farándula. En un Hola creo que fue. Tú sabes lo mucho que gusta el chisme...

–Ujúm –musitó Ruiz, tratando de descifrar si era otro bluff. La diferencia era que esta vez Wagman había dado en el blanco.

–A mi lo que me preocupa es lo mucho que ustedes estarán sufriendo con esas peleas –La verdad es que ese día Wagman estaba más cínico que nunca.

–Pues te diré Stanley que el menú de preocupaciones es mucho más amplio –planteó Ruiz, dibujando un garabato en su libreta de tomar notas–. Quizá Fernando pudiera explicarte mejor de lo que se trata...

–Primero que nada, –Oliver carraspeó para aclararse la garganta– María Fernanda Luna, la viuda, quiere la mitad de las acciones del

Ron Caribe para ella. Su teoría es que esas acciones don Roberto las obtuvo durante el matrimonio y por lo tanto son mitad y mitad, a menos que los herederos puedan probar que él las recibió por herencia. Eso significa que, aún si todo este asunto de la banqueta del piano..., un tribunal lo decidiera en contra nuestra, el impuesto sobre la herencia bajaría automáticamente a la mitad.

A Oliver le costó trabajo pronunciar la palabra "tribunal". El sabía, bien que sabía, que los González no tenían nervios para llevar este asunto hasta los tribunales. Pero, era cierto..., en el tribunal el gorila era un mono más, y era necesario sacar pecho con Wagman.

–Pero es de conocimiento popular que esas acciones del Ron Caribe se heredan de generación en generación entre los González –argumentó Wagman.

–Pero no es tan fácil –afirmó Oliver–. La abogada de María Fernanda sabe muy bien que el peso de la prueba lo tienen los herederos...

–El conocimiento popular no hace prueba, Stanley –apuntaló Ruiz, en su estilo pedagógico, para mortificar a Wagman.

–¿Y?... –cuestionó Wagman, jugando de nuevo con los tirantes–. No me digan que los herederos se van a quedar cruzados de brazos... ¡Por favor!

–No tienen ningún otro remedio –planteó Oliver, encogiéndose de hombros–. Desde que Washington le decretó el embargo a Cuba, no hay manera de que yo pueda ir para allá a recopilar los documentos que me hacen falta.

–¿Algo más? –preguntó cínicamente Wagman.

–¿Quieres más? –le replicó Ruiz, más cínico aún.

Wagman miró fijamente a Oliver y a Ruiz, tenía el rostro cada vez más enrojecido. Agarró la copia del alegato que tenía Ruiz sobre la mesa y explotó, vociferando:

–Ustedes están combatiendo el fuego con aceite. ¡¿Qué es esto?! ¡¿Ah?! ¡¿Qué es esto?! – Agitaba en el aire el mamotreto de 57 páginas–. ¡¿Una declaración de guerra?!

Capítulo 18

A su regreso a Puerto Rico, Fernando Oliver se encontró con el bombazo sobre su escritorio: María Fernanda Luna, la viuda, había radicado su demanda. Que no es lo mismo llamar al Diablo que verlo venir. La radicó contra el albacea, los González–Farasy, los González–Luna, ¡Los seis! y de Georgina Balzán, la primera novia y alegada amante de don Roberto.

Esther Sánchez, la secretaria de Oliver, le tenía su escritorio nítidamente recogido. Como de costumbre, mientras Oliver estuvo fuera de Puerto Rico, ella le organizó la correspondencia; la dividía entre "importante" y "miscelánea", utilizando dos sobres tamaño legal para cada día.

Esa mañana, Esther le llevó su tazón de café mientras Oliver hacía una lista de las llamadas que se le acumularon durante el viaje. Saboreando sorbo a sorbo su café como todo un ceremonial, iba abriendo la correspondencia, y a cada documento le escribía de su puño y letra unas instrucciones para que Esther les diera curso.

Así estaba, sorteando recursos legales entre sorbos de café, cuando… La verdad es que no es lo mismo llamar al Diablo que verlo venir. Que una cosa era reclamar los gananciales de las acciones del Ron Caribe y otra era demadar hasta a sus propios hijos.

La demanda lo impactó. Llevaba un buen rato tramitando papeles, escribiendo instrucciones, inalterado, sin emociones, sin preocupaciones, todo rutina, cuando la demanda le salió al encuentro. Emplazaron a todos, al albacea y a los seis hijos. ¡Hasta a la amante! Sintió un jalón en la boca del estomago y un frío que le corrió por el alma, pero se detuvo y la puso a un lado. No la quiso seguir leyendo hasta terminar de despachar el resto del papeleo. Por dentro se lo comían los nervios; se vio tentado varias veces, pero la volvía a colocar a un lado.

Tan pronto estuvo listo, fue y se preparó él mismo otro tazón de café. Por el pasillo se encontró a Esther.

–Le llegó correspondencia importante, ¿la vio? –le dijo Esther.

–La vi, pero ahora la voy a leer con calma –Abrió una lata de leche Carnation–. ¡La Guerra Hispanoamericana Part II! –improvisó, tratando de cogerlo a broma–. Cubanos, puertorriqueños, americanos. ¡Solo falta España! –Le echó la leche al café y se acordó de don Roberto. "Ustedes los boricuas no beben café si no es con leche".

La leyó a grandes zancadas, ansioso, se le nubló el entendimiento. La demanda era una conflagración, una hoguera; con un vocabulario inflamatorio, repudiable y detestable. Y para terminar, lo que faltaba. ¡La vida te da sorpresas! La licenciada Guerrero se había unido a la licenciada Irizarry. Por sobre los papeles se levantó una trenza de cánones de ética.

A Oliver se le aceleró el pulso, se levantó de su butaca y se acercó al ventanal a contemplar la bahía. Recordó a su abuela Clara que sabía leer el cielo; pensó en tantas cosas. Trató de entender a

los González. "Cuando la sangre y el dinero se juntan, se crea una mezcla explosiva". Que los hermanos peleen contra los hermanos, eso ya él lo había visto muchas veces. Hijos del mismo matrimonio, hijos de distintos matrimonios. Pero…, que una madre demande a sus propios hijos. ¡Madre demanda hijos por botín hereditario!, se imaginó el titular. "Si no hubiera dinero, entonces de seguro nada de jaleos, nada de broncas, nada de pleitos". Recordó el cuento del tío Lorenzo, el de la vaca que unos herederos la halaban por el rabo, otros la halaban por los cuernos, mientras los abogados la ordeñaban.

Un barco entraba por la bahía y se acordó del día que fue al muelle a buscar a don Gabriel y a Conchita para la primera reunión con los herederos de don Roberto. Desde entonces el ritmo de su vida se había alterado.

Resonaba en su mente el eco de las palabras de don Roberto, para todo él tenía una contestación llena de humor y sabiduría. El día del bombazo de la demanda, Oliver evocaba aquellas conversaciones con don Roberto, buscando una dosis de optimismo. "No se preocupe tanto por esas cosas, licenciado. No se olvide que algunos problemas unen a los herederos. Mire, yo tengo tres hijos americanos y tres puertorriqueños, de padre cubano y madres americana y puertorriqueña, de abuelos españoles, y me siento feliz y orgulloso de todo eso". Oliver había escuchado tantas opiniones distintas, tantos argumentos a favor y en contra sobre el mismo tema. "Regálale una sonrisa al extranjero"… "Boricua defiende lo tuyo". Todos tenían razón y nadie tenía razón, reflexionaba. Se crió tambaleándose entre las ráfagas de su papá y su mamá, y ahora la herencia de don Roberto le revolcaba todo ese pasado oscuro. Hundido en su pensamiento estaba cuando Esther Sánchez lo interrumpe:

–¿Usted dijo que le faltaba España?,… se la tengo en el teléfono.

–¿Quién?

–Sofía Miró, línea tres.

Oliver vio el cielo abierto.

–Te traje con el pensamiento, Sofía –le anunció Oliver, reanimado.

–¡Venga!, cuéntame que ha pasado –le contestó Sofía, como de costumbre–. Me tienes que poner al día, Fernando.

–Pues tenemos tema para chismear como loco. Estuve por las oficinas del IRS en Washington...

–¡Joder!, Fernando. No me hables de los impuestos que por más que...

–¡Ok! ¡Ok!

–...Es que no entiendo nada.

–¡Ok! ¡Hold your horses, Sofía!

Oliver hizo una pausa, organizó los pensamientos. No quería hablar tan rápido de la demanda, Sofía lo iba a acosar con mil y una preguntas.

–Estuve en Nueva York, en el apartamento de don Gabriel, en una reunión de herederos. Sheila... –Se le cortó la voz.

–¿La hija de don Gabriel?

–Si..., la pobre ya casi no puede caminar. Se ha deteriorado tan rápido.

–Hmm..., pobrecita. ¿Cuando vuelves a Nueva York? Me gustaría ir contigo.

–Tengo que volver pronto... –Oliver titubeó; agarró la demanda en sus manos, con el dedo pulgar jugaba con su espesor.

–¿Cuándo? –lo atajó Sofía.

Hubo una pausa, Oliver colocó en fila sus pensamientos.

–María Fernanda radicó una demanda. ¡Es una bomba!

Hubo un silencio a dos voces.

–¿Contra quién, Fernando?

–Contra todo el mundo, Sofía. Contra t–o–d–o el mundo.

–¡Joder! Esa tía es de armas tomadas. Pero bueno, tenemos que vernos, agarra un avión y vente para acá.

–No puedo. Este mismo fin de semana salgo para Nueva York.

Hubo otra pausa que Sofía aprovechó para empujar su agenda.

–Fernando..., ahora más que nunca debéis venir conmigo a Cuba.

Por primera vez Oliver no dijo que no. Sofía capitalizó y volvió al ataque.

–Salimos para allá de un momento a otro. ¿Vale? En la oficina el jefe está tramitando los papeles. Tenemos que planificar lo de las acciones del Ron Caribe. ¿Vale?

–A mi esta demanda me ha cogido por sorpresa.

–¡¿SORPRESA?! Hostia, Fernando, hace meses que tú mismo me estuviste contando que la viuda quería la mitad de las acciones, aún antes de la muerte de don Roberto.

–Pero es que una cosa es quererla, y otra es radicar un pleito aparatoso como este, ¡Big Time, Sofía! ¡Big Time! Sin tan siquiera negociar para buscarle una solución fuera del tribunal.

–Léemela, Fernando.

–Que chismosa eres, corazón.

–Hombreé. Mira que me muero de curiosidad.

Fue así como Oliver terminó leyéndole la demanda por teléfono a Sofía Miró; mientras más inflamable era el lenguaje, más se reía Sofía. Así estuvieron un largo rato, párrafo por párrafo. Oliver le cuestionaba las risotadas, para él se trataba de un asunto muy

lastimoso, una tragedia familiar. Pero Sofía lo veía todo distinto. Ella no era abogada, sino periodista, con una visión muy distinta, cubriendo historias de verdadera trascendencia internacional.

–Fernando, este es el mejor caso que tú has tenido en tu vida –le decía Sofía entre risas y carcajadas.

–Esas abogadas son unas guerrilleras –arremetió Oliver.

–¡Fernando, por Dios!, estas hecho un machista. Eso mismo dijiste de la otra abogada.

–¿Cuál?

–La abogada de la amante de don Roberto.

–¡Es que las dos se juntaron! ¡Es lo más antiético que yo he visto en mi vida! Esa que tú dices es Elizabeth Guerrero. ¡Lleva hasta el apellido! Las dos son unas guerrilleras. ¡Terroristas!

–¡Joder! Fernando, ellas están haciendo su trabajo. Que tú pretendes, ¿que te disparen con bolas de algodón? ¡Hombreé!

Hubo una breve pausa. Fernando pidió que lo disculpara un segundo en lo que firmaba unos documentos que le trajo Esther. Sofía aprovechó para revisar su nevera. Daba lástima.

–Los licenciados Lorenzo Oliver y Carlos Ruiz quieren saber si le esperan para almorzar –le preguntó Esther, mientras recogía y organizaba los papeles.

–Hmm… –murmuró Oliver pensativo. Miró el reloj y se sorprendió que la mañana se le hubiera ido como el agua entre las manos–. Mejor diles que se vayan.

Esperó que Esther abandonara su despacho, y volvió con Sofía:

–¡Hello!, ok… Es que Sofía, con plantear que las acciones del Ron Caribe se presumen gananciales, era suficiente –concluyó, tratando de corregir su mal carácter.

–Bueno, Fernando, te tengo que dejar porque esta nevera mía está hecha un desastre. No hay leche ni para un corn flakes.

Los adoquines del Viejo San Juan resplandecían bajo el sol picante del medio día. Desde la bahía, tres cruceros enamoraban la ciudad. Cada piragüero era un oasis multicolor: frambuesa, tamarindo, parcha, limón. En un cubujón pegado a la alcaldía, doña Pura Ramírez había improvisado un tenderete para vender frituras y dulces. Oliver se acercó, respondiendo al saludo de doña Pura.

–¡Estaba perdido, licenciado!, hacía días que no lo veía por ahí –comentó doña Pura, bajándole el volumen a un radio por donde se escuchaba a un locutor haciendo pronósticos para la tarde hípica.

–¡Ay, doña Pura!, me tienen del tingo al tango. Últimamente estoy que me bajo de un avión y me monto en otro.

–¿Y esos casos como están?

–Ahí tengo uno que me trae por la cuesta de la amargura –Oliver frunció el ceño y doña Pura explotó en carcajadas.

–Llévese unos besitos de coco para que se le endulce la vida.

Oliver estaba a punto de partir cuando apareció Flavio, un simpatiquísimo peruano que trabajaba en el Circo Panamericano. Flavio lo mismo trabaja en la taquilla, que en la cantina, iba al banco a depositar y hasta a la oficina del alcalde a recoger permisos. En el bufete, los demás abogados llamaban cariñosamente a Oliver "El abogado del circo", pues le notarizaba los documentos gratuitamente, como una cortesía que el Panamericano reciprocaba regalándole taquillas.

–¿Licenciado, cómo está? –fue el saludo entusiasta de Flavio–. Hacía días que no lo veía por ahí.

–Estuve de viaje, pero me enteré que pasaste las de Caín con el huracán.

–Usted lo dice y no lo sabe, le voy a contar. Mire, me tuve que encerrar en el coliseo con los doce elefantes. Porque lo que pasa es que esos animales se ponen nerviosos con las ráfagas del viento…, y es un peligro. Así que llamamos al veterinario, y con una jeringuilla así de larga, licenciado, ¡así de larga!, no exagero, le pusieron unos calmantes y los elefantes quedaron achocaitos.

Oliver estaba de lo más entretenido, las historias de Flavio eran siempre divertidas y a veces hasta fascinantes. Pensó en invitarlo a almorzar, pero Flavio no se callaba; prefirió no interrumpirlo. Doña Pura mientras tanto tenía una oreja pegada al radio, y en una libretita apuntaba con devoción los caballos favoritos para la cartelera hípica. "Y en la séptima y última carrera de la tarde…", trompeteaba el locutor erizando las esperanzas del pueblo hípico. A un parroquiano se le salían las babas por un bacalaito, el nieto de doña Pura le hacía señas a su abuela, pero tuvo que esperar a que ella terminara su trance con la suerte.

–Pero que pasa, el huracán se retrasó –continuaba Flavio–. Como siempre licenciado, usted sabe como es eso, lo anuncian para una hora y pasa al otro día por la noche. Pues mire, el efecto de los calmantes se les empezó a pasar. Y cuando empezaron a soplar los primeros vientos, los elefantes se pusieron nerviosos y empezaron a moverse atolondrados, yo corrí para el teléfono público, y el veterinario que voy, que no voy, y yo: ¿Que hago doctor? Y en eso se reventó el cielo con una descarga eléctrica y los elefantes empezaron a correr y chillar. ¡Un estruendo!.. –Flavio se tapaba las orejas con las manos– y el teléfono se descojonó…

–¡Dios mío Flavio!, a ti te pasan cosas… –balbuceó Oliver.

–¡No le crea ni la mitad de lo que dice, licenciado! –vociferó doña Pura desde el otro lado del mostrador, apagando el radio–. Ese flaco es un embustero –añadió con determinación, pasándole un paño al mostrador. Se la pasa haciéndole cuentos a todo el que viene por ahí.

–¡¿Embustero yo?! –cuestionaba Flavio ofendido–. Me tuve que encerrar en un baño, cagao del miedo, hasta que pasó el huracán.

Oliver se moría de la risa.

–¿Quieres almorzar?

–No gracias licenciado. Ya yo almorcé. Si yo a las cinco de la mañana estoy de pie trabajando.

–¡Apúntele otro embuste! –volvió a la carga doña Pura.

Oliver cogió rumbo abajo por la calle San Francisco, hacia la Bombonera. Hacía varios días que no comía criollo, y tenía muchos deseos de comerse un buen plato de arroz con habichuelas. Le dio riendas sueltas a la imaginación y repasó las delicias que allí preparan... "Mm... carne guisada con berenjena ...o el pastelón de amarillo con carne molida...", estaba indeciso y recordó los banquetes que preparaba su abuela Clara en la vieja casona de Mayagüez durante aquellos veranos de su niñez. En la entrada de una farmacia miró de reojo las primeras planas: "Continúan Hoy las Vistas sobre Maravilla", decía en grandes letras rojas El Nuevo Día. Oliver hizo una mueca y miró su reloj. Apresuró el paso y cuando entró a la Bombonera, desde una mesa del centro el tío Lorenzo y el licenciado Carlos Ruiz le hicieron señas para que se uniera a ellos.

–¿Qué me traes en esa fundita, Fernando? –le preguntó el tío Lorenzo, abrazándolo.

–Son besitos de coco.

–Mm, que bueno. ¡Me encantan! –exclamó con voz pícara el licenciado Ruiz, avisándole a un mozo para que se acercara.

–Me alegro, pero no son para ustedes. Son para las muchachas de la oficina.

–Si sigues así me vas a quitar el puesto de socio administrador –sentenció el tío Lorenzo, y explotaron en carcajadas–. ¿Te dijo Esther que te estábamos esperando para almorzar?

–Me lo dijo, pero es que tenía aquel escritorio que daba miedo.

–¿Dónde los conseguiste? –preguntó Ruiz, en el momento en que un mozo colocaba a toda prisa los cubiertos y una copa de agua para Oliver.

–Perdóname Carlos, ¿qué me decías? –preguntó Oliver, colocándose la mano detrás de la oreja.

–¿Que dónde compraste los besitos de coco?

–Los compré…

–¿Qué va a pedir el licenciado? –interrumpió el mozo sin encomendarse a nadie, entregándole el menú a Oliver.

–Tráigame una limonada en lo que me decido… –Oliver colocó el menú sobre la mesa y virándose hacia el licenciado Ruiz, le dijo–: los compré en la tiendita de doña Pura. Abrió otra vez.

–¡¿Abrió otra vez?! –exclamó el licenciado Ruiz–. Esa vieja sí que tiene suerte.

–¿Qué ustedes comieron? –preguntó Oliver.

–La carne guisada con berenjena…, ¡está buenísima! –opinó el tío Lorenzo.

–Te la recomiendo –convino el licenciado Ruiz, y le hizo señales al mozo para que se acercara.

–Pues eso mismo voy a pedir; con arroz y habichuelas y tostones. ¡Tengo unas ganas de comer criollo!

–Pues estás en el mejor lugar del mundo –afirmó el tío Lorenzo.

–¿Se decidió el licenciado? –preguntó el mozo, libreta en mano.

–El quiere la guisada con berenjena …dijo el licenciado Ruiz.

–Con arroz, habichuelas y tostones –especificó Oliver.

–Y a nosotros nos trae más café.

Poco a poco la Bombonera se iba aliviando de la congestión del medio día. Los tres despedían con ligeros movimientos de cabeza y mano a los colegas y amigos que iban de salida. El licenciado Luis Raúl Irizarry Cuevas se detuvo en la mesa y les preguntó si estaban viendo las vistas sobre el Cerro Maravilla, una apasionante historia sobre terrorismo, corrupción, conspiración y encubrimiento, que galvanizaba las emociones del pueblo, dividiéndolo hasta sus entrañas. En un abrir y cerrar de ojos habían cuatro opiniones irreconciliables sobre Maravilla.

–Si tú le preguntas a diez puertorriqueños sobre Maravilla, tendrás diez teorías distintas –sostuvo el tío Lorenzo, y los cuatro explotaron en carcajadas–. ¡Y fascinantes! –añadió para rematar.

Luis Raúl se despidió y hubo una breve pausa. La Bombonera se había recuperado del tumulto del medio día y retornaba a su acostumbrada atmósfera apacible, que propicia la buena conversación. En el momento oportuno, el tío Lorenzo se inclinó hacia su sobrino y le dijo, enigmáticamente:

–¿Sabes que el otro día estuvo por la oficina Carlos Alberto?

–¿Carlos Alberto González, el hijo de don Roberto? –preguntó Oliver sorprendido.

–Ese mismo. Me llamó y me dijo que lo habían demandado, que su madre estaba demandando a todos los herederos. Así que yo le dije que me trajera copia de la demanda con el emplazamiento.

–¿Cuándo fue eso tío? –preguntó Oliver visiblemente frustrado de que el asunto se le saliera de las manos.

–La semana pasada, mientras tú estabas en Washington con Carlos –El tío Lorenzo sazonaba su café–. Para mí que se le ve la costura a leguas –añadió.

–Para mí también –convino Ruiz–. No es lo mismo dividir entre seis que entre tres.

–¡¿Cómo?! –preguntó perplejo Oliver.

–Que Carlos Alberto está en contubernio con su madre para adueñarse de las acciones del Ron Caribe –opinó el licenciado Ruiz–. Es obvio que la tajada que le toque a María Fernanda, a la larga pertenecerá a sus tres hijos. Los González–Luna guisarían dos veces: la mitad de las acciones del padre la dividen entre seis y la otra mitad entre tres.

–Seguro –añadió el tío Lorenzo, con pasmosa tranquilidad–. No es lo mismo dividir entre seis que entre tres. Tan sencillo como eso.

Aquello fue como un golpe helado; Oliver se hundió en un letargo, movía la comida de un lado al otro del plato, con desgano.

–Y no me extrañaría escuchar a Carlos Alberto en corte abierta testificando: "Mi padre en vida siempre me dijo que esas acciones pertenecían a él y a mi mamá, en partes iguales" –especuló el tío Lorenzo, fingiendo la voz.

–¡Bajo el más solemne juramento! –añadió burlón Ruiz.

A Oliver se le desvaneció el apetito. Con el arroz y las habichuelas improvisó una montaña; la carne la picaba en pequeños cuadritos y los enterraba, haciendo el montículo cada vez más compacto, como hacía su abuela Clara, cuando él era un niño y le daba su comida sentado en su falda. "Vamos Fernandito, ¡prrrrrr! abre la boca que ahí viene el avioncito". Siguió un rato pensativo, jugando con la comida. "¿Me estarán corriendo la máquina?..." Repasó los famosos tambores de guerra. Pensó en Rosarito; en cómo explicarle todo eso a don Gabriel y a Conchita. "Conchita me va a acribillar con preguntas y conjeturas... y no tengo las contestaciones para quitarme a la vieja de encima". Cada vez la trenza patrimonial de la sucesión de don Roberto lo aprisionaba más y más. "No es lo mismo dividir entre seis que entre tres", seguía mortificándose con la frase. Pensó en Sofía, y el viaje a Cuba. "Esa pudiera ser mi única salvación para evitar que María Fernanda se salga con la suya".

–Desde luego que no es lo mismo dividir entre seis que entre tres –dijo Oliver en un tono desafiante, retirando su plato de comida–. Sofía Miró tiene un nuevo viaje a Cuba, me llamó para recordármelo esta mañana, y me ha prometido…

–¿Ayudarte a probar que don Roberto heredó las acciones del Ron Caribe? –interrumpió el tío Lorenzo apreciativamente–. Eso sería una bendición, Fernando. Lo vamos a necesitar.

–Vete con ella a Cuba –sugirió Ruiz–. Esto cada vez se complica más.

–¿Me lo dices? –murmuró Oliver–. A mi se me quitaron las ganas de comer. Y con las ganas que le tenía.

–A mí no me extrañaría que el cerebro detrás de todo esto sea Claudia –planteó el tío Lorenzo–. Esa pelirroja es vengativa, y como los González–Farasy la quieren joder, ella los quiere joder a ellos.

–¡Oh si!… –convino el licenciado Ruiz, entre cerrando sus ojos y moviendo suavemente su cabeza–. Toda esta conspiración a Carlos Alberto le queda grande.

–Yo no tengo estomago para estas cosas –confesó cándidamente Oliver.

–No tendrás estomago, pero nos tienes a nosotros –dijo el tío Lorenzo, exhibiendo una gran sabiduría y entusiasmo–. Perdóname la metáfora culinaria, pero los casos son como el arroz: hay que dejar la olla a fuego lento en lo que ablanda el grano.

–Pero es que esto es una complicación tras otra complicación –balbuceó Oliver.

–Es una madeja de intrigas, pero vas a ver que una complicación ayuda a resolver la otra. Coge las cosas con calma –concluyó el tío Lorenzo.

–Lo que está interesante es que hayan incluido a Georgina Balzán en la demanda –opinó el licenciado Ruiz.

–Claro, hay que coger el toro por los cuernos –convino el tío Lorenzo–. María Fernanda es muy lista y sabe que el que da primero da dos veces.

Subieron los tres por la calle San Francisco. Eran pasadas las 2:30 de la tarde y los turistas disfrutaban del sol de media tarde, con sus pantaloncitos cortos y sus camisetas que decían: ¡Puerto Rico me Encanta!, fundas donde acarreaban dulces recuerdos, y una que otra botella de Ron Caribe, para conciliar las nostalgias. El tío Lorenzo quería comprar besitos de coco en la tiendita de doña Pura, tenía deseos de saludarla y saber cómo estaba.

A doña Pura el gobierno estatal la persiguió y desahució por cometer el infame pecado de profesar los colores políticos del partido contrario. Fue tanto el jaleo que causó el atropello, que el tío Lorenzo al enterarse por la prensa, de inmediato puso a su disposición todos los recursos del bufete. "Puedes dedicarte a litigar contra el gobierno el resto de tu vida, la constitución te cobija", le dijo el tío a doña Pura en el primer encuentro, "pero dime: ¿qué es lo mínimo que tú estás dispuesta a tranzar?" Y ella le dijo: "Yo tengo setenta y cinco años de edad licenciado, y estoy cansada de que los políticos me vengan a joder la vida. Yo lo único que quiero es que me dejen tener mi tiendita en algún rinconcito de la ciudad, para echar pa'lante a un nietecito que mi hija, la menor de todas, me dejó huérfano".

Aquello le rompió el corazón al tío Lorenzo. Inmediatamente se reunió con el señor alcalde, que pertenecía al otro partido, y éste, tal y como le decía a todo el mundo, le dijo: "¡Cómo no, licenciado!, vamos a bregar con eso". Pero el tío Lorenzo sabía mucho más que eso, sabía que "bregar" y no hacer nada, era lo mismo. De manera que se consagró con astucia a fraguar una piadosa resolución de la asamblea municipal para que doña Pura montara su tiendita en un cubujón pegado a la casa alcaldía, ofreciendo bacalaitos y otras frituras típicas, y desde luego, los famosos besitos de coco.

–¡Licenciado!.., que alegría verle –gritó eufórica doña Pura, abrazando al tío Lorenzo.

–¿Cómo la trata la vida?

–Bien, muy bien, gracias a Dios.

El locutor anunciaba la primera carrera válida para el pool, y doña Pura le pidió a su nieto que le bajara el volumen al radio.

–Bueno y usted, como está que hacía tiempo que no lo veía.

–Yo estoy muy bien doña Pura. Y lo mucho que me alegro que su tiendita esté funcionando bien. Mi sobrino compró unos besitos de coco, pero no me quiso dar ni uno. ¡¿Usted sabe que él es mi sobrino, verdad?!

–Siii, seguro que si.

–Y mi socio, el licenciado Ruiz...

–También, si ellos son clientes míos desde que tenía la tienda al lado de allá, de donde me botaran como bolsa... ¡Jajajaja!

–¿Y el alcalde, cómo la trata?

–Él conmigo es una bendición, y más le vale, porque como me venga a joder le aprieto los güevos pa' rápido, pa' que se alinee. Tenga, llévele estos besitos de coco a las muchachas de la oficina, que son un encanto, dígales que es un obsequio de doña Pura, y esta otra fundita es para usted, obsequio de la casa, y no me le de ni uno a su sobrino, pa' que no sea maceta.

El próximo viernes, a eso de las tres de la tarde se encontraba Oliver frente al edificio del Banco Popular en el Viejo San Juan, en la esquina de San Justo con la Tetuán. Procuraba tomar un taxi hacia el aeropuerto, donde se encontraría con el Dr. Benito Álvarez de la Cruz, su querido amigo Benito. Iba para Nueva York, a una reunión de herederos en el apartamento de don Gabriel. Esther Sánchez lo ayudó a bajar la maleta y un bulto repleto de documentos de la

sucesión de don Roberto González. Oliver le había dado a Esther el resto de la tarde libre, para que comenzara a celebrar su viernes social temprano. "Déjeme ayudarlo a cargar sus tereques licenciado, que por ahí mismito yo aprovecho y las chillo", le había dicho Esther a Oliver.

Frente al edificio federal, dos cuadras más abajo, se estaba organizando un piquete en protesta por los presos políticos puertorriqueños. El tránsito estaba cada vez más pesado y Oliver pensó que los taxistas le estarían huyendo al tapón que se estaba cuajando. Ambos le hacían señales desesperadas a un taxista, y cuando se prestaban a mover el equipaje, unos turistas se adelantaron. Arrancó el piquete con música, como si fuera una fiesta de pueblo: congas, timbales, bongó, trompetas, pleneras, en fin, un vendaval de música antillana atacaba sin piedad las estructuras del Gobierno Federal en Puerto Rico. Las caderas de Esther culeaban al tumbao de los tambores.

–Licenciado yo me voy para allá que eso se está poniendo bueno –dijo Esther, dándole un beso y un abrazo a su jefe–. Cualquier cosa que necesite me avisa– gritó mientras cruzaba la calle y se abría camino entre la muchedumbre.

La policía decidió desviar el transito para aliviar el ataponamiento. A Oliver no le quedó otro remedio que coger su equipaje y caminar hacia el Teatro Tapia, a ver si atrapaba un taxi. El trompeteo de la música tenía a una viejecita bailando frente a la entrada de un bar. A su lado un hombre vendía cervezas que enfriaba en un balde lleno de hielo. Oliver miró su reloj y pensó en Benito. "¿Habrá llegado al aeropuerto?" ¡Santa María/ Líbranos de Todo Mal!, resonaba por las estrechas calles, como una plegaria de pueblo al son de bomba y plena. Oliver tenía mucho deseo de ver a Benito; era un bálsamo que él se uniera al viaje. El informe de valoración de las acciones era la excusa, pero la realidad era que Oliver tenía una gran necesidad

emocional de que Benito lo acompañara. El bombardeo de preguntas de los herederos, la incertidumbre, las ansiedades. Se preguntaba: ¿Estará Conchita metiendo la cuchara como siempre, o la enfermedad de Sheila la mantendrá alejada?

La juez a cargo del caso de María Fernanda había llamado a su oficina señalando una vista evidenciaria con carácter de urgencia. "¡Cómprale un pasaje a Cuba!, allí está la evidencia", fue la ocurrencia burlona del tío Lorenzo, pero a Oliver no le hizo ninguna gracia. La viejecita seguía bailando, con un ramillete de billetes de la lotería en una mano y una lata de cerveza en la otra.

–¿Tiene algo ahí que termine con siete? –le preguntó Oliver, recostando la maleta contra el escalón de entrada al bar. Espulgó la suerte entre los billetes.

–Llévese este licenciado, mire para allá que número más bonito. Se va a pegar, acuérdese que se lo digo, se va a pegar.

–Ok, déme este.

–Muy bien... ¿Para donde va licenciado?

–Para Nueva York.

–¡Cuídese mucho y que Dios le bendiga!

En eso apareció Flavio, ¡PAA! ¡PA, PAAA!, escandalosamente tocando la bocina de una camioneta Ford verde chillón, rotulada en ambas puertas: ¡Gran Circo Panamericano!

–Licenciado véngase, yo lo llevo –gritó Flavio, alborotando otra vez con la bocina.

–Voy para el aeropuerto.

–Si, si, móntese, que yo lo llevo. Tenga, cómprese dos cervezas que esto no tiene aire acondicionado.

Oliver colocó su equipaje en el cajón de la camioneta y tomaron rumbo hacia el aeropuerto. El tráfico estaba pesado y hacía mucho

calor, como todos los viernes de borinquen a esa hora, pero lo combatían sorbo a sorbo con cerveza fría.

–Te agradezco que me des pon, Flavio –musitó Oliver–. Hacía rato que estaba tratando de agarrar un taxi pero era imposible. La protesta revolcó la ciudad.

–Ustedes los boricuas por protesta lo que hacen es una fiesta –se rió Flavio–. Salsa, bomba, plena, bacalaitos y carne al pincho. ¡Aaah, y cerveza! –añadió, levantando su lata–. En Perú..., allí sí que te digo yo, tres discursos echando fuego por la boca y en un abrir y cerrar de ojos estalla la violencia. Empiezan con piedras y macanazos y terminan con tiros y desaparecidos..., gente que no vuelves a ver más nunca en tu vida.

En Puerta de Tierra el tapón estaba de madre. Una joven cruzaba la avenida Ponce de León y Flavio le disparó un piropo tan sabroso que ella no pudo aguantar las ganas, sonrió y saludó.

–Mira para allá que tronco de mujer más bella. Este país es un paraíso, me voy a buscar una boricua de piel canela como esa, para casarme con ella. Una así fue lo que me recetó el doctor.

Oliver se moría de la risa, disfrutaba de lo bien que Flavio cogía las cosas en la vida. Miró su reloj y pensó de nuevo en Benito, pero no había manera de avisarle que ya estaba de camino. "Si llama a la oficina le dirán", pensó, tratando de tranquilizarse.

–Bueno Flavio, cuéntame, ¿cómo te ha ido en el circo últimamente?

–Licenciado, usted no sabe lo que Mellado y Domínguez me hicieron el otro día –dijo Flavio con la voz misteriosa, cautivando rápidamente la curiosidad de Oliver–. Resulta que al payaso del circo se le murió la mamá y partió para México a enterrarla y por allá estuvo como tres semanas. Como yo hacía mis cositas de payaso en el Perú, Mellado me pidió que si podía sustituirlo. Y le dije que

sí, yo le meto mano a lo que sea, licenciado. Como no había tiempo para ensayar, preparé un acto que yo hacía antes de salir de Perú, que realmente lo que hago es jugar con los niños. Pues bueno, resultó que gustó muchísimo y Mellado y Domínguez estaban de lo más contentos.

–Así las cosas, resulta que en la función del domingo yo estoy en pleno acto, cuando de momento veo que entre los niños estaban mis dos gemelitos de seis años que yo hacía como dos años que no veía. ¡Mellado y Domínguez me habían traído a mis dos hijos desde Perú como una sorpresa de cumpleaños!

–¡Wow!, Flavio, eso sí que es un regalo de cumpleaños.

–Yo me eché a llorar..., la gente aplaudiendo, y yo llorando.

Capítulo 19

El tío Ricardo se dirigía al Café de la Paix, en la esquina de la 59 con la avenida de Las Américas, en la ciudad de Nueva York, donde lo esperaban Claudia y Rosarito. Ricardo González era uno de aquellos cinco primos santiagueros –Manuel Antonio, Rafael, Roberto, Gabriel y Ricardo– que se criaron juntos en Cuba, chupando cañas y apedreando el sol. Gorriones del mismo viento, compartieron inolvidables tardes domingueras, de cine y buscar hembras, jaranas, parrandas, comparsas y pecados inconfesables. El Ron Caribe le dedicaría la próxima Asamblea Anual de Accionistas a don Roberto, y la junta de directores le encomendó al tío Ricardo que se encargara de los preparativos. Querían hacer una gran exhibición y un documental sobre la vida de don Roberto. El tío Ricardo había sido el secretario de la corporación desde los tiempos de Santiago de Cuba, y cuando salió al exilio, operaba desde las oficinas del Ron Caribe en Nueva York. En las actas corporativas bajo su custodia, sin embargo, predominaba un insípido sabor estatutario, carente del calor familiar e histórico que él buscaba. Fue así como al tío Ricardo se le ocurrió la idea de invitar a cenar a los hijos de Roberto, en

busca de fotos, videos, recortes de periódicos, cartas y cualquier otro material que ellos pudieran contribuir. Rosarito reaccionó con gran entusiasmo y contagió a sus hermanos. Corrió al museo de Historia del Ron Caribe, pidió prestado esto, aquello y lo otro. Luego recurrió a los baúles atestados con memorabilia que atesoraba en el sótano de La Roca. Era una caravana de esas pequeñas cosas que la tía Ana con gran visión acumuló a través de los años y que a su debido momento legó a Rosarito.

Las primeras en llegar fueron Claudia y Rosarito. Corría la última semana de octubre de 1979, y la noche con su manto acudió temprano. Ambas pidieron un coñac, que iba muy bien con el frío que andaba de ronda por la ciudad. De camino, el mozo se detuvo frente a un televisor que guindaba del techo de la barra, y allí se mantuvo hipnotizado, hasta que todos los parroquianos irrumpieron en gritos y aplausos y choques de manos.

–Este mozo sí que los tiene grandes –refunfuñó Claudia, mortificada–. Que cojones, ponerse a ver televisión, y nosotras..., pintadas en la pared.

–Es la Serie Mundial, Claudia. La ciudad está que alucina –musitó Rosarito, contemplando una foto de su padre dirigiéndose a un grupo de personas desde un tren. Era una de las fotos preferidas de Rosarito. La guardaba desde que era una niñita y se trepaba en la falda de su padre fascinada con su héroe de película. Resulta que durante una de aquellas tradicionales vacaciones navideñas en Santiago, la tía Ana le regaló a cada sobrino un tren de lata, y a cada sobrina, una muñeca de trapo. Como de costumbre, ese 25 de diciembre por la mañana, Tititi repartió los regalos entre los sobrinos y la tía Ana le dio a cada uno un beso, un abrazo y una postal de navidad, donde de su puño y letra les rogaba a Dios y a la Virgen que los colmara de bendiciones. En la postal de Carlos Alberto, la tía Ana le colocó una foto de su padre encaramado en un tren.

Carlos Alberto rápidamente abrió su caja envuelta en colores alegres y comenzó a jugar con su tren. Rosarito se sentó en el piso a jugar con su muñeca y desde allí descubrió la postal de Carlos Alberto tirada en el suelo, con la foto adentro.

–Carlos Alberto, ¡tu postal! –le gritó Rosarito– la dejaste tirada.

–Guárdamela –le contestó Carlos Alberto, embelesado con su nuevo juguete.

–Mira..., ¡hay una foto de papá en un tren!

–Guárdamela... pupú, chiquichiquichiqui... pupúú.

Desde entonces Rosarito guardaba esa foto, de cajón en cajón. Cuando niña, se le presentaba a don Roberto con la foto en una mano y el biberón en la otra. Así, al vaivén de un sillón, don Roberto hacía brotar una y otra vez la historia del tren, que Rosarito no se cansaba de escuchar.

El mozo por fin regresó y trajo el coñac. Claudia levantó su copa para brindar, pero Rosarito todavía estaba flotando entre los recuerdos. Claudia la miró tiernamente.

–Son aquellas/ pequeñas cosas/ que nos dejó un tiempo de rosa/ ... –canturreó conmovida Claudia ante la sensibilidad de su hermana.

–En un papel/ en un rincón/ o en un cajón –completó la frase Rosarito, chocando su copa con la de Claudia, mientras regresaba poco a poco de aquel viaje.

–¡Uno se cree/ que las mató/ el tiempo y la ausencia –entonó con voz de trueno el tío Ricardo!

–¡Tío, que alegría verte! –gritaron al unísono Claudia y Rosarito, confundiéndose los tres en un aparatoso abrazo.

–Dejen de estar cantando canciones de comunistas que nos van a meter presos a todos –sentenció el tío Ricardo, todavía en medio de la fiesta de besos y abrazos.

–Desde la muerte de Franco –planteó Claudia– Serrat dejó de ser, por arte de magia, un comunista, para convertirse en un ídolo de las masas.

–Si…, pero eso es en España –opinó el tío Ricardo, haciéndole señas al mozo, mientras acomodaba su monumental cuerpo en la silla–. Acá en América, hmm…, mientras dure la guerra fría, a todos los santos locos, sentimentales y enamorados de la vida, los tildan de comunistas. Están fritos. ¿Qué están bebiendo ustedes?

–Coñac –dijo Rosarito, levantando su copa.

–¡Traicioneras! ¿Cómo se atreven? Las hijas de Roberto González… accionistas del Ron Caribe por herencia… ¡Horror! –dijo el tío Ricardo, y los tres estallaron en carcajadas.

–Al ritmo que vamos, nos vamos a quedar sin acciones. Entre mamá, el IRS, Georgina y los abogados, nos vamos a quedar sin nada –reaccionó Rosarito, sus ojos iluminados por el sarcasmo y el realismo que encerraba aquel laberinto jurídico.

–Tengan –les dijo el tío Ricardo, pasándole una servilleta a cada sobrina.

–¿Y esto?

–Vaya, para que se sequen las lágrimas, lloronas.

–¡¿Lloronas?! Yo soy la peor que estoy –anunció Claudia–. A mi los hermanos me quieren dejar en la calle, desamparada. Me vas a tener que conseguir un trabajito en la compañía… de cualquier cosa, tío.

–¡Oh!, cómo no, de Caribe Girl –ripostó el tío Ricardo.

–¡¿Caribe Girl?! ¿Qué invento es ese?

–Eso es lo último en la avenida. Están haciendo promociones por todos los pubs de la ciudad. Figúrate tú, se ponen unas falditas apretadas para deslumbrar con sus encantos. Así que…, si tus

hermanos te dejan en la calle, te conseguimos un trabajito de Caribe Girl. Todavía conservas muy buen cuerpo –remató, aguantándose la barriga con ambas manos, tratando de controlar un torrente de carcajadas.

–¡Oh!, gracias por el piropo, tío –dijo Claudia cínicamente, cruzando sus bellas piernas color melaza.

–Ok, ¿que desea para beber el señor? –preguntó el mozo, que aprovechó que los Piratas de Pittsburg venían a batear para tomar las órdenes.

–¿Cómo va el juego?

–Está dos a cero a favor de los Orioles.

–Gracias… Yo quiero un Caribe and Coke, y a ellas…

–Nos repite la orden –se apresuró Claudia a decir, guiñándole un ojo al mozo, pero rápidamente cambió de parecer y dijo–: No, no. Voy a cambiar a algo más refrescante. Tráigame un Sex on the Beach con Caribe.

–Buena idea –aprobó Rosarito–. Yo quiero otro.

–Que rápido las convencí –reclamó el tío Ricardo, con una sonrisa de oreja a oreja.

–Con ese piropo… –metió la cuña el mozo.

–Hmm, ¿usted lo escuchó? Es un viejo atrevido, ¿no le parece? –planteó Claudia, coquetamente.

–A mi me parece que él tiene muy buen gusto. Estoy de acuerdo cien por ciento –ripostó el mozo.

–¡Chúpate esa en lo que te mondan la otra! –sentenció el tío Ricardo y todos estallaron en carcajadas.

En medio de aquella algarabía llegaron Victoria y Carlos Alberto, la mayor de las mujeres apoyada del brazo del menor de los varones. Fue tanta la emoción que sintió Rosarito, que corrió al encuentro.

–Parece que me estoy perdiendo lo mejor –anunció Victoria, envuelta en una nueva ronda de besos, abrazos y expresiones de afectos.

–Hasta ahora me tienen de psiquiatra, Vickie –improvisó el tío Ricardo, intercambiando abrazos y besos con Victoria y Carlos Alberto–. Estas niñas, Claudia y Rosarito, me han estado llorando sus penas, las pobres quedarán desamparadas ante tanto tormento.

–Tío no te burles que la sucesión tiene serios problemas –reclamó Rosarito, acomodando a Victoria para que se sentara al lado de ella–. Por eso es que estamos todos los herederos en la ciudad, porque el resto de la semana tenemos sendas reuniones.

–No cojan muy en serio al tío Ricardo, porque nos vuela la cabeza –sentenció Victoria, acariciándole el mechón de pelo canoso–. Echa unas bromas... ¡de madre!, y después se queda de lo más seriecito.

–¿Dónde se van a reunir? –preguntó el tío.

–En el apartamento de tío Gabriel y Conchita –contestó Rosarito.

–Pobrecitos, los compadezco. Figúrate tú, meter a toda esta jauría de locos allí –dijo el tío Ricardo, en broma y en serio.

–Más los abogados –añadió Claudia, con marcado menosprecio.

Carlos Alberto se paró de su silla y se escurrió con disimulo, como si fuera para el baño.

–Pero bueno, mejor vamos a pasarla bien esta noche, porque por lo que veo..., a ustedes les espera una semana de martirios –propuso el tío, alzando su brazo derecho, tratando de captar la atención del mozo, pero éste seguía embelesado frente al televisor. Se viró hacia Claudia y le dijo–: Claudia, llámate al mozo, que a ti te hace más caso.

–¡¿A mi?! –cuestionó Claudia, haciéndose la desentendida.

–Tío tiene razón, –afirmó Rosarito, guiñándole un ojo a

Victoria– dejaste bizco al pobre mozo cuando le cruzaste las piernas. Demuéstrale que eres toda una Caribe Girl –añadió, acompañando sus carcajadas con palmadas que contagiaban al tío.

–¡Wepa! ¿Como fue eso?, tienen que ponerme al tanto –exclamó Victoria.

–Vickie no se queda atrás –planteó Claudia–. Mira las tronco de piernas y caderas que tiene.

Victoria se paró de su silla y remeneó con picardía sus caderas, redondas y generosas, provocando otro estallido de risa y alegría.

–¡Otra Caribe Girl! Estás contratada –anunció el tío Ricardo.

Por fin regresó el mozo; también regresó Carlos Alberto, que se había requedado frente al televisor viendo el juego y cuando vio a Victoria en acción se disparó una rechifla que alborotó los corazones. Entre risas y comentarios chispeantes, el mozo se las arregló para tomar la orden. Aprovecharon para pedir unas bandejas de quesos y frutas para picar.

–Añádale unos mejillones, es un buen afrodisíaco –se escuchó la voz de Claudia por encima del desorden.

El tío Ricardo le echó el brazo a Carlos Alberto y hablaron de ciertas cosas que aprobaban con los gestos. El tío aprovechó y se puso al tanto de cómo iba el juego. Desde su atalaya, el mozo le clavó una mirada sensual a Claudia; la desnudó. Con maestría en estos ministerios, Claudia le sonrió hasta que sus ojos y los de él se encontraron, y le expidió una clara licencia para atacar. Rosarito tenía el corazón lleno de luces, estaba disfrutando plenamente el momento. Mañana sería otro día. Lazos color de maravilla, para los asuntos de la familia. Hielo, puro cálculo, litigio, para los asuntos de la herencia.

–Este Carlos Alberto me hizo una boricuada que por poco lo mato –dijo Victoria, echándole el brazo a su hermano–. Yo venía

por la acera del frente, la del parque, y de momento me gritan un piropo de puro títere a todo pulmón, ¡yo me quería moriiir!, no quise ni mirar de la vergüenza..., y el miedo, desde luego, porque en Nueva York hay cada clase de loco. Bueno, pero cuando me gritan "¡Vickie!", por instinto, miré, y era este diablo escondido detrás de una de las calesas que están ahí al frente.

–¡Óyeme mi niña!, si no nos dice el piropo, eso no vale –reclamó el tío Ricardo.

–Si caminas como..., dile tu Carlos Alberto.

–Si cocinas como caminas, yo me como hasta el pegao– remató Carlos Alberto, con la misma convicción como si se tratara del brindis del Bohemio. Todos se escocotaron de la risa y en medio de aquel bullicio llegaron Roberto y Joaquín.

El resto de la noche se la pasaron en franca camaradería, recordando vivencias y pegándose bromas con el vacilón de las Caribe Girls. También sacaron tiempo para hablar a lo que vinieron. Así que una vez llegaron todos, el tío Ricardo aprovechó para explicarles a sus sobrinos, los grandes planes que tenía el Ron Caribe para rendirle un merecido tributo a don Roberto González durante la próxima asamblea de accionistas en Bahamas.

–El Ron Caribe es la marca de licor de mayor venta en todo el mundo –decía orgulloso el tío –. No de ron solamente..., si fuera entre los rones no tendría importancia. Vaya, me refiero a todas las marcas de licores del mundo. Piensen en cualquier marca y tomen conciencia de que el Ron Caribe las s upera en venta a nivel mundial –remachó, mientras saboreaba su cóctel y le entraba con ganas a la bandeja de frutas y quesos–. El liderato de Roberto fue sin lugar a dudas clave para lograr ese éxito. La planta de México, la de Puerto Rico, la de España, las oficinas en Nueva York, etcétera, etcétera. Él, con sus ideas de ciudadano del mundo, con su afán de las marcas sin fronteras...

–Tío, –interrumpió Joaquín– Ese afán de que nos habla, ¿fue a partir de Fidel llegar al poder?

–No, no, Jack..., Que va viejo, tu padre comenzó con esas ideas, o manías, como le decíamos entonces, desde que vino a estudiar a NYU, en el Village de los años veinte, inspirado por aquel mosaico cultural, trayendo Ron Caribe de contrabando, para intercambiarlo por una olla de frijoles y yuca.

–Ok, y la campaña de Caribe & Coke, ¿a quién se le ocurrió? –preguntó Carlos Alberto, levantando su vaso vacío para que el mozo le repitiera el trago.

–¿A quién va ser?, a tu padre.

–Pero en el museo de Historia hay una placa que menciona a todos los González que trabajaron en eso –cuestionó Rosarito, humildemente.

–Vieja, es que una cosa es: ¿quiénes trabajaron?, y otra muy distinta: ¿de quién fue la idea? Roberto era el hombre de las grandes ideas, pero luego delegaba los detalles.

–Me lo dices a mí... –se rió Victoria–. Esos "detalles" me recuerdan cuando a papá le daba por hacer el asopao de bacalao y me decía... "Vente Vickie, que vamos a preparar un asopao", y terminaba yo pica que pica cebollas y machaca que machaca ajos.

Todos reían de la manera que Victoria gesticulaba y decía las cosas.

–¡Ay bendito!, por esa pasamos todos –confesó Carlos Alberto.

–Pero..., ¿cómo empezó todo? ¡El génesis! ¿Cómo surgió la idea original? ¿Por qué ron y no cualquier otra bebida? –preguntó Roberto.

–¡Vaya! Esa es una muy buena pregunta, Robert –sonrió el tío Ricardo.

–Tío suena como un programa infantil de televisión –improvisó Carlos Alberto–. ¡El tío Ricardo y sus sobrinitos! –anunció, y hubo otra salva de risotadas.

–La pregunta está buena y a mi me interesa la contestación –afirmó Victoria–. Así que, ¡por favor, Carlos Alberto! para de joder un ratito –lo haló por un brazo–. Es más, vete a buscar al condenao mozo que no se despega del televisor. ¡Que pavera!

–Que lo busque Claudia que es la que está bien rankeá con él. A mi me interesa la contestación también –convino Carlos Alberto–. Recuerdo que cuando yo estaba en octavo grado, me tocó hacer un informe sobre la historia del Ron Caribe, y estando frente al grupo, la maestra me preguntó eso mismo: ¿que por qué ron?, y yo me quedé en el aire.

En ese momento regresó el mozo con más cócteles y otra bandeja de frutas con queso. Claudia le solicitó que por favor trajera más cosas para picar, unas frituritas, porque al son que iban…, esa sería la cena. Pero allí no había frituritas, se la gufeó el tío Ricardo. Le ofrecieron de consolación una bandeja de vegetales: brócoli, zanahorias y cellery. ¡Con quesos! Cuando el mozo se alejó todos vacilaron a Claudia. ¡El jevo de Claudia!, se escuchó decir por encima de la bulla.

Cuando se apagaron los últimos ecos de las risotadas, el tío Ricardo les contó aquella historia.

–Corría el año 1862… María Eugenia y Francisco González, los bisabuelos de ustedes, eran amantes de la ópera; como ustedes saben, ellos eran españoles. Una noche, salían de la Ópera de París, de ver Carmen, y decidieron entrar al Café de la Paix, recién inaugurado, en la esquina de la avenida de la Ópera.

Tan pronto el tío nombró la Ópera Carmen, Victoria y Claudia se levantaron como dos resortes, y moviendo con salero sus caderas, brazos en altos, entonaban:

–¡Ra–pan–pan–pán! –mientras Carlos Alberto les reclamaba que eran ellas las que estaban jeringando.

Una vez el gallinero se tranquilizó, el tío continuó:

–La noche estaba fría y caía una leve llovizna, así que decidieron ordenar unas sopas de cebolla, para calentar el cuerpo. El mozo les preguntó que de dónde eran, y abuelo orgulloso le contestó: "Somos españoles, pero estamos instalados permanentemente en el Caribe, en la isla de Cuba", y el mozo les habló de mulatas y de rumba, y de las historias que escuchaba sobre el Caribe. Acto seguido abuelo le pidió un palo de ron caribeño, y el mozo le dijo que lo sentía pero que la gerencia tenía terminantemente prohibido servir ron. Que el ron era considerado una bebida ruda que no estaba a la altura de aquel lugar. Ciertamente, para ese entonces, 1862, el ron era una bebida feroz que tomaban los pescadores para combatir el frío y embriagar las nostalgias en las noches de ausencia. Pero el comentario le cayó a abuelo y abuela como una bofetada.

–Como una patada en el culo. ¡Esos franceses están del carajo! –reaccionó Claudia.

–Esa noche…, abuelo juró elaborar un ron aromático y suave que tentara al paladar más exigente y lograra entrar a los grandes salones del mundo. Tan pronto regresaron a Cuba instaló los primeros tereques de una planta rudimentaria y primitiva. El resto es historia.

–¿Ese Café de la Paix, el de París, tiene algo que ver con este, donde estamos ahora? –preguntó Claudia, acomodando las nuevas bandejas que trajo el mozo.

–En una época eran los mismos dueños. Por eso cuando estamos en Nueva York nos gusta reunirnos aquí, para brindar con Ron Caribe.

Entre copas y risas, esa noche todos escuchaban fascinados al tío Ricardo. La épica del Ron Caribe era una historia digna de admiración que se estudiaba en las mejores universidades del

mundo. Un néctar caribeño que salió de Santiago de Cuba para darle la vuelta al mundo, a pesar de las grandes vicisitudes, como sucede siempre en todas las grandes historias.

–¡Vaya!, el camino estuvo lleno de piedras, no se crean que fue fácil –prosiguió el tío, que hablaba y comía queso sin parar–. La primera nana que arrulló al Ron Caribe fue el Grito de Yara, allá para el año 1868, el primer alarido de independencia de España –Todos escuchaban al tío Ricardo hechizados –. A través de los años vino la Guerra Hispanoamericana, la Primera Guerra Mundial, los tiempos de la Prohibición, la Gran Depresión, la Segunda Guerra Mundial. Todo condimentado con tiranos y dictadores, hasta que triunfó la Revolución Cubana en el 1959. Cuando Fidel llega al poder, nos quita la planta de Santiago... –El tío estaba afectado, se le notó en la voz–. Fue entonces cuando nos propusimos convertir el Ron Caribe en la marca de licor de mayor venta en todo el mundo y lo logramos.

Esa noche en el Café de la Paix el tío Ricardo les contó a sus sobrinos mil y una anécdotas sobre el Ron Caribe donde invariablemente don Roberto González era el héroe de la película. Los hermanos estaban de pláceme, henchidos de orgullo, planificando el homenaje a su padre que se llevaría a cabo durante la próxima Asamblea de Accionistas. Intercambiaban bromas y relajos en una pavera refrescante que don Roberto siempre había estimulado como saludable.

–¡Tío! –dijo Rosarito, el brillo de los ojos la delataban–. ¿Hubo algo de una huelga? Yo recuerdo haber visto una foto –titubeó, y se aclaró la garganta–, una foto de papi en un tren.

Desde luego, el tema de la caña, los trabajadores y las centrales azucareras no podía faltar. El tío Ricardo les contó que en una ocasión en Cuba hubo una gran huelga de los trabajadores de la caña. Todas las centrales azucareras del país se paralizaron. Los trabajadores hicieron grandes manifestaciones, marchas y piquetes

para demandar justicia. Pero las centrales azucareras rechazaban y repudiaban sus reclamos, desmintiendo sistemáticamente cada uno de sus argumentos. Día a día las hostilidades se iban escalando en medio de expresiones desafiantes e inflamables, y el Presidente de la República lanzó los ejércitos a la calle.

–En la planta de Santiago los inventarios de melaza comenzaron a agotarse, dejándonos con dos alternativas: importar melaza de la República Dominicana o cerrar las operaciones.

–¿Pero las plantas de Brasil, México y Puerto Rico, ya existían? –preguntó Roberto, cautivado por la historia.

–Existían, Robert, pero cada planta tenía sus cuotas y sus mercados. Además, vaya, la planta de Santiago era la original y nunca antes había cerrado, ni aún durante la Guerra de Independencia, de modo que era una decisión cargada de orgullo y sentimiento.

Rosarito le acercó una nueva bandeja al tío Ricardo y éste agarró unas uvas, agradeciéndoselo con los gestos para no romper el hechizo.

–Pero cuando los trabajadores de la caña se enteraron de nuestros planes de importar melaza, ¡figúrate tú!, se montaron en cólera. Fue entonces cuando mandamos a buscar a Roberto, que estaba instalado en Puerto Rico, para que nos ayudara a capear la crisis. Lo primero que nos advirtió Roberto fue que importar melaza "era como echarle limón en los ojos a los trabajadores". Roberto tenía siempre esas frases chispeantes y sabias.

–Tan pronto el presidente se enteró que Roberto se encontraba en Cuba, lo mandó a buscar a Palacio y lo nombró presidente de un comité de conciliación nacional –Joaquín colocó su dedo índice en la boca, para mantener a raya a Carlos Alberto–. Pero bueno, como sucede siempre en estas cosas, muchos denunciaban que aquello

era una maniobra política de última hora para manipular la opinión pública. Las relaciones entre los líderes sindicales y los dueños de las centrales eran cada vez más agrias, la Iglesia Católica tomaba bando con los empresarios, y la oposición política fustigaba al gobierno acusándolo de corrupto y fascista. La prensa mientras tanto se daba un banquete denunciando a diestra y siniestra, agitando los ánimos del pueblo hasta sus últimas consecuencias, hasta que el gobierno comenzó a arrestar periodistas y cerrar imprentas.

El tío Ricardo hizo una pausa para encender un tabaco. Claudia lo miró arqueando las cejas, como si dudara, pensando que quizá el tío estaba inventando cuentos chinos.

–Los líderes sindicales de todo el país conspiraban a escondidas, y cada día más y más sindicatos se unían a los trabajadores de la caña. Las coplas callejeras desafiaban a los ejércitos que patrullaban día y noche calles y avenidas, sembrando un gobierno de terror y espanto. Estando así las cosas, los miembros del comité empezaron a distanciarse y acabaron por renunciar, dejando solo a Roberto. Fue entonces cuando en una gigantesca concentración de trabajadores, el liderato sindical anunció un paro general que detendría el pulso del país y que...

–Tío...–interrumpió Claudia, quebrando aquél monólogo que había alcanzado niveles hipnotizantes– no te parece que estás exagerando un montón.

Hubo un arco iris de comentarios.

–Créeme Claudia, yo no estoy inventando historietas para entretener a mis sobrinos. Estoy compartiendo estas vivencias porque quizá ustedes no sepan cuan grande e importante fue el padre de ustedes. Recuerden que ustedes están acostumbrados a vivir bajo la bandera americana..., pero en Cuba la democracia era finita o inexistente, tan finita como si caminaras sobre una capa de hielo.

–Pero tío, no te desvíes –insistió Joaquín, fascinado con el tema.

–Todo tuvo un final feliz –concluyó el tío, pero a los sobrinos no les gustó ese final apresurado. Se armó un gallinero, Claudia se excusó, y a insistencia de todos, el tío Ricardo les contó cómo don Roberto se echó sobre sus hombros el conflicto huelgario que amenazaba con la paz y la tranquilidad de todo el país.

Por las mañanas temprano desayunaba con los líderes sindicales, escuchaba sus planteamientos, no les llevaba la contraria, al contrario, tomaba notas como el que escribe una carta a los Reyes Magos. ¡El wish list!, como le decía él. Luego les taladraba la conciencia haciéndole preguntas. Una de sus preguntas favoritas era: ¿Cuál es tu happy ending de todo esto? Hasta ahí llegaba la unión, pues cada líder tenía una visión distinta. Así era como quedaban al desnudo las agendas escondidas de aquellos para quienes la huelga en sí era un fin, porque con ella adelantaban sus agendas políticas. Por las noches hacía lo mismo, cenaba con los dueños de las centrales azucareras, ¡Los Barones del Azúcar!, como los bautizó la prensa. Escuchaba sus planteamientos, tomaba notas sin llevarles la contraria, con gran astucia les lanzaba algunas municiones del bando contrario, filtradas para que dieran en el blanco, taladraba las conciencias con preguntas escogidas, hasta que llegaba a su parte favorita: ¿Cuál es el happy ending de ustedes? Igualmente quedaban al desnudo aquellos para quienes la huelga era la oportunidad de oro para liquidar al movimiento obrero, por considerarlos como una partida de indeseables marxistas y comunistas.

Al otro día temprano volvía a desayunar con los líderes sindicales y por la noche cenaba con los dueños de las centrales azucareras, y así continuó por varios días. En cada sesión empleaba su fino arte de la seducción, ¡manipulación!, como le llamaban sus detractores, uno de esos raros valores que sustentan el prestigio de la diplomacia. Fue así como poco a poco iba fraguando una alianza entre aquellos

que genuinamente veían la huelga como una controversia sencillamente económica: los trabajadores buscando mejores jornales y condiciones de trabajo, o sea, justicia social; y los Barones del Azúcar, mayores ingresos, o sea, un mejor rendimiento de su inversión de capital. Uno necesita al otro, había aprendido don Roberto. De niño había visto cómo su padre aprendió, a fuerza de golpes, que el Ron Caribe era el producto de las manos que laboran. Sin trabajadores no hay formación de capital y sin capital no hay empleo para los trabajadores, recordaba que sermoneaba un viejo profesor de economía de la Universidad de Nueva York.

Pero estas alianzas eran frágiles; sus detractores las minaban y jamaqueaban sembrando mala fe y desconfianza, apelando a los valores patrios para encender pasiones, agitando la bandera cubana como si se tratara de una lucha entre verdaderos y falsos cubanos. El pueblo se dividió en dos bandos y el espectro de una guerra civil se asomó.

Durante el día, luego de los desayunos y antes de la hora de la cena, recibía constantemente llamadas, telegramas y visitas de coroneles, líderes religiosos, cívicos, políticos, periodistas, banqueros, industriales, comerciantes, en fin. Todos aportaban brillantes ideas de cómo resolver el conflicto, pero ninguno quería ceder de su parte. Una tarde, mientras saboreaba una taza humeante de café, se presentó el jefe de la policía. Estaba fuertemente escoltado, y portaba un mensaje del señor Presidente de la República. Don Roberto leyó el mensaje y se quedó pensativo. Se pasaba firmemente las manos por la cara, como para restregarse el cansancio de tantas noches de pastorear insomnios. Al cabo de un largo rato rompió el silencio para ofrecerle café. El jefe de la policía saboreaba su café, cuando don Roberto comenzó a explicarle su teoría sobre una conspiración para asesinar al Presidente. Fue tan dramático, que aquel pobre hombre se fue volando como alma que lleva el Diablo; dejó el café a medias.

A las pocas horas sonó el teléfono, era el Presidente. Le pedía a don Roberto que se presentara a Palacio inmediatamente. Nunca se supo si aquella conspiración existió de verdad o si fue producto de la imaginación de don Roberto. Lo cierto es que una vez en Palacio don Roberto le dijo al señor Presidente:

–Usted tiene la ficha del tranque y la ficha del gane, ¿cuál de las dos quiere jugar?

Cuentan que don Roberto redactó allí mismo de su puño y letra un plan de siete puntos para acabar con la huelga. Tres puntos eran a beneficio de los trabajadores y tres a favor de los barones del Azúcar. En el séptimo y último, el presidente se comprometía a impulsar una legislación equilibradamente beneficiosa para ambos bandos. Con este plan yo le aseguro que vamos a cerrar este agitado capítulo de nuestra historia con broche de oro, le decía don Roberto, con un entusiasmo contagiante. Desde luego, el plan requería de un sólido respaldo por consenso. Había que explicárselo a los trabajadores y a los líderes sindicales, hasta que lo entendieran, lo respaldaran y lo aprobaran. Lo mismo había que hacer con los dueños de las centrales azucareras, así como con sus incondicionales aliados: los banqueros, industriales y comerciantes.

–¡Vaya!, el plan hay que venderlo –le enfatizó don Roberto al señor Presidente–. No se puede imponer a la cañona porque así no funciona.

–Solo tú puedes lograr ese consenso. Así que dime qué necesitas.

–Necesito un tren. Un tren para poder moverme rápidamente por toda la república, para llevar el mensaje personalmente, a todas las provincias, a todos los pueblos.

Durante varias semanas don Roberto recorrió la Isla de Cuba de punta a punta: Pinar del Río, La Habana, Las Villas, Camagüey, Santiago. No hubo rincón que no visitara; a cada lugar llevaba un mensaje claro, sencillo y realista. Escuchaba las quejas y dudas de

la gente y les hablaba mirándolos a los ojos, pausadamente, y sobre todo, muy convincente. Al principio la gente estaba reacia al plan. Los trabajadores lo tildaban de capitalista y explotador. Los barones del Azúcar lo acusaban de marxista y comunista. ¡Traidor!, escuchaba que le gritaban por los cuatro puntos cardinales.

A las primeras plazas a donde llevó su mensaje se encontró con un cuadro desolado, estaban vacías, desiertas, sus detractores se le habían adelantado y le espantaron la gente. Sólo había unas cuantas amas de casa, esposas y madres con los niños pequeños en los brazos. Pero él seguía con su espíritu inquebrantable; sabía que esas madres serían sus primeras simpatizantes, nada más comprensible que el corazón de una madre. Así fue. Las madres convencieron a sus esposos y estos a los otros, hasta que poco a poco la gente fue comprendiendo el mensaje.

Pasaban los días y en las plazas cada vez había más y más gente entusiasta que esperaba largas horas a que llegara el tren, dándole a don Roberto un recibimiento de héroe. Don Roberto aprovechó el momentum para presentarse con su hija Victoria en los brazos y desde la plataforma del tren le hablaba a la gente con su verbo claro y sencillo, sobre todo confiable y realista.

Rosarito escuchaba a su tío y se transportaba. Cobraban luz aquellos cuentos lejanos que había escuchado de su padre: hablándole de cuando llegó a Puerto Rico, de cuando conoció a Muñoz, de cuando Muñoz se lanzó por los campos a enseñarles a los trabajadores que el voto no se vende, que ahí radicaba la fuerza del cambio.

–Sus detractores se fueron quedando solos, –seguía el tío Ricardo, cautivando a sus sobrinos– pues el pueblo se fue dando cuenta que tenían unas agendas escondidas, que preferían prolongar los vientos turbulentos de la huelga para adelantar sus agendas políticas. Había de todo: unos querían destruir a las uniones, otros empujar a la quiebra a los capitalistas, y los más, derrotar al partido

de gobierno. Pero Roberto no era político, nunca lo había sido, era un industrial que había aprendido a cantazo limpio que la paz laboral trae prosperidad a la mesa, a la mesa de todos, y que hay que defenderla como un baluarte nacional.

–Cada día las cosas iban mejorando más y más. Al terminar sus discursos, Roberto invitaba a los líderes obreros y a los patronos a que se montaran en el tren y lo acompañaran hasta el próximo pueblo. Bandas escolares los recibían con marchas triunfales y las portadas de los periódicos destacaban aquél místico tren con titulares inspiradores: ¡La Ruta de la Victoria!

–¡Tío por Dios! –suspiró Victoria, emocionada–. ¡Dios Santo! Todo esto me acuerda tanto a mi hija Nancy..., ella está haciendo un trabajo para la universidad que tituló: "Fidel–Muñoz, ¿Quién lo hizo mejor?, Caribbean whatever...", pero que me acuerdo que traía a papi loco buscando información, y se me parece...

–Es cierto, Vickie. ¿Verdad que sí? –convino Rosarito–. Yo también me estaba acordando de eso; Papi de mentor de Nancy... Mientras más tío hablaba, de discursos, de luchas, de trabajadores, más me acordaba de los cuentos de papi sobre don Luis Muñoz Marín y Fidel Castro. Nancy me prometió enviarme una copia de ese informe. Dile que no sea falsa.

–Yo me acuerdo de algunas cosas –musitó Roberto, nostálgico–. Yo era muy pequeño pero..., papá me contaba y la tía Ana también. No sé si mis recuerdos los viví o son las cosas que me contaron. También había unas fotos, unas fotos de papá en el tren. ¿Dónde estarán esas fotos?

Rosarito quería sacar la foto de su cartera, pero Claudia la detuvo.

–Ahora me voy acordando –suspiró Roberto–. Un día, jugábamos al esconder, y en el ropero de la tía Ana yo descubrí

unas fotos de papá en un tren. A mi se me salían las babas mirando a papá hablándole a la gente desde aquel tren.

–Esas fotos –explicó el tío Ricardo– fueron pasando de mano en mano en la familia. Existen, pero hay que dar con ellas –sentenció, y a Rosarito se le congeló el alma.

–¿Dónde queda el baño? –preguntó Claudia.

–Espérame que yo voy contigo –anunció Rosarito.

Frente al espejo, mientras Claudia se retocaba el maquillaje, Rosarito contemplaba la foto. La foto que la había acompañado desde su niñez, de cajón en cajón, desde aquella lejana mañana de Navidad en Santiago. Allí en esa foto estaba el joven bolchevique de los tiempos del Village, el industrial, el que llevó al Ron Caribe a la cúspide. Rosarito sintió un fuerte deseo de regalarle la foto a uno de sus hermanos. "Se la voy a devolver a Carlos Alberto" ...pensó, "o a Robert", pero titubeó. Lo había pasado tan bien. Fue una noche divina, pura camaradería. "Mañana, mañana será otra cosa. Otra vez los líos de abogados". De regreso por el pasillo le dijo a Claudia, mostrándole la foto:

–¿Qué tú crees, se la doy a Carlos Alberto o a Robert?

–¿De veras que lo vas a hacer? Yo creía que esa foto era muy valiosa para ti.

–Lo es. Por eso es que me da tanto gusto regalarla, porque hubiera preferido quedarme con ella.

–Tú estás loca Rosarito. La verdad es que a ti no hay quién te entienda.

Con el corazón lleno de luces, Rosarito se acercó a Victoria y la abrazó, mientras sacaba la foto y se la mostraba.

–Es para ti –le dijo–. Claudia me pidió que te la entregara.

¡Aquello fue como un campanazo! Victoria abrazó fuertemente a Claudia agradeciéndole aquél gesto de desprendimiento.

Todos se fajaban por tener la foto en sus manos. ¡Déjame ver, viejo!, se alborotó el gallinero. Era como si aquella cautivante historia cobrara vida ante los ojos de los hijos de don Roberto, el héroe indiscutible de aquella epopeya.

–Te has ganado el cielo conmigo –le decía Victoria a Claudia, visiblemente emocionada.

Capítulo 20

Corrían los meses y la herencia de don Roberto se complicaba cada día más y más. En cada reunión de los herederos desfilaba una madeja de intrigas y confusiones, y don Gabriel se quejaba de que él ya estaba muy viejo para aguantar los embates de aquel albaceazgo sin tregua.

Un día, llegó una carta del IRS, notificando una deficiencia de impuestos que la herencia de don Roberto alegadamente le adeudaba al Tesoro Federal. El licenciado Oliver calculó que se trataba de un error y salió disparado para el despacho del tío Lorenzo; estaba frenético, gesticulando y vociferando.

–Tío, o son unos incompetentes, o son unos malvados –planteó con la voz al cuello, acalorado.

Pero el tío Lorenzo no se inmutó. Al contrario, le devolvió una sonrisita burlona.

–Está bueno eso –reaccionó con pasmosa tranquilidad–. ¿Estás seguro de que se trata de un error?

–Segurísimo, tío, segurísimo –sostuvo Oliver, y se perdió en una enumeración erudita de leyes y reglamentos y su increíble aplicación a los accionistas del Ron Caribe fundado en Santiago de Cuba en el 1862. Cuando terminó con aquella perorata, el tío Lorenzo le preguntó:

–¿De cuánto estamos hablando?

–Mucho dinero, tío. ¡Big Time!

–Ahí tienes tu oportunidad de alinear a los herederos, aprovéchala.

Oliver quedó al borde del desmayo. No entendía lo que su tío le insinuaba.

–Te sugiero Fernando, –continuó el tío para rescatar a su sobrino del aturdimiento– que circules una copia de la notificación del IRS a los herederos, con una carta explicativa, algo así como: …"aunque sospechamos que pudiera tratarse de un error, estas notificaciones del IRS hay que atenderlas con seriedad y cautela. Estudiaremos el caso y los mantendremos informados".

El tío Lorenzo sazonaba su ocurrencia con palmadas y carcajadas, mientras Oliver permanecía mudo.

–Te aseguro que no va a haber imodium suficiente –añadió el tío para rematar.

–Eso es antiético, tío –ripostó Oliver.

–Antiético es no enviar la carta como yo te digo, Fernando. Los abogados tenemos el deber de mantener a nuestros clientes informados, de las buenas noticias y de las malas también. No debes confiar nunca que se trata de un error. ¿Y si no es un error?

La posibilidad de que no fuera un error puso a Oliver a sudar frío.

–Tío, yo estoy confiado de que se trata de un error –expresó Oliver pensativo y pausado– pero no deja de complicar una herencia que estaba ya demasiado turbulenta.

–Estoy totalmente de acuerdo de que se trata de una complicación más y grande. Pero es una complicación que une…, que une a los herederos, y no que divide. Los seres humanos tienden a unirse ante un adversario común, y el IRS lo es. No hay peor contrincante para los herederos que el IRS.

Oliver se tambaleaba entre reconocer o no la sabiduría callejera del consejo de su tío.

–Mira Fernando, hazte lo siguiente –continuó el tío Lorenzo a manera de resumen–. Envíate la carta y trata de confirmar lo más pronto que puedas con el IRS si se trata de un error. Si te confirman que fue un error, guárdate esa baraja debajo de la manga por un tiempo. Úsala para meterles miedo a los herederos, para que se unan y cooperen buscándole soluciones a los problemas entre ellos.

El tío Lorenzo se levantó con aire triunfal y se puso la chaqueta. Se sentía a gusto, satisfecho de que estaba poniendo largos años de experiencia al servicio de su sobrino.

–Vente, vamos a almorzar –le dijo el tío, dándole unas palmadas en el hombro a su sobrino–. Vamos a ver si Carlos quiere venir con nosotros.

Frente al elevador, mientras esperaban por el licenciado Ruiz, el tío Lorenzo le dijo a Oliver:

–Además, si el IRS te confirma que fue un error, vas a quedar como un héroe, y esas cosas se cobran muy bien. Recuerda que siempre hay que estar tras el fugitivo dólar.

Los González–Farasy y los González–Luna seguían en su movimiento pendular sin pausa: se buscan y se huyen, se quieren

y se hieren, se aprecian y detestan. Había momentos, y había momentos. En ocasiones se buscaban y se querían y se expresaban un genuino cariño, fruto de una unidad familiar que don Roberto cultivó durante años. Cualquier motivo era bueno para don Roberto reunir la familia y formar el jolgorio; en Puerto Rico, en Cuba o en Nueva York, al son de Cortijo y su combo con Ismael Rivera, ¡Mataron al negro bembón!, y el tradicional asopao. Pero había ocasiones en que era puro cálculo, distancia, frialdad. ¡Los negocios son negocios!, argumentaban con la frente en alto. "Además, lo único que nosotros queremos es lo que nos corresponde, y nada más".

Sutilmente, cada cual aprovechaba el momento oportuno para introducir una estrategia, a veces siniestra, que desbarataba el decoro y le soltaba el animal que cada uno llevaba por dentro.

–¡Óyeme!, a mi que no me vengan con "Ay bendito" ni cuentos chinos, si Claudia botó su herencia correteando con el Turco, allá ella que se joda –planteaban los González–Farasy, sin miramientos ni rodeos.

Carlos Alberto y Rosarito trataban de apaciguar los ánimos, asumiendo una frágil postura neutral. Pero Claudia no se quedaba cruzada de brazos. Todo lo contrario, a cada uno de sus queridos hermanos González–Farasy, le tenía guardado un bombazo que le iba zumbando cuando menos se lo esperaban.

–¡Okey!, no se apuren, que yo sé de la pata que cojea cada uno de ustedes –les advertía Claudia, con la mirada llena de cicatrices.

Una de esas patas a las que se refería Claudia, era la fortuna que gastó su padre para rescatar a Joaquín del problema de las drogas al que había sucumbido. Fueron unos veinticuatro meses que pasó internado en una de las más prestigiosas instituciones de los Estados Unidos para poder sanear su alma. Ojo por ojo y diente por diente, decía Claudia.

Según la versión de doña Gertrudis Farasy, su mamá, Joaquín era muy apegado a su padre cuando ella y don Roberto se divorciaron. La ausencia del padre causó en Joaquín un vacío que al llegar a la adolescencia se manifestó en una rebeldía que lo lanzó a las calles de Nueva York hasta que el mundo de las drogas lo arrastró.

Pero según la versión de María Fernanda Luna, la madrastra, la historia era una muy distinta:

–Gertrudis es una loca, una exagerada, todo se lo achaca a Roberto. Sus arrebatos y sus histerias son las que dañaron a Jack, que era un muchacho tan bueno.

Don Roberto por su parte no le prestaba atención a esas controversias estériles. Con paciencia y devoción, se consagró a salvar a su hijo de las garras de la perdición y las pezuñas de la justicia. Lo logró. Su buena amiga de toda la vida, Georgina Balzán, lo conectó con el director de las cárceles juveniles del estado de Nueva York. "Me alegro que usted haya venido sin abogado", recuerda don Roberto que fue el saludo del director, "porque esto lo vamos a resolver hablando de padre a padre". Ambos hombres se miraron fijamente a los ojos y en un relámpago de felicidad se confundieron en un abrazo.

–¡Diamandopoulos!

–¡Roberto!

El señor director era nada más y nada menos que el otrora griego de tantas andanzas en el Village durante aquellos santos años locos de estudio en la Universidad de Nueva York. La vida te da sorpresas. Diamandopoulus y don Roberto recordaron los viejos tiempos de La Casita: las jaranas de la muchachada, las Coca–Colas "con" y las Coca–Colas "sin", Pat Mónaco, Pellín con sus guisos de frijoles negros con yuca, y aquella lejana tarde en que con audacia, maracas en mano, conga y timbal, cantaron:

–¡MAMÁ YO QUIERO SABER DE DÓNDE SON LOS CANTANTEEES! Con ese grito fraternal, alborotaron los pasillos de la Administración de las Cárceles Juveniles, ante el asombro de empleados, burócratas y tecnócratas, que vieron estremecerse el silencio allí empozado por años.

–Roberto, –dijo Diamandopoulos, colocando su mano de gigante bonachón sobre su hombro– lo que le pasó a tu hijo le pasa a cualquiera. Las calles de Nueva York están muy peligrosas.

Corrían los años cincuenta para la época en que Joaquín fue arrestado; arrebatado como un bendito por las drogas. En Puerto Rico, don Roberto tomó el primer avión y fue a parar al cuartel de la policía del South Bronx, donde encontró a su hijo encarcelado, tajeado y golpeado.

–¡Jack!

–¡Papá!

Padre e hijo se abrazaron, y entre sollozos Joaquín le suplicaba a su papá que lo sacara de allí.

–¡Mi hijo, cómo te han dejado! –suspiró don Roberto al borde del llanto; el rostro de Joaquín estaba desfigurado–. ¿Quién te dio esta golpiza, la policía? Dime, ¡dime si fueron estos hijos de puta! –vociferó fuera de control.

–Era una pelea entre pandillas, papá –balbuceó Joaquín–. Aquí o te unes a una o estás frito. Cada pandilla tiene su zona, inviolable, papá, el que la viole.... es guerra..., y nos habíamos retado a un duelo debajo de un puente que hay al otro lado de la Wedtech. Empezó todo lo más bien, como acordamos, una pelea limpia, pero uno de ellos sacó una cuchilla y se armó la grande: tubos, cadenas y cuchillas volaban por el aire. Nosotros estábamos ganando cuando llegó la policía y de ahí en adelante fue una pesadilla. Llovieron los palos y las bofetá, y lo próximo que supe fue que estaba aquí tirado en el piso, preso.

Don Roberto sacó su pañuelo y trató de limpiarle un poco las heridas.

–¡Ay coño, Jack!.. –A don Roberto se le hizo un taco en la garganta. La sangre estaba seca, pegada, y había mucha hinchazón y moretones negros. A don Roberto le temblaba el pulso; por su mente corrió un torrente de locuras. Aturdido como estaba, llamó a Pellín, quien para entonces ya era un destacado líder cívico de la comunidad latina en Nueva York. Esa noche, Pellín se encargó del papeleo legal y los demás bretes de la justicia.

Al otro día por la mañana, en el apartamento de Pellín, mientras saboreaban un café acabadito de colar, don Roberto decía:

–Pellín, cómo te agradezco que anoche fueras a rescatarnos –Estaba mucho más sosegado.

–Yo también don Pedro –balbuceó Joaquín.

–Ustedes no me vengan con esas vainas –sentenció Pellín, endulzando su café–. A mi no me tienen que agradecer nada. Para eso son los amigos –Pellín se levantó y fue a la cocina a buscar el pan tostado, lo colocó sobre la mesa, entre la mermelada y la mantequilla; estaba caliente y era una delicia.

–Te acuerdas cuando fuimos a parar a la cárcel porque a este pobre negro no lo querían dejar entrar a un restauran exclusivo de blancos –añadió Pellín–. Tú te fuiste hasta el cuello por mi, Roberto, sin necesidad de hacerlo.

–¡Vaya! El que se fue hasta el cuello por los dos fue La Guardia. ¡Que clase de tipo, viejo! ¡Eso sí que era un alcalde de verdad!

Don Roberto le untaba mantequilla al pan, pensativo. De pronto le parecía como si todo aquello lo hubiera vivido en un sueño, realmente una pesadilla. Miró tiernamente a su hijo y colocó su mano derecha sobre su hombro, lo acarició y apretó suavemente, como diciéndole: "Jack, ten fe que todo habrá de salir bien". Hubo un silencio a tres voces.

–Pellín…, –quebró el silencio don Roberto– ¿te acuerdas cuando el lío de las Coca–Colas "con" y las Coca– Colas "sin"? Tú le dijiste a la policía que aquello era idea tuya, para que a mi no me botaran de la universidad.

–Roberto por Dios, ahí sí que me llevaste bien para atrás. De eso han pasado tantos años…

–¿Qué es eso de Coca–Colas "con" y Coca–Colas "sin"? –preguntó Joaquín, curioso y animado, exhibiendo una sonrisa por primera vez desde que fue vapuleado y arrestado. Pellín aprovechó y contó aquella historia con el humor chispeante de siempre. Joaquín se esmorcillaba de la risa escuchando a Pellín.

–¡Ay, don Pedro! –se retorcía Joaquín, porque mientras más se reía más le dolían los golpes y moratones de la cara.

–¡Diamandopoulos!, Roberto, ¡Diamandopoulos!, ¿Te acuerdas de Diamandopoulos? –dijo de golpe Pellín, eufórico.

–¿El Griego?

–¡Siii!

–Seguro que me acuerdo, viejo.

–Ese es el hombre que necesitamos, Roberto.

Fue entonces cuando Pellín le explicó a don Roberto que Diamandopoulos había sido nombrado director de las cárceles juveniles del estado de Nueva York. Don Roberto se llenó de ánimo y llamó a Puerto Rico para poner a María Fernanda al tanto de todo lo que estaba pasando. También llamó a Gertrudis, la mamá de Joaquín. Finalmente se comunicó con el licenciado Lorenzo Oliver, su abogado de tantos años.

–Ya me enteré.

–¡¿Cóoomo?! –preguntó don Roberto alarmado.

–Salió una reseña en el Post. En la oficina estamos suscritos.

Hubo una larga pausa.

–¡Arrestan hijo de prominente industrial!, lee el titular –añadió el licenciado Lorenzo Oliver.

Don Roberto pensó en tantas cosas. Recordó que durante los tiempos de la guerra de independencia de Cuba, su padre fue encarcelado como si fuera un criminal cualquiera en una lejana cárcel de Ceuta. Los periódicos de entonces publicaron los mismos titulares: ¡Encarcelan hijo de prominente industrial! Cuando por fin Cuba ganó su independencia, sus compatriotas le dieron un recibimiento de héroe en la Plaza Mayor de Santiago.

–No es la primera vez que sucede en la familia –admitió don Roberto, tambaleándose entre el orgullo y la vergüenza.

–Sucede en todas las familias, Roberto. Y lo más sarcástico es que somos "prominentes" solamente en dos ocasiones en la vida: cuando tenemos problemas con la justicia y a la hora de la muerte.

–¡Coñooo!, eso es más cierto que el carajo.

–Pero lo importante ahora es rescatar a Jack. No puedes dejar que te lo recluyan en una institución cualquiera porque sale de ahí hecho un criminal con diploma.

–Pellín me acaba de decir que Diamandopoulos, un viejo amigo de la universidad, está a cargo de las cárceles juveniles de Nueva York. Pero necesito un contacto..., porque hace tantos y tantos años que no se de él. Tengo miedo que no se acuerde de mí.

–¿Tu sabes quién te puede ayudar?

–¿Quién?

–Georgina Balsán.

–¿Georgina?

–Sí, Georgina.

Don Roberto sintió que un frío le subía desde el sur del alma. Él conoció a Georgina correteando con la muchachada, entre comparsas y rumbas. Como un fogonazo dorado vinieron los recuerdos de aquella lejana mañana cuando él y su primo Ricardo se fajaron a piñazos bajo el árbol de mangó para ver cuál de los dos se quedaba con Georgina para el baile de coronación. Desde entonces llevaba don Roberto en la piel el recuerdo de su primera aventura de amor.

La conversación se convirtió en un monólogo salpicado por monosílabos que don Roberto dejaba caer, con la imaginación distante, iluminada por aquellos recuerdos llenos de luces.

Poco a poco don Roberto fue saliendo de aquel letargo romántico en que había caído.

–Toda esa gente que está en el campo de la rehabilitación –continuaba el licenciado Lorenzo Oliver con su voz de locutor, pausado y concentrado como lo hacía siempre que orientaba a uno de sus clientes– se conocen a través de congresos y convenciones… Pero de todos modos Roberto, haz la gestión. Jack es un buen muchacho, es que en las calles de Nueva York… Yo viví en Nueva York y sé lo que es eso. Y en estos tiempos ni hablar, allí o te unes a una pandilla o estás frito.

Lo demás es historia. Con paciencia y dedicación, don Roberto salvó a Joaquín del mundo de las drogas, es cierto, pero le costó una fortuna. Ahora Claudia estaba determinada a destapar esa caja oscura en la historia de la familia. Si me van a pasar a mi una factura por mis aventuras, decía Claudia con el pensamiento lleno de humo y espacios vacíos, aquí no se salva nadie.

Don Gabriel estaba tan agobiado con la trenza patrimonial que se tejía alrededor de la herencia de don Roberto, que durante las reuniones con los herederos buscaba cualquier pretexto para desviarse del tema. Hablaba de todo, de béisbol, de cuando salió

de Cuba, en fin. Últimamente se la pasaba montándose en tribuna con el tema de Fidel Castro. El pensamiento de Oliver bailaba, explorando qué era peor: la bulla de los puertorriqueños sobre el status político de Puerto Rico, o el jaleo de los cubanos sobre la situación en Cuba.

–No hay comparación licenciado –le planteaba don Gabriel, embriagado de nostalgia–. ¡Vaya! Allá en Puerto Rico llevan un siglo debatiendo el destino de la isla, pero lo hacen pacíficamente… civilizadamente. En cada evento electoral se vuelca el pueblo: música, caravanas, mítines, banderas, fritangas. En Cuba no ha sido así… –Don Gabriel pausó, la melancolía se le dibujó en el rostro–. Allá hemos tenido una caravana, pero de golpes de estado.

–Ustedes debaten las mil y una opción: estadidad, independencia, autonomía, soberanía, libre asociación, el ELA mejorado, –metió la cuchara Conchita– ¡cuanta cosa hay!, y luego se sientan a contar los votos. ¡En Cuba es con balas!

Oliver escuchaba con atención, como le enseñó su mamá: "escuchar es la clave, cuando habla el que más sabe".

–¡Oye! Los cubanos que viven en Cuba se dividen entre los que glorifican y los que repudian a Fidel –Don Gabriel encendió un tabaco, inhaló, y fue soltando el humo poco a poco.

–Por otro lado, los cubanos en el exilio no soltamos el mismo tema; desayunamos, almorzamos y cenamos hablando de Fidel. Cómo derrocar a Fidel, cómo invadir la isla, cómo ponerle un segundo piso al embargo. ¡Recuerde, licenciado!…, –le recalcaba don Gabriel, como si le hablara a un hijo– cada voto es una bala menos.

Don Gabriel seguía hablando de política, sin parar. Era como si le hubieran dado cuerda. Oliver disfrutaba escuchando a don Gabriel, se habían cogido un gran cariño, pero a veces lo mareaba. Esta vez no paraba, seguía hablando sólo, como los locos. Mientras

don Gabriel contaba anécdotas de Matanza, Santiago, La Habana, Oliver refugiaba sus pensamientos en el informe que tenía preparado para los herederos. Él había seguido al pie de la letra el consejo del tío Lorenzo, envió la carta y causó alarma entre los herederos. Pero ahora, ya el IRS le había confirmado que se trataba de un error, que ignorara la notificación. Oliver estaba indeciso, sobre todo le dolía esconderle esa información a don Gabriel.

Un día, mientras se celebraba una de tantas reuniones de herederos en el apartamento de don Gabriel y Conchita, Claudia interrumpió el informe del licenciado Oliver, y sorpresivamente anunció que había puesto a la venta sus acciones en el Ron Caribe.

–¿Qué usted esperaba, licenciado, que yo me fuera a quedar cruzada de brazos? ¡No way, José! –increpó desafiante, Claudia a Oliver.

–Tú no puedes vender algo que todavía no es tuyo, Claudia –replicó Oliver sin poder disimular su disgusto–. Se supone que hasta que no se formalice la distribución de la herencia, ninguno de ustedes puede vender nada.

–Pero, o nos hacemos rolo, o nos hacemos papelillos –volvió a la carga Claudia, más desafiante y cínica–. Porque ante el IRS, la posición nuestra, la de todos nosotros, es que nuestro padre nos donó esas acciones en vida, y allí decimos eso para no tener que pagar impuestos. ¿OK? Así que, ¿bajo qué fundamento legal es que usted me dice ahora que esas acciones no son mías?

–No es que no sean tuyas, pero es que aquí hay una agenda de trabajo que hay que seguir… todavía hay muchos problemas que hay que resolver –improvisó Oliver–. Recuerda que está pendiente la demanda de tu mamá y varias polémicas más.

Don Gabriel observaba en silencio, pensativo. Trataba de imaginarse cómo sería el reparto de su herencia cuando él muriera. Cada hijo es un mundo, se decía. Su hermano Roberto tuvo seis

hijos de dos matrimonios, y él cinco de uno. Pero a don Gabriel y a Conchita los cuatro hijos varones le salieron comunistas, y no quisieron abandonar a Cuba cuando por fin Fidel les abrió las puertas. Allí han permanecido, comprometidos con las metas de la Revolución Cubana. Para Conchita, los cuatro murieron, y ha amenazado ciento de veces que los desheredará. Para ella, Sheila es su única hija, y quiere que don Gabriel haga lo mismo en su testamento.

–¿A qué precio las vendiste? –preguntó Victoria inalterada, como si fuera una invitación velada para que fueran aliadas, como quien dice: si tú las vendes, yo las puedo vender también.

–Todavía Vickie, voy a estar evaluando ofertas –respondió aliviada Claudia–. Yo me reuní con Pepe Portillo, y quedamos en circular entre los accionistas mi interés en vender. El me dijo que me iba a llenar de ofertas, que en España viven unas tías que pagan en oro las acciones del Ron Caribe... y en México también.

–Y en Miami ni hablar..., –sonrió Victoria– pero yo si acaso vendería unas cuantas nada más, lo que quiero es levantar un poco de plata para saldar mis deudas.

Oliver trataba de organizar sus pensamientos en su libreta de anotaciones, no quería perder el control de la reunión. Benito por su parte se distraía dibujando, era un garabato dantesco que le ponía alas a su pensamiento. Pensaba: "Conchita tiene razón, esto le queda grande a Fernando". Mientras, Joaquín se tornaba cada vez más impaciente; hablar de vender las acciones, ignorando que en realidad no había habido un reparto formal de la herencia, era un desafío intolerable. Había tantos asuntos en el aire. Joaquín no pudo más y le pasó una nota a Arturo Valdez, para que rescatara la reunión del caos. De primera intención Arturo se resistió. Sus intervenciones siempre causaban resentimiento en el bando de los González–Luna. Arturo había sido abogado en Cuba, pero cuando

salió al exilio tuvo que dejar su diploma clavado en la pared. Esa había sido su gran frustración.

–¡Señores! –rompió el hielo Arturo, con voz autoritaria pero con el semblante lleno de preocupación– vamos a dejar que el licenciado Oliver rinda su informe de la manera que él lo tiene organizado y pensado, ...luego le hacemos las observaciones que entendamos pertinentes.

Hubo un largo silencio que Arturo Valdez aprovechó para encender un tabaco. Se dio todo el puesto del mundo y una vez expulsó la primera bocanada de humo, prosiguió:

–¡Vaya!, me imagino que el licenciado nos va a explicar cuál es el status de la demanda de María Fernanda y qué debemos esperar de todo esto. ¿Cuál ha sido la reacción de Georgina Balzán? Si va a contrademandar...

Rosarito dijo sentirse indispuesta y se levantó de la mesa; se fue al family a contemplar viejas fotos de la familia. Sobre el piano había fotos de Conchita jovencita, de la tía Ana, de don Gabriel, don Roberto, Tititi. Sobre un mueble (era bastante grande) donde convivían a la vez un televisor, un radio, y un tocadiscos, había un conjunto de fotos de Sheila: de bebé, de niña, de adolescente, posando con el chelo, y la foto de la boda con Jan. Tomó la foto de Sheila con el chelo y la contempló con tristeza, su enfermedad iba irremediablemente en progreso.

–El caso de los impuestos federales, –continuaba Arturo Valdez– ¿qué va a hacer finalmente el IRS? ¿Tenemos que pagar o no? Y esa deficiencia que vino por ahí, ¿eso es en adición, o eso es un error? ¡Figúrate tú!

A Claudia eso de que "tenemos" le cayó como una bomba. "Vickie que se prepare porque este se quiere pasar de ganso"... "si se descuida le va a guisar la herencia". Hay miradas que matan, y la que Claudia le arrojó a Arturo era una de ellas. Arturo hizo una

larga pausa y luego de otra enorme bocanada de humo, dijo en un tono conciliatorio:

–¡Vaya! En cuanto a aquellos herederos que cogieron por adelantado parte de la herencia, hay que tomar una decisión... si eso se les va a restar o no.

A Claudia se le salió una carcajada, y aprovechó el desconcierto de Arturo para decirle con un aire burlón:

–Me has dejado maravillada, Arturo. ¡Ok! No conocía que tuvieras esas dotes tan diplomáticas.

Oliver se disponía a continuar con su informe (realmente apenas había empezado) cuando fue nuevamente interrumpido, esta vez por Conchita, que anunció que el almuerzo estaba listo.

–¡Pasen por la terraza que el almuerzo está listo!

Todos sintieron un gran alivio, el momento no pudo ser más oportuno. Hacía rato que Conchita tenía los nervios de punta y no soportaba que su marido se quedara tan tranquilo frente a ese enjambre de locos de sus sobrinos. Como él no se inmutaba, Conchita se metió en la cocina y dio instrucciones para que aceleraran el almuerzo a toda máquina.

Desde la terraza Oliver contemplaba el Parque Central; era un concierto a los sentidos las tonalidades de los árboles semidesnudos. El suelo se arropaba con hojas secas y la gente caminaba apresurada. Estaba inapetente y se entretenía observando las calesas que llegaban frente al Tavern on the Green. Benito se acercó y palmeándolo en el hombro, le dijo:

–No te apures que a la noche te voy a invitar a cenar allí. ¿Has estado alguna vez?

–Nunca, pero me han hablado muy bien del sitio. Dicen que a don Roberto le gustaba mucho, que allí estuvo muchas veces con Gertrudis y María Fernanda. Y me imagino que con Georgina también.

–Quizás tengamos suerte y levantemos un par de jebas, nos vendría muy bien para bajar el estrés.

Oliver suspiró con la mirada perdida entre el escaso follaje, y al cabo de una larga pausa murmuró:

–¡Hmm!... está cabrón, Benito. Este caso cada vez está más al garete. ¿Qué te parece la ocurrencia de vender las acciones?

–¡Formidable! Para mi está perfecto. Agarro la venta de Claudia como comparable, y ya, ese es el mejor indicador del valor en el mercado. Me voy a ganar mis honorarios bien facilito.

–Estás del carajo, Benito.

Benito estalló en carcajadas. Don Gabriel se acercó e insistió que almorzaran, a lo que Benito accedió, pero Oliver declinó.

–¡Licenciado, por su madre!, acompáñenos al menos –le pidió don Gabriel, echándole el brazo–. Vamos a coger aquella mesita de la esquina para nosotros tres.

Don Gabriel le hizo señas a una de las sirvientas para que trajeran cubiertos para los tres. Inclinándose hacia Oliver, con voz paternal le dijo:

–Pruébese la sopa que hizo Conchita, no se quede con el estómago vacío que eso le hace daño.

–¡¿Conchita?! –cuestionó en son de broma Benito–. Será la sopa del taller de Conchita, porque había como tres mujeres trabajando en la cocina. ¡Conchita and work shop! –se reía Benito.

–¡Sssss!.., no bromee con eso doctor, que si nos oye se monta en tribuna y no hay quién la soporte. Esas son recetas que ella heredó de una tía, allá en Santiago. Conchita las sigue al pie de la letra.

Como buena anfitriona, Conchita supervisaba cuidadosamente que todo estuviera en orden: Congrí, yuca, boniato, maduro, puerco asado y su famosa sopa de frijoles negros. Era un típico almuerzo

cubano en una tarde gris en la ciudad de Nueva York, a la altura de la calle 65 y la Central Park West. Conchita se deslizaba entre las mesas, elegantemente vestidas con manteles de hilo y cubiertos de plata.

–¡Almuerce, licenciado! –le dijo Conchita a Oliver–, mire que no queremos que se nos enferme en medio de este barullo.

–Gracias Conchita, gracias, yo sé que usted me aprecia muchísimo.

Desde el family room llegaban unas notas musicales. ¡Navidad que vuelve/ Tradición del año/ Unos van alegre y otros van llorando/ ! Era Rosarito que encontró entre una pila de discos, uno que estaba dedicado por su padre: "A Gabriel y Conchita –Les envío este saludo boricua desde Puerto Rico, deseándoles una feliz Navidad y próspero 1953– su hermano Roberto". Rosarito entró a la terraza envuelta en aquella melodía, abriendo una caja de recuerdos que iluminó el corazón de sus hermanos. Tan pronto Roberto la vio, la agarró para que se sentara en su mesa.

–Esa música me llena de recuerdos, Rosarito –musitó Roberto, acomodándole la silla.

–Es para darle un toque borincano al almuerzo.

–¡Ay!, Rosarito, caramba, no hay navidades como las que pasábamos en Puerto Rico y Cuba. La noche buena era siempre en la casa de la tía Ana en Santiago, ¡¿te acuerdas?!

–Claro –musitó Rosarito, acariciándole el brazo a su hermano mayor.

–…Y la víspera de Reyes en La Roca. Papá contrataba un trío y nos íbamos de parranda, con todos nosotros tocando güiros, palitos y maracas. No sé si tú te acuerdes de esas parrandas por que tú eras muy niña.

–Robert, tu hermanita tiene ya treinta y tres años cumplidos, seguro que me acuerdo.

En la mesa de al lado, Victoria se moría de la risa con las ocurrencias de Carlos Alberto.

–Te tengo una sorpresa. ¡Mira! –Era la foto del tren. Victoria le entregó a Carlos Alberto la foto de don Roberto en el tren y se confundieron en un abrazo inolvidable. Carlos Alberto no salía de su asombro, cuando Victoria remató–: ¡Eres la misma cara de papá a esa edad!

El tocadiscos embriagaba el ambiente con nostalgias. Oliver se refugió en una lejana Fiesta de Reyes de su niñez. ¡Hay unos muy pobres /que no tienen nada! Mientras..., Conchita continuaba supervisando el almuerzo: más bandejas de yuca, más fuentes de congrí, más pan con ajo, y en eso se contagió con la música y comenzó a canturrear: ¡Traigo un ramillete/ De un lindo Rosal/ Un año que viene y otro que se va/!

–Lo mucho que le gustaba esa canción a tu padre –suspiró Conchita. Rosarito se levantó de la mesa y la agarró por la cintura; se fueron las dos para la cocina murmurando recuerdos. Roberto aprovechó y se unió a la mesa de don Gabriel.

–¡Oye!, tío, pensando yo como los locos..., ¿ya tú hiciste tu testamento? Mira que tu herencia no es cáscara de coco.

–No te apures Robert. Ya lo hice y nombré de albacea al licenciado.

Benito explotó en carcajadas, pero el licenciado Oliver palideció.

Capítulo 21

Al principio Oliver no quería hacer el viaje a Cuba, tenía mil temores, y prefería enviar a Benito. Pero el tío Lorenzo se le enfrentó:

–Tú eres el abogado del caso, tú eres el que sabes la evidencia que tienes que traer –le reclamaba enérgicamente el tío Lorenzo.

–Lo sé, pero a Benito por ser panameño se le hace más fácil viajar a Cuba.

–¡No! ¡Fernando! ¡No! Sofía te ha puesto la solución en bandeja de plata. ¡Aprovéchala! No seas güevón. ¡Aprovéchala!

Oliver se crió en el seno de una familia donde mencionar a Cuba encendía pasiones. ¡Comunista! ¡Pitiyanqui! Los independentistas de la familia defendían a Fidel a brazo partido. Pero para los estadistas, Fidel Castro y Cuba eran palabras obscenas. Los estadolibristas, como siempre o como casi siempre, asumían una postura convenientemente nebulosa. Así cruzó Oliver por su niñez; ahora esos fantasmas lo perseguían.

Pocos días antes, Oliver había visitado Miami, para encontrarse con Sofía Miró. En la oficina, a Sofía le habían asignado un nuevo

reportaje sobre la Revolución Cubana. Corría el mes de diciembre de 1979, y la Revolución alcanzaría pronto la mayoría de edad; 21 años desde aquel primero de enero de 1959, cuando el pueblo cubano bailó en las calles embriagado de esperanzas.

Sofía se las había ingeniado para que su jefe le ampliara la asignación, incluyendo un reportaje sobre el ataque al cuartel Moncada, acaecido en Santiago el 26 de julio de 1953. Ese histórico evento había marcado el momento en que la Revolución ganó sus primeros mártires y capturó la atención del mundo. Y fue precisamente ese histórico evento el que precipitó a don Rogelio González a repartir en vida las acciones del Ron Caribe entre sus hijos.

En secreto, Sofía intercambiaba cartas con el padre Sotográs. Él le hablaba de una tal Dolores, que tenía una fonda en Santiago, que había sido amante de Fidel, cuando ambos eran neófitos en los bretes de la Revolución. El Padre le explicaba que con la ayuda de Dolores, –Dios mediante– ella pudiera tener un segundo encuentro con Fidel. "Tenés que ser paciente, che. Quizás algo casual". Sofía no dormía, ansiando ese momento. Desde la primera vez que tuvo a Fidel de frente y se le escabulló, soñaba con la revancha. Redobló su campaña, tratando de convencer a Oliver para que la acompañara en su próximo viaje a Cuba.

–¡Joder! –arremetió Sofía–. ¿A qué le temes, Fernando?

–Sofía…, es que tú no comprendes –se defendió Oliver. Se levantó de su silla y comenzó a argumentar–: En primer lugar, está el embargo de Estados Unidos contra Cuba. Si yo violo esa ley, me pueden desaforar…

–¡Hostia!, Fernando. Te he explicado veinte veces que te vamos a conseguir un carné de periodista. ¡Vas a entrar a Cuba como parte de nuestra misión! ¡El Time magazine!

Oliver estaba ensimismado, al cabo de una pausa murmuró:

–Es que yo sé que don Gabriel y Conchita, ¡sobre todo Conchita!, se van a resentir si yo voy a Cuba.

–Pero bueno, hombreé, ese tío tiene que entender que tú eres el abogado y que...

–¡Hold your horses!, Sofía –regresó Oliver a su silla. Con las manos trataba de calmarla–. Don Gabriel me dio la luz verde..., él me dijo que hiciera lo que tuviera que hacer –Hizo una pausa, movía los dedos sobre la mesa como el que toca piano–. Pero no quiere que Conchita se entere que yo he ido a Cuba.

–Y no decías tú que esa vieja era una cabrona –Sofía arqueaba los ojos.

–Pero yo no quisiera lastimarla –balbuceó Oliver–. Está sufriendo tanto con la enfermedad de Sheila. La pobre...

Sofía hizo una tregua, calculó que ya casi lo tenía convencido, que era mejor aflojar la presión. Le ofreció café y se fue para la cocina. Desde la cocina seguía hablando; ahora le hablaba de la oficina, de la revista, del jefe.

De regreso colocó dos tazones de leche hirviendo sobre la mesa, volvió a la cocina y regresó con un frasco de Nescafé.

–A ver, explícame que es lo que hay que buscar en Cuba.

Oliver trataba de explicarle los aspectos legales del caso, pero, periodista al fin, Sofía lo interrumpía y lo abrumaba con preguntas.

–Tenemos que encontrar la prueba de que don Roberto heredó sus acciones del Ron Caribe.

–Pero bueno, ¿eso es todo? –preguntó Sofía, que no pudo disimular el sarcasmo.

–Seguro, con esa prueba hundimos a María Fernanda. Ella alega que las acciones son gananciales: mitad de ella y mitad de los herederos.

Sofía abrió el frasco de Nescafé, y preparó los dos tazones.

–El peso de la prueba recae sobre los herederos, la ley presume que todo es ganancial, por mitad –añadió Oliver–. Les corresponde a los herederos demostrar...

–¡Joder! No te pongas técnico –lo cortó Sofía.

–Pero si todo esto ya yo te lo había explicado...

–¡Vamos, hombreé!, pero de eso hace mucho tiempo. Además, ahora vamos para Cuba, y yo quiero repasar, quiero estar segura de lo que vamos a hacer. ¿Vale?

Sofía tomaba su café pensativa, mirando hacia el techo. Al cabo de una larga pausa se aproxima a Oliver y balanceando su tazón, le plantea:

–Fernando..., cuando yo enviudé, recuerdo que tú me explicaste con bombos y platillos, ¡como la gran cosa!, que mi parte de la herencia tú la tomabas como una deducción..., para reducir los impuestos.

–¿Y?

–Bueno hombreé, que si las acciones del Ron Caribe son gananciales, la mitad de ella tú la puedes tomar como una deducción para resolver con el IRS.

–Sofía todo eso lo he discutido hasta la saciedad con don Gabriel. Vamos a atacar cada problema por separado. La demanda de María Fernanda es una cosa y el problema con el IRS es otro.

–O sea, que si vamos a Cuba, encontramos la evidencia y chijí chijá, y María Fernanda se queda con las manos vacías, tú me quieres decir a mí..., que al final el IRS se pudiera quedar con una tajada igual a la que le hubiera correspondido a ella.

Oliver movía levemente su cabeza, asintiendo con una expresión de preocupación e impotencia. Hacía rato que estaba jugando con su café, lo batía y lo batía pero no se lo bebía.

–¡Hostia!, Fernando. ¡Eso es tener mala sangre! –sostuvo Sofía.

–¡No!, no es mala sangre, Sofía. Es una cuestión de principio. Esas acciones no le pertenecen a María Fernanda y ella lo sabe.

–¡Perdóname, Fernando!, pero tú tienes un grave conflicto de intereses. Rosarito, Claudia y Carlos Alberto salen mejor si la mitad de las acciones son de María Fernanda, porque eventualmente ellos heredarán de su madre.

Oliver la miró, y le sonrió con una mueca; no tenía deseos de fajarse en una esgrima escolástica con ella. Recordó la conversación en la Bombonera: "No es lo mismo dividir entre seis que entre tres". Sofía tenía razón. Formalmente, él era el abogado del albacea solamente, pero en realidad tenía que actuar como si fuera el abogado de todos: "la fraternidad completita". Era la única manera de salvar la frágil unidad familiar. Pensó en los famosos tambores de guerra... "Si cada heredero se busca un abogado, terminará cada heredero demandando a su propio abogado, y estos a su vez buscarán nuevos abogados que los defiendan".

Se le arrugó la cara cuando probó el café.

–¡Coño, Sofía! Esto no tiene azúcar.

–¡Hombreé! No tengo azúcar, se me acabó y no he tenido tiempo de pasar por el supermercado.

–Estás del carajo.

–De qué te quejas, corazón... –Sofía le hizo ojitos, coqueta y pícara. Se inclinó y abrazándolo lo miró hasta que se encontró ella en el brillo de sus ojos, le acarició suavemente el pelo, haciéndole rizos con cariño, acercó su boca, sensual y peligrosa... Oliver no pudo resistir su aliento, como un fuego lento.

Se estrujaron un rato, apasionadamente, era el epílogo de una noche de pasión y lujuria. Sofía le alborotaba los pensamientos y luego los sentimientos, eran muy buenos amigos. Hacía algún tiempo que no se veían, Oliver se la había pasado viajando a Washington y

a Nueva York, atendiendo los asuntos de la sucesión. Sofía había estado igual, con sus compromisos periodísticos.

Poco a poco se iban apagando las brasas de aquella fiesta de besos; un besito en la frente, uno en los ojos, tiernamente, otro en las mejillas. De pronto Sofía exclamó:

–¡Dios mío!, mira la hora que es. Fernando se me hace tarde. ¡Joder! Tengo que ir para la oficina corriendo, si quieres nos encontramos al medio día. ¿Vale? Podemos almorzar en un lugar nuevo que hay en el South Beach.

En el cementerio del Viejo San Juan, Carlos Alberto fue a visitar la tumba de su papá.

"Don Roberto González, 1904 – 1979, nacido en Santiago de Cuba, se proclamó ciudadano del mundo".

Allí estuvo Carlos Alberto: meditando, sollozando, recordando, hasta que se quedó dormido. Pasó entonces lo inimaginable: durmió toda la noche en el cementerio, bebiéndose las lágrimas. La misma escena se repitió la noche siguiente, y a la tercera, estaba febril, un fuerte catarro lo había asaltado. Pero él no tenía mente para los trámites de la salud. Lo agobiaba contemplar cómo la unidad familiar que su papá tanto cultivó, ahora se estuviera deshilachando. Sus hermanos González–Farasy le habían declarado la guerra a Claudia.

–Ella ya cogió su herencia y la botó con el Turco –planteaba Joaquín–. Sus locuras le costaron a papá una fortuna.

Pero Claudia no se quedaba con los brazos cruzados. Seguía empeñada en vender sus acciones.

–Yo puedo hacer lo que me dé la gana con mis acciones, ¡mi papá me las donó! –Claudia marcaba las sílabas con un énfasis tan ácido que le revolcaba el estomago a sus hermanos.

La tensión entre los hermanos aumentó cuando Claudia defendió como una fiera a su mamá en la demanda que reclamaba que la mitad de las acciones del Ron Caribe le pertenecían a ella bajo la ley de gananciales. Esa alianza con María Fernanda tuvo la virtud de unir a todos los hermanos en contra de Claudia, pues todos sabían que esas acciones pasaban de generación en generación entre los miembros de la familia González.

Hábilmente asesorada por sus abogadas, María Fernanda se aprovechaba del embargo contra la isla de Cuba, lo cual hacía ilegal que los herederos viajaran a Cuba a buscar la evidencia para probar que su papá heredó esas acciones.

Don Gabriel y Rosarito hicieron admirables esfuerzos diplomáticos para tratar de salvar los lazos de unidad familiar, pero se hicieron añicos. Arrastrada por la ira, Claudia destapó episodios oscuros en la vida de Joaquín, cuando con espíritu de pandillero andaregueaba por la calles de Nueva York. Aquello enfureció a todos los hermanos..., fue un golpe bajo.

En el cementerio, Carlos Alberto naufragó en las aguas de la desesperación; estaba abatido. La tercera noche se la pasó murmurando frustraciones, abrazado a aquella vieja foto de su papá, cuando don Roberto pronunciaba torrenciales discursos por la paz laboral de Cuba. Observaba la foto y luego se perdía entre sollozos, ansiando poder remendar la unidad familiar que su padre construyó. Cuando la fiebre subió, él mismo se sintió protagonista de la historia del tren y soñó toda la noche con aventuras de héroes: largas sesiones estratégicas con ambos bandos de la familia –los González–Luna y los González–Farasy, agotadoras.

Al otro día por la mañana, los empleados del cementerio encontraron a Carlos Alberto durmiendo a patas sueltas junto a la tumba de su padre. Era el tercer día consecutivo que lo sorprendían en semejante situación, pero esta vez al despertarlo descubrieron

a un hombre nuevo. Carlos Alberto se levantó inspirado, con la ilusión florecida. Saludó a los empleados como si fuera un candidato presidencial, con fuertes apretones y palmadas. De un termo uno de los empleados le dio un buche de café; se lo bebió agradecido, de un solo sorbo. Caminó hacia la salida y entró en un café en la calle San Sebastián. Fue directo al baño, se lavó la cara, se empapó el pelo y se lo acomodó lo mejor que pudo, con las manos. Se quedó un rato observándose en el espejo, buscó la foto, creyó por un instante que la había perdido, pero no. La miró fijamente y volvió a observarse en el espejo... "pero si es la misma cara del padre, los mismos gestos", recordó escuchar tantas veces, desde que era un niño, ahora lo comprendía. Se tocó la frente para medir la fiebre, había bajado. Regresó al salón agarró un periódico y se sentó en una mesa.

–Café con leche y..., tráeme también dos huevos fritos con tocineta y pan tostado con mantequilla.

–Hoy usted vino con buen apetito –bromeó el mozo, anotando el pedido.

Carlos Alberto ojeaba el periódico. ¡Empatan los Cangrejeros el City Champ!, anunciaba la sección deportiva. Hundía el pan en el café y lo saboreaba con un gusto envidiable. Sentía que le hablaba el corazón. Se despidió del mozo con un fuerte apretón de manos, y a la señora que atendía la caja registradora le dio un beso en la mejilla, embarrado en mantequilla.

Desde el primer teléfono público llamó a Rosarito.

–¿Donde tú estabas metido? –preguntó Rosarito alarmada–. Hacen tres días que mamá y yo hemos tratado de dar contigo, y no aparecías ni por los centros de espiritistas.

–Vámonos en el primer avión para Nueva York, a casa de Robert. Dile a Benito que venga con nosotros, él es el hombre de los números.

–Pero... ¿para qué? –cuestionó Rosarito, impaciente.

–Para hablar, negociar..., ponernos de acuerdo. Tenemos que terminar ya con tanta jodía pelea.

–No sé..., a mi me dijeron que el licenciado Oliver va para Cuba...

–¡Ay bendito mija!, olvídate de eso. Si nos ponemos a esperar por los abogados, nos morimos.

Carlos Alberto tenía la firme determinación de resolver todos los problemas que aquejaban la herencia. Se había puesto como meta un año: la navidad de 1980. "Hay que aprovechar el espíritu de la navidad, cuando a todos se nos ablanda el corazón", predicaba a los cuatro vientos. Desde los episodios del cementerio, no había descansado procurando zanjar diferencias, explorando distintos escenarios con sus hermanos, donde cada uno cedía un poco para lograr un acuerdo. Poco a poco se fue convirtiendo en un maestro de la artimaña y la manipulación, exagerando todos los peligros posibles contra la herencia para escamar y domar a sus hermanos. Para espuelearse, se reunió primero con el tío Lorenzo, el veterano licenciado Lorenzo Oliver, socio administrador del bufete Andrews Martínez Oliver & Ruiz.

Carlos Alberto estaba que detestaba a los abogados, pero, pero..., el tío Lorenzo era un zorro viejo de mil campañas y le pareció buena la idea de reunirse con él para unos consejos útiles sobre cómo espadear mejor con sus hermanos, su mamá y el tío Gabriel.

–Vente para acá y compartimos un café en mi oficina –le indicó el tío Lorenzo con su acostumbrada amabilidad–. A las 3:00 de la tarde, ¿te parece bien?, pues échate para acá. ¡Un abrazo!, y te espero.

Esa tarde el tío Lorenzo le contó a Carlos Alberto innumerables anécdotas sobre peleas de herederos que a través de sus largos años

de experiencia había acaudalado. Carlos Alberto se esmorcillaba de la risa escuchando los cuentos del tío Lorenzo.

–Recuerdo un viaje que di a Ohio, con Andrews, el socio fundador. Estuvimos allí tres días con sus noches en un sótano, reunidos con uno de los bandos de la familia, en una elegante casa en el medio de la nada. Desde el patio la vista se perdía hasta que la vegetación alcanzaba el cielo. El otro bando, el de San Juan, se negó a ir hasta allá, por más que les rogué que fueran. No hacíamos más que comer y trabajar, comer y trabajar, no había más nada que hacer. Desayuno, y nos metíamos en el sótano; merienda y volvíamos al sótano; almuerzo, y así; hasta la cena tarde en la noche. Comíamos para distraer las tensiones, sin hambre. Y lo peor era que no podíamos adelantar nada en concreto por que los de San Juan no vinieron, teníamos que Andrews y yo reunirnos con ellos luego, separadamente, al regresar.

–¿Y por qué los de allá no vinieron a San Juan? ¿Por qué tenían que ir los de acá a Tennesee? –cuestionó desafiante Carlos Alberto.

–¡Aaah!..., ahí tu distes en el clavo. Había una razón muy poderosa. Porque las peleas entre los herederos se fueron convirtiendo en un avispero que le causó un ataque al corazón a Rauli, el hermano mayor, que lo llevó al borde de la muerte. El doctor, como es natural, le prohibió que se montara en un avión.

Esta vez Carlos Alberto no se rió.

–¿Usted está bromeando?

–No hijo, no, no estoy bromeando –sostuvo el tío Lorenzo–. Esas cosas suceden.... Déjame avisarle a Esther para que nos traiga café. ¿Cómo tú lo quieres?

–Negro, por favor –balbuceó pensativo Carlos Alberto–. Esas son las cosas que yo quisiera que mis hermanos entendieran. Y que mi madre también.

Esther Sánchez entró al despacho, preguntó por los cafés y aprovechó para entregarle unos mensajes telefónicos al tío Lorenzo.

–¡Hmm! –murmuró el tío Lorenzo, reaccionando a uno de ellos.

–¿Qué le digo? –preguntó Esther.

–Hágame el favor y dígale que se vaya al mismísimo carajo.

–Bien dicho –aprobó Esther, y partió con su vaivén. El tío Lorenzo reflexionó brevemente, reclinándose en su butaca. Luego se puso de pie y se acercó al ventanal. Observó el panorama por unos instantes y acto seguido se viró hacia Carlos Alberto y le dijo:

–Hubo una vez un albacea que cometió un fraude monumental contra el Departamento de Hacienda. Ese acto arrastró a todos los herederos a vivir escandalosos episodios de vergüenza y angustia. ¡Ah!, que conste, el albacea había actuado a espaldas de los demás –enfatizó con las manos en alto–. Cuando se enteraron: motín a bordo.

–¿Y a quién usted representaba? –cuestionó Carlos Alberto, tratando de ubicarse mejor.

–Yo representaba a dos de los siete herederos; a Julito y a María Helena. Julito y el albacea eran muy distintos, a pesar de que eran hermanos de padre y madre, habían tenido conflictos de personalidad toda la vida. Desde luego, eso empeoró a partir de la muerte del padre. María Helena era leal a Julito hasta lo último.

El tío Lorenzo volvió a su butaca, hacía un dibujo indescifrable, hablaba muy pausado, como si le costara trabajo...

–Le pedimos la renuncia..., pasamos tormentosos y amargos días tratando de que renunciara voluntariamente y el descarado se negó. Julito insistió, así que no tuvimos más remedio que solicitarle al tribunal su destitución.

Esther Sánchez regresó con los cafés y colocó la bandeja sobre una pequeña mesa que el tío Lorenzo tenía en su despacho.

–Está acabadito de colar. El azúcar, ¿la quieren con o sin?

–¿Con qué o sin qué? –preguntó Carlos Alberto.

–Con hormigas o sin hormigas, porque el fumigador hace dos meses que se desapareció –bromeó Esther, dejando tras ella una estela de carcajadas.

–En el tribunal yo sometí a ese albacea a un duro interrogatorio, ¡implacable! –continuó el tío Lorenzo–. Él, sorpresivamente, se tornó desafiante, y yo arremetí sin piedad, sin tregua. Lo acorralé.

El tío Lorenzo se quedó pensativo y hubo un silencio a dos voces; se puso de pie. Carlos Alberto sirvió más café para los dos, tratando de despejar la tensión.

–Allí, en la silla de los testigos, se acogió a la Quinta Enmienda en 153 ocasiones –rompió el silencio el tío, con la voz temblorosa y la mirada perdida hacia la inmensidad de la bahía. Luego de una larga pausa se equipó de valentía y mirando fijamente a Carlos Alberto, le dijo–:

–Murió.., ¡Dios mío! Ese hombre se me murió en la silla de los testigos. ¡De un ataque al corazón se me murió!

El tío Lorenzo se sentía devastado, le había confesado a Carlos Alberto un episodio que había venido arrastrando durante muchos años. Su psiquiatra le había recomendado que olvidara el suceso, para que pudiera recuperar la paz mental, y así lo había hecho. Pero esa tarde sintió la necesidad emocional de compartir tan funesto incidente con Carlos Alberto, para abrirle los ojos, para alertarlo.

Carlos Alberto salió de la oficina con la misma inspiración con que había llegado, quizá un tanto atemorizado. Sabía que el tío Lorenzo no le estaba amueblando la cabeza con cuentos para asustarlo; pero se asustó.

Carlos Alberto decidió tomar un avión y fue a visitar a Tititi en su residencia de Key West. Allí ella se acostaba cada noche aferrada a la ilusión de despertar con la noticia de que Fidel Castro había caído. "Aquí es lo más cerca que puedo vivir de Cuba, sin que ese bandido me amargue la vida". Ella era la mayor entre todos los González, y ya había cumplido todos los años. Tenía además una justificada fama de conocer todos los secretos de la familia.

Tititi fue personalmente a recoger a su sobrino a la estación del autobús, en su Cadillac viejo y pasado de moda. Era todo un espectáculo ver a Tititi con tantos años vivir la vida con tanto entusiasmo. En cada esquina la gente se detenía a saludarla y ella orgullosa sonaba la bocina y gritaba:

–¡Es mi sobrino, de Puerto Rico!

Llegaron a la casa y Tititi agasajó a Carlos Alberto con el tradicional asopao de bacalao siguiendo la receta de la legendaria tía Ana. Esa tarde en el comedor de la casa hablaron de tantas y tantas cosas: de la tía Ana, de Santiago de Cuba, de la situación en Puerto Rico, de los preparativos para el homenaje a don Roberto, y cuando llegaron al tema de la herencia, Carlos Alberto quedó boquiabierto con lo familiarizada que estaba ella.

–Tititi, estás hecha una bochinchera. ¡Radio Tititi! –improvisó muerto de la risa.

–¡Óyeme mi niño!, es que Conchita se la pasa llamándome, la pobre.

–¡¿La pobre?! Ustedes dos se la pasan chismeando.

–Además, el licenciado Oliver estuvo por aquí hace algún tiempo atrás, buscando unos papeles. Y yo aproveché y me puse al tanto. La curiosidad me mataba, viejo, no te lo voy a negar.

–¿Qué papeles?

–El quiere probar que las acciones del Ron Caribe las heredaron en vida Gabriel y Roberto. Pero yo le dije que todos esos papeles están allá en Cuba… Pero bueno, yo que tú no me preocuparía tanto por tus hermanos, –añadió Tititi, recurriendo ahora a un tono más serio y misterioso– por quien te deberías de preocupar más, y perdona mi estridente sinceridad, es por María Fernanda, tu madre. ¡Oye!, y la otra es Georgina Balzán, la amante que siempre le han achacado a tu padre. Lo del IRS es algo que ustedes pueden resolver bastante rápido, negociando un plan de pago. Las acciones del Ron Caribe cada día valen más, denle al IRS una tajada de los dividendos anuales por un número de años y con eso se lo quitan de encima. Pero la demanda de María Fernanda es un pleito que va para largo, hay mucha mala sangre. Papá siempre decía, ¡Dios lo tenga en la gloria!, el dinero y el parentesco crean mala sangre. Y Georgina Balzán, ¿qué van a hacer ustedes con ese fantasma?

Hubo un largo silencio en lo que Carlos Alberto se recuperaba del embate, su andamio emocional se había jamaqueado. "Tu madre"… "la amante"… "ese fantasma", le retumbaba en la cabeza. Tititi aprovechó para echarle pique a su plato de asopao. Era un pique hecho en la casa que le había regalado una vecina venezolana. Al abrir el pote se impregnó la casa de un aroma caribeño y la imaginación de Carlos Alberto echó alas. Se levantó y se preparó en la cocina un Caribe & Coke.

–¿Quieres uno?

–El doctor me lo tiene prohibido, pero, ¿qué más da vivir un año más o un año menos? Dámelo.

Carlos Alberto regresó a la mesa, pensativo, le untó mantequilla a un pedazo de pan y se lo ofreció a Tititi, pero ella declinó:

–¡Ay viejo!, con lo mucho que me gusta el pan, pero es que esta caja de dientes me traiciona. Tengo que ir urgentemente al

dentista–. Pero bueno, mi niño, para qué tú viniste hasta acá, ¡tan lejos!, a visitar a esta vieja.

Carlos Alberto se desahogó, y Tititi, compadecidamente, le llenó su equipaje de buenos consejos. Ella quedó emocionalmente impactada cuando Carlos Alberto le contó de las tres noches que pasó junto a la tumba de su papá, mascullando maldiciones. Pero luego, le bailaba la caja de dientes, desbordada en carcajadas, cuando Carlos Alberto le contó que para salvar la unidad familiar se inspiró en las hazañas de su padre durante la huelga de la caña.

–¡Por tu madre, viejo! Seguro que sé de lo que me estás hablando, ¿cómo no lo voy a saber? –aseguró Tititi agarrándose la panza con las dos manos, tratando de controlar la risa–. Figúrate tú, si Roberto nos tenía a todos con los pelos de punta, corriendo como un loco de un lado a otro de Cuba montado en aquel tren. Pero es cierto…, –balbuceó reflexivamente– salvó a Cuba de una guerra civil. Y también al Ron Caribe, porque sin caña, no hay ron.

Tititi sonó una campanita e inmediatamente acudieron dos sirvientas que recogieron la mesa, sirvieron el café y trajeron un flan de mangó que hubiera puesto a cualquiera a chuparse los dedos.

–¡Hmm!..., Tititi, esto está tan delicioso que es capaz de reconciliar a dos enemigos –opinó Carlos Alberto, con aire de poeta.

–Te voy a preparar uno para la próxima reunión de herederos –sentenció Tititi, y estallaron los dos en carcajadas.

Carlos Alberto continuó su peregrinaje, visitando a cada uno de sus hermanos –aviones, trenes, guaguas. Con audacia y fe llevaba un mensaje conciliatorio, envuelto en frases jocosas, besos y abrazos. Fue así como almorzó con Roberto y Joaquín en Nueva York, y cenó con Victoria en Miami. Con Claudia y Rosarito compartió varios merlots en el Viejo San Juan. Entre bromas y veras iba adelantando su mensaje y recogiendo las impresiones de sus hermanos, que luego anotaba meticulosamente en su diario.

–¡Eso está fenomenal! –exclamaba Victoria al escuchar las ocurrencias de Carlos Alberto. Entre chistes y anécdotas él iba ablandando el corazón de cada uno de sus hermanos. El tenía bien claro que la chispa del buen humor enciende buenas voluntades.

Una noche, Carlos Alberto llegó al aeropuerto Kennedy de Nueva York, de regreso hacia San Juan. Allí estuvo varado durante varias horas, debido a una fuerte nevada que había azotado a gran parte de la región norcentral de los Estados Unidos. Esto ocasionó que se retrasara su avión, que venía desde San Luis, para luego hacer una escala en Chicago, y otra en Nueva York, y de ahí traerlo a Puerto Rico. En el centro de información le dijeron que la espera era para largo, por lo menos dos horas. Así las cosas, Carlos Alberto se fue a la barra del terminal de Eastern a matar el tiempo con unos Caribe & Coke. En el televisor estaban dando un juego de los Knicks de Nueva York contra los Celtics de Boston, y Carlos Alberto la estaba pasando de lo más bien. Había varios vuelos retrasados y la barra se fue llenando de amantes del baloncesto, y cada vez que los Knicks hacían un canasto estallaba la bulla. Carlos Alberto chocaba manos con unos estudiantes cuando de repente interrumpieron la programación y anunciaron:

"¡Boletín de última hora! Un avión de la Eastern Airline proveniente de Europa con soldados americanos se acaba de estrellar a unas tres millas de la costa de Canadá. Los soldados regresaban para pasar la Navidad junto a sus seres queridos. Los mantendremos informados".

El alma de todos quedó congelada y a nadie más le importó la suerte del juego. Carlos Alberto se fue a deambular por el terminal, cada vez más congestionado a causa de tantos vuelos retrasados; la noticia lo había impactado. En todos los televisores, de todas las barras, tiendas, pasillos, cada 15 minutos era la misma noticia. Escenas tristes, tristísimas, invadían todos los canales. En contraste, el espíritu de la Navidad brillaba por todos los rincones del

aeropuerto: campanas, lazos, luces. Por las bocinas de una tienda se escuchaba un viejo villancico:

¡Luces en tus manos/ y en tu corazón/!

¡Es Navidad/ Es Navidad!

La sala de espera se iba llenando de estudiantes universitarios que regresaban a sus hogares a disfrutar del receso navideño. Como un abanico estaban localizadas las salidas para San Juan, Baltimore, Atlanta, Miami, Dallas, Los Ángeles y San Francisco. Frente a la salida para San Juan se iban apiñando más y más estudiantes puertorriqueños provenientes de universidades en Boston, Filadelfia y Nueva York. Eran tantos que según llegaban se iban acomodando en el piso, mezclándose los unos con los otros, en franca camaradería. Por los altoparlantes anunciaron, una vez más, que todos los vuelos quedaban retrasados hasta nuevo aviso.

Uno de los estudiantes puertorriqueños sacó una guitarra y se puso a acariciar unos acordes que despertaron dentro de Carlos Alberto una vieja melodía. Carlos Alberto comenzó a musitar la letra y poco a poco se le fueron uniendo los estudiantes puertorriqueños hasta que con la voz al cuello entonaron:

¡Feliz Navidad/ Para pan, pan/!

¡Feliz Navidad/ Para pan, pan/!

¡Feliz Navidad/ Próspero año y Felicidad!

Entonces sucedió algo que encendería el corazón del más incrédulo. Los estudiantes de Miami, Atlanta y todas las demás ciudades le contestaron a todo pulmón:

¡I Want to Wish you a Merry Christmas!

¡I Want to Wish you a Merry Christmas!

¡I Want to Wish you a Merry Christmas!

¡From the Bottom of My Heart!

Capítulo 22

En una maratónica conversación telefónica, el hermano mayor –Roberto– y el hermano menor –Carlos Alberto–, se afanaban por salvar la maltrecha unidad familiar y rescatar el caudal hereditario de las ruinas a las que iba irremediablemente encaminado.

Carlos Alberto aprovechó para proponerle a Roberto que "como jefes de ambos bandos de la familia", se encargaran ellos de resolver todos los asuntos pendientes entre los herederos.

–Eso suena a West Side Story, ¡las dos gangas de la familia! –recriminó Roberto a Carlos Alberto desde su casa a las afueras de la ciudad de Nueva York, dándole de todos modos la bienvenida a su nueva iniciativa diplomática–. ¡Oye!, te agradezco tu acercamiento para tratar de resolver todo esto, pero mejor vamos a reunirnos en el apartamento de tío Gabriel, como hemos venido haciendo hasta ahora.

Roberto se encontraba en la cocina, hablaba por una extensión telefónica instalada en la pared, entre el fregadero y la estufa.

–¡Ok!, Robert, pero tú y yo tenemos que asumir el liderato, alguien lo tiene que hacer. Podemos ser todo lo democrático que tu quieras, pero…

–Carlos Alberto, mira, ¡¿por qué dos líderes?! Somos una sola familia, ¡¿o somos dos?! Eso de los dos bandos de la familia no me gusta.

Carlos Alberto estaba en su habitación, sentado en el borde de la cama, frente a un gavetero con un espejo que lo acompañaba desde que se independizó. Sobre el gavetero había varias fotos. Se buscó en el espejo, pero veía borroso.

–¿Te suena a West Side Story? –se rió Carlos Alberto.

–A eso mismo, ¡a pandillas! ¡Vaya!, los González–Farasy y los González–Luna, las dos pandillas de la familia, con sus líderes: el Tigre y la Pantera. ¡No, no, no!, Carlos Alberto, así no puede ser…

–¡Ok!, pero mira Robert…, vamos a dejarnos de pendejá, si tú escuchas a Jack hablando de Claudia… ¡Parece un dragón!

–No es hablar por hablar, Carlos Alberto, es si tiene o no tiene razón. Lo que Jack plantea es que Claudia se gastó la herencia en vida, y en eso él tiene un punto que no se puede ignorar…

Carlos Alberto se paró y se acercó al gavetero. Mientras escuchaba a su hermano se colocaba los lentes de contacto, con muchísimo esfuerzo. A pesar de todos los años que llevaba usándolos, siempre se le hacía difícil ponérselos, pero la vanidad lo arrastraba, no le gustaba como le quedaban los espejuelos. Roberto por su parte se disparó una perorata sobre las aventuras de Claudia y su infame marido, el Turco. Carlos Alberto volvió a mirarse fijamente en el espejo y trató de peinar su melena con las manos. Recogió un poco el reguero que tenía sobre el gavetero, acomodó las fotos, una de ellas, desde luego, era la de don Roberto en el famoso tren.

–¡Fine!, pero cuando papi hizo su testamento –interrumpió Carlos Alberto– repartió las acciones del Ron Caribe en partes

iguales, lo que significa que él quería que todo esto fuera borrón y cuenta nueva.

Roberto desenredaba el cable del teléfono.

–Porque si no, Robert, esto se va a convertir, ¡¿tú sabes en qué?! en una cacería de brujas... Rosarito tenía razón cuando dijo que ese era el primer tambor de guerra.

Hubo un largo silencio. "Ese era el primer tambor de guerra", resonaba la frase en el pensamiento de Roberto. Le dolía cómo Claudia había desenterrado los episodios oscuros de Joaquín.

–Tú tienes razón Carlos Alberto, hay que ejercer liderato, pero no para dividir, sino para unir. ¡Vaya!, tú y yo tenemos que abrirles los ojos a Claudia y a Jack...

Roberto aprovechó y encendió una hornilla y se puso a hervir leche. Se sentía mejor, desahogado.

–Estoy preparándome un Nescafé, ¿quieres? –bromeó, fregando un tazón con sus iniciales que le había regalado Tititi como veinte Navidades atrás.

–Sí gracias, me muero por un café. Anoche estuve con Claudia y Rosarito, y nos dimos un count de tragos, era el cumpleaños de Claudia. Tengo un jaleo en el estomago...

–¡Oye! Eso te pasa por ponerte a beber con mujeres –improvisó Roberto, y estallaron los dos en carcajadas.

–¡Ay, Robert!, parece que el pan con ajo me hizo daño.

–¡Oh, si, seguro! –le seguía la corriente Roberto. Así estuvieron unos instantes, intercambiando bromas y comentarios, pero al cabo de un rato volvieron irremediablemente al tema de la herencia.

–¡Oye!, Carlos Alberto, tengo entendido que el licenciado Oliver va en estos días para Cuba, a buscar unos papeles...

–Ya yo no confío en los abogados, Robert. Ese la va a pasar muy bien por allá, a costa del bolsillo nuestro…

Roberto saboreaba sorbo a sorbo su Nescafé, mientras escuchaba a su hermano descargando contra los abogados. Miró hacia la nevera y vio de reojo una lista escrita por su esposa en una delicada caligrafía. "Me refiero a los abogados en general, Robert, no a los nuestros nada más. Te corren el metro y se quedan con la herencia…" Roberto haló y acomodó el cable, se acercó a la nevera. La lista se sostenía de la puerta por un imán en forma de manzanita. "Corn flakes, leche, pan, cortar el césped, ¿…?" –leía en silencio, mientras escuchaba aquel aguacero.

–Además, –continuaba Carlos Alberto– no importan los documentos que él traiga de Cuba, las abogadas de mamá no se van a quedar cruzadas de brazos, van a apelar, y esa pelea va a seguir para largo. Y mientras tanto…, la herencia congelada, endeudándonos con las facturas de los abogados.

–Bueno, Carlos Alberto, a mi me parece que eso le corresponde a tío Gabriel, ¡vaya!, él es el albacea y el que se entiende con los abogados.

–¡Tío Gabriel!, mira Robert, tío está chocho, y todo este revolú le está afectando cada día más. El está apesta'o con el caso de la herencia…, en adición, la enfermedad de Sheila trae al pobre por la cuesta de la amargura…

Roberto corrió una pequeña cortina roja y se asomó por la ventana de la cocina. "¡Que frío!", pensó. Todo el jardín estaba pintado de blanco, los techos de las casas también. En contraste, la chimenea mantenía dentro de la casa una temperatura agradable. "Cortar el césped", sonrió. Miró un calendario que colgaba de la pared y comprendió: era 28 de diciembre, día de los Santos Inocentes. Era una de las bromas de su esposa Patricia Holey, peruana de nacimiento y nieta de un irlandés que llegó hasta las tierras del Perú

a instalar el primer tren. Patricia enseñaba filosofía y letras en el Manhattan College, y fue allí donde Roberto y ella se conocieron. De vez en cuando Roberto le pedía consejos sobre los asuntos de la herencia y ella se los daba, pero hasta ahí, si no la consultaban, se mantenía a distancia.

–El otro día lo llamé para que me diera un recuento de cómo estaban los asuntos de la herencia y estaba más enreda'o que... Tú le mencionas el IRS y el pobre viejo se caga.

–Pero bueno, Carlos Alberto, tío tiene ya sus añitos y hay que ayudarlo...

–¡Oye! Eso mismo es lo que te estoy diciendo, hay que ayudarlo. Ahora mismo está pendiente la posible demanda de Georgina, que si vamos o no vamos a negociar con ella, y él todavía no sabe como enfrentar la situación. Tititi dice que Georgina Balzán es como un fantasma, que uno nunca sabe donde está parado con ella. ¡Hay que coger el toro por los cuernos!

–Te entiendo, te entiendo –reflexionó Roberto–. Vamos a reunirnos todos en el apartamento de tío y vamos a buscarle una solución a todo esto. Encárgate por favor de hablar con todo el mundo, es importante que todos estén presentes.

Se despidieron con calurosas expresiones fraternales, ¡Un abrazo, Calos Alberto! ¡Un abrazo, Robert! Y se comprometieron los dos a montarles un preseo al tío Gabriel y a todos los herederos.

Carlos Alberto se acercó nuevamente al gavetero y tomó en sus manos la foto de don Roberto en el tren. La observó un buen rato, inspirado, aunque comprendía que no era fácil la tarea por delante. Su hermano Roberto hablaba de preseo, pero no le gustaba las confrontaciones. No se lo imaginaba enfrentándosele a Joaquín y a Victoria, aunque sí a su queridísimo cuñado Arturo Valdez.

Corría el invierno de 1979. En el Parque Central los árboles estaban desnudos; las ardillas jugaban, corrían, saltaban, eran

dueñas de todo ese vasto espacio vestido de blanco. En el apartamento de don Gabriel y Conchita, estaban reunidos todos los herederos. En la mesa del comedor, Victoria trataba de azucarar la conversación salpicando comentarios jocosos sobre lo que entre ellos mismos habían bautizado: "El Club del Tío Gabriel".

El gran ausente era Arturo Valdez; hasta sus oídos habían llegado rumores insistentes de los González–Luna de que él era la manzana de la discordia. Así que él mismo se abstuvo de asistir, lo que todos agradecieron, porque decían que era la única forma de tener una reunión de herederos en paz y armonía.

Luego que el tío Gabriel terminó con un tedioso y minucioso informe preparado por su puño y letra, Carlos Alberto saltó y dijo:

–A mí me parece que lo único que debe estar en manos de los abogados es el asunto del IRS, si acaso.

–Lo de los impuestos –machacó Claudia.

–Exacto, lo demás es algo que nosotros podemos manejar –se reafirmó Carlos Alberto, capturando la atención de sus hermanos–. Tenemos que dialogar, buscarle soluciones a nuestros propios problemas.

–¡Óyeme! Podemos dialogar todo lo que tu quieras, pero si perdemos el caso de los impuestos aquí no va a quedar herencia alguna para repartir –opinó Joaquín.

–Si ese fuera el caso, demandamos a los abogados –se apresuró a proponer Claudia, provocando un mar de reacciones, desde carcajadas y palmadas de Victoria hasta la inevitable frustración del tío Gabriel, pues el pobre cada vez tenía menos control de lo que estaba pasando–. Ellos fueron los que recomendaron la donación de las acciones y toda esa madeja que supuestamente nos iba a ahorrar muchísimo dinero en impuestos. Así que…, ¿cómo es que se llama eso? –preguntó, buscando el apoyo de los demás.

–¡Malpractice! –contestó Victoria.

–Eso mismo, whatever –sentenció Claudia.

–A nosotros lo más que nos debería de preocupar es la demanda de Georgina Balzán. Ella es un fantasma, uno nunca sabe dónde está parado con esa señora. Con el IRS podemos negociar un plan de pago, hasta sin abogados –planteó Carlos Alberto, haciéndose eco de los consejos de Tititi.

–Si es cuestión de negociar, ¿quién se puede sentar a negociar con mamá? –preguntó Rosarito, con la mirada angustiada, como quien implora–. Mamá está del carajo…, –masculló, pensativa– y lo peor es que ustedes han pensado que nosotros estamos detrás de todo eso –añadió, con la frustración dibujada en el rostro.

–Ustedes, nosotros. ¡Los dos bandos de la familia!, divides y vencerás. No debemos utilizar ese lenguaje –planteó Roberto, regañando a su hermana menor.

–Yo propongo a Carlos Alberto para negociar con el IRS –anunció Joaquín, con una sonrisita burlona a flor de labio.

Victoria miró perpleja a Joaquín, pero antes de que dijera algo, Carlos Alberto se adelantó y con marcado sarcasmo contestó:

–That's fine with me, baby.

En ese momento Sheila entró al comedor a saludar a sus primas y primos; caminaba con la ayuda de un andador, y arrastraba un pie.

–Mi tajada de la herencia me la pueden depositar en el City Bank –bromeó, y todos se pararon a abrazarla y besarla–. Mamá está colando café…, ¿negro o con leche?, levanten las manos. Robert, Vickie, Claudia…, tres negros y dos con leche. ¿Jack?

–Yo paso, corazón de melón.

–Conchita les preparó su famosa mermelada de piña –comentó aliviado el tío Gabriel, aprovechando la pausa.

En la cocina Conchita colaba café y tostaba pan. Hacía frío, mucho frío. La noche antes había preparado una mermelada de piña que le había quedado exquisita. Se van a chupar los dedos cuando prueben esto, se decía. Mientras se afanaba en la cocina, escuchaba un radio sintonizado en una estación latina, por la que tocaban viejas melodías. "Dime si esta noche /tú te irás de ronda/ como ella se fue", tarareaba, volteando el pan.

Sheila le pidió a Rosarito que la acompañara a su cuarto, su cuarto de soltera, cuando vivía con sus padres. Le quería regalar unas fotos de Cuba, de cuando don Roberto se llevaba a todo su familión a pasar la Navidad a Santiago. Rosarito se volvió loca, sus ojos resplandecían, evocando la época cuando los González–Farasy eran los ídolos de los González–Luna; cuando compartían en plena camaradería, bajo el manto protector de la tía Ana.

–La Noche Buena la pasábamos siempre allá –aclaró Rosarito, emocionada–. Reyes era en La Roca.

–Mira esta –musitó Sheila, mostrándole la foto del día de la muñeca; lucía un lazo de mariposa en la cabeza, (parecía un helicóptero) y la sostenía don Roberto en sus brazos.

–Todavía yo guardo mi muñeca.

–Yo también… Mírala, la tercera desde la derecha –señaló Sheila hacia un tablillero repleto de muñecas.

–¡Ay!, que tiempos aquellos –suspiró Rosarito.

Sheila regresó a la cocina, para ayudar a su mamá, se pasaba los días en el apartamento de sus padres. Jan Gerstein la llevaba en la mañana, ya no era posible que Sheila se quedara sola en su apartamento. Al salir del trabajo, Jan la recogía y se iban juntos a su nido de amor.

En la mesa del comedor los herederos volvían a la carga con el vacilón del "Club del Tío Gabriel", saboreando el pan tostado con

mermelada y el café. El tío Gabriel le daba riendas sueltas al relajo, mientras distribuía copia de unos cuantos documentos de la herencia, para mantenerlos informados, tal y como le había recomendado el licenciado Oliver. Uno de los documentos era una carta del IRS. Carlos Alberto la leyó cotejando sus notas. Inmediatamente agarró papel y comenzó a redactar una contestación; con la calculadora del tío Gabriel jugó con los números para arriba y para abajo, le dio los toques finales al último párrafo y virándose hacia Roberto, le dijo:

–¿Qué te parece, Robert?

–¡Hmm!..., –reaccionó Roberto arqueando las cejas– por pedir nadie se ha muerto. Pero la carta tiene que ser en inglés.

–¡Inglés! ¿Por qué en inglés? Yo soy puertorriqueño, ¿y si yo no supiera inglés?

–Ustedes los puertorriqueños se creen que son el ombligo del mundo. ¡No sean inmaduros! –arremetió Victoria, impaciente–. El inglés es hoy por hoy un idioma internacional, se habla en todas partes... Además, tú sabes inglés.

–¡Vickie!, no es cuestión de si yo sé o no sé inglés, ni de las bondades del inglés. Para la mitad de los puertorriqueños, el inglés es el idioma del invasor. Por eso es que a los puertorriqueños no les da la gana de aprender inglés. Si el idioma de los Estados Unidos fuera el francés, la fobia sería con el francés. Si fuera alemán…

–Mira Carlos Alberto, ¡tú estás cabrón!, –estalló Claudia, y todos quedaron frisados–. A mi no me vengas con cuentos de patriotas. Tú te la pasas hablando de unidad familiar, que tenemos que dialogar...

–Yo no estoy peleando con ustedes, es con el IRS –ripostó Carlos Alberto–. ¿Vamos a tener un frente unido ante el IRS?, ¿si o no?

–Frente al IRS sí, pero suspéndeme ese mambo independentista –replicó Claudia.

–Give me a break, Claudia –Carlos Alberto le sacó la lengua.

Hubo una especie de tregua, Claudia se puso a rebuscar entre sus papeles, leía unas notas apresuradamente. Al cabo de unos instantes eternos, volvió a la carga:

–Y hablando de todo un poco, tío…, ¿qué hay de cierto de que el licenciado Oliver va para Cuba?

–¡Psss! Por favor, vieja, que yo no quiero que Conchita se entere –se apresuró don Gabriel.

–Él es el abogado de la sucesión y él decide cómo quiere manejar el caso –intervino Joaquín.

–¡Jack!, nadie te ha dado vela en este entierro. Yo estoy hablando con tío.

Don Gabriel apagó su tabaco, buscó apoyo en la mirada de los demás, ansioso.

–Yo le dije… ¡Claudia por favor! –Don Gabriel trataba de hablar pero no lo dejaban–. ¡Jack, por tu madre, viejo!..

–Vamos a dejar que tío Gabriel nos explique –salió al rescate Roberto.

–Gracias, Robert –se lo agradeció don Gabriel–. Yo le dije al licenciado Oliver que él es el abogado del caso, que manejara las cosas según su mejor juicio…

Se alborotó el gallinero de nuevo. Conchita se asomó y dijo:

–¡Oye! No se fajen por la mermelada que ya mismito traigo más. ¿Quién quiere más café?

–Tranquila vieja –disimuló don Gabriel.

Tan pronto la nariz de Conchita desapareció, Joaquín continuó con las hostilidades.

–El licenciado Oliver tiene derecho a hacer lo que a él le de la gana con el caso.

–¡Cojones es! –explotó Claudia–. Yo consulté un abogado…

El avispero comenzó a arder; Roberto trataba de poner orden, Claudia se defendía, desafiante. A Victoria eso de consultar a otro abogado le pareció una traición. Rosarito se puso tensa y le enterró las uñas a Claudia.

–¡Ok, ok! Pues quiero que sepan que ese abogado me dijo a mi, que todos nosotros podemos ser responsables si el licenciado Oliver va a Cuba…

–Ese abogado no sabe lo que está diciendo –opinó Joaquín.

–¡Jack!, no seas ignorante. ¡Se llama conspiración! El abogado me dijo…, ¡Carlos Alberto, no te metas!, que a nosotros nos pueden acusar de conspiración si autorizamos al licenciado Oliver a ir a Cuba, que eso viola el embargo de los Estados Unidos contra Cuba.

Se escuchó una sinfonía de improperios y disparates.

–El abogado se llama Michael Vito, del bufete de Covington & Burling, uno de los bufetes más prestigiosos de Washington D.C. –puntualizó Claudia.

–¡Claudia, estás del coño y su madre! Se te ve la costura de lo que estás tramando –la increpó Joaquín–. Tú a mi no me engañas…

–¡Ah siii, Jack! –reaccionó Claudia, ácidamente–. Dime qué es lo que yo estoy tramando.

Claudia miraba fijamente a Joaquín, esperando una respuesta.

–Dime, ¡whatever! –sonrió burlona.

–Tú lo que quieres es impedir que el licenciado Oliver vaya a Cuba para heredar dos veces…, de papá y de María Fernanda –la confrontó Joaquín.

–La mitad de esas acciones son de mamá –replicó Claudia–. Esa es la ley en Puerto Rico –se encogió de hombros, más ácida aún.

–Claudia, ¡qué clase de cojones tú tienes! –le salió al paso Roberto, que no pudo aguantar más. Tenía la cara enrojecida–. Tú lo que pretendes es heredar tres veces: la que botaste con el Turco, de papá y de María Fernanda.

Rosarito se quedó inmóvil, apretando los labios, hasta que no pudo más y se refugió en el cuarto de Sheila a llorar. El tío Gabriel se quedó mudo, creía que le iba a estallar el corazón. Recordó la mañana aquella en el Hospital San Pablo, cuando su hermano Roberto le anunció que lo había nombrado albacea en su testamento. Por su mente pasaron tantas cosas, desde caer derrotado, renunciar, y liberarse de esa presión inaguantable, hasta las viejas imagines de fuego de juventud en Santiago, cuando aquellos cinco primos eran felices chupando caña y apedreando al sol.

Angustiado por la enfermedad de Sheila, Jan comenzó a hacer sus propias averiguaciones, no se daba por vencido. Soñaba –dormido y despierto– con fabulosos conciertos en los que Sheila recibía la ovación del público, mientras él dirigía la Orquesta Filarmónica de Nueva York. Visitó una veintena de especialistas de los mejores de la ciudad, pero todos con autoridad hacían hilachas sus sueños. Fue para esos días que Jan escuchó hablar por primera vez de la doctora Georgina Balzán. Un compañero del conservatorio le recomendó que la fuera a ver. Ella tiene un puesto alto en la Asociación contra la Distrofia Muscular, le dijo.

Una tarde, Jan fue a ver a la doctora Balzán. Fue solo y muerto de miedo, no le quedaban fuerzas para una nueva ración de pesimismo.

–¿Cómo se llama su esposa, señor Gerstein?

–Sheila..., Sheila Gerstein.

–Y usted me dice que ella todavía… ¿toca el cello, o tocaba el cello?

–Ella todavía lo toca, aunque con extrema dificultad…, desde luego, jamás como antes, pero algunas melodías sencillas…, digamos que ella se entretiene. El cello es su gran pasión, yo fui su profesor…

–Comprendo. Motívela a que siga. Es una gran terapia para los músculos de las manos y los brazos. Además le alimenta el alma, eso es muy importante.

La doctora Balzán le habló a Jan con franqueza, firme y clara, pero a la misma vez con un toque muy humano. Le habló de la filosofía de la Asociación y sus programas de apoyo y solidaridad entre los pacientes.

–Yo quiero conocer a Sheila, ¿cuándo me la traes por acá?

–Cuando usted quiera doctora –sonrió Jan, sintiéndose aliviado por primera vez en mucho tiempo.

–Podemos hacer muchas cosas con Sheila, señor Gerstein. Ella pudiera ayudarme en las asambleas, podemos presentarla como un símbolo de inspiración…. ¡figúrese!, tocando el cello durante el telemaratón anual. Ya yo me lo puedo imaginar, Jerry Lewis con su etiqueta negra presentándola y Sheila con un vestido blanco, tocando el cello. Sería una gran motivación para nuestros niños y desde luego para Sheila.

En el Down Town, Jan se afanaba para atrapar un taxi, pero todos estaban ocupados. Miró el reloj, faltaban diez para las cinco de la tarde. "Si a las cinco no aparece uno, me voy en el subway", se dijo, "me cogió el rush hour". En el Tribunal Federal había una manifestación, una asociación anti Peronista se oponía a que se colocara una estatua de Juan Domingo Perón en una plazoleta frente por frente. Pancartas, amenazas, policías, insultos…, "la prensa está haciendo su field day". Se acordó de los cuentos del

licenciado Oliver: "En Puerto Rico los piquetes son con calderos de arroz con pollo, neveritas con cervezas, congas, timbales y trompetas".

Por fin apareció un taxi y partió a buscar a Sheila. "Central Park West y la 65". Estaba motivado, inspirado. En el taxi venía jugando con una melodía de Shubert. El chofer lo miraba por el espejo y sonreía. ¿Qué le pareció la nevada de anoche?, le comentó, pero Jan seguía inmerso, una nueva ilusión lo envolvía. El taxista se metió por entre las callejuelas de China Town, la comunidad más grande de chinos fuera de China, con sus colores y olores que la distingue. En una esquina se detuvo y le dio un mazo de billetes a una mujer. Ella metió el dinero en una bolsa de papel y le dio un beso. Era china, sin lugar a dudas, y el chofer africano, Mustafad algo, leía la placa. "Sólo en Nueva York", murmuró Jan. La chinita le hizo señas para que se detuviera un momento, entonces abrió las puertecitas de cristal de un carretón de madera rojo y amarillo, agarró uno de los patos dorados que colgaban deliciosos y con maestría lo trozó de cinco zarpazos y se lo llevó en un plato al chofer, chorreando un oro apetitoso. En el gran tapón de la cuidad a esa hora de la tarde, el taxista saboreaba su pato, cabeza y todo.

–Este es mi almuerzo –suspiró–, ¿quiere probarlo?

–Se ve delicioso –balbuceó Jan, recordando las manías y remilgos de Sheila que no podía ver ni de lejos los colgajos de patos asados de China Town–. ¡Hmm!, y está delicioso –remató, chupándose los dedos.

–Esa chinita y yo estamos ahorrando para casarnos, ¿qué le parece?

Maniobraba con el tránsito espeso y alocado.

–Mi esposa es cubana, la adoro.

–Mira que bien, y usted, ¿de dónde es?

–Yo soy judío, nací en Alemania. Llegué a este país cuando mis padres huyeron de Europa. Toda mi familia es judía.

–Me imagino que conoció a su esposa aquí en Nueva York.

–Yo era su profesor de música, así nos conocimos.

–¿De cello?

–¿Cómo lo sabe?

–Por el movimiento de los brazos..., usted venía allá atrás tocando un concierto –ambos se echaron a reír.

Cada cual se perdió en su propio laberinto de anhelos y sueños. Subiendo por la Sexta Avenida, Jan contemplaba a la gente apiñada en las aceras, caminando de prisa. Pasaron cerca del Restauran Toledo y Jan recordó que allí había invitado a Sheila a cenar la primera vez, pensando que ese lugar era de comida cubana. "Es lo mismo", sostenía entonces Jan, sentado frente a Sheila en una elegante mesa adornada por un candelabro de plata con velas rojas, sobre un fino mantel de hilo blanco. "No, Jan, no es lo mismo. La cocina cubana y la española no tienen nada que ver", ripostaba Sheila. "Pero admite que se parecen", volvía a la carga Jan. "No seas terco Jan, te voy a invitar al apartamento de mis padres para que conozcas la verdadera cocina cubana". Por el camino Jan se sonreía, recordando que de aquella disputa culinaria nació una gran historia de amor. Sheila se afanaba preparándole los más exquisitos platos cubanos, que Jan devoraba con pasión. Aunque nunca aprendió a distinguir la cocina española de la cubana, ese hecho nunca más lo admitió frente a Sheila y mucho menos frente a Conchita. Pensó en la chinita y se preguntó si el taxista sabría distinguir la cocina china de la japonesa.

–Llegamos, mister. ¡Hello! –lo sorprendió el taxista y se despidieron como si fueran viejos amigos.

Conchita recibió a Jan con los brazos abiertos, como de costumbre, pero no siempre había sido así. Al principio, cuando Conchita se

enteró que su hija tenía planes de casarse con un judío, desató una tempestad. Sumida en el odio enfrentó a su hija y se abandonó en un recital de maldiciones. Pero Sheila con pasmosa tranquilidad le explicó a su madre que ella era de la escuela de su tío Roberto: ¡ciudadana del mundo! "Mami, en Nueva York todos somos inmigrantes, hay más de cien razas conviviendo. Además, deja que conozcas a Jan, es un encanto". Así fue, se conocieron y Conchita quedó encantada con Jan.

Esa tarde, Conchita le pidió a Jan que no se fuera sin probar su mermelada de piña.

–Está riquísima, Jan –anunció Sheila– deja que la pruebes.

–Adivinen lo que venía comiendo en el taxi: ¡pato!, de China Town.

–¡¿Pato de China Town?! –preguntaron al unísono madre e hija, con marcado desdén.

–Es un love story; el taxista es un negrito africano enamorado de una chinita que tiene un puesto de vender patos en Canal Street. Están ahorrando para casarse, ¿que le parece doña Conchita?

–Yo no creo en esas mezclas... –sentenció Conchita, tostando más pan.

Sheila, con dificultad pero con determinación, se movió en su andador hasta una mesa de comedor pequeña colocada en una esquina de la misma cocina. Se volteó y se sentó en la falda de Jan, que la envolvió entre sus brazos. Entre mimos y besitos, Jan jugaba con su pelo y le hacía rizos con cariño.

–¿Y los herederos? –preguntó Jan.

–¡Ay viejo! Están desde esta mañana reunidos –se lamentó Conchita, sirviéndole pan tostado con mermelada–. El pobre Gabriel no sabe qué hacer con tanto jaleo–. Y tú viejo, ¿que tú hacías por China Town?

–Yo no estaba en China Town. Yo estaba en el Down Town, en las oficinas de... ¡Tan, Tan, Tan, Taaan! –trompeteó Jan, como si se tratara de la Quinta Sinfonía– la Distrofia Muscular. La doctora está loca por conocerte, Sheila. Le conté que tú tocas cello y no quiere que dejes de tocarlo, dice que es una gran terapia para los músculos de los brazos y las manos. Es más, escúchate esto: ella quiere que en el próximo telemaratón tú seas la gran estrella, tocando el cello acompañada por la orquesta. ¿Te imaginas?..., ¡Nationwide!

–¡¿Cóoomo?! –reaccionó Sheila, alarmada.

–Eso es en septiembre mi amor, así que tienes como nueve meses para prepararte. Yo te ayudo...

Sheila abrazaba a Jan, apretando su cabeza tiernamente contra su pecho.

–Tienes que practicar más el instrumento, Sheila..., eso ya yo te lo había dicho –sostuvo Conchita, emocionada.

–Una melodía sencilla –comentó Jan, aprobando con los gestos lo deliciosa que estaba la mermelada–. Recuerda..., en la sencillez está la belleza.

–¡La Bella Cubana! –sugirió Conchita.

–Deja que conozca a la doctora, es un excelente ser humano.

–¿Cómo se llama? –preguntaron madre e hija al unísono.

–Dra. Georgina Balzán –contestó Jan, y Conchita por poco se cae de culo.

Capítulo 23

Oliver y Sofía llegaron a La Habana un sábado en la tarde, el 26 de enero de 1980, vía Panamá. En el aeropuerto los esperaba el padre Luis Sotográs y como siempre, se confundieron en una sinfonía de besos y abrazos. Caminaron hacia la salida, pero tres empleados intervinieron con Sofía; ellos tienen un ojo clínico, vieron cámaras fotográficas y grabadoras, y sabían que les correspondía aplicar la ley.

–Señorita, venga usted por acá.

Oliver palideció. Sofía sacó su carné de periodista –Time magazine– y le dijo a Oliver que enseñara el suyo. Uno de los empleados tomó los documentos y los observó con detenimiento; Oliver estuvo al borde del desmayo.

–Venimos a realizar un reportaje sobre los veintiún años de la Revolución Cubana –explicó Sofía.

–¡Vaya!.. –murmuró uno de los empleados–. Usted tiene que pagar cien dólares, para que pueda pasar con esa cámara.

No eran pesos nacionales lo que querían, sino dólares.

Sofía se puso de pico a pico con los tres empleados, no era la primera vez que pasaba por el mismo problema. El Padre trataba de apaciguarla, cuando se acercaron dos policías.

–Cuarenta dólares, ¿vale? –propuso Sofía, entregándole un billete de veinte a los empleados y otro a los policías. Agarró su cámara, el resto de los tereques y siguió caminando.

Partieron hacia el hotel. Por el camino Oliver contemplaba el paisaje: ¡ABAJO EL BLOQUEO GENOCIDA! ¡CESE AL TERRORISMO CONTRA CUBA! Sembrados a la orilla de la carretera había grandes letreros con propaganda política. Que no es que no los hubiera en todas partes del mundo, pero echaba de menos los de Budweiser, Malboro, McDonald's, Ron Caribe, en fin.

Mientras, Sofía conversaba amenamente con el Padre: que si la agenda de trabajo, que si las entrevistas, que si él había hablado con Dolores, la de la fonda de Santiago, que si Fidel había estado por allá el mes pasado, que si Dolores iba a ver qué podía hacer, que si cuantos días pasarían en La Habana, que si cuántos en Santiago, que si la paella para el jueves...

–¿Jueves?..., me parece perfecto, Padre –le contestó entusiasmadísima–. ¿Qué te parece, Fernando? ¡Paella el jueves! ¿Vale? Deja que la pruebes, es la mejor paella del mundo.

Sofía era lo que don Roberto González llamaba una ciudadana del mundo. Española radicada en Miami y con un apartamento en Nueva York, sus asignaciones periodísticas la tenían siempre del tingo al tango, viajando por todas partes. Ella había visitado varias veces a Cuba, pero sobre todo, se sentía como en su casa en cualquier parte. Para Sofía, viajar a Cuba era como visitar a una vieja amiga de escuela superior. Opinaba libremente sobre los defectos y las virtudes de la Revolución, como lo hacía sobre cualquier otro evento

de importancia mundial, sin miramientos, sin arrastrar cargas emocionales.

Oliver por su parte, se hundió en el asiento trasero, un Cadillac modelo 1958 que le recordó al que tenía su tío Lorenzo, aquella nave descapotada de los paseos de su niñez. Durante todo el trayecto se la pasó observando el paisaje, pensativo. ¡26 DE JULIO EN COMBATE!, leía otro letrero. Era como si el país viviera bajo la amenaza inminente de una invasión por parte de los Estados Unidos. Se lo comía la curiosidad, estaba nervioso. Esa fecha marcó el origen de la diáspora que dividió al pueblo en dos Cubas. Y fue en ese preciso momento histórico que don Rogelio decidió repartir la herencia de las acciones del Ron Caribe a sus hijos. En su mente atribulada sentía como si estuviera realizando un viaje hacia el pasado.

Llegaron al hotel Sevilla, ubicado en una esquina llena de efervescencia. En el vestíbulo había un conjunto tocando son cubano: ¡VALLE PLATEADO DE LUNA/ SENDERO DE MIS AMORES! Allí se tomaron los primeros mojitos y se despidieron del Padre. Oliver corrió y subió a su habitación; desde el balcón contempló la bahía, era un panorama espléndido: un cielo azul, y un sol que se despedía en el horizonte. A lo lejos se podía observar un castillo militar de la época colonial hispana. Era el Morro, idéntico al Morro del Viejo San Juan. Acudieron los recuerdos de la mañana de aquel sábado cuando fue a buscar a don Gabriel y a Conchita a la Bahía de San Juan. Más a la izquierda, en el famoso malecón, un grupo de jóvenes organizaba una rumba callejera: congas, timbales, bongó.

Pensó en don Gabriel, en Conchita, en todos los herederos. "¿Se habrá enterado Conchita?" Repasó los problemas de la herencia: la demanda de María Fernanda, el IRS, las peleas con Claudia, el fantasma de Georgina Balzán. Estaba impaciente, no sabía lo que iba a pasar. "Give me the facts, and I give you the law", era una de las frases favoritas de uno de sus profesores de leyes. Pero él había

aprendido que en la vida real era como armar un rompecabezas. Los hechos había que desenterrarlos, interpretarlos, documentarlos y finalmente desfilar la prueba frente al juez, dramatizándolos para que conmuevan y persuadan.

Recordó a su abuela Clara y sintió que le hablaba el corazón: "Aquí estás tú, desafiando un embargo del Congreso de los Estados Unidos que te prohíbe viajar a Cuba, para cumplir tu misión de justicia, para recopilar unos documentos y probar tu argumento. ¿Los encontrarás? La planta original del Ron Caribe fue confiscada por el gobierno de Castro a raíz del triunfo de la Revolución. ¿Existirán esos documentos? Entraste a Cuba camuflado, Sofía se las arregló para que te extendieran un carné de periodista. Pero una cosa era llamar al Diablo, y otra verlo venir". Había llegado la hora de la verdad.

La brisa transportaba los primeros ¡tun, tun! de las congas, los rumberos estaban afinando los cueros. Sofía entró al balcón y abrazó a Oliver por la espalda, y él se dejó apretar.

–Esta noche tenemos una cena en la residencia del doctor Manuel Céspedes –anunció Sofía.

–¿Manuel qué?

–Él es el decano del Departamento de Historia de la Universidad de La Habana, pertenece a una de las familias políticas más importantes de Cuba.

Oliver hizo una mueca, entrecerrando los ojos, como si presagiara una noche aburridísima.

–¡Hombreé!, él es una persona encantadora. Te va a gustar.

–Ok, ¿pero eso no se puede dejar para mañana?

–¿Tú estás loco, Fernando? –reaccionó Sofía–. Con el trabajo que dio coordinar esa entrevista. Seguro que me botan de la revista.

–¡Coño, que dramática eres!...

Sofía explotó en carcajadas. Luego se acercó embrujándolo con el navajazo de sus ojos negros. Se abrazaron y se besaron, apasionadamente.

Al concluir la fiesta de besos, Oliver miró su reloj y le dijo: –Todavía es temprano Sofía, voy a dar una vuelta por ahí, ¿quieres venir? –Definitivamente, el tun tun de las congas lo había seducido.

–Vete tu primero, yo te alcanzo. ¿Vale?

Subió por Paseo del Prado y se perdió por un laberinto de callejuelas. Dos hombres jóvenes se le acercaron y le preguntaron que si era de España, que si de Venezuela. Oliver redujo la marcha, pero actuó con cautela. Le ofrecieron Cohíbas, genuinos le aseguraron, le dijeron que ellos sabían donde vendían los mejores mojitos, que si quería una chica. Le hicieron señas a una morena que se acercó, era bonita, jovencita, pero a Oliver le flaquearon las rodillas, se acobardó. Quizá más tarde, dijo.

Al cruzar una esquina, se detuvo frente a la CMQ, la célebre estación de radio y televisión. Había una pared repleta de fotos de famosos artistas que habían desfilado por allí: Libertad Lamarque, Tongolele, La Sonora Matancera, Rafael Hernández, Benny Moré y muchas glorias más. Vinieron al encuentro las imágenes de aquellas tardes domingueras cuando su papá y su mamá lo llevaban de niño al teatro Matienzo en Santurce, en el corazón de San Juan, a ver películas mexicanas con Libertad Lamarque, ídolo de multitudes. Eran películas cargadas de escenas tristes, muy tristes, conmovedoras, y a Oliver se le hacía un taco en la garganta, y por más que aguantaba las ganas de llorar, era imposible, tarde o temprano los sollozos lo delataban. Un día, al salir del cine, su papá lo agarró por la carita y al verla llena de lágrimas, se viró hacia su mamá y en un tono amenazante la increpó:

–¡Estás criando un marica! No quiero que Fernandito vuelva a ver una película de esa vieja de mierda argentina.

–¡Fernando Luis, por Dios!, eres un machista y un vulgar. Recuerda que el psiquiatra dijo que llorar era bueno para la salud mental. Además, ¡Libertad Lamarque es la novia de América!

–¡La momia de América! –ripostó su papá con la mirada desorbitada.

Oliver caminó hacia el malecón, quería desprenderse de aquellos recuerdos. ¿Quién tenía la razón: mamá o papá? Así cruzó por su niñez, caminando por la maroma, tambaleándose para no perder el amor de sus padres. "La novia de América"... "Vieja de mierda argentina"... "La momia de América", volvían como fantasmas aquellas viejas escenas.

En la próxima cuadra vio un puesto de postales para turistas. Se detuvo para distraer los malos pensamientos. Una chica de unos veinticinco años se le aproximó, le preguntó que si quería compañía. Lo haló hacia un café donde tocaba un conjunto musical, pero esta vez Oliver la rechazó de plano, mortificado. Continuó buscando entre las postales, mirando de reojo a la chica, que murmuraba unas palabrotas. Encontró unas de Santiago: la bahía, la Plaza Mayor, la Catedral. Eran unas vistas espectaculares, bellas. Las observó por un largo rato, embelesado. Su imaginación echó alas, iluminado por todas aquellas historias que los González le habían contado. Compró las tres. Se sintió mejor y se disculpó con la chica.

Al malecón iban llegando los músicos por filtración. Le explicaron que allí todos los sábados se armaba un tremendo rumbón hasta altas horas de la madrugada. Al rumbón se iban uniendo cada vez más músicos, según iban saliendo de los salones de baile y night clubs. Era temprano, pero ya se encontraban allí reunidos algunos.

–¡Vaya! Esto cuando se pone bueno, ¡que viene gente cantidad!, es después de las doce de la noche –le aseguró un timbalero, mientras armaba su instrumento–. Luego que la gente sale de los cines y de los bailes y arrancan para acá. ¡Ah!, y después del juego de béisbol.

–¿Y mientras?

–Mientras…, nosotros vamos calentando los cueros y quemando fiebre; descargas.

Oliver se detuvo un momento, observaba las olas golpear el malecón con paciencia. "Si pudiera zafarme de la cena", pensó. Pero sabía que Sofía controlaba la agenda. Se disponía a cruzar la avenida cuando vio a Sofía que venía.

–Sofía, aquí se está formando un rumbón.

–Lo sé, hombreé, son buenísimos –Sofía lo abrazó por la cintura–. Te tengo buenas noticias: el doctor Céspedes canceló. Se le presentó un imprevisto, algo del partido, la cena será mañana. Esta noche vamos a tener una conferencia de prensa, es corta, no nos coge ni una hora. ¿Vale? Y después…, al malecón, ¡a rumbear! ¿A que nunca habías tenido una jefa más complaciente?

Oliver la miró aguantando las ganas de reír, pero no pudo y explotó en carcajadas.

–Que bicha eres.

–No te pongas a joder con tu jefa –le contestó Sofía, coqueta, el viento hacía travesuras con su cabellera negra–. Ven, vamos a darnos un trago.

Sofía lo agarró, holding hands, y caminaron hacia un café cercano, el Happy Landing. En el café había un viejo cartel del Ron Caribe en la pared detrás de la barra. El cartel estaba un poco descolorido, pero se podía apreciar a Hemingway compartiendo

con unos pescadores en una lancha a la orilla de la playa, mezclando agua de coco con Ron Caribe: "The Mixable One", decía.

–¿Qué quieren de tomar? –preguntó el cantinero.

–Yo quiero un Caribe con agua de coco –dijo Oliver.

–Aquí no se vende eso –respondió el cantinero–. Esa gente se fue de Cuba hace muchos años.

–Y..., ¿por qué tienen ese cartel ahí?

–Yo quiero un mojito con Havana Club –se apresuró Sofía, rescatando a Oliver de su imprudencia.

–¿Dos?

–Si, dos –aclaró Sofía.

El cantinero fue a servir los tragos y Sofía aprovechó para meterle una patada a Oliver por debajo de la mesa. Cuando regresó, el cantinero les dijo:

–El cartel está firmado por Hemingway y los hermanos González.... –Oliver sintió un pálpito–. Ellos estuvieron aquí muchas veces; por eso es que yo lo conservo.

–¡Firmado por Hemingway!... ¿me puedo acercar? –preguntó Sofía, sobresaltada.

–Seguro, como no.

Sofía haló a Oliver por un brazo y se acercaron al cartel. El cantinero aprovechó para pasarle un pañito, estaba mugriento por el salitre y el hollín de la ciudad.

–¡Ernest Hemingway! –suspiró Sofía, observando de cerca el cartel–. Y los hermanos González, ¿quiénes son?

–Ellos eran los dueños del Ron Caribe, el ron que más se vendía en toda Cuba. Pero desde el triunfo de la Revolución, yo no he sabido más de ellos. ¿De dónde son ustedes?

–Yo soy española, periodista, la obra de Hemingway…, hombreé: ¡Por Quién Doblan las Campanas!, eso es un pedazo de mi patria. El es Fernando Oliver, periodista puertorriqueño.

–¡Oooh, Puerto Rico!, yo tengo muy buenos amigos boricuas, de cuando jugaba béisbol…, aquellas famosas Series del Caribe. ¡Que época!… Mucho gusto, mi nombre es Carmelo, Carmelo Duarte. Allá en aquella pared del fondo, hay una foto de Roberto Clemente, Willie Mays y este servidor, de la Serie del Caribe de 1955. ¡Aquello fue un fenómeno!

Sofía, Oliver y Carmelo pasaron un rato agradable, conversando de béisbol caribeño y saboreando unos Havana mojitos. Cada vez que Oliver bebía un sorbo, le parecía como si estuviera traicionando a toda la familia del Ron Caribe. Sentía un juego de ping pong en la cabeza: "Si me agarra Conchita, me manda a matar". En cambio Sofía no, para ella todo tenía su lugar y su momento. En Cuba: Havana Club; en Miami: Ron Caribe; y en España: vino tinto.

Ya era noche cerrada cuando se escucharon los primeros fogonazos de las trompetas en el malecón. Sofía miró el reloj y dijo:

–¡Joder! La conferencia de prensa…, tenemos que irnos. El Padre nos recogerá en el hotel dentro de una hora.

El malecón estaba de fiesta. Cubanos de todas las edades disfrutaban de una jarana de pueblo. La luna enamoraba la noche, mientras las olas contaban sus historias de amor a las palmeras. Sofía, Oliver y el padre Sotográs estaban de pláceme, en medio de aquella euforia. La gente conversaba, bailaba, se reía, mientras los músicos mantenían encendida la algarabía. Congas, timbales, bongós, trompetas y un coro de soneros tronaban en un frenesí tropical.

–¡QUIQUIRIBÚ MANDINGA/ QUIQUIRIBÚ QUIRIBÚ MANDINGA!/

Oliver miró el reloj, era casi la una de la madrugada. En el malecón había todavía mucho movimiento; unos se iban y otros venían. Sofía conversaba con los músicos como si los conociera de toda la vida. El Padre se mezclaba entre la gente, él sabía que esa alegría callejera era un buen remedio para el alma cuando está agobiada. A petición de Sofía, los músicos organizaron un coro que decía:

–¡AY MAMÁ INÉS/ AY MAMÁ INÉS/ TODOS LOS NEGROS TOMAMOS CAFÉ!

En medio de aquel jaleo, el de la trompeta agarró a Sofía por la cintura y comenzaron a bailar, y de inmediato la gente formó un círculo, haciendo bulla con palmas y rechiflas. ¡CULEA! ¡CULEA!

Oliver se sentó sobre las murallas del malecón a descansar, estaba exhausto. Escuchaba el canto de las olas…, ese vaivén eterno. Se puso a cavilar sobre la conferencia de prensa, le aterraba pensar que estuviera perdiendo el tiempo. Él había ido a Cuba a localizar unos documentos para resolver un pleito de herederos y de lo único que hablaban era de política. "Es corta, no nos coge ni una hora". Y lo peor era que él no veía otra cosa en agenda que no fuera una serie de entrevistas políticas a lo largo de toda la semana. Estaba ansioso.

Contemplaba los edificios que bordeaban el malecón, estaban descoloridos, desvencijados, y muchos de ellos visiblemente ruinosos; sin puertas ni ventanas. Las familias dormían aglomeradas en los pisos de abajo, por temor a que cualquier noche se derrumbaran los pisos superiores. Hombres desnudos de la cintura para arriba merodeaban frente a sus hogares, mientras los niños con el culito al aire jugaban en el pavimento. Familias que vivían en condiciones infrahumanas, hacinadas entre escombros de edificios que fueron en una época joyas arquitectónicas. Se preguntaba cómo un país tan rico se había empobrecido tanto. Recordó las

historias que le contaba don Roberto, de cuando Muñoz le abrió las puertas al Ron Caribe, de cuando Puerto Rico se hundía en sus miserias, de cuando el Ron Caribe se unió a la turba de hombres hambrientos y estrellas hacia la gran aurora. Con Fidel Castro sucedió todo lo contrario, los González y el Ron Caribe se fueron de Cuba, y mientras Puerto Rico progresaba, Cuba se empobrecía.

Una tribu de congeros azotaba con furia los cueros. ¡África!, gritó un bailador enardecido, moviendo el culo al ritmo de aquella locura. De un salto Sofía haló por un brazo a Oliver y lo arrancó de aquel trance.

–¿Te acuerdas de don Carmelo? –le preguntó por encima del estruendo.

–¿Cuál Carmelo?

–El dueño del Happy Landing, Fernando, el café del frente –Sofía le echó el brazo.

–Sofía, ¿tú has visto la hora que es?

–Vente y déjate de majaderías, vamos a darnos unos tragos con él.

Cada corillo tenía su neverita con hielo, cervezas y ron para brindar. A esa hora de la noche la algarabía tenía leña y seguía encendida. Carmelo recibió a Oliver con cariño y afecto:

–¡Ah, mi amigo boricua! –lo abrazó calurosamente.

Carmelo sirvió cuatro tragos de Havana Club y brindaron por la amistad. El padre Sotográs estaba de pláceme, siempre que visitaba La Habana acudía al rumbón sabatino en el malecón. Carmelo aprovechó para presentar a Oliver a un grupo de amigos peloteros que habían jugado béisbol cuando jóvenes y seguían jugando muchos años después –canosos y barrigones– por amor al deporte.

–Muchachos, él es boricua. Vino a Cuba para hacer un reportaje –anunció.

–¡Boricua! Nosotros fuimos a Puerto Rico a jugar pelota.

Era cierto, los peloteros estaban canosos y barrigones, pero todavía exhibían unos brazos y unos molleros impresionantes.

–¿Para qué año fue eso? –preguntó Oliver, resignado a pasar el resto de la noche siguiéndole los pasos a Sofía.

–¡Óyeme viejo, por tu madre! –exclamó Carmelo– no nos maltrates. Estamos viejos, pero todavía damos su toquecito.

Explotaron a carcajadas y volvieron a brindar con Havana Club.

–Yo soy un verdadero amante del béisbol –sonrió Oliver. De niño mi padre me llevaba al parque de los Indios de Mayagüez.

–¡¿Mayagüez?! Nosotros jugamos contra los indios...

–Los indios de mi pueblo –suspiró Oliver, con la memoria barnizada por la nostalgia.

–Aquello fue para la Serie del Caribe del 19...

–Jajá jajá –se reía Sofía dando palmadas–. ¡Hombreé! Eso fue para el año de las Guácaras.

–¡Sofía! –tronó el Padre con la voz llena de autoridad eclesiástica y todos volvieron a reír–. Recordad: vos amás al prójimo como a ti mismo. ¡Che!.., no te burles de los muchachos porque están viejos y barrigones.

En un arrebato de felicidad, Sofía pidió que le tiraran una foto a ella con Carmelo y sus amigos peloteros.

–¡Ven Fernando, ven! –le gritaba Sofía a Oliver, para que se uniera a la foto. Oliver se acercó y Sofía lo agarró por la cintura y luego le hizo señas al padre Sotográs para que también se uniera. Así estuvieron un rato, entre chistes y relajos, tirándose fotos.

–Tan pronto las publiquen les envío la revista –anunció Sofía.

–¿CÓOOOMO?, de qué revista tu hablas, mi niña –preguntó en broma y en serio Carmelo.

–No se asuste Carmelo, Time es una revista muy profesional y seria. Estas fotos le van a dar la vuelta al mundo.

–No joda.

"Bien que aprovecha el tiempo esta condená, no deja pasar ni una. Y yo… comiéndome un cable", se mortificaba Oliver, agobiado. "Estuve en Cuba de rumba", se burlaba, imaginando su encuentro con su tío Lorenzo al regresar a San Juan.

–Sofía nunca para de trabajar –planteó Oliver, irritado.

–¿Ustedes trabajan para el Time?

–Yo. Fernando es abogado y anda buscando unos papeles.

"Que clase de loca", se dijo Oliver. "Está borracha o se tostó".

–¡Hombreé! Cuando publiquen la revista, todos ustedes van a ser famosos.

Todos rieron menos Oliver. En eso se acercó el de la trompeta de nuevo y le puso unas maracas en las manos a Sofía para que cantara con ellos. Con gracia y salero, Sofía remeniaba las maracas y se unió de nuevo el rumbón.

¡MANÍÍÍ / MANICERO SE VA!

Las olas jugaban con la muralla, mientras la gente bailaba y cantaba. Un mojito aquí y otro allá para brindar por la amistad. Eran pasadas las 3:00 a.m., a esa hora el resto de la ciudad dormía, mientras en el malecón la noche transcurría encendida en fiesta: ¡Conga y bongó!

¡MANÍÍÍ / MANICERO SE VAAA!

El padre Sotográs se sentó al lado de Oliver y le echó el brazo.

–Sabés, la alegría no tiene dueño, che, está al alcance de pobres y ricos –suspiró filosófico el Padre.

–Está más al alcance que el mismo cielo –sostuvo Carmelo, moviendo el hielo de su vaso con el dedo índice.

–¿De donde vos sacás eso? –bromeó el Padre.

–De mi madre, que era una sabia. Ella decía que era más fácil que un camello pasara por el ojo de una aguja, a que un rico entrara al cielo.

El Padre se reía aguantándose la barriga.

Un Chevrolet Impala modelo 1959 se estacionó frente a frente a ellos. Era rojo sólido, como un crayón escolar. A Oliver el automóvil lo transportó a sus años de escuela, cuando la muchachada iba a la playa en un Impala que cariñosamente llamaban el Batimóvil, por sus líneas que evocaban el mundo de Batman y Robin. Del Impala se bajaron cuatro mulatos y dos rubias pintá, y del baúl sacaron un par de congas y unos timbales y en un abrir y cerrar de ojos se unieron al rumbón.

–Oliver, usted está muy serio, ¿le pasa algo, viejo? –le preguntó Carmelo.

–Me puede decir Fernando.

–Pero es que lo veo tan pensativo y calladito en medio de tanto bullicio. Espero que mi filosofía de los ricos no lo haya ofendido.

–En lo absoluto don Carmelo. Para empezar, yo no soy rico.

–Abogado de rico –planteó el Padre, tratando de azucarar la conversación.

–Pero abogado de rico, y rico, son dos cosas distintas. De todos modos, Sofía dice que a los abogados no los quieren en el cielo.

–¡Hmm, que amiguita!

Oliver miraba de reojo a Sofía que bailaba y cantaba con los músicos como viejos camaradas.

–¿Qué papeles son los que usted anda buscando?

Al son de fila de conga –¡Un, Dos, Tres y Brinca!– los músicos y los peloteros organizaron un trencito entonando:

¡Y SI VAS AL COBRE/ QUIERO QUE ME TRAIGAS/ UNA VIRGENCITA DE LA CARIDAD/!

–Mire don Carmelo, yo en menos de 24 horas he cambiado de abogado camuflado de periodista a...

–No tenga apuro, viejo, que aquí en Cuba estamos acostumbrados a eso. Aquí hay un encubierto en cada esquina.

–Fernando necesita unos papeles para probar que Roberto González, el del Ron Caribe, heredó en vida sus acciones en la compañía –explicó el Padre–. De lo contrario la viuda se queda con la mitad.

–Óigame Padre..., usted lo resume mejor que cualquiera de los herederos... –bromeó resignado Oliver.

–Y mejor que cualquier abogado –sentenció Carmelo, sirviéndole un palo de ron al Padre y otro a Oliver–. Hay abogados que para decirte eso mismo dan tantas vueltas que te marean. Usted perdóneme licenciado, pero...

–No problem my dear. A estas alturas yo estoy tan extenuado... –balbuceó Oliver, observando a Sofía tirándole fotos a los músicos.

–¡Vaya!, –suspiró pensativo Carmelo– no sabía que Roberto González había muerto.

Fue una reacción tardía. "De lo contrario la viuda se queda con la mitad", se le quedó la frase dándole vuelta por la cabeza. Sintió vergüenza de haber reaccionado tan torpemente.

–En lo que le pueda ayudar..., yo trabajé muchos años para el Ron Caribe –anunció, recuperándose poco a poco–. Esos fueron los

años de Las Estrellas Caribe, un equipo de pelota compuesto por empleados de la compañía, un verdadero trabuco. Jugábamos contra otros equipos, en Camagüey, Pinar del Río, ¡figúrate tú!, hasta con el Club Armendares y los Havana Sugar Kings. Yo era vendedor en el Ron Caribe, y recorría toda la isla visitando los almacenes de nuestros distribuidores y los colmados y cafetines para empujar el producto y averiguar cómo andaba la competencia.

Esa noche en el malecón de La Habana, Carmelo les contó al padre Sotográs y a Oliver innumerables anécdotas, correteando por las provincias de Cuba en una colorida caravana de recuerdos. Les contó que los González eran grandes amantes del béisbol, y cuando jóvenes don Roberto fue un pitcher talentoso y don Gabriel una tercera base que había que quitarse el sombrero ante él.

–¡Gabriel era un fenómeno, jugaba una tercera base del coño y su madre! –sentenciaba–. ¿Usted conoce a Gabriel, el hermano de Roberto?

–Ese es mi jefe –aclaró Oliver–. Don Roberto lo nombró albacea en su testamento. Por él es que yo estoy aquí.

Estuvieron hablando hasta que la luna palideció y el sol les sonrió.

Capítulo 24

La noche del domingo asistieron a la cena en la residencia del doctor Manuel Céspedes. La noche estaba fresca y la distancia tentadora, así que decidieron caminar desde el hotel. El doctor era uno de los cerebros de la Revolución, y a través de los años había ocupado varias posiciones importantes dentro del partido y el gobierno, que según los detractores del régimen, era lo mismo.

Por el camino el padre Sotográs le preguntaba a Oliver que qué le parecía la ciudad.

–Hay mucho deterioro, pero la gente es muy alegre...

–Pero bueno, en eso se perecen a ustedes, Puerto Rico es el país de las fiestas –sostuvo Sofía.

Oliver sonrió, desganado. Estaba tenso, observaba intrigado al Padre en su sotana.

–Padre, ¿cómo usted ha sobrevivido tantos años en Cuba? ¿No lo persigue el régimen?

–¡Hijo!, aquí los pocos sacerdotes que quedamos hemos tenido que aprender a sobrevivir. Sabés, tenés que estar con Dios y con el Diablo.

Oliver tenía mil y una dudas, pero se abstuvo de seguir preguntando.

–¡Ah!, Padre, no le había dicho…, ayer en la tarde me acerqué a la CMQ –Prefirió cambiar el tema.

–¡La CMQ!, vos sabés que allí se han dado cita las más grandes estrellas –opinó el Padre.

–Lo sé, vi una foto de Libertad Lamarque, su compatriota.

–¡La novia de América! –suspiró Sofía.

–¡Che!, al paso que vamos, de seguro será la momia de América. Dicen que Lamarque tiene ya todos los años –Los tres estallaron en carcajadas.

Oliver aprovechó la coyuntura, se llenó de valor:

–Cuando yo era un niño, mi papá le decía así mismito: ¡La momia de América!

–¡Che, su padre es un profeta!

A petición de Oliver, Sofía accedió a que esa noche evitaran el tema político. Total, sería una semana completa, mitad en La Habana y mitad en Santiago, se justificaba ella.

–Te voy a complacer, Fernando, pero es por esta noche nada más, ¿vale? –le advirtió–. Aquí venimos a realizar un reportaje sobre un proceso político. La Revolución Cubana cumplió sus 21 años. Eso no se da todos los días, y la revista quiere que yo…

–Sofía, ya habrá tiempo para temas espinosos –interrumpió Oliver con la anuencia del padre Sotográs.

Oliver se lo agradeció. Sabía, bien que sabía, que hablar de política es como jugar con candela; tarde o temprano uno se quema. Cómo no lo iba a saber, si arrastraba los recuerdos de su niñez.

–Mire Padre, –planteó Oliver– para los independentistas en mi familia, don Luis Muñoz Marín es un traidor, porque dejó escapar

la oportunidad de lograr la independencia. Pero…, los estadistas están siempre alarmados, denunciando que Muñoz quiere meterles la independencia por la cocina. Sin embargo, para los estadolibristas, es lo más grande que ha parido la patria. Lo defienden y adoran con una euforia sin límites.

–¡Che!, lo mismo pasaba con Evita en la Argentina. Dejá que Muñoz se muera y vos vas a ver como las heridas empiezan a cicatrizar…

–Mientras Puerto Rico no defina su status político, no hay herida que cicatrice –se lamentó Oliver.

–¡Oh!, desde luego –convino el Padre–. Pero lo que nunca he podido entender bien es: ¿qué son los estadolibristas?

–¡Joder! –explotó Sofía–. No hay quien te entienda, Fernando. Me dices que no quieres hablar de política…

–No seas soberbia, Sofía. Me refería a cuando llegáramos a la casa del doctor.

–Un puertorriqueño en La Habana…, explicándole a un argentino el significado del Estado Libre Asociado –anunció cínicamente Sofía–. Parece una película de festival de cine –añadió, más cínica aún.

Esa noche en la residencia del doctor Manuel Céspedes comenzaron hablando de los tres grandes Pablos: Picasso, Neruda y Casals. Sobre una mesa en la sala había un poemario de Neruda, Sofía lo abrió y buscó: "Pido silencio". Es mi favorito, dijo, y leyó unos versos con la voz acaramelada. Así comenzó la tertulia, interesantísima por cierto, hubo de todo.

–No olvidéis a Pablo Sexto –planteó el padre Sotográs–. Sabés, ese fue mi jefe favorito en el Vaticano. Gracias a su endoso me nombraron párroco de la Villa de los Pescadores acá en Santiago –añadió en tono jocoso y todos rieron.

El Padre había escalado importantes posiciones dentro de la jerarquía de la Iglesia Católica, pero tenía alma de misionero, por eso no creía en escritorios con aire acondicionado en el Vaticano. De Argentina lo echaron los peronistas, por estar buscando bulla, le dijeron, y partió hacia Cuba donde su primer y gran amor fueron esos pescadores santiagueros, que lo protegieron y defendieron de la dictadura de Batista y de los embates del comunismo.

Pasaron a un pequeño salón donde el doctor Céspedes tenía un equipo de escuchar música y una acogedora barrita. Oliver observaba el contraste entre las míseras condiciones en las que se atrincheraban los habaneros y las comodidades de la residencia del doctor; era abismal. El doctor bajó un poco la música y les mostró una botella de vino.

–¡Marqués de Cáceres! –anunció–. Es un buen vino.

–¡Seguro, hombreé!, de mi tierra. No faltaba más –convino Sofía inflada de orgullo.

–Desde que me confirmaron que regresabas a Cuba, le solicité a la embajada de tu país que me ayudara con una buena selección –añadió el doctor, maniobrando con el tirabuzón.

En ese momento entró la esposa del doctor y se unió al grupo.

–Parece que llego en buen momento –dijo simpatiquísima, refiriéndose al ¡fuumm! de la botella al liberarse del corcho. Era joven y bella y poseía un carisma que cautivó la atención de todos.

–¡Hmm..., que bueno que llegaste! –exclamó el doctor, dándole un beso a su esposa–. Déjame presentarte..., la señora Miró, periodista.

–Sofía, para servirle.

–El señor Oliver, periodista...

–Fernando, Fernando Oliver. Mucho gusto.

Oliver sudó frío. "Periodista", retumbó la frase en su mente. Nunca antes se había sentido tan cerca de las puertas del peligro.

–El padre Luis Sotográs, un genuino santiaguero, como yo, muy querido en Santiago, a quién hacía muchos años que no veía.

–Gracias, doctor, vos sos muy amable. Señora, yo soy un santiaguero nacido en la Argentina –aclaró el Padre, con los brazos en alto, lleno de orgullo.

–Mi esposa, Lucía Solé.

–Yo también me siento santiaguera del corazón –sostuvo Lucía, pasando las copas que su marido iba llenando–. Mi padre era santiaguero y viajaba mucho a México con su orquesta, la Orquesta Solé. Yo nací allá, en México, y me crié viajando por Latinoamérica, correteando con mi madre detrás de la orquesta.

Hostia, se dijo Sofía. Entre tantos santiagueros, calculó, alguien tiene que tener misericordia y ayudarnos a localizar los papeles que necesita Fernando.

–Bueno señores –dijo el doctor Céspedes, levantando su copa– brindo por la amistad de nuestros visitantes y por el éxito de su misión periodística. Y recuerden…, para ustedes yo soy sencillamente Manolo.

Lucía aprovechó y anunció que la cena estaba lista, pasaron al salón comedor. Cenaron, tomaron vino y conversaron. Fue una tertulia amena, pero no fue fácil torear el tema de la política. Hablar de los tres grandes Pablos, de entrada, los sedujo al mundo mágico de la poesía, la música, y la pintura. ¡Está buenísimo para que alguien componga una canción!, sugirió Lucía. Pero poco después, se asomó el fantasma de la política. Según contaron esa noche, Neruda partió al exilio perseguido por las fuerzas anticomunistas de Chile. Casals abandonó a España en repudio a la dictadura de Franco. Picasso fue líder destacado del Partido Comunista Internacional.

A Oliver el tema ya le apestaba; recordó que el año anterior, en La Roca, una noche le dieron durísimo al tema de Casals. Con la excusa del arte, terminan siempre metidos en la política, se lamentó.

–¡Hombreé! Los tres tuvieron grandes encontronazos con el régimen de Franco –sostuvo Sofía, bajando de un largo sorbo su copa de vino–. Esa oscura coincidencia es el único rasgo común entre ellos, al menos que yo sepa, –añadió, encogiéndose de hombros.

–¡Vaya!..., ¿no es eso prueba irrefutable de la grandeza de Franco? –fue el primer navajazo del doctor Céspedes.

–¡Joder! Si esa es la medida, entonces Fidel es el más grande de todos –disparó Sofía–. Ese sí que ha tenido encontronazos con todo el mundo.

Así estuvieron toda la noche, andaregueando por los pasillos del arte, en la puntita de los pies, intentando evitar caer en el tema de la política; pero cayeron. Fue así como Neruda los condujo al tema de Allende y Pinochet; se empantanaron. De ahí pasaron al Guérnica, para muchos la más célebre pintura de Picasso –y acaso del siglo 20– que los condujo al tema de Hitler; se volvieron a empantanar. Oliver estaba cansado, la noche antes se les había ido la mano en el malecón. Además estaba aburrido, el no era un conocedor del arte. Se impacientaba con Sofía que estaba a sus anchas, conversando como si la noche no tuviera fin. Poco a poco Oliver se fue alejando de la conversación, y entre copas de vino se metió en su mundo. Recordó todo lo que don Gabriel le había dicho antes de viajar a Cuba..., al igual que Arturo Valdez y el tío Lorenzo. Tenía la cabeza amueblada de consejos, algunos contradictorios..., de prejuicios, algunos espantosos. Prefería hablar lo menos posible.

El doctor Céspedes se levantó y puso en el tocadiscos el Cumbanchero. Esperó a que comenzara la música y le subió el

volumen. ¡A CUMBA CUMBA CUMBA CUMBACHEEERO!, era la famosa versión de Miguelito Valdés, ¡Mr. Babalú!, que se hiciera famosa por todas partes del mundo. De inmediato Sofía comenzó a dar palmadas y a mover sus caderas. El doctor Céspedes regresó con una caja de tabacos habaneros y Lucía buscó más vino.

–Yo he visitado Puerto Rico varias veces –le explicó Lucía a Oliver, mientras vertía más vino en su copa–. Siempre lo pasábamos divino: el Viejo San Juan, el Morro; hay lugares que se parecen a Cuba. Recuerdo la primera vez…, en esa ocasión la orquesta de mi padre fue contratada para una fiesta, ¡fabulosa!…, durante el día había sido la toma de posesión de…, ahora no recuerdo su nombre pero ya mismo le digo. Por la noche fue la fiesta, grandes preparativos: bandejas finísimas, champán, vino, ¡sirvientes uniformados y todo!, hombres distinguidos, elegantísimos, con sus chaquetas de etiqueta blanca y las mujeres en trajes largos, fascinantes. Había hasta los típicos puercos asados en la vara…

–Hmm…, lechón asado a la varita, –musitó Oliver–. ¡Me encanta!

–La fiesta la organizaba, ¡figúrese usted!, el presidente del banco más importante de allá… ¿cómo se llama?

–El Banco Popular.

–Ese mismo –Lucía le servía más vino a los demás–. ¡Vaya! Es que han pasado tantos años, señor Oliver.

–Fernando. Me puede decir Fernando.

–Gracias, muy amable. Aquello fue algo memorable.

–¿Dónde fue esa fiesta?

–En la residencia de él, del presidente del banco. Era una fiesta de rigurosa etiqueta, bellísima; recuerdo las flores y la música de cámara para ambientar, luego el bailable con la orquesta, cena típica, dignatario s invitados del extranjero, fotógrafos, la prensa.

Fue un acontecimiento, y mi madre y yo, como no dejábamos a papi nunca sólo, estábamos allí.

–¡Hombreé!, eso fue un ¡bótate!, como dicen los boricuas –afirmó Sofía, guiñándole un ojo a Oliver, que le devolvió una bocanada de humo.

Lucía seguía sirviendo más vino y el doctor Céspedes aprovechó para acercar su copa medio vacía.

–Les voy a poner un disco de la Orquesta Solé –anunció el doctor, saboreando su vino. Se puso de pie–. Fue una de las mejores de Cuba en su época –añadió.

–Y fuera de Cuba –sostuvo el Padre–. Mirá que en la Argentina son cerrados con los artistas del exterior, y yo recuerdo que la Solé visitó varias veces Buenos Aires.

–¡Oye!, Manolo, ponte el que tiene el Son de la loma –le pidió Lucía a su marido.

–¿Qué instrumento tocaba su padre? –indagó Sofía, inclinándose hacia Lucía.

–El saxofón tenor y la flauta –respondió Lucía, con la mirada perdida, enhebrando vivencias. En ese preciso momento tronó la orquesta y en un abrir y cerrar de ojos estaban Sofía, el padre Sotográs y Lucía cantando a todo pulmón: ¡MAMÁ YO QUIERO SABER/ DE DÓNDE SON LOS CANTANTEEES!

Oliver observaba desde su atalaya, dándole riendas sueltas a su imaginación, saboreando su tabaco. La música lo transportó y recordó todas aquellas historias que don Roberto y don Gabriel le contaban, de la época de cuando eran estudiantes en el Village, de las famosas misiones promocionales del Ron Caribe en Panamá, México, Venezuela. ¡SON DE LA LOMA/ Y CANTAN EN LLANO! Aquello fue como un vendaval de ritmo y melodía. Lucía, altiva, escuchaba la orquesta de su padre embriagada en recuerdos: Suramérica, México, el Caribe, Nueva York.

–¿Usted siempre viajaba con la Orquesta? –le preguntó Oliver, por cumplido, para no sentirse fuera de grupo.

–No, no. No siempre... –reaccionó Lucía, todavía con la imaginación detrás de la orquesta–. Al principio sí, por la novedad, pero luego se tornó imposible. Lo que hacíamos era que mi padre nos hablaba de las actividades, y mi madre y yo nos embullábamos con las que brillaban a la distancia. Por ejemplo, esa primera vez que fuimos a Puerto Rico para la toma de posesión de..., ¡Manolo!, –levantó la voz Lucía, volteándose hacia su marido–: viejo, ¿cómo se llama el primer gobernador que eligieron los puertorriqueños?

–Muñoz Marín. Luis Muñoz Marín –contestó el doctor Céspedes, con voz de decano. Oliver palideció y una ráfaga de sentimientos lo transportó.

Desde el alta mar de la borrachera, a Sofía Miró se le ocurrió la gracia de ponerse a comparar a Evita Perón con Muñoz Marín. ¡Horror!, pensó Oliver, mientras el padre Sotográs aprovechaba para alborotar la conciencia de los demás. El doctor Céspedes se montó en la ola y recurriendo a su habitual estilo universitario, abundó:

–Un 25 de julio nació el Estado Libre Asociado, la criatura que concibió Muñoz, y un 26 de julio murió Evita.

–¡Che! ¿Qué pretendés insinuar?

–¿Del mismo año? –preguntó sorprendido Oliver, tratando de distraer sus emociones.

–Del mismo año; 25 y 26 de julio de 1952 –afirmaba el doctor Céspedes con la cabeza–. El Estado Libre Asociado nació y Evita murió –sonrió.

–Yo no tenía ni la más mínima idea de que eso hubiera sucedido así –balbuceó Oliver.

–Está buenísimo para hacer una película, –improvisó Sofía– ¿se imaginan?, Muñoz izando la bandera puertorriqueña y Eva Perón agonizando en la Casa Rosada.

–Imaginás a Muñoz con su chaqueta de etiqueta blanca, –se contagió el Padre – en una recepción celebrándose en la residencia del banquero…, durante una noche de verano tropical, con la orquesta del padre de Lucía de fondo, ¿ah?, la Orquesta Solé…

–Interpretando un bolerazo, ¡En Mi Viejo San Juan! –sugirió Sofía, como si estuvieran escribiendo un libreto.

–Si, si…, y el bolero se va transformando en un tango, mientras se van divisando las imágenes de Evita, agonizando durante una tenebrosa noche de invierno en Buenos Aires –le seguía la corriente el Padre, en una pavera inusitada, mientras Sofía daba palmadas y chocaba copas con Lucía.

–¡Uno va arrastrándose entre espinas/ en su afán de dar su amor! –canturrió Lucía.

–Imaginás, che: San Juan, puro fuego, verano; y Buenos Aires, frío, invierno, desolado.

Oliver los observaba detrás de una bocanada de humo. "Noche de verano en San Juan…, invierno en Buenos Aires", estaba algo confundido, pero no se atrevió a preguntar. "Está buenísimo para hacer una película"…, total no quería auspiciar las locuras de Sofía. En alguna ocasión había escuchado decir que en el cono sur la Navidad no viene con el invierno, que eso era un privilegio de los países civilizados.

–Esas son tonterías, –planteó Oliver, que no pudo aguantar más– que si el ELA nació…

–¿El qué? –saltó Lucía.

–El ELA, el Estado Libre Asociado, así es como le decimos en Puerto Rico. Pero es que me parece a mi…, no sé lo que piensan

ustedes…, que no tiene ninguna importancia si el ELA nació un día y al día siguiente muere…

–Bueno, en cierta medida tienes razón, –concedió Lucía, acercando su copa para que su esposo le sirviera más vino– pero a mi me fascina la manera como el Padre y Sofía lo visualizan –Oliver declinó más vino, pero el doctor Céspedes insistió y le lleno su copa.

–Puede ser una tontería, pero sabés, Sofía tiene su punto –opinó el Padre–. Evita luchaba por sus descamisados y Muñoz por sus jíbaros. Ambos adoraban a su gente humilde. Pero mirá que mientras los Peronistas imprimían billetes como locos desaforados, disparando la inflación, Muñoz se hizo socio de los gringos, como nadie. ¡Muñoz es un genio, che!

–¡¿UN GENIO?! –cuestionó el doctor Céspedes, irritado–. ¡Un genio es Fidel Castro!

"Me encontré de pronto en el centro de un abismo…, sentí la sensación de flotar. Yo me había criado en el seno de una familia donde el sólo hecho de mencionar a Muñoz o a Fidel encendía pasiones. ¡Comunista! ¡Pancista! ¡Vende Patria! ¡Marxista! Me persiguen los mismos fantasmas desde mi niñez. Miré a Sofía, al doctor, al Padre, a Lucía…, ellos hablaban entre sí, pero yo no podía escuchar nada. Era como si ellos estuvieran dentro de una pecera de luces burbujeantes azules y amarillas, y yo, yo me encontraba sólo, aislado. Me hundí en uno de mis laberintos. Recordé la noche cuando la policía se llevó a mi papá. Las luces me están golpeando, cierro mis ojos, pero no logro escapar. ¡No me menciones a Muñoz que ese hijo de puta traicionó la independencia de Puerto Rico! El relampagueo de las luces es insoportable. Retumban en mi mente las palabras de don Roberto: ¡Oye!, licenciado, no se olvide que Puerto Rico era la Casa Pobre del Caribe. ¡Esos eran los años 30's! ¡La gran depresión! La Ley Seca se acabó en el 1933, y Muñoz vio

una gran oportunidad, por eso nos abrió las puertas. El gobierno de Estados Unidos le reembolsaría a Puerto Rico el arbitrio federal por las exportaciones del Ron Caribe a Estados Unidos. ¡Muñoz es un genio! Recuérdese que yo llegué aquí en el 1936 y me uní a la revolución de Muñoz. No se puede ayudar a los pobres persiguiendo a los ricos. ¡Oye!, ese fue el error de Fidel, nos cerró las puertas a partir del 1959. Hice un esfuerzo por salir del abismo, las luces todavía me aturdían. ¡Un genio es Fidel Castro!, me martillaba la cabeza. Lucía me decía algo, y poco a poco fui saliendo del trance".

–¿Libre y Asociado? –cuestionaba Lucía–. ¡Figúrate tú! Eso es como tener un esposo que se canta soltero –A Sofía se le disparó una carcajada estridente por demás, a esas alturas las inhibiciones habían desaparecido. El doctor Céspedes hizo una mueca, era como si su doctorado en filosofía y letras le impidiera desatarse de los textos y perderse por los pasillos del libertinaje, como lo hacían el Padre y Sofía.

–Me parece que la historia habrá de colocar a Evita en el sitial que le corresponde. ¡Vaya!, yo jamás me hubiera asociado con los Estados Unidos –opinó el doctor Céspedes.

–¡Pero bueno, hombreé!.., según los archivos de nuestra revista, la prensa norteamericana colocó a Fidel en el lugar histórico que le correspondía –aseguró Sofía.

–¿Cuándo fue eso? –le cuestionó el doctor Céspedes, encogiéndose de hombros.

–A partir del ataque al cuartel Moncada, precisamente un 26 de julio, pero de 1953... Estas fechas nos están jugando círculos...

–Es el vino Sofía –se burló Oliver.

–La fecha es correcta –aclaró el doctor Céspedes–. Además es cierto, para ese entonces la prensa norteamericana respaldaba la Revolución, pero luego dio un vuelco. Sin embargo, yo lo que repudio es asociarse a los Estados Unidos...

–Pero de qué hablás che, si Cuba y Estados Unidos han tenido siempre una relación de hate and love, como dicen los americanos.

–¡Joder! Ahora, se quejan del embargo, ¡Abajo el Bloqueo Genocida! Pero el día que levanten el embargo, entonces vendrán los gritos de ¡Yankee Go Home!

Oliver recordó una de sus muchas conversaciones con don Roberto. Se remontó a una ocasión en que le dijo que los americanos le regalaron en bandeja de plata a los cubanos la independencia de Cuba, cuando la Guerra Hispanoamericana. Oliver se debatía entre soltar aquella bola o quedarse callado. "Es una bomba", pensó, pero los vapores del vino lo animaban, quería poner a prueba el temperamento de decano del doctor Céspedes. A estas alturas en su familia ya se hubiera desatado una tormenta de improperios, sin embargo, allí, esa noche, cada cual mantenía el animal por dentro, sin desbaratar el decoro. Se animó:

–En una ocasión a mi me dijeron que la Guerra Hispanoamericana fue una artimaña de los americanos para regalarle la independencia a los cubanos en bandeja de plata.

–¡FERNANDO! –reaccionó sorprendida Sofía, ante la audacia de su amigo.

El doctor Manuel Céspedes de inmediato se perdió en una enumeración erudita sobre la falta de corrección histórica de la aseveración de Oliver.

–¿Dónde usted escuchó eso? –preguntó el doctor, cortesmente.

–Estamos off the record, ¿verdad? –reclamó Oliver.

–Este tío está asustado ahora –se burló Sofía–. Mira que aquí no hay Quinta Enmienda que valga, te van a meter preso –sentenció.

–No, eso de preso no es verdad –aclaró Lucía, amablemente, haciéndole una leve seña a su esposo para que bajara un poco la música–. Lo que se habla en esta casa es entre amigos, se queda en

bóveda. Ahora, tenga mucho cuidado con lo que usted habla en la calle.

–Eso me lo dijo un santiaguero como usted, –sostuvo Oliver–. Don Roberto González, el era presidente del Ron Caribe.

En ese instante Sofía saltó como una pantera y desenmascaró a Oliver. Ella había estado toda la noche esperando ese momento, lo había planificado desde que el doctor Manuel Céspedes se presentó como santiaguero, pero cada vez que la oportunidad se acercaba, se desvanecía.

–Yo le voy a tomar la palabra a Lucía –anunció Sofía misteriosamente–. Lo que hablemos es entre amigos, y se queda en bóveda. ¿Vale? Fernando no es periodista, él es el abogado de la herencia de don Roberto González.

–Comprendo –musitó el doctor Céspedes, disimulando una ráfaga de emociones.

–Ahora entiendo lo de la Quinta Enmienda –abundó Lucía.

–Fernando necesita conseguir unos papeles para probar un caso que tiene en los tribunales de Puerto Rico –añadió Sofía.

Ayer Sofía lo desenmascaró frente a Carmelo. Hoy frente al doctor Céspedes. Oliver no lograba salir de su asombro. Por lo menos Carmelo es un hombre de pueblo, justificaba Oliver, escudriñando un poco de alivio. Pero el doctor Céspedes es un jerarca del partido de gobierno. Estaría Sofía borracha, o sabría en el lío en que se estaban metiendo. Sofía era una aventurera. La última vez que estuvo en Cuba provocó un jaleo que fue preciso echar mano a todos los recursos diplomáticos para salvarle el pelo.

–Las vueltas que da la vida, –suspiró Lucía. Arqueó los ojos y sonrió– la primera novia de Manolo fue la hija mayor de don Roberto González.

–¿Quién? –preguntó asombrada Sofía.

–Vickie –contestó el doctor Manuel Céspedes.

Capítulo 25

Por fin salieron para Santiago. Era un viaje largo, muy largo, en automóvil desde La Habana. Viajaban juntos los tres: el padre Sotográs, Sofía y Oliver. Por el camino se habían detenido varias veces, a comer y a descansar, en Santa Clara y Ciego de Ávila. En Camagüey pasaron la noche. Viajaban en un auto alquilado, con chofer. El chofer era una persona de la absoluta confianza del Padre. Por eso venían hablando a sus anchas, sin miramientos ni remilgos. A Franco, a Perón y a Muñoz los traían a palo limpio, y a Fidel ni hablar. Era un desenfreno, los tres haciendo alboroto con la inteligencia, tratando de arreglar los problemas del mundo.

Oliver observaba el paisaje, la campiña cubana le recordaba a Puerto Rico, era un concierto de tonalidades verdes. En las vastas planicies, le llamaba la atención las palmas reales; conjuntos de doce, catorce, palmas reales que brotaban aquí y allá. Era cierto lo que decía don Roberto, en Cuba las palmas reales se dan silvestres. "Óyeme, licenciado, acá en Puerto Rico las palmas reales las tienen que mandar a buscar los arquitectos. Allá en Cuba se dan silvestres", le parecía estar escuchándolo.

Se acercaban a Santiago y Oliver suplicó que lo llevaran a ver la antigua planta del Ron Caribe. Lo complacieron. Parecía un niño, exaltado. "Casa Fundada en 1862", leía la inscripción en la pared. En su mente brotaron todas aquellas viejas historias que le habían contado don Roberto, Tititi, don Gabriel y Conchita. Se acordó de las famosas carrozas del Ron Caribe, durante los Carnavales de Oriente, de las jaranas interminables. No conforme, pidió que lo llevaran a ver la antigua Casona de la tía Ana, frente a la Plaza Mayor. Sofía refunfuñó, dijo tener hambre, y Oliver protestó, acusándola de querer acaparar el viaje.

–¡Hostia, Fernando!, no seas majadero –lo increpó Sofía.

Pero el padre Sotográs intercedió y lo volvieron a complacer. Recorrieron las calles del centro de Santiago, las casas estaban descascaradas, y algunos edificios lucían ruinosos. Los niños jugaban en el medio de la calle. En una esquina se veían músicos, desnudos de la cintura para arriba, improvisando un son cubano: conga, timbales, bongó. Santiago era la segunda ciudad, después de La Habana, no se podía quedar atrás en el estado de deterioro en que se había hundido toda la isla.

Frente al gran balcón, se acordó de los cuentos de la legendaria tía Ana, de las tradicionales fiestas de Navidad, en la que cada niño pobre de la ciudad salía con un juguete en la mano, un beso en la frente, y un taco en la garganta. Así se la pasaron, de un lado para otro. De allí fueron al Rancho Club: "aunque sea un momentito para mirarlo por fuera", suplicaba Oliver, y el padre Sotográs se moría de la risa. De camino del Rancho Club al centro de la ciudad, Oliver preguntó por el cuartel Moncada. Recordó que Conchita le había contado con lujo de detalles que aquel 26 de julio de 1953 al salir los González del Rancho Club, se toparon con la noticia del ataque al Cuartel Moncada: "Los muertos todavía sobre el pavimento, licenciado, ¡figúrese usted!, la confusión, los heridos, las ambulancias,

la incertidumbre. Fidel y sus tropas habían sido aplastados y se desvanecieron las esperanzas de tumbar a Batista". Oliver hablaba hasta por los codos, explicándoles a Sofía y al Padre todo lo que él sabía sobre el ataque al Moncada, y cómo ese hecho histórico provocó el reparto de las acciones del Ron Caribe entre los González. "Fue un adelanto de la herencia en vida".

Sofía conocía del ataque al Moncada, ¿cómo no lo iba a saber?, periodista al fin. Pero lo veía siempre como un evento lejano, materia para historiadores y decanos, no había cobrado verdadera conciencia de que esa noche cambió para siempre el destino de Cuba. Escuchaba incrédula la conexión entre el reparto de las acciones del Ron Caribe y el ataque. Se cuestionaba mortificada, por qué no le había prestado importancia al tema anteriormente.

–El cuartel Moncada y nada más, Fernando –saltó Sofía, sarcástica, por no dar su brazo torcer. Como periodista se percató que Oliver tenía su historia cuadrada, literalmente cuadrada. Eran cuatro esquinas: la planta del Ron Caribe, la casona de la Tía Ana, el Rancho Club y el cuartel Moncada. Si consigue los papeles que anda buscando, se decía así misma, le escribirá un babaso a la juez, adornado con cuatro fotos y un mapa de la ciudad, y ¡Ya!, el abogado del año.

Se sintió celosa. ¿Pero cómo era posible?, se cuestionaba confundida. Si ella fue quien insistió para que él la acompañara a Cuba. "Ven Fernando, no seas maricón, para que le des un palo a esa juez", se acordaba que le había dicho, rebelde ante lo que ella denunciaba visión isleña del tribunal. ¿Envidia?... Sofía quería lograr una segunda oportunidad de entrevistar a Fidel Castro. Eso era algo que deseaba sobre todas las cosas; un reto profesional. Pero no había garantías de nada, con Fidel nunca se sabía. El padre Sotográs había hecho unas gestiones con Dolores, una amiga santiaguera. Para que ella intercediera, pero que va..., todo estaba en el aire.

Quizá era frustración, pues a ella le habían asignado una historia sumergida en un hervidero de pasiones, sin solución. El éxito o el fracaso de la Revolución Cubana lo defenderían a brazo partido sus defensores y detractores, sin tregua. Cada cual con sus argumentos impenetrables, a boca de jarro. Pero…, eso precisamente era lo que quería su jefe en la redacción. Considerado por muchos como un genio de la publicidad, su jefe, en una reunión en Miami donde estuvo presente todo el personal, justificaba el enésimo reportaje sobre Cuba haciendo una estridente analogía entre Muhamed Alí y Fidel Castro. "A Muhamed Alí la mitad de la gente lo quiere ver ganar y la otra mitad lo quiere ver perder; pero todos lo quieren ver, nadie se lo quiere perder. ¡Se dan cuenta! Así es Fidel Castro. Es una máquina de vender noticias. Cada vez que él abre la boca, hay una nube de cámaras y micrófonos que transportan la noticia a todas partes del mundo. Y mientras más grande se proyecta Estados Unidos ante los ojos del mundo, más sentimiento antiamericano se respira…, en Francia, en Italia, en México, en Argentina, en España, Egipto, Arabia Saudita. ¡Y eso, que son nuestros aliados, imagínense! Por eso es que para la mitad de la gente…, Fidel es un héroe. Porque ha estado espadeando contra los Estados Unidos durante 21 años. ¡David y Goliat!"… –el jefe argumentaba, gesticulando y caminando entre sus empleados, fascinados y sorprendidos ante aquel desenfreno demagógico–. "¡Para la otra mitad!, Fidel es un villano, y no duermen esperando el día que Goliat lo aplaste. Así son las cosas de la guerra fría".

Su jefe tenía razón, se decía Sofía atribulada. Este reportaje será un éxito en ventas, porque va a explayar las pasiones a favor y en contra de la Revolución. Pero no va a resolver nada. El "hate & love" seguirá encendido. Definitivamente, se sintió frustrada. Observó a Oliver, y leyó en su mirada su entusiasmo y agradecimiento, ajeno él a las tribulaciones de su amiga.

–Te envidio –le confesó Sofía, abrazándolo por la cintura para que el Padre les tirara una foto frente al cuartel Moncada.

Unos mulatos que tocaban congas se acercaron, uno de ellos se ofreció a tomarle una foto a los tres. También les ofrecieron Cohíbas, mojitos, y, no faltaba más, también a Oliver le ofrecieron chicas.

–Consígueme una chica a mí –dijo Sofía, colocando sus gafas en la cabeza–. I'm a lesbian –Hubo carcajadas y pasmes. Uno de los congeros agarró su instrumento y se largó.

El padre Sotográs propuso ir a almorzar a un paladar que él conocía muy bien y cocinaban exquisito. Quería tantear, a ver como ayudaba a Sofía a lograr lo que ella quería.

–Acá en Cuba le decimos paladar, che…, pero es como una fonda. El Paladar de Dolores…, hacen un ajiaco que es una delicia.

–¿Ajiaco, what the hell is that? –preguntó Oliver. Tenía el humor dulzón, pues desde que llegaron a Santiago se sentía inspirado.

–Sofía, tenés que poner a este hombre en algo.

–¡Hombreé!, Fernando, con tantos cubanos que viven en Puerto Rico.

–No sé, corazón, no sé lo que es ajiaco –sonrió.

–Es lo que ustedes los boricuas llaman sancocho.

–¡Aaaah!, ya me dio hambre.

El chofer los dejó frente a la puerta del paladar y Sofía reconoció el lugar al instante; había estado allí la primera vez que viajó a Cuba. El chofer se marchó. Por más que el padre Sotográs trató de convencerlo para que se uniera al almuerzo, no quiso. Se excusó, tenía que atender unos asuntos personales, dijo.

–¿A qué hora usted quiere que yo regrese? –preguntó el chofer.

–En un par de horas –respondió el Padre, buscando el consenso en la mirada de los demás.

–En Puerto Rico si tú dices "un par de horas", la gente se coge el resto de la tarde –bromeó Oliver, mientras entraban al paladar.

En el paladar todo el mundo conocía al padre Sotográs. En un abrir y cerrar de ojos los envolvió una ola de afectos: saludos, besos y abrazos. El Padre hizo las presentaciones de rigor.

–Sofía Miró y Fernando Oliver –anunció el Padre–. Son periodistas: ella de España y él de Puerto Rico.

–¡Boricua! –exclamó Dolores, la dueña del paladar, mientras los acomodaba en una mesa. Al instante Dolores se percató que ésta era la periodista de la que le había estado hablando el Padre–. En Puerto Rico vive mi hermano Guille…, hace cantidad de años; en Hato Rey.

Una chica trigueña con un cuerpo muy atractivo se acercó a la mesa con una bandeja; eran unos mojitos.

–Obsequio de la casa –aclaró Dolores, sentándose en la mesa a petición de Sofía–. ¡Salud! –brindó, con su vaso en alto.

–¡Salud! –brindaron todos.

–¡Hmm!, delicioso –musitó Oliver, contestando con una guiñá, el torniquete de la mirada de la chica–. Está riquísimo.

–Havana mojitos –anunció Dolores–. Es la especialidad de la casa…

La joven se alejó, entró a la cocina y luego se ubicó en la barra. Lucía una falda bien ceñida, Oliver la miraba y ella a él. Dolores se apresuró a leerle la cartilla. Le dijo:

–¡Oye! La joven es mi hija, se llama Amparito y está casada. Parece que usted le ha caído bien, pero tenga cuidado, la chiquita acaba de tener una bronca del coño y su madre con el novio…

"Amparito"…, reflexionó Oliver, pensando en su mamá, la chica se llamaba precisamente igual que su mamá. Su mente voló,

y al cabo de un largo instante, balbuceó–: No se preocupe doña Dolores…

–¡Dolores!…, ¡quíteme el doña! que yo no soy tan vieja.

–Perdóneme –insistió Oliver, diplomáticamente– pero lo menos que yo quisiera es meterme en líos, y mucho menos entre esposos peleando.

–¡Es más que eso, mi niño! El esposo está preso, todavía no se ha divorciado, y ya tiene novio, se imaginan qué triángulo –aclaró Dolores, bajando de un tirón su mojito.

–¡Vale! –terció Sofía, bajando de una sola empiná lo que le quedaba de su mojito– en Nueva York las mujeres que se están divorciando se buscan un novio y una novia.

Dolores se reía a sus anchas, haciéndole señas a Amparito para que trajera más mojitos.

–Es para experimentar…, cómo forjarse un nuevo futuro –añadió Sofía, filosóficamente burlona.

–¡Qué lengua, Sofía! –reaccionó Oliver.

–De eso se trata, Fernando, ¡Precisamente! –y explotó en carcajadas.

–¿Qué le parece todo eso Padre? –preguntó Dolores, aguantándose la panza con las dos manos, tratando de controlar la risa.

–¡Che! ¿Nueva York? ¡Ese es el centro del pecado! Vos tenés que entender que allí nacen los pecados, y luego los exportan al resto del mundo –sostuvo el Padre.

–Pero vaya, viejo, si no hay pecados, se quedan los sacerdotes desempleados –remató Dolores, chocando manos con Sofía, como si fueran viejas amigas.

–Bueno, Dolores, ¿cómo está el ajiaco? –preguntó el Padre–. Mirá que traemos un apetito…

–Está que revive un muerto –sonrió Dolores, pícaramente.

–Vamos, Dolores, por el amor a Dios, vos sabés que este curita…

–¿Qué?

–Que no debo jugar con tentaciones.

Sofía reaccionó tardíamente al chiste, pero luego se moría de la risa, dando palmadas como una loca, saboreando otro mojito.

El ajiaco estaba delicioso, con mazorca de maíz, yautía, ñame, yuca, papa y calabaza. Oliver echó de menos la carne. En Puerto Rico, el primo hermano del ajiaco, el sancocho, tiene carne, a veces varias. "Es lo que ustedes los boricuas llaman sancocho", resonaba en su mente. Pero no se atrevió a comentar nada. Hubiera sido una imprudencia. Recordó a su abuela Clara allá en Puerto Rico, que decía que la economía del hogar se medía por la cantidad de carne en la sopa. Habían épocas que la sopa tenía mucho fideo, demasiado, pero nada de carne. Pero también habían sus épocas…, recordaba sonreído. Según la abuela Clara, la sopa era un medidor más confiable que la Bolsa de Wall Street.

Amparito se acercaba, iba y volvía; traía agua. Oliver estaba loco con sus piernas y sus caderas, sobre todo con su piel canela. Miraba lo más disimulado que podía, que no era mucho. Le echó una mirada al reloj, que siempre es un buen recurso para el disimulo, y con los gestos, el Padre concurrió que estaban bien de tiempo. Volvió a mirar a Amparito y fue entonces que descifró el parecido. Hacía rato que estaba tratando de acordarse. Era a la secretaria de la juez Lizardi, a cargo de la demanda de María Fernanda.

Gracias a la juez Lizardi era que el licenciado Oliver andaba por Cuba. Originalmente, Sofía había espueleado a Oliver para que tronara contra el tribunal. Una de esas cantaletas contra el sistema

judicial –¡de cualquier país!– que a Sofía le encantan. Pero no hubo manera de que la juez le tirara la toalla a Oliver. Por más que Oliver argumentó… "Porque eso sucedió allá en Santiago de Cuba, vuestro honor, cuando el famoso ataque al cuartel Moncada, el 26 de julio de 1953, y este honorable tribunal tiene que entender que el Comandante Fidel Castro se incautó de la antigua fábrica del Ron Caribe, que es donde estaban los documentos de esta herencia, vuestro honor, y para complicarlo todo aún más, vuestro honor, luego los Estados Unidos impusieron el embargo, que le prohíbe a los puertorriqueños viajar a Cuba, y, vuestro honor…"

Luego de escuchar aquella perorata, la juez la despachó sencillamente con tres palabras: No Ha Lugar.

Sentado allí en aquella fonda de Santiago, Oliver contemplaba a Sofía conversando con Dolores y el padre Sotográs. De vez en cuando sonreía y soltaba uno que otro monosílabo, aparentando estar dentro de la conversación. Sofía estaba al acecho, libreta en mano entrevistaba a Dolores sobre las virtudes y los defectos de la Revolución. Ella sabía, bien que sabía, que era mejor pájaro en mano. Que una entrevista con Fidel nadie se la podía garantizar. Y mientras tanto, Dolores podía contribuir con un interesante testimonio al reportaje.

El padre Sotográs terminó su segundo plato de ajiaco. Miró su reloj, todavía era temprano, pensó. Arqueó las cejas, se sentía pesado. Oliver le devolvió el gesto, el ajiaco y los mojitos le habían dado sueño, se sumergió de nuevo en su letargo. Hacía un plan mental de lo que haría para probar que don Roberto heredó las acciones del Ron Caribe. "Yo no puedo cambiar la leyes de evidencia", se acordó que le comentó la juez Lizardi un día en la cafetería del tribunal. "Yo simpatizo con todo eso que usted dijo, que si la Revolución Cubana, que si el bloqueo americano, pero usted sabe que en Puerto Rico todas las propiedades que acumula un

matrimonio se reputan por mitad, el que reclame lo contrario tiene que probarlo. Usted va a tener que darse un viajecito por Cuba".

Amparito recogió la mesa y trajo café para todos. Luego se unió al grupo, a petición de Sofía. Al sentirla tan cerca, Oliver experimentó un vals de mariposas en el estómago. Sofía y Oliver eran muy buenos amigos –y amantes también, de cuando en cuando. Tenían un pacto: cada cual tenía licencia para conquistar. "Friends and diamonds are forever" le decía Sofía. Y para que no quedaran dudas sobre las intenciones que ella tenía con ese soltero inconquistable, Sofía remataba: "Me invitas a tu boda, Fernando, y me presentas como tu amiga lesbiana, para evitar ataques de cuernos".

Por debajo de la mesa Sofía le metió un pellizco a Oliver: "¡Hostia!, aquí no te pongas a joder con esa chica", parecía que le hubiera dicho. Libreta en mano, haciendo preguntas sin tregua, Sofía seguía como si nada. Una tras otra, Dolores enfrentaba cada pregunta con una sinceridad admirable, sobre todo con un sentido del humor chispeante. De repente, Sofía se inclina hacia Amparito y le pregunta:

–¿Hay escasez de carne?

–¡Vaya la pregunta! –reaccionó Amparito. La pregunta sacó a Oliver del letargo en el que se había hundido.

–A veces hay..., y a veces no hay –prosiguió Amparito, reflexivamente–. Yo crecí con la Revolución... En enero de 1959, cuando Fidel entra en La Habana, yo tenía tres años..., recién cumplidos. Poco tiempo después, las cosas empezaron a escasear. Recuerdo que de niña mami me llevaba a los mercados y escuchábamos decir: "la mantequilla no ha vuelto señora", o "la carne llegó y se fue volando". En mi mente yo me imaginaba cosas fantásticas, alimentos que iban y venían saltando, como los conejos

de un mago. Luego llegó la libretica de abastecimiento, y más tarde surgió la Bolsa Negra.

–Así era y así sigue siendo –suspiró Dolores, sirviéndose más café–. ¡Vaya!, todos los cubanos teníamos grandes esperanzas con la Revolución. Batista había subido al poder dando un golpe de estado, derrocando a un gobierno electo por el pueblo. La corrupción era la orden del día, las torturas, el terrorismo de estado…, los cubanos estábamos indignados. Casi todos los cubanos apoyábamos laRevolución…, de todas las clases sociales. Los González, los dueños del Ron Caribe, que era una de las familias más ricas de Santiago, también apoyaban la Revolución…

Una nueva melodía animó a Oliver cuando Dolores mencionó a los González. Realmente no sabía si estaba despierto o soñando.

–¡Hombreé! La prensa norteamericana también estaba con Fidel –sostuvo Sofía–. En nuestras oficinas hay unas fotos históricas de compañeros del Time compartiendo con Fidel en la Sierra Maestra.

–Figúrate tú, vieja, ¿dónde es eso?

–En Miami. Está el Comandante rodeado de sus tropas y periodistas. En una de las fotos también está su compatriota, Padre.

–¿Quién?

–El Che Guevara.

–Ese es el tango twist dentro de la Revolución Cubana –bromeó el Padre, despertando en Oliver un mar de curiosidades. Por su mente pasaron tantas cosas; recordó las interminables peleas entre su papá y su mamá. ¡Extranjero!

–¿Algún parentesco, Padre? –musitó Oliver, tratando de esquivar los malos pensamientos.

–Ninguno. A mi me nombró el Vaticano…, ¡por dos años!, y ya han pasado veinte y pico. Vos te imaginás, al principio todos me llamaban el Che. Pero yo realmente soy un soldado de Dios.

–¡Óyeme!, en Cuba les decimos "che" a todos los argentinos, y a los españoles, "gallegos" –aclaró Dolores.

–¡Horror! –se defendió Sofía.

–En Puerto Rico también –remató Oliver, chocando manos con Dolores, burlándose de Sofía.

Caridad, la cocinera, salió al salón comedor. Era una mujer gruesa y morena, con un pañuelo anaranjado en la cabeza, de una edad indescifrable. Ya había pasado la hora del rush del medio día, y salió a coger fresco. Estaba sudada y se secaba con el delantal, pensativa. Se asomó a la calle y miró hacía ambos lados; estaba cayendo una fina llovizna. Sofía la observaba, recordó sus años en España, bajo la dictadura de Franco. Para muchos españoles, esos fueron los mejores años, se dijo. Trataba de organizar los pensamientos en su mente. "La dictadura y la escasez no necesariamente tienen que ir de la mano –reflexionó–, ¿O si?... Bueno, quizás. Las grandes potencias económicas dicen que son democráticas. Pero allí, las que realmente mandan son las grandes corporaciones que hacen más ricos a los ricos y más pobres a los pobres. Este mundo no hay quién lo entienda. Nadie está conforme. Total, cada loco con su tema". Caridad caminó hacia la barra y encendió un radio. Luego se acercó a una pizarra donde estaban escritos los especiales del día y borró los que ya se habían acabado; casi todos. Sofía se inclinó nuevamente hacia Amparito y le preguntó:

–Pero bueno, ¿cómo se las arreglan ustedes? Porque esto es una fonda, y si no hay comida...

–Ya le dije.... A veces hay, y a veces no hay –insistió Amparito–. Además, hay un viejito...

–¡Aguanta, Amparito! –le suplicó Dolores a su hija.

–¡Ay, mami!, sin pena. Al pan, pan, y al vino, vino.

–¿Pena cubana, o pena puertorriqueña? –se rió Oliver, haciéndole ojitos a Amparito.

–¿Cómo es eso, viejo? –reaccionó Dolores.

–Pues, en Puerto Rico, la pena es de tristeza, y la pena cubana es de vergüenza.

–¡Oye eso, caballero!

–¡Joder! Esta tía me tiene intrigada, ¿qué pasó con el viejito? –insistió Sofía, insoportable, muriéndose de curiosidad.

–¡Chismosa! –explotaron todos.

–Bueno…, –dijo Amparito misteriosamente, procurando la atención de los demás–. Yo voy a la finca de un viejito, y él, a cambio de dejarme tocar las tetas, me regala yuca, maíz, calabaza…

Todos estallaron en carcajadas. Sofía daba palmadas como una loca y el padre Sotográs carraspeaba, no quería jaleos con la Iglesia. Amparito se retorcía, meciendo sus pechos, que tenían a Oliver visco. Así estuvieron un rato, entre chistes y anécdotas.

–Háblame de tu relación con Fidel –le pidió Sofía a Dolores.

Hubo un silencio a coro. Era un tema que despertaba viejas pasiones.

–Yo colaboré con el ataque al cuartel Moncada –balbuceó Dolores, haciéndole señas a Caridad, para que se llevara el café y trajera más mojitos. Sofía abrió sus grandes ojos negros, cruzó las piernas y se inclinó hacia Dolores–. Aquel 26 de julio de 1953 cambió para siempre la historia de este país. Militarmente fue un fracaso, figúrate tú, muchos revolucionarios murieron, y los que sobrevivieron, fueron heridos y capturados por las fuerzas de Batista –A Dolores se le aguaron los ojos–. Pero la Revolución ganó sus primeros mártires, y a partir de entonces asumió un ritmo triunfal. Ese día es como el 4 de julio para ustedes –añadió, refiriéndose a Oliver.

–Mire doña Dolores... –titubeó Oliver.

–¡Suspéndeme el doña o te declaro la guerra!

–Dolores, Dolores..., perdón, es verdad –se golpeaba Oliver la cabeza.

Caridad se acercó con mojitos para todos y brindaron por unos lazos de amistad que se juraron serían eternos. Oliver hizo una pausa para colocar en fila los pensamientos, y luego prosiguió:

–Ok, en Cuba al menos ustedes tienen una sola fecha para celebrar las fiestas patrias, ¡Una sola! En Puerto Rico es todo por partida doble. Dos banderas, dos himnos, dos... Unos celebran el 4 de julio y otros el 25..., de julio también. Es un país dividido. Para colmo, el mismo 25 de julio lo celebran unos y lo repudian otros.

–¿Cóooomo? –indagó Dolores, que no se hubiera imaginado que la controversia tuviera tantos pisos.

–Fernando, ¡hombreé! –refunfuño Sofía, tratando de cambiar el tema. Sabía que una vez se sumergieran en el tema de la política puertorriqueña se iban a empantanar.

–Déjame ver cómo lo explico de una manera sencilla –suspiró Oliver pausadamente, recurriendo a su clásico ABC para analizar las cosas, como le había enseñado su tío Lorenzo–. Los estadistas celebran el 4 de julio, que es el día grande de Estados Unidos. Eso está claro, ¿verdad?

–Clarísimo.

–Los independentistas convocan su gente para impugnar el 25 de julio que marca el aniversario de la llegada de los americanos a Puerto Rico. Desde luego, para los independentistas eso fue... ¡una invasión del imperialismo yankee!, y todas esas cosas que escuchamos desde niños. Hasta aquí, ¿estamos claro?

–Clarísimo.

–Pero, pero…, para los estadistas, sin embargo, los americanos llegaron por invitación. Según ellos, los independentistas radicados en Nueva York para finales del siglo 19 –cubanos y puertorriqueños– fueron muchas veces a Washington a pedirle, ¡Rogarle!, a los americanos que los ayudaran a sacar a España de sus tierras. Si uno se lee todos los textos de la historia, verá que hay de todo un poco: invadieron y se sintieron como invitados; o, los invitaron y se quedaron.

–¡Viva Cuba y Puerto Rico libre! –gritó Amparito, con su mojito en alto y todos rugieron.

Antes de que se apagaran los ecos del último brindis, Dolores insistió que Oliver continuara.

–Los populares celebran el 25 de julio, que es el aniversario del ELA, nuestra constitución. Hay que sortear las plazas y las avenidas para celebrar tantas marchas, mítines y piquetes ese día.

Sofía espadeaba para volver al tema de la Revolución Cubana, pero Amparito insistía en adentrarse en las pasiones que encienden el alma boricua.

–Mira Amparito –afirmó Oliver, con la emoción florecida, pues aquella niña le ocasionaba un vuelco en el corazón– los populares son, ¿cómo te diría…?, un punto medio entre la estadidad y la independencia.

–¡Joder, hombreé! Fernando, quítame el sambenito de la política puertorriqueña –volvió a refunfuñar Sofía, mortificada, bajando de un largo sorbo su mojito–. Mira Amparito, yo conozco la isla, viví allí por años, casada con mi difunto esposo. Te voy a decir cómo es el mambo. Primero: los populares son independentistas por conciencia. Segundo: los populares son estadistas por conveniencia. Y tercero, y lo peor de todo: son muchos, demasiados.

–Vaya…, es que tienen la ficha del tranque –remató Dolores.

–¡Exactamente!, Dolores. Hace un siglo que tienen el juego de dominó trancao.

Un locutor hablaba monótono por la radio, era una letanía contra el imperialismo Yankee. El padre Sotográs volvió a mirar el reloj. Definitivamente algo le había pasado al chofer, hacía rato que debía haber regresado. Leyó en la mirada de Oliver el primer asomo de intranquilidad. Pero Sofía seguía dando cháchara con Dolores y Amparito; les preguntaba sobre Cuba y ellas empeñá en aprender sobre Puerto Rico. Oliver hablaba pausado, procurando un balance diplomático. Pero Sofía se lanzaba con arrojo, tajante, haciendo bulla con la inteligencia. Cada vez que Sofía espadeaba para retomar el tema de Cuba, Dolores y Amaparito volvían a la carga con el tema de Puerto Rico. El Padre comparó su reloj con uno que colgaba en la pared de la barra. Pero aquel estaba detenido. "Es todo un símbolo", pensó. "Para muchos cubanos aquí el tiempo se ha detenido desde 1959". Por fin el locutor terminó su letanía y de la radio brotó un sabroso bolero–son:

¡En el tronco de un árbol una niña/ grabó su nombre henchida de placer/!

Sofía y Amparito tarareaban la canción apoyadas por los vapores de los mojitos. Dolores se paró y le subió el volumen al radio. ¡YO SOY EL ÁRBOL! Aprovechó y habló algo con Caridad y regresó con más mojitos. Inmediatamente, Sofía volvió a la carga:

–A ver Dolores, cuéntame, ¿qué pasó la noche del ataque al Moncada?

Dolores hizo una pausa y luego se resignó a confesar historias que hasta entonces había apretujado en silencio contra el pecho.

–Para esa época, Fidel y yo éramos amigos, solamente amigos. Estábamos enamorados, pero no entre sí, estábamos enamorados de la Revolución. Ya te digo, el pueblo estaba indignado con Batista…, el golpe de estado, la dictadura, la corrupción… Los

revolucionarios hablábamos de justicia social, de que los pobres dejaríamos de ser pobres, y de todas esas linduras que nos apasionaban en nuestra juventud.

–Claro, ¿sabés que lo mismo decía Perón en la Argentina? Todos los políticos se identifican con los pobres, porque ahí está la fuerza del pueblo. Mirá vos a Evita, la madrina de los descamisados, de los trabajadores. Pero después que suben al poder no saben cómo hacer, y los pobres siguen siendo pobres.

–¡O más pobres! –sostuvo Amparito.

–Vos tenés toda la razón. Tenés que dejar que unos pocos ricos se hagan más ricos –planteó el Padre, ante la mirada atónita de los demás–. ¡Che! Sólo así se genera riqueza, para que los pobres sean menos pobres.

–¡Padre, por su madre! ¿Qué es eso? –reaccionó Dolores.

–Así como lo oyes, te lo dice la voz de la experiencia. ¡Esto se queda en bóveda, entre amigos! –Miró para todos lados–. Mirá, che, yo estudié el marxismo, creí en el marxismo, luché por el marxismo. Para congraciarme con el régimen, corté caña cuando la famosa zafra de los diez millones...

–¡¿Que usted cortó quéé?! –reaccionó Sofía.

–¡Che! ¿Cómo vos te imaginás que este curita ha sobrevivido la Revolución?.. Aquí si no te cuidas, te acusan de agente de la CIA.

–¡Dios Santo! –Sofía no salía de su asombro.

–Pero a estas alturas del juego, tenés que ser práctico. Mirá lo que pasó en la Argentina. Evita quería quitarle a los ricos para darle a los pobres. Todos se hicieron más pobres, y los ricos..., se fueron del país, o escondieron su plata en Suiza. No te puedes poner a espadear contra los ricos, che, tenés que dejarlos que se hagan más ricos para que los pobres sean menos pobres. Pero los gobernantes no quieren entender eso. Le caen arriba a los ricos, y terminan

distribuyendo miserias..., eso sí, equitativamente. No se queda nadie sin su ración de miseria –remató cínicamente.

Hubo un largo silencio. Nadie se atrevió a refutar al Padre, con o sin razón. El Padre pensaba en Perón, Dolores pensó en Fidel, Sofía en Franco y Oliver en Muñoz.

–Muñoz fue un caso excepcional –prosiguió el Padre, mirando a Oliver fijamente, como si fuera un clarividente–. El invitó a las grandes corporaciones a que fueran a Puerto Rico a hacer negocios y rescató a los puertorriqueños de las miserias en que vivían. Pero tenés que entender que Muñoz se crió entre Washington y Nueva York. Tenía una inclinación natural para hacerse amigo de los americanos. ¡Y eran amigos con plata, che!

–Mi tío Guille siempre me habla maravillas de Muñoz –convino Amparito–. Ese es su ídolo, se la pasa haciéndome comparaciones entre Muñoz y Fidel.

Sofía estaba fascinada con el tema. Todavía le daba vueltas en la cabeza la idea de hacer un reportaje comparando a Muñoz con Fidel. Le dieron deseos de lanzarse al tema, pero sabía que su jefe en la oficina estaba esperando otra cosa.

–Bueno mis hijos. Ya está bueno –dijo Sofía–. No me agiten más el avispero. A ver Dolores, por favor, sígueme contando.

–¿Por dónde íbamos, vieja?

–"Todas esas linduras que nos apasionaban en nuestra juventud" –leyó Sofía de su libreta.

–Veo... Éramos jóvenes, muy jóvenes. Hacíamos grupos y nos reuníamos de noche, clandestinamente. Era peligroso, porque la dictadura perseguía a los enemigos del régimen. Vendíamos lo que teníamos para levantar fondos..., para comprar armas. Unos cubiertos de plata que heredé de mi abuela, unas pantallas que me había regalado una tía lejana. Así fue como se planificó el ataque al Moncada.

Por la radio continuaba el desfile musical. Una vieja melodía de los Guaracheros de Oriente despertó en Oliver viejos recuerdos de su niñez. Esa era música puertorriqueña, iba a decir, pero se detuvo. Siempre había pensado que los Guaracheros eran puertorriqueños, se acordaba haberlos visto en las fiestas patronales de Mayagüez. Pero ahora tenía dudas; se quedó un rato rebuscando en el pozo de los recuerdos. "Total, la música de Rafael Hernández es cubana para los cubanos, mexicana para los mexicanos, y puertorriqueña para los puertorriqueños", se justificó, haciéndose eco de algo que había escuchado decir alguna vez al tío Lorenzo. Pero prefirió quedarse callado.

–Éramos unos soñadores, ilusos –balbuceó Dolores, con la mirada perdida en la caligrafía de Sofía, que tomaba notas sin tregua. Sofía deslizaba con agilidad su fina pluma Parker escoltada por unas uñas rojas, largas y afiladas–. Casi nadie tenía experiencia militar y subestimamos las fuerzas de Batista. Esa noche, murieron muchos de los nuestros, y otros fueron encarcelados.

"Durante los Carnavales de Oriente", se dijo para sí Oliver, pero tampoco se atrevió a interrumpir a Dolores. Se imaginaba a los González vestidos en sus etiquetas blancas y trajes suntuosos bailando en el Rancho Club, a dos orquestas, mientras Fidel y sus tropas bajaban de la Sierra Maestra. Recordaba a Conchita: "El papá de los González, ¡Con las manos en la cabeza, licenciado!, como hablamos nosotros los cubanos, ¡Con las manos en la cabeza!, repartió en vida la herencia de las acciones del Ron Caribe. No era a Fidel, sino a Batista, al que le temíamos para ese entonces". Oliver repasaba en su mente todos aquellos sucesos. Pensaba con asombro cómo de aquel suceso histórico nació el reparto de las acciones del Ron Caribe y el enjambre de la herencia de don Roberto. Ahora se encontraba él en Cuba, escuchando cosas y hablando de cosas que no se las hubiera imaginado jamás. Definitivamente, estaba convencido de que este caso estaba destinado a cambiar su vida para siempre.

–Fidel estuvo preso, durante casi dos años. Allí yo lo visitaba, y nos fuimos enamorando, vaya, esta vez el uno del otro…, Fidel y yo nos enamoramos locamente –suspiró–. Recuerdo la primera vez que fui a visitarlo a la cárcel, me presenté con dos gardenias. El captó el mensaje al vuelo porque durante las reuniones clandestinas nos pasábamos cantando ese bolero que dice… ¡Dos gardenias para ti/ Con ellas quiero decir/ Te quiero!

El Padre le hacía la segunda voz, que no le quedaba muy mal que digamos. ¡DOS GARDENIAS PARA TIII! Caridad miró desde la barra, paró la bemba.

–Una tarde, me encontraba visitando a Fidel, el guardia de seguridad se acercaba y se alejaba, en un eterno movimiento pendular. Fidel me leía unos poemas de un libro de Benedetti que yo le había regalado. Estábamos románticos, yo contemplaba a Fidel mientras él leía concentrado con esa voz que me hacía hervir la sangre. Pero el guardia, no nos dejaba en paz. Cada vez que yo sentía sus pisadas acercarse, me iba poniendo más y más impaciente. Hasta que en una, justo cuando iba pasando frente a nosotros, lo increpé: "¡canto 'e maricón! deja ya de joder".

–Es brava la niña –bromeó el padre Sotográs.

–Pero como son las cosas, viejo…, a partir de entonces, el guardia abría disimuladamente la celda de Fidel y se desaparecía por una hora.

–¿Y qué pasaba después de la hora? –preguntó Oliver, burlón.

–¡Fernando! –gritó Sofía–. No jeringues.

–¡No me digas Sofía que le vas a preguntar que qué hacían durante la hora!

–¡Hombreé, pues claro!

–¡Figúrate tú, vieja! Hacíamos el amor…, con un frenesí inagotable. Hasta que a la hora en punto regresaba el centinela del amor, como lo bautizamos.

Dolores hizo una pausa. Miró tiernamente a su hija y luego se empinó un largo sorbo de mojito. Amparito leyó en la mirada de su madre una mezcla de frustración y melancolía.

–Durante uno de esos momentos de pasión y lujuria, concebimos a Amparito –musitó Dolores, reflexivamente–. Yo me sentía la mujer más feliz del mundo. Él tenía veintisiete años..., y yo veintitrés. Pero qué va, vieja, la felicidad no me duró mucho. Se me fue escapando como el agua entre las manos. Fidel y yo nos comenzamos a distanciar, cada día se ensanchaban más las diferencias ideológicas entre nosotros. Un día, él empezó a hablarme de comunismo, y eso me ponía muy nerviosa. Pero Fidel era el líder. ¡Figúrate! Decir Fidel era sinónimo de decir Revolución, y yo seguía enamorada de la Revolución. Me pasaba las noches completas llorando, murmurando frustraciones. Me debatía entre casarme con él o ser una madre soltera, que para entonces era un escándalo en la sociedad de Santiago.

–Tenés toda la razón –sostuvo el Padre–. En mi país una madre soltera era y sigue siendo un pecado.

Sofía sacudía su mano derecha, procuraba recuperar la circulación de sus atareados dedos.

–Yo quería que la criatura que llevaba en el vientre fuera fruto de una revolución por la que habíamos rabiado y llorado..., y hasta lo arriesgábamos todo, inclusive nuestras vidas. ¡Hija de revolucionarios! –hizo un esfuerzo Dolores, visiblemente emocionada–. Sin embargo, cada día crecían más mis dudas sobre las verdaderas intenciones de Fidel.

Dolores se secaba las lágrimas con las manos. A esas alturas, ya a nadie le importaba la hora. Evidentemente el chofer no volvió.

–Al tiempo..., le ofrecieron amnistía a Fidel, con la condición de que se exilara en México –suspiró Dolores–. Nunca más volvieron a ser las cosas como antes. Mi hermano Guillermo, me ayudó a criar

a Amparito, hasta que conocí a Pablo y nos casamos. Pablo fue como un padre.

La radio seguía con su desfile musical, pero nadie tarareaba. Todos estaban envueltos con la historia de Dolores. Caridad volvió a pararse en la puerta, miraba hacia ambos lados.

–¿Qué opina del embargo? –sorprendió Sofía a Dolores.

Hubo un silencio, una larga reflexión, Sofía había estado esperando toda la tarde el momento para arrojar esa pregunta.

–El bloqueo lo pone Fidel contra el pueblo… –sostuvo Dolores, observando a Caridad que ahora frotaba un paño sobre la barra.

La contestación turbó al Padre, no por el contenido, (no era la primera vez que escuchaba algo similar) sino por la audacia y la valentía de Dolores. Le advirtió que tuviera más cuidado. Sin embargo, esa noche (empezaron de día) Dolores no se quería para nada.

–Oye, cada vez que Estados Unidos incrementa el bloqueo, le hace un regalo de cumpleaños a Fidel. Así es como él se justifica en el poder… Todos los días amanecemos con la alarma del gobierno. ¡Bloqueo Genocida! ¡Imperialismo Yankee!

Amparito le reprochó a su mamá sus desenfrenos. Le advirtió que sus palabras la iban a perjudicar en su trámite para salir del país. Hacía varios años que Amparito estaba tratando que el gobierno aprobara su salida. Desde Puerto Rico su tío Guille hacía lo indecible por sacar a su sobrina de Cuba.

–No tengas apuros, Dolores, que esta tía no te va a citar, ¿vale? –le aseguró Sofía, cotejando sus notas para adelante y para atrás.

Amparito paraba la bemba, señalando a Caridad. Según Amparito, había que tener mucho cuidado con ella. Caridad llevaba muchos años trabajando con Dolores, era de confianza. Pero…, pero, desde que su hija se unió a los Comités de Defensa de la

Revolución, los famosos, pero para muchos infames, CDR, había que tener mucha cautela con lo que se decía delante de ella.

–Fidel Castro el papá, ¿que tal? –preguntó Sofía.

–Yo recuerdo muchas cosas de mi niñez –terció Amparito, rescatando a su mamá que estaba visiblemente angustiada.

Sofía miró tiernamente a Amparito, sabía que la arrastraba hacia un semillero de emociones. Ella había leído y escuchado de esa hija misteriosa de Fidel, pero nunca se imaginó que la tendría de frente.

–¿Alguna vez le llamaste papá?

–No. No recuerdo haberle llamado así –respondió Amparito meditativa.

–Continúa, perdona.

–De niña, él venía por la casa de vez en cuando. Recuerdo que él se aparecía en su uniforme de fatiga verde olivo, y me sentaba en su falda, y yo jugaba con él; jugaba con su barba.

Oliver escuchaba atónito, no sabía si aquello era la vida real o un sueño.

–Casi siempre llegaba de noche, –Amparito sentía que le hablaba el corazón– venía con su escolta personal que bloqueaba la cuadra. Los vecinos se asomaban, curiosos. Llegaba fatigado, cansado, y se tiraba en un sillón de la sala, y hablaba con mami de mil cosas, y mami aprovechaba y le disparaba todas las quejas de mis tías, de lo mala que estaba la cosa en todo el país. Y terminaban siempre peleando, y se iba…

–¿Con qué frecuencia lo veías?

–Cuando Amparito era una niñita –tomó la palabra Dolores– él pasaba por la casa una vez a la semana, luego, una vez al mes. Ahora, lo mismo se desaparece por meses, que se aparece por ahí cuando uno menos se lo espera.

–Pero yo no sabía que él era mi papá. Para mí, mi papá era Pablo, ese era mi verdadero papá.

–¿Cuándo te enteraste?

–Cuando entré a la escuela. Los niños son crueles... Así que una tarde al regresar de la escuela le pregunté a mi mamá, y ella me lo dijo.

El Padre le hizo señas a Caridad para que se acercara. Estaba cabeceando, necesitaba un café.

–Cuéntame de tu tío Guillermo –continuó Sofía, con un temple de hielo, repasando sus notas.

–Tío Guille se fue de Cuba hace muchos años, para Puerto Rico –A Amparito se le cortó la voz y Sofía le apretó la mano.

–Tómate tu tiempo, ¿vale? –le sonrió.

Amparito miraba con admiración a Sofía. Nunca antes había estado frente a un periodista. En Cuba el periodismo es un mito.

–Una mañana al despertarme, mi mamá me dijo que tío Guille se había ido en un avión lejos de Cuba. Al principio yo no entendía lo que pasaba, yo tenía seis años... –balbuceó, y se hundió en el silencio, acariciándole el pelo a su mamá– pero Fidel no salía de la televisión, diciéndole a la gente que todo el que se iba de Cuba era un gusano. Cada vez que yo escuchaba aquello me escondía debajo de la cama de mi abuela con todas mis muñecas, y me echaba a llorar pensando que tío Guille se convertía en un gusano en el avión.

Hasta ahí llegó el temple de Sofía, se le derritió el corazón. Ojeó sus notas y se sorprendió que hubiera agotado casi todas las hojas de su libreta. Miró su reloj por primera vez en mucho tiempo, reaccionó y cerró la libreta, intranquila. Sólo entonces tomó conciencia de la hora que era, era de noche y el chofer no había regresado. En la calle se sintieron unos autos llegar. Sofía se alarmó,

se arrepintió de haber tomado tantos mojitos. Sintió una sensación de escalofrío, se puso nerviosa.

–¡No te pongas histérica! –le gritó Oliver.

Pero Sofía sabía que algo malo iba a pasar. Ella creció bajo la dictadura de Franco, había visto de todo.

Capítulo 26

De los automóviles se bajaron cuatro agentes de la seguridad, entraron al paladar y le pidieron a Oliver que los acompañara. No traían papeles ni órdenes judiciales, pero Oliver no se resistió, pensó que ellos no creían en esas sutilezas. Dolores intercedió pero fue en vano.

Lo que faltaba, Oliver preso y Sofía histérica, borracha. Al instante el padre Sotográs se percató que aquello era obra de su chofer. ¡Los chotas no tienen cabida en la Casa de Dios!, lo maldijo mil veces, con toda su autoridad sacerdotal. Sofía se puso muy nerviosa, estuvo al borde del desmayo. Dolores la socorrió. Murmurando maldiciones, improvisó una cama sobre un viejo sofá arrinconado, en un corre, corre demente. ¡Caridad!, gritó Dolores, ordenándole a la cocinera preparase un remedio capaz de arrancar la borrachera del alma de Sofía. ¡Demasiados mojitos, para ahora tener que lidiar con este jaleo!, se quejaba Dolores aturdida, con las manos en la cabeza.

Caridad regresó con un tazón humeante, era un líquido verdoso lleno de yerbajos espirituales. Amparito le sujetaba la cabeza a

Sofía, mientras Dolores la ayudaba a sostener el tazón. Sofía bebía sorbo a sorbo, poco a poco. Así las cosas, Caridad entonó unos cánticos Orisha invocando a Yemayá. Se le pararon los pelos de punta a la pobre Sofía, como si no tuviera suficiente. El Padre observaba con semblante solidario; sabía que Yemayá y la Virgen María son primas en el cielo.

Sofía comenzó a hacer arqueadas hasta que lanzó una fiesta de ajiaco y mojitos. Solo entonces empezó a sentirse mejor. Dolores apretaba maternalmente la cabeza de Sofía contra su enorme panza, jugando con su pelo.

Entre Dolores y el Padre ayudaron a Sofía a caminar hacia el hotel Casa Granda, a dos cuadras del paladar. Era tarde y ya no se podía hacer nada por Oliver, lo mejor era descansar hasta el otro día. Por el camino el Padre y Dolores hablaban de qué podrían ingeniarse para liberar a Oliver. Desde la alta mar de la borrachera, Sofía insistía en que había que llamar al doctor Manuel Céspedes, en La Habana. Dolores por su parte hablaba de llamar a Fidel, que a veces amanece de buen humor para esos trámites. "La peor gestión es la que no se hace". Además, a él no le conviene ponerse a joder con un periodista, y mucho menos del Time.

Sofía reaccionó, trató de decir algo, pero las fuerzas no le alcanzaron. El Padre la sujetaba por la cintura, sentía que la cabeza le daba vuelta. Frente a un cafetín, volvió a hacer arqueadas. El Padre la volteó hacia la cuneta, mientras Dolores le recogía el pelo, para evitar embarres mayores. Un corillo de mulatos se arremolinó, pero Dolores los espantó con una ráfaga de improperios. Llegaron al hotel, en una esquina de la Plaza Mayor, y acomodaron a Sofía en su cama. ¡Llamen al doctor Céspedes!, insistía Sofía, que se negaba a sucumbir. Entre Dolores y el Padre la bañaron con alcoholado y le pusieron un pijama.

Al otro día por la mañana Sofía se trasladó al paladar. Amaneció determinada a liberar a Oliver a como diera lugar; se sentía culpable.

–Páseme mi cartera –le pidió Sofía al Padre, y comenzó a buscar en una libretita de teléfonos. Todavía tenía el estomago resentido y debilidad en las piernas. Dolores la ayudó a ponerse de pie y sujetándola por la cintura la llevó hasta el teléfono. Sofía hizo varias llamadas, nerviosa, tratando de localizar al doctor Manuel Céspedes. ¡Ayúdame, Dios mío!, musitó. Estaba mortificada, la falta de discreción, tanta habladuría frente al chofer..., y ahora este hang over.

Finalmente, logró comunicación con la Universidad de La Habana. Pero la tenían del tingo al tango, de decanato en decanato, hasta que se le agotó la paciencia. ¡Hostia, ¿qué se creen estas gilipollas?!, arremetió furiosa. El Padre explotó en carcajadas, era evidente que Sofía venía recuperando sus fuerzas.

Pero el doctor Céspedes no estaba disponible, estaba en una reunión. ¿Quiere que le deje mensaje?, tan pronto él se desocupe le devolvemos la llamada, dijo finalmente una secretaria. Sofía se puso frenética y se vio tentada a colgar el teléfono de mala manera, pero se detuvo, pensó en Oliver.

–Dígale que es Sofía Miró, de la revista Time, que me encuentro en Santiago y que tengo una emergencia, muy seria. ¿Vale?

–¿A qué teléfono la podemos llamar, señora Miró...?

Sofía observaba al Padre conversando con Amparito, sosegado, tranquilo. Se acercó a la mesa, frustrada.

–Vos estás fuera de forma –bromeó el Padre.

–¡Hombreé, Padre!, reacuérdese que yo me crié bajo la dictadura de Franco... Estos arrestos me ponen muy nerviosa. En las dictaduras la gente desaparece. No hay derechos civiles.

–Hija..., yo he sobrevivido las dictaduras de Perón, Batista y Fidel.

–¡Usted es un masoquista! –se burló Sofía.

Dolores se acercó con otro tazón humeante. Sofía se resistía, pero Dolores insistió con autoridad maternal. Bebió pausada, pensativa, con la mirada perdida en el fondo del tazón. Soplaba el humo suavemente, entrecerrando los ojos. Se sentía como una niña mimada, el tongoneo de Dolores le recordó una canción de la niñez. De pronto gritó exaltada:

–¡CARMELO!

–¿Quién? –reaccionó el Padre.

–Carmelo, el dueño del café en el malecón de La Habana, él nos puede ayudar. Sí, él nos puede ayudar –añadió, y comenzó a buscar como una loca la tarjeta que él le había dado aquella noche de rumba y bongó. Volteó la cartera y la vació sobre la mesa, un reguero de madre. La ansiedad la cegaba, pero Amparito la ayudó y la encontró. Corrió hacia el teléfono.

–¡Che!, ese té es milagroso –suspiró el Padre.

–¡Don Carmelo!, ¿se acuerda de mi? Sofía, la periodista –anunció esperanzada, con el corazón relampagueándole en la boca, y lo puso al tanto de lo que le había sucedido a Fernando Oliver.

–¡Por tu madre, vieja! Oye, espérame ahí que yo salgo para allá ahora –la tranquilizó Carmelo.

Así las cosas, ya era hora que le explicaran a Dolores y a Amparito que Oliver no era ningún periodista, que traía su agenda como abogado de la sucesión de don Roberto González. De primera intención Sofía titubeó, miró al Padre buscando una señal, pero este estaba en la Luna de Valencia, leyendo el Granma. "¿Cómo será posible que el Padre mantenga tanta serenidad?", se cuestionaba Sofía.

La verdad es siempre una buena aliada, reflexionó. Trataba de calmarse: "Dolores y Amparito pudieran ayudar a Fernando a

conseguir los papeles". Pensaba en Oliver en la cárcel y se reía nerviosa, impotente. "De todas las experiencias siempre aprendemos algo bueno", recordó que constantemente le decía su mamá. Esperó el momento oportuno y con disimulo conferenció con el Padre.

–A estas alturas del juego, vos te podrás imaginar que ya todo Santiago lo sabe –aseguró el Padre, poniendo el periódico a un lado.

Sofía se llenó de valor y le explicó a Dolores y a Amparito toda la verdad, con lujo de detalles. Que Oliver no era periodista, que era abogado, que si las acciones del Ron Caribe, que si las peleas entre los herederos, que si la viuda los llevó a los tribunales en Puerto Rico.

–¡Ay, vieja!, –suspiró Dolores– la mitad de la gente que visita Cuba viene disfrazada. No tengas apuros, mi niña. El bloqueo tiene a todo el mundo camuflado –concluyó, compadecidamente.

A Amparito el tema de las acciones del Ron Caribe la cautivó. Herederos, fortunas, peleas en los tribunales. Para ella era un mundo fascinante que hasta entonces no había conocido. El Ron Caribe y los González seguían siendo una leyenda en Santiago de Cuba.

–Yo puedo ayudar a Fernando –musitó Amparito, con un resplandor en la mirada. Sofía, Dolores y Amparito estuvieron un buen rato hablando sobre el Ron Caribe, los González, Puerto Rico y Cuba. De pronto sonó el teléfono, era la señora Lucía Solé, la esposa del doctor Manuel Céspedes, llamando desde La Habana. Sofía se indignó y se negó a hablar con ella. El Padre se ocupó.

–Me dijo Manolo que están en apuros, ¿qué está pasando? –indagó Lucía alarmada, como si todavía Sofía, el Padre y Oliver fueran sus invitados.

El Padre le hacía señas desesperadas a Sofía para que viniera al teléfono.

–Dígale que yo no hablo con intermediarios –reaccionó Sofía, desafiante, mascullando palabrotas.

–Sofía está al borde del desmayo…, la pobre, tenés que comprender. Oliver está preso y vos te podés imaginá que Sofía está hecha una calamidad, se siente culpable –intercedió el Padre, que no dejó pasar la oportunidad. Habló con Lucía largo y tendido.

Fernando Oliver pasó tres noches en la cárcel; fueron noches de ansiedad. Allí, en la soledad de su celda, maldijo a todos los cubanos, y lanzó un vendaval de improperios contra Sofía. ¡Esta cabrona, puñeta!, lo escuchó murmurar el guardia cuando venía a traerle sus pertenencias personales, tras haberlas sometido al escrutinio de las autoridades. Al principio, Oliver trató de impresionar a los oficiales con su catálogo de derechos civiles, pero pronto se dio cuenta que había caído en el ridículo. La incertidumbre lo agobiaba.

Se acordó de todas las veces que fue con los amigos de la escuela a las tiendas Sears, a robar juguetes. Eran unas aventuras, y apostaban a ver cuál de todos era el más audaz. En la escuela, un amigo rompía un dólar en dos mitades y le entregaba una mitad a Oliver, como un depósito de buena fe. Cuando Oliver regresaba con el juguete recién robado, el amigo le entregaba la otra mitad. Oliver las pegaba y sonreía como un héroe.

Un día, lo agarraron robándose unos yoyos. Con la cara empapada en llanto, le rogaba al empleado que no llamaran a su papá, pero lo mandaron a buscar. Su papá llegó y el encuentro marcó la vida de Oliver para siempre.

Allí en la cárcel de Santiago, los recuerdos de su padre lo vinieron a buscar. Trató de imaginarse qué pensaría él si se hubiera enterado que su hijo estaba preso en Cuba, que andaba con un sacerdote argentino y una periodista española, trabajando la herencia de un señor cubano con herederos americanos y

puertorriqueños... Estaba confundido. Pensó en don Gabriel y en Conchita..., y en cada uno de los herederos. Repasó los asuntos de la herencia, la trenza patrimonial, los tambores de guerra... su misión en Cuba.

Trataba de hablar con su papá, lo visualizaba tal y como lo recordaba poco antes de morir. "Fernandito, ven, Fernandito." No estaba seguro si su padre se sentiría orgulloso de él. Pensó que no, que desataría su furia como siempre, contra todo emblema extranjero. ¡Vende Patria!, retumbaba en su mente. Se le estrujó el alma. Hizo un esfuerzo por explicarle a su papá por qué se encontraba allí. Se perdió en un murmullo, con las manos cubriendo su rostro, los codos hundidos en las rodillas, sudaba frío. "Los puertorriqueños van a Cuba para apoyar la Revolución, no para ayudar a esos gusanos del exilio", creyó escuchar la voz de su papá. Se sintió frustrado y se le hizo un taco en la garganta, hasta que no pudo aguantar más y el llanto rodó por su cara, desconsolado. Se quedó dormido sollozando.

Al otro día se despertó más sereno. Le trajeron un desayuno que no estaba mal, al contrario, lo devoró con gran apetito. Se acordó de una reseña periodística que leyó en Washington que decía que Fidel Castro coqueteaba con la administración Carter sobre el tema de los derechos humanos. Saboreó su café, meditativo. Las imágenes de los sueños no se habían ido, estaban allí, seductoras. Trató de recordar, de penetrar nuevamente las galerías de los sueños, hasta que un nuevo sueño lo inspiró. Entonces pidió que le permitieran llamar a Puerto Rico, a su tío Lorenzo. El trámite burocrático duró varias horas, hasta que por fin autorizaron la llamada.

–¡Tío, estoy preso! –anunció Oliver, sintiendo un gran alivio al hablar con él. El tío Lorenzo se reía, gozándoselo todo como la gran aventura.

–Yo no puedo creer que te estés riendo de mi desgracia, tío.

–Fíjate, Fernando... –Pero más se reía el tío, hasta que poco a poco se fue calmando–. Yo no creo que sea una desgracia. Al contrario, creo que es una experiencia..., enriquecedora por cierto. Mira hijo, Mahatma Gandhi estuvo encarcelado en numerosas ocasiones, y se convirtió en el líder espiritual de la India...

–Tío, por favor..., yo no quiero que me vengas con un sermón de escuela.

–¡¿Sermón de escuela?! –se rió el tío.

–No jodas, tío. Esos son cuentos chinos –bromeó Oliver, sintiéndose en buenas manos, pues la risa de su tío era como un bálsamo.

–Bueno, si tú crees que esos son cuentos chinos, escúchate este: Fidel Castro también estuvo preso. Y no fue sino a partir de entonces, Fernando, que la Revolución Cubana entró en un rumbo ascendente.

En ese momento, Esther Sánchez entró al despacho del tío Lorenzo con unos documentos.

–¡Jesús Santísimo! –gritó Esther–. ¿Qué rayos hace usted hablando de ese Diablo?

–Espérate un momento, Fernando, que Esther entró a traerme unos papeles rush que está esperando el mensajero –se disculpó el tío, y volteándose hacia Esther le preguntó–: ¿De qué Diablo tú hablas muchacha?

–¡Fidel Castro! –sentenció Esther, entregándole los documentos–. ¿No estaba usted hablando de él?

El tío Lorenzo firmaba documentos guiado por Esther, sorteando instrucciones.

–Estaba hablando con Cuba. Tengo a Fernando en el teléfono –reaccionó tardíamente el tío.

–¡Fernando!, –gritó Esther exaltada–. ¿Cuándo regresa?

–Buena pregunta. Está preso, no sabemos.

–¡Preso! –Una tormenta de sentimientos jamaqueó a Esther. Nacida en Cuba, Esther se había criado en el exilio, dentro de un semillero de emociones. Para los cubanos en el exilio, ir a Cuba es un pecado imperdonable. Pero el licenciado Oliver es el licenciado Oliver, el sobrino del tío Lorenzo, a quien ella conocía desde que era un adolescente, y ahora era su jefe, con quien chismeaba y confraternizaba. Una vez más Esther se enfrentaba a lo que tantas veces había experimentado en carne propia. "Ella es cubana, pero es buena gente", recordó haber escuchado tantas veces, dolida. Ahora era ella la que tropezaba con sus propios prejuicios. "Los puertorriqueños que van a Cuba están en la lista negra"... repasaba el credo, "pero Oliver es una bella persona".

–Toma –le dijo el tío Lorenzo, entregándole los documentos–. Mándate a recoger el cheque con el mismo mensajero.

Durante la pausa Oliver reflexionaba, la sabiduría de su tío era indiscutible. En un instante desfilaron por su mente tantos momentos felices y difíciles también. Algunos verdaderamente hermosos. La constante era el tío Lorenzo; siempre estaba presente.

–Bueno, Fernando. Creo que vas a ser un héroe. El Colegio de Abogados te va a erigir una estatua.

–No jodas tío. Lo que quiero es que me ayudes a salir de aquí –suplicó Oliver impaciente, mirando de reojo al guardia que permanecía inmóvil en su puesto, con los brazos cruzados, como si estuviera contando los minutos. ¡Sea breve!, le había dicho secamente.

–¿Cuántas noches llevas en la cárcel?

–Una.

–Eso es muy poco, hijo, pero de todos modos el Ron Caribe va a tener que pagar esos servicios muy bien. Yo luego te explico cómo hacer la factura. No todos los días un abogado va a Cuba y lo meten preso tratando de ganar un caso.

El tío Lorenzo se moría de la risa, mientras desde su despacho escuchaba la bulla que se armó cuando Esther gritó a los cuatro vientos: ¡A Fernando lo metieron preso en Cuba!

–El padre Sotográs, ¿Te acuerdas de él?... Pues, él nos conectó con una señora que fue amante de Fidel, y tuvieron una hija.

–Bueno, hijo, me parece que ustedes van bien encaminados.

Oliver se quedó pensativo. Luego dijo:

–Tío, ninguno de los herederos sabe lo que me ha pasado. Además, Conchita no se puede enterar, por nada del mundo…

–¿Que tu andas por Cuba?

–Esa vieja se muere si se entera...

–Se acaba de enterar todo el mundo, Fernando. Radio Bemba lo acaba de regar por toda la oficina.

Desde su residencia en La Habana, el doctor Manuel Céspedes vivía también momentos de ansiedad. Lo atribulaba tener que tomar una decisión entre interceder o no interceder para liberar a Oliver. Lucía le había dejado una nota sobre la mesa del comedor; él la ojeó rápido, pero con la imaginación en otra parte. Luego la volvió a releer, pausadamente. Caminó hasta la ventana y rodó las cortinas, meditativo. Él sabía, bien que sabía, que con una simple llamada suya Oliver sería puesto en libertad. Pero un afluente de sentimientos en conflictos lo tambaleaba. Era como caminar por la maroma. El licenciado Fernando Oliver había viajado a Cuba para resolverles un pleito a los herederos del Ron Caribe; ese Ron Caribe que representaba las entrañas del capitalismo, tan repudiado y despreciado por la Revolución Cubana.

Pensó en Victoria, en aquellos amores de juventud, a puro fuego. En don Roberto, espléndido, generoso, contando anécdotas. Trató de evitar tomar una decisión, llamó a Fidel.

–¡Óyeme, Manolo! Tú eres la segunda persona que me viene con la misma pendejá.

–¿Quién es la otra? –balbuceó el doctor Céspedes, sorprendido.

–¡Vaya!, hace media hora me llamó Dolores. Ella se cree que yo le tengo que resolver cuanta cosa se le ocurre.

–A mí, Fidel, me anda buscando la periodista española aquella, ¿te acuerdas de ella?, ¡la Miró!

–Manolo, encárgate del asunto –sentenció Fidel–. Yo no tengo tiempo para abogaditos burgueses.

Al doctor Céspedes la ansiedad lo aturdía. "Manolo, encárgate del asunto," retumbaba en su mente. Decidió refugiarse en la biblioteca. Por el pasillo trató de acordarse de las palabras exactas que usó Lucía en la nota, pero titubeó. Viró y volvió a leerla, hizo un esfuerzo para no romperla.

Finalmente se sentó en su escritorio de profesor y encendió un tabaco. Los círculos de humo jugaban con las aspas del abanico. Reclinado en su butaca, los recuerdos le salieron al encuentro. Se remontó a la época cuando él era simplemente Manolito; cuando correteaban con Vickie cogidos de la mano por las calles de Santiago. Se acordó de los tiempos de la legendaria tía Ana, la líder espiritual de los González, cuando rechazaba los amoríos de su querida sobrina con ese muchachito, como decía con la voz llena de autoridad. ¡Vickie, no te quiero volver a ver con ese muchachito! Pero todos sabemos cómo son las historias de amor: a mayor oposición, mayor pasión. Y eso fue lo que sucedió entre Manolito y Vickie. Vivieron un fuego de juventud lleno de lujuria y locuras.

El doctor Céspedes miraba las tablillas llenas de libros: historia, literatura, filosofía, economía, política, en fin. Allí estaba prominentemente colocada la Nueva Historia de Cuba, de Martínez, tantas veces leída y releída durante los cafés después de la cena. Invariablemente todos esos libros atacaban al capitalismo y defendían el comunismo, capitalismo que era sinónimo de Estados Unidos y comunismo que era sinónimo de Rusia. Se levantó

lentamente, apagó el tabaco contra un cenicero lleno de recuerdos y caminó hacia el librero del lado izquierdo. Tomó un libro en sus manos, lo ojeaba, lo leía, pero realmente tenía a Vickie bailándole en el pensamiento. Hizo un gran esfuerzo por concentrarse. "¡Dios mío!", suspiró, buscando un mensaje que lo iluminara. Hacía años, quizá desde niño, que él no invocaba el nombre de Dios, no se percató, pero sintió el alivio. Seguía leyendo, buscaba una cita de Martí, pero no la encontraba. Para él todos los cubanos en el exilio eran unos traidores, detestables hasta las últimas consecuencias. Se fueron a vivir a la sombra de la bandera americana, para desde allí representar lo más vil del Imperio Americano. Estaba confundido, indeciso. Que una cosa era dar discursos sobre los valores de la Revolución, el sacrificio por la patria; y, otra muy distinta era traicionar un viejo amor, el primer amor, tantos juramentos de amor eterno entre las palmeras de Santiago, tanto fuego amontonado sobre la arena.

Por fin encontró la cita. La leyó varias veces, decepcionado. No era lo que realmente andaba buscando, esa inspiración patriótica que fortaleciera su espíritu. Cerró el libro bruscamente y lo colocó sobre el escritorio. Encendió otro tabaco y se abandonó al placer de los recuerdos. Recordó, por ejemplo, que por las noches, Victoria se escapaba de la casona de la tía Ana, intrépida. En conjura con Claudia y Rosarito, se lanzaba por la ventana de su habitación y corría como una santa loca al encuentro. Se iban a su escondrijo de amor y se consagraban al rito de acariciar, prendiendo fuego.

Fue para esa época que la tía Ana y Victoria tuvieron su primera confrontación. Lo que parecía una pelea típica de una adolescente que reclamaba su independencia, se convirtió en uno de los primeros choques de las relaciones entre Cuba y Estados Unidos. Todo comenzó porque la tía Ana le exigía a cada sobrino que se confesara y comulgara durante la Misa de Gallo (para Semana Santa era lo mismo). Pero Vickie era una adolescente criada al estilo de Nueva

York, que había vivido pecados inconfesables con Manolito. Ella sabía que la tía Ana cultivaba estrechos lazos de amistad con el padre Marcos. Además era una fuerte contribuyente de la Iglesia Católica en todo Santiago. En la mente de Vickie todo era posible, por ejemplo: que el padre Marcos la delatara. Ella tenía sus sospechas; cosas que le confesaba al padre Marcos, provocaban reacciones instantáneas en la tía Ana. Intrigante.

¡El padre Marcos es un chota!, reclamaba Victoria, abrazada a Manolito, empapados en caricias. Fue entonces que se le ocurrió la idea de invocar la Quinta Enmienda.

–¡Yo tengo derecho a permanecer en silencio! Es un derecho bajo la Constitución –argumentaba Vickie haciendo alarde de sus cursos de historia en la escuela superior.

–Esos derechos son una indecencia de los americanos –ripostaba la tía Ana, señalando al Santísimo que colgaba en la pared, sobre el piano de la sala.

Don Roberto González se reía a patas sueltas ante la estridencia de aquella revuelta familiar. Pero ante las súplicas de su hija, accedió a intervenir.

–¡Óyeme, esta niña está perdida, Roberto! –refunfuñaba la tía Ana–. ¡Está hecha una rebelde!

Don Roberto se sentó con la tía Ana y la convenció para que la confesión fuera con el nuevo Padre que acababa de llegar desde la Argentina. La tía Ana gruñó y masculló, pero al final accedió. El Che, como le decían entonces los Santiagueros al padre Sotográs, flacucho y jovencito, se encargaría de confesar a Victoria.

Desde su butaca de profesor el doctor Manuel Céspedes iba regresando poco a poco de su letargo. Rebuscando en el pozo de los recuerdos había encontrado unas imágenes que creyó las había matado el tiempo y la ausencia. Se sintió feliz, tal vez nostálgico.

Él le había suplicado a Victoria que no cayera en la trampa, que no se confesara ni con el padre Marcos ni con el padre Sotográs, que los dos eran unos chotas, que de cuando en cuando ambos repudiaban la Revolución desde el púlpito. "Tu tía se va a enterar y se va a enterar todo el pueblo, será un escándalo, ¡Una de las hijas de los González tiene amores con un revolucionario!", le advertía Manolito con la voz temblorosa, tratando de apaciguar el ímpetu.

Victoria volvió con súplicas y llantos a donde su papá, pero se encontró que estaba entre la espada y la pared. Don Roberto le advirtió que los compromisos son compromisos, y hay que cumplirlos, que se había acordado con la tía Ana, ¡Palabra de honor!, preservar la tradición cristiana a cambio de que la confesión fuera con el padre Sotográs. No había nada más que hablar, ¡la palabra es la palabra!, sentenció don Roberto.

Así fue, aquella mañana de diciembre Victoria entró solemnemente a la Catedral de Santiago, resignada a confesarse. La Catedral estaba abarrotada de feligreses que no le quitaban los ojos de encima, pues el dolor en el rostro de la joven González era palpable. Entonces era ella quién andaba por la maroma, pues en su mente atribulada se jugaba el amor que tantas veces le juró a Manolito, ante las más impiadosas advertencias de la tía Ana sobre los valores cristianos. Se confesó con el padre Sotográs, y desde luego, Claudia y Rosarito, imitando a su hermana mayor, se unieron a la reforma, renunciando también al padre Marcos.

El escándalo nunca explotó, y ahora, treinta años después, al doctor Manuel Céspedes se le dibujaba una sonrisa de felicidad. Encendió otro tabaco, miraba de reojo el anaquel de libros, pero el embrujo de aquellos amores de juventud lo volvieron a cautivar. "Dos Semanas Santas, ¿tres?, Hmm, tres veranos, las navidades…", hacía un recuento mental, tratando de contabilizar aquellos amoríos. Recordó la primera vez que entró oficialmente en la Casona de la

tía Ana, con los pantalones brinca charcos y los zapatos que le prestó un primo. Era para la época de los Carnavales de Oriente, la noche del baile de coronación en el Rancho Club. La tía Ana le tenía un parejo de sociedad a cada sobrina. Claudia y Rosarito eran más pequeñas y se acomodaban al protocolo, sin oleaje. Pero Victoria se reveló y montó una campaña sin tregua para que le permitieran ir al baile acompañada de Manolito. El tío Ricardo, el tío Gabriel, Tititi, Conchita y hasta María Fernanda conspiraron hasta convencer a la tía Ana. ¡Ya es hora, Ana María del Rosario!, la confrontó el tío Ricardo.

Esa noche en el Rancho Club, Manolito bebió y brindó en la gran mesa de los González, compartiendo grandes transportes de alegría.

–¡Viva Cuba libre! –sorprendió don Roberto a Manolito, alzando su trago de Ron Caribe con Coca–Cola–. Nuestro padre también fue un revolucionario –añadió, y Manolito quedó turbado.

Fue así como Manolito se enteró del origen del Cuba libre y que el abuelo de Victoria fue un héroe de la Guerra de Independencia. El tema sedujo a Manolito que hasta entonces miraba a los González como capitalistas insensibles... "¡Coño!, el abuelo de Vickie un héroe de la independencia", le voló la cabeza. Don Roberto cautivaba a Manolito con sus historias. Le contó que cuando la Guerra de Independencia, en una barra de Santiago, un soldado americano le pidió al bartender un Ron Caribe con Coca–Cola y con el trago en alto gritó ¡Viva Cuba libre! y todos se contagiaron brindando Ron Caribe con Coca–Cola con alaridos de ¡Viva Cuba libre! ¡Así nació el famoso trago! Vickie de cuando en cuando interrumpía el embrujo, jalando a su enamorado hasta la pista de baile. Bailaban con mucha gracia, pero Manolito seguía pensando en las cosas que don Roberto le contaba.

Así las cosas, en una de esas en que Manolito regresaba exhausto de la pista de baile, se sentó entre Tititi y don Roberto y volteándose le preguntó a don Roberto:

–¿Es cierto que los americanos se involucraron en nuestra Guerra de Independencia por invitación?

–¡Dale con la matraca! ¡Manolo ya!, cambia el tema –brincó Victoria.

–¿Invitación? –reaccionó Tititi–. Esos son cuentos de cubanos come mierda que se creen más americanos...

–Time, time –insistía Victoria con las manos en "T", como un árbitro impaciente–. ¡Papi por Dios!, estamos en un baile de carnaval. Esto no es un seminario para revolucionarios.

Don Roberto se reía y su hija mayor le arqueaba las cejas, mortificada, hasta que no pudo más y levantándose de su silla le dio un beso en la cabeza a su papá.

–Vente Tititi, acompáñame al ladies –le propuso dulzona la sobrina a la tía, y añadió–: Ustedes dos aprovechen, porque cuando regresemos es a bailar. ¡Oyeron!

Conchita se excusó y se unió a la peregrinación de las muchachas. Mientras, el tío Ricardo y el tío Gabriel repartían Cuba libres.

–Eso de la invitación es tan falso como tan cierto –sostuvo don Roberto, reflexivamente.

–Todo depende del color con que se mira –opinó el tío Ricardo, levantando su trago y guiñándole un ojo a Manolito.

Manolito se sentía muy a gusto, como si caminara por los pasillos de un sueño.

–En una ocasión yo leí de un Partido Revolucionario Cubano, radicado en Nueva York –dijo Manolito, como quien confiesa un secreto.

–Así fue, de eso pudiéramos hablar cantidad, nuestro padre fue miembro fundador –convino el tío Gabriel, orgulloso.

–¿Por qué Nueva York? –balbuceó Manolito intrigado, como quien desnuda su ignorancia ante un círculo íntimo.

–Eso tiene sus raíces históricas –aclaró el tío Ricardo–. A partir del Grito de Yara, con el que comienza la primera guerra de independencia, a nuestros patriotas los perseguía y encarcelaba el régimen español. De manera que Nueva York se convierte en un refugio, porque sus leyes, ya desde entonces, prohibían encarcelar a una persona sin un proceso judicial. Allí fundaron el Partido Revolucionario Cubano y van a Washington a pedirle ayuda a los americanos para sacar a los españoles de Cuba. Eso es lo que algunos llaman invitación.

–Pero tú lo pones muy simplista –opinó el tío Gabriel–. Todo eso tomó por lo menos treinta años.

–Yo lo capté –intercedió Manolito, buscando entre la gente a Vickie, a ver si estaba de vuelta. A ella le mortificaba que se pusieran a hablar de política en su presencia.

–Seguro… Pero figúrate tú…, nos amanecemos –aclaró el tío Ricardo–. Además, te podrás imaginar que habrá una docena de historiadores que dirán que eso que yo te acabo de explicar es un tremendo disparate.

–Allá en Puerto Rico eso de la invitación o la invasión es un rollo interminable –planteó don Roberto, preparándole otro Caribe con Coca–Cola a Manolito.

Victoria y Conchita regresaban del baño riéndose, saboreándose unos chistes de Tititi.

–¡Ay Tititi!, tu tienes unas ocurrencias –se reía Victoria, dándole riendas sueltas a su padre y sus tíos que cautivaban a Manolito con sus historias.

–En Puerto Rico todo comenzó más o menos igual, –aclaró el tío Ricardo con aire de intelectual, y Tititi se lo vacilaba.

–¡Óyeme Ricardo!, viejo, por tu madre, ya está bueno –pero el tío Ricardo no se daba por aludido, seguía con su perorata.

La Reina del Carnaval bailaba una rumba a toda orquesta mientras don Roberto y los tíos continuaban contándole grandes historias a Manolito. Manolito se sentía entre camaradas, cuando de improviso la Reina organizó una fila de conga y se metió entre las mesas jalando a don Roberto, y don Roberto a Manolito, y así sucesivamente se unieron Conchita, Victoria, María Fernanda, el tío Gabriel, en fin. Estuvieron brincando y saltando –¡Ay Mamá Inés, Ay Mamá Inés!– hasta que a Tititi le hicieron un círculo para que echara un pie de rumba. El congero azotaba con furia los cueros y Tititi le contestaba remeneando las caderas con sabrosura, entre palmadas y vítores.

Esa noche Manolito salió del baile con Victoria apoyada en su hombro.

–Tu familia es un encanto –balbuceó Manolito emocionado.

El tún tún de la puerta despertó al doctor Manuel Céspedes, arrancándolo de aquel sopor placentero en el que se había sumergido, entre dormido y despierto. Era Lucía Solé que regresaba de su atelier.

–Manolo, te dejé una nota en la mesa del comedor, ¿la viste? –La indecisión del doctor daba lástima, pero a Lucía le parecía una tontería que le costara tanto trabajo a su marido hacerle un favor a los González–. Bueno, te dejo tranquilo. Ya sabes, lo que tú decidas tiene mi apoyo –afirmó Lucía diplomáticamente.

El doctor Céspedes tenía la mirada perdida en el vacío. Meditó sobre la actitud de Lucía, sin ataduras patrióticas. "Lo que tú decidas tiene mi apoyo," se repetía buscando alivio. Miró el libro abierto

en la esquina del escritorio. Se levantó de su butaca y lo agarró. Caminó lentamente con el libro entre las manos, reflexivamente. Leyó la cita histórica una vez más, pensativo, hasta que los recuerdos del baile de carnaval lo volvieron a seducir. Entonces..., arrojó con ferocidad el libro contra el vidrio de la ventana.

Capítulo 27

Oliver salió de la cárcel un sábado a media mañana. Fueron tres noches que marcaron su vida para siempre. La primera noche se sintió frustrado, se hundió en el odio y el rencor. Naufragó.

Allí, en la soledad de su celda, resintió a todos los cubanos –¡a todos!– a los del domicilio y a los del exilio, esa diáspora con quienes tanto había compartido. Los resentía por despreciarse mutuamente entre ellos mismos, sin tregua. "Me agobia este círculo de desprecio, tanto desdén es inaguantable", murmuraba cubriéndose la cara con las manos. De solo pensar en Sofía se lastimaba. "Ella se cree que se las sabe todas, ridícula". Sintió menosprecio por Conchita, por agitadora, por jorobarle la vida al pobre don Gabriel. A Claudia la condenó por esloquillá, sembradora de enredos, a Carlos Alberto por inmaduro, a Joaquín por pedante, traficante de veneno. Así, poco a poco se ahondaba en su derrota.

Pensó en Puerto Rico. Sintió fastidio por esa eterna polémica sobre el status político: ¡Separatista! ¡Vende patria! ¡Boricua defiende lo tuyo! "Esto es una maldición que ha caído sobre mi

pueblo…–hablaba para sus manos, que frotaba contra su cara– …se llevó a mi padre y me dejó huérfano".

Pero…, al amanecer se sentía con el espíritu fortalecido. Y así continuó: noches de ansiedad, días de sosiego. Oliver estaba sorprendido consigo mismo. Por las noches sentía odio, desprecio, y se le inundaba la cabeza de pensamientos malévolos. Pero amanecía sereno, comprensivo. Ese rencor que sentía por todos los extranjeros, se desvanecía al amanecer, él mismo no lograba salir de su asombro.

Cada mañana, mientras saboreaba con ímpetu su bandeja de desayuno, recuperaba el entusiasmo por el caso de las acciones del Ron Caribe, por encontrar los papeles de la herencia. Se imaginaba entrando al tribunal de Puerto Rico como un héroe, con la evidencia que traería desde Cuba. ¡And now, ladies and gentlemen!, su imaginación echaba alas, se sentía como Mickie Mantle en el Yankee Stadium.

Saboreando su desayuno estaba cuando el guardia le comunicó que venía por él para ponerlo en libertad.

–¡Buenos días!, es usted un hombre libre. Ahí está su gente, lo vinieron a buscar –le anunció el oficial, mostrándole los documentos de excarcelación.

Oliver se quedó reflexivo, pensó en mil y una cosas, se imaginó a Sofía manipulando y maquinando para liberarlo. Pero quizá fue Dolores…, ella definitivamente tiene ascendencia con Fidel Castro. Atando cabos concluyó que quizás entre todos lo pudieran ayudar a encontrar los papeles que andaba buscando. Al cabo de un rato se levantó y le dio un abrazo al oficial; él había sido su compañero cada mañana, el que le traía su bandeja de desayuno, y conversaban. El guardia sabía que Oliver no era un preso cualquiera…, "abogado puertorriqueño", calculó, "ya mismo viene por ahí uno de esos políticos a sacarlo pa' fuera". Todas las mañanas conversaban, Oliver le hablaba de Puerto Rico y el guardia de Cuba. Oliver le contó

todo, a qué había venido a Cuba, del Ron Caribe, de los González, unos en Miami, otros en Nueva York, otros en Puerto Rico, en fin, del pleito de la herencia. El guardia estaba de lo más entusiasmado y le dijo a Oliver que a él siempre le hubiera gustado ser abogado, como su abuelo.

–Carlos..., Carlos Beltrán –se presentó el guardia, indicándole a Oliver dónde firmar. El "Beltrán" estaba en el uniforme, todo el tiempo, letras negras sobre una placa blanca, pero el "Carlos" fue un toque personal, algo así como cariñoso. Oliver comenzó a leer el documento, pero sintió una extraña sensación de melancolía y no podía concentrarse. De pronto sintió que perdía un amigo. Un amigo de sólo tres días... ¡Pero qué días!

–Firme aquí y en cada una de las copias –le indicó el guardia, sacando a Oliver de su trance.

Afuera, frente a la cárcel, lo esperaban el padre Sotográs, Dolores, Amparito y Sofía. Una fiesta de besos y abrazos le dio la bienvenida. La mañana estaba espléndida, el sol en alianza con el cielo. Caminaron por unas callejuelas del centro de Santiago –izquierda, derecha, izquierda–, unas aceras que bajo el sol picante se derretían, otras que la sombra protegía. Conversaban de mil cosas, tan excitados que todos hablaban a la vez, era interesante ver cómo se podían entender. Oliver no disimulaba su enojo con Sofía, pero ésta le echaba el brazo por la cintura y lo ignoraba, más bien lo vacilaba. ¡Hombreé, no te enojes Fernando, mira que yo te quiero y te seguiré queriendo! Así siguieron hasta que llegaron al Paladar de Dolores.

–¡Amparito, vieja!, ve a la cocina y prepara café –le pidió Dolores a su hija, pegando una mesa con otra para que se pudieran sentar todos juntos–. Déjame ver... porque los puertorriqueños beben el café con leche... Óyeme Amparito, mira a ver si en la nevera hay leche.

–¡Vamos!, allá en Puerto Rico cuando alguien pide café, ¡Fernando no te rías!, se sobrentiende que es con leche –sostuvo Sofía, sintiéndose llamada a opinar. Oliver le hacía señas al Padre y se reía. Sofía trataba de terminar lo que iba a decir pero Oliver... –¡Fernando, no seas maricón!, Este tío está...

–¿Pero cómo no me voy a reír?, si el puertorriqueño aquí soy yo, y tú te esmandas...

–Sí..., pero bueno... Pues nada, que allá en Puerto Rico el café es con leche y acá en Cuba es negro –concluyó Sofía, y volteándose hacia Oliver le sacó la lengua, como una chiquilla.

–¡Tinto!.., café tinto. –afirmó el Padre, si despegar la vista del Granma–. A mí me da taquicardia, yo no se cómo los cubanos se lo pueden tomar así, tan fuerte –añadió, mirando a Dolores que sumaba y restaba en una libreta las cuentas de la fonda.

Sofía se levantó y acercándose a Oliver lo abrazó por la espalda. Él permanecía sentado, mientras ella, resuelta en luna, lo surtía de cariño.

–¿Usted le echa leche?

–¡Hijo!, eso es un lujo –sostuvo el Padre.

–A mi también me da taquicardia –suspiró Oliver, dándole riendas suelta a Sofía que jugaba con su pelo.

El Padre levantó a todo lo alto el Granma, y anunció:

–¡Che! Eres una celebridad. Mirá, aquí en la página siete está tu foto. ¡ESPÍA DE LA CIA FINGE COMO PERIODISTA!

Se armó un gallinero. Todos se peleaban el periódico, haciendo conjeturas de todos los colores. El único que no se reía era Oliver. Así estuvieron un buen rato, hasta que de pronto se escuchó un grito.

–¡MAMIIII! –fue como una explosión desde la cocina–. Los cangrejos se salieron –gritó Amparito alarmada, corriendo como

una loca hasta el salón comedor–. Tienen una fiesta por toda la cocina, esto es un desastre.

–Cálmate, vieja, si no es la primera vez –reaccionó Dolores–. ¡Esa mierda de nevera no cierra bien!

–¡¿Nevera?! –cuestionó Sofía–. ¡Hombreé!, en la nevera se mueren.

–¡Que va!, mi niña –aclaró Dolores–. Si los trajeron esta mañana vivos, dentro de un saco.

–¡La revuelta del cangrejo! –exclamó el Padre–. ¡Jesús Santísimo!

Amparito sintió un demoledor golpe de celos al ver a Sofía enredada en el cuello de Oliver. Dolores y Caridad se afanaban persiguiendo a los cangrejos, era todo un espectáculo; agarraron unas escobas que manejaban con maestría. Invocando a Yemayá, los emboscaban y con audacia enfrentaban sus palancas desafiantes. Los cangrejos avanzaban y retrocedían, como un ejército. Según los atrapaban, los colocaban otra vez en el saco, uno a uno. Amparito no los tocaba ni con una vara larga. Les tenía miedo, un miedo terrible. Sucede que un lejano sábado en la mañana, cuando Amparito era una niñita de apenas cinco años, fue a buscar a la nevera unos caramelos que había escondido allí para protegerlos de las hormigas. Al abrir la nevera, ¡sorpresa!, se encontró que los cangrejos se habían salido del saco y se lanzaron sobre ella que quedó aterrorizada. Desde entonces, ha tenido innumerables pesadillas con unos cangrejos que la invaden en la noche y se trepan en su cama.

Todos los días el Paladar de Dolores servía el sabroso plato de ajiaco. La carne escaseaba, es cierto, pero por lo demás el caldo era suculento y hasta medicinal. Pero los sábados, ¡oh!, los sábados era especial, porque como una tradición, ese era el día de las suculentas patas de cangrejos hervidas. Ese era el manjar de la fonda. En cada mesa colocaban una palangana de patas de cangrejos,

para que cada cual metiera las manos a sus anchas; eso es, comunal, la palangana era comunal. Los comensales se colocaban un delantal –que parecía un babero– y devoraban las patas azotándolas con una maceta de madera. ¡Pan! ¡Pan! Parecía una descarga de timbales, se comían la pulpa y se chupaban los dedos. Mientras, comentaban las noticias de la semana a viva voz. Era como un ritual.

Los cangrejos los traían los pescadores y Dolores les pagaba como mejor podía: con ajiaco y un carné para comer patas ilimitadamente. Durante la semana los pescadores los iban acumulando dentro de unas jaulas a la orilla de la playa y los sábados en la mañana los trasladaban en sacos hasta el paladar.

Dolores nunca quiso tener jaulas de cangrejos en el patio de la fonda, por consideración a los vecinos. ¡Oye, esas jaulas son lo más apestoso que hay!, solía argumentar cada vez que los pescadores le venían con el cuento de que ella debería de tener sus propias jaulas: que si el costo de los alimentos, que si los ladrones y rateros, que si los gatos playeros, en fin. Pero Dolores se resistía.

–¡Vaya! Esto es una fonda decente. Aquí vienen personas importantes, gente del gobierno, turistas... ¿Cómo voy a tener una jaula que apesta al coño y su madre; que dirá la gente?

Es por esa razón que los sábados en la mañana los cangrejos los guardaban vivos en un saco dentro de la nevera y de allí a la olla hirviendo. Además, Dolores aprovechaba para pregonar a los cuatro vientos que sus cangrejos eran los más frescos del mundo.

–¡Del saco a la olla, nunca congelados!, –dijo orgullosamente, buscando a Oliver con la mirada. Ella sabía que los puertorriqueños entienden mejor esas cosas.

Oliver había estado distraído, como siempre, en su mundo, pensando en las acciones del Ron Caribe, en el pleito en los tribunales, en los documentos que andaba buscando. Ahora estaba mortificado, esos cambios de humor... "Primero la cárcel... bueno, realmente

primero fue toda aquella rumba en el malecón…; Sofía como siempre con sus inventos. Luego la cárcel, y ahora toda esta ridiculez con los cangrejos, es absurdo", por ratos pensaba que estaba perdiendo el tiempo. Mientras, Sofía, con el pie descalzo, por debajo de la mesa le hacía caricias. Deslizaba suavemente su pie desde el tobillo hasta tocarle las rodillas. A Oliver ese rito lo iba encendiendo, pero a propósito trataba de ignorarla. Pensaba en Amparito, en don Gabriel, en los herederos; su mente era un torbellino. Amparito le había tirado un gancho y Oliver se estaba dejando seducir, atraído por el brillo de la aventura. Ella se había ofrecido a ayudarlo a buscar los papeles de la herencia en la antigua planta del Ron Caribe. Pero ella era hija de Fidel, ¿no sería eso un inconveniente más que una ayuda? De todos modos ella era santiaguera, sabía como moverse, tenía interés en ayudarlo…, o quizás en una aventura. "¡Aceptarías una invitación para vivir una noche de pasión y lujuria!", recordaba Oliver haberlo intentado otras veces.

–¡Del saco a la olla! –volvió a repetir Dolores que no se había callado ni un momento.

–¡Congelados Criollos! –reaccionó esta vez Oliver.

Se sintió un poco avergonzado. En su pensamiento…, bueno, había pensado en tantas cosas, pero en esa última escena recién se estrujaba con Amparito en la playa.

–En Puerto Rico había una vez una fábrica, Congelados Criollos creo que se llamaba, que congelaba los plátanos. Fue un desastre.

Era lo que Dolores estaba esperando que Oliver dijera, los puertorriqueños y los cubanos tienen más o menos los mismos gustos, al menos así pensaba ella. Pero comprendió que Oliver estaba abstraído con sus asuntos.

–Figúrese usted, Oliver… –dijo Dolores.

–Fernando, recuérdese, Fernando –la interrumpió Oliver con una sonrisa.

–Es cierto... –se disculpó Dolores–. Tan pronto almuerce...

–Yo quisiera empezar a buscar esos papeles desde ya, además no tengo apetito –planteó Oliver. Miró a Dolores tiernamente, como el que suplica, ella le recordaba a su abuela Clara.

–¡Vaya!, para eso vas a tener que esperar, viejo –explicó Dolores–. Primero, Carmelo no llega hasta la noche, quizá mañana.

–¿Carmelo, quién es Carmelo?

–¡Hombreé!, Fernando. ¿Otra vez? Carmelo, el del Happy Landing..., en el malecón de La Habana –intervino Sofía. Oliver hizo un gesto, molesto–. No jeringues Fernando... Carmelo es la persona que te va a resolver lo tuyo, así que... no jodáis.

–Pero hay algo más –murmuró Dolores misteriosamente, levantándose de la mesa. Le hizo unas señas a Caridad y hablaron algo que sólo ellas entendían. Caridad preguntó que si no era mejor echar los cangrejos de una vez directamente a la olla. Dolores le preguntó al Padre que qué hora era, contó con los dedos y le contestó que sí.

–Fidel viene para acá –anunció Dolores, sin rodeos–. Bueno, quizá..., con él uno nunca sabe, pero..., ayer en la mañana telefoneó el jefe de su seguridad y me previno.

Hubo diversas reacciones. Cada cual se refugió dentro de su propia historia. El Padre estaba acostumbrado a estos brincos y saltos. Como no iba a estarlo, como decía Sofía, él era el único masoquista que iba de dictador en dictador.

Oliver pensó que era una broma, pero no estaba seguro. ¿Qué más le podía faltar a este viaje? En casa de los Céspedes descubrió que su esposa, Lucía, había viajado con la orquesta de su padre a Puerto Rico, nada menos que a la inauguración del gobernador Muñoz, "etiquetas blancas, bandejas de plata".

–Hay un congreso de la Asociación Médica de las Américas, o algo así por el estilo –explicó Dolores, mirando a Sofía a los ojos que no escondía sus nervios–. Hay médicos de todos los lugares. ¡Vienen con sus esposas!.., ¡o con las novias! Esos congresos suceden a cada rato: abogados, industriales, comerciantes, a todos les encanta celebrar esos congresos aquí en Cuba. ¡No tengas apuros, vieja! –le dijo a Sofía, apretándole la mano.

–Ellos vienen a indagar, a averiguar cómo andan las cosas en Cuba –continuó Dolores, pensando que le resultaba más fácil enfrentar a los cangrejos que a estos invitados asustadizos. El Padre no, al contrario, entre él y Amparito servían el café: ¿negro o con leche?

–¿Equal? –bromeó Amparito, que tenía unas primas en Miami que le habían contado de un azúcar mágica que endulza y no engorda. Todos rieron.

–Gracias, vieja –le guiñó un ojo Dolores a su hija, más por la broma que por el café.

–La curiosidad los arrastra –musitó Sofía, apaciguando en su mente sus temores.

–Óyeme Sofía, mi niña, –prosiguió Dolores– vienen a contabilizar las virtudes y las miserias de la Revolución. ¡Del comunismo!, como dice la prensa internacional. Luego cada cual lo pinta según el color... Nuestros hermanos cubanos de la Cuba del Norte...

–¡Por Dios, Dolores! –saltó el Padre–. Vos tenés un gran sentido del humor. ¡Cuba del Norte!

–¿No es así como solucionan estos problemas los americanos y sus amigos? Figúrate: Irlanda del Norte, Corea del Norte, Vietnam... –Todos reían, pero a la vez reconocían el agudo sentido político de Dolores. Ella había estado en los dos lados de la verja: a favor,

activamente a favor de la Revolución, desde adentro; y en contra, activamente en contra, desde adentro. Quizá por eso ella era más comprensiva con los cubanos en el exilio.

–¡La Cuba del Norte! –volvió a plantear Dolores–. Estos médicos…, abogados, industriales…, ellos vienen a estos congresos a curiosear. Luego se van a pregonar virtudes y defectos. Los que pertenecen a la izquierda, sólo ven el éxito de la Revolución. Los de la derecha sólo ven el fracaso.

Dolores hablaba pausada, arrastraba un dolor, había cautivado la atención de sus visitantes, que por una semana se habían convertido en su círculo íntimo.

–Cada comentario de estos emisarios electrifica las emociones de los cubanos: de los que viven en el norte y de los que viven en la isla. Las virtudes de la Revolución reciben el más estridente repudio en el norte; boicot, piquetes. Mientras en la isla provocan júbilo. Y viceversa.

Alguien se acercó a la puerta, hizo una señal. Estaba vestido de uniforme militar. Dolores le pidió a Amparito que fuera a ver. Cada cual se transportó a su tierra natal. El Padre flotaba entre peronistas y antiperonistas, Sofía se tambaleaba entre franquistas y antifranquistas, y Oliver entre muñocistas y antimuñocistas.

–No he conocido ni un solo congresista, ya sea médico, abogado o industrial…, –continuaba Dolores, como si estuviera a cargo del discurso de presentación de lo que pronto iba a suceder– que no haya venido a Cuba con una idea preconcebida sobre la Revolución Cubana, y eso no es el punto, el punto es que no importa lo que aquí descubran, averigüen e indaguen, siempre regresan a sus hogares con las mismas ideas con que llegaron. Es puro fundamentalismo…

–Vos tenés que entender, Dolores, que la izquierda es la izquierda y la derecha es la derecha en todas partes del mundo.

Cada cual en su mundo. Mirá, aquí acabo de leer que en Italia... –planteaba el Padre con el Granma en la mano, pero Dolores lo atajó.

–Pero los argentinos en Argentina y los argentinos en el exilio no se odian –planteó Dolores, recorriendo con la mirada a sus invitados–. Los españoles en España..., y perdonen que suene como un sermón, pero es un desahogo –tenía la voz atijerada– Los españoles en España y los españoles en el exilio no se odian, ¿verdad? –Sofía le apretó la mano. Entonces Dolores miró a Oliver y cuando quiso seguir, no pudo, dos líneas paralelas le brillaban por las mejillas.

–Es cierto –musito Oliver. Pensó en su familia. ¡Vende patria! ¡Comunista! ¡Separatista! Pero al final, siempre los besos, los abrazos, los calderos de arroz con pollo, los discos del Gran Combo. Una vieja melodía lo transportó. "¡Vamos muchachos a la banda allá/ que ya se acerca la navidad!", tarareó para sí mismo–. Es cierto, los puertorriqueños de Nueva York y los de la Isla no se odian –convino apreciativamente Oliver.

–Óyeme Fernando..., –Hubo una pausa–. La mitad de los puertorriqueños viven en el exilio, en los Estados Unidos, ¡imagínate si se odiaran! –confrontó Dolores a Oliver–. Pero los cubanos de Miami y los cubanos de Cuba nos odiamos.

Amparito regresó y se sentó al lado de su madre. Estaba nerviosa. Le dijo que el oficial de seguridad estaba con la misma nebulosa de siempre, que quizá vienen, que quizá no vienen. Que quizá venían los médicos sin él, que ya nos avisarían. Cosas de la seguridad, nunca se sabe donde él va a estar, avisan que va para un sitio y arranca para otro, decía Dolores.

–Este paladar es mío..., y no es mío, realmente es del estado. Cuando ellos dicen que vienen, todos los demás clientes se tienen que ir. ¡Menos ustedes! –sentenció desafiante Dolores–. Ustedes

son de la casa. Figúrate tú, –afirmó, volteándose hacía Sofía, sabiendo que hablaba con la prensa– ¿cuántas fiestas de gobierno se han celebrado aquí? Este no es un lugar de lujo, pero tiene sus encantos, a todos ellos le gusta venir aquí, por los mojitos…, porque el ajiaco y los cangrejos son una tradición. Esta fonda la fundó mi abuela, que se llamaba como yo, Dolores... –Le echó el brazo a Amparito y le murmuró algo en el oído. Amparito señaló hacia la cocina y le contestaba que sí con los ojos–. Todo es un sacrificio por el partido, por la patria, por la Revolución. Todos los González venían aquí. Ahora viven en la otra Cuba –reflexionó, y miró a Oliver fijamente, como si hasta entonces hubiera guardado un secreto que se disponía a revelar–. Ellos eran amigos del Paladar de Dolores, ¡por años!, una y otra generación. ¿Me odiaran ahora? –Se le cortó la voz y dio unos golpecitos en la mesa para recuperar el temple–. En esas mismas mesas se sentaba Conchita, y Gabriel y Roberto, cuando jóvenes y luego con sus hijos, porque ellos visitaban a Cuba con frecuencia. Aquel otro…, Ricardo. Comían aquí ajiaco, patas de cangrejos y luego jugaban dominó toda la tarde. Hasta la tía Ana venía, que era una santa, Dios la tenga en la gloria, siempre ayudando a los desamparados. ¡Esa sí! Recuerdo que un día le propuso a mi abuela que toda la comida que sobrara al final del día, se la donáramos al Asilo de Beneficiencia de Santiago de Cuba, ¡figúrate tú!, que ella tenía unos voluntarios que venían y la buscaban. Y mi abuela dijo que sí, pero una cosa es decirlo y otra es hacerlo. Este es un lugar de jaranas y fiestas, y la caridad es un trabajo que requiere mucha voluntad. A estas alturas creo que la tía Ana es la única que no me odiará.

Desde que Dolores mencionó a la tía Ana, Oliver sintió un pálpito. No quería perderse por los pasillos de su mente. Las historias de don Roberto y don Gabriel lo seducían, pero se tambaleaba, el testimonio de Dolores le taladraba la conciencia. Don Roberto hubiera querido escuchar esto, se dijo para organizar los sentimientos.

–Si yo me fuera de Cuba…, –continuó Dolores, con la voz grave y pausada. Todos la miraban con un aire solemne. Sofía se dispuso a guardar su libreta, "hay que respetar el dolor ajeno…", se dijo, recordando al jefe de la revista, pero Dolores le dijo con la mirada que siguiera–. Haz tu trabajo, que yo quiero que el mundo me escuche –le sonrió–. Si yo me fuera de Cuba me recibirían en Miami como un héroe. Entonces acá me llamarían gusana y me odiarían.

Amparito sintió que flotaba sobre rastrojos de insultos. Ella esperaba con ansiedad el día que se sacara el sorteo que le permitiera salir de Cuba. Los famosos Viajes de la Libertad se habían eliminados por disposición del régimen. Ahora había que esperar por el sorteo o lanzarse al mar. Desde luego que ella había apelado a su padre, pero aún así, solamente recibía desilusiones de un trámite burocrático que mantiene presos a los cubanos en su propia isla.

–Pero si decidiera quedarme acá, entonces en Miami me seguirán despreciando. Y me duele mucho que todos estos congresales que visitan Cuba, dizque para compartir el desarrollo de la medicina o los derechos de la mujer, luego, con sus comentarios dividen más al pueblo cubano. Los que siempre han alabado la Revolución, ¡a ciegas!, aún antes de venir a Cuba a conocerla, regresan a sus casas alabándola. Los que siempre han repudiado la Revolución, ¡a ciegas!, aún antes de conocerla, luego regresan a sus casas repudiándola. No he conocido uno que haya cambiado de opinión. No hay honestidad, solo prejuicio, fundamentalismo. Y la prensa corre tras ellos –le apretó la mano a Sofía– no te ofendas por favor…, recogen las alabanzas y van a Miami a agitar, para que nos odien más. Y lo mismo hacen con los que repudian la Revolución, le traen los comentarios a nuestros políticos para que echen fuego por la boca. Nadie hace nada por unir a este pueblo cubano.

–¡MAMI YA! –explotó Amparito–. El problema es de los cubanos y les toca a los cubanos resolverlo. No le eches la culpa a la prensa

ni a los visitantes. Todos esos visitantes nos traen dólares. ¿Qué vamos a hacer el día que los rusos nos manden al infierno?

–La Cuba del Norte –suspiró el Padre, pensando que ya era hora de azucarar la conversación. Lo logró, pues todos sintieron un alivio y hasta rieron.

Caridad salió de la cocina y tras ella salió también el olor a las patas de cangrejos. ¡Mmm!, musitó Sofía, que rico huele. Caridad prendió la radio y fue cambiando de una estación a otra hasta que se detuvo. Pegó la oreja y se sumergió en un murmullo melancólico.

–Me tienes que contar lo que esta pasando, Cari, hacen dos días que no sé nada –le gritó Amparito. La cocinera le hizo señas de que se pegara al radio, pero Amparito declinó–. Por hoy, para novelas ya he tenido bastante. ¡El Dolor de Dolores! –dijo, marcando cada sílaba, y volteándose abrazó a su mamá y le dio un beso en la frente.

A la puerta llegaron dos oficiales militares y Dolores fue inmediatamente a atenderlos. Le confirmaron que un grupo del Congreso Médico venía para el paladar. Con sus esposas, aclaró cínicamente uno de los oficiales. No quisieron confirmar si Fidel estaría en el grupo, pero por la mirada de los oficiales ella sabía, bien que sabía. A Fidel le gustaba pasar por el paladar aunque fuera esporádicamente y compartir con su hija, y a Amparito le gustaba compartir con ese padre lejano, como un personaje sacado de un cuento. Dolores y los oficiales se enfrascaron en una conversación, aunque por ratos parecía una discusión. Al final los oficiales hicieron unos gestos de aprobación. Dolores fue a la cocina y les trajo café, les pidió que se sentaran un momento. Luego fue a donde Sofía y les consiguió cigarrillos. Eran jóvenes, podían ser sus hijos. Dolores sabía, sabía muchas cosas. Sabía que un buche de café y un atado de cigarrillos podían salvarle el pellejo a ella y a su hija. Por ahora conseguía que le permitieran a sus invitados

permanecer en el paladar, viniera quien viniera. Los oficiales también sabían, sabían que Dolores con un solo telefonazo podía accesar al corazón de Fidel. Dolores se sentó un rato con ellos, le dijo que las patas de cangrejos ya estaban, que si querían probarlas. Pero ellos declinaron, que quizás luego, que por ahora..., y se levantaron y se fueron.

–¡La Cuba del Norte! –volvió a decir el Padre, con un aire entre cínico y reflexivo.

–Óyeme, Padre.., ¡por tu madre!, no te burles –explotó Dolores en risas.

–Dios me libre, Dolores, ¡Dios me libre! –repetía el Padre con las manos en alto–. Sabés, me parece muy interesante, no me estoy burlando –pero no podía parar de reírse–. ¡Che!, quizá sea una buena salida para los Estados Unidos –sostuvo. Ahora hablaba en serio–. Le cede Miami a la comunidad cubana en el exilio y les ofrece un tratado de commonwealth, algo así como...

–¡Hombreé! El Estado Libre Asociado de Puerto Rico –saltó Sofía, dando palmadas en el aire.

–Exacto –aprobó el Padre.

–Padre, por favor –protestó Oliver, haciendo una cruz con los dedos–. Mejor continúe usted jeringando a Dolores.

–Mire, Fernando –intervino Dolores, con una mirada que lo decía todo. Le dio un vuelco a los ojos y sonrió, esa habilidad que tienen algunas personas de ser firme y dulce a la misma vez.

–Esperá, esperá..., mirá que ahora viene lo mejor. –El Padre miraba a Dolores y se reía. Él sabía que si Fidel venía, mejor era que relajaran los nervios–. Junto con la proclamación de la Cuba del Norte, Estados Unidos levanta el bloqueo a Cuba. Vos te podés imaginá..., vuelve la Coca–Cola, City Bank, AT&T y..., colorín, colorado...

Amparito se levantó con una sonrisa, para no parecer brusca, y se acercó a Caridad, subiéndole un poco el volumen a la radio. Ahora estaban las dos embelesadas con la novela.

–Luego van a venir los ¡YANKEE GO HOME!, como en todas partes del mundo –planteó Sofía. Lo pensó dos veces antes de hacer el comentario, pero decidió que nada mejor para distraer las ansiedades que hablar como los locos. Yo no estoy nerviosa, se decía así misma. Lo que estoy es ansiosa. "Por culpa de este tío la otra vez por poco me meten presa. Y lo peor: no pude terminar la entrevista". Ahora Sofía lo tendría nuevamente de frente. ¿Será verdad?

–Es cierto, luego vendrán los ¡YANKEES GO HOME! –concedió el Padre con una sonrisa–. Pero luego es luego –argumentó–. Tenés que primero poner a Cuba a la par con todos los demás países; los americanos invierten y la izquierda: ¡YANKEES GO HOME!

–Es irónico –balbuceó Oliver–. Piden a gritos que le quiten el embargo, pero cuando llega la avalancha de inversiones americanas, entonces, go home –lo resumió como si quisiera asegurarse que entendía bien el argumento.

–¡Che!, parece irónico…, pero esa es la naturaleza humana –añadió el Padre–. Vos tenés que comprender que el bloqueo tiene ya, ¿cuanto?, ¿veinte años?, de 1960, ¿eh?, por ahí. Hasta ahora, para lo único que ha servido es para encender las pasiones. ¡El bloqueo genocida del Imperialismo Yankee! Es el grito que mantiene vivas las fuerzas de la Revolución. Si le levantan el bloqueo mañana, se les acaba el argumento –Hubo un silencio a coro–. Los yankees go home vendrán después…, todo tiene su momento.

–Pero bueno, –cuestionó Sofía– ¿por qué los Estados Unidos no lo hacen?, vamos, ¿por qué no levantan el embargo?

–De seguro que a la Coca–Cola le va a interesar –comentó Oliver.

–Figúrate, viejo, hacen veinte años que yo no me tomo una Coca–Cola –suspiró Dolores, como si no hubiera nada como la Coca–Cola.

Sofía se moría de la risa porque en España era igual, el refresco nacional era la Coca–Cola. Cuando logró recuperar la atención, planteó, encogiendo los hombros como el que va a decir una burrada:

–Los Estados Unidos le lanzaron dos bombas atómicas a Japón, ¿cierto? Luego, lo reconstruyeron, le proveen defensa y le compran una avalancha de Toyotas todos los años para que prosperen. Un extra terrestre pensaría que quien atacó a Pearl Harbor fue Fidel Castro. –Todos explotaron en carcajadas, pero Dolores era la más, se reía como si la estuvieran matando a cosquilla.

–Los japoneses se rindieron –afirmó el Padre, con los últimos ecos de las carcajadas–. Eso hace una gran diferencia.

–Pero han pasado veinte años –replanteó Oliver, buscando con la mirada la aprobación de Dolores.

–Es cierto... el embargo lleva veinte años –se encogió de hombros el Padre–. Pero tenés que entender que la comunidad cubana en el exilio mantiene una fuerte punta de lanza en el Congreso. Es un caso solamente comparable con el de los judíos. Por eso es que lo de la Cuba del Norte me parece una muy buena salida para los tres.

–¡¿Tres?! –preguntó Sofía, que no paraba de tomar notas.

–Estados Unidos y las dos Cubas –sostuvo el Padre, enfatizando con los dedos.

Así estaban las cosas cuando los delegados del Congreso de Médicos comenzaron a llegar. Amparito apagó el radio, pero Dolores lo volvió a prender, esta vez en una estación de música. A Sofía le pareció que tocaban el Danzón Almendra. Un alboroto iba entrando

con los nuevos comensales. Amparito, Dolores y Caridad se afanaban colocando palanganas repletas de patas de cangrejos en las mesas. Echaban humo y el aroma era irresistible. En la fonda solo estaban los congresales que iban llegando, y en una esquina la mesa donde permanecían el Padre, Sofía y Oliver. A los comensales habituales las fuerzas de seguridad no los dejaban acercarse. Ellos están acostumbrados a eso, comentó el Padre. ¡Desde luego que es el Danzón Almendra!, se dijo Sofía, reconociendo el fogonazo dorado de las trompetas. Se acordó de los tiempos de cuando era cubana…, cuando estaba casada con Luis Salazar y él ponía el tocadiscos a todo dar en la casa de Torrimar, y ella preparaba los Caribe & Coke, mientras él cocinaba los frijoles y la yuca.

Calculaba: ¿vendrá o no vendrá? Tanto trabajo la otra vez para conseguir una entrevista con Fidel, y ahora… ¿Será verdad? Tenía mariposas en el estomago. No era la primera vez, siempre que iba a entrevistar a una celebridad sentía la misma sensación. Tan pronto comenzaba la entrevista, se le pasaba. Pero mientras tanto, era una guerra de nervios.

No se lo podía imaginar en aquella jarana de médicos que ahora se colocaban los delantales y posaban para fotos, entre chistes y jalones fraternales. Los médicos azotaban las patas y volvían a otra ronda de fotos, se pasaban las cámaras unos a otros. Devoraban las patas con ferocidad cuando llegó Fidel.

Capítulo 28

–¡Che!, ahí lo tenés. Que no es lo mismo llamar al Diablo, que verlo venir –dijo el Padre.

Fidel Castro entró fuertemente escoltado. Una nube de polvo se levantó cuando la comitiva se detuvo en el medio de la calle.

–Sabés, entre Perón y Fidel, llevo sobre 25 años sobreviviendo a los estragos de la dictadura. Dios provee…, además uno aprende a hacerse invisible. Nuestra misión es mantener viva la fe, en lo que algún día cae la dictadura, o Dios baja del cielo, o…, el Papa se da un viajecito por estas tierras.

–¿Usted cree en los milagros? –preguntó Oliver, por decir algo. Sofía lo miró fijamente, con una sonrisita entre nerviosa y sarcástica. "Qué pregunta a un sacerdote", se le dibujaba el pensamiento.

–Vos también tenés que creer en los milagros. Yo creo que algún día el Papa vendrá por estas tierras y Fidel va a comportarse como un buen monaguillo. De eso hemos hablado…

–¡¿Con él?! –se extrañó Oliver.

–Si, con él. Cuando a él la cosa se le pone difícil, recurre a los pocos sacerdotes que todavía quedamos en Cuba. Como cuando la famosa zafra de los diez millones.

Oliver y Sofía lo miraban sorprendidos.

–¡Che!, Fidel es un hombre muy hábil, él sabe que este es un pueblo profundamente religioso…, que tarde o temprano tendrá que reconciliarse con la Iglesia. Así que…, no me extrañaría que un día de estos le pida al Papa que visite a Cuba.

–Padre, cambie el tema –murmuró Sofía.

Cuatro mesas más abajo, Fidel conversaba con uno de los médicos que parecía ser el líder del grupo. Se daban palmadas y se reían; saboreaban unos habanos.

–Hay visitas que te pueden dar la gran sorpresa –dijo el Padre, recordando una simpática anécdota que le pareció refrescante para matar el tiempo.

Dolores fue a saludar a Fidel. Se dieron unas palmadas y besos en las mejillas. Amparito se acercó y saludó a su padre. Se abrazaron.

"Hay visitas que te pueden dar la gran sorpresa", se quedó la frase dándole vueltas en la cabeza a Sofía.

–La noche que vino a cenar una visita inesperada –dijo el Padre, misteriosamente.

Sofía lo fusiló con la mirada; estaba ansiosa. Hubo un silencio a tres voces.

–Una vez fui a parar a la Plaza San Marcos, en Venecia –rompió el hielo el Padre.

–¡Olé! –exclamó Sofía aliviada, que llevaba en la piel viejas historias de amor que descubrió en aquella ciudad tejida por canales. El Padre quería tranquilizarla.

Fidel presentaba a Amparito a los médicos. Oliver observaba incrédulo. ¿Qué pensaría su abuela Clara, o su tía Stella, si supieran

que él estaba ahí, con Fidel Castro al alcance de la mano? ¡Comunista! ¡Marxista! ¿Cómo reaccionaría su mamá?

–Eran mis tiempos de estudiante de teología y me enviaron a un intercambio en la Basílica de San Marcos; mi primer viaje a Europa. Mi hermana, una burguesita de Buenos Aires que para entonces trabajaba en un museo de Milán, tomó el tren hasta Venecia, para visitarme.

Caridad se escurría entre las mesas, con las palancas de cangrejos echando humo.

–Nos encontramos en lo del seminario, me invitó a cenar y le propuse que se uniera a la cena de los seminaristas. ¡Pero que va, che!, mirá que hacía tiempo que no nos veíamos, pero ella no había cambiado en nada. Una burguesita es una burguesita, en Buenos Aires o en Milán, me dijo. Que vos tenés que probar este lugar que es divino, insistió, como si hubiera algo más divino que la Basílica.

Los médicos tenían un tremendo bacilón, tomándose fotos con Fidel y con Dolores. La escolta entraba y salía constantemente. Era un grupo de soldados incondicionales, cuidadosamente seleccionados, fornidos y con pistolones al cinto, que lo acompañaban para proteger su vida en cada lugar y en cada momento.

–Así las cosas, fuimos a un restaurante que, ¡che!, vos te podrás imaginá… Es lo más bello que yo haya visto: los espejos, los techos, las lámparas, en fin. Todos los mozos con etiquetas negras y lazos blancos. Para completar, una vista…, desde el segundo piso, hacia la Plaza San Marcos. La comida, ¡tenés que imaginártela!… ¿Qué, vos pensás que estoy exagerando?

Sofía se reía, encendió un cigarrillo y echaba bocanadas de humo.

–¡Hombreé! Esta tía es incapaz de dudar de usted, Padre.

Oliver seguía con la mirada a Amparito, que ahora se afanaba llevando mojitos a las mesas. Esa chica lo atraía: fajona, sudá, con

el pelo revuelto. "¡Coño!, que caderas. Y pensar que ella es hija de Fidel."

Caridad volvía a la carga con más palanganas de patas de cangrejos, mientras los médicos seguían con las rondas de fotos: con Dolores, con Fidel, con uno que otro decano. Oliver tenía hambre. "El desayuno se me fue a los pies", se acordó que decía su abuela Clara. Pensó en el guardia en la cárcel. Hizo un esfuerzo por acordarse del nombre pero no le vino a la mente.

–Recuerdo que nos sirvieron…, ¿cómo vos le llamás? Mm…, ¡Mouse!, un mouse de bacalao. Vos te imaginás, en el corazón de Venecia, un mouse de bacalao.

–¡Ustedes se fueron lejos! –interrumpió Dolores, que traía una bandeja de mojitos–. ¡A Venecia a comer bacalao! Les traigo estos mojitos alante. Las patas de cangrejos vienen, pero es que con este jaleo… Estamos hirviendo más.

–Y un risoto con pescado, ¡Mm!, hecho con vino blanco –continuó el Padre, tan pronto Dolores se alejó; murmuraba oraciones en orisha.

–Háblenos de los vinos –musitó Sofía, evocando un paseo en góndola que jamás ha podido olvidar–. "Que profunda emoción/ Recordar el ayer/ Cuando todo en Venecia me hablaba de ti" –canturreó. Inhaló su cigarrillo meditativa. Oliver bebía su mojito, sumergido en sus asuntos. El nunca había viajado a Europa, así que prefería estar entre ausente y presente.

La escolta entró apresuradamente, hablaron algo con Fidel, y volvieron a salir. Oliver no les quitaba los ojos de encima.

–Me trajeron la carta de vino, –continuó el Padre– y yo se la pasé inmediatamente a mi hermana. Vos tenés que imaginártela…, estudiando la carta, haciendo preguntas inteligentes. ¡La sangre de Cristo!, murmuró y a mi se me salió una carcajada que agujereó la

noche. Trajeron la botella, y le recalqué al mozo que ella era la que sabía. Así llegamos a la prueba del primer sorbo, ¡ese protocolo, che!, yo observaba a mi hermana y recordaba todas aquellas galas que ella organizaba dentro de la sociedad de Buenos Aires. Hay que ver cómo la caridad se manifiesta de gala en gala.

–Y en los torneos de golf –añadió Oliver, que se asomaba a la conversación de vez en cuando.

–¡Hombreé! Es que según la Biblia, Dios ama al dador alegre. Me imagino que será por eso que la caridad va muy bien con las galas y los desfiles de moda –planteó Sofía, y el Padre explotó en carcajadas.

Sofía movía lentamente su mojito, pensativa, como si la envolviera un remolino de recuerdos. Miró a Oliver y pensó en su difunto esposo.

–Pero bueno, Fernando sabe, porque el fue abogado de las empresas de mi marido. La cantidad de torneos de golf y galas…

–De seguro que Dios lo tiene en la gloria –sentenció burlón el Padre. Tomó un sorbo de su mojito, y encogiéndose de hombros dijo con resignación–: Vos tenés que entender que do modo la caridad…

La cocinera se acerco con una nueva bandeja de mojitos, y al escuchar su nombre reaccionó sorprendida:

–Para servirle.

Sofía y el Padre la abrumaron con explicaciones, pero la pobre no estaba para bromas. Había estado, como todos los días, de pie trabajando desde las cinco de la mañana, sin parar. Le pareció de mal gusto que estuvieran hablando de ella a sus espaldas. Colocó los mojitos, con la bemba pará, y se fue mascullando.

Fidel y los médicos seguían envueltos en su "Festival del

Cangrejo", como lo titularía un mes después Sofía, en uno de sus sorpresivos reportajes sobre Cuba que le dieron la vuelta al mundo.

–Padre, usted dijo que nos iba a hablar de la noche que vino a cenar un invitado inesperado, pero ha dado más vueltas que un trompo... –se burló Oliver.

Sofía abrió los ojos, no era el momento para indiscreciones. Oliver le sacó la lengua.

–¡Fernando!, no jeringues –Lo pateó por debajo de la mesa.

–¡Qué pasa! –reaccionó Oliver con cara de santito, que a esas alturas ya los mojitos lo tenían medio dulzón.

–¡Joder! –se defendió Sofía–, que estábamos muy bien por Venecia, con la hermana del Padre...

–Angélica –dijo el Padre.

–¡¿Y?! –reaccionó Oliver.

–...pues eso mismo, con Angélica, y tu queréis volver al tema de Fidel.

El Padre se reía por dentro. Por ratos parecían chiquillos con pellizcos y patadas.

La jarana seguía al ritmo de un atardecer tropical: tabaco, mojitos, chicas y un cha–cha–chá que en esos momentos trompeteaba la radio. ¡Quiero que vivas solo para mí! Las sombras de la noche se iban acomodando y el humo jugaba con las formas, estimulando la imaginación. Las palanganas de cangrejos iban y venían y los médicos las devoraban enardecidos, entre rondas de fotografías y un alboroto de camaradas, pues las inhibiciones se fueron con los últimos rayos del sol. Era obvio lo que decía Dolores, las mujeres no eran las esposas. Si no, como explicarse que no posaran para las fotos. El Padre se los imaginaba llegando a sus casas, con las maletas repletas de fotos –sin las mujeres– y la cabeza repleta de recuerdos

–con las mujeres. Las únicas mujeres que posaban en las fotos eran Dolores y Caridad, porque tenían la edad y las libras para no levantar sospechas.

Dolores se acercó con dos palanganas de palancas de cangrejos. ¡Por fin!, balbuceo Oliver, que se moría de hambre.

–¡Oye!, le dije a Fidel que nos acompañara –anunció Dolores–. Ya mismo viene por ahí.

Detrás llegó Amparito que le hacía señas a Caridad para que se uniera a la mesa. ¡Vente Caridad!, le gritó el Padre, tratando de arreglar los malos entendidos, pero ella no quería. Prefería comer a solas en la cocina. Amparito haló una silla y se sentó. Estiró las piernas y suspiró, profundamente, despidiendo el cansancio de tanto ajetreo.

–Al terminar la cena… –dijo el Padre.

–¿De qué cena usted habla, Padre, si ahora es que vamos a comer? –interrumpió Amparito, observando el residuo de la jarana de los médicos. El humo era cada vez más espeso, el eco de las carcajadas aumentaba con cada round de mojitos. Había como siempre en cada fiesta, un grupo que no se iba, esos que se quedan y se requedan, entre ellos Fidel, que hablaba de béisbol y ahora jugaba dominó con sus camaradas.

–¡Che!, estaba contándole a Sofía y a Fernando de la noche que vino a cenar un invitado inesperado –aclaró el Padre, mirando a Amparito y apretándole el brazo a Dolores.

–¡Hombreé!, Padre, usted nos tiene mareaos. Tanto rodeo y tanto misterio… –se rió Sofía–. Cuando esta tía cuente en la revista que Fidel Castro vino a cenar a una fonda de Santiago, ¡El invitado inesperado que vino una noche a cenar!, ya le tengo título y todo. ¡No se ría Padre!… Que estuvo sentado entre risotadas de amigotes, cuatro mesas a mi izquierda… Que nos refugiamos en un cuento

lejano en Venecia para distraer las ansiedades, una ciudad tejida por canales... Esa frase me gustó, Padre. Voy a ver como le doy un toque romántico a mis reportajes..., no todo puede ser revolución y comunismo.

Sofía hablaba como si estuviera narrando un cuento. Tomaba notas, leía y releía, cambiando la entonación de la voz. Dolores comenzó a devorar las patas y con el mismo ánimo siguieron Oliver y Amparito.

–Pues esa noche al terminar de cenar, –volvió el Padre, haciéndole señas con las manos a Sofía para que no lo interrumpiera. Sentía la necesidad de concluir la historia– uno de aquellos mozos elegantísimos, con su chaqueta y su lazo impecable, se acercó misteriosamente y nos dijo que nos tenían que ayudar porque íbamos a tener dificultad para salir del restaurante. ¡Che!, yo pensé que se refería a la cantidad de vino que habíamos tomado, pero no, llamó a un joven a la cocina, y con muchísima vergüenza nos dijo que el canal se había metido en el primer piso.

–¡En el primer piso! –reaccionó sorprendida Dolores–. Oye eso, figúrate tú. ¡¿Mucho?!

–Como unas tres pulgadas.

–¿Y eso...? –dijo Sofía con los ojos como dos faroles.

–La marea. Vos tenés que entender que cuando sube la marea...

–Padre Santo, ¿y cómo hicieron? –indagó Sofía, con la libreta de tomar notas nuevamente en acción.

–El muchacho de la cocina nos dio a cada uno de nosotros un par de botas de goma, de esas que usan los bomberos, que llegan hasta las rodillas. Recuerdo que yo me las puse y bajé..., al encuentro con el canal. Pero Angélica pretendía ponerse las botas sin quitarse los tacos... ¡Che, qué bárbara!, y comenzó a refunfuñar y a patalear. El mozo se sentía tan mal que no encontraba dónde poner la cara.

Tenés que imaginártelo. Aquel lujo…, los precios amenazantes…, y el canal vino a cenar. Y mi hermana…, no tuvo más remedio que ponerse las botas y bajar con los tacos en las manos. El mozo no sabía de qué forma más excusarse, y yo, para que no se sintiera tan mal le dije: ¡A veces llega un invitado inesperado a cenar!

En ese preciso momento se acercó Fidel a la mesa. De un brinco Dolores quedó de pie, y comenzó con las presentaciones.

–El padre Luis Sotográs, ¿tú lo conoces, verdad?

–¡Oh!, seguro que sí –convino Fidel–. El Padre es un genuino revolucionario.

–La señora Sofía Miró, periodista española. Del Time…

–¡Vaya!, tú y yo nos conocimos el año pasado en La Habana –sostuvo Fidel–. ¿Verdad que sí? –Sofía sintió el estomago lleno de mariposas.

–Fernando Oliver, abogado de Puerto Rico –se apresuró Amparito a decir, con un orgullo que no pudo disimular.

Fidel se sentó entre el Padre y Dolores, y le dijo a Amparito que tenía hambre.

–Me la he pasado bebiendo mojitos y jugando dominó –explicó Fidel–. ¿Cómo está el ajiaco? –le preguntó a Oliver.

–No sé, Comandante –improvisó Oliver–. Hoy sólo nos han traído palancas de cangrejos.

–El ajiaco está divino, pero no había para tanta gente –aclaró Dolores–. ¿Quieres que te sirva, viejo? –Fidel asintió con la cabeza–. ¿Y usted, licenciado?

–Tráele a él también, Dolores –insistió Fidel, desabotonándose el cuello de su uniforme verde olivo.

Dolores llamó a Caridad.

–¡Vaya!, y al Padre..., y a la joven –añadió Fidel. Estiró los brazos y se acomodó el pelo con las manos, como mejor pudo–. Estoy cansao cantidad –suspiró.

–Caridad, vieja –balbuceó Dolores–. Ponte el ajiaco en bañoemaría, que aquí todo el mundo está loco por probarlo –Caridad paró la bemba, estaba extenuada, pegá desde el amanecer.

¡Oye!, ¿tú eres el del jaleo del Ron Caribe? –le preguntó Fidel a Oliver–. Dolores me llamó, pero figúrate tú... Cada vez que ella me llama con un brinco de esos, doctor...

–Oliver, Fernando Oliver. Pero me puede decir Fernando –Oliver por ratos tenía la sensación de que se trataba de un sueño–. Le agradezco todo lo que hizo por mí –balbuceó.

–¡Que va! Si le digo... Cada vez que Dolores me viene con uno de sus brincos yo me inhibo. Pero le dije al doctor Manuel Céspedes que se encargara.

–Fidel, por tu madre –saltó Amparito–. ¡Ni a mí que soy tu hija me has querido ayudar!

Caridad trajo una bandeja de mojitos. Fidel se quedó como si la cosa no fuera con él. Agarró su vaso, lo levantó y brindó por un simpático grupo de amigos. Amparito volvió a la carga: que si el sorteo, que si tanta burocracia, quejándose de que su padre, que era el único que podía hacer algo por ella, no hacía nada para que ella pudiera salir de Cuba.

Hubo un silencio que Fidel aprovechó para encender un habano. Dolores le pidió que le pasara uno. Sofía declinó.

–Amparito –musitó Fidel, reflexivo, exhalando el humo–. En primer lugar, Cuba te necesita... La Revolución...

–¡Fidel, viejo! –replicó Amparito, en la punta de su silla–. Yo tengo 26 años... Desde que tengo uso de razón, ¡Toda mi vida!, sólo

he oído hablar de sacrificios –los labios de Amparito se contrajeron, tenía la sensación de que el futuro se le iba y ella no podía seguirlo.

Fidel la miraba con pasmosa tranquilidad, estaba acostumbrado a esos embates. Sofía había superado las mariposas, estaba lista, al acecho. Pero sabía que si hablaba podía desatar tormentas. Prefería actuar con cautela. Desde luego que su famosa libreta estaba muy bien guardada. Después del susto del año anterior, era mejor evitar. Pero que rico le parecía que la hija le hablara así a su padre, ¡Al Comandante en Jefe Fidel Castro! Grababa en su mente todo detalle.

–¡Oye!, Amparito –prosiguió Fidel–. Tienes que aprender a valorar los estímulos morales; no te dejes arrastrar por los estímulos materiales.

Amparito hizo una mueca, había escuchado el mismo dogma muchas veces. Empinó su mojito y le guiñó un ojo a Sofía, que le expresaba su solidaridad con una sonrisa.

–Yo sé que desde Puerto Rico tu tío Guille te mete cosas en la cabeza. Lo mismo hacen tus primas de Miami, pero todos ellos son menos libres que tú…

–¡Fidel, por tu madre! –reaccionó Dolores–. ¿Cómo se te ocurre semejante disparate?

–¡Vamos, Dolores!, sin insultos –le llamó la atención el Padre. El Padre aprovechó para indicarle a Caridad que buscara una musiquita en la radio. Hacía rato que sólo se escuchaba un letargo noticioso. Caridad volvió a parar la bemba, se había creído de verdad que habían estado hablando de ella a sus espaldas.

–¡Oye, doctor! –se rió Fidel–. ¿Usted había visto cosa igual? Estas mujeres no respetan –Fidel se inclinó en su silla, inhalando su habano, pausado.

En eso estaban, cuando la escolta lo interrumpió. A veces Fidel anhelaba caminar a solas y mezclarse con el pueblo, pero eso era

imposible. Él y muchos todavía pensaban que a pesar de sus años, la Revolución dependía en gran medida de su atención personal. Una vez salió la escolta, Fidel le sonrió a Oliver, como quien busca un aliado.

–En mi familia, de niño –Oliver carraspeó– mi papá y mi mamá, mis tíos, mis abuelos, ¡todos!, se la pasaban hablando de política. Recuerdo que siempre se armaba un jaleo por el sólo hecho de mencionar su nombre o el de Muñoz.

Fidel se reía como un niño. Oliver no lo podía creer, le parecía escuchar el eco de aquellas trifulcas en las que cada tío y tía se montaban en tribuna. ¡Comunista! ¡Vende patria!

–¡Oye!, Fernando, aquí, si tú te pones a discutir de política, te cuesta la cárcel –volvió a la carga Amparito–. ¡Que clase de libertad! –se mofó.

–¡Vaya! Eso no es verdad –sostuvo Fidel–. Aquí en Cuba hay libertad de expresión. Lo que pasa es que nosotros no podemos permitir que los políticos asuman posturas contradictorias frente al pueblo, porque lo confunden.

De la radio brotó un viejo bolero: ¡Dos gardenia para ti! Fidel le apretó la mano a Dolores.

–¿Como qué? –se animó Sofía.

–¡Figúrate tú! –Fidel se rascó la cabeza. Luego, consciente de que hablaba para la prensa dijo–: En Cuba no podemos permitir que un líder le hable al pueblo a favor del aborto, y al otro día, venga otro a hablarle en contra del aborto. Eso crea confusión, y el pueblo lo que necesita es un líder que lo guíe, que lo oriente, con una sola voz, no que lo bombardee con opiniones contradictorias.

Caridad llegó con una bandeja repleta de platos de ajiaco, humeantes. Por el olor se adivinaba que estaban sabrosos. Amparito y Sofía ayudaban a repartirlos. Caridad regresó con otra bandeja, esta vez de patas de cangrejos.

–¡Vaya!, Caridad, por poco te olvidas de nosotros. Nos tenía castigados –bromeó Fidel, y todos se rieron menos Caridad.

Empezó de nuevo el martilleo de las palancas, al ajiaco le entraron como si fueran vikingos. Esta vez el ajiaco tenía carne; Sofía iba a decir algo, pero Oliver la detuvo con la mirada.

–Del mismo modo, –Fidel se sintió animado– pasa con la pena de muerte. Nosotros no podemos permitir que grupos a favor y en contra enreden al pueblo. Al pueblo hay que llevarlo de la mano.

–¡Fidel, viejo! –reaccionó Dolores, soltando su cuchara con actitud–. Tú te crees que tienes el monopolio de la verdad.

–Lo que pasa es que tú crees que el pueblo es ignorante –lo miró a los ojos Amparito.

–Padre, estas mujeres no me respetan –se reía Fidel, devorando los cangrejos. Azotaba las patas con una maceta de madera, le sacaba la pulpa, y luego la mezclaba con el caldo del ajiaco, que espesaba majando la calabaza con la yautía.

–¡Che!, a mi me pasa igual. Mi mamá y mis hermanas me tratan como a un come mierda más. ¡Podés imaginártelas! –todos explotaron en carcajadas. Cuando se apagó el bullicio, el Padre aprovechó y le dijo a Fidel–: Sabés, me llamó la atención cuando dijiste que el tío Guille y las primas de Miami son menos libres.

–¡Padre!.. ¿Usted también? –se defendió Fidel. Azotaba una palanca, meditativo, majó calabaza y la mezcló. Saboreaba el banquete, él estaba acostumbrado a que Dolores y Amparito lo jamaquearan. Eran privilegios que venían con el parentesco.

Hubo un silencio a voces. Solo se escuchaba el ¡tan! ¡tan! de las macetas destrozando las patas de cangrejos. Afuera en la calle se sentía la escolta, escuchaban un radio transistor, parecía un juego de béisbol. Caridad regresó con otra bandeja de mojitos.

–Esas primas de Miami no son más libre que tú, Amparito –rompió el silencio Fidel, levantando nuevamente su vaso de mojito–. Ellas

están presas por un sistema económico despiadado, basado en el consumo, que las obliga a trabajar bajo presión para salir disparadas hacia los centros comerciales a adquirir bienes que realmente no necesitan, pero que el sistema les taladra los sesos, haciéndoles creer que necesitan... ¡Eso no es libertad!

–¡Fidel! –se desahogó Amparito–. Yo tengo ya 26 años. Ansío libertad, sueño con la libertad. Hace años que tío Guille quiere que me vaya a vivir con él a Puerto Rico –Sofía la observaba y la apoyaba con la mirada–. Yo prefiero vivir, comparar, tener la opción de la balanza. Hasta ahora sólo he conocido el totalitarismo. Tú tratas a todos los cubanos como si fuéramos retardados mentales, y tú, el gran papá nacional todopoderoso que nos cuidas y nos proteges y piensas por nosotros.

Era cierto, Amparito no le decía papá a Fidel, pero actuaba como cualquier hija rebelde que lanza su grito de libertad (con diez años de atraso). Ningún diputado, periodista, escritor, embajador, ministro, se hubiera atrevido a reñirle así a Fidel. Sólo la rebeldía de una hija era capaz.

En la radio entonaban una sabrosa melodía: ¡Los marcianos llegaron ya/ y llegaron bailando cha–cha–chá! Fidel le hizo un comentario al Padre que se moría de la risa. Dolores le pidió a Caridad que le subiera un poco el volumen al radio. ¡Los marcianos llegaron ya! Fidel le preguntó a Oliver que si esa música se escuchaba en Puerto Rico, y Oliver le contaba que para él esa música era puertorriqueña, que él se crió escuchando esas canciones. Sofía también se acordaba de haberla escuchado en España. En un abrir y cerrar de ojos estaban todos canturreando, ¡Y llegaron bailando cha–cha–chá!

Fidel ofreció habanos y esta vez Sofía sí se animó; encendió el de ella y luego el de él. Sofía no lo podía creer. Era como fumar la pipa de la paz con el Comandante en Jefe, el sueño de todo un continente.

–¡Oye!, Amparito, a los 26 años yo era ya todo un revolucionario –dijo Fidel, que le gustaba combatir el fuego con aceite. Amparito se disparó una carcajada, lo conocía muy bien. Sabía que mientras todos cantaban cha–cha–chá, él maquinaba–. Cuando el ataque al Moncada…, yo tenía exactamente 26 años, ¡Figúrate tú! Y nos propusimos rescatar a este país de la corrupción y los abusos de la dictadura de Batista –Fidel miraba fijamente a Dolores, luego a Sofía, y así a cada uno de ellos–. Día a día, bala a bala, desde la Sierra, resistiendo los embates del ejército de Batista, hasta que triunfó la Revolución…

–¡Fidel, por tu madre, viejo! –lo interrumpió Dolores–. Lo que nos pasó a nosotros los cubanos es que cambiamos una dictadura de derecha por una de izquierda. Realmente no estamos mejor…

–¡Peor es lo que estamos! –saltó Amparito.

Fidel se reía y protestaba. Se quejaba de que Dolores lo invitó a compartir unos mojitos con unos amigos, pero la verdad era que lo traían a palo limpio, desde que se unió al grupo no le quitaban el guante de encima.

–¡Figúrese usted, doctor! –planteó Fidel–. El chiste entre todos mis colegas es que yo he sobrevivido a media docena de presidentes norteamericanos, ¡Hm!, pero estas dos mujeres van a acabar conmigo. Mejor vamos a jugar una partida de dominó.

Oliver trataba en su mente de hacer un line up: "Kennedy, Johnson, Nixon, Ford, Carter…", pero no le cuadraba.

–¿Desde Kennedy? –preguntó Oliver.

–¡Desde Eisenhower!, antes que Kennedy –sonrió Fidel–. Con Kennedy tuvimos dos broncas del coño y su madre.

–¿Cuáles? –preguntó Oliver. Él tenía una idea vaga de Bahía de Cochinos pero prefirió hacerse el ignorante.

–¡Vaya! –Fidel frunció el ceño–. Bahía de Cochinos y luego cuando los cohetes soviéticos…

–¡Oye!, Fernando –brincó Amparito–. No le des cuerda porque nos mete un discurso de cinco horas...

Hubo una salva de carcajadas.

Caridad vino a llevarse los platos, eran rastrojos de cangrejos; del ajiaco nadie dejó nada. Dolores le pidió que le ofreciera a la escolta de Fidel.

–Antes por lo menos los cubanos entraban y salían libremente de Cuba –Amparito no daba tregua–. Yo llevo años tratando de salir, y ni tan siquiera porque soy tu hija me saco el sorteo...

–Amparito, mi niña, eso realmente no te ayuda, al contrario, te perjudica –concedió Fidel. Inhaló su habano y soltó el humo suavemente–. Si tú te sacas el sorteo, toda Cuba va a sospechar...

–Fidel..., –sonrió Amparito, cínicamente– te aseguro que tú sales mejor con tu hija fuera del país –El Padre le guiñó un ojo para animarla–. Si a los 26 años tú eras un revolucionario, tú no vas a querer que tu hija sea una revolucionaria a los 26, porque no descansaría hasta tumbarte del poder.

Caridad llegó con una bandeja de café. Dolores ayudaba y Amparito también. Unos segundos antes Amparito increpaba a su papá. Pero un instante después, todo cambiaba. Amparito ahora le preparaba su café. Que si con leche y tres de azúcar, definitivamente ella conocía sus gustos. Oliver lo quería con leche también, en Puerto Rico se acostumbra con leche, explicó. Pero Sofía y el Padre lo preferían negro.

Amparito se levantó, vengo ahora, dijo, y regresó con unas tijeritas y una peinilla. Sentada en la falda de Fidel, jugaba con su barba. Así estuvo un buen rato.

–¿Cómo le ha ido a usted? –le preguntó Fidel a Sofía.

Sofía empinó su café, colocó la taza y arqueó sus grandes ojos.

–¡Hombreé!, jamás pude imaginarme una dinámica como esta...

–¡Dinámica! ¡Vaya!, usted es bien diplomática, señorita Miró –se disparó una carcajada Fidel–. Dolores y Amparito me traen a palo limpio, y usted le llama dinámica. ¡Coñooo! ¡Eso le ronca la manigueta!

Fidel miró hacia la puerta principal, observaba a su escolta. Luego, mirando a Sofía le dijo:

–¡Oye!, usted la otra vez nos armó un rollo de madre. ¿Se acuerda?

–¡Joder! –A esas alturas los mojitos se habían hecho cargo de las inhibiciones–. Me detuvieron…, yo quería concluir la entrevista, pero su ayudante no me dejó. Me condujeron al hotel y de allí no me dejaban moverme, hasta que regresé a Miami, después de mil llamadas.

–A mi me metieron preso –se quejó Oliver, y todos explotaron en carcajadas y daban palmadas.

–Eso te pasó por decir que eras periodista –se rió Dolores.

–¡Oye! Esa es la libertad de prensa que hay en Cuba –se mofó Amparito, que ese día estaba directa.

–Sofía, mi niña, aquí en este país te morirías de hambre –aseguró Dolores–. En Cuba hay un solo periódico y es del estado. ¡Vaya! Si te pones a escribir tus historias, vas presa.

–¡Eso no es verdad, vieja! –se volvió a defender Fidel, que saboreaba su segunda taza de café que le preparara Amparito.

–¡QUE QUÉÉ! –se mofaron a coro madre e hija.

–¡Oye! Lo que quiero decir es que en Cuba hay dos periódicos: –replicó Fidel, mirándose la barba en un espejo que le sujetaba su hija –el Granma y Juventud Rebelde.

–Los dos juntos son la misma cosa, Fidel –sostuvo Dolores.

–¡Oye!, Sofía, es el mismo vómito de azufre todos los días, ¡Una descarga diaria contra el imperialismo Yankee! –Amparito

sabía que eso era como echarle limón en los ojos a su padre–. Si compras el periódico del lunes, no lo tienes que volver a comprar hasta el próximo lunes. Eso no es libertad de prensa.

–En Cuba hay libertad de prensa –insistió Fidel, pasándole el azúcar a Dolores que andaba por el tercer pocillo–. ¡Vaya!, lo que pasa es que nosotros no podemos permitir el libertinaje que tienen en los Estados Unidos. Allá la prensa es una agitadora y se la pasa sembrando cizaña.

–¡Eso no es verdad! –reaccionó Sofía, y todos explotaron en carcajadas. La tortilla se había virado.

–¡QUE QUÉÉ! –se desquitó Fidel ahora. Estuvieron un rato quemando la prensa, la pobre Sofía se defendía como gata boca arriba.

–En el capitalismo, la prensa es un negocio más, ¡vaya!, se dedican a vender noticias –aprovechó Fidel para rematar a Sofía. Cogió una larga jalá, y botó el humo haciendo círculos–. Allá el presidente de Estados Unidos da un discurso, ¡No te rías Amparito!..., da un discurso sobre política exterior, y la prensa lo acorrala con preguntas sobre escándalos en su gabinete. ¡¿Es eso libertad de prensa?! ¿Qué usted cree Padre?

–¡Che! En Argentina el presidente va a inaugurar una escuela, y podés imaginártelo, la prensa solo le pregunta sobre alguna amante que le quieren imputar a toda máquina.

–Oye eso, Dolores –se rió Fidel.

–Sabés..., eso es cuando no hay dictadura. Porque durante la dictadura es otra cosa...

–¡Ay, viejo! Hay periodistas, y hay periodistas –suspiró Dolores–. En todos los países hay periodistas buenos y periodistas malos. ¡¿Verdad mi niña?! –¡Hombreé!, pues claro. Pero el peor remedio es que el estado intervenga. La única solución es que la misma prensa se discipline.

–Unjú –se mofó Fidel, haciéndole señas a su escolta. Uno de ellos entró y Fidel le dijo algo sobre unos teléfonos. El escolta aprovechó y lo puso al tanto sobre el juego de béisbol, salió y Fidel, volteándose, le dijo a Oliver–: Y usted doctor, ¿qué me dice?

–Mire, –Oliver se sentía tan a gusto que no podía creer lo que estaba viviendo– en Puerto Rico anuncian un huracán, ¡Pero déjame terminar, Sofía!, y la prensa hace una fiesta, continúan alarmando al pueblo aunque el huracán se desvíe y ya no sea un peligro.

–¡Hostia! –explotó Sofía–. Ustedes han cogido de punto a esta tía. ¿No podéis hablar de otro tema? ¿Vale?

Se alborotó el gallinero. Todos hablaban a la vez. Dolores y Amparito se fajaban con Fidel, –que si la libertad de prensa esto, que si la libertad de prensa lo otro. Mientras, el Padre y Oliver agitaban a Sofía, machacando el lado oscuro de la prensa con mil y una anécdotas.

–¡Sofía, mi niña! –se escuchó Dolores por encima de la bulla–. Aquí en Cuba, o te meten presa o te mueres de hambre, pero no hay vida para los periodistas.

En una inusitada algarabía estaban, cuando llegó Caridad con más mojitos. Fidel observó su reloj, ya era tarde. Frunció el ceño, y se excusó, fue al baño. Sofía y Dolores también aprovecharon para ir al baño. Fidel regresó y se disparó un tremendo bostezo.

–¡Óyeme!, doctor –dijo Fidel. Se acomodó en el filo de su silla, meneando su mojito suavemente–. Cuénteme, ¿cuál es el jaleo del Ron Caribe?

A Oliver le dio un corto circuito. Desde que empezó el pleito de los herederos de don Roberto González, tenía el presentimiento de que este caso cambiaría su vida para siempre. Pensó en su abuela Clara, en su mamá y su papá, sus tías y tíos. Nadie le iba a creer que él tenía a Fidel Castro de frente, compartiendo de tú a tú con él en

una fonda de Santiago, tomando mojitos. "Cuénteme, ¿cuál es el jaleo del Ron Caribe?", le daba vuelta en la cabeza. Se dejó arrastrar por el embrujo del momento y le contó. Sin lugar a dudas, el jaleo del Ron Caribe estaba íntimamente ligado a la historia de Cuba y Puerto Rico. Le habló de las largas sesiones de trabajo con el IRS. Le dijo que don Roberto le había contado que el Ron Caribe había nacido en Cuba en el 1862. Pero cuando se expandió a Puerto Rico en el 1936, se reincorporó bajo los estatutos de Nueva York. Que eso lo habían hecho, en primer lugar, huyéndole a los tiranos y dictadores que habían afligido a Cuba hasta entonces. Y en segundo lugar, porque la situación política de Puerto Rico no les brindaba seguridad de que la Isla no se fuera a contagiar (de un pájaro las dos alas) con su propia ensarta de tiranos y dictadores. Y ahora el jaleo era que al reincorporarse en Nueva York, el IRS (ni Cuba ni Puerto Rico), se quedaría con la herencia en cobro de impuestos.

Todos hablaban a la vez, y en voz alta, en eso se parecían a los puertorriqueños. Sobre todo Sofía, hablaba como si fuera la abogada. Que cuál es el jaleo del Ron Caribe, lo golpeaba la pregunta de nuevo. Recordaba los cuentos de Conchita, Tititi, don Gabriel y don Roberto. Precisamente el 26 de julio de 1953, ocurrió simultáneamente el ataque al cuartel Moncada y el reparto en vida de la herencia del Ron Caribe. A partir de ese momento la Revolución Cubana ganó sus primeros mártires y el Movimiento 26 de Julio asumió un ritmo ascendente. Derrocaron una dictadura de derecha para instaurar una de izquierda y confiscaron la planta del Ron Caribe en Santiago. Entonces..., vino la diáspora, y la mitad del pueblo cubano hizo del exilio su nueva patria, ¡la Cuba del Norte!, como le decía Dolores. Dos pueblos profundamente divididos por una cicatriz ideológica. Y llegó el bloqueo y cayó la noche...

–¿Que cuál es el jaleo del Ron Caribe? –volvía a repetir la pregunta Oliver por tercera vez–. Que ando buscando la prueba del reparto de esas acciones. Sin esa prueba, María Fernanda, la viuda,

se quedaría con la mitad de las acciones. Pero…, ahí no queda la cosa, aún si encuentro la prueba y ganara el caso, los herederos todavía tendrían que espadear contra el IRS.

–¿Qué le parece? –le preguntó Oliver a Fidel.

–¡Vaya!, –Fidel jugaba con el hielo de su mojito– si se hubieran quedado en Cuba no tendrían ese rollo con el IRS.

–¡Fidel, viejo! No seas terco –saltó Dolores–. Si se hubieran quedado en Cuba, lo hubieran perdido todo.

–Dolores, pero no te das cuenta que ahora el gobierno imperialista Yankee se queda con todo.

Dolores, Amparito y Fidel se pusieron de pico a pico. Fidel argumentaba con vehemencia. Dolores y Amparito replicaban virulentas. Sofía daba palmadas y agitaba mientras el Padre trataba de apaciguar los ánimos. A la primera oportunidad, el Padre preguntó:

–¡Che!, ¿por qué el Ron Caribe se fue de Cuba para Puerto Rico?

–Porque allá Muñoz les abrió las puertas y acá Fidel se las cerró –rugió Dolores, desafiante–. ¡Viejo!, eso lo saben todos los cubanos. ¡Verdad, licenciado! –remató, más desafiante aún.

"Titubeé. Traté de hablar pero las palabras se me agolpaban en la mente. Me encontré una vez más en el centro de un abismo…, como si sólo entonces hubiera comenzado a vivir".

Capítulo 29

Carmelo Duarte los esperaba frente a la Plaza Mayor en Santiago de Cuba. Contaba con los dedos: Sofía, Oliver y el padre Sotográs; de Amparito todavía no le habían dicho. Carmelo era el dueño (encargado más bien, porque dueño es el estado) del Happy Landing, ese pintoresco café frente al malecón de La Habana, donde todos los sábados se armaba la rumba hasta el amanecer. Desde la noche que lo conoció, Sofía calculó que Carmelo era el hombre para dar con los papeles de la herencia de las acciones del Ron Caribe. Aquella noche de conga y bongó, Sofía sembró las semillas de una amistad que ha perdurado.

Estaba dentro de su automóvil, estacionado en el lado norte de la plaza, un Chevrolet Impala, rojo y blanco, imposible de ignorar. Con gafas obscuras, guayabera de palmeras azul y un sombrero de paja, Carmelo le daba un toque de suspenso tropical a la misión. Al verlo, Sofía comentó que parecía una película de James Bond.

–Aquella que hicieron en Jamaica, Doctor No –se mofaba Sofía.

–¿Doctor No? –reaccionó Oliver.

–Sí, sí…, Doctor No, esa misma.

–Sofía, ¡no jodas!, por el amor a Dios, ¡no jodas! –suplicaba Oliver, que no quería arriesgar su misión.

A insistencias de Lucía Solé, el doctor Manuel Céspedes había autorizado la misión mediante un comunicado que le entregó personalmente a Carmelo. Decía:

"*Amparado en las facultades que me confieren los estatutos universitarios, el suscribiente, doctor Manuel Céspedes, Decano del Departamento de Historia de la Universidad de La Habana, por la presente autorizo a la Sra. Sofía Miró y al Sr. Fernando Oliver, así como a su equipo de trabajo, a realizar una investigación en el Antiguo Museo de Historia del Ron Caribe, hoy día Museo del Ron Nacional de Cuba, localizado en Santiago de Cuba. La Universidad de La Habana se enorgullece en auspiciar a la señora Miró y al señor Oliver en la preparación del libro a titularse Ron, Riquezas y la Revolución Cubana*".

Fueron momentos de tribulaciones para el doctor Céspedes. A la hora del desayuno, Lucía le taladraba la conciencia con lecciones de solidaridad entre viejos amigos, viejos amores.

–¡Manolo!, –sermoneaba Lucía– tú no puedes así porque sí, arrancar de tu alma todas esas vivencias con los González; con don Roberto, con Vickie, ¡tu primera novia, Manolo, por Dios!, con don Gabriel…, la Tía Ana, ¡esa santa! –Lucía hacía una pausa, pero lo aprisionaba con la mirada–. Tantas noches de carnaval, Manolo, tantas jaranas y parrandas…, ¿a donde fueron a parar?… Es cruel…, que de golpe y porrazo pretendas, ¡a nombre de la Revolución Cubana!…

–¡Oye Lucía, por tu madre! –replicaba el doctor Céspedes–. Todos sabemos que él no es periodista. ¿Cómo vamos a prestarnos para semejante mentira?

Lucía sazonaba su café. Un, dos, tres de azúcar. Reflexiva. Organizaba los pensamientos.

–¡Oye, Manolo! –volvía a la carga–. La Revolución Cubana es una gran mentira. Cambiamos una dictadura para caer en otra. Todo en Cuba es una gran mentira.

El doctor Céspedes reaccionó ofendido. Pero antes de que alcanzara a abrir la boca, Lucía lo remató:

–Fidel se jacta diciendo que la democracia en Cuba es la mejor del mundo, y, ¡Déjame terminar, Manolo! Todos sabemos que eso es una gran mentira.

El doctor Céspedes se defendía con vehemencia, pero Lucía no le daba tregua, lo dejaba abatido. Hablaba con tal convicción que sus palabras tenían un peso demoledor. Distinto a lo que podría esperarse en estas circunstancias, a Lucía no le mortificaba el hecho de que Victoria González había sido el primer amor del doctor Céspedes. Todo lo contrario, ahí radicaba la fuerza de su argumento.

–¡Que un viejo amor/ ni se olvida ni se deja! –canturreaba, moviendo delicadamente su taza de café, con sarcasmo. La entrelínea era punzante: "¿Así es como me vas a tratar el día que te canses de mí? ¿Todo a nombre y en honor a la Revolución Cubana?"

De primera intención el doctor accedía. Lucía tenía toda la razón, los objetivos de la revolución no se afectaban por hacerle un favor a los González. Pero rápido cambiaba de opinión. Tan pronto entraba al campus de la universidad empezaban las tribulaciones: "Ayudo a los González/ al infierno los González". Caminaba hacia el decanato con la indecisión dándole vueltas en la cabeza. Por los pasillos leía las consignas, ¡Patria o muerte!, esa efervescencia estudiantil, ese mundo universitario donde se gestan las revoluciones.

Sentado en su escritorio de decano se reafirmaba en su determinación: "La revolución repudia a todos los gusanos que abandonaron la patria. Al infierno los González". Pero luego pensaba en Lucía y se martirizaba. Sabía que durante la cena ella lo volvería a atormentar. En la universidad él era el señor decano, el doctor Céspedes, pero en la casa él era simplemente Manolo.

Lucía Solé se crió correteando detrás de la orquesta de su padre: La Habana, Caracas, México, Panamá, Nueva York, Madrid, en fin, entre rumba, conga y bongó, aprendió a apreciar la diversidad cultural. De la mano de su papá compartió con gente de cien mil caminos. Esas mismas personas luego le escribían a su padre, preguntándole por la orquesta y un... "espero que vuelva pronto por acá". De niña, su papá sentaba a Lucía en su falda y le leía esas cartas, y así iban tejiendo una red de amistades por los cuatro puntos cardinales.

Un día, mientras su papá cumplía con una serie de presentaciones en la ciudad de Nueva York, el gerente de un club le preguntó a Lucía que dónde ella nació y ella le contestó: ¡Yo soy una cubana nacida en México, pero me han criado como una ciudadana del mundo!

Por eso es que esa noche a la hora de la cena, Lucía volvió a tronar contra el doctor Céspedes:

–¡Manolo!, no seas tan isleño. Tú te crees que Cuba es el centro del mundo –Estaba frustrada ante el vaivén de su esposo. Arremetía–: ¡La Revolución Cubana es un fracaso! ¡El bloqueo americano es otro fracaso! Tienes que tener una visión más amplia de la humanidad, Manolo –El doctor Céspedes se encogía de hombros, con los ojos clavados en el fondo de su copa de vino. En la universidad él era una autoridad, pero en su casa..., a veces se sentía como un come mierda.

–De acuerdo, de acuerdo –balbuceó el doctor Céspedes, pero Lucía no bajaba la guardia. Esa era la tercera vez que le decía lo mismo y luego regresaba virado de la universidad.

–¡Vaya, Manolo! Los amigos es lo único duradero que tenemos en la vida, el resto: la selva –planteó Lucía, un poco más sosegada. Tenía la corazonada de que esta vez Manolo no se le escapaba. El doctor Céspedes reconoció la frase: "La amistad es lo único duradero, el resto: la selva", se le quedó la frase dándole vueltas. Hizo un esfuerzo por recordar al autor, sabía que esa frase no era de su mujer. Ella acostumbraba a copiarlas de sus libros y luego las usaba para taladrarle la conciencia.

–Manolo, –musitó Lucía–. Haz lo que te dicte la conciencia… ¡Vaya!, lo que te dé la real gana –añadió, marcando cada sílaba ácidamente–. Pero mañana yo quiero cenar en paz.

Esa misma noche el doctor Manuel Céspedes se sentó en la maquinilla de la biblioteca y escribió el comunicado. Lo redactó de un solo golpe, sin titubeos, tenía la necesidad emocional de liberarse de los tormentos de Lucía. Luego fue y la buscó para que examinara el documento. Lucía lo leyó pausadamente, dos, tres veces. Se quedó pensativa y al cabo de un rato cogió la pluma y empezó a garabatearlo con añadiduras y tachaduras. Añadió: "y a cualquier otro miembro de su equipo de trabajo". Ahí se coló el padre Sotográs, que era lo que Lucía quería, pero lo que no se imaginaba era que por ahí se colaría también Amparito.

Aquel domingo en la mañana, frente a la Plaza Mayor, Carmelo leía y releía el comunicado. Detrás de sus gafas oscuras, subía sus ojos buscando a Sofía, a Oliver y al Padre. Estaba impaciente, le inquietaba el hecho de que se acercaba la hora del encuentro y no se veía movimiento. Miró su reloj, faltaban tres minutos para las diez. Se hundió de nuevo en el documento para distraer los nervios. Recordó que el día que el doctor Céspedes le entregó el comunicado,

lo mandó a buscar al Happy Landing con dos escoltas de su seguridad personal. Una vez el doctor lo tuvo sentado frente a su escritorio, comenzó un largo alegato para justificar su directriz. Carmelo se reía por dentro, tanto rodeo para explicar que le hacía un favor a una de las familias cubanas que más alto habían puesto el nombre de Cuba en todas partes del mundo. "Que clase de come mierda", se dijo entonces. Originalmente, le había gustado la idea de colaborar, él había trabajado para el Ron Caribe y tenía gratos recuerdos de los González. Además, Sofía y Oliver le habían caído simpatiquísimos. Por eso no titubeó cuando el doctor Céspedes le solicitó su intervención. Pero ahora, ahora que le tocaba implementar la misión, de meterse como sabuesos a escrudriñar en los archivos del antiguo museo de Historia del Ron Caribe, se iba poniendo más tenso según se acercaba el momento. Volvió a mirar el reloj, eran las diez en punto. El campanario de la Catedral comenzó a sonar, era una de las pocas iglesias que había sobrevivido a la revolución. Por muchos años había estado cerrada, pero el padre Sotográs logró que le permitieran ofrecer allí misa los primeros domingos de cada mes. Hacía muchos años que Carmelo no escuchaba las campanas de una iglesia, se sintió extrañado. Contaba cada campanada. ¡TAN…, TAN…! Estaba inquieto, sintió sudor en las manos, las frotó. Trató de volver a leer el comunicado, pero no se pudo concentrar. Él se había reído del doctor Céspedes, pero ahora sentía temor. "El régimen puede ser impiadoso"…, recordó haber escuchado alguna vez a un Coronel de las Fuerzas Armadas… "hay tanta intriga y tantos celos". ¡TAN…, TAN!… "los micrófonos escondidos grabando conversaciones". ¡TAN! Hacerles un favor a los González… "a los gusanos", se mortificaba pensando en los peligros. Si llegan a desenmascarar la misión… van a rodar cabezas, se dijo. ¡TAN! Volvió a alzar la vista, y vio a unos feligreses que apresuraban el paso. Una mujer madura apuraba a unos niños que caminaban distraídos, recordó a su Tía Olga, que arrastraba a sus sobrinos a misa todos los domingos. ¡TAN…, TAN!

Por fin llegaron. Al verlos, Carmelo se bajó del automóvil con aire militar, tratando de burlar los nervios. Sofía venía riéndose y Oliver le decía: ¡No te pongas a joder, Sofía! Se saludaron como viejos camaradas, sobre todo Oliver, aquella tertulia beisbolera en el malecón había dejado huellas.

Parecía increíble, pero ahí estaba Carmelo frente a ellos, con el papel oficial que le permitiría a Oliver efectuar su misión y regresar al tribunal de Puerto Rico como un héroe.

–¡Hombreé!..., Carmelo, usted es el periodista más tropical que yo haya conocido –se reía Sofía, abrazando a Carmelo–. ¡Wow!, mira esas gafas, y la camisa, me recuerda aquella película..., Doctor No, ¡Fernando no te metas! ...y el sombrero de paja...

–Los periodistas son ustedes –dijo Carmelo, haciendo un gesto que parecía una reverencia.

–Ella es Amparito..., que nos va ayudar en todo esto –anunció Oliver, atajando a Sofía.

A Carmelo la presencia de Amparito le pareció sospechosa. El doctor Céspedes le había dicho que Fidel había puesto este asunto en sus manos. Así que..., ¿qué hacía la hija de Fidel metida en todo esto? Le abrió la puerta a Sofía para que se montara, y se perdió en un laberinto de especulaciones. "No me gustan estas movidas", se secó el sudor de la cara. Amparito procuró sentarse al otro lado de Oliver, que quedó pillado entre las dos. Carmelo le entregó al Padre el comunicado. El Padre se sonrió, Carmelo le imprimía un aire misterioso a cada movimiento. "Un filme de James Bond", concurrió con Sofía. Aquel Chevrolet Impala de un solo golpe lanzó a Oliver sobre los recuerdos de su senior prom. No hacía mucho habían venido los mismos recuerdos, trató de acordarse pero no pudo. Lo cierto era que en Cuba cada coche transportaba a Oliver al baúl de los recuerdos. El auto se deslizaba por las calles de Santiago, el Padre volvía a leer el comunicado. Amparito rozaba su pierna

izquierda contra la pierna derecha de Oliver, suavemente, mirando a lo lejos como si nada. A Oliver le hervía la sangre; ese color canela, esa boquita pequeña y perfecta. En las aceras, en las esquinas, en los cafetines, todos comentaban al ver pasar el Impala. Sofía le pidió el comunicado al Padre. Para mortificar a Amparito, se apoyó contra la rodilla izquierda de Oliver.

Llegaron a la planta elaboradora del Ron Havana Club, donde en el año 1862 nació el Ron Caribe. Eduardo Castillo los estaba esperando. Los recibió en una oficina inmediatamente detrás del vestíbulo. Era domingo y la planta estaba desierta, sólo había unos empleados de seguridad y los de mantenimiento que iban a remendar unas máquinas. Castillo le pidió el comunicado a Carmelo, tomó el papel con las dos manos y lo repaso línea por línea, tan pausado que daba la impresión de que no sabía leer. Él tenía una copia, el doctor Céspedes se la había hecho llegar a través del correo interno. Comparó el documento que trajo Carmelo con su copia, leía con marcada sospecha. "La dictadura en acecho", se dijo Sofía contrariada, rememorando aquellas tardes obscuras bajo la dictadura de Franco. Oliver estaba nervioso, él no estaba acostumbrado a estas cosas. Llevaba tanto tiempo dándole pensamiento a este viaje, planificándolo. Hacía una semana que había llegado a Cuba, parecía una eternidad. Castillo salió de la oficina, murmuró algo que tenía que ver con seguridad, se volteó y le hizo señas a Carmelo para que lo siguiera. Amparito se fue detrás de él, se movía con soltura. Oliver aprovechó para darle riendas sueltas a sus temores, hizo unos gestos de fastidio y como un impulso natural se desahogó con Sofía.

–Yo no estoy acostumbrado a estas cosas –masculló, tan pronto Castillo salió.

–¡Joder, a mí no me vengas con esos cuentos, Fernando! Tú sabes que en el Tribunal Federal…, ¡No me pongas esa cara!… allá en Puerto Rico, en el Tribunal Federal…

–No exageres Sofía, no es lo mismo –replicó Oliver, procurando con los gestos al Padre, buscando respaldo.

–¡Es peor! Tú lo sabes, Fernando. Te preguntan, te acechan, te registran, te intimidan… Es la dictadura de la colonia –Oliver la miró con desprecio, ¿cómo era posible que ella se atreviera hablar así de Puerto Rico?– En el Fuerte Buchanan, –arremetió Sofía, aprovechando el desconcierto de Oliver– una noche fui a una boda con mi difunto esposo, y como tenía su licencia de conducir vencida, la policía militar lo obligó a dar marcha atrás… ¡Fernando, déjame terminar!

El Padre los miró fijamente, pero no quería meterse, era el momento más inoportuno para hacer un recorrido por las dictaduras.

–…unos amigos que también iban para la boda, en ese mismo momento llegaron a la caseta del guardia, y nos ofrecieron transportación hasta… ¡Padre es que en Puerto Rico celebran bodas en los fuertes militares!

Oliver estaba irritado, esa libertad de Sofía para opinar sobre las cosas de Puerto Rico le agotaba la paciencia.

Castillo y Carmelo regresaron, cotejaban unos documentos. Sofía paró en seco su sermón. "Tan machota que se hace y mírala ahora", se dijo Oliver. Carmelo se acercó al Padre y le dijo algo al oído, el Padre sacó una identificación de su billetera.

–A las doce de la media noche, al salir de la boda…, –aprovechó Sofía tan pronto volvieron a salir– el auto de nuestros amigos estaba rodeado de perros sabuesos y policías militares. ¡Hostia, que mal rato! De inmediato nos arrestaron a los cuatro, ¡Fernando no te rías! Mientras nosotros bailábamos el Vals de las Mariposas, los perros olisqueaban el auto y los derechos civiles volaron al infierno…, ¡Allí no aplica la Constitución!

–¡Qué disparatera eres! –se burló Oliver.

Regresó Amparito y dijo algo de unos cigarrillos que había repartido entre la gente de seguridad…, "mami me dijo que unos cuantos cigarrillos siempre ayudan", sonrió.

Carmelo entró y les hizo señal de que lo siguieran, caminaron por un pasillo hasta un salón donde los esperaba Castillo. En un rincón había una estiba de cajas llenas de polvo que habían sobrevivido los estragos de la revolución. Al otro lado había una mesa. Castillo contó las cajas, eran catorce, y le dio a Oliver un recibo para firmar. Oliver contó las cajas con los ojos, pausadamente, con la mirada llena de ansiedad. Un vendaval de emociones lo batió y le temblaba el pulso cuando intentó firmar. Tan pronto Castillo abandonó el salón, Sofía se sacó un grito, eufórica, corrió y abrazó a Oliver, lo apretó y lo zarandeó.

–¡Maricón!, tú sabes que te quiero y que te seguiré queriendo –explotó, emocionada ante la expectativa del descubrimiento.

Oliver la apretó por la cintura.

–Hmm… –balbuceó, agradeciéndole con un fuerte abrazo lo que todas las palabras no podían.

–Pégame cuernos pero no dejes de quererme –se rió Sofía. Oliver explotó en carcajadas, las ocurrencias de Sofía siempre le desbarataban las ínfulas de seriote. Como un relámpago, Sofía haló a Amparito por el brazo, le murmuró algo en el oído y chocaron manos.

–¡Estas brutal! –reaccionó Amparito, con una cara de felicidad.

El padre Sotográs y Carmelo colocaron la primera caja sobre la mesa, bastante pesada por cierto, levantando una nube de polvo.

–¡Oye! dejen de comer mierda –refunfuñó Carmelo.

–Mis hijos, vamos a trabajar –pidió el Padre–. Vos tenés que entender…

–¡Vos tenés que entender! –se burló Sofía– que el licenciado Fernando Oliver tiene ante si, el museo de Historia del Ron Caribe, empaquetado en catorce cajas…, empanadas con hongo…

Abrieron la primera caja y lo primero que encontraron fue una foto de la tía Ana. "Ana María del Rosario González Látimer se dirige a la Asamblea de Accionistas – 1936", decía la foto por la parte de atrás. Oliver sacó otra foto, nuevamente era la tía Ana, pero esta vez había una vista parcial de la asamblea. La escudriñó…, como en un trance, Sofía lo miraba en silencio para no romper el hechizo. Oliver fijó su índice apuntando una carita, luego lo deslizó y apuntó a otra.

–Es don Roberto…, –balbuceó Oliver– muy joven, y este es don Gabriel.

Fueron de foto en foto, saltando documentos, alborotando los sentimientos. Eran muchas fotos, eran muchos los documentos, hay que ver cuánta historia se acomoda en una sola caja, y eran catorce. Se afanaron en busca de ese hecho histórico, cuando don Rogelio González distribuyó las acciones del Ron Caribe, el tesoro familiar. En la mente de Oliver seguía el misterio, por ratos sentía vértigo: ¿Cómo Cuba se dividió en dos pueblos –La Cuba del Norte y La Cuba del Domicilio– a raíz de ese 26 de julio del 1953, cuando al unísono ocurrió el ataque al cuartel Moncada y el reparto de la herencia del Ron Caribe?

Abrieron la segunda caja, y así siguieron, caja tras caja, en un desorden de papeles: cartas, actas, resoluciones, minutas, agendas, certificados, registros de accionistas, y fotos y más fotos. El padre Sotográs y Carmelo se dieron a la tarea de cargar las cajas, ¡Pum!, e inmediatamente las abrían sobre la mesa, que flaqueaba con cada impacto. Amparito y Sofía combatían cada nube de polvo con manotazos alocados, víctimas de un nuevo ataque de tos. Al principio las abrían una a una, pero luego se abandonaron en un impulso atolondrado.

Había fotos de todas clases, pero las que enamoraban a Oliver eran las de los Carnavales de Oriente. ¡Al carnaval/ de Oriente me voy! Las observaba con detenimiento, más bien nostálgico, y se perdía dentro de los cuentos de don Roberto. En su mente cobraban vida las imágenes de la tía Ana, Conchita, don Gabriel, Tititi, Ricardo, don Roberto; se veían tan jovencitos. Le pasaba las fotos a Sofía, una a una, balbuceando comentarios, y Sofía se las pasaba a Amparito. Una de las fotos mostraba a los cinco primos González, –conga, timbal y maracas en mano– encendiendo el ritmo de la noche desde la tradicional carroza del Ron Caribe.

Rosarito tenía mucho material de la familia que ella atesoraba. Algunas cosas las tenía en el museo de Puerto Rico, otras en el sótano de La Roca. Pero daba la vida con tal de que Oliver regresara de Cuba cargando con esas joyas. De un sobre Oliver sacó una foto donde estaban los primos bailando con cinco rumberas: pantalones apretujados, escotes deslumbrantes, brilloteo.

–Fernando…, te apuesto cualquier cosa que ninguna de esas mujeres pertenece a la familia González –aseguró Sofía burlona–. ¡No me mire así, Padre!

–¿Por qué lo dices? –se resignó a preguntar Oliver, encogiéndose de hombros.

–Porque la gente fina nunca es culona.

–Estás del carajo, Sofía. Eres cruel…, snob –refunfuñó Oliver, sin darle mucha importancia, rastreando documentos, el conocía a Sofía, no habían sorpresas. Carmelo y Amparito se hicieron los desentendidos, envueltos en la búsqueda del documento que Oliver les había descrito.

–Lo de snob lo acepto, ¡a orgullo!, pero lo de cruel… –Sofía volteó los ojos.

Amparito buscó con la mirada una reacción de Oliver. "O la paras tú, o la paro yo", parecía que decía. Oliver observó las caderas de Amparito.

–¡Sofía, Ya!, para de joder.

–¡Vamos hombreé!.., Déjame decirte que la mujer culona y bembona, se considera exótica en muchas culturas –planteó, conciliatoriamente, rastreando con su sonrisa al Padre.

–Vos te podrás imaginar…, la Virgen María, culona y bembona –bromeo el Padre, y explotaron todos en carcajadas–. ¡Exótica!

–La Iglesia Católica tiene que hacer algo… –opinó Amparito, tratando de salir de su sorpresa. Rebuscaba entre los documentos, disciplinadamente, tratando de agradar a Oliver. "Julio de 1953", se repetía en su mente.

–¡Hombreé! O hace algo, o como dicen los boricuas: las otras iglesias le van a comer los dulces –Sofía estaba fascinada con las fotos que Oliver le pasaba–. Mi marido, que Dios habrá de tenerlo en la gloria, decía que él abriría iglesias en los centros comerciales.

–Vos te imaginás –se contagiaba el Padre con las ocurrencias de Sofía– allá en Miami, entre Sears y K–Mart, una Iglesia de Dios, Inc.

Sofía calculaba las posibilidades de cada foto, era obvio que tenía intenciones periodísticas. Ella llegó a Cuba hablando de la revista Time y de reportajes que le darían la vuelta al mundo. Pero ahora, ahora que Carmelo la observaba analizando las fotos, no podía negar que sintiera aprensión. Él no tenía nervios para jugar con la dictadura.

–¡Vaya! No sé si ustedes lo saben, pero el comunicado del doctor Céspedes es realmente un favor especial a los González, para aclarar la herencia del Ron Caribe –comentó Carmelo, frunciendo el ceño–. Así que no comamos mierda.

–¿Y? –se encogió de hombros Sofía.

Carmelo carraspeó.

–Sofía, por tu madre. Tú no conoces las intrigas de una dictadura –Carmelo la miró fijamente–. Aquí por cualquier resbalón te acusan de agente de la CIA.

–¡Hombreé!, no olvide que yo me crié bajo la dictadura de Franco. Además, ya estamos aquí. Nosotros hemos venido a buscar los papeles que necesita Fernando para su juicio en Puerto Rico.

Sofía seguía mirando las fotos, pensando en mil posibilidades.

–Fernando…, mira esta. Rosarito se moriría por una foto como esta –musitó Sofía, extendiendo el brazo para mostrársela. Carmelo se acercó al Padre y masculló su frustración.

–¡Miren esto! –gritó Amparito–, aquí hay unos papeles que hablan de Puerto Rico. –Oliver corrió, era una carta de don Luis Muñoz Marín dirigida a don Roberto González. La carta tenía fecha del 23 de enero del 1936. Era cierto, Muñoz, la futura estrella de Puerto Rico le abría las puertas del país al Ron Caribe. Oliver leía a grandes zancadas, forcejeando con Sofía que se la quería quitar.

–¡Miren esta otra! –volvió a gritar Amparito–. Era una proclama del 1936 sobre la inauguración del Ron Caribe en Puerto Rico. La lectura arrastró a Oliver hasta los viejos cuentos de don Roberto, aquellas tertulias en el balcón de La Roca, entre atardeceres espectaculares. "Se acababan los años de la Prohibición"…, le explicaba don Roberto…, "Puerto Rico era la Casa Pobre del Caribe, Muñoz nos abría las puertas. Nosotros vimos una gran oportunidad: penetrar el mercado norteamericano. Muñoz vio otra gran oportunidad: el tesoro de los Estados Unidos le reembolsaría a Puerto Rico los arbitrios sobre las exportaciones del ron. Teníamos para escoger: Nueva York, Miami, Los Ángeles, en fin. Mi papá y yo preferíamos a Puerto Rico. Imagínese, licenciado, era una decisión

importante, y yo me fui hasta el cuello por Puerto Rico. Había resistencia, que si Albizu Campos, que si los nacionalistas, pero yo argumentaba, usted se imaginará, que Puerto Rico ofrecía una oportunidad única, irrepetible: Un mercado común con Estados Unidos, ¡lo que daría Cuba, licenciado! Escogimos a Puerto Rico porque es un país caribeño, como Cuba, tierra del sol y la fiesta, con abundante caña de azúcar".

Cajas y más cajas, papeles y más papeles, seguía la búsqueda…, fotos llenas de recuerdos, entre nubes de polvo, la mesa vencida, una pata cedía, a punto del desplome. Sofía se recogió el pelo por segunda ocasión, ahora se alzó un moño con unas rubber bands que le quitó a un mazo de papeles.

Oliver miró la estiba de cajas, las iba contando pausadamente, apretó los labios, de las catorce sólo quedaban cinco sin abrir. Hizo un repaso mental, como un escolar: "Carnavales de Oriente, ataque al cuartel Moncada, reparto de la herencia, julio 26 de 1953". Rastreaba los datos, para adelante y para atrás, se ayudaba con los dedos, en silencio.

Observaba a Sofía, afanada buscando papeles que se los iba pasando a Amparito, habían desarrollado una especie de disciplina, los clasificaban por fechas, todo lo que era de los años cincuenta lo colocaban aparte. Amparito le daba una primera lectura y luego Sofía verificaba –herencia, donaciones, acciones del Ron Caribe. Carmelo y el Padre trepaban y bajaban las cajas, acomodaban los papeles que se descartaban en las mismas cajas, que luego no querían cerrar. "Es como la lata de gusanos, una vez la abres no se vuelven a acomodar como antes", comentó Carmelo, provocando una mueca de asco en Sofía. Oliver estaba pensativo, desanimado, se puso ansioso, contrariado, tanto viaje, tanto esfuerzo, y ahora se encontraba a solo cinco cajas… Hizo un gesto raro, algo así como entre frustrado y resignado. Pensó en su tío Lorenzo: "¡Entre esas

cinco cajas tienen que estar los papeles que andamos buscando!" Siempre que necesitaba una dosis de positivismo, se refugiaba en el tío Lorenzo. Pero era inevitable, se aproximaba al fracaso. Volvió a mirar a Sofía, y se mortificaba diciéndose: "Esta loca…, tanto que me jodió para que viniera a Cuba, ¡Fernando, yo te ayudo, entras como periodista! ¿Vale?". Oliver la observaba, envuelta en los documentos, no se detenía, consagrada sobre aquella pila de papeles que brotaba de caja en caja. Sospechaba que realmente trabajaba para ella. ¡Egoísta!, ¿cuántos reportajes estará montando con todas esas fotos que ha ido separando meticulosamente? Lo atormentaban las voces que le dijeron que no fuera a Cuba: que si era peligroso, ¡eso es un país comunista, no hagas eso muchacho! que si el embargo de Estados Unidos, que si vas a violar la ley federal, que si te van a desbarrar como abogado, te van a odiar los cubanos del exilio, ¡no seas come mierda, Fernando! Volvió a contar las cajas, ¿eran cuatro o eran cinco? Por un momento pensó que eran cuatro, pero no, eran cinco.

De pronto se oyeron unas voces; Oliver se asustó. Miró a Carmelo buscando protección. Era Castillo, entró con dos agentes de los Comités de Defensa de la Revolución. Venían a ponerse a las órdenes, querían que el libro de Sofía y Oliver fuera todo un éxito. Sofía tartamudeó y Oliver por poco se desmaya. Amparito los rescató, con soltura demostró que se mantenía en excelentes condiciones para navegar por la dictadura.

Al rato se fueron y Oliver se sentó en el piso.

–¡Que susto, carajo! –Se frotaba la cara con las manos abiertas.

Carmelo refunfuñó, no le gustaba jugar con los asuntos del régimen. El Padre pidió que se apuraran y agarró la próxima caja entre él y Carmelo y la colocaron sobre la mesa, envuelta en una nueva nube de polvo. Amparito y Sofía reanudaron la búsqueda. Oliver se incorporó, estaba ansioso, meditativo, cuando de golpe gritó Sofía:

–¡PUTA, PUTA MADRE! ¡Aquí están! ¡Aquí están, Fernando! ¡Aquí están! –De un salto agarró a Oliver, lo haló, lo abrazó, lo besó. Todos querían ver los papeles, pero Sofía los sujetaba con el brazo en alto, agitándolos en señal de triunfo. El padre Sotográs estaba eufórico, dando saltos como un niño, mientras Carmelo hacía la señal de la cruz. Amparito estaba aturdida, pensó que era cosa de locos. Sintió un impulso irresistible y se unió a la celebración.

Así era, allí estaban los papeles del reparto de la herencia de las acciones del Ron Caribe, empapados de recuerdos, cuando el ataque al cuartel Moncada, aquel 26 de julio, cuando los primeros mártires, los que le dieron un impulso a la Revolución Cubana que cambió el curso de la historia, el punto de origen de lo que después se transformó en las dos Cubas, la Cuba del Norte y la Cuba del Domicilio, un pueblo dividido irreconciliablemente por una cicatriz ideológica.

Sofía misma se ocupó de ponerle orden a la bulla, hizo su espacio y con un aire ceremonial encendió un cigarrillo, y dijo:

–¡Joder!, Fernando, eres un héroe –Oliver sabía que Sofía sabía… ¿Qué sabía Sofía? Sabía de los tormentos que inundaban su cabeza. Echó el humo por la nariz y continuó–: ¡Hombreé!, entrarás al tribunal de Puerto Rico con los documentos en la mano, ganarás el caso, la juez te va a felicitar, tus colegas te van a felicitar…, y desde luego, la viuda, ¿cómo es que se llama la tía…?

–María Fernanda –sonrió Oliver.

–Esa, pues, bueno hombreé, esa te va a odiar. –Hubo una explosión de carcajadas.

Todos querían ver los papeles, leerlos, tocarlos, sentir el triunfo en sus manos. Oliver primero los ojeó, con su ritual de siempre. Amparito no se detenía en su búsqueda, a pesar del hallazgo y la bulla, no se detendría hasta que Sofía lo ordenase, "todavía quedan cuatro cajas", se dijo, con la disciplina que le inculcó el régimen

desde niña. Oliver sacudió el polvo de un extremo de la mesa hasta que improvisó un escritorio. Comenzaba a colocar los papeles en orden cronológico, cuando:

–¡Aquí hay más, Fernando! ¡Aquí hay más! –gritó Sofía, chocando manos con Amparito por el nuevo hallazgo.

Al final Carmelo propuso que separaran las fotos de los documentos, para devolverlas a las cajas. Vaya, a lo que vinimos fue a buscar unos documentos, planteó.

–¡Hombreé! Las fotos son lo que le da vida a los documentos. ¡Qué tú opinas Fernando! –sonrió Sofía, con semblante de periodista.

–Me parece buena idea –reaccionó Oliver, contemplativo. Se imaginó en el tribunal de Puerto Rico, argumentando ante la juez, la corte llena de los González, cada foto sería un exhibit, cada documento seguido de varias fotos, proyectándolas en una pantalla gigante, sus compañeros abogados boquiabiertos. "Las fotos es lo que le da vida a los documentos", seguía jugando con la frase de Sofía. Rosarito se va a volver loca con las fotos, se dijo, y se dejó arrastrar por los recuerdos.

Capítulo 30

El fuego bailaba sobre la leña. Mientras, el padre Sotográs impartía instrucciones a los cocineros. Era la noche de la tan esperada paella marinera, a la orilla del mar en Santiago. Una noche con sabor a despedida, que resultó inolvidable. Sentada sobre una roca, Sofía conversaba amenamente con Dolores, fumaban, bebían, se reían, las acariciaba la brisa. Oliver jugaba dominó con Carmelo y otros dos pescadores. A la distancia Amparito los observaba, pensativa, se acercaba al Padre, le decía algo. Los pescadores pertenecían a la parroquia de la Virgen de la Caridad del Cobre, que el Padre rescató cuando llegó a Cuba y había sobrevivido milagrosamente a dictaduras de derecha y de izquierda.

Carmelo contemplaba sus fichas, concentrado, sacaba cuenta mental de las fichas de sus adversarios. ¡Paso!, dijo Oliver, con la mirada puesta en Amparito. Carmelo no pudo disimular su desencanto, Oliver era un pésimo jugador. Entre el padre Sotográs y uno de los pescadores colocaron una enorme paellera sobre la leña. El fuego acariciaba la olla, Oliver observaba cómo las sombras de la noche jugaban con el cuerpo de Amparito. Sus caderas, sus

muslos, sus piernas... ¡brown legs!, el cuerpo de Amparito lo traía loco, con ese juego de luz y sombra que producía el bailoteo del fuego. Sofía se reía, con gusto, chocando manos con Dolores, pero su risa llegaba tenue, ahogada por el murmullo de las olas. Carmelo trataba de concentrarse en su juego, pero el aroma del aceite de oliva, lo distrajo. Uno de los cocineros removía cuidadosamente el sofrito, con una cuchara de madera, ¡Mmm!, esos encantos: ajo, luego los pimientos, cebolla...

Oliver por ratos se sentía feliz, tenía en la habitación del hotel los papeles que había venido a buscar a Cuba. "Vuestro honor, se dirige el licenciado Fernando Oliver, en representación de la sucesión de don Roberto González. ¡Estamos listos!" Pero por ratos lo asaltaba la duda. Estaba ansioso, no paraba de pensar en los tribunales de Puerto Rico. Una cosa era tener la razón, con papeles y todo, y otra muy distinta era probarlo en un tribunal. Además, las abogadas de María Fernanda eran unas terroristas de armas tomadas.

–Dolores y yo tenemos el ganador –anunció Sofía, acercándose trago en mano, desbaratando el ritual de los pobres jugadores–. ¿Vale? –remató, chocando manos con Dolores. Carmelo miró a Sofía de mala gana, pero antes de que dijera algo, Sofía lo atajó.

–Pero bueno, hombreé, ¿por qué usted me mira así? No podemos permitir que el dominó sea un juego antisocial, ¡Machista! Los hombres jugando dominó, y las mujeres chismeando en una esquina. No, no, no... Eso tiene que cambiar. ¡Fernando cambia esa cara que tú eres un flojo jugando! ¡Tú lo sabes!

Oliver iba saliendo poco a poco de su letargo, no le quedaba más remedio. Sofía y Dolores llegaron con su cháchara, se acabó la paz. "Fernando es un flojo jugando", se sonreía Carmelo, moviendo la cabeza, entre resignado y frustrado. Oliver se levantó de su silla, cogió la señal al vuelo.

–Los nenes con los nenes, y las nenas con las nenas –insistió Sofía, prendiendo su cigarrillo con el de Carmelo.

–Siéntate Sofía –dijo Carmelo, poniéndose de pie, todo un galán–. Óyeme, tú también, Dolores –añadió. Era una buena oportunidad para salir de Oliver, la verdad es que jugaba malo, pero Carmelo no se había atrevido a decírselo.

–Para jugar dominó hay que pensar mucho, y a mí..., para pensar me tienen que pagar –se burló Oliver, inclinándose y despidiéndose.

–¡Qué come mierda eres, Fernando! –explotó en carcajadas Sofía–. Toma..., sírveme otro trago. ¿Vale?

Amparito se acercó e inclinándose le susurró algo al oído a su mamá, insistía, pero Dolores le decía con los gestos que no. Ella comprendía a su hija..., pero definitivamente había decidido pasarla bien esa noche. Dolores apretó a Amparito contra su pecho, con ambos brazos la arropaba. Al inclinarse, Amparito sintió en la piel el calor de la mirada de Oliver. Sofía se percató, y sin disimulo los cortó a los dos con una mueca. Desde que llegaron a Santiago, entre Amparito y Sofía se iba anudando una rivalidad, que por ratos se desvanecía y por ratos volvía. A esta pendeja la voy a joder, se dijo Amparito, y acto seguido le guiñó un ojo a Oliver; con la sonrisa le envió un telegrama. A Oliver le brillaron los ojos, pero decidió cogerlo con calma, darse su tiempo, con cautela. "Cuidado con la chiquita, Fernando, mira que no estas en Puerto Rico", le taladraba la conciencia las advertencias de Sofía.

Oliver caminó hacía una barrita improvisada debajo de una palma de coco. Volvió a buscar a Amparito, la rastreó con la mirada, pero no la encontraba. Se percató que el Padre había colocado los tereques de la fiesta en forma triangular: la paellera en una punta, con el mar de fondo, la mesa de dominó en una esquina y la barrita en la otra. La Santísima Trinidad, se burló, y pensó en su abuela

Clara, que se hubiera encolerizado con su nieto si lo hubiera escuchado. ¡Granuja! ¡Ateo! Se volteó y corroboró el triángulo: paellera, dominó, tragos. Su mirada se cruzó con la de Sofía, que levantó su vaso y agitó el hielo. "Fernando, hombreé." Había sido una buena oportunidad para zafarse del dominó. Los cocineros estaban afanados con la paella, el olor era irresistible. Miró su reloj, iban a ser las nueve de la noche. ¿A qué hora cenaremos?, tenía hambre. Volvió a mirar hacia los cocineros, había uno que le parecía conocido. ¿Sería cierto? "Que extraño", un deja vu, se sintió nervioso.

La bebida estaba colocada sobre una mesa que parecía sacada del comedor de la casa de alguno de aquellos pescadores. Pensó en Puerto Rico..., son como nosotros, que a la hora de beber se improvisa una barra con lo que sea, ¡hasta con la mesa del comedor, bendito sea Dios! ¿Cómo habrá reaccionado la esposa? Válgame, su mesa bajo una palma. Era una mesa fuerte, muy fuerte, que alguna vez fue blanca. Desde la barrita Oliver trataba una vez más de localizar a Amparito. La encontró, allí estaba, regia, detrás de la fogata. El fuego la desnudaba, sus caderas se hinchaban. Pero de golpe no la veía más, se desvanecía. Ahora resurgía la imagen del cocinero: "Hmm..., ¿de dónde es que yo conozco a este muchacho?, es reciente, es reciente..., ¿y la chiquita?, se me volvió a perder". Una vez más el bailoteo de las sombras y el fuego. Seguía rastreando con los ojos entrecerrados, buscaba los muslos de Amparito, los volvió a ver, resplandecían, pero luego, nada, se volvían a desvanecer. Eran unos centellazos dorados, reconocía el rostro del cocinero, pero el bailoteo del fuego lo dejaba navegando entre dudas.

En la mesa de la barra, Oliver buscó entre las bebidas, todas eran botellas de Havana Club. Se acordó de los cuentos de don Gabriel y don Roberto, el Havana Club era el rival del Ron Caribe. Otra vez los símbolos de las dos Cubas, la Cuba del Exilio y la Cuba del Domicilio, de los famosos pleitos contra Fidel Castro. "Licenciado, ese hombre no se conformó con confiscarnos nuestra planta en

Santiago, sino que pretendió también, ¡Caballero, eso le ronca! …pretendió también vender ese ron, bajo nuestra marca, el Ron Caribe, como si fuera suyo. Óigame licenciado…, le dimos una pela en cuanto tribunal hay: en Nueva York, París, Londres. Ahora no tiene más remedio que vender ese ron que es malísimo, licenciado, ¡malísimo!" "¿Cuál?" "El Havana Club, licenciado".

¡El RON DE CUBA! decía la etiqueta. Oliver cogió una botella en sus manos, trataba de leer cada detalle pero el misterio del cocinero lo distraía, entrecerró los ojos y colocando la otra mano sobre la frente hizo un nuevo esfuerzo por deshilachar las dudas. Amparito ya no estaba, pero el cocinero sí. Por ratos le parecía que lo reconocía, que tenía su nombre en la punta de la lengua, pero se le iba. El fuego seguía con su bailoteo, no lo dejaba atinar, un resplandor que aumentaba y disminuía; ahora sintió un jalón de recuerdos dulces. Redobló el esfuerzo para recordar de dónde lo había conocido, dónde lo había visto. ¿Realmente lo había visto anteriormente? Trató de concentrarse en la etiqueta, ¡El RON DE CUBA!, sintió que traicionaba a don Gabriel y a don Roberto. Se los imaginaba, con el humor chispeante de siempre: "Pero no seas güevón, licenciado, ¿qué va a beber allá en Cuba si allí no hay otra cosa que no sea Havana Club? Además viejo, la Casa Caribe fue fundada en Santiago en el 1862. Vaya, que el verdadero ron de Cuba es el Ron Caribe".

La guerra entre el Ron Caribe y el Havana Club no era algo nuevo para Oliver. Claudia y Rosarito regresaban de Europa cada año contando historias fascinantes sobre las batallas de los rones en las discotecas europeas. Por ejemplo, en Barcelona, contaba Rosarito que las discotecas de la Rambla están divididas entre territorio Ron Caribe y territorio Havana Club. Si una discoteca es auspiciada por el Ron Caribe, el único ron es Ron Caribe, y lo mismo pasa con Havana Club. "Sí, sí…, todas las demás bebidas también, Fernando, vinos, vodka, whisky, pues claro, pero el Ron Caribe era el único

ron. Y lo mismo en las discotecas controladas por el Havana Club. A cambio, cada ron paga las bandas, las modelos, los concursos, los premios, te podrás imaginar. Tú te das cuenta a la distancia si una discoteca es territorio Ron Caribe o Havana Club. Había que ver aquellos carteles, una guerra comercial: HAVANA CLUB – EL RON DE CUBA, por un lado, y por el otro, CASA CARIBE, FUNDADA EN SANTIAGO DE CUBA EN EL 1862."

El padre Sotográs se acercó a Oliver y le enseñó a preparar un mojito: ron, yerbabuena, azúcar, agua de soda, hielo y limón. Era el trago favorito de Hemingway, le explicó el Padre. Oliver recordó el cartel en el Happy Landing; tomó conciencia, allí en aquel cartel quedaron perpetuadas esas historias. Don Roberto y don Gabriel contaban de esas andanzas con Hemingway, aquellas jaranas de tres días con sus noches, mulatas con trajes caprichosos que entre mojitos, conga, rumba y timbal hacían de la vida una fiesta sin fin. ¡Tengan cuidado con esas mujeres…!, les advertía la tía Ana, ¡Se van a desprestigiar correteando con esas mulatas…, culonas y bembonas! Sin embargo, a Conchita, a Gertrudis, y a María Fernanda, les importaba un comino. Así los conocieron de solteros, y así los soportaban de casados, porque después de tantas cantaletas, con el transcurso de los años fueron comprendiendo que sus maridos tenían razón: todas esas jaranas fueron construyendo una leyenda que le dio fama al Ron Caribe por todos los rincones del mundo.

El Padre le enseñaba a Oliver con esmero, para que lograra el balance perfecto entre la yerbabuena y el limón. ¡Tiene que ser con limones bien verdes, licenciado! Oliver se perdía dentro de sus fantasías, lo venían a buscar imágenes de mulatas, ¡culonas y bembonas!, en fila de conga –¡un, dos, tres y brinca!– con trajes de brilloteo, poca tela y muslos al vuelo, con don Roberto, don Gabriel, Hemingway y los primos haciendo piruetas, rodeados de timbaleros, congueros, maraqueros, empinando mojitos y cantando con la voz al cuello, ¡A CUMBA CUMBA CUMBA CUMBACHEEEERO! El padre

Sotográs le hablaba a Oliver sobre cómo seleccionar la mejor yerbabuena, pero él seguía eslembao, –¡un, dos, tres, y brinca!– hasta que de un grito, Sofía lo sacó del carnaval por donde se había extraviado:

–¡Hombreé, Fernando!, por el amor a Dios, ¿y mi trago?

Oliver le llevó el trago, y Sofía empezó a hablarle de su técnica para jugar dominó. Estaba sonora, pues ya se había dado unos cuantos traguitos con Dolores.

–Óyeme viejo, ¿y Amparito? Mira que hace rato que no veo a esa chiquita. ¿Dónde se habrá metido? –le preguntó Dolores, sin perder la concentración, contando con la mente las fichas–. Licenciado..., tráigame un mojito a mí también... ¡Ah, pero mira eso, caballero!, si Carmelo pasa..., ¡Estas fregao! –se burló.

–¡Trancao! ¡Ganamos! –gritó Sofía, chocando manos con Dolores.

Oliver fue a prepararle el mojito a Dolores, lo mezcló como mejor pudo. Las instrucciones del Padre le daban vuelta en la cabeza. Se encogió de hombros y volvió.

–Mire a ver si usted me averigua donde se metió esa chiquita –le pidió Dolores, probando el mojito–. ¡Mmm, que rico!, viejo.

–Hombreé, el mío también está delicioso. La Revolución Cubana cada vez se pone más sabrosa. Mariscos, Havana Club... Esto me está gustando.

Sofía era una agitadora, y Dolores se agitó. Pero eso era precisamente lo que ella quería.

–Sofía, mi niña –reaccionó Dolores–. Todas estas atenciones sólo son posibles porque ustedes son turistas. ¡Periodistas!

Dolores hizo una pausa, la miró fijamente. Oliver aprovechó para excusarse, no le interesaba entrar en polémicas revolucionarias.

–No te dejes impresionar por esta falsa abundancia. Oye, si ustedes no vinieran del extranjero, nos comíamos un cable. Esos mariscos, es el fruto del trabajo de los pescadores... Si no fuera por ustedes, lo tenían que llevar a los almacenes del gobierno, para los turistas.

Dolores buscó con la mirada el apoyo de Mario, que se ganaba la vida pescando todos los días. Pero este prefería no hablar de política. Se limitó a colocar el doble seis.

–¡Joder! Pero yo veo un cambio, Dolores –ripostó Sofía, empinando su mojito.

–¡Vaya! Tú te refieres a la dolarización –intercedió Carmelo, haciendo cálculos con las fichas, esperando por la jugada de Sofía.

–Bueno, esta tía ha visitado varias veces la isla, y en los últimos años me ha llamado mucho la atención esta nueva euforia por los dólares –explicó.

Carmelo la miró de reojo, y ella jugó una ficha que le voló la cabeza.

–Es cierto, vieja. Te imaginarás. Al principio Fidel se oponía a que los cubanos se acercaran a los turistas –Ahora era Dolores la que esperaba por la jugada de Carmelo. Tomó un sorbo de su mojito y continuó–: Pero era como tratar de detener un río con las manos. Los cubanos somos seres humanos y aspiramos a cosas mejores. No había manera de parar al pueblo que se lanzaba a la calle buscando los dólares...

Las olas enamoraban a las palmeras, mientras Dolores exhibía un aire reflexivo.

–Fidel no tuvo más remedio que ceder –sonrió Dolores, que no se recuperaba de la ficha que jugó Carmelo–. ¡El no es pendejo! El no quería una confrontación de esa manera con el pueblo, porque los primeros que están en la calle detrás de los dólares son los policías.

–Pero bueno, por ahí se le escapa el comunismo y le cuelan el capitalismo.

–¡Dios te oiga! –reaccionó Dolores. Carmelo la miró atemorizado. Esos excesos lo ponían nervioso.

Oliver estaba frente a la barrita, decidido esta vez a prepararse un mojito para él. "Mm, que rico", resonaba la frase de Dolores. Se embulló y puso su mejor esfuerzo: yerbabuena, azúcar, ron, agua de soda, hielo y limón, siguiendo las instrucciones del padre Sotográs. Lo probó y se le arrugó la cara. ¡Carajo! Que falta le hizo una Coca–Cola en ese momento. Miró debajo de la mesa y vio unos estuches de guitarras. Sonrió. Volvió a pensar en Amparito, ¿dónde se habrá metido? Pensó en el cocinero desconocido, se lo comía la curiosidad. Lo buscó una vez más, el fuego bailaba sobre la leña y los destellos dorados agujereaban la noche. Lo reconocía y no lo reconocía, el fuego se burlaba de él, pero no encontraba cómo dar el paso y acercarse. ¿Qué te pasa, Fernando?, se preguntaba mortificado. Volvió a observar el triángulo: la fogata, el dominó y la barra. "La Santísima Trinidad". Todo estaba tan cerca y tan lejos. Era como si una muralla invisible le impidiera acercarse a la fogata. Vio al otro cocinero acercarse con una paila de mariscos, pero el cocinero del misterio le hizo seña para que esperara, acomodaba el sofrito: tomates, pimientos, cebolla, ajicitos, recao, cilantro, ajo, aceite de oliva. Removía el sofrito con una cuchara de madera del tamaño de un remo, ¿sería un remo? Eran ingredientes frescos, que el Padre les inculcaba a sus feligreses que cultivaran. ¡Cultiven la tierra, hijos míos! Era una comunidad feliz, los pescadores se lanzaban a la alta mar, mientras las mujeres se afanaban en el cultivo de la tierra. De hecho, la paella que allí se cocinaba era orgullo de todo Santiago, y su fama se esparcía más allá de La Habana, pues los turistas venían detrás de su reputación y regresaban comentando. Esa es la mejor paella que yo me he comido, hasta entonces y desde entonces, había dicho Sofía en una ocasión.

El Padre inspeccionaba la paella. Inclinado, remo en mano, removía los mariscos y el sofrito, como una liturgia. Así estuvo un rato, extasiado. Luego se volteó y le echó el brazo al cocinero, conversaban. Oliver los observaba, mientras trataba de arreglar su mojito. "Me acerco o no me acerco", titubeó. El Padre cogió un pedacito de pan y lo mojó en el sofrito, que a esas alturas era ya una salsa espesa, sabrosa. ¡Mmm!, el Padre y el cocinero chocaron manos y celebraron. Oliver sintió un pálpito, y de un brinco se acercó a la fogata.

–Oliver, quiero presentarle a nuestro cocinero estrella –dijo el Padre, con orgullo–. ¡Carlos Beltrán!

–Ya sabía yo… Hacía rato que estaba mirando y mirando… –se sintió aliviado Oliver–. Usted es el policía…

–¡Que cosa más grande, caballero! Usted es el abogado de Puerto Rico, ¿no es verdad? –chocaron manos y se abrazaron como si fueran viejos amigos–. ¿Fernando, verdad? –Carlos Beltrán se volteó hacia el Padre y le dijo emocionado–: Padre, él y yo compartimos una semana completa en la cárcel municipal –Carlos Beltrán hablaba apretando a Oliver por el hombro.

"Fueron sólo tres noches", corrigió para sus adentros Oliver, sin atreverse a interrumpirlo.

–El Padre me pidió que cocinara esta paella…, pero vaya…, lo menos que yo me imaginaba… ¡Padre esto es una sorpresa!, …para una fiesta de despedida…

Sofía gritaba como una loca, ¡Fernando, hombreé! Agitaba su vaso con hielo como si fuera la campana del recreo. Pero Oliver la ignoraba.

–Lo menos que me imaginaba es que usted estuviera entre los homenajeados –añadió Carlos Beltrán–. Usted va a probar…

–Tú… –lo corrigió Oliver–. Fernando, tú…

–Óyeme viejo, tú vas a probar la mejor paella del mundo –remató eufórico–. Y después viene lo mejor, vamos a cantar hasta que amanezca.

–Si, ya vi las guitarras –asintió Oliver–. No sabía que tuvieras vena de artista.

–¡Che!, este hombre es familia de Olga Gillot y Desi Arnaz –explicó el Padre.

–Titi Olga y tío Desi son santiagueros –afirmó Carlos Beltrán, con orgullo, enfatizando cada sílaba del "titi" y el "tío", para que no quedaran dudas–. Óyeme Fernando, yo era un come mierda de seis años, cuando titi Olga me dio mis primeras lecciones de canto.

–¡Oh, wow!, el hombre esta bien ranqueao –exclamó Oliver.

A Olga Gillot, Oliver la había escuchado mencionar de toda la vida. Aquellos boleros corta venas en casa del tío Lorenzo, allí no podían faltar sus discos. Pero… ¿quién era Desi Arnaz? Titubeó, pero, animado por los mojitos disparó la pregunta.

–¿Quién es Desi…?

–¡Desi Arnaz! –brincó Carlos Beltrán, incrédulo, remo en mano, removiendo los mariscos con maestría, que iban soltando su jugo, formando un caldo sustancioso.

Sofía volvió a agitar su vaso, como una loca, ¡Fernandooo!

–Vaya, vete y prepárale el mojito a la joven, que cuando regreses yo te voy a contar quién fue tío Desi.

–Déjala que se joda un rato… yo voy ya mismo –sostuvo Oliver, curioso. El Padre cogió el remo para darle su removida a la paella.

–¡Oye, viejo! ¿Tú te acuerdas del Show de Lucy? –le preguntó Carlos Beltrán a Oliver.

–¡Seguro! Mi mamá y yo siempre lo veíamos –aseguró Oliver–. Y mi papá también… –añadió con nostalgia.

–Pues, licenciado, tío Desi era el que hacía el papel de Rickie Ricardo, el esposo de Lucy.

–Oh, seguro que me acuerdo –afirmó Oliver.

–Vos recordarás que Desi Arnaz y Lucile Ball eran esposos en la vida real –abundó el Padre–. Desi Arnaz hablaba el inglés a lo cubano, y con sólo abrir la boca ya la gente se moría de la risa. En Argentina vos te imaginás..., el show era un éxito. Lucy con sus payasadas y Desi con su toque latino. ¡Che!, mirá que hicieron historia. Por años fue el programa número uno de toda la televisión americana –El Padre hizo una pausa para repasar en su memoria el próximo dato que iba a decir, y, luego de unos instantes, dijo–: Cuentan, algo que yo realmente no sé, vos sabrás mejor, pero dicen por ahí que Desi Arnaz era..., accionista del Ron Caribe.

–¡Oye! tío Desi fue accionista de toda la vida del Ron Caribe –aseguró Carlos Beltrán.

Oliver disimuló, la verdad es que ese cubano le parecía medio paquetero.

–Todavía en Puerto Rico uno prende la televisión y se encuentra con el Show de Lucy –reconoció Oliver, diplomáticamente.

–Pues óyeme, viejo, tío Desi fue el que me enseñó a tocar la guitarra. ¿Qué te parece?

–Eso hay que escucharlo –lo retó Oliver.

–La vas a escuchar. Pero ahora prepárale el mojito a esa niña. Mira que da guerra.

–¡Como jode!

Oliver volvió a la barrita. Miró a todas direcciones buscando a Amparito. No la vio. Preparó dos mojitos; uno para Sofía y otro para Dolores. Pensaba y repensaba: "titi Olga; tío Desi". Desi Arnaz accionista del Ron Caribe, le daba vuelta en la cabeza. Ahora que lo decía le venía un vago recuerdo de uno de tantos cuentos de don

Roberto. Hubiera querido tener en ese momento los papeles que encontró en la antigua planta del Ron Caribe. Allí estaban los accionistas de récord de todos esos años, pero los tenía escondidos debajo de su cama en el hotel.

Oliver se acercó a la mesa del dominó, hacía una brisa de mar muy agradable.

–¡Fernando, por Dios!, me tenías a secas –se quejó Sofía, mientras Oliver le pasaba un trago a Dolores y otro a ella. Sofía hizo una pausa, olisquió el aroma de la yerbabuena…, y se empinó el mojito–. ¡Hostia!, este mojito esta brutal. ¡Gracias, corazón! –le coqueteó, alzó su trago y brindo con Dolores.

–Uno de los cocineros es el policía que les conté, –anunció Oliver– ¿se acuerdan?, el de la cárcel. ¡Que chiquito es este mundo!

¡Trancao! –gritó Carmelo a boca de jarro–. ¡Ganamos! –chocando las dos manos –high five– con Mario.

–Vamos hombreé, ya era hora –se mofó Sofía–. A ver Dolores, estos tíos han ganado una, y nosotras tres.

Mario hizo señas de dejar el juego ahí, de retirarse, pero Carmelo lo increpó:

–No seas come mierda, viejo, ahora es que vamos –Sofía y Dolores los ridiculizaban sin misericordia. Se reían y gozaban, pero a Oliver no le interesaba el juego, así que aprovechó antes de que empezaran una nueva mano y les contó:

–Me acabo de enterar que Olga Gillot es santiaguera.

–De toda la vida, viejo –aseguró Dolores–. Y Desi Arnaz también.

–¡Y la Lupe! –añadió Mario.

Oliver iba a decir algo pero Mario se perdió en una enumeración de alabanzas; parecía una revista musical. Carmelo aprovechaba para intercalar sus notas al calce; al desfile se unieron Celia Cruz,

Benny Moré y Pérez Prado. Era significativo ver cómo Mario no se refería a ellos como gusanos. Oliver pensó en las esperanzas de ese puente cultural, ahí estaban las bases para la reconciliación con la Cuba del Norte.

Dolores observaba a Oliver de arriba a abajo. Empinó su mojito, y con un resplandor en la mirada le dijo:

–Óyeme licenciado, mire a ver donde está Amparito. Esa chiquita anda perdida.

Oliver volvió a la barrita, a ver si lograba un buen mojito. Estaba frustrado, el mojito de Sofía fue un éxito, pero el que se había preparado para él…, ¡UFF! Volvió a mirar los estuches de las guitarras. "Esta noche es para largo". Con esmero procuró el balance perfecto: ron, limón, yerbabuena… Trago en mano, partió a buscar a Amparito. "Esa chiquita anda perdida", jugaba con la frase. Por el camino cruzó por la fogata y le preguntó a Carlos Beltrán que cuánto le faltaba a la paella. No le falta mucho, aseguró. Era la contestación que dan todos los cocineros, en todas las partes y en todas las épocas. Comeremos al filo de la media noche, puntualizó. Pero no se vaya lejos que ya mismo sacamos la guitarras, y a cantar se ha dicho.

Oliver se asomó al mar, las olas le cantaban a la noche. Miró hacia el muelle, habían tres, cuatro…, un manojo de veleros. No era fácil distinguir, estaba oscuro. Pero definitivamente había alguien allí, sentado en la puntita del muelle. Caminó hacia allá, y mientras más se acercaba, más seguro estaba de que esa era Amparito. El crujir de las tablas la alertó, y ella se volteó y le hizo señas para que se acercara. Oliver sintió un pálpito, la había estado rastreando toda la noche. La luna arañaba el mar mientras Amparito jugaba con sus pies en el agua.

–Tu mamá me dijo que estabas perdida –explicó Oliver–. ¡Esa chiquita anda perdida! –bromeó, acomodándose al lado de ella.

Amparito bajó la mirada, sus pies chapaleteaban sin ganas.

–La que está perdida es ella –se defendió Amparito–. Oliver hizo un gesto de comprensión, pero sin comprender. Trató de decirle algo, pero no sabía qué, prefirió quedarse callado. Amparito le propuso que se quitara los zapatos y se enrollara los pantalones. Lo ayudó; él vaciló con las medias, estaban húmedas, con arena, pero ella las cogió y las metió dentro de los zapatos–. A mami no hay quién la entienda –murmuró. Oliver no sabía qué responder, le dio a probar de su mojito. Los dos clavaron la vista en el agua, la luna bailoteaba.

Oliver titubeó. Ahí la tenía, sentada a su lado, a escasas pulgadas, pero lo atormentaban las palabras de Sofía. "Fernando, ten cuidado con la chiquita…, mira que no estamos en Puerto Rico". Aprovechó el murmullo de las olas para pastorear las inquietudes. Repasó los documentos que había venido a buscar a Cuba. ¿Serán suficientes? Algunos jueces son del carajo. La verdad es que hay jueces, y hay jueces. ¡Esas acciones son comunales, y el que alegue lo contrario que lo pruebe!, se llenaban la boca las abogadas de María Fernanda, desafiantes. Todos los abogados que él conocía tenían una actitud deportiva: toda evidencia la objetaban, la rechazaban, la impugnaban, la refutaban, y al que se atreviera a sentarse en la silla de los testigos, lo freían, sin misericordia. "La justicia es ciega", se burlaba sarcásticamente. Estaba ansioso, quería volver pronto a Puerto Rico, sentarse con el tío Lorenzo y el licenciado Carlos Ruiz a organizar la prueba. El caso del IRS estaba en suspenso, en espera en lo que ellos analizaban el alegato de las 57 páginas. No quedaba más remedio que esperar, cruzar los dedos y prender una vela. No era fácil llamar de Cuba a Puerto Rico; estaba loco por tener noticias. Se imaginó la cara de la juez en el tribunal. Por ratos se sentía como un héroe, ¡Este hombre fue a Cuba a buscar esa prueba! Pero a veces se sumergía en la fatalidad. "Nada es fácil, si ganamos la demanda contra María Fernanda…, significa que don Roberto sería el único

dueño de las acciones y eso duplicaría los impuestos con el IRS..." Se acordó de Rosarito; ella tenía su teoría: "¡Quiera Dios que nos jodamos y el IRS se quede con todo!" Hmm, frunció la frente, levantando los pies, chorreando agua. Se vio dentro de un torbellino sin fin, miró a Amparito, fijamente, trataba de buscar una salida. Tomó un sorbo de su mojito y le ofreció nuevamente.

–¿En qué piensas? –lo sorprendió Amparito. Hubo un silencio. Oliver contó con los dedos, hizo como si fuera a explicarle algo, pero..., balbuceó una frase que no se entendió. Hizo una pausa y volvió a fruncir la frente.

–¿Por qué dices que la que está perdida es tu mamá? –se le escapó Oliver.

Fue así como Oliver se enteró que ese día se cumplían diez años desde aquella tarde en que, Pablo, quien fuera esposo de Dolores, se lanzó al mar y se perdió. Nunca más apareció. Lo que siguió fueron días de vigilia y amargura, todo Santiago se volcó en la playa, congregado ante el grito de Dolores, desconsolada, suplicando un milagro.

Esa noche le contó Amparito que al cabo de tres días, se fue escurriendo la muchedumbre, resignada, ya no venían a la playa, preferían quedarse en sus casas. ¡Ese muchacho encontró la muerte!, murmuraban. Solas quedaron Dolores y Amparito, frente al mar: sol, lluvia y viento, abrazadas bajo un paraguas.

–¿Nunca más se supo de él? –Oliver quedó cautivado con la historia.

–Espera que te cuente.

Las primeras noticias llegaron a los seis meses. Una mañana, el alcalde de Santiago se presentó en el paladar, traía un telegrama. Leía de una traducción al español a puño y letra, pero con el telegrama en la mano por si acaso. Dolores lo insultó, no quería

saber de explicaciones. Sólo quería encontrar a Pablo, vivo o muerto. ¡No descansaré hasta encontrarlo, aunque sólo sea para darle cristiana sepultura! Ese día, Dolores sacó al pobre alcalde a sombrillazos de la fonda.

Oliver la miraba fijamente, jugando con los pies en el agua.

Resulta que un buque italiano había rescatado la embarcación de Pablo, once millas al noroeste de Cuba. La embarcación apareció flotando, hecha un garabato, y el buque la recogió y envió el telegrama.

–Pero…, ¿cómo sabían?, quiero decir… ¿al alcalde de Santiago? –indagó Oliver, moviendo la cabeza, incrédulo. Se escuchaba a lo lejos las risotadas de Sofía. Se la imaginó dando cátedra de dominó, libre, sonora. A veces le gustaría ser como ella. Volvieron a estallar las carcajadas. Oliver no sabía como manejar la situación. No quería ser desatento con Amparito. Sabía que ella estaba pasando por una pena…

–Por la licencia de pescador –replicó Amparito, encogiéndose de hombros.

Un velero gemía, era el vaivén de las olas.

–Esa licencia estaba siempre en la cabina, dentro de un plástico.

El telegrama llegó en italiano, por supuesto. En la alcaldía, como nadie lo entendía, rodó de escritorio en escritorio. Cuentan que algunos empleados hacían payasadas, leyendo el telegrama con voz de tenor en un italiano a la cubana. Hasta que, cansados de bromear, al jefe de personal no se le ocurrió otra cosa que colocar el telegrama sobre el escritorio del alcalde. El alcalde tampoco sabía italiano, pero la cosa no estaba para bromas. El sabía que Dolores solo tenía fuerzas para sufrir.

–¿Cómo lo resolvieron? –preguntó Oliver, intrigado.

–Deja que te cuente –suspiró Amparito, mucho más aliviada, tenía la necesidad de sacarse esa película de la cabeza–. Yo sé que

ahora hay cosas que dan gracia. Pero en aquel entonces mamá y yo estábamos desesperadas –aclaró, recostándose sobre el hombro de Oliver. Se escucharon los primeros acordes de unas guitarras. Oliver se volteó, trató de ver qué estaba sucediendo, por donde andaba la paella. Pero no se veía bien. Iba a levantarse, pero Amparito lo apretó por un brazo y lo detuvo. Están afinando, en lo que el caldo hierve, le explicó. A eso le falta un buen rato. Oliver miró el reloj y asintió.

El alcalde salió como un loco para la casa Parroquial. Pensó: si alguien en Santiago sabe italiano, ese tiene que ser el padre Sotográs. Así fue. En los años de seminario, el Padre había aprendido un italiano rudimentario por si acaso había que comunicarse con el Vaticano. De hecho, así fue como logró salvar su pellejo de la dictadura de Perón. El Padre le echó mano a un viejo diccionario, y entre tropezones y tanteos –rascándose su escasa cabellera– fue traduciendo palabra por palabra el telegrama. Al final lo leyó de arriba a abajo, y sólo entonces cobró conciencia del contenido. El Padre insistió en acompañar al alcalde a lo de Dolores, pero él no lo permitió, citando su autoridad municipal. El pobre alcalde no sabía que lo esperaban unos cuantos sombrillazos.

–Al año llegó una carta de Pablo –musitó Amparito.

–¿Estaba vivo? –reaccionó Oliver.

–Deja que te cuente –con un suave movimiento Amparito acomodó a Oliver sobre su regazo, le hablaba mientras jugaba con su pelo. Un cielo infinito los cobijaba, ¡Ah… cuantas estrellas! Un velero volvía a gemir, era como una invitación.

Un día, un pescador de México divisó una botella flotando. A esas alturas del horizonte, al pescador le quemaba la curiosidad. La botella había estado flotando durante un año. Era de Havana Club, con un papel adentro, era un mensaje. En la parte de arriba decía: "Enviar a Dolores en Santiago de Cuba". El resto del mensaje apenas

se podía leer, pues la letra se iba deteriorando hasta que se tornaba indescifrable. El pescador llevó el papel hasta el correo de su localidad y lo enviaron: "Dolores – Santiago de Cuba".

–¿Qué decía el mensaje? –Oliver estaba intrigado. Se preguntaba si toda aquella historia sería un invento de Amparito. Pero se sentía tan bien allí, con su cabeza sobre aquellos muslos tibios. Se acordó de su tío Lorenzo, que una vez le habló "De Las Mil y una Noches".

El día que llegó la carta, a Dolores y a Amparito se les congeló el alma. Acordaron no abrirla hasta después de la cena. Llegó el momento, y Dolores, hecha un saco de nervios, buscó sus lentes. Al principio solo podían descifrarla de pedazo en pedazo, una frase aquí y otra allá, hasta que fueron armando el rompecabezas: "Dolores perdóname... Soy un estúpido, Dolores, por favor, perdóname... Estoy sólo, tengo miedo, perdóname... Tú tenías razón... Hace frío... Tengo miedo... Voy a morir, Dolores... Voy a morir... Dolores tú se lo dices a Amparito Mía... Por favor tú se lo dices a Amparito Mía... Está oscuro..."

–¡Amparito Mía! –repitió Oliver, fascinado.

–¿Qué bello, verdad? Así era como Pablo me llamaba: "Amparito Mía" –suspiró, peinando a Oliver con los dedos. Hubo un silencio. "La Osa Mayor", trataba Oliver de identificar las estrellas. Escuchó a lo lejos las risotadas de Sofía y se la imaginó preguntándose: "¿Dónde se habrá metido Fernando?" Amparito apretó la cabeza de Oliver contra su pecho.

Pablo Orejuela había llegado desde México a la Universidad de Oriente en Santiago. Llegó para dirigir un programa de pesca de atún que con el tiempo ganó premios y fama, orgullo de Cuba. Científico consagrado, se había unido a la Revolución Cubana respondiendo a un llamado de la conciencia. Corría el año 1961, y Pablo tenía por costumbre visitar los sábados el paladar. Allí conoció a Dolores, se enamoraron y se casaron. Para entonces, ya

Dolores había abandonado toda esperanza de que Fidel se casara con ella. Fidel se había casado con el poder. Pablo por su parte fue desarrollando un amor paternal por Amparito que crecía cada día: regalos, dulces, juegos, era su consentida. Un día, Amparito Mía (años después ella cambió su nombre oficialmente a Amparito Mía) le pidió a Pablo que la adoptara legalmente. Para entonces Amparito tenía 16 años, y había hecho sus averiguaciones. Averiguó, por ejemplo, que si Pablo la adoptaba, los padres de Pablo la podían reclamar desde México y así lograr su sueño: salir de Cuba.

Alentada por su tío Guille, (realmente era una carta cada tres meses) Amparito tejía sueños de una nueva vida en Puerto Rico. El día que abordó a Pablo, le relató un minucioso plan de cómo se proponía llegar desde México hasta Miami y de allí a Puerto Rico. Ella quería ser actriz, modelo, hacer una carrera en el mundo del espectáculo, y en Santiago sentía que se le iba la vida y no podía alcanzarla.

De inmediato Pablo accedió, pues a esas alturas sus sueños de una vida mejor a raíz del triunfo de la Revolución se habían desvanecido. Había un serio inconveniente, sin embargo, los papeles legales requerían la firma de Fidel como progenitor de Amparito.

–Me tienes ansioso –reclamó Oliver. Te pareces a Scherezada.

–¿Quién es ella? –Amparito iba poco a poco subiéndole el fuego a las caricias.

–La de Las Mil y una Noches.

Amparito sonrió, mirándolo fijamente a los ojos. Ella tenía su agenda.

Todo iba bien. Fidel había accedido, quizás pensando que así se libraba de una nota al calce cuando escribieran su historia. Pablo le advertía a Amparito que había que ser muy discretos, que nadie

podía enterarse de sus planes. Era un secreto dentro del círculo de Dolores, Amparito y Pablo. Pero sucedió lo que tanto Pablo temía, alguien alertó a Fidel. Fidel se encolerizó y se negó rotundamente. Amparito se hundió en el llanto. Durante una semana se encerró en su habitación, y se negaba a comer. Pablo se dio a la tarea de investigar quién había delatado el plan. Pero no era fácil. En un estado policiaco como el que se vivía en Cuba, las posibilidades eran múltiples. A través de los Comité de Defensa de la Revolución, el gobierno tenía estructurada una red de espionaje que penetraba hasta el más íntimo resguardo de sus ciudadanos. Pero Pablo tenía una mala espina, sospechaba de Dolores. Durante tres noches la interrogó impiadosamente. Dolores se defendía, alegando que en Cuba había un chota en cada esquina. Hasta implicó a Caridad, la cocinera. Pablo parecía un poseído, con la mirada llena de cicatrices, y cuando Dolores vio lo que le iba encima a la pobre Caridad, se llenó de valor y confesó.

–Me vas a matar del corazón –suspiró Oliver. Amparito lo sorprendió con un beso apasionado.

¡JURAME/ QUE AUNQUE PASE MUCHO TIEMPO!, se escuchaba la bohemia a lo lejos.

El día que Pablo encontró la muerte, tuvo una reyerta con Dolores. Se gritaron, lloraron, se hirieron. Con las mentes cargadas por el odio, se dijeron cosas que nunca jamás se debieron haber dicho. Dolores, madre al fin, no quería perder el amor de su única hija. Le habían advertido que una vez en el exilio, Amparito no podía volver nunca más a Cuba.

Hubo un largo silencio, Oliver quería hacerle tantas preguntas, tenía tantas dudas, pero prefirió permanecer en silencio. Amparito tenía la mirada perdida. Observaba los veleros durmiendo. Pensó en todas las amigas que habían logrado salir de Cuba. Una gaviota aleteó, la sacó de su trance.

–Gracias por escucharme –balbuceó Amparito, acercando su boca. Oliver sintió su aliento, poco a poco se fueron enredando en un rito de caricias, mimos, prendiendo fuego. Una explosión de carcajadas asustó a Oliver. Pero Amparito no se amedrentó, de un salto brincó a un velero, le extendió la mano a Oliver y lo haló para adentro. Atrás quedó la bohemia; el fuego aún bailaba sobre la leña.

Capítulo 31

–Háblame de tu país –lo sorprendió Amparito.

El sol golpeaba contra una pequeña ventana. Las guitarras se habían ido con el alba. Oliver entreabrió un ojo, estaba completamente desnudo, acostado boca abajo.

–¿Qué hora es? –balbuceó. Le ardía el estómago y no estaba seguro si la cabeza le daba vueltas o era el vaivén del velero.

–Deben ser como las ocho –Amparito le ofreció un buche de café en un vaso–. Te va a caer muy bien –le sonrió.

–¿De donde sacaste café? –Oliver se sentó y tanteó hasta encontrar su pantalón–. ¡Mmm!, me hacía falta.

–Encontré un poco de harina en la cocina de aquel velero, –señaló con ojos pícaros– y la colé con las brasas que todavía quedaban de la fogata.

Amparito se sentó en el piso y comenzó a jugar con los pelos de su pecho.

–¡Vaya!, me refiero a la de la paella, porque anoche aquí hubo otra fogata. Eres un amante irrepetible –sostuvo Amparito, todavía soñando con su jinete a fuego.

Oliver miraba el fondo del vaso, se sonrió, era el vaso de los mojitos. Trató de inventariar las locuras de la noche anterior: se empinaron una botella de Havana Club, llenándose la boca de ron, que se lo pasaban de boca a boca, entre mordiscos y lenguas feroces.

"La delicia de encajar, el alivio de estallar..., y derramarse, y derramarse", trataba de acordarse de un verso. Fue una fiesta de besos, con fuegos artificiales.

Amparito lo ayudó a ponerse los pantalones, a abotonarse la camisa, pero las medias y los zapatos no aparecían, y por más que los buscaron no aparecieron. Oliver recordaba que la noche antes se los quitó y puso las medias adentro. "Yo recuerdo que los dejé en el muelle, con las medias adentro", sostuvo mortificado.

Caminaron desde la playa hacia el hotel, y como una muestra de solidaridad, Amparito también se quitó los zapatos. Tenían hambre, no habían comido nada la noche anterior. Por el camino entraron en una tiendita de madera y techo de zinc, pintada con colores alegres. Amparito conocía a los dueños, una viejecita menuda de sonrisa dulce y un hombre muy grueso, con una guayabera impecable, era su hijo. Amparito presentó a Oliver como si fuera su príncipe azul, sin importarle la facha.

–Yo quiero un desayuno completo, –anunció Amparito–. ¿Te pido lo mismo a ti? –Oliver le devolvió la pregunta con gestos–. Eso trae avena, huevos fritos, pan tostado con mantequilla, jamón frito...

–...Café y jugo de naranja –completó la viejecita. Oliver asintió, con una sonrisa de niño.

Amparito se apresuró a aclarar que toda esa abundancia se debía a que él andaba con dólares.

–¡Oye! Aquí en Cuba el que no anda con dólares está chivao. Así como tu ves este sitio, aquí lo que vienen son turistas y los cubanos que se le arriman.

Oliver frunció la frente, impotente. Entonces especificó:

–Mi café yo lo quiero oscurito –La viejecita miró a Amparito, haciendo una mueca.

–Él es boricua –intercedió Amparito–. Allá en Puerto Rico ellos hablan de café clarito, oscurito, término…

–El café es negro, punto –sentenció la viejecita. Hizo otra mueca todavía más grande y se le escapó una carcajada. Estaba mellá.

Tan pronto la viejecita se marchó a la cocina, Amparito volvió a la carga.

–Mi prima Adriana es maestra de historia y…, ¿sabes cuánto gana?

–¿Cuánto? –Oliver observaba una pared llena de mensajes escritos a mano: en inglés, en francés, español.

–En pesos nacionales le pagan el equivalente a seis dólares americanos.

–¿La hora?

–¡No seas maricón! Al mes. Si fuera la hora no estaría por ahí de jinetera, tirándose a los turistas…, ¡Los trae aquí también a comer!, mendigando a ver quién la saca de Cuba.

Oliver se arrepintió de sonar cínico. Le tomó las manos.

–¡Oye! tío Guille y su familia no salen de las tiendas, van a Disney World a cada rato. Yo sé como es el mambo, allá en Puerto Rico se mueve el dinero.

"Yo sé como es el mambo", sonrió Oliver, meditativo. Era cierto, en el Puerto Rico moderno de entonces corría el dinero. No siempre había sido así, pero los tiempos cambian y llegó una época en la que hasta los pobres se las ingeniaban para tener plata. O se la ganaban trabajando, o tirando drogas, o el mantengo federal se encargaba de llenarle los bolsillos. Y de las barriadas salían disparados

hacia los grandes centros comerciales a mover la rueda de la economía.

–Háblame de tu país –lo sacó Amparito de su trance, ya lo iba conociendo–. Quiero conocer más sobre Puerto Rico.

La primera vez, Oliver había dejado la pregunta en el aire, a propósito. Se hizo el dormido, que no escuchó. Ahora hizo un largo silencio, pero se decidió:

–Te diré que en Puerto Rico le decimos a las naranjas, ¿sabes cómo?

–¿Cómo?

–¡Chinas!

–¡¿Cóóómo?! –Amparito explotó en carcajadas.

–Chinas. Jugo de china. Por lo demás, se parece mucho a Cuba.

Oliver se gozaba la travesura, pero antes de la última carcajada Amparito lo atajó.

–¿Se siente Puerto Rico parte de los Estados Unidos? –Amparito lo miró fijamente–. ¡Vaya!, tío Guille y mis primas se fueron a vivir allá; también muchas amigas –una oleada de nostalgia la remeció.

–¡Que tronco de pregunta! –se rió Oliver, dando palmadas–. La verdad es Amparito, que si tú le preguntas a diez puertorriqueños… vas a tener un arco iris de opiniones.

–A mi me gustaría irme a vivir a Puerto Rico. Antes pensaba que Nueva York, pero mis primas me han contado…, ellas se sienten como si estuvieran en los Estados Unidos, pero con sabor cubano.

–¿Cómo es eso? –se rió Oliver.

–Vaya, Oliver, por ejemplo…

–Dime Fernando, por favor –la interrumpió Oliver, dulcemente–. ¿Dormimos juntos, no? Al menos somos amigos –la miró a los ojos, con un aire fraternal–. Sigue, perdóname.

Amparito le apretó las manos; hizo una pausa, sintió que él era sincero. La viejecita trajo el café con pan tostado e inmediatamente su hijo se presentó con los huevos fritos, la avena y el jamón.

–Yo no sé a lo que ellas se refieren, viejo, pero por ejemplo…, en sus cartas me han dicho que en Puerto Rico hay dos banderas, dos himnos, dos idiomas, vaya, oficialmente, porque según ellas, allí casi nadie habla inglés. Celebran la Navidad y los Reyes Magos, ¡No te rías! –Oliver no aguantaba las ganas de reír.

A Amparito la cabeza le daba vueltas.

–En Cuba no se celebra la Navidad –se le quebró la voz–. Desde hace muchos años no se celebra la Navidad. ¡Imagínate, Fernando, si en Puerto Rico no se celebraran las navidades!

Amparito pausó, reflexivamente. Recordó las navidades de su niñez, la Misa de Gallo en la Catedral. Primos, tíos, abuelos, regalos, alegría. Pero un día, se acabó todo. ¡"Qué pasó mamá"! "Este canalla de Fidel que sólo habla de la zafra de los diez millones". ¡"Al carajo las navidades"!

Amparito hundió su pan tostado en su taza, y chorreando mantequilla se lo llevó a la boca, con su mente lejana, pensando en aguinaldos. Oliver devoraba sus huevos, el jamón, le metía mano a la avena, al pan tostado, al café, al jugo. Verdaderamente hacía hambre, comía con un gran gusto. Pensó en la noche anterior y se dijo: "Que paella ni paella, esto está divino".

–¿Tú me ayudarías a salir de Cuba? –Se le prendió Amparito en el corazón a Oliver–. Yo quisiera asilarme en Puerto Rico –Oliver se detuvo, no sabía qué contestarle. Sintió una gran responsabilidad, quizás pena–. Puerto Rico es un paraíso –añadió Amparito.

Oliver pensó en Puerto Rico. En un segundo recorrió la isla: desde los kioscos de Luquillo hasta La Parguera. Se perdió por playas y montañas, cascadas, palmeras, y se visualizó callejeando por las plazas de recreo con sus cafetines en cada esquina, con sus fritangas, las velloneras trompeteando guarachas, sus mesas de dominó, sus cuatro jugadores atornillados a sus sillas, las mesas de billar, el corillo de jugadores con su justa fama de borrachitos. Se vio de niño caminando por las calles adoquinadas del Viejo San Juan, pantalones cortos, una camiseta que decía ¡Gabi, Fofo y Miliki!, de la mano de su papá y su mamá, comprando una piragua de frambuesa aquí, unos platanutres un poco más allá, besitos de coco, saboreándose una mallorca calientita con mantequilla en la Bombonera, una limonada helada. Entonces creía que era feliz, recorriendo el castillo del Morro escuchando a su papá contar increíbles historias de barcos piratas, corriendo al aire libre, volando chiringas. "Puerto Rico es un paraíso", le daba vuelta en la mente. Nunca nadie le había hablado así de su país.

Oliver se debatía, porque la verdad era que Cuba también era un paraíso terrenal, con sus playas, montañas, cascadas y palmeras. Con su gente alegre y fraternal, un rumbón en cada esquina. Pero…, ¿por qué entonces Amparito añoraba salir de Cuba? ¿Por qué tantos hermanos cubanos hicieron del exilio su nueva patria, la Cuba del Norte? Vinieron las imágenes de su niñez, ¡Comunista! ¡Vende patria! En el seno de su familia, Fidel y Muñoz eran héroes o villanos, según la óptica ideológica de cada cual.

Salieron de la tiendita y continuaron el recorrido hacía el hotel. Iban por una carretera que bordeaba el mar. En una esquina había un grupo numeroso de personas. Oliver preguntó y Amparito le explicó que esperaban transporte público.

–¡Vaya!, esa gente va para otras provincias. Imposible caminar, pero ahí pudieran estar todo el día.

–En La Habana vi unos transportes de tres plataformas que le tenían un nombre de lo más cómico…

–Los camellos –sonrió Amparito.

–¡Esos mismos! Meten quinientos donde caben trescientos –se reía Oliver.

–El chiste entre los habaneros es que en cada plataforma van dos carteristas y tres enfermos sexuales.

Oliver explotó en carcajadas; luego admitió compadecidamente:

–Eso pasa en todas partes –Se encogió de hombros.

Caminaron en silencio por un rato. Oliver observaba las olas, unos pescadores reparaban un pequeño bote. Iba a decir algo pero se detuvo, se miraron y sus ojos se dijeron cosas. "En Cuba hace años que no se celebra la Navidad", le taladraba la conciencia. ¡Imagínate, si en Puerto Rico no se celebraran las navidades! "No hay navidades como las de Puerto Rico", había escuchado decir tantas veces. "Navidad que vuelve/ Tradición del año". Amparito le partía el corazón, quería ayudarla pero no sabía si realmente podría. "Estos problemas son más políticos que legales. Tendrá que lanzarse al mar". Amparito miró a lo lejos, sus ojos se bebían el mar.

–No me has contestado –le recordó–. Háblame de Puerto Rico, ¿es como dicen mis amigas?

–Es cierto, hay dos banderas, hay dos himnos –Oliver enfatizaba contando con los dedos–. Hay dos…

–Eso ya lo sabía –lo interrumpió Amparito. Oliver explotó en carcajadas, no quería reñir.

–Dame un break, corazón –le sonrió–. Hay de todo por partida doble. En las carreteras te indican las distancias en kilómetros, pero la velocidad en millas. Celebramos a los patriotas americanos, ¡Washington! y también a los nuestros, ¡Barbosa! –Amparito le

pegó un pellizco. No eran esas pendejadas lo que ella quería escuchar–. No te pongas jodona, que todavía me falta… Los patios los miden en metros, pero las casas en pies cuadrados. ¡No me sigas pellizcando! ¿Quieres más? La temperatura ambiental en Fahrenheit, y la fiebre en centígrados. La…

–Yo lo que quiero saber es: –lo atajó Amparito– ¿Qué pasó que Muñoz lo logró y Fidel no?

–¿Logró qué?

–La otra noche cuando compartíamos con Fidel, mami dijo que allá Muñoz le abrió las puertas al Ron Caribe y Fidel se las cerró.

–¡¿Y?!

–¡Vaya!, que Fidel quería sacar a los pobres de la miseria, y después de 21 años, la miseria nos ahoga.

–Yo no tengo una contestación para eso –se encogió de hombros Oliver.

–Pero Puerto Rico fue muy pobre, ¿no es verdad?

–Es cierto –admitió Oliver–. Yo lo único que te puedo decir es lo que me dijo don Roberto González: "No se puede ayudar a los pobres persiguiendo a los ricos".

Amparito guardó silencio, su tío Guille le hablaba maravillas de Muñoz en sus cartas, estaba intrigada, por unos instantes caminó cabizbaja. Se inclinó y recogió un caracol, le sacudió la arena y se lo llevó a la boca. Lo sonaba como si fuera una trompeta. Oliver la observaba, por ratos la veía como una chiquilla.

–Tus amigas tienen razón, –admitió Oliver, compadecidamente– allá en Puerto Rico celebramos la Navidad y Los Reyes Magos. Todos los años, para el día de Reyes, el gobernador abre los portones del Palacio de Gobierno y recibe a grandes multitudes.

–Cuéntame –suspiró Amparito.

Oliver titubeó. Tenía muchos deseos de contarle una historia que lo acompañaba desde su niñez. Se le agolpaban los recuerdos. Alzó la vista, y vió el campanario de la Catedral.

–Llegamos –anunció, señalando el campanario. Amparito sintió que la evadía, y Oliver se sintió miserable.

Llegaron al hotel. En la perilla de la puerta de la habitación, había un guindalejo: eran los zapatos y las medias de Oliver, todavía húmedos y llenos de arena. Al instante Oliver sabía…, eran los celos de Sofía. "Esta tiene un ataque de cuernos", sonrió. No era la primera vez. Ellos eran muy buenos amigos pero se pegaban cuernos de parte y parte. "Pégame cuernos, pero no me olvides", era el dogma de Sofía. Pero de vez en cuando se moría de celos. Esta era una de esas veces.

Oliver desamarró el guindalejo y encontró una nota dentro de los zapatos.

Fernando:

El Padre y yo estamos en lo de Dolores. Regresaremos al mediodía. Apúrate. Hoy nos despedimos de Cuba. Carmelo nos llevará al aeropuerto en La Habana.

Te quiero,

Sofía

PD: Espero lo hayas pasado muy bien con la chica.

Oliver entró en la habitación y se puso a empacar. Amparito lo ayudaba en silencio, meditativa. En una semana habían pasado tantas cosas: se conocieron, lo metieron preso, localizaron los papeles y luego vivieron una fiesta de pasión y lujuria. Desde el principio, Sofía le caía como un petardo, siempre tan alborotosa. Pero Oliver, tan calladito, pensativo, siempre concentrado en sus jaleos de herederos. Eso sí, desde el primer momento ella sintió el fuego de su mirada. Terminaron de empacar y se abrazaron, y en un relámpago

de alegría, Oliver la empujó sobre la cama. Parecía lucha libre. Amparito se quitó la blusa y... ¡flash!, se puso el polo de Oliver y muerta de la risa lo retaba a quitárselo. ¡A que no me lo quitas!, gritaba entre carcajadas, forcejando con las piernas y las manos, mientras Oliver la dominaba con el peso de su cuerpo y le mordisqueaba las tetitas por encima del polo. De pronto:

–¡Los documentos! –gritó Oliver. De un brinco se metió debajo de la cama donde tenía los papeles de la herencia.

Abrió una de las cajas, luego la otra, rebuscaba con desenfreno, hasta que encontró una libreta mugrienta, a manuscrito, era un antiguo registro de accionistas. Allí estaba, era cierto, Desi Arnaz había sido accionista del Ron Caribe.

–¿Te acuerdas del policía de la cárcel, del que te hablé? ¿El de la paella, que andaba con una guitarra?

–¿Carlos? –balbuceó Amparito, jadeante, con el corazón relampagueándole todavía en la boca.

–Ese mismo.

–Carlos Beltrán –especificó Amparito, ayudando a Oliver a sacar las cajas. –El me habló de este tal Desi Arnaz, ¿lo conoces?

–Vaya, Fernando, claro que sí. Desi Arnaz, santiaguero.

Amparito hizo una pausa. Pensó en tantas y tantas personas que habían abandonado a Cuba para hacer nueva patria en el exilio. Pensó en sus primas, las de Miami, las de Puerto Rico, que le escribían sobre lo mucho que se parecían Cuba y Puerto Rico. "Es como estar en un paraíso. ¡Cuba, USA!"

–Me has ignorado, Fernando – lo sorprendió Amparito, con la mirada llena de reproches–. No me has dicho si me vas a ayudar a salir de Cuba.

De pronto, frente al hotel, en la Plaza Mayor, irrumpió una algarabía de bocinas, sirenas y pitos. Era un verdadero rugido de

alegría. Oliver pensó en las campañas políticas en Puerto Rico. Se asomó por la ventana y vio una caravana de automóviles que llegaba con los cristales pintorreteados: "¡SANTIAGO CAMPEONES! De los automóviles se bajaban peloteros orgullosos, con sus novias, esposas, chiquitines y fanáticos leales. Tenían sus uniformes embarrados con un fango rojizo, evidencia indiscutible del fragor de la competencia. De los baúles empezaron a bajar congas, bongoes, timbales. Un trompetista disparó un fuetazo dorado que subió hasta el cielo, y con los primeros tún, tún de los cueros, Oliver haló a Amparito y corrieron por las escaleras, maletas y documentos en mano.

Un corillo de bailadores animaba la rumba, con maracas, palmadas y cantos. ¡TÚ QUE TE CREÍAS QUE YAYABO NO SALÍA MÁS! Congeros, timbaleros y trompetistas alborotaban la plaza con un estruendo enloquecedor. Los peloteros armaron una torre humana, encaramándose los unos sobre los otros, y luego, de brazo en brazo, fueron subiendo una bandera hasta que el pelotero del tope la agarró y la comenzó a agitar con una euforia contagiante: ¡SANTIAGO CAMPEONES! Oliver y Amparito observaban el rumbón desde el vestíbulo del hotel, cuando de pronto llegaron Sofía, el padre Sotográs y Carmelo.

–¡Fernando!, espero estés listo –fue el saludo de Sofía, por encima del estruendo de la música. El pequeño vestíbulo se estremecía. ¡YAYABO ESTA EN LA CALLE CON SU ULTIMO DETALLE Y SU RITMO SIN IGUAL!–. Bueno, hombreé, voy a bajar mis maletas, mira que en pocos minutos nos vamos. ¿Vale? Dolores te envía un abrazo…Bueno…, ¿y qué tal la noche de anoche? –remató, subiendo las escaleras. Todavía le duraban los cuernos.

Carmelo y el Padre ayudaban a Oliver a montar su equipaje en el baúl del auto. El Padre le decía unas cosas al oído a Oliver y éste asentía con una sonrisa. Carmelo sacó una soga de un cajón de

herramientas, calculando cómo acomodar tantos tereques. El Padre le echó el brazo a Oliver, y volvió a una segunda ronda de comentarios, provocando esta vez una explosión de carcajadas.

Carmelo se apresuró a ayudar a Sofía, que venía abarrotada de equipaje, sobre todo de encargos para repartir entre la parentela cubana de Miami. Virgencitas de la Caridad del Cobre, remedios caseros, recursos para la santería, en fin. Abrió una maleta, sacó su cámara, y de un brinco agarró a Amparito y la haló. ¡Ven Fernando!, le gritaba a Oliver. Cruzaron la calle los tres, Sofía agarrando por la cintura a Oliver y a Amparito. "Se le pasaron los cuernos, que bueno".

Se acercaron a la rumba. ¡A CUMBA CUMBA CUMBA CUMBANCHEEERO! Eso es música puertorriqueña, le reclamaba Oliver a Sofía. Que no, que es cubana le ripostaba Sofía con autoridad, cuando de pronto, una negra de caderas anchas le salió al paso a Oliver, invitándolo a bailar, remeniándole el culo con salero. Un congero cerraba los ojos, y castigaba los cueros haciendo unas muecas espeluznantes, como si estuviera poseído. Oliver no se resistió, se entregó al baile, por un lado estaba contento, pero a la misma vez experimentaba una sensación de melancolía. Desde que llegó a Cuba había visto rumbones por todos los puntos cardinales. Estaba probado, la pobreza y la alegría no están reñidas. Al contrario. Esa tarde partiría para Puerto Rico, con sus papeles, enhebrando teorías sobre particiones hereditarias. "Aquí en Cuba hace años que no se celebran las navidades", le dolía, no tenía idea. Otro congero repicaba los cueros y la negra le correspondía remeneando con gusto las caderas. Era como un diálogo. ¡Congas y caderas! Una mujerona de unas tetas impresionantes se acercó a Oliver remeneando el pecho. ¡A CUMBA CUMBA CUMBA CUMBACHEEERO! Sofía se daba un último banquete, tomando fotos sin tregua, quería mostrarles a los lectores del mundo los encantos del pueblo cubano. Oliver comenzó a dar vueltas en un frenesí delirante. "Imagínate si en Puerto Rico no se celebraran las navidades", le oprimía la

conciencia. Cuba es un país alegre..., como Puerto Rico, se decía, dando vueltas como un trompo, atrapado entre el bamboleo de la negra y la mujerona. En ese remolino de culos y tetas, Oliver daba vueltas mientras su pensamiento se perdía. Sentía lástima por Amparito, pero advertía que él nada podía hacer. La buscaba con el rabo del ojo, pero no la encontraba, solo veía a maraqueros y a timbaleros que alborotaban el corazón de los peloteros. La torre humana continuaba entre brincos y saltos. El abanderado hizo una pirueta en el aire y se lanzó a bailar entre la mujerona y la negra culona. Oliver aprovechó y se escurrió, buscando a Amparito, hasta que la encontró. Allí estaba, sentada en un banco de la plaza. A Oliver se le hizo un taco en la garganta, sintió deseos de llorar.

–Esa es música puertorriqueña –se le ocurrió decir, tratando de distraer los sentimientos.

Amparito brincó y le dio un abrazo.

–¡Eres tremendo bailarín! –Le brillaban los ojos.

Oliver sudaba copiosamente. Amparito sacó su pañuelo y lo secaba suavemente.

–Realmente es música africana –sostuvo Amparito–. ¡No me mires con esa cara! Eso es música afrocubana..., afroantillana –le sonrió, encogiendo los hombros, mientras volteaba el pañuelo empapado.

–El compositor del Cumbanchero es Rafael Hernández, de Puerto Rico –insistió Oliver.

–Eso nada tiene que ver –lo despachó Amparito.

Oliver no estaba para polémicas. Además, eso de afroantillano lo había escuchado en otras ocasiones, del tío Lorenzo, de su tía Estela, en fin. Quizás Amparito tenía razón, y el no era quién para debatir sobre esos temas.

–En eso también Cuba y Puerto Rico se parecen –añadió Amparito–. En las raíces africanas.

Oliver sonrió y le dio un beso.

–Amparito…, yo no sé si yo pueda ayudarte a salir de Cuba –balbuceó, le tomó las manos entre las suyas, se las apretaba, estaban tibias–. Tienes una gran habilidad persuasiva. Cuando me dijiste: "Imagínate si en Puerto Rico no se celebraran las navidades", ¡wow!, eso me trabajó la cabeza.

Fue así como Oliver se perdió en una primavera de recuerdos que Amparito escuchaba fascinada. Le contó por ejemplo, (De vez en cuando Sofía interrumpía: ¡Joder, Fernando, vámonos que se hace tarde!) que todos los años para la celebración del día de Reyes, el gobernador de Puerto Rico abría al pueblo los portones del Palacio de Santa Catalina, popularmente conocido como la Fortaleza. Había allí siempre las mejores orquestas, tríos y tunas. Ese día el pueblo disfrutaba de golosinas, payasos, y de un gigantesco árbol de navidad, entre otras cosas. El árbol estaba siempre decorado por un artista de renombre. Había además un pesebre viviente, con todo el elenco bíblico: San José, la Virgen María, el niñito Jesús, pastorcillos, jibaritos, la mula, el buey, y, desde luego, los Tres Reyes Magos, con sus camellos, y sus fascinantes trajes de oriente. Pero lo más importante de todo: no podía faltar un regalo para cada niño, de eso, se encargaba el gobernador personalmente.

Una vez, cuando Oliver tenía seis años, su mamá lo llevó a celebrar el día de Reyes a la Fortaleza. Al principio, su papá no quería ir, con la voz entrecortada le recordó a su esposa que Muñoz había traicionado la independencia de Puerto Rico, que él no lo podía perdonar. Entonces, cuando la mamá insistió, en un abrir y cerrar de ojos se enfrascaron en un virulento intercambio de insultos. ¡Pancista! ¡Comunista! Así las cosas, la mamá recurrió al lado blandito. Con el llanto rodándole por el rostro le suplicó: "Fernando Luis, Dios

mío, hazlo por amor a Fernandito". Así fue, lo conquistó, pudo más el amor.

Ese día llegaron bien temprano al Viejo San Juan. Los turistas bajaban de los barcos en manadas, buscando transportación para el Yunque, un taxi para el Morro. ¡¿Un taxi para el Morro?! ¡Que atraco! Desayunaron en la Bombonera (una tradición). Luego subieron por la calle San Francisco, –a Fernandito se le quería salir el corazón– cruzaron la Plaza de Armas, –una nube de palomas los zarandeó– y entraron en la calle de la Fortaleza. Un verdadero tumulto alborotaba el Palacio de Santa Catalina. Bullicio, jaleo, un hormigueo humano gozaba y se divertía. Una orquesta trompeteaba una plena, ¡Cortaron a Elena/ Cortaron a Elena/ Cortaron a Elena y se la llevaron pa'l hospital! Familias completas –de Arecibo, Utuado, San Germán, Ponce, Mayagüez– habían salido la noche antes, con los niños durmiendo en el asiento trasero. Recorrían grandes distancias, para poder disfrutar de las piraguas, el mabí, el guarapo de caña, los bacalaitos, las alcapurrias, los besitos de coco, el lechón asado a la varita y todas esas delicias de la cocinería boricua. El Gobernador se paseaba por los jardines acompañado de su escolta, saludando al público, estrechando manos, mientras la multitud enloquecía con la música y los payasos, y se tiraban fotos frente al pesebre. Melchor, Gaspar y Baltasar se alternaban para posar, según el color del pelo de los niños.

Pero ese día, lo que parecía imposible, era salir con un juguete en las manos. Había familias enteras que habían hecho una cola increíble, desde las nueve de la noche del día anterior hasta las seis de la mañana del día siguiente, cuando abrieron los portones. La mamá de Oliver le había advertido, aún antes de que salieran de la casa, que esos juguetes eran solamente para los niños pobres, que el gobernador se ocupaba de ellos porque: "esos niños son tan pobres, Fernandito, que ni Santa Clos ni los Reyes Magos se acuerdan

de ellos", lo que Fernandito entendió atacado en un llanto que fue necesario consolar.

Pero ese día, allí en la Fortaleza, Fernandito reconoció a unos amiguitos del colegio que hacían la fila. Fernandito sabía que ellos recibían juguetes de Santa Claus y de los Reyes Magos todos los años, por lo que concluyó que no eran de los niños pobres que su mamá le había hablado. Ellos no son pobres, mamá, reclamó. ¡Están en la fila! ¡Eso es trampa! La mamá trató de explicarle. Con voz de sabia le dijo: "La trampa no se combate con otra trampa", y añadió: "además, quizás sólo interesan una foto con los Reyes". Fernandito estuvo muy pendiente, no les quitaba los ojos de encima, hasta que les tocó el turno a sus amiguitos. Y vio cuando agarraron los juguetes. En ese momento a Fernandito le entró una perreta. ¡No es justo mamá, no es justo! Su mamá hacía un esfuerzo tremendo para calmarlo y evitar el escándalo, sabía que su esposo no tendría paciencia para esos quebrantos, pero era en vano. Le explicaba, pasándole la mano por la cabeza, pero niño al fin, él quería un juguete también. ¡Eso es trampa, mamá! ¡Eso es trampa! ¡Esos niños no son pobres y agarraron juguetes! Fernandito lloraba desconsolado. Su papá acercó su cara a la de Fernandito y señalándole con el dedo índice le dijo con los dientes apretados y acentuando cada sílaba: "tienes que aprender a ser conforme, ¿me escuchaste?, c o n f o r m e".

El Trío Vegabajeño alegraba al público con una de esas canciones típicas que se escuchan en cada navidad, año tras año, pero que irónicamente son tristísimas. ¡Navidad que vuelve/ Tradición del año! La gente coreaba la letra y daban palmadas, contagiados por el ritmo y las guitarras. ¡Unos van alegre/ y otros van llorando! Al sonido de la música, cada vez se acercaba más y más público frente al templete. ¡Hay unos muy pobres/ que no tienen nada/ son los que prefieren/ que nunca llegara! Fernandito Álvarez, el líder del trío, (era Fernandito también) aprovechó el gentío para hacer una competencia: "Vamos

a ver si hay o no hay poder. Cuando les avise..., a ver, las mujeres primero". ¡Navidad que vuelve/ Tradición del año!

De pronto, Fernandito no estaba, se había desaparecido. Un ataque de nervios se apoderó de su mamá, que gritaba como una loca: ¡Mi hijo! ¡Mi hijo! Del tiro su esposo explotó en ira, escupiendo maldiciones, haciendo culpable a su esposa de lo que a Fernandito le pudiera pasar. Vinieron dos policías, corriendo, agitados. Una señora se puso a rezar y muchos curiosos se arremolinaron, abandonando al trío, que en ese momento cantaba: ¡Hay quién tiene todo/ Todo lo que quiere/ y sus navidades siempre son alegres! Con la ayuda de la policía, se abrieron paso entre la muchedumbre. El pito de los oficiales crispaba los nervios. Uno de ellos le pedía datos sobre su hijo, pero ella había perdido la mente y seguía gritando desesperada: ¡Mi hijo! ¡Mi hijo! Continuaron corriendo, abriéndose paso a empujones, cuando de pronto, descubrieron a Fernandito sentado sobre el regazo de don Luis Muñoz Marín, el gobernador de Puerto Rico. La mamá lo agarró, lo besó y lo apretó, desenfrenadamente. Un segundo después lo increpaba y regañaba con ferocidad. Luego, cuando cobró conciencia, balbuceó algo e hizo una venia al gobernador. Estaba confundida, venía de una pesadilla y ahora entraba en un sueño. Recuperó la calma y se disculpó, secándose el llanto con las manos. La escolta del gobernador observaba muy de cerca, celosamente, pero él se puso de pie, y como cualquier otro ciudadano, se presentó, saludando con un apretón de mano al papá y a la mamá de Fernandito. El gobernador los felicitó por tener tan buen hijo, cuando de golpe:

–¡¿Y ese juguete, Fernandito?! –gritó su papá–. ¡¿De dónde tú sacaste ese juguete?!

Fernandito se paralizó, sintió tanto miedo que se orinó.

–Déjenme explicarles –intervino Muñoz, pausadamente, haciéndole una señal a uno de los escoltas. El escolta palpó los

bolsillos de su pantalón y de su camisa, hasta que encontró una cajetilla de cigarrillos. Entonces le dio uno al gobernador, que con los gestos, a su vez, le ordenó al escolta que le ofreciera también al papá de Fernandito.

Lo que había sucedido fue, que mientras papá y mamá se divertían al son del Trío Vegabajeño, ¡Navidad que vuelve!, Fernandito se escurrió y fue a parar frente al pesebre donde estaban los Tres Reyes Magos. Miró la cola, era interminable. Calculó que tenía que actuar con velocidad, como Cisco Kid, Roy Rogers, Batman, y todos los héroes indiscutibles de su niñez. Dio un brinco audaz, asaltó el pesebre, agarró un regalo y salió corriendo, ante la mirada atónita de San José y la Virgen María. La gente que llevaba horas en la cola, rugió, ante el insólito asalto, y un policía, que no salía de su asombro, se disparó a perseguir al loco chiquillo, soplando su pito con desesperación. Con el corazón en la boca, Fernandito se abría paso por entre un bosque de piernas, faldas, pantalones, y cochecitos de bebe, mientras otros policías acudían a la caza del chiquillo. Miró a la derecha, miró a la izquierda, se volteó y cuando se impulsó, un hombre lo agarró y lo aupó. Era Muñoz.

Ahora Fernandito se moría de miedo ante la inminencia de que Muñoz lo delatara. Él le había contado todo al gobernador sin saber que era el gobernador. Mucho menos el significado de la palabra gobernador. Eso sí, en la televisión, él había visto esa cara y esos bigotes. La escolta del gobernador le cerró el paso a los curiosos, y Muñoz aprovechó para pedirle a los policías que se apartaran, que él se encargaría del niño, que se encargaran ellos de localizar a sus padres. Papá y mamá se encontraban en ese preciso momento embelesados con la música del Vegabajeño, al otro lado, en las terrazas que miran hacía la bahía. "A ver si hay o no hay poder. Los hombres ahora: un, dos, tres. ¡Navidad que vuelve/ Tradición del año/ Unos van alegre/ y otros van llorando!" Fernandito sollozaba, sabía que estaba fregado, ahora los policías

buscarían a su mamá y a su papá y... Muñoz, al verlo temblando, lo tomó entre sus brazos y lo sentó en su regazo. Lo consoló, le limpió los mocos con su pañuelo, y luego, con voz profundamente paternal le dijo: cuéntame, ¿qué te ha pasado? Fernandito le explicó, que si unos niños pobres, que no eran pobres, que hicieron trampa, que no era justo. Muñoz lo escuchó hasta el final, ante el murmullo novelero de los curiosos. Luego le dijo:

–¿Cómo te llamas?

–Fernando Luis Oliver Mendoza –Así comenzó un diálogo sobre: ¿cuántos años tiened?, ¿dónde estudias?, ¿si tienes buenas notas?, ¿que si te portas bien?

Al otro lado, la jarana continuaba encendida. ¡Navidad que vuelve/ Vuelve la parranda/ En fiesta de Reyes, todo el mundo canta! Cada vez se acercaban más curiosos, pero la escolta los mantenía a raya. Algunos tiraban fotos, sobre todo los turistas.

–Me gusta tu sentido de la justicia –le sonrió Muñoz, acariciándole el pelo–. ¿Sabes qué?, la justicia es una función de la poesía, pero es una poesía que no se escribe porque consume todas sus energías en vivirse. Yo quiero que cuando tú crezcas, seas un paladín de la justicia. ¿Me lo prometes? Siempre que veas una injusticia, denúnciala, tienes que agitar conciencias, hasta que se corrijan. –Fernandito asentía con la cabeza, pero no entendía.

Fue en ese preciso momento que su mamá y su papá llegaron, corriendo, entre pitos de policías y empujones, –¡Mi hijo! ¡Mi hijo!– con los nervios descontrolados. Los gritos de su papá todavía retumbaban en su cabecita, ¡¿Y ese juguete, Fernandito?! ¡¿De dónde tú sacaste ese juguete?! Fernandito tapaba en vano su pantaloncito mojado por el pipi, cuando escuchó a Muñoz contestar:

–Ese juguete yo se lo regalé –Fernandito sintió que flotaba, como si regresara de una pesadilla. Buscó a su mamá con la mirada,

la mamá le sonrió y lo apretó–. Es un obsequio especial para su hijo –añadió Muñoz.

Feliz, sintiéndose fuera de peligro, Fernandito rastreaba con los ojos la mirada de su papá, pero entre tantas caras su papá se le perdió.

Al finalizar las festividades, regresaron a casa. Había una inmensa congestión de automóviles y su mamá no paraba de hablar, emocionada, nunca antes había tenido a Muñoz de frente, hablando como si fueran amigos. Pero su papá estaba mudo, meditativo. Al otro día la primera plana del periódico El Mundo destacaba senda foto de Fernandito sentado sobre el regazo de Muñoz. ¡EN FIESTA DE REYES/ TODO EL MUNDO CANTA!

Capítulo 32

–¡Sin lugar! ¡Sin lugar! –martillaba la juez Lizardi.

El licenciado Oliver estaba al borde del desmayo. Tanto viaje a Cuba, tanto esfuerzo, tantos papeles y fotos, y ahora todo parecía derrumbarse, todo parecía en vano. La licenciada Elizabeth Guerrero se oponía con ferocidad a que el licenciado Fernando Oliver presentara en evidencia el fruto de su viaje a Cuba.

–¡Es ilegal vuestro honor! –vociferaba la licenciada–. Este honorable tribunal no se puede prestar para avalar, ¡Para consagrar!, la más repudiable violación al embargo que los Estados Unidos de Norteamérica le ha impuesto al régimen de Fidel Castro.

Alzaba las manos con elocuencia, mientras se paseaba lentamente frente al estrado, elaborando teorías que aplastaban sin piedad a Oliver.

Era lunes 17 de marzo 1980. La sala estaba abarrotada. Del lado izquierdo, estaba María Fernanda Luna, impecablemente vestida, con un conjunto de hilo blanco que realzaba su piel color melaza, cartera y zapatos finísimos. Irradiaba seguridad y un temple

envidiable, y cada vez que la Juez Lizardi martillaba, ¡Sin lugar! ¡Sin lugar!, bajaba la vista y se sonreía delicadamente. La acompañaban sus hermanos, hermanas, tías, tíos, primos y otros parientes lejanos atraídos por el brillo del dinero.

Del otro lado estaban Victoria, Carlos Alberto, Joaquín, Claudia, Roberto, don Gabriel, Conchita, Benito, Arturo Valdéz, Tititi, Pellín, Sheila, Jan Gerstein y Pepe Portillo, el contralor del Ron Caribe, entre otros. La única que cruzaba el pasillo de un bando a otro era Rosarito, que desde que llegó había estado repartiendo besos y abrazos a diestra y siniestra.

–Con el mayor de los respetos, vuestro honor, –imploraba Oliver– solicitamos permiso para replicar. Este tribunal ha sido inducido a error por la compañera Guerrero…

–Pero…, dígame licenciado, –lo interrumpió la juez, rastreando con la mirada a los presentes, sabiendo, como sabía, que para la comunidad cubana en el exilio, el embargo contra Fidel era ley sagrada–. ¿Fue o no fue usted a Cuba fingiendo ser periodista…, cuando la realidad es que usted obtuvo toda esa prueba en violación al embargo federal impuesto a la isla de Cuba?

–Pero es que las Reglas de Evidencia en ningún sitio disponen…

–¡Sin lugar! ¡Sin lugar!

Conchita se acercó con un papelito, pero el alguacil de inmediato la interceptó. Las miradas la acribillaron, ¿cómo era posible que se atreviera? Pero ella no se achantó, todo lo contrario, le insistió al alguacil: "Por el amor a Dios, entréguele esta notica al licenciado".

El alguacil la amonestó, pero no se atrevió a dejarla con el papel en la mano. Lo tomó y se acercó silenciosamente al podio, colocándolo al alcance de Oliver. "Pida un receso", leía.

Oliver miró la nota y la echó a un lado, por orgullo. Fue una reacción visceral, le mortificaba que Conchita interviniera. "La vieja

tiene razón, pero me rejode que se meta". Pensó en el tío Lorenzo, la noche anterior le había dicho, que si lo necesitaba, él lo acompañaría al juicio. "Fernando, si me necesitas..., grita ahora, porque de lo contrario, mañana yo me pienso desaparecer". Pero Oliver estaba eufórico, todo estaba planchado, detalle por detalle, documento por documento. Las fotos eran un éxito.

El licenciado Carlos Ruiz, el más perfeccionista de los socios, el catedrático, se reía de gusto al ver la combinación de documentos con fotos. "Eso está muy bien, Fernando, dale pa'lante. Si me necesitas, me avisas". Oliver le explicaba que al principio él visualizó esas fotos como un regalo para Rosarito, para el museo de Historia del Ron Caribe. Pero luego fue Sofía la que lo embulló para que durante el juicio alternara las fotos con los documentos. ¡Es más humano, Fernando! ¡Además, para que la juez no se duerma!, convino Ruiz.

Oliver había hecho los arreglos para que Esther y Pilar, dos de las más experimentadas secretarias de la oficina, de esas que saben más que los abogados, lo acompañaran al tribunal. Esa mañana Esther llegó cargando con una pantalla y un proyector. Arrastraba en adición un maletín repleto de fotos, estrictamente organizadas por eventos. Entró a sala con sus gafas obscuras, mascando chicles como siempre, saludando con besos y abrazos a todo el mundo, ¡a la fraternidad completa!, como ella misma los había bautizado. Al rato llegó Pilar arrastrando un carrito, con toda la evidencia documental, organizada también por eventos. Pocos minutos después, Oliver hizo su entrada, vestía un traje color perla y una corbata que alternaba franjas color oro y azul pavo. Lo rodeaba un séquito formado por sus testigos estrellas: don Gabriel, Conchita, Tititi y Pellín.

Todos ellos eran testigos oculares de la herencia en vida de las acciones del Ron Caribe. Todos ellos habían viajado a Santiago de Cuba ese verano de 1953 para disfrutar de los famosos Carnavales

de Oriente. Todos ellos estuvieron esa noche del 25 al 26 de julio en el Rancho Club, en el baile a dos orquestas que todos los años auspiciaba el Ron Caribe. Todos ellos al salir del baile presenciaron, impactados y boquiabiertos, a las tropas de Fidel aleteando sobre la hierba ensangrentada, con sus uniformes de patriotas agujereados. Todos ellos escucharon incrédulos la noticia de que Fidel había caído preso. El ataque al cuartel Moncada había fracasado, los ejércitos de Batista los había aplastado. Pero allí, esa madrugada, todos ellos vieron nacer los primeros mártires de la revolución, que le dieron a partir de entonces un impulso indetenible que cambió el curso de la historia. Todos ellos vieron cuando la tía Ana, con las manos en la cabeza, invocaba a la Virgen de la Caridad del Cobre, pues nadie sabía qué rumbo cogería el país. El temible Batista, rechazado por el pueblo por golpista, dictador y corrupto, había hecho trizas las esperanzas que entonces pregonaba la Revolución. Todos ellos vieron cuando los González repartieron en vida la herencia de las acciones del Ron Caribe. El futuro de Cuba era incierto, había llegado la hora de repartir esas semillas que los vientos de la historia dispersarían. Había llegado el momento de la diáspora. Y así nació la nueva Cuba: la Cuba del Norte.

Lo que no se imaginaba el licenciado Oliver, era que esa mañana viviría su peor pesadilla desde los tiempos de los famosos pulpos gigantes de Marisela. El primer bombazo fue cuando la licenciada Laura Irizarry le presentó a la licenciada Elizabeth Guerrero como su nueva socia en el caso.

–Mucho gusto, licenciado –sonrió la Guerrero. Yo era la novia de Benito. ¿Se acuerda de mí?

–¡Oh!, seguro que me acuerdo –Oliver no lo podía creer–. ¿Pero usted no era la abogada de Georgina Balzán?

–Si, pero ella está todavía consultando unos abogados en Nueva York. Yo le dije que se pusiera las pilas, pero el tiempo pasa y yo no podía seguir esperando por ella.

–¿Y eso no es antiético? –planteó Oliver, visiblemente incómodo.

–¿Pero de qué estamos hablando, licenciado? –sonrió sarcásticamente la Guerrero–. ¿No fue usted el primer abogado de María Fernanda? –Oliver palideció–. Y ahora maneja el caso en contra de ella... Ella nos contó lo bien que usted le explicó el usufructo viudal...

La juez Lizardi salió a sala –¡TODOS DE PIE!– y las licenciadas Irizarry y Guerrero comenzaron el bombardeo.

Plantearon que la prueba del compañero Oliver no era admisible por ser el fruto de una violación al embargo federal que el gobierno de los Estados Unidos había impuesto sobre el régimen de Cuba.

La primera reacción de Oliver fue de desdén y burla. ¡Que ridículas!, pensó.

Pero..., ¡La vida te da sorpresas! Oliver se fue de bruces cuando la Juez Lizardi interrumpió su argumentación sobre las Reglas de Evidencia... ¡Sin lugar! ¡Sin lugar!

Pensar que la noche antes había declinado la ayuda del licenciado Carlos Ruiz y su tío Lorenzo. Ahora estaba aturdido. Cada vez que intentaba salir del hoyo..., ¡Sin lugar! ¡Sin lugar!, la juez Lizardi lo martillaba. Oliver no lograba salir de su asombro cuando la licenciada Guerrero aprovechaba su desconcierto para rematarlo.

"Pida un receso", volvía a leer la nota de Conchita, tambaleándose entre el orgullo y la impotencia. Pensó en la primera vez que Rosarito salió hablando de los famosos tambores de guerra, en la insistencia de Sofía de ir a Cuba, recordó al padre Sotográs, a Amparito, a Carmelo, y a toda esa gente que lo ayudaron a recopilar los documentos en Cuba. ¡Ah!, en el doctor Manuel Céspedes, que se jugó todo su prestigio de patriota. Sudaba frío cuando:

–¡Vuestro honor!, –volvió a la carga la licenciada Guerrero– con el mayor de los respetos, nos parece que esa conducta del compañero Oliver amerita una investigación por conducta antiética.

Oliver estaba al borde del colapso, y fue entonces cuando evocó la presencia de su abuela Clara. Con los ojos cerrados buscó su imagen, cuando de golpe:

–¡Receso! –martilló la juez Lizardi–. ¡Recesa este tribunal hasta mañana a las 10:00 a.m!

–¡SILENCIO! ¡SILENCIO! –trataba en vano el alguacil de controlar aquel gallinero.

En el pasillo acorralaron a Oliver contra una pared. Todos le hablaban a la vez. Era un ataque sin tregua. ¡¿Qué vamos a hacer?! ¡Licenciado!, ¿qué va a pasar ahora? ¡Tiene que haber alguna conexión, alguien que conozca la juez!

–Don't give up, licenciado –intercedió Carlos Alberto, echándole el brazo. Oliver le sonrió, le hacía falta esa expresión de solidaridad–. ¡Mi gente!, vamos a darle un break al licenciado… –Hacía señas y gestos para apaciguar a la parentela, sobre todo a Arturo Valdez que gesticulaba con voz de trueno. Entonces se volteó y le consultó algo al oído a Oliver, que asentía apretándole el hombro–. Señores… –prosiguió– ¡Vickie y Claudia, por favor! Vamos a reunirnos en la oficina del licenciado.

El resto de la tarde la pasaron de corre y corre, brincos y saltos, peleas, gritos y llantos. Al cabo de un largo rato Conchita no aguantó más, echó a un lado el albaceazgo de su marido y exigió con estridente autoridad la presencia inmediata del tío Lorenzo. Esther de un brinco apretó el botón del pánico, y el tío Lorenzo soltó los palos de golf, y corrió para la oficina a enderezar el barco. Pero al final del día dieron en el clavo.

–La solución es Sofía –planteo el tío Lorenzo, cogiendo el toro por los cuernos. Hubo un silencio total, absoluto. Carlos Alberto, Claudia, Victoria, Conchita, Rosarito, Joaquín, todos veían por donde el tío Lorenzo venía–. Ella es periodista, ¿no? –Encendió un cigarrillo. Fue a Cuba con todas las de la ley.

–Licenciado, –intervino Arturo Valdez– ¡Vaya!, Sofía está en Miami…

–¿Y…?, que agarre el próximo avión para Puerto Rico –replicó el tío. Saboreaba su cigarrillo y echaba el humo por la nariz–. Miren… –agregó– a la juez Lizardi lo que le pasa es que su marido es cubano…, y le cuesta el matrimonio si no defiende el bloqueo.

–Hay que darle una salida airosa –planteó Carlos Alberto, observando con admiración el aplomo del tío.

–¡Pues claro, hijo! Hay que darle una salida airosa. Eso mismo –aprobó el tío Lorenzo, guiñándole un ojo a su sobrino, como quién dice: "El chamaco tiene calle, úsalo más".

Todos comentaban, aliviados. Era cierto, Sofía Miró en su calidad de periodista podía entrar y salir de Cuba como le diera gusto y gana… Además, ella es española, argumentaba Carlos Alberto, por lo que eso pudiera valer… ¡Coño, porque… es que el jodío embargo no le puede aplicar a todo el mundo!

–¡Vaya!, usted perdone que yo me meta –volvió a la carga Arturo Valdez– pero…, no sería mejor hacerle un acercamiento a la juez… quiero decir, viejo, –titubeó, aclarándose la garganta– si usted la conoce…

–A la juez Lizardi yo la conozco muy bien –advirtió el tío Lorenzo, visiblemente irritado, y luego añadió con marcado cinismo–: y le aseguro DOCTOR VALDEZ, que la juez es incorruptible.

–¡Doctor Valdez! –se le salió una carcajada a Claudia.

–No seas ignorante, vieja –se ofendió Arturo–. ¿Tú no sabes que en Cuba le dicen doctor a los abogados?

Mientras más explicaciones daba Arturo, más colorado se ponía y todos se reían. La risotada inundó los corazones, y falta que les hacía ese relámpago de alegría. Hasta Victoria, la esposa de Arturo, no pudo aguantar las ganas de reír, chocando manos con Rosarito que hacía arcadas tratando de contener la risa. Pobre Arturo Valdez, todos se mofaron de él.

Un vendaval de carcajadas estremeció a Esther y a Pilar cuando entraron al salón de conferencias con las bandejas de café y pastelillos de guayaba. En un abrir y cerrar de ojos, habían pasado de las preocupaciones, las ansiedades y los tormentos, a la pavera. De pronto parecían felices, atacando los pastelillos como niños a la hora del recreo.

–¡No te pongas gruñón! –le gritaba Rosarito a Arturo, muerta de la risa, limpiándose el embarre de guayaba.

Lo cierto es que liberaron el vapor de las tensiones. Hasta el propio Arturo se unió a la broma. "Que remedio", se decía, encogiéndose de hombros, saboreándose su café. En ese momento era preferible que lo cogieran a él de punto, ¡Doctor Valdez!, a cambio de rescatar el estado de ánimo de los herederos. Todos se dejaban arrastrar por la bulla y el relajo, a todos les hacía falta una pausa. Sabían, bien que sabían, que había una larga agenda de problemas con los cuales había que espadear. Los famosos tambores de guerra de Rosarito comenzaban a estallar.

Arturo Valdez les hablaba a los herederos de sus años de abogado en Cuba, de la vez que sacó absuelta a una mujer que mató en pleno lecho conyugal a su marido infiel, en uno de los casos más sonados y comentado en La Habana de la época.

–¡Perry Mason! –se burló Joaquín.

–Jack, ¡Yo era el Perry Mason de La Habana! –Un nuevo vendaval de carcajadas los alborotó.

–¡Tres Patines! –explotó Conchita, y aquello parecía caerse–. ¡Leopoldo Fernández, Tres Patines, el de la Tremenda Corte! –remató y todos chocaban manos atacados de la risa. Don Gabriel sujetaba su panza y gritaba:

–¡Ay! Conchita, por Dios, ten piedad.

–¿De Arturo?

–¡No! De nosotros... –le brincaba la barriga–. ¡Ay, vieja, me asfixio!

–Ustedes son malos –bromeaba el tío Lorenzo, compadecidamente, sirviéndole más café al pobre Arturo–. Os lo juro que cuando yo me dirigí a Arturo como... ¡Doctor Valdez!, lo hice con el mayor respeto.

Oliver observaba desde su atalaya. "La Fraternidad"..., se sonreía, removiendo suavemente su tazón de café, un detalle que Esther nunca olvidaba... "a veces pelean, y otras veces..., besos y abrazos". Era curioso ver cómo María Fernanda tenía la virtud de unirlos a todos en contra de ella. Esa unión, por frágil que fuera, era algo sobre lo que había que capitalizar. Nada mejor que mantener a los herederos unidos frente a cada uno de los tormentos de la herencia. La primera prueba fue Georgina Balzán, al tío Lorenzo se le había ocurrido la idea de correr el rumor de que Georgina se proponía demandar. "Todas las amantes demandan", aseguraba el tío, y a los herederos se les crispaban los nervios. "Ya verán, no habrá transcurrido el último rosario, y ya empiezan los primeros vientos", los agitaba, y luego se reía sólo. Desde luego, tal y como era de esperarse, tanto los González–Farasy como los González–Luna enfilaron sus fusiles contra la pobre Georgina. Pero era una prueba, para alinearlos, como decía el tío Lorenzo. ¿Y contra el IRS? ¿Quién en lo más profundo de su ser no siente repugnancia por el IRS? Dicen los que saben, que todo buen ciudadano sueña con algún día darle un buen palo al IRS. Es para muchos un genuino deber

patriótico. Tanto Georgina como el IRS los mantenía en vilo, esperando un desenlace en cualquier momento.

Eso sí..., las peleas con Claudia habían causado una grieta irreversible. ¡UFF!, como decía Joaquín: "Claudia is a very tough cookie". Ahora Oliver la observaba con su pelo rojizo, seductor, intercambiando risotadas con Roberto, su hermano mayor. ¡Ay Bobby, me meo! Pero cuando los González–Farasy anunciaron que le restarían de su herencia todas aquellas andanzas suntuosas y fastuosas con el Turco, se armó una guerra civil. Quitarle un pedazo de la herencia a un heredero es como echarle limón en los ojos. Cada heredero siempre piensa que su padre le dio en vida más a los demás. Esas memorables aventuras con el Turco fueron tema de conversaciones interminables entre abogados enemigos.

Pero lo de María Fernanda era algo nunca antes visto, hasta entonces y desde entonces. Contra todos los pronósticos, los González–Luna y los González–Farasy se mantuvieron unidos, (la única que oscilaba era Claudia, para mantener a sus hermanos en jaque), frente a la demanda de María Fernanda. Que lo hicieran los González–Farasy, eso no tenía mucho de particular, ella no era su madre. Pero que los González–Luna espadearan contra su propia madre...

No se habían apagado los últimos ecos de las risotadas, cuando Carlos Alberto preguntó:

–Bueno, licenciado, ¿y cuál es el próximo paso? –Ayudaba a Esther y a Pilar a recoger platos y tazas.

Oliver miró al tío, y el tío miró a Oliver.

–Fernando, es tu turno. Te toca a ti ahora –opinó el tío Lorenzo–. Nadie conoce mejor a Sofía que tú –concluyó.

–¡Con lugar! ¡Con lugar! –se viraba la tortilla. Ahora era la licenciada Guerrero la incrédula. "¿Pero cómo es posible?", se preguntaba, si ayer todo andaba color de rosa para María Fernanda.

La juez Lizardi había acogido con beneplácito la petición del licenciado Oliver para que le permitiera a Sofía Miró testificar sobre los documentos de la herencia de las acciones del Ron Caribe. Para lograrlo, fue preciso salvar obstáculo tras obstáculo, como si se tratara de una carrera de ciento diez metros con vallas.

Eran las 10:15 de la mañana, cuando la juez Lizardi entró a sala ¡TODOS DE PIE! ¡FAVOR DE PERMANECER EN SILENCIO! ¡COMIENZAN LOS TRABAJOS DE ESTE HONORABLE TRIBUNAL...! Oliver clavó la vista en el reloj de pared instalado justo sobre la cabeza de la juez. Ahí comenzó su agonía; Sofía no había llegado y no llegaría hasta por lo menos dentro de media hora, quizás 45 minutos o sabría Dios cuándo.

Sofía había tomado un avión que salía de Miami poco antes de que dieran las 7:00 a.m... Así que, Dios mediante, aterrizaría en San Juan poco después de que dieran las... ¡Horror!, en Puerto Rico es una hora más tarde.

–¡Joder, Fernando! No me digas que Puerto Rico no cambia de hora.

–¡No!, Sofía, ¡No! Por el amor a Dios, no me vengas a joder la vida en este momento.

–¿Qué hora es allá?

–En Puerto Rico es una hora más tarde, no le des más vuelta.

–Pero es que yo me acuerdo...

–Sofía, eso es de abril a octubre; a partir de abril... entonces Puerto Rico y Miami están a la misma hora, pero..., para eso falta.

Sofía trató por todos los medios de agarrar un avión la noche antes, pero fue en vano. A pesar de todas las llamadas, súplicas, contactos, amigotes de dudosa reputación, la intervención directa de su jefe de redacción, todo fue en vano. El último avión de la noche con destino a San Juan ya había salido, y no importaba si

Sofía daba la vuelta por Atlanta, San Luis o Chicago, terminaría llegando a Puerto Rico a la misma hora. Y para acabar, en Puerto Rico era una hora más tarde, y así seguiría hasta por lo menos abril, cuando todos los países del mundo (que se auto denominan civilizados) cambian de hora.

Esa mañana Oliver observaba el reloj, ¡10:16!, y se imaginaba a Sofía corriendo por los pasillos del aeropuerto, con su bufanda y sus botas de cuero, maletín en mano, su cabello revuelto. ¿Habrá llegado el avión a tiempo? ¿Se habrá retrasado? En el aeropuerto la esperaban Claudia y Rosarito… "El estacionamiento en el tribunal es un tormento, los elevadores fuera de servicio". Se imaginaba la fuerte congestión del tránsito, tapones, bocinazos, "la autopista siempre está en reparaciones". ¿Llegará a tiempo? ¡Adelante compañero!, ordenó la juez, arrancando a Oliver del trance por donde se había extraviado.

Clavó otra vez la vista en el reloj: ¡10:17! Se abrió la puerta, Oliver se volteó con el corazón en la boca, pero no era Sofía, era Conchita que se la pasaba entrando y saliendo para distraer los nervios.

Para ganar tiempo, Oliver comenzó una larga, larguísima…, pausada…, pausadísima letanía argumentativa, para demostrar que toda la prueba que desfilaría ante los ojos del tribunal estaba perfectamente exonerada del embargo de los Estados Unidos a Cuba. La licenciada Elizabeth Guerrero estallaba en protestas, pero la juez de inmediato la aquietaba, ¡Sin lugar! ¡Sin lugar!, se le vino encima la pesadilla. Oliver volvía a clavar la vista en el reloj: ¡10:29!, organizaba sus notas, lentamente, y proseguía con su letanía.

En el aeropuerto, la primera en ver a Sofía fue Rosarito. ¡Sofía! ¡Sofía!, le gritaba como una loca, por encima del pito de un policía que les ordenaba por cuarta vez que movieran el automóvil. Cada vez que el policía se acercaba, Claudia y Rosarito le venían con

cuentos chinos y él se derretía con los coqueteos y encantos femeninos. Era una de esas zonas que todos conocemos, que dice claramente: ¡NO ESTACIONE!, pero que está perfectamente permitido estacionarse si es por... "un segundito...", o si le caes bien al policía, ¡Ay Bendito!, o si la buena suerte anda contigo. Pero el pobre policía ya no aguantaba más, tenían el Mustang rojo descapotado de Claudia encaramado sobre la acera hacía casi una hora, bloqueando el paso de los peatones, desafiando un letrero que amenazaba con llevarse el auto en grúa. Cada vez que se acercaba el policía, lo mismo se lanzaba Claudia que Rosarito, con una nueva ensarta de cuentos y ay benditos, reforzados con guiños y otros recursos femeninos. Hasta que a la distancia apareció Sofía, guapísima, corriendo al encuentro al primer grito de Rosarito: ¡SOFIA! ¡SOFIA!

–¡Vuestro honor! –insistía la licenciada Guerrero, perturbada–. Nosotros estamos solicitando de este honorable tribunal un término de por lo menos diez días para oponernos por escrito.

–¡Vuestro honor! –reaccionó Oliver, observando el reloj que marcaba exactamente las ¡10:47! Era preciso ganar un poco más de tiempo, miró a Conchita que se la pasaba entrando y saliendo, pero nada, no había señal de Sofía, había que alargar la controversia, a como diera lugar–. Nos parece que diez días es extremadamente excesivo –replicó, y dio en el blanco, porque la Guerrero se indignó y se vació en una perorata de Dios Padre.

Oliver escuchaba el aguacero de la Guerrero con los dedos cruzados, observando el reloj: ¡10:51!, ¡10:52!, ¡10:53!, mirando a Conchita que entraba y salía, esperando que de un momento a otro se abriera la puerta y entrara Sofía.

En ruta desde el aeropuerto, frente al residencial Lloren Torres, se cruzaron dos caravanas políticas. Cada una carreteaba sendas bocinas que las coplas callejeras habían bautizado con el nombre de Tumba Coco. Eran tan gigantescas que causaban taquicardia,

inundando de música toda la avenida, alborotando a sus huestes, que agitaban banderas, pancartas, sonaban sirenas que herían los sentidos. Pero lo mejor de todo es que eran de partidos políticos rivales –realmente enemigos a juzgar por los insultos–: una era de los populares, y se dirigía en dirección a San Juan, y la otra era del PNP en dirección al aeropuerto. ¡Puñeta!, se encojonó Claudia al verse atrapada en aquel avispero rojo y azul. Los policías alborotaban igual, resoplaban sus motoras de estruendo, y a la misma vez chillaban sus sirenas que subían hasta el cielo. De los balcones se asomaban eufóricos los seguidores de ambos bandos, empuñando banderas y escupiendo palabrotas contra sus adversarios. En el lado azul, flotaba un monumental caballo blanco de unos diez metros de alto que encendía los corazones de los PNP que cantaban: ¡OYE/ MIRA PA'RRIBA/ DISFRUTA LAS COSAS BUENAS QUE TIENE LA ESTADIDAD! Pero los rojos no se quedaban atrás: ¡FUEGO POPULAR!, gritaba como un dragón un líder desde la plataforma de un camión. Mientras, en el semáforo, una docena de policías bloqueaban el paso para evitar que las fuerzas adversas se salieran de sus causes y armaran un motín. Sofía enloquecía, todo aquello le encantaba. Una viejecita, muy viejita de verdad, soportaba como una héroe aquel sol picante portando una pancarta de Celeste Benítez caminando del brazo de don Luis Muñoz Marín: ¡REVANCHA POPULAR!, leía. De un brinco Sofía saltó del Mustang y, cámara en mano, retrató aquella viejecita, logrando una memorable foto que semanas después le dio la vuelta al mundo.

–¡Joder! No hay nada como las elecciones en Puerto Rico –gritaba desaforada–. ¡Esto es un carnaval!

–Estás loca Sofía. Súbete a ver si salimos de este atolladero –le gritó Rosarito, desesperada, mirando el reloj con el corazón en la boca.

–Las próximas elecciones las voy a pasar en Puerto Rico –gritó Sofía, y corriendo se acercó a la viejecita y la besó en la frente.

–¡Dios me la favorezca y me la bendiga! –Le brillaron los ojitos a la viejecita.

–En Miami las elecciones son desabridas.

Claudia daba puños contra el volante, y le gritaba a un policía que se encogía de hombros y se hacía el sordo.

–¡Hombreé! Haz una boricuada –propuso Sofía, montándose en el auto de un brinco.

–¡¿UNA QUÉ?!

–Una boricuada. Trépate por la isleta.

–¡Licenciada Guerrero! –la interrumpió la juez Lizardi. Frunció la frente y con la mirada rastreó lentamente a los presente en sala–. Le advierto que este tribunal tiene pautado ver este caso en el día de hoy.

–Con el mayor de los respetos, Vuestro Honor, pero... –¡Sin lugar! ¡Sin lugar! Ahora era la Guerrero la que estaba al borde del desmayo.

El reloj marcaba las ¡11:17! Oliver se desesperaba, la mañana medía el tiempo con inquietante lentitud. Sus esperanzas estaban ahora cifradas en el receso para almorzar. Darle riendas sueltas al pataleo de la Guerrero a ver si daban las doce del mediodía. El sabía, bien que sabía, que a las doce en punto el personal del tribunal saldría disparado. Se volteó y miró hacia la puerta, veía a Conchita que entraba y salía con un sentido rítmico que le crispaba los nervios. "A la juez Lizardi lo que le pasa es que su esposo es cubano…", le daba vuelta en la cabeza… " y le cuesta el matrimonio si no defiende el bloqueo". Se imaginó a la juez comentando el caso con su marido; anoche durante la cena, en la intimidad, a la hora del café en el desayuno. ¿Será cierto? Son seres humanos, viven juntos. Para su esposo era más fácil simpatizar con los herederos, todos los cubanos saben que las acciones del Ron Caribe pasan de

herederos a herederos, generación tras generación. Cualquier roncha que le causara el embargo… para eso estaba Sofía, periodista del Time, todo legal, todo perfecto; la salida elegante. Pensó en la sabiduría del tío Lorenzo…, "más sabe el Diablo por viejo que por Diablo". Una vez más el tío Lorenzo lo sacaba de un apuro. Pero estaba nervioso, todo lucía frágil, extremadamente frágil, de golpe la juez pudiera cambiar de opinión, y ¡tras!, se viraba la tortilla de nuevo. Además, Sofía no acababa de llegar. ¿Habrá llegado el avión? ¿Se habrá retrasado? ¿Habrán tenido un accidente? Cerró los ojos, se imaginaba a Claudia guiando como una loca, desesperada, con su cabellera al viento. Hubiera querido poder llamar a la oficina, a ver si tenían noticias. Hacía rato que se resistía a mirar el reloj, prefería pensar que el tiempo volaba, pero no aguantó, la ansiedad lo mataba: ¡11:28!

La licenciada Guerrero seguía enfrascada en un mano a mano con la juez, argumentando a toda orquesta. Sabía que se le iba la vida; si ella prevalecía, la misma mitad de las acciones se le adjudicarían a María Fernanda. De lo contrario, la viuda se quedaba con las manos vacías. De seguro que los honorarios de las licenciadas eran contingentes a los resultados. Así que si ganaba, ellas y María Fernanda serían ricas al instante, pero si no… "The winner takes it all", se acordó de una canción que andaba de moda. Eran las ¡11:33!, cuando la juez Lizardi le preguntó a Oliver:

–Licenciado Oliver…, ¿está listo?

–¡Ahí no se pueden estacionar! –les salió al paso un policía frente al Centro Judicial. Pero Sofía de un brinco saltó del Mustang y con su carné en mano vociferó:

–¡Time magazine! ¡Venimos a cubrir el juicio del Ron Caribe…! –Haló a Rosarito por un brazo y echaron a correr. Claudia le dijo algo al policía que él no pudo comprender y siguió corriendo detrás.

Capítulo 33

Don Gabriel González murió de un ataque al corazón el 11 de abril de 1980; tenía 78 años. El pobre Oliver no salía de un tormento para entrar en otro. Vivía dentro de un hervidero de emociones.

Oliver se quedó sin albacea, y cuanto habría de extrañarlo. Ese viejo adorable escuchaba y respetaba a ese joven abogado como si fueran contemporáneos. "Cuánto calienta el alma una frase", se decía nostálgico. Pero..., ¿quién asumiría el mando ahora? Sobraban los interesados: Joaquín, Claudia, Carlos Alberto, hasta Conchita reclamaba. Intrigas y movidas se cocinaban en cuartos oscuros. Pero la más temible de todos era María Fernanda, que le argumentaba al tribunal que la ley la avalaba como albacea sustituta en su condición de viuda de don Roberto González. Y lo peor era que tenía razón.

Como medida transaccional, las licenciadas Irizarry y Guerrero les ofrecieron a los herederos nombrar a Conchita. Para los herederos no era una mala oferta, pero, se imaginarán..., para Oliver no había nada más espinoso. Sentía como si le aprisionaran la cabeza. De la

muerte de don Gabriel, los herederos le echaban la culpa a Conchita, pero Conchita se la echaba a los herederos.

–¡Esta herencia es un infierno! –se lamentaba Conchita, hundida en el llanto.

Pero cuentan y no acaban. Cuentan que cuando Conchita se enteró que Oliver había estado por Cuba, se encolerizó. Indignada le reprochaba a su marido que le permitiera semejantes libertades al abogado de la sucesión. Don Gabriel trataba en vano de tranquilizarla; que eso era necesario para dar con los documentos; que de lo contrario los muchachos perderían la mitad de las acciones. Pero Conchita no cedía, apabullaba al pobre don Gabriel que no sabía que los trámites del albaceazgo eran como caminar por la maroma.

Un día, Sheila, que no aguantaba más aquel bombardeo contra su padre, con la voz temblorosa le gritó a su madre:

–¡MAMI! ¡BASTA YA! Estás peor que Fidel, intransigente y terca.

Para qué fue eso. Madre e hija tuvieron una de las grandes, como nunca antes. Se acusaron y gritaron: ¡Comunista! ¡Reaccionaria! Fue una pelea infame. Al final terminó don Gabriel consolándolas, mientras madre e hija se abrazaban entre lágrimas y sollozos.

Después de aquella trifulca, Conchita se tranquilizó. De hecho, a mediados de marzo, cuando fue a Puerto Rico para el juicio, se sentía de lo más animada, pues el frío de Nueva York la agobiaba.

Dicen que durante el juicio se la pasó sollozando. Sofía se sentó en el banquillo de los testigos y el licenciado Oliver comenzó con el desfile de la prueba. Tras cada documento, se exhibía una foto, y así sucesivamente: un documento, una foto y el testimonio elocuente de Sofía que se desenvolvía con soltura y hablaba con la autoridad que la caracterizaba. Cada vez que Esther proyectaba una

de aquellas fotos en la pantalla gigante, la sala completa se llenaba de murmullos. La nostalgia los invadía. Así fue como Conchita, con los ojos aguados, volvió a vivir momentos que creía se los había llevado el tiempo y la ausencia.

Don Roberto, joven, jovencitito, vestido de blanco, impecable. Tititi delgadita, como jamás volvió a ser. Conchita sentada al piano con toda la parentela haciéndole coro a boca de jarro. Y así seguían: un documento, una foto. En una de esas aparecieron los cinco primos: bongó, timbales y maracas en mano, encaramados en una de aquellas fabulosas carrozas con camisas deslumbrantes. Pero eso si…, para cada documento, para cada foto, la licenciada Guerrero se disparaba una cantaleta. ¡Objeción, vuestro honor!, y se lanzaba a una esgrima escolástica tratando de que a Oliver le diera un corto circuito. Pero la juez Lizardi la paraba en seco. ¡Sin lugar! ¡Sin lugar! Oliver, sin embargo, no perdía su compostura. Todo lo contrario, con un aplomo admirable le explicaba a todos los presentes que cada documento y cada foto iba acompañado de un testimonio de la señora Miró que establecería las bases de un trasfondo histórico que desencadenaría en el reparto de la herencia en vida de las acciones del Ron Caribe. Realmente se estaba saboreando ese instante en su vida en el que la sala del tribunal se había llenado de abogados curiosos, arrastrados por el rumor de que el juicio del Ron Caribe estaba de película.

Pero cuando proyectaron la foto de la tía Ana repartiendo juguetes durante una de aquellas memorables festividades navideña, fue preciso declarar un receso. A Conchita hubo que consolarla y cuando se recompuso, le dio un abrazo al licenciado Oliver. Ese fue el primero y el último.

Se acabó el juicio y cada heredero partió para su casa. Pero lejos de resolver, el futuro se llenó de nubes: María Fernanda amenazó con apelar hasta el tribunal Celestial. También se llenó de

chismes: "la juez Lizardi se vendió", dijeron que dijo el hermano menor de la viuda.

Un día, Conchita se pintaba el pelo en un salón de belleza en el West Side, a la altura de la calle 70. Con la cabeza alambrada como si fuera una astronauta estaba, cuando tomó una revista para matar el tiempo: el Time Magazine. No habían pasado cinco minutos cuando se fue de bruces. Bajo el título de "LA CUBA DEL NORTE", aparecía una foto en la que compartían amenamente el licenciado Fernando Oliver y el Comandante en Jefe Fidel Castro. A Conchita hubo que darle primeros auxilios.

Esa tarde regresó a su casa con el entendimiento lleno de fuego y de espacios en blanco. Por el camino venía murmurando maldiciones. ¡Comunistas! En la esquina de la Central Park West con la calle 65, le salió al paso un mendigo que todos los días le sacaba un pesito a Conchita cuando pasaba por allí. Pero ese día el mendigo quedó loco y sin idea, pues de sólo aproximársele cogió una descarga de carterazos. Conchita siguió su marcha con la mirada llena de cicatrices, miró su reloj, eran pasadas las 5:30 de la tarde. Se mortificó más aún, porque a esa hora de seguro Jan habría ido a buscar a Sheila. Ella quería que su hija viera las barbaridades que su padre estaba permitiendo como albacea.

Entró al apartamento y de inmediato increpó a don Gabriel, que se encontraba en ese momento viendo un juego de los Yankees de Nueva York.

–¡Gabriel por tu madre, viejo! ¡Cómo es posible que tú hayas permitido una barbaridad como esta!

Conchita restralló la revista contra la mesa del comedor. Don Gabriel la observó y se encogió de hombros. Era un artículo sobre los 21 años de la Revolución Cubana, y hablaba de la Cuba del Domicilio y la Cuba del Norte. Había muchas fotos, y era cierto, en una de ellas estaba Oliver y Fidel compartiendo unos mojitos. Don

Gabriel sonrió; le pareció muy curioso eso de la Cuba del Norte. Pero Conchita se encolerizó.

–¡No seas come mierda, Gabriel! ¡Ahora resulta que vamos a tener un abogado comunista en la sucesión!

–Ese reportaje es un refrito, Conchita. Aparte del título, todo lo demás es lo mismo que hemos venido escuchando de Cuba desde que Fidel subió al poder.

Conchita desató una tormenta de improperios y cuando tenía a don Gabriel aturdido le dijo:

–¡Quiero que le pidas inmediatamente la renuncia al licenciado Oliver!

–¡Conchita por tu madre! Eso sí que yo no lo puedo hacer. Ese ha sido el bufete del Ron Caribe desde que llegamos a Puerto Rico en el 1936...

–¡El es un canalla! ¡Le ha faltado el respeto a todos los cubanos!..

–¡No seas terca, vieja! En el tribunal te fascinaron todas aquellas fotos que él vino cargando desde Cuba.

–¿De qué valieron las fotos, Gabriel? ¡Dime! ¿De qué? Si de todos modos María Fernanda apeló...

–Eso no es culpa de él..., vieja.

–¿Que no es culpa de él? Después de un año él no ha podido resolver ni un sólo problema de la herencia.

Conchita se perdió en una enumeración inaudita de todos los martirios que aquejaban la herencia. Era imposible escuchar todo aquello; un sermón torrencial. En la televisión Reggie Jackson bateó un jonrón, pero Conchita apagó el aparato de un manotazo. ¡No me ignores, Gabriel! Seguía con su cantaleta: que si el IRS, que si María Fernanda, que si las correrías de Claudia, que si la amante de Roberto...

–¡Esto es una cacería de brujas, Conchita! Tanto que nosotros nos quejamos de Fidel, y tú estás igualita que él.

Esa noche por primera vez en más de 50 años de casados no cenaron juntos. Para acabar, tampoco durmieron juntos. Conchita se fue al cuarto que había sido de Sheila.

Esa fue la última conversación entre ellos. Al otro día temprano llegó Sheila, la trajo su adorado Jan, como quien trae a un bebé al cuido. Sheila preguntó por su papá, quería comentarle el final del juego, los Yankees habían venido de atrás para ganar en la segunda del noveno. Caminaba arrastrando los pies, apoyada en un andador. Su mamá le dijo que Gabriel se había requedado en la cama. "Mira la hora que es, vieja".

Madre e hija conversaban animadamente de todo. Que si la familia, que si la gente en Puerto Rico, de los achaques de Tititi. Conchita colaba café y tostaba pan. Le preguntó a Sheila por el cello. Hubo un silencio, cambió el radio de estación y le subió un poco el volumen, sacó su famosa mermelada. Conchita sospechaba que Sheila ya no le dedicaba tiempo al cello, pero abrigaba esperanzas. Cada vez que la veía llegar arrastrando los pies se le apretaba el pecho.

–Anoche estaba Fidel en las noticias, ¿ustedes lo vieron? ¡Estaba con una de las de él! –sonrió Sheila, meditativa, sazonando su café.

–¡Que va, vieja! Si anoche por culpa de ese déspota, Gabriel y yo tuvimos una bronca.

Conchita observó la hora, se levantó de la mesa y sirvió más café. Algo no andaba bien, pensó que esta vez don Gabriel no la perdonaría. Por la radio sonaban un viejo bolero que la transportó a las callejuelas de Santiago. Recordó que su abuela le había contado alguna vez de un matrimonio que dejaron de hablarse para siempre después de una pelea. Sheila agarró el New York Post, en la página

siete había una foto de Fidel Castro con unos cuernos garabateados en tinta azul.

–¡Mami! ¿Esto fuiste tú? Estás del carajo. Hace veinte años que saliste de Cuba y estás como si te hubieras fajado con Fidel ayer.

Conchita arqueó las cejas, no le sobraban fuerzas para entrar en controversias con su hija. A Sheila le entraron ganas de reír.

–A veces uno no sabe que es peor: ¡el comunismo o el conchismo! –Sheila ojeaba las noticias hasta que llegó a los deportes: "Reggie Powers Yankees to Spectacular Win". Se levantó de la mesa, quería hablar con su papá del juego. Caminaba con dificultad, pero no se dejaba amilanar. El pasillo era largo, la chimenea mantenía la temperatura agradable. Sostenía el periódico contra el andador; observó en el parquet las marcas de las ruedas, le apenaba pero no había remedio. El cello…, desde luego, ya no lo podía tocar como antes, pero la doctora Georgina Balzán la tenía muy entusiasmada. Por las noches practicaba en su apartamento, con la ayuda de Jan, quería darle la sorpresa a sus padres. En septiembre tocaría en el telemaratón de la Distrofia Muscular: "vivo, vía satélite, nation wide". También su tío Ricardo le había pedido que interpretara la Comparsa de Lecuona durante el homenaje a don Roberto. Al principio era frustrante, sus músculos no respondían, había perdido flexibilidad. Como el horizonte cuando llueve, así se veían sus años de concertista. Fue Jan, con su paciencia infinita, el que le devolvió el amor por su instrumento. Es cierto: sonaba como una escolar, pero ahí estaba la melodía; clara y sencilla.

Entró a la habitación, don Gabriel estaba como un palo. Sheila lo quería sorprender, maniobró con el andador, la rueda de la derecha se atascó con el marco de la puerta. Se le cayó el periódico, creyó que lo había despertado. Se acercó sigilosamente, se inclinó para besarlo y se le salió un gritó que aún hoy (hoy que escribo) la persigue y la despierta a mitad de sueño.

Todavía no se habían recuperado de la muerte de don Roberto, cuando una vez más estaban avisándole a la parentela de la muerte de otro ser querido. Madre e hija se dividieron la tarea por áreas geográficas: Puerto Rico, México, España, Miami, Caracas, Washington, Boston, en fin. ¿Y Cuba? ¿Quién le iba a avisar a los cuatro hijos varones que nunca quisieron salir de Cuba?

Eso planteaba una situación muy delicada. Sheila apenas los recordaba y su madre nunca los mencionaba. Quizás por eso don Gabriel con el pasar de los años había suavizado su postura hacia Cuba, él soñaba con algún día volver a abrazar a sus hijos: con Fidel en el poder, o sin Fidel en el poder, le daba lo mismo. Pero Conchita no, o ellos salían de Cuba o Fidel caía del poder.

Sonó el timbre y era Jan; Sheila lo abrazó y lloró desconsoladamente. Jan le explicó que le habían pasado su recado durante el ensayo, justo cuando comenzaba el segundo concierto de Rachmaninoff: "figúrate…, todavía estarán allí los muchachos". Ella lo había mandado a buscar para que se encargara de los trámites de la muerte, pues madre e hija estaban como dos locas.

Sheila se tiró en una butaca, cerró los ojos buscando alivio, sollozaba. De cuando en cuando el ronroneo de la avenida subía por la ventana. Sirenas, bocinazos…, todo se disolvía en un zumbido que la adormecía y la sumía en un sopor. La cabeza se le llenó de recuerdos. Recordó la primera vez que su papá la llevó a un circo. Era un circo de una carpa roja y blanca, monumental, con un elefante viejo, muy viejo, y a los niños los montaban en el elefante y le daban un paseito. Sheila todavía mantenía vivas las imágenes de su papá corriendo detrás del animal con una cámara fotográfica en la mano.

Trató de recordar a sus hermanos, pero las imágenes la traicionaban, le era imposible enfocar tan siquiera una de aquellas caritas con pecas. Se refugió en el Time, ojeaba las páginas con la

imaginación que iba y venía. "LA CUBA DEL NORTE", sintió mariposas en el estómago…

Volvió a sonar el timbre; Jan se encargó. Eran tres hombres que entraron con una camilla y siguieron a Jan por el pasillo a pasos apresurados. Madre e hija se abrazaron, no querían mirar.

Tres días después se reunió la familia para la lectura del testamento. Tititi se sentó en la butaca del piano, con temple de hierro, esperaba porque sus sobrinos se tranquilizaran. Desde la funeraria se había corrido la voz sobre todo tipo de especulaciones sobre el contenido del testamento. Pero la única que realmente sabía era Tititi, a quien don Gabriel se lo entregó para que lo custodiara bajo las más estrictas medidas de confidencialidad.

Estaban presente los del círculo más íntimo: Sheila y Conchita, los González–Farasy y los González–Luna. El gran ausente era Oliver. Tititi le había pedido que viniera para que la ayudara por cualquier controversia que pudiera surgir, y además, porque había algo que tenía que decirle pero que no podía antes de la lectura del testamento. Pero que va, Oliver tenía ya una sobredosis de peleas de herederos y eso era lo menos que le interesaba. De todos modos, para esa noche él había aceptado una invitación para ir al Blue Note con un grupo de los herederos, así que allí se enteraría. Carlos Alberto estaba, como siempre, hecho un payaso, jorobando a Conchita con que tenía que ir a Cuba a repartir la herencia a los de allá. Conchita no le hacía caso, para ella esos hijos habían muerto. Tititi dio tres golpes firmes con su bastón sobre el parquet y los sobrinos cayeron en sus sillas.

Comenzó la lectura, Tititi leía pausada, con voz grave. La primera sorpresa de la tarde fue que don Gabriel le dejó la mitad de la herencia, consistente en las acciones del Ron Caribe, a sus cinco hijos en partes iguales. Conchita salió disparada por el techo y fue necesario detener la lectura para tratar de tranquilizarla. Inmediatamente

amenazó con impugnar el testamento, pues según ella, los cuatro de allá se quedaron con todas las propiedades que dejaron al salir de Cuba. Sheila por el contrario, sintió un gran alivio, ya que siempre había querido que sus hermanos participaran de la herencia de sus padres en partes iguales.

–¡Mami, por el amor a Dios! –la increpó Sheila–. En esta herencia no necesitamos ni una bruja ni una arpía.

Todos guardaban silencio. La cosa no estaba para bromas, ni tan siquiera Carlos Alberto abrió la boca.

–Esos ingratos se quedaron con la casa de Santiago y con las dos fincas –Conchita estaba tensa, tomaba agua que le trajo la señora del servicio.

–¡No seas terca, mami! Ellos no se quedaron con nada. Fue Fidel.

–¡Es lo mismo, vieja! ¡Son todos comunistas!

Rosarito se asomó al balcón, tenía los labios apretados. Era como una maldición que perseguía a la familia. La agobiaba ver a Sheila sujetándose del andador para poder encarársele de esa manera a su mamá. Esa no era la tía Conchita de antes, definitivamente el carácter se le había amargado por esa furia insaciable que viven los cubanos del exilio contra el castrismo. Era cierto lo que decía el licenciado Oliver, los puertorriqueños se fajan con gritos de ¡Comunista! ¡Vende patria!, pero luego prenden la radiola y se ponen a bailar. Sin embargo, la tía Conchita despreciaba a sus propios hijos, herida por una cicatriz ideológica que no tenía fin. La mirada de Rosarito se perdió sobre la inmensidad del parque, los árboles desnudos. Era una tarde gris, Victoria se acercó y le echó el brazo. Le dijo algo al oído y la abrazó. Rosarito asentía, era cierto, las ramas estaban llenas de diminutas hojas. A pesar del otoño, la primavera volvía…, a reanudar su faena.

Tititi volvió a golpear en el piso. A su edad no tenía paciencia para tantos quebrantos.

–"Para el remanente de su herencia", –Por encima de los bifocales procuraba alinear a sus sobrinos– "el Testador instituye como legataria a la Asociación contra la Distrofia Muscular".

Conchita por poco se desmaya. Reclamó sus gananciales, que por ley ella tenía derecho a la mitad de la herencia. Pero esta vez fue Tititi la que con una buena dosis de cinismo le salió al paso:

–¡Oye!, vieja. Eso de gananciales son leyes cubanas. Si te hubieras quedado allá es otra cosa. Pero aquí en Nueva York eso no aplica.

Se alteró Conchita, dijo mil cosas.

–¡Mami, lo que falta es que contrates a la Guerrero!

Todos rieron, fue inevitable.

–Ya me llamó –reaccionó desafiante –. Y como van las cosas…

Tititi golpeaba el piso con insistencia, pero a esas alturas ya nadie le hacía mucho caso. Observó el reloj, se le había pasado la hora de los medicamentos. Se puso ansiosa, le pidió a Claudia que la ayudara. De una cartera sacó varios pomos con pastillas de todos los colores. Para cada achaque (y eran muchos) se tomaba una. Carlos Alberto empezó a vacilarla, era preferible azucarar el ambiente. Tititi levantó el bastón y amenazó con sacarlo de su testamento. Explotaron las risotadas. El servicio aprovechó y sirvió café con unas galletitas. Joaquín echaba de menos los pastelillos de guayaba de la oficina de Oliver.

–¡Oye! como van las cosas parece que va haber pastelillos de guayaba para buen rato –se mofó Carlos Alberto–. A la soltá ya yo veo un par de tambores de guerras. ¡¿Que te parece Rosarito?!

–¡Carlos Alberto, por Dios! ¡Compórtate!

Saboreaban el café entre conjeturas y galletitas. Conchita no paraba de refunfuñar, se veía mortificada. Carlos Alberto la sacó de ritmo:

–Titi Conchita sácate la mermelada.

Tititi comenzó de nuevo a machacar su bastón contra el piso. Que la cogía la noche si no acababa pronto, se quejó.

–"Instituye el Testador como su albacea con amplias facultades, al licenciado Fernando Oliver Mendoza".

Conchita se desmayó.

Esa noche Oliver llegó al Blue Note como a eso de las 9:35 p.m. En cartelera estaba el Gato Barbieri, quería asegurar buenas localidades, sabía que los herederos llegarían tarde, ya los conocía. Pidió un Caribe & Coke, leía una reseña sobre el Gato que enumeraba sus discos y reconocimientos. Repasaba los discos, título por título, canturreaba algunos temas. Tenía curiosidad por saber cómo había trascurrido la lectura del testamento. Las cosas no andaban nada bien, en plena funeraria Sheila acusó a Conchita de haber matado a su padre. Fue una escena muy tensa, y lo peor era que Oliver estaba en el ojo del huracán. "La Cuba del Norte".

Los herederos fueron llegando por filtración. Las primeras en llegar fueron Victoria y Rosarito. Unos minutos después llegaron Carlos Alberto y Claudia. De inmediato Carlos Alberto disparó la noticia a quema ropa: Tío Gabriel te nombró albacea en su testamento. Oliver no lo podía creer, que don Gabriel lo hubiera nombrado albacea tenía que ser una broma. Se acercó la camarera y tomó la orden. Pidieron cócteles con Ron Caribe, se podrán imaginar. Oliver hacía mil y una pregunta, quería salir de dudas. Rosarito le contaba, que si tía Conchita se desmayó, que si esto, que si lo otro, pero con Carlos Alberto jeringando, no podía saber si era cierto o era broma.

–A Carlos Alberto yo no le creo ni jota –sostuvo Oliver. Los músicos subieron al escenario. El de la guitarra daba la impresión de estar arrebatado–. ¡Vickie, por favor dime la verdad!

El Blue Note se llenó a capacidad, la mesa de la derecha era de japoneses.

–Tío es más listo que papi. Los abogados cobran, y el albacea no –se burló Carlos Alberto–. ¡Estás jodido!

–¡Vickie!, dime –suplicó Oliver.

–No queremos otro desmayo, licenciado…, pero es cierto, tío Gabriel le nombró albacea en su testamento –Victoria alzó su trago, con una sonrisa que era más de lástima que otra cosa–. Y prepárese, porque va a tener que volver a Cuba mucho antes de lo que usted se imaginaba. Hay cuatro herederos que viven allá.

"Subió el Gato al escenario, las lámparas bajaron su intensidad. El locutor llenó la sala con su voz melosa. ¡Ladies and Gentlemen, the Blue Note is proud to present…, world famous saxofonist…, THE GREAT GATO BARBIERI! Estaba vestido todo de negro: sombrero, gafas, camisa negra de mangas largas, pantalón… Empezaron a fluir las notas. El de la guitarra jugaba con unos acordes, diminutos. El baterista acariciaba los platillos. Entró el bajo, lo sentí en el pecho. El humo ocupó la sala. El Gato iba tejiendo notas, construyendo esas ricas hondonadas, el baterista lo aupaba. ¡No queremos otro desmayo, licenciado, pero es cierto!, eso me daba vuelta en la cabeza. Pensé en la escena en la funeraria. Roberto tuvo que intervenir, Sheila le decía a todo el que llegaba que la culpa había sido de su mamá. No se sabe cómo comenzó la cosa, pero todos vimos cuando Sheila y Conchita se gritaron. Las luces jugaban con el humo, el Gato se inclinaba, hacia adelante, atrás, comenzó a sudar, era "Fireflies", reconocí la melodía. Yo podía negarme si quería, nadie me podía obligar a aceptar el albaceazgo. En la mesa de al lado había cuatro chinitos cabeceando. (Realmente no sé si

eran chinitos o japoneses). Pensé en la mañana cuando fui a la bahía de San Juan a buscar a don Gabriel. Siento que mi vida ha cambiado, a veces no sé si estoy soñando. El de la batería agitaba los tambores, la melodía flotaba, el humo formaba nubes azules y amarillas. El Gato sudaba copiosamente, la música galopaba, en eso la camarera trajo otro round. Rosarito me apretó el hombro, me conocía, sabía que la noticia me había volado la cabeza. El caso con el IRS se había complicado peligrosamente. Stanley Wagman había emitido una resolución adversa. El hipócrita de Stanley me vino con el cuento de que le había encantado el alegato de las 57 páginas, que él me hubiera resuelto a favor pero que tenía instrucciones de más arriba, que había que reducir el déficit presupuestario. Ahora hay que probar suerte con el Tax Court. La apelación quedó muy buena, pero nadie puede garantizar nada. Si ganamos…, hay herencia. Pero si perdemos, no va a sobrar nada. El Gato dio las primeras notas de "Europa", el público suspiró, aplaudió, los chinitos se despertaron. María Fernanda apeló, está pidiendo que se celebre un nuevo juicio, pero que se elimine toda la prueba que se trajo de Cuba. ¿Cómo voy a echarme a cuesta otra herencia, si esta está al garete? Todavía no se ha resuelto la pelea de los hermanos con Claudia; recordé el comentario de Carlos Alberto: ¡El único heredero que salió ileso fue el Turco! En eso tenía razón. Georgina Balzán todavía nos persigue como un fantasma. Antes de morir don Roberto me aseguró que Georgina no iba a demandar, pero tío apuesta lo contrario. Los otros días la licenciada Guerrero me dijo que los nuevos abogados de Georgina la llamaron desde Nueva York. ¿Será un bluff? Recordé la tarde en que don Gabriel dijo que yo sería su albacea, era en la terraza de su apartamento y estaba Robert. En ese momento creí que era broma, no le di importancia. Pero ahora que sé que es cierto, la sola idea de no aceptar, de negarme, me aprisiona. Cuando se lo cuente a Sofía, ¿hmm?.. Conchita se opuso a que ella viniera a los funerales de don Gabriel. Ese reportaje que habla de

la Cuba del Norte dejó cicatrices. Por poco yo tampoco puedo entrar a la funeraria. Si no hubiera sido por Sheila… El de la batería golpeaba los platillos en el momento en que el Gato va construyendo una escalera cromática por donde sube la melodía con fuerza. Las luces envuelven el humo como una intensa enredadera de colores, el público parece hipnotizado. Sheila me contó y se echó a llorar. Me dijo de cuando encontró a su papá muerto en la cama. Que la revista fue la mecha de la sospecha, que confrontó a su mamá, y que tuvieron una pelea del carajo. Qué suerte que estaba Jan, me dijo… ¡Adeeentro!, gritó el Gato. El guitarrista tomó el papel central, era un torrente de energía, cerró los ojos, tenía la melena empapada en sudor. Claudia y Rosarito se repartían los músicos. No era la primera vez y lo mejor era que a veces se salían con la suya. Rosarito no le quitaba los ojos de encima al guitarrista. Me apretaba a mí, pero suspiraba por él. El Gato miraba por encima de la mesa nuestra, como si siguiera con la vista las notas de la guitarra. Esa noche en la funeraria Sheila me abrazaba y me decía lo mucho que su papá me quería. A mi se me rompía el corazón, viéndola en esas condiciones en que apenas podía caminar. En ese momento su preocupación era sus cuatro hermanos que nunca quisieron salir de Cuba. Me dijo que su mamá quería que don Gabriel los sacara del testamento, pero ella le había pedido que no lo hiciera".

Se acabó la función, encendieron las luces. La gente salía a tropel, el Blue Note es pequeño, realmente pequeño, pero hay que ver cuánta gente acomoda, apiñadas. Habían chinitos como decía Oliver, pero también habían españoles y argentinos, y gente de cien mil caminos. Oliver esperaba por su master card, Claudia pidió que se requedaran, que quería conocer al baterista.

–El de la guitarra es para mi –se le salió una carcajada a Rosarito.

–Ustedes dos no aprenden –sonrió Victoria, mirando tiernamente a sus hermanas, arqueó las cejas.

–Todo lo contrario, Vickie –se defendió Rosarito–. ¡Ya aprendimos! Dicen las estadísticas, que por cada hombre, hay siete mujeres, dos viejas y un pato.

Victoria se moría de la risa.

–Pues hay uno por ahí que tiene 14, porque últimamente a mi no se me pega nada –se lamentó Carlos Alberto, chocando manos con Oliver.

–A mí me tocaron las viejas: Tititi, Conchita… –se burló Oliver, y explotaron en carcajadas.

Así estaban las cosas cuando una de las camareras le tapó los ojos a Oliver. Oliver trataba de adivinar, recorría sus manos, tratando de palpar alguna sortija o seña que le ayudara, pero nada. Mencionó varios nombres, se hundió.

–¿Frío o caliente?

–¡Congelado! –Era Amparito, la chica de Santiago de Cuba.

Oliver reaccionó con una mezcla de vergüenza y alegría. Vergüenza porque le había fallado malamente. Ella le había escrito desde Cuba, también lo había llamado. Pero Oliver la ignoró, pensó que tal vez nunca más se encontrarían. La vida da vueltas…

Amparito no le hizo ningún reproche, todo lo contrario.

–¡Lo logré! ¡Lo logré! –Amparito lo apretaba.

Oliver la presentó. Les dijo que ella era la famosa Amparito que él les había contado, la de Santiago de Cuba. Eso bastó, todos abrazaron a Amparito, como si la hubieran conocido de toda la vida.

–¡Hija! Estamos en deuda contigo –le dio un beso Victoria–. Fernando nos contó todo.

–¡Aguanta! Casi todo –aclaró Oliver.

–¡Oye! Este niño es mejor amante que abogado –sostuvo Amparito–, te lo aseguro –Hubo una salva de carcajadas.

–Y eso, que a ti sólo te tocan las viejas –le dieron celos a Carlos Alberto, al ver los muslos y las caderas de Amparito.

–Ojalá mi guitarrista me salga tan buen amante como músico –suspiró Rosarito.

–Vickie, sólo faltamos tú y yo –planteó Carlos Alberto–. Aquí todo el mundo se está emparejando.

Amparito llamó a una compañera de trabajo, presentó al grupo y le pidió que les trajera otro round de tragos.

–¡Oye! ¿Resolviste el rollo de la herencia? –le preguntó Amparito a Oliver.

–Negativo, corazón. Todo lo contrario, don Gabriel, el hermano de don Roberto, falleció en estos días y me nombró albacea en su testamento.

–¿Y qué vas a hacer, viejo?

–Todavía no se, me acabo de enterar esta misma noche. No se si voy a aceptar... Maybe yes, maybe no.

Todos miraron a Oliver con un cierto aire de compasión. La herencia de don Roberto estaba empantanada, y ahora le tocaría espadear con Conchita. ¡Big Time! Oliver se perdió por uno de sus laberintos. Al cabo de un largo silencio le preguntó a Amparito:

–Cuéntame, ¿cómo fue que me descubriste?

–¡Vaya! Yo estaba pasando las tarjetas de crédito y me dio por mirar los nombres. ¡Aquí viene una cantidad de gente con nombres tan raros!... "Chin–Chin", "Chan–Chin".

Amparito se levantó de la silla, apretó fuertemente a Oliver, estaba eufórica.

–¡Es como un milagro, figúrate tú! –suspiró–. Llevo exactamente diez días en esta ciudad. Es muy dura..., sobre todo la soledad. Pero..., cuando estuve en Miami, esta soledad era precisamente lo que anhelaba. En Miami fueron tres días insoportables, la prensa

me perseguía, me acorralaba, me acosaba. No podía salir al balcón sin que me confrontara con una nube de micrófonos. ¡Eso no era vida, viejo!

–Yo me perdí, no entiendo –se quejó Carlos Alberto.

–¡Hello! Recuérdate que ella es hija de Fidel –intercedió Victoria.

–¡Oh! Si, si... Ahora entiendo.

–Pero bueno... Ellos querían arrancarme unas declaraciones en contra del régimen –Amparito tenía el rostro perturbado–. ¡Figúrate tú! Allá en Miami no te puedes mantener neutral. O estás con Dios o estás con el Diablo. Pero en Cuba uno no está acostumbrado a esas cosas. Allí la prensa no existe...

Trajeron los tragos. Oliver se moría por saber cómo fue que ella salió de Cuba, pero la vergüenza lo mataba. Se sentía mísero. Tantas veces que Amparito le pidió que la ayudara, y Oliver luego no le contestó ni las llamadas ni las cartas.

–Yo no quería hacer declaraciones..., porque el amor de los cubanos de Miami es a costa del odio de los cubanos de Cuba, y la prensa para lo que sirve es para estar de lleva y trae. Ahora mismo yo soy una gusana, como le dijeron a mis tíos y primas y a todos los que han salido de Cuba.

Amparito se veía muy afectada. Su mirada se perdió en el vacío, reflexiva.

–Mi tío Guille me mandó para acá en lo que me traslado a Puerto Rico. Un amigo de él me colocó en este club. Aquí en Nueva York uno es una gota dentro de un océano. Nadie sabe que yo soy la hija rebelde de Fidel Castro.

–¿Cuándo vas para Puerto Rico? –le brillaron los ojos a Rosarito.

–¡Ay, vieja! Pronto, muy pronto –suspiró–. De un momento a otro tío Guille me manda a buscar.

Amparito observó su reloj, dijo que ya había terminado sus labores por ese día. Se empinó un trago.

–Extraño el Havana Club, no lo puedo negar –se rió–. Pero acá no se consigue.

–¡Traicionera! –bromeó Carlos Alberto, y le pegaron un relajo a Amparito–. A mi también me gustaría probarlo, –confesó– a ver si es tan malo como decía mi papá y tío Gabriel.

–Más tracionero es Fernando –saltó Rosarito–. ¡Coño!, bebiendo Havana Club con Fidel. ¡Oye! Y no es porque sea tu papá, es que Fernando es el abogado del Ron Caribe, y en el Time él sale retratado, ¡con tú papá!, bebiendo Havana mojitos.

Ahora fue a Oliver al que le pegaron el relajo.

–Titi Conchita estaba encabronáda, pero no era por Fidel, sino porque te cogieron bebiendo Havana Club –se reía Carlos Alberto.

Oliver se reía y se gozaba el momento, pero no dejaba de pensar en cómo fue que Amparito logró salir de Cuba. Recordó toda aquella historia del día que Pablo se perdió en el mar. Ahora entendía el mensaje. Se tambaleaba entre preguntarle o permanecer en silencio. Pensó que ella le iba a hacer algún reproche, pero su discreción le taladraba la conciencia. No aguantó más, le preguntó:

–Cuéntanos, por favor, ¿cómo fue que pudiste salir de Cuba?

Amparito hizo una pausa, meditativa. Observó a todos en la mesa, con detenimiento. Vio en la mirada de cada uno un brillo de curiosidad y admiración. Carlos Alberto se paró y fue a la barra y trajo una botella de Ron Caribe.

–Para que te animes –le dijo.

–No creo que lo necesite. Pero bueno… Un sábado en la mañana, me llamó una amiga de La Habana y me dijo que arrancara para allá, que algo se estaba cocinando. Traté de que me adelantara algo, pero me advirtió que por teléfono no podía. Yo estuve ese

sábado, y al otro día domingo, todo el día, esperando el tren, comiéndome las uñas porque el tren estaba dañado y no lograban remendarlo. Después de casi dos días, por fin lograron echarlo a andar. ¡En Cuba tenemos los mejores mecánicos! No había repuestos, así que le pusieron una pieza de avión. ¡Prestada!

Todos rieron, Victoria daba palmadas.

–¡Figúrate tú! El tren iba volando –dijo Amparito y explotaron en carcajadas.

Oliver se refugió en la primera carta que Amparito le escribió. Recordó que en la oficina formaron una gran bulla. ¡La Bella Cubana!, era el relajo que tenían por el pasillo Esther y Pilar, cuando Oliver les mostró la foto que vino en el mismo sobre, dedicada y todo. Que mucho ahora le dolía todo aquel cinismo.

–Llegué a La Habana el lunes al medio día. Desde la estación central llamé a mi amiga y nos trasladamos a su apartamentico ubicado en Centro Habana. Allí ella me contó que se estaba planeando asaltar la embajada de Perú, que llevaban tiempo trabajando en los detalles. En casa de mi amiga pasamos varios días, esperando la señal, cada hora era una eternidad. Yo permanecí escondida, cualquier indiscreción de mi parte podía perjudicar a todo el grupo. En La Habana mucha gente sabe que yo soy la hija de Fidel.

Todos escuchaban en silencio; Carlos Alberto estaba en la punta de su silla.

–Lo más duro fue separarme de mami. Estando en casa de mi amiga, una noche la llamé, lloramos… Lloramos mucho, porque no sabíamos cuanto tiempo estaríamos sin volvernos a ver. Todos los que salimos de Cuba vivimos con esa angustia. ¡Solo Dios sabe! Ella y yo habíamos hablado de esto muchas veces, pero una cosa es hablarlo y otra… –Amparito tenía los ojos aguados, y a Rosarito se le hizo un taco en la garganta. Hubo un silencio a voces –. Desde

que yo era muy joven estaba buscando la manera de salir de Cuba, pero no lo lograba. Mis primas se habían ido; mis tíos y tantas amistades... Muchos de ellos salieron en los famosos Viajes de la Libertad, que duraron hasta 1971... Ellos me contaban de las cosas en Miami y en Puerto Rico, y mi corazón se llenaba de luces. Fidel siempre me decía que le diera tiempo, que él me iba a autorizar la salida, pero nada. Me tenía que conformar con el sorteo, que no llegaba. En Cuba hay mucha gente que se quiere ir y el sorteo es sólo para un manojo de personas al año.

–Una noche, nos vino a recoger una guagua, nos montamos y partimos hacia la embajada. Todos estábamos eufóricos, ansiosos por conocer la libertad. Por los vidrios de las ventanas mirábamos las calles de La Habana con aire de despedida; con nostalgia a pesar de todo. Nos acercábamos a los portones, los guardias de seguridad le ordenaron al chofer que se detuviera, pero el chofer aceleró. Los guardias sonaron sus pitos y trataron de mover rápidamente unas barricadas. El chofer maniobró y aceleró todo lo más que pudo, la guagua crujió como si se le fuera a partir el alma. Todos adentro nos preparamos para recibir el impacto. La guagua estalló toda su fuerza contra los portones y tras el estruendo corrieron miles de cubanos que llevaban toda una vida esperando para brincar a la libertad.

–Se me va a salir el corazón –suspiró Victoria. Le apretó el brazo a Amparito, con ternura.

Oliver transitaba por entre los párrafos de las cartas de Amparito. Ella tenía mucha curiosidad por conocer a Puerto Rico, hacía años que su tío Guille quería llevársela para allá. "Tengo un amigo cantante que me dice que allá él canta en español pero le pagan en inglés. Tío Guille siempre me dice que Muñoz ha sido como una bendición para los puertorriqueños. Él dice que se los cambiaría pelo a pelo por Fidel".

–Salimos de la guagua aturdidos, el impacto contra los portones nos arrojó al piso y rodamos. Estábamos magullados pero con la felicidad relampagueando en nuestros corazones. Recuerdo que al salir, la guagua echaba humo y parecía que iba a estallar en fuego en cualquier momento. Uno de los compañeros me agarró por la cintura y me ayudó a correr. Corrimos hacia los jardines, y vi que desde la calle una turba se lanzaba y tomaba por asalto la embajada.

–¡Coño, Amparito! Esto parece una película de James Bond –sostuvo Claudia, comiéndose las uñas–. Eres admirable. Cuando llegues a Puerto Rico, no dejes de llamarnos, tienes una amiga nueva. Te voy a dar mi teléfono…

–¡Sure! –sonrió Carlos Alberto–. Te voy a escribir en este papel los teléfonos de todos nosotros.

"Tío Guille siempre me dice que Muñoz ha sido como una bendición para los puertorriqueños", jugaba con la frase Oliver", … que se los cambiaría pelo a pelo por Fidel". Oliver se imaginaba a sus parientes de izquierda, ¡Vende patria!, cada uno de ellos haría papillas el argumento del tío Guille. Los de la derecha ni hablar. ¡Comunistas! Los primeros, porque según ellos Muñoz traicionó la independencia, y los otros, porque para ellos Muñoz siempre quiso meter la independencia por la cocina. Si supiera Amparito que en Puerto Rico hay quienes defienden a Fidel a brazo partido sobre Muñoz, y sobre el mejor de todos los presidentes que haya tenido Estados Unidos. ¿Serán genuinos? ¿O es parte del fundamentalismo ideológico que nos asfixia?

Oliver abrió la botella de Ron Caribe y empezó a servir tragos para todo el mundo. Quería zafarse de la trenza política.

–¿Te animas? –le preguntó a Amparito. Le agradecía su discreción, era como un bálsamo. ¿Cómo explicar el desaire? Alzaron sus vasos y brindaron. Era tarde, el gerente del club se aproximó a la mesa y le dijo a Amparito que él se iba.

–Al salir, por favor, no te olvides de activar la alarma –sonrió el gerente.

–¿Y mi guitarrista, dónde está? –saltó Rosarito.

–Los músicos salieron del camerino a la calle –aclaró el gerente.

Claudia y Rosarito se alborotaron, que si mi baterista que si mi guitarrista.

–¡Oye! Tengan cuidado que yo creo que esos dos tipos son locas –les advirtió Amparito, y todos explotaron en carcajadas.

Carlos Alberto se encargó de rescatar el orden. Todos querían escuchar la historia de Amparito, pero con aquella bulla los sorprendería la madrugada.

–Allí pasamos noches de ansiedad –continuó –. La embajada peruana no tenía la capacidad para manejar aquella muchedumbre. Éramos como diez mil almas apiñadas, mendigando libertad. No había comida y dormíamos sobre el césped. Entonces se corrió la noticia de que el gobierno de Perú sólo le podía dar asilo a unas quinientas personas; que estaban tratando a ver si España, Estados Unidos, México... Pero pasaban los días y nos comía la incertidumbre. Para torturarnos, el gobierno de Fidel movilizó, ¡Oye, no estoy exagerando!, miles de incondicionales que bailaban y festejaban y comían al otro lado de la verja. Pero nosotros nos manteníamos unidos, aferrados a nuestro sueño. Un día, desde el balcón de la embajada tiraron como cinco sacos de papas crudas. Se armó una pelotera, entre mi amiga y yo logramos agarrar una de aquellas papas que devoramos con los dientes y las manos.

¡Dios mío! –suspiró Victoria.

Amparito bajó la vista, estaba afectada. Esperó unos segundos en lo que se recompuso. Rosarito le echó el brazo y le acarició el pelo.

–Una noche, se corrió el rumor de que el gobierno planeaba una masacre. Desalojó sus huestes y puso barricadas una cuadra a

la redonda. Entonces se aproximaron los tanques. Entre nosotros había mucha tensión, llanto. Cada vez se aglomeraban más y más tropas armadas contra la verja de la embajada. La tensión aumentaba y por primera vez temí por mi vida. Fue en ese momento que mi amiga propuso que cantáramos el himno nacional. Estuvimos cantando el himno toda la noche, miles de voces que subían hasta el cielo, hasta que el sol nos sorprendió embriagados de ilusiones.

–Pocos días después salí de Cuba, con unos cuantos números telefónicos amarrados en la memoria, porque me despojaron de todas mis pertenencias, hasta de una foto de mami, que fue lo más que me hizo sufrir. Salí en una embarcación que partió desde el puerto de Mariel a las diez de la noche y a las doce del medio día siguiente vimos por primera vez las costas de Key West. Entre vómitos y gritos, navegamos en un buque camaronero abarrotado al doble de su capacidad máxima, casi todos presos y locos que Fidel liberó. Él puso las condiciones, ahora me llaman "marielita".

Capítulo 34

–¡Halo!

–Fernando, ¿oíste las noticias?, prende la radio.

–¿Qué pasó tío?

–Se murió Muñoz Marín… –Se le quebró la voz al tío Lorenzo. Hubo un silencio.

–¡Oh Dios!.. –balbuceó Oliver. Trató de mirar la hora, estaba oscuro. Tanteó sobre la mesa de noche, buscando prender la lámpara, la cabeza se le llenó de tantas cosas. Encendió la luz, su reloj marcaba las 6:05 de la mañana–. ¿Qué va a pasar tío? –Estaba ansioso.

–Fernando puedes estar tranquilo… –afirmó el tío, y luego de una pausa añadió con un aire que ondulaba entre una derrota y un triunfo–: Muñoz es un hombre que trascendió, es un hombre para la historia.

Oliver se levantó con el estómago resentido, caminó hacía el baño con dificultad, frente al espejo se sujetaba la cabeza, la noche anterior había estado celebrando su victoria judicial, había ganado la apelación de María Fernanda. Rosarito, Claudia y Carlos Alberto

lo habían invitado a cenar. "Se lo dijimos a Benito..., dijo que te recoge a las siete". Rosarito preparó lo único que había aprendido a cocinar en su vida: su famosa lasaña, acompañada con vino, guitarra y boleros... (nunca logró congeniar con el asopao de bacalao) ¡No te pongas a beber con estas mujeres!, se la había pasado bromeando Carlos Alberto. ¡Te vas a joder! Frente al espejo Oliver se expurgaba las ojeras, la noticia de Muñoz había sido como un campanazo que no dejaba espacio para pensar en nada más. Volvió a sujetarse la cabeza, todavía duraban los estragos del vino.

En la cocina encendió un pequeño radio colocado al lado de la cafetera. Se puso a colar café.

–En la madrugada de hoy miércoles falleció a los 82 años de edad don Luis Muñoz Marín, fundador del Estado Libre Asociado de Puerto Rico –anunciaba el locutor de Radio Reloj. Era miércoles 30 de abril de 1980. A Oliver se le congeló el alma. Observaba la cafetera: el humo hipnotizante y ese néctar mágico que le da vida a un pueblo. Había cruzado por su niñez entre detractores y defensores de Muñoz, entre insultos y elogios, feroces, incondicionales. ¡Traidor! ¡Vate! ¡Vende patria! ¡Jalda arriba va cantando el popular! Unos y otros con la voz al cuello. Aquellas caravanas que paralizaban los pueblos: Aguadilla, Añasco, Mayagüez, San Germán, las plazas de recreo abarrotadas, un mar de banderas rojas y blancas que rabiaban por escuchar aquel hombre, había llegado Muñoz Marín, con su mensaje de justicia social, una revolución que se empecinó en electrificar barrios que guindaban del alma de la cordillera – luz, progreso–, llevar agua potable a lugares inimaginables –salud, vida–, sembrando fábricas, que empleaban a hombres y mujeres que por primera vez tenían un trabajo que no era cíclico –como la caña y el café, que acarreaban un tiempo muerto de miseria y ocio– , sino fábricas que lanzaron a la mujer a la fuerza trabajadora y por primera vez ambos esposos trabajaban, y como no había tiempo muerto, los bancos le daban crédito, y comenzaron a comprar casas

–¡Yo tengo ya la casita!–, que construían corporaciones que a su vez empleaban a otros trabajadores –que manejaban las máquinas del progreso–, que a su vez los bancos le facilitaban tarjetas de crédito y compraban y compraban, y empezaron a florecer los centro comerciales, que a su vez empleaban otra ola de hombres y mujeres que los bancos le ofrecían crédito…, y los boricuas de la banda allá comenzaron a regresar, y llegó el consumerismo, y las quiebras, y nos atraparon las drogas y la criminalidad rampante.

Según las coplas callejeras, el arcoiris político de Puerto Rico ofrece de todo. Franjas azules, traen los estadistas, con sus estrellas: los llamados pitiyankis y los propulsores de una estadidad jíbara. Franjas rojas, traen los estadolibristas, con su abanico de opciones: anexionistas, autonomistas y los llamados del centro. Franjas verdes, traen los independentistas, con sus estelares: los come fuego y los de cóctel, esos intelectuales que cuando se gradúan se consagran al culto del BMW y la American Express, y que de ellos solo perdura una vocación pertinaz de melón –verdes por fuera, pero rojos por dentro. Dicen los que saben que si nos visitara un extraterrestre, no podría distinguir entre la Estadidad Jíbara, el ELA culminado y la República Asociada.

No había viernes que si se juntaban tres de los Oliver, no terminaran llamándose los unos a los otros hasta armar al filo de la media noche una fiesta con toda la parentela, con El Gran Combo alborotando el tocadiscos, Ron Caribe con Coca–Cola, la olla con el asopao de pollo, y al final… la trifulca política, con Muñoz Marín y Fidel Castro en el centro del jaleo: argumentos elaborados y descabellados, gritos, teorías increíbles, apasionadas, escupiendo palabrotas y arrojando maldiciones. Así se crió Oliver.

–¡WKAQ / RADIO RELOJ! Tenemos en exclusiva para Radio Reloj al licenciado Rafael Hernández Colón, candidato a la gobernación por el Partido Popular Democrático…, podemos observar que se encuentra visiblemente afectado –anunció el locutor.

–Licenciado Hernández Colón, ¿cómo fueron esos últimos momentos? ¿Sufrió?, ¿fue una larga agonía? ¿Cuáles fueron sus últimas palabras?

–No, no…, don Luis murió tranquilo…, rodeado de sus hijos, y doña Inés, y algunos amigos íntimos…

–¿Estuvo usted presente?

–Yo estuve anoche allí…, en el hospital Mimillas, hasta el final…

¡RADIO RELOJ!, vibraba el pequeño radio cada vez que identificaban la emisora. Oliver abrió la nevera, no había leche. Negro es mejor, se dijo, que remedio. Cambió de estación, la noticia era la misma, estación tras estación, todas estaban inmersas en la noticia del día, quizás del año, un acontecimiento que aún hoy perdura en la memoria colectiva. Siempre se había preguntado: ¿Cómo será el día cuando muera don Luis Muñoz Marín? Desde hacía varios años le inquietaba ese desenlace; ¿qué sucederá el día de la muerte de don Luis Muñoz Marín?

Caminó hacía el balcón de su apartamento en Miramar, llovía, se apoyó en la baranda, se le agolpaban los pensamientos. Contemplaba la lluvia bailando sobre la laguna, la bahía, a lo lejos en el océano infinito. Recordó a su mamá: "el cielo está llorando Fernandito". Como un vendaval volvieron los recuerdos de aquella funesta mañana cuando su papá le dio de bofetadas a su mamá. Retumbaba en el aire el nombre de Muñoz cuando explotó la violencia. Entonces… los gritos de la abuela Clara, los desmayos, el corre, corre entre murmullos de avemarías y padrenuestros, dejando una estela de arrepentimiento y odio. Y Fernandito …en su escondrijo, llorando, tembloroso. Era la época de los famosos pulpos gigante de Marisela.

Tanteó el café, un pequeño sorbo primero, y así poco a poco; la noche anterior le había dado duro al vino, por eso pensó que con

leche... Regresó a la cocina y volvió a sintonizar a Radio Reloj, era como una tradición, esa estación tenía sabor a huracanes, a disturbios en la universidad, huelgas, motines, macanazos..., en esos momentos le tocaba a Radio Reloj.

–¡WKAQ/ RADIO RELOJ! Licenciado Hernández Colón: ¿cuáles son los planes oficiales para el sepelio? ¿Desde dónde partirá la comitiva fúnebre? ¿Será el entierro en San Juan o en Barranquitas? ¿El gobernador Romero Barceló..., estará a cargo de los actos, o se encargará la propia familia?

–La familia todavía no ha anunciado los detalles del sepelio...

Oliver se sentó en la mesa del comedor, ojeó un libro que llevaba a medio leer: "Ojos de Perro Azul". Trató de leer, pero no pudo, no podía concentrarse. ¡Pancista! ¡Vende Patria! ¡Asimilista! ¡Separatista! ¡Comunista!, estallaba en su mente como una mala estrella que lo perseguía. Se hundía en las aguas de sus pesadillas cuando sonó el teléfono:

–¡Halo!

–Fernando, voy para allá –anunció Sofía Miró–. ¿Te enteraste? Aquí en Miami la noticia se regó como pólvora.

–Aquí también, Sofía –musitó Oliver.

–Mi jefe me despertó con la noticia. Salgo para Puerto Rico esta misma tarde. ¿Sabes dónde va a ser el entierro?

–Eso todavía no lo han anunciado. Pero se espera que sea o en el Viejo San Juan o en Barranquitas. Yo me imagino que será en Barranquitas.

–¿Barranquitas? ¡Joder, Fernando! Yo no me acuerdo donde es Barranquitas. Necesito que me acompañes...

–¡Ay, Sofía! Yo no me voy a meter en esos revoluces –la cortó Oliver.

–¡Vamos hombreé, Fernando, no lo puedo creer! –Hubo un silencio a dos voces. Oliver esperaba que Sofía le reclamara su ayuda en Cuba, su testimonio en el juicio, pero no, no lo hizo. Oliver se sintió miserable, Sofía lo podía captar por el ritmo de su respiración, más sin embargo no lo quiso arrinconar–. Pero bueno, hablamos cuando llegue a Puerto Rico. Te invitaré a un vinito.

Oliver volvió al balcón, la lluvia lo tranquilizaba. Recordó aquella Fiesta de Reyes, cuando tenía seis años y Muñoz Marín lo sentó en su regazo, y se inventó un regalo como coartada para que sus padres no supieran que su hijo se había disparado la maroma de asaltar el pesebre. Al otro día vino la foto en la primera plana de El Mundo, que su mamá mandó a enmarcar y todavía conserva en la sala de su casa. Oliver contemplaba la lluvia pensando en ese momento irrepetible en su vida, en que por unos minutos el hombre más importante del país le acarició la cabeza, y hasta le limpió los mocos. Ese hombre que tanto querían los puertorriqueños, pero que tantos repudiaban. Se decía desanimado: ¿Cómo será posible que a una misma persona se le pueda recriminar por traicionar la independencia y –a la misma vez– acusar de tratar de meter la independencia por la cocina? ¡RIIIING!

–¡Halo!

–Fernando estamos formando un grupo para ir al entierro de Muñoz –anunció Benito.

–Qué cojones –murmuró Oliver–. Ustedes hablan como si se tratara de un concierto de rock.

–No te pongas a joder, Fernando. Mira que esto pudiera ser un evento único en la historia de Puerto Rico. –Oliver permaneció callado, lo aterrorizaba la posibilidad de disturbios. El país vivía tiempos de agitación. La muerte de dos jóvenes independentistas a manos de la policía en el Cerro Maravilla había electrificado los nervios del pueblo. El terrorismo era cruzado: por un lado, el

terrorismo de izquierda, incendiando la paz, tan atesorada; y por el otro, el terrorismo de derecha, ensangrentando instituciones que juraban resguardar.

–Hasta ahora van... Rosarito, Carlos Alberto..., creo que Claudia también –añadió el doctor Benito Álvarez de la Cruz–. ¡Anímate!

–No sé Benito. Quizás.

–¡Ah! Me dijo Rosarito que la llamó la cubanita amiga tuya...

–¿Cual? –Oliver sintió un pálpito.

–La marielita.

–Estás del carajo, Benito.

–Bueno, ¿así no es que les dicen?

Oliver no le contestó.

–Está en Puerto Rico y dijo que quería ir a lo de Muñoz también.

Oliver sintió una sensación de persecución. Desde que regresó de Cuba, las cartas, las llamadas y los encuentros con Amparito eran como un espíritu que lo perseguía. La mera coincidencia de nombre con el de su mamá lo tenía ensartando conjeturas. Entró a la cocina, ¡RADIO RELOJ!, se sirvió más café. La noticia sobre la muerte de Muñoz crecía. Cada vez habían más y más expresiones de duelo, comunicados de prensa, telegramas, ¡RADIO RELOJ!, entrevistas de todos los colores, a independentistas, a estadistas, a estadolibristas, ¡RADIO RELOJ!, a decanos, a actores... "¡Anímate!", le daba vueltas en la cabeza, se tambaleaba entre ir y no ir; ...a viejos correligionarios, a cónsules, a embajadores, a líderes obreros, ¡RADIO RELOJ!, a adversarios acérrimos... "Pero bueno, hablamos cuando llegue a Puerto Rico", lo perseguía la voz de Sofía; ...a adversarios vitalicios, a jefes de gobierno, de Santo Domingo, de Venezuela, de Costa Rica... "Está en Puerto Rico, y dijo que quería ir a lo de Muñoz también"; ...a cantantes, a deportistas, a taxistas... ¡RADIO RELOJ! Estaba harto, sentía que la cabeza le iba a estallar; de un zarpazo

apagó el radio.

¡RIIIING!, sonó el teléfono. Oliver lo dejó sonar, estaba fatigoso, trataba de recuperar la calma, indeciso de si contestar o no. Sentía la mente aprisionada, trataba de calcular cuantas llamadas..., tío, Sofía, Benito..., la cuarta llamada. ¿Quién será?

–¡Halo!

–¡Ay hijo!, escuchaste las noticias –lloraba doña Amparo, la mamá de Oliver.

–Mami, por Dios, todos sabíamos que algún día esto iba a suceder –improvisó Oliver.

–Sí..., pero es que ese era el único hombre en el que los puertorriqueños podíamos confiar. ¡Mira como está el país, hijo!

–Mami, por favor...

–¡Ay hijo!.., tu sabes que es así. Mira, necesito que me hagas un favor, cómprame los periódicos y tráemelos. Los voy a enmarcar...

–Ok, pero dame un tiempito..., porque tengo que pasar por la oficina.

–¿OFICINA? Hoy no es día de ir a la oficina, Fernando.

–¡Mami, ya!

–Ven que te voy a preparar almuerzo. Mira que hace tiempo que no vienes por acá...

–No te pongas chismosa, ¿qué vas a cocinar?, porque tengo el estómago explotao...

–¿Qué desarreglo hiciste?, ¿estás enamorao?

–Mamiii....

–Ven que te voy a hacer un sancocho, que a ti te gusta y te va a caer muy bien. ¡Ah!, y que no se te olviden los periódicos.

Oliver agarró un taxi y partió hacía la oficina, por el camino pensaba en su mamá, preocupado, para ella Muñoz era lo más

grande. Pero no era el momento para fanatismos, había que tener mucho cuidado con lo que se decía y donde se decía. El tráfico estaba espeso. Contempló el panorama, el sol rebotaba contra el litoral de Puerta de Tierra, había dejado de llover y el mar se exhibía imponente, con su temperamento azul.

Pensó en la cena de la victoria, Rosarito había conseguido muy buenos vinos. "La sangre de Cristo", decía Carlos Alberto cada vez que alzaba su copa. "Realmente fue una gran victoria", sonrió reflexivamente. "Ir a Cuba a buscar esos papeles…, las fotos… Al principio la apelación nos tenía a todos nerviosos. Con los tribunales uno nunca sabe. Pero una vez comenzó la argumentación todo fluyó muy bien. Que pena que don Gabriel no estaba allí, creo que se hubiera sentido orgulloso de mí. A la abuela Clara le debo dos, evocar su imagen siempre me fortalece. A la Guerrero le dio un ataque de histeria cuando el panel de jueces dictó sentencia en corte abierta. Lloró, y no le importó que todos la viéramos llorando. Ella había tratado por todos los medios que revocaran a la juez Lizardi. La que se mantuvo serena y ecuánime fue María Fernanda. En el pasillo Sofía y Rosarito me colmaban de besos cuando María Fernanda se acercó y me felicitó gallardamente. Esa tarde estaba elegantísima, con más garbo que nunca. Ahora nos queda la batalla con el IRS. De nada nos serviría una victoria contra María Fernanda si no le ganamos al IRS. Qué mucho trabajo me ha costado explicarles esto a los herederos. La primera en entenderlo fue Vickie, y a veces creo que es la única que realmente comprende lo que está en juego. La victoria en el apelativo significa solamente que todas las acciones del Ron Caribe eran privativas de don Roberto; que María Fernanda no tenía ninguna participación ganancial. Pero si no le ganamos al IRS, el impuesto federal sobre la herencia realmente desbarataría la herencia. Es un setenta por ciento, pero ahora habría que sumarle los intereses, más las penalidades y los recargos. ¡La sangre de Cristo! Lo que les causó un corto circuito a los herederos

fue cuando Stanley Wagman anunció a Rosarito como testigo del IRS, para que le explique al Tax Court la vieja teoría de la banqueta del piano. ¡Que hijo de puta! Si esa loca se tiene que sentar en un piano, perdemos el caso".

"A Muñoz Marín lo van a velar ahí en el Capitolio", comentó el taxista, arrancando a Oliver del letargo por donde se había perdido. "Le van a hacer guardia de honor todos los gobernadores..." El chofer se perdió en un monólogo de alabanzas a la obra de Muñoz que Oliver interrumpía con monosílabos dispersos. El tránsito seguía espeso, bumper con bumper. Poco antes de la Casa de España ya se podían observar los primeros en formar fila para un último adiós al prócer. "Van a estar los cuatro: Cuchín, Ferré, Sánchez Vilella y hasta Romero. Imagínese usted, ¡que clase de guardia! ¡Cuchín y Romero juntos!, quién lo iba a decir".

Se bajó del taxi en la esquina de la Tanca y San Francisco. Allí en la Barandilla ese día no se jugó dominó, tampoco en el transcurso de los días siguientes, las mesas estaban desiertas, los jugadores comentaban la noticia en voz baja, solemne, vestidos con ropa de domingo, como para ir al Capitolio. Según un antiguo residente, esa era la primera vez que allí no se jugaba dominó desde que él tenía uso de razón. En la calle nadie hablaba de otra cosa, era un murmullo perpetuo. Noticias, rumores, conjeturas. Desde las tiendas los radios trompeteaban: ¡RADIO RELOJ!, acabado de recibir... Entró en la Bombonera, el luto cargaba la atmósfera. Desde una mesa al fondo el licenciado Carlos Ruiz le hizo señas, Oliver se acercó y conversaron unos instantes, le dijo que la Universidad había dado el día libre hoy y mañana. Lo invitó a sentarse pero Oliver declinó, su mamá lo esperaba para almorzar. Compró los periódicos... Miró las primeras planas y un frío se apoderó de él: DUELO EN TODO EL PAIS, decía El Mundo. Los demás periódicos los agarró sin mirarlos, no le daban las fuerzas.

Se acercó un momento por la oficina, estaba desierta. Buscó a Esther, no estaba. Comenzó a escribirle una nota, titubeaba, no estaba seguro, rompió la nota. Agarró una nueva hoja cuando:

–¡Surprise! –Llegó Esther.

–¡Carajo que susto!

–¿Usted aquí, Oliver? Yo lo hacía a usted preparándose para ir a Barranquitas. Allá en casa dejé a mi papá en brote. La noticia lo dejó loco y sin idea. El quiere ir para Barranquitas, pero...

–¿Tú quieres ir?

–En la calle hay toda clase de rumores. Unos dicen que el día de mañana lo dieron libre; otros..., que eso es para los empleados públicos nada más; otros..., que al que falte lo van a botar...

–Nada de eso me extraña –se burló Oliver, encogiéndose de hombros–. De mi parte tienes permiso. Vete con tu papá... ¿Ya es oficial lo de Barranquitas?

–Bueno –Hizo una mueca–. Eso es lo que todo el mundo dice, pero el gobierno y los populares tienen un tejemeneje del carajo. ¿Y usted, va?

–Yo no quisiera meterme en esos revoluces... Además hay clientes que se van a sentir ofendidos.

–Entiendo –dijo Esther, apretando los labios–. La política es cosa mala, hay tanto fanatismo –Esther miró a Oliver compadecidamente. Últimamente él no salía de un lío para meterse en otro. Lo del albaceazgo de don Gabriel lo tenía hundido en un dilema, por ratos lo consumía. Le había pedido a Sheila que le diera hasta fin de mes para darle una contestación. A veces se animaba, nada le brindaba más alivio que pensar que estaría cumpliendo con los últimos deseos de don Gabriel. Pero por ratos se deprimía. Había que ver con cuanta estridencia comenzaron las primeras ráfagas de Conchita.

–El correo de ayer, ¿llegó o no llegó? –preguntó Oliver.

–Llegó tarde pero llegó. Ahí se lo tengo todo para cuando lo quiera ver. Le va a encantar... –se burló Esther.

–¡Hmm! –Oliver conocía su cinismo–. ¿Qué llegó?

–Una nueva apelación de María Fernanda. Esta vez se fue para el Federal, radicó un injuction...

–¡QUE HIJA DE PUTA! Esa cabrona que me felicitó en el apelativo... –Oliver le metió un puño al escritorio.

–No se tomen todo el vino de un cantazo. Me invitan para la próxima –estalló en carcajadas Esther.

–Si es que ganamos una nueva apelación, tú vas por mí a la próxima –sonrió Oliver–. Anoche bebimos como unos dementes, tengo el estómago hecho un desastre.

–Siga bebiendo con mujeres.

Llegó a la casa de su mamá. Entró y en la sala estaba el televisor encendido, solo, con imágenes de Muñoz, a todo volumen. Caminó por un estrecho pasillo en penumbras hasta la cocina, ¡RADIO RELOJ!, fue el saludo.

–¡Mamiii! ¡Bendición!

–¡Ay hijo! Que bueno que llegaste, para que almuerces.

–¡Mami, pero que escándalo! ¿Cómo vas a tener la radio y la televisión prendidos los dos a la vez? –Oliver besó a doña Amparo.

–¿Me trajiste los periódicos?

–Mira –dijo Oliver abriendo los periódicos sobre la mesa de un pequeño comedor del diario, allí mismo en un rincón de la cocina. ¡DUELO EN TODO EL PAIS! ¡PUERTO RICO LLORA SU LIDER! ¡ADIOS DON LUIS!

Doña Amparo le bajó el fuego a la olla, y se puso a ojear los periódicos, se le aguaron los ojos. ¡Ay hijo!, sollozaba. Fotos de

Muñoz de cuando era un niño andaregueando por los pasillos del Capitolio en Washington; de joven cuando correteaba la isla pregonando las virtudes del socialismo que para entonces encendía el corazón de Europa; de cuando fundó el Partido Popular y se lanzaba por los campos a predicar que el voto es sagrado, que no se vende. ¡Vergüenza contra dinero!, ojeaba un titular, secándose las lágrimas con el delantal.

–¡Mamiii! –gritó Oliver desde la sala–. Ven mira esto –Doña Amparo caminó hacia la sala, con dificultad. En el televisor estaba Muñoz en plena campaña electoral, cuando la Iglesia Católica fundó el Partido Acción Cristiana y lo retó para las elecciones del 1960. Al principio muchos llegaron a pensar que hasta allí llegaba su magia. En un país fervientemente católico como lo era el Puerto Rico de entonces, resultaba imposible imaginar que un hombre y su partido sobrevivieran la condena oficial de las autoridades católicas del país. Un domingo, apoyada en una carta pastoral que se leyó desde el púlpito de todas las iglesias –en los pueblos, en los campos y en los barrios–, la Iglesia les advirtió a todos sus feligreses que votar por Muñoz era motivo suficiente para su excomunión. ¡Fue un sermón histórico! Doña Amparo recordaba muy bien ese día, habían pasado veinte años y todavía la memoria se le llenaba de cicatrices.

–¡Mami!, yo me acuerdo de eso –musitó Oliver, fascinado–. Cuéntame, qué pasó.

–Eso fue hace más de veinte años, hijo, cuando el PAC –reflexionó doña Amparo, haciéndole señas a su hijo para que bajara un poco el volumen del televisor. Se inclinó y se acercó como el que va a confesar algo que arrastra desde hace mucho tiempo– ...para las elecciones del 1960. Un domingo, allá en la Catedral de Mayagüez, el Padre comenzó a leer una carta pastoral..., recuerdo que empezó con su sonrisita sarcástica, carraspeando como para aclararse la garganta. La iglesia estaba repleta, tepe a tepe, no cabía un alma,

primero porque para esa época era un precepto ir a misa, y no es que las normas de la Iglesia hayan cambiado, pero tú sabes, hijo, las cosas no son como antes, antes el que no iba a misa estaba condenado, ante Dios, y peor que nada…, ante el pueblo. Había que ir a misa o ya tú sabes… ¡Pueblo chiquito, campana grande!, estaba el chismoso y el lengüilargo que hacía orilla. En eso no creo que Mayagüez haya cambiado mucho.

Oliver abría los ojos, hipnotizado. En el televisor seguían las imágenes de Muñoz: discursos, mítines, caravanas, más y más banderas rojas y blancas. Un pueblo que deliraba y rabiaba detrás de su líder. Ahora enseñaban casas pobres, muy pobres, bohíos de paja, jíbaros descalzos, niñitos con las barrigas infladas.

–En la iglesia la gente estaba nerviosa, hacía meses que la Iglesia y Muñoz se habían enfrascado en una pelea porque la Iglesia quería que las escuelas públicas enseñaran cursos de religión y Muñoz había explicado que la Constitución hacía bien al separar la Iglesia del Estado, pero la Iglesia no se daba por vencida, volvía a la carga, Fernandito, con una ensarta de cartas pastorales…, y nosotros somos católicos de toda la vida, pero es que esas cartas pastorales, hijo, nos traían locos… porque Dios es Dios, pero también había que entender que Muñoz Marín fue el hombre que sacó a este país de la miseria…

En la televisión corrían imágenes de jíbaros descalzos cortando caña, machete en mano, afanados en aquellos cañaverales interminables, los pies horribles, insensibles, la piel curtida, agrietada, luciendo sus tradicionales pavas, sudados, fatigados, con los pantalones enrollados hasta las pantorrillas, con las nucas al sol, –¡El sol es horrible, Señor!–, un sol impiadoso, irresistible. Eran los tiempos cuando la jornada era de sol a sol –¡Ya se va asomando el sol!– cuando el carretero se lanzaba a la calle a laborar con un buche de café en el estómago. Oliver escuchaba a su mamá,

cautivado, tenía veintisiete años, sintió un deseo irresistible de enfrentar estas cosas que de niño lo traumatizaban.

–El Padre empezó haciendo como que un sermón, pero al rato ya era obvio que se trataba de una arenga política. Leía de una supuesta carta pastoral como para hacerle creer a la gente que lo que él decía tenía autoridad divina. Tú eras un niño, Fernandito, de apenas unos..., ¿que?, ¿ocho años? Yo estaba incómoda, y los que estaban sentados al lado de nosotros también estaban incómodos, pero el Padre seguía, y la gente se fue poniendo tensa. El Padre continuaba con su arenga, y no era realmente él, a decir verdad, hijo, sino que el obispo de Ponce, ¿cómo se llamaba...? Hmm... ¡Mcmanus! Ese mismo... Ese..., ¡MCMALO! Ese sí que era malo de verdad...

En el televisor corrían ahora imágenes de hombres y mujeres laborando en las fábricas: fábricas de camisas, de blusas, de zapatos, en fin, había llegado el Programa de Fomento Industrial. Entonces aparecieron unos letreros que mostraban un monumental hombre, corpulento, que giraba una enorme rueda industrial, –¡Manos a la Obra!– letreros que anunciaban el triunfo en la guerra contra la miseria, pueblo tras pueblo, campo tras campo, fábrica tras fábrica. Luego vinieron los tractores, las grúas, y un ejército de trabajadores que se afanaba sembrando cemento, arena y piedra; levantando los nuevos hogares, para los soldados que regresaban a la patria y una nueva clase media que se aupaba. Así nació Puerto Nuevo y San Juan se desparramó con un sentido de la planificación atolondrado. Oliver había cruzado por su niñez contemplando los letreros de Fomento, que se levantaban con cada fábrica que se inauguraba; arrullado por el estruendo de las máquinas del progreso, que sacudían las miserias empantanadas por siglos. Pero entonces él era un niño, perseguido por los fantasmas de siempre... ¡VENDE PATRIA! ¡PANZISTA! ¡COMUNISTA! Tíos y tías defendiendo y

reprochando a boca de jarro a Muñoz y a Fidel, esos alaridos que lo lanzaban despavorido a su escondrijo. Pero ahora, ahora que se enfrentaba a la noticia de la muerte de Muñoz..., esa noticia a la que había temido por tanto tiempo, ahora se llenaba de deseos por entender ese misterio llamado Muñoz. Recordó sus días en Cuba, aquellas tertulias en la residencia del doctor Céspedes, –vino, tabaco y música– cuando Sofía y el padre Sotográs le daban riendas sueltas a la imaginación y comparaban a Franco con Fidel, Muñoz y Evita. Hubiera querido interrumpir a su mamá y hablarle de aquel trabalenguas de fechas, –¡25 de julio! ¡26 de julio!– de quién de verdad quería más a su pueblo, –Muñoz o Franco; Muñoz o Fidel; Muñoz o Evita. Hablarle de las historias de Dolores sobre el ataque al cuartel Moncada, cuando un grupo de jóvenes cubanos vendía sus joyas para armar una revolución que los embriagaba con cánticos de justicia social y los arrastró al carajo. La cabeza le daba vueltas, ¡Muñoz! ¡Fidel!, aturdido, "Mami...", estuvo a punto de comenzar, pero no se atrevió, le faltó valor, sabía que mencionar a Fidel en casa de su mamá era como mentar al Diablo.

–Yo estaba a punto de explotar, pero me aguanté por respeto, hijo, porque estaba en la Casa de Dios, ¡No me mires así, hijo!, era humillante... Hablar así de Muñoz Marín..., el hombre que sacó a Puerto Rico de la miseria, que gracias a él, el jíbaro se puso zapatos... En la iglesia la gente se tocaban con los codos y murmuraban, pero nadie se atrevía a decir nada. Así estuvimos un rato que parecía interminable, la gente se miraba, incómoda, hasta que el Padre en una avalancha inaudita sentenció que el Partido Popular era un enemigo de la Iglesia..., y que el que votara por Muñoz en las próximas elecciones, sería excomulgado. ¡Así mismito, Fernandito! ¡Así mismito! Yo me levanté como una loca..., ciega de tanto coraje, ¡Ay, hijo, se me erizan los pelos de tan solo volver a pensar en ese momento! Me fui pico a pico con el Padre, y una señora que estaba dos filas más atrás se fue en brote, el Padre me gritaba y me

acusaba, y tú empezaste a llorar, Fernandito, y ahí fue que a mi se me salió todo lo malo, y entonces don Andrés, ¡Dios lo tenga en la gloria!, se levantó también y me trató de tranquilizar, me acuerdo como ahora…, con su sombrero en la mano, y luego me dijo: "¡Nos vamos!", y otros que hasta entonces estaban indecisos, también se levantaron. Yo te cogí al hombro y salimos, y con nosotros abandonaron la iglesia muchos otros también.

–¡Mamiii! –suspiró Oliver.

–¿Tú te acuerdas de eso, hijo? –Doña Amparo se frotaba la cara con el delantal, estaba extenuada, como si escapara de una pesadilla.

–Seguro que me acuerdo. ¡Es increíble! De la gritería… de don Andrés, y el revolú que se formó.

–Tu padre juraba que de esa Muñoz se iba a pique, hasta fue a la iglesia, él que nunca iba…

–Mami, por favor, no empieces…

–Pero se quedó con las ganas, porque Muñoz le dio una pela al PAC. ¡EL PAQUETE! ¡No me pongas esa cara, Fernandito! –Doña Amparo miró su reloj y reaccionó–: ¡Ay, el sancocho! –caminó hacía la cocina, arrastraba una pierna. Oliver la observaba con nostalgia.

Desde la sala Oliver escuchaba el tintinear de las cucharas. Por el sonido el sabía, bien que sabía: mami… levanta la tapa; mami… voltea el arroz; y… ¡Tin, Tin! la cuchara campanea contra el caldero. Acto seguido: mami… destapa la olla, y… ¡Mmm! el aroma del sancocho se escapó pasillo abajo hasta la sala. Oliver se levantó de su butaca, lo atacó el hambre. "A quién no", se dijo mientras se estiraba. Se acercó a una pared, había muchas fotos de la familia: la abuela Clara, la tía Estela, Marisela, el tío Lorenzo, en fin. Cada foto encerraba una historia, y su mente corrió hacía Mayagüez, hacía aquellas vacaciones de verano, Marisela jugando a la escuelita,

–pero eso sí, ella y sólo ella podía ser la maestra–; el sótano de la abuela Clara, con sus 26 camas que ordenó construir; la terraza donde por las noches la familia se reunía, a tomar chocolate Cortés –se raya a mano y se hierve tres veces, según la tradición–; luego venían los cuentos, ¡lo que faltaba!, las tías y los tíos aterraban a los sobrinos con cuentos de ahorcados y aparecidos, y los sobrinos corrían al sótano donde la abuela los esperaba, con las pijamas en una mano y el pote de vicks en la otra, y a rezar se ha dicho.

En la pared del fondo había dos cuadros: uno del Sagrado Corazón de Jesús, con la palma bendita desde el Domingo de Ramos, y el otro de Muñoz Marín. Era una estampa que se repetía en casi todos los hogares de Puerto Rico: el Sagrado Corazón y Muñoz. No hay duda de que en su época en cada cita electoral él arrasaba. Pero la oposición, tanto de derecha como de izquierda, aunque en minoría, era inquietantemente perseverante. ¡Carajo!, maldecía doña Amparo, estos jodíos estadistas no se rinden. En la otra pared, sobre el televisor, estaba una foto con una leyenda que decía: "Fernandito a los seis años junto a don Luis Muñoz Marín; Fiesta de Reyes de 1958 – La Fortaleza". Los recuerdos lo vinieron a buscar, por ratos sentía deseos de asistir al entierro, pero por ratos se atemorizaba. ¿Cuántas veces no habían peleado su papá y su mamá por esa misma foto?

–¡RADIO RELOJ! –Doña Amparo le subió el volumen al radio y Oliver dio un brinco.

–¡Mamiii!, hace hambre –le gritó Oliver desde la sala.

–Ya mismo va a estar, hijo. Estoy mondando la calabaza… y ya, eso es lo último, unos minutitos nada más.

En el televisor corrían ahora imágenes de Muñoz en Nueva York, con John F. Kennedy, dentro de un torbellino de boricuas: abrazos, apretones de manos, pancartas, banderas. Muñoz caminaba al frente con Kennedy, y una muchedumbre enardecida los seguía,

había camiones con orquestas, modelos guapísimas –realmente guapas– que invitaban a seguir la fiesta. Oliver trató de adivinar el área por donde andaban, pero simplemente supuso que se trataba del South Bronx por el estado mugriento del vecindario. En una tarima improvisada Muñoz cogió la palabra y en un emotivo discurso exhortó a los boricuas de la banda allá a votar por el joven candidato a la Casa Blanca. Así nació una amistad que, aunque fue de corta duración, ha sido de larga recordación. Kennedy y Muñoz marcaron una era basada en el afecto y el respeto mutuo, que, según algunos entendidos, personificó para entonces los elementos básicos de "libre asociación en unión permanente del Estado Libre Asociado". Su muerte –tan joven y tan trágica– Puerto Rico la lloró frente a sus televisores durante tres días, sin poderla comprender. Oliver recordó el día que asesinaron a Kennedy, ese día la principal de la escuela se personó a su salón y con la voz atijerada le dio la noticia a la maestra para que soltara a los estudiantes, había luto en todo el país. Ahora Oliver miraba hipnotizado en el televisor a Muñoz, Kennedy, doña Inés y Jackeline entrando en un Lincoln descapotado por la calle Fortaleza entre vítores y flores. Los Kennedy se hospedaron en la Fortaleza y el pueblo los recibió en sus corazones. Se vivían los más tensos momentos de la Guerra Fría, la gente leía los periódicos bajo la sombra de los misiles. En el centro de la historia estaban Cuba y Fidel Castro. Kennedy necesitaba a Muñoz, y bien que lo necesitaba. Y entre Muñoz en Puerto Rico, Betancourt en Venezuela y Figueres en Costa Rica formaron un círculo de caballeros de la democracia para mantener al comunismo de Fidel a raya.

–¡FERNANDOOO! –gritó doña Amparo–. Ven hijo, a comer. –En ese preciso momento estaba en la pantalla: Kennedy, Casals y Muñoz, esa famosa foto que le había dado varías veces la vuelta al mundo. Primero, cuando murió Kennedy, segundo cuando murió Casals, y ahora ante la muerte de Muñoz. Era la foto del memorable concierto de don Pablo en Casa Blanca.

Por el pasillo Oliver entró primero al baño, se lavó las manos y se miró al espejo, tenía la cabeza llena de recuerdos. Pensó en don Roberto, don Gabriel, en Conchita, en Tititi, en aquellas tertulias en el balcón de La Roca. "Esta gente habla de Muñoz como si fueran parientes"... "de Casals... de Kennedy". Estaba confundido, don Roberto siempre decía que Muñoz era un héroe. Sin embargo, la derecha en Puerto Rico se había consagrado toda la vida a acusar a Muñoz y a los miembros de su partido popular de comunistas y marxistas. "¿Qué pensará la comunidad cubana si yo asisto a los funerales de Muñoz?" "¿Habrá disturbios?" Se mojó la cara y se la frotó, pensó en Amparito, qué mucho le dolía haber sido ingrato con ella. Benito le había dicho que ella quería ir a lo de Muñoz. Recordó el día que le preguntó: "¿Qué pasó que Muñoz lo logró y Fidel no?" Oliver no sabía que contestarle.

–¡FERNANDOOO...! Ven, hijo –volvía doña Amparo a la carga, mientras colocaba platos y cubiertos.

–¡RADIO RELOJ! –fue el saludo a Oliver.

–Mami, por favor... apaga ese radio que me trae loco.

–No, no lo apagues, Fernando, mira que ahora mismo estaba hablando por ahí don Jaime Benítez... Además, ¿sabes que ya anunciaron que va ser en Barranquitas? Ya es oficial. ¿Tú vas, verdad hijo?

–¡Ay mami...!, no sé. De verdad que no sé.

–¿Pero cómo es eso de que tú no sabes, Fernando? –Doña Amparo agarró un cucharón y comenzó a verter trozos de carne y yautía sobre un caldo suculento, una trenza de humo se elevaba–. Si yo tuviera salud... Hasta Estela que es una estadista de clavo pasao me llamó y me dijo que va para allá.

–Mami... es que tú no sabes como son las cosas. ¡Mmm, coño, esto está bueno. Que rico te quedó!

–Me alegro que te guste, pero no me cambies el tema, Fernando.

–Recuerda mami que yo tengo que velar mi imagen, y... yo estoy seguro que a la gente del Ron Caribe no le va a gustar que...

–Estas totalmente equivocado, Fernando. –Doña Amparo acercó la fuente del arroz–. Muñoz fue quien le abrió las puertas a los cubanos que huyeron de la dictadura de Fidel Castro. Tú eras un niño cuando eso sucedió, pero si no hubiera sido por Muñoz Marín...

–Mami, no digas disparates..., esas cosas Puerto Rico no las controla. Esas son leyes federales...

–¿El qué?

–Las leyes de inmigración, Mami.

–Mira hijo..., Muñoz lo hizo como un gesto solidario, un acto realmente humanitario. Si él no hubiera querido, con llamar al presidente Kennedy hubiera sido suficiente.

Hubo un silencio a dos voces, el radio continuaba con su desfile sobre la vida, muerte y pasión de Muñoz. Oliver arqueó las cejas, eso que decía su mamá no le cuadraba con la escuela de leyes. Pensó en don Jaime Benítez, el Rector eterno, que le había entregado el diploma a su papá y veinte años después se lo entregaba a él. Agarró el cucharón y se sirvió más caldo con mazorca de maíz y bollitas de plátano. El caldo estaba espeso, la calabaza se había disuelto y la carne se desbarataba de mirarla, Oliver lo saboreaba con la mente lejana. "Muñoz, Kennedy, Perón, Franco, Casals, Fidel", su cabeza no aguantaba más.

–Si yo tuviera salud..., si estas piernas mías me aguantaran, la primera en estar allí mañana en Barranquitas sería yo –sostuvo doña Amparo, que se negaba a darse por vencida.

–Es que mami...

–Es que nada, Fernando. Los cubanos que llegaron a Puerto Rico a principio de los años sesenta tienen una deuda de gratitud con Muñoz... ¡No seas terco, Fernando Oliver!

–¡Mamiii! –explotó en carcajadas Oliver.

–No es chiste, Fernando.

–Yo sé que no es chiste, pero tampoco es para tanto...

–Pues sí que es para tanto. Muñoz es para los puertorriqueños...

–¡Mami Ya! ¿Qué hay de postre?

–¿Postre? Yo hice un brazo gitano que está divino, pero no te voy a dar ni un pedacito a menos que me prometas que vas mañana para Barranquitas.

–Mami, mírame..., mírame bien: ¡Te quiero y te adoro, pero estas del mismísimo carajo!

Capítulo 35

Oliver miró el reloj, eran las 3:00 de la tarde, le dolía la cabeza. Alzó la vista, colocando la mano izquierda sobre la frente, para protegerse de una resolana blanca que adormecía las casas. En Barranquitas la gente esperaba la comitiva fúnebre desde la 1:00 p.m., hacía dos horas que el pueblo se había paralizado. Oliver observaba el panorama, frustrado, impotente, la gente se aglomeraba en la calles, con sombrillas para cobijarse, el sol era impiadoso, eran unas callejuelas empinadas, muy empinadas, "con razón se llama Barranquitas". En las aceras la gente se apiñaba, buscando alivio, un poco de sombra huidiza que iba y venía al ritmo de las nubes. Los balcones de las casas estaban igual, abarrotados, tenía la impresión de que la gente no se movía, atrapados por la ansiedad. Se volteó un poco, nadie se lo hubiera creído, trató de capturar esa imagen para siempre en su memoria, los techos de las casas estaban repletos de gente que esperaba inmóvil, mirando al vacío. Le señaló a Benito y Benito le señaló más arriba. Boquiabierto, Oliver se volteó y le señaló a Rosarito, y todos miraron. Nadie lo podía creer, los árboles también estaban llenos

de gente que esperaba que el féretro de Muñoz hiciera su entrada al pueblo. Eran dos hileras de flamboyanes, una a cada lado de la carretera que va hacía Comerío, allí estaban enganchados esos jíbaros esperando por la historia. Mientras más miraban hacia arriba, más descubrían, ahora se acababan de fijar que en los techos de las guaguas también había gente trepada. Era una fila interminable de guaguas amarillas, esas que transportan el alma del pueblo, paradas como un tren dormido.

Daba la impresión de estar en un gran anfiteatro, el gran anfiteatro de la vida, porque el pueblo le hacía honor a su nombre con un desmayo de cuestas. Donde una cuesta terminaba, comenzaba otra, y una hilera de casas quedaba coronada por otra hilera, y así sucesivamente más casas y balcones, y azoteas, hasta que la última cuesta estallaba en una carretera encendida en flamboyanes que se derramaba en el horizonte. Cuesta arriba y cuesta abajo, desbordaba aquel anfiteatro un pueblo adolorido, para decirle un último adiós a Muñoz. Personas de todas las edades: viejos, muy viejos, con la piel curtida por el sol, con la piel curtida por la pobreza, porque esa marca nunca se borra, con sombreros, con pavas, con sombrillas; gente joven, muy joven, universitarios atraídos por los vientos de la historia, con las cabezas amuebladas de teorías, teorías prestas a medir con elocuencia el fracaso o el éxito de la obra de Muñoz, pero que de todos modos estaban allí, algo que algunos de ellos no lograban explicarse a sí mismos con honestidad intelectual; niños, niños muy tiernos, en cochecitos, de la mano, al hombro, de pecho, –que lloraban por su teta sin horario, porque a esa edad el reloj es un estorbo– niños que muchos años después le contarían a sus hijos que ellos estuvieron allí cuando se escribía la historia.

Un portavoz de la familia Muñoz había anunciado que la comitiva fúnebre estaría entrando al pueblo de Barranquitas a eso de la una de la tarde. Lo explicó en una conferencia de prensa que

se transmitió por todos los canales de televisión y a la que se unieron todas las estaciones de radio, un hecho histórico nunca antes visto. "A las 9:00 de la mañana, en punto, saldrá el cortejo fúnebre desde el Capitolio hasta la catedral. En la catedral se celebrará una misa que habrá de comenzar a las 10:00, y a eso de las 11:00 habrá de salir la comitiva fúnebre desde el Viejo San Juan hacia Barranquitas". "¡Licenciado!.." una avalancha de reporteros indagó, "¿a qué hora esperan estar llegando a Barranquitas?" La contestación fue categórica: "A la 1:00 de la tarde esperamos estar entrando al pueblo de Barranquitas". Nadie cuestionó la ruta; nadie cuestionó el itinerario: "a la 1:00 en Barranquitas nos parece perfecto", parecía que todos se decían. Eso sí, la nube de periodistas no desperdició la oportunidad, se consagró entonces a hacer mil y una preguntas, cuidadosamente diseñadas para escalar el chisme nacional: doña Inés, la viuda de Muñoz, le había solicitado al honorable gobernador, Romero Barceló, que por favor no asistiera a Barranquitas. En eso estuvieron un buen rato, dale que dale, una cadena de conjeturas, especulaciones, malentendidos, preguntas inflamatorias, que si dijo o no dijo, ¿que si cuál es su reacción a lo que dijo?, que si me están citando fuera de contexto. No había palabra –por más conciliatoria que pareciera– que no tuviera el efecto inmediato de encender pasiones.

Al otro día por la mañana las primeras planas publicaron el mapa con la ruta y el itinerario. ¡A LA 1:00 PM ESPERAN HOY EL FERETRO EN BARRANQUITAS! El pueblo se dividió: una muchedumbre se desbordó en el Viejo San Juan, otra abarrotó a Barranquitas y otra se desparramó a lo largo de toda la ruta: San Juan, Caguas, Cayey, Aibonito y Barranquitas.

Ese día por la mañana en Barranquitas reinaba un ambiente de carnaval. En cada esquina, en cada cafetín, había carne al pincho, alcapurrias, bacalaitos, cervezas, ron, pizzas (de queso, de chorizo)

piraguas (de frambuesa, de tamarindo) pastelillos, tacos, empanadillas (de pollo, de carne, uff, algunas sospechosas) piña colada, con o sin. En las calles lo vendedores ofrecían camisetas con el retrato de Muñoz, gorras, viseras y afiches que decían: ¡Adiós don Luis! ¡Muñoz, vivirás siempre en nuestros corazones! ¡Adiós Panfletista! La gente llegaba temprano, muy temprano, a borbotones, de todos los pueblos. Mientras en el Viejo San Juan un río apretujado cargaba el ataúd hasta la catedral, en Barranquitas la gente se iba acomodando, como se acomoda el agua, que siempre encuentra cómo. Cuesta arriba y cuesta abajo, un hormiguero de gente cada vez más espeso fluía por aquellas callejuelas. La gente subía hasta el cementerio, miraban el reloj y bajaban de cafetín en cafetín, dando bandazos como una bola de billar.

Oliver llegó con Benito, Amparito, Rosarito y Carlos Alberto, en el auto de Benito. En el auto de atrás venían Claudia, Sofía, Victoria y su hija Nancy. Con Pellín habían acordado encontrarse frente a la Casa Alcaldía a las 10:00 de la mañana.

¡Llegó Amparito! Todos estaban fascinados con esa chica que les robaba el corazón cada vez que les contaba la épica de su partida al exilio. ¡Cuando salí de Cuba/ Dejé mi vida, dejé mi amor!, se la pasaban cantando de puro vacilón. Hasta Amparito se unía al relajo. Los González tenían una deuda de gratitud con ella y querían que Amparito se sintiera como en familia. Amparito había colaborado con Oliver para conseguir los documentos que él fue a buscar a Cuba. El triunfo judicial contra María Fernanda no hubiera sido posible sin esos papeles.

Lo cómico fue cuando fueron a buscar a Oliver. Amparito se escondió detrás de Carlos Alberto y le dio la gran sorpresa. Saltó como un tigre y lo abrazó. En el acto se le quitaron todas aquellas changuerías con ella: que si es un espíritu que me persigue, que si esto, que si lo otro. Nada.

Estacionaron sus automóviles en la carretera que conduce de Aibonito a Barranquitas, sólo hasta allí había paso. Pero eran apenas las 9:00, ¿cómo era posible que tan temprano ya no hubiera paso hasta el pueblo? Pero así era, y lo que ellos no habían podido calcular era que realmente estaban en el punto medio entre los dos pueblos. Así que, ¡Que remedio!, a caminar se ha dicho. Entonces llegaron unos motociclistas, que se ofrecieron a llevarlos por un dólar cada uno. Las motoras rugían y los caminantes regateaban, sorprendidos por el precio, ¡Que tumbe mi pana! En eso llegó un camión y el chofer se ofreció a llevarlos por medio peso. Benito brincó y se trepó, y de un jalón subió a Rosarito, y luego a Sofía, a Amparito, y así, se animaron todos; en un santiamén se llenó el camión. Carlos Alberto ayudaba a una pareja de viejecitos con sus motetes, –neverita, sillas, termos– cuando Sofía, cámara en mano, "click, click", los retrató. El chofer arrancó sin piedad, y todos se zarandearon y gritaron; se armó un relajo. Era cierto lo que decían los motociclistas, estaban lejos cantidad. Cada vez que el camión agarraba una curva, los pobres pasajeros aullaban como chiquillos. En ese jaleo comenzaron a conocerse. Sofía no perdía tiempo, sabía que detrás de esas arrugas habitaban historias. Amparito no cesaba de hacer comparaciones en su mente, recordaba las cartas que le enviaba su tío Guille. Pensó en él, que en ese momento estaría rumbo al Capitolio. El chofer no los llevó hasta la entrada del pueblo, como había prometido, se detuvo en una loma, y gritó: ¡Bueno mis hijos!, y sin encomendarse a nadie viró en dirección contraria. Desde allí caminaron, conversando y haciendo chistes de cómo Muñoz transformó sus vidas, de cómo los sacó de la pobreza, les tomó unos diez a quince minutos más llegar al pueblo; sólo entonces cobraron conciencia de cuan lejos estaban.

–Cuando la cosa mejoró, conseguí un trabajo en una fábrica que se instaló a la salida del pueblo, en Arecibo, y ahorré y ahorré hasta que… –Era un viejecito de lo más cómico, se reía solo, mellao–

...me pude comprar mi primer par de zapatos. Pero había que rendirlos, así que cuando yo la visitaba de novio... –Miró a la viejecita y le guiñó un ojo, ¡que viejecito títere!– caminaba hasta su casa descalzo...

–¡Descalzo! –se rió Rosarito.

–¡Sí, descalzo! Yo me los amarraba al cuello y cuando llegaba, entonces me los ponía.

–Escucha eso Vickie –Carlos Alberto se lo gozaba. El viejecito todavía estaba fuerte, y entre él y su esposa cargaban con bolsas de comida, termos con café, una neverita, sillas, era increíble. Benito y Carlos Alberto los querían ayudar y ellos aceptaron a regañadientes.

–Puerto Rico y Cuba caminan en direcciones opuestas –se lanzó Amparito. Hacía rato que quería entrar en la tertulia pero no se embullaba–. Mientras acá el país progresa, allá el pueblo se empobrece.

–¿Tú eres cubana? –le picó la curiosidad a la viejecita.

–¡Yo soy una marielita! –se rió Amparito–. Me cautivó la historia de los zapatos.

–Eso no es na' –sostuvo otro de los viejecitos a quien las piernas de Amparito lo pusieron chango– yo de muchacho jugaba pelota en un cañaveral...

–Mira eso... –Claudia daba palmadas.

–Eso era en Yauco... recuerdo que jugábamos al lado de una central azucarera, y allí había unos vigilantes con escopetas –Victoria y Rosarito se miraban y se reían– y esos vigilantes nos corrían a escopetazos...

–¡Dios Santo! –Victoria no lo podía creer.

–Así que yo jugaba en el left field, de espaldas al pitcher, por si había que salir corriendo. ¡Ah, y descalzo!

Llegaron al pueblo, y se escurrieron entre una masa de gente que se iba tornando cada vez más compacta, minuto a minuto. Aquello parecía una feria: fritangas por todas las esquinas, mercaderes con la voz al cuello vociferando su amor por la patria ¡CAMISETAS, CON EL RETRATO DEL VATE, MIRE DOÑITA QUE SE ACABAN! Se detuvieron a comprar unas piraguas, y luego, como todo el mundo, subieron hasta el cementerio, buscaron la mejor localización y se acomodaron. Estuvieron charlando de varios temas, Sofía cogió su cámara y midió distancias, enfocando y planificando varias tomas. En una de esas se acostó en pleno campo santo, de espaldas, bajo un cielo espléndido, midió la luz, las sombras, se imaginó el ataúd bajando, envuelto en la bandera de Puerto Rico, y practicó lo que sería la foto perfecta. Pensó en su jefe y en todas las publicaciones asociadas, "ésta le va a dar la vuelta al mundo", sonrió con picardía. Entonces, volteándose hacia Amparito le dijo:

–¡Joder! Cuando le llegue la hora a tu padre espero que el régimen no se meta con mi cámara.

–No tengas apuro, mi niña. Al menos Fidel no estará para joderte la vida.

Como era de esperarse, hubo todo tipo de especulaciones sobre lo que pasaría en Cuba el día que Fidel Castro muera. Un verdadero gallinero, desde teorías atinadas hasta las más descabelladas.

–¿Qué hora es? –preguntó Claudia.

–Van a ser las 10:00 –anunció Oliver.

–¡Las diez! Tenemos que buscar a Pellín –se alarmó Rosarito. Oliver la miró de mala gana–. ¡Licenciado, faltan tres horas, no ponga esa cara! No nos vamos a quedar aquí hasta la una.

Bajaron por donde mismo subieron. La gente caminaba con las cervezas en las manos, comiendo alcapurrias, pinchos de cerdo

que chorreaban salsa de BBQ. ¡Mmm que envidia! Claudia no aguantó más y de un brinco salió de un cafetín con dos cervezas y un pincho que dividieron entre todos como buenos hermanitos. Continuaron cuesta abajo pasándose las cervezas de boca en boca y peleándose el pincho (como buenos hermanitos). Se caminaba con dificultad, cada vez había más personas, tropeles de gente que iban de un punto a otro para distraer el reloj. Un tropezón por aquí, otro tropezón por allá, ¡per–dó–ne–me!, decía Nancy, orgullosa de su español. Amparito no cesaba de especular, "¿cómo será Cuba el día que muera mi padre?"

Llegaron a la plaza de recreo, las campanas de la Iglesia Católica no cesaban de repicar, la muchedumbre era cada vez más espesa. Localizaron la Casa Alcaldía, y se pararon frente por frente donde Rosarito había acordado con Pellín, pero no lo veían. Buscaban y buscaban en medio de aquel hervidero, pero nadie daba con Pellín. Rosarito miró al cielo, mortificada.

–¿Qué hora es? –Tenía el moco caído, contrariada. A partir de la muerte de don Roberto, Rosarito había desarrollado un cariño muy especial por Pellín. Cada vez que compartían un café bien conversado, Rosarito descubría un tesoro de anécdotas sobre las andanzas y parrandas de su padre y sus tíos. Llegar tarde, quedar mal con Pellín la frustraba, habían quedado en encontrarse a las diez en punto frente a la Casa Alcaldía.

–Son las 10:20…, –contestó Oliver– ese de seguro estuvo aquí y se fue.

–A esta hora Pellín debe andar ya por la tercera cerveza –se puso a agitar Carlos Alberto, pero a Rosarito le entró una pataleta y no quedó más remedio que seguir esperando, rastreando la cabellera blanca de Pellín.

Una familia desocupó uno de los banquillos de la plaza, y Claudia y Sofía de un brinco lo atraparon. Victoria remeneó su

inmenso culo para abrirse espacio entre las dos, muerta de la risa. Amparito por ratos se mezclaba entre la gente, arrastrada por la curiosidad. Se acordó de las cartas de sus primas: "Es como estar en un paraíso. ¡Cuba, USA!" Pensó en su tío y se imaginó que en ese momento estaría en la catedral, él quería hacer el recorrido de San Juan a Barranquitas. Carlos Alberto y Nancy compraron piraguas y obsequiaron a los demás. ¡Déme dos más de frambuesa y tres más de tamarindo, por favor! Nancy se fajaba pronunciando ¡PI–RA–GUA! y todos se estortillaban de la risa.

–Es irónico que lo único realmente solemne en todo este panorama sean las campanas de la iglesia –opinó Oliver, acomodando con un palito el hielo. Hubo un silencio, todos se miraron, pero mira que tenía razón, por encima del bullicio callejero las campanas no cesaban su lamento–. Hace exactamente veinte años –añadió– la Iglesia tuvo una bronca con Muñoz y lo declaró enemigo de la Iglesia. Y ya tu vez…, hoy lo despide al son de duelo –Se encogió de hombros, Sofía lo miró extrañada, "este tío lo veo y no lo reconozco"–. ¿Qué hubiera pasado si en vez de Muñoz, la Iglesia se hubiera peleado con Perón o Franco?…

–Pero bueno, no te vayas tan lejos, Fernando… –saltó Sofía– el mismo Fidel…

–Unjú –aprobó Oliver.

–Con cualquiera de esos tres tíos la Iglesia hubiera ido a parar al mismísimo carajo, como dicen ustedes acá –sostuvo Sofía, que le encantaba el tema.

–¡Figúrate tú! –reaccionó Amparito, atraída por la melodía de Sofía–. Desde que Fidel se fajó con la Iglesia, en Cuba no se celebran las Navidades.

Carlos Alberto no lo podía creer, pero la verdad era que desde que Fidel subió al poder, don Roberto González se vio precisado a suspender aquellos viajes familiares que hacían todos los años a

Cuba. Añoraba esas vacaciones en Navidad, Semana Santa, en verano.

–Alguna razón tendría Fidel, porque él no va a tirarse la Iglesia católica en contra de puro chiste –planteó Claudia.

Carlos Alberto tronó contra ella. ¡Comunista!, fue lo menos que le dijo. Pero Claudia se defendía como gata boca arriba.

–Tú no puedes implantar una revolución dejándote manipular por la Iglesia –arremetió Claudia, desafiante.

–¡Oye!, en Cuba el gran manipulador es mi padre... Cuando la zafra de los diez millones movió las navidades para el 26 de julio y después nunca más se volvieron a celebrar. Yo estoy de acuerdo con Sofía –intervino Amparito.

–Imagínate..., –continuó Oliver– aquí en Puerto Rico la Iglesia fundó un partido político y retó a Muñoz...

–¡Hello! ¿Cuándo fue eso? –lo cuestionó Claudia, incrédula.

–Eso fue para las elecciones de 1960 –sostuvo Oliver.

–¡Ah bueno!, es que yo era una bebé para esa época...

–¡Oh sí, sobre todo! –se mofaron de Claudia como les dio gusto y gana.

Rosarito era la única que realmente estaba pendiente de Pellín. Cada vez que veía una cabellera blanca le saltaba el corazón. Oliver se le acercó, sintió pena, encendió el tema político y dejó a Sofía y a Amparito espadeando con Claudia. Se puso a mirar también, a ver si en una de esas aparecía Pellín. Mirando y mirando, se le acercó un muchachito vendiendo unas hojas sueltas, le compró una para quitárselo de encima, leyó aquello y quedó loco. Era un poema de Muñoz, lo leyó y lo releyó, con asombro. Le salieron al encuentro los recuerdos de aquella lejana mañana cuando su mamá alquiló un camión y se separó para siempre de su papá. Recordó que el viaje de Mayagüez a San Juan fue largo, muy largo, y que esa noche

su mamá y él durmieron con los colchones sobre el piso. Fue al otro día por la mañana, que botando papeles viejos, su mamá encontró ese mismo poema que ahora él tenía en sus manos. "Escucha esto Fernandito…" recordó que le dijo entonces. Para entonces Oliver no entendía nada, pero su mamá seguía leyendo, pensando que quizás algún día él lo entendería.

Rosarito se arrimó y Oliver le mostró el papel. Comenzó a leerlo en voz alta, sujetándolo a él por la cintura para poder enfocar mejor.

–"¡He roto el arco iris contra mi corazón, como se rompe una espada inútil contra una rodilla!"

–"¡He soplado las nubes de rosa y sangre más allá de los últimos horizontes!" ¡Wow, que bello!

–"¡He ahogado mis sueños…" ¡No se mueva licenciado! "para saciar los sueños que me duermen en las venas de los hombres que sudaron y lloraron y rabiaron para sazonar mi café!" ¡Esto está cabrón!

–"¡El sueño que duerme en los pechos estrujados por la tisis (un poco de aire, un poco de sol)!"

–"¡El sueño que sueñan los estómagos estrangulados por el hambre (un pedazo de pan, un pedazo de pan blanco)!"

–"¡El sueño de los pies descalzos (menos piedras en el camino Señor, menos botellas rotas)!" ¡Licenciado, esto está bellísimo!¿De dónde usted sacó esto?

–Me lo vendió un muchachito por ahí.

–¿Y usted lo había visto alguna vez?

–Cuando yo era un niño, mi mamá me lo leyó. Recuerdo que me decía: "Algún día tú lo vas a entender, Fernandito".

–Esto me acuerda tanto las cosas que mi papá me contaba –suspiró Rosarito–. Qué pena que entonces yo no le prestaba atención.

–"¡El sueño de las nucas horizontales (techumbre, hojas, yaguas, el sol es horrible) El sueño de las manos callosas. El sueño de los corazones pisoteados (amor, vida)!"

–A mí también me trae recuerdos de las cosas que don Roberto me contaba… Sigue leyendo para que veas.

–"¡Yo soy el Panfletista de Dios!"

–"¡El agitador de Dios!"

–"¡Y voy con la turba de estrellas y hombres hambrientos hacia la gran aurora!"

El resto del grupo seguía afanado en una tertulia política que por ratos parecía una discusión de béisbol. Nancy no se quedaba atrás, estudiaba ciencias políticas en Georgetown y las dictaduras en el mundo hispano era algo que la cautivaba. En su español pausado, aplicaba una esgrima escolástica contra Sofía, mientras Carlos Alberto las alborotaba. ¡Franco!, ¡Perón!, ¡Fidel!, ¡Trujillo!, parecían lunáticos.

–A mi la parte que más me gusta…, –musitó Oliver, reflexivo– me gusta todo pero…, es está: ¡Yo soy el Panfletista de Dios!, ¡El agitador de Dios! –Leía pausado, con la voz grave–. ¡Y voy con la turba de estrellas y hombres hambrientos hacía la gran aurora! –Se le quebró la voz. Hubo un silencio. Detrás de ellos, se escuchaba la garata que tenían los otros. Sofía le aseguraba a Claudia que bajo la dictadura de Franco, hacía rato que la policía ya hubiera intervenido con ellos. ¡Por hacer bulla contra el gobierno! ¡Tan sencillo como eso!

–Yo nunca antes había visto esto –le explicó Rosarito a Oliver, emocionada.

–Yo…, la segunda vez.

Oliver se acercó a Sofía y le enseñó el poema.

–Mira esto Sofía –Mientras Sofía lo leía, Carlos Alberto volvió a la carga:

–Ok, vámonos que tengo un bajón de cerveza –Rosarito paró la bemba, pero esta vez se quedó sin aliados.

Rosarito dio una última mirada y se resignó. Se fueron. Claudia caminaba al frente con su cabellera encendida al viento, conversando amenamente con Victoria y Carlos Alberto. Oliver los observaba, pensativo: "Hay veces y hay veces. A veces son uña y carne, y otras …como el perro y el gato. Si se trata del reparto de la herencia, la cosa se pone tensa. Pero se llevan a las mil maravillas a la hora del trago, de compartir la mesa, aún durante las garatas políticas. La Fraternidad…", se sonrió, y le vino a la mente Esther. "¿Dónde estará esa loca?"

El gentío era cada vez más denso, un remolino en crecimiento. En una esquina había uno, dos, tres cafetines. En uno de ellos, a mano izquierda al subir la cuesta, había un cruza calles que decía: "RON CARIBE HAPPY HOURS". Carlos Alberto fue el primero en divisarlo, haló a Victoria y a Rosarito y todos entraron. Adentro había un ambiente de fiesta, increíble: cervezas, pizzas, empanadillas, piña coladas, alcapurrias, Caribe & Coke, en fin. ¡RADIO RELOJ!, fue el saludo de un radio detrás del mostrador. No había ni una mesa, ni una silla, ni un espacio en la barra, pero poco a poco se fueron escurriendo. Claudia se las ingenió con sus encantos, una guiñá y el mozo quedó…, ¡listo!

–El primer round es mío –saltó Carlos Alberto, con un billete de veinte en las manos. Benito pasaba de mano en mano unos pastelillos de carne, acabaditos de freír, mientras Sofía agarró la primera silla que se desocupó.

–Licenciado, –dijo Carlos Alberto– ¿usted va ser, o no va ser el albacea de tío Gabriel? –Se armó una discusión, pero antes de que Oliver pudiera responder, lo arrinconó, añadiendo–: Usted pidió que le dieran hasta fin de mes. Ya se pasó.

Oliver se quedó en blanco, no se había percatado que la fecha se le había pasado. Pero era cierto, el 30 de abril fue precisamente el día que murió Muñoz.

–No sé..., la verdad es que no sé...

–Hágalo por Sheila –le pidió Rosarito con ojos suplicantes.

Todos abogaron por Sheila. ¡Yo te ayudo con titi Conchita, se escuchaba a Carlos Alberto por encima del alboroto.

–Lo que tiene que hacer –añadió Carlos Alberto, acercándose– es cogerse una semanita en el Carla C. Para que despeje esa mente antes de que empiece de nuevo.

Volvió el coro a favor de Sheila.

–Bueno licenciado, –dijo Claudia, y esperó a que los demás hicieran silencio– ¿qué falta para repartir la herencia? –la pregunta cayó como una bomba. Todos miraron a Claudia y Claudia se mordió los labios, pero antes de que los demás reaccionaran, disparó–: Licenciado, usted dijo que el único requisito para celebrar una reunión de herederos era que hubiera quórum. Aquí estamos un, dos, tres –contaba con los dedos– cuatro de los seis herederos, porque mami ya no cuenta ni pa' pool ni pa' banca.

–¡Claudia pleaseee!, hoy es un día de luto en todo Puerto Rico –le llamó la atención Rosarito.

–¡LUTO...!, con tanta bulla.

–¡Claudia!, hoy es el día del entierro de Muñoz Marín.

–¿Y? Eso es a la 1:00, ¿qué hora es?, nos quedan como dos horas...

Al pobre Oliver lo bombardearon con mil y una preguntas: que si el IRS, que si María Fernanda, que si Georgina Balzán. Todos hablaban a la vez y con autoridad; Sofía argumentaba, Claudia vociferaba, como si fueran abogadas. Amparito observaba, ella no

entendía de esas cosas, en Cuba no existía la propiedad privada. Era como si se asomara desde un túnel por primera vez en su vida. Carlos Alberto iba y venía con más tragos, Victoria con más pastelillos. Benito y Nancy hicieron un aparte para hablar de Georgetown. La radio narraba minuciosamente cada detalle en la catedral del Viejo San Juan, pero nadie prestaba atención. El bullicio ahogaba al locutor. ¡Dame una cerveza! ¡A mi dos! ¡¿Quién pidió Caribe & Coke?!, preguntaba un mozo con el trago en alto. Era como si se tratara de dos entierros diferentes. En Barranquitas todo el mundo se preparó para la 1:00 de la tarde, mientras tanto mataban el tiempo, bebiendo y comiendo.

–Les tengo noticias... –anunció Oliver. Hubo un largo silencio. Últimamente cada vez que Oliver anunciaba que tenía noticias se abría una nueva caja de martirios–. María Fernanda radicó un injunction en el Tribunal Federal. Quiere detener el reparto de la herencia hasta que se resuelva si se violó el embargo a Cuba.

Quedaron locos y sin idea. Todos cuestionaban, todos se quejaban, pero sobre todo, una sensación de frustración los corroía.

–Ya yo no aguanto más, licenciado –se desahogó Rosarito, tenía los labios apretados–. Desde que papá murió yo no he vuelto a ser feliz. Yo cambio la herencia…, ¡Que se la lleve mamá! ¡Que se la lleve el IRS!, a cambio de mi paz y mi tranquilidad.

Todos murmuraban: conjeturas, teorías. Victoria le acariciaba el pelo a Rosarito. La acción de María Fernanda los cogió por sorpresa. Todos la vieron cuando al salir del Apelativo vino a felicitar a Oliver. ¡Es cruel, es cruel!, se lamentaba Victoria.

Oliver observaba en silencio. Los pensamientos se le agolpaban. "Hija de puta y cabrona", le hubiera gustado decir, pero tenía que mantener su talante de abogado.

–En este momento ese injunction es conveniente –improvisó Oliver, con tanta parsimonia que le voló la cabeza a los demás.

–¡Licenciado!, ¿pero usted es el abogado nuestro, o de quién? –brincó Carlos Alberto.

Claudia y Benito invadieron una mesa que se acababa de desocupar y jalaron y juntaron sillas.

–Es más, ¿saben qué? –Oliver estaba tan frustrado que se puso a agitarlos–. Lo que más les conviene a ustedes es que Georgina radique una demanda de siete pares, ¡Big time!

–¡Hostia, Fernando! –reaccionó Sofía–. ¡No seas cínico!

–¡Qué cojones! –arremetió Claudia con los ojos desorbitados–. Ustedes los abogados lo que quieren es alargar el guiso, para seguir corriendo el metro.

–A mi no me interesa alargar el guiso, de verdad. Con haber ganado la apelación...

–¿Cuál? –indagó Claudia, arqueando las cejas–. ¿No acaba de decir que hay una nueva apelación?

–Pero eso es un injunction en el Federal... Eso se sale del contrato de honorarios –ahora era Oliver quien arqueaba las cejas para joder a Claudia–. Prepárense para la factura..., un 33%.

–¡CÓOOMO! –reaccionaron a coro.

–A mi no me miren, eso es con el tío Lorenzo, él es el que se encarga de esas cosas.

–¡Joder, Fernando!, –se apuró a reclamar Sofía– yo fui tu law clerk, esta tía fue la que te llevó a Cuba, y te carreteó y te conectó...

–¿Y? –se burló Oliver.

–Que yo tengo derecho a un bono...

–Tú no tienes licencia de abogado...

–¡Hostia! vete al carajo, canto de maricón! –Todos explotaron en carcajadas, rechiflas, palmadas. Había que ver lo rápido que pasaban de la frustración a la bulla. ¡BONO PA' SOFIA! ¡BONO PA'

SOFIA! cantaban a coro y Sofía se encaramó como una loca sobre una silla.

–¡Oye, mi niño! Yo también tengo derecho a un bono –se quejó Amparito, y se estortillaron de la risa.

–Esta chiquita no hace ni un mes que salió de Cuba, y ya le cogió cariño al capitalismo –se burló Claudia.

–¡Hombree! Por supuesto que el bono lo podemos compartir –sugirió Sofía, chocando manos con Amparito.

–¡Licenciado! Esos dos polvos le salieron bien caro –se le salió una carcajada a Carlos Alberto.

–¡Vulgar! ¡Atorrante! ¡Coño! Tú no tienes modales –le cayó a carterazos Victoria a su hermano.

–¡Esta tía y yo nos tiramos a Fernando porque está bien rico! –se defendió Sofía, alzando orgullosa el brazo de Amparito–. El bono es aparte.

En el cafetín el desfile de gente era interminable, entraban, y se apiñaban frente al mostrador y a grito limpio competían por la atención de los empleados y dueños que no daban abasto y se veían obligados a levantar los tragos para defenderlos de una avalancha de manos que los querían atrapar. Algunos compraban y se requedaban, en algún rincón, apretujados, los fumadores echándose el humo encima los unos a los otros. Había otros que salían con las cervezas en bandejas de cartón improvisadas, era la gran venta del año, quizás..., bueno quizás del siglo.

–Licenciado Oliver –tomó la palabra Victoria, había esperado que el jaleo entre sus hermanos se disipara– ¿usted estaba hablando en serio?

–Sí, Vickie, en serio –A Oliver le gustaba hacer alarde de esas movidas estratégicas–. En el Tax Court, el caso del IRS está en su punto más crítico…

–Párese ahí –dijo Victoria, ahogada con una alcapurria; le pedía con la mano que esperara–. ¡¿TAX COURT?! ¿Eso existe? Yo leí los papeles que usted me envió y no lo podía creer. Que en los Estados Unidos exista tal cosa como un Tax Court.

–Sí –balbuceó Oliver sin perturbación–. Del IRS uno apela al Tax Court.

–¡Ay!, yo no se, pero… –Victoria estaba amargada con el tema– eso del Tax Court a mi me suena como si nos llevaran al paredón.

–Pero bueno, no nos vamos a rendir –sostuvo Carlos Alberto, bajando marcadamente su cerveza–. Tenemos que seguir luchando.

–Escuchen, –Oliver se acomodó en el borde de su silla y esperó a que todos lo miraran. ¡RADIO RELOJ!, se escuchó nítido, como un coquí en el centro de la noche–. Yo tengo que mantener al IRS en jaque. Mientras ellos piensen que María Fernanda y Georgina se pueden llevar dos tajadas de la herencia…, saben que menos impuestos cobrarán. En otras palabras: el Gorila será menos feroz.

–O sea: –se paró Carlos Alberto– ¿que para que se lo lleve el IRS, que se lo lleve Georgina o mamá?

Todos hacían alboroto con la inteligencia. Hasta Nancy, Benito y Amparito que no eran herederos. Sofía se montó en tribuna; parecía una chiflada.

Oliver les explicaba, y les explicaba, pero no era fácil de entender. Que si era tan sólo para mantener en jaque al IRS. Que luego de resolver con el IRS, se sentarían a negociar con María Fernanda y Georgina.

–¡Dios mío!, que esperanza –suspiró Victoria. En el cafetín, el carnaval abejeaba–. Yo creo que nosotros debemos de empezar por hacernos de la idea de que la herencia es como aquella vieja película…

–¿Cuál? –reaccionaron todos a coro.

– "Lo que el viento se llevó".

–¡DON PEDRO! –gritó Rosarito y corrió a abrazar a Pellín, efusiva, espontánea–. ¿Dónde se había metido usted? Mire que lo hemos buscado.

–Señorita González, –se inclinó Pellín con el sombrero en la mano– que bueno encontrarla. Vi el letrero que decía: "Ron Caribe Happy Hours", y pensé que los encontraría aquí, ¡Ja,Ja,Ja! –A Rosarito le brillaban los ojos. Contemplaba aquella cabellera blanca que le despertaba una melodía que la acompañaba desde su niñez. Claudia, Victoria, Sofía, Benito, todos se pusieron de pie para recibir a Pellín. Pellín se acercó y se armó una fiesta de abrazos y besos.

–Yo estuve allí donde acordamos, señorita González, a las 10:00 a.m.

–Pellín, lo que pasó fue que Rosarito se espació en el cementerio –se puso a agitar Carlos Alberto.

–No te pongas a joder, que eso no es verdad –se defendió Rosarito–. ¿Se acuerda de Vickie, verdad?

–¡Oh pero claro, señorita.

–Ella es Amparito y esta es Nancy, la hija de Vickie.

–¡Oh que bella! Dios se la bendiga señora González –sonrió Pellín, agarrando una cerveza que le pasaba Benito.

–Nancy es una flaca con suerte –bromeó Carlos Alberto, dulzón.

–¿Qué tú insinúas tío? –Nancy se puso de pie y remeneó con gracia sus caderas–. Por mis venas corre sangre cubana, americana y boricua. ¡Tío no me mires así que es cierto! Cubana por mi abuelo y mi padre, americana por mi abuela…

–¿Y puertorriqueña por quién? –se puso a sembrar cizañas Carlos Alberto.

–Por mami. Mami es una boricua nacida en Nueva York.

–Por eso es que eres una flaca con suerte –enfatizó Carlos Alberto– delgadita, pero culona –Todos se escocotaron de la risa.

De pronto pasó algo, un incidente…, no, no era una pelea, pero el murmullo de la gente creció, definitivamente algo había sucedido. Alguien le subió el volumen al radio, ¡RADIO RELOJ! ¿Qué pasa?, preguntaba la gente. Todos decían algo, pero nadie sabía nada. Más gente se aglomeraba, unos encima de los otros. ¡Ruth Fernández!, ¡Ruth Fernández!, era el nombre que comenzó a correr de boca en boca. Y ahora: ¡el Cardenal!, ¡Ruth Fernández y el Cardenal!, el murmullo se escalaba pero nadie sabía en claro lo que estaba pasando. Sofía se encaramó en una silla con olfato de periodista. ¡Lamento Borincano!, se escuchaba decir ahora de boca en boca. ¡RADIO RELOJ! Sofía le hacía señas desesperadamente al dueño del cafetín para que se acercara, Victoria y Claudia se morían de curiosidad, el dueño les hizo señas, tratando de moverse, el público lo tenía arrinconado.

–¡¿Qué está pasando?! –le gritó Sofía por encima del escándalo de la gente.

–Es con Ruth Fernández la cosa…, –el dueño del cafetín se escurrió entre la gente– el Cardenal la regañó porque cantó Lamento Borincano en la Catedral –explicó, tenía un paño en la mano y comenzó a recoger y limpiar la mesa.

–Pero como carajo, ¡perdón!, se le ocurre cantar Lamento Borincano en una iglesia –opinó Claudia sin encomendarse a nadie.

–Bueno…, –titubeó el dueño del cafetín, recuperándose de la palabrota– me imagino que es porque ese fue el primer himno del Partido Popular –la especulación se elevaba–. No es una justificación, sino una explicación –aclaró–. ¿Les traigo otro round? –Uno de sus ayudantes trajo un zafacón y echaron las botellas vacías; se fue abriéndose paso como mejor pudo.

–No entendí –balbuceó Nancy, apretándole una mano a su mamá.

–Yo tampoco entendí, vieja –se encogió de hombros Amparito, buscando con la mirada a Victoria.

–Lo que sucedió fue que una cantante que se llama…, ¡¿Oye! esa Ruth Fernández es la misma de siempre, de cuando éramos chiquitas? –preguntó Victoria, enhebrando vivencias.

–La mismita de toda la vida –sostuvo Claudia–. ¿Te acuerdas? ¡La Bomba, Ay que Rica es!

Entre todos trataban de explicarle a Nancy y a Amparito lo que entendieron había sucedido. Cada cual desde su punto de vista, unos a favor del Cardenal: ¡Pero a quién carajo se le ocurre cantar Lamento Borincano en una iglesia! Otros a favor de Ruth Fernández: ¡¿Y quién carajo se cree el Cardenal que es?! Así estuvieron un buen rato, entre tragos, cervezas y frituras. Oliver miró su reloj, faltaba poco para que dieran las doce, pero a nadie le importaba la hora, lo estaban pasando bien, superbien, total para la 1:00 p.m. faltaba una eternidad. Oliver se imaginó las calles del Viejo San Juan, el público saliendo de la catedral, el ataúd entrando en el coche fúnebre, la comitiva partiendo hacia Barranquitas. En su mente recorrió la ruta, para adelante y para atrás: "Caguas, Cayey, Aibonito…, Barranquitas", miró nuevamente el reloj y calculó que el féretro estaría entrando a Barranquitas poco después de que dieran la una de la tarde.

Claudia y Victoria canturreaban Lamento Borincano, bajo los auspicios de unas cuantas cervezas. ¡TODO, TODO ESTA DESIERTO, EL PUEBLO ESTA LLENO DE NECESIDAD, SIII, DE NECESIDAD! Sofía se apresuraba a copiar la letra en su famosa libreta de apuntes. Nancy la asistía, dentro de un laberinto, esa canción tenía una letra que la trastornaba. Se le inundó la cabeza de historias.

–Esa letra esta brutal –suspiró Nancy.

–Siii..., esa letra esta cabrona –sostuvo Carlos Alberto.

–¡SE OYE UN LAMENTO POR DOQUIER! –musitó Rosarito, echándole el brazo a Nancy –. EN MI DESDICHADA BORINQUEN, SIII –se unieron todos al coro.

Amparito se transportó. Se dijo: "Esa canción le canta al Puerto Rico del ayer, sin embargo, describe a la Cuba de hoy"... Pero no se atrevió abrir la boca. No quería otro encontronazo con Claudia. Los González la habían acogido en el seno de la familia, y no quería que diferencias ideológicas fueran a lastimar esos nuevos lazos de amistad. Recordó que en Miami, a los pocos días de salir de Cuba, por un comentario que ella creyó insignificante, la acusaron de comunista. Y sin embargo, unos días después, en Nueva York, modificando el comentario para evitarse problemas, la llamaron gusana.

–¿Quién es el autor de eso? –preguntó Nancy, ansiosa, como si algo importante en su vida se le hubiera escapado.

–Rafael Hernández –respondió Claudia.

–¿RAFAEL HERNÁNDEZ? –reaccionó incrédula Victoria.

–Si Vickie, pero no es el mismo Rafael Hernández que tú estas pensando. ¡Hello! –se burló Carlos Alberto–. Ese otro es político..., fue gobernador, es candidato a gobernador. ¡Que clase de boricua!

–No me jeringues –le sacó la lengua Victoria. Recuérdate que yo soy una puertorriqueña nacida en Nueva York –se vacilaba ella misma.

–Hay que tener mucha valentía para escribir una letra así –planteó Benito.

–Y mucha honradez intelectual, –añadió Nancy, reflexivamente– porque no importa cómo estén las cosas, los compositores escriben siempre sobre las bellezas del país...

–O sobre amores novelescos –bromeó Claudia.

–Si, si, claro…, pero cuando no es sobre amores triunfantes, sino que se inspiran en la patria –aclaró Nancy–. Tú sabes lo que es escribir sobre tu país, ¡Aunque sea cierto!: "Todo está desierto, el pueblo está lleno de necesidad".

–Está cabrón –convino Claudia.

–SE OYE UN LAMENTO POR DOQUIER –volvió a musitar Rosarito, jugando con el hielo de su vaso–. EN MI DESDICHADA BORINQUEN –cantaron todos a coro otra vez.

–Por menos que eso, a ese Rafael Hernández lo hubieran acusado de agente de la CIA y lo hubieran metido preso. Hay que ver la imaginación que tiene el régimen –planteó Amparito, que no pudo aguantar más.

Reaccionaria fue lo menos que le dijo Claudia. Pero Sofía que sabía, y bien que sabía, la defendió con garras, asegurando que Amparito no exageraba.

–¡Óyeme! En Cuba para que un compositor pueda escribir una letra así, tiene que primero lanzarse al mar y exiliarse en Miami –aprovechó Amparito la solidaridad.

Se alborotaron de nuevo. Unos hablando en serio, y otros por agitar. Rosarito esperó a que se tranquilizaran, entonces preguntó:

–¿Para qué época fue eso? –Estaba meditativa, la letra de esa canción le traía recuerdos de las historias que le contaba su papá. Pero eran unos recuerdos vagos y lejanos.

Entonces tomaron la palabra Nancy y Benito.

–Hubo una época en que Puerto Rico era pobre, muy, muy pobre… –balbuceó Nancy…

El doctor Benito Álvarez de la Cruz nació en Panamá, y, de la mano de su papá que era embajador en Estados Unidos, llegó

a Washington DC, donde vivió varios años. Un día, el Rector Jaime Benítez se comunicó con su papá y lo reclutó para que dictara cátedra de Derecho Internacional en la Universidad de Puerto Rico. Cuando Benito llega a Puerto Rico era un adolescente con el pelo salvaje y las patillas encendidas. Así conoció a Rosarito y se hicieron amigos inseparables; ella tocaba la guitarra eléctrica y él la batería, mientras María Fernanda se aferraba al pote de aspirinas. En la Universidad de Puerto Rico conoció a Oliver y luego, cuando Oliver siguió para la escuela de leyes, Benito se fue para Wharton School of Business en Pennsylvania. Allí se graduó de doctor en economía y finanzas, y fue allí donde estudio lo que las grandes universidades denominaron como: "The Puerto Rico Economic Miracle", la transformación de Puerto Rico, de lo que era –TODO ESTA DESIERTO, EL PUEBLO ESTA LLENO DE NECESIDAD– a lo que es hoy.

Por su parte, Nancy nació en Miami. Su padre, Arturo Valdez, era cubano, cubanísimo. Su madre, Victoria González, era una americana que sin embargo gustaba de auto proclamarse puertorriqueña. ¡Que clase de boricua!, como decía su hermano Carlos Alberto. De su abuelo, don Roberto González, aprendió el amor por Cuba y Puerto Rico. De niña pasaba tardes enteras ayudando a titi Rosarito a organizar cajas de fotos destinadas al museo de Historia del Ron Caribe, enriqueciendo los tesoros de la familia. Nancy contemplaba embelesada aquellas fotos que clasificaban por eventos, por fechas, por países. "Ven para que veas titi…, estas son las de Puerto Rico; estas…, las de Cuba; aquí puse las de México; y estas otras son las de Nueva York". Había fotos de Tititi junto al árbol de navidad; de los Carnavales de Oriente; de las comelonas en La Roca; de las ferias del Ron Caribe en San Juan; del legendario tren; del Desfile Puertorriqueño en Nueva York, y paro de contar. Pero había una foto en particular que era la favorita de Nancy. De niña ella la contemplaba y luego corría y se sentaba en la falda de su abuelo y le preguntaba: ¿Y por qué? Y le preguntaba

y le preguntaba… hasta que: ¡Bueno a dormir, Nancy, que ya es la hora de la siesta! En esa foto aparecía don Roberto rodeado por periodistas, fotógrafos, senadores, dignatarios y la plana mayor de los González –un contingente de parientes que vinieron desde Santiago– colocando –capacete, chaqueta, corbata y pala de plata en mano– la primera piedra de la planta del Ron Caribe en Puerto Rico, inaugurada en el 1936, a raíz de la derogación de la ley seca en los Estados Unidos, cuando Puerto Rico era… ¿hará falta volverlo a repetir? ¡SE OYE UN LAMENTO POR DOQUIER, EN MI DESDICHADA BORINQUEN!

Pasaron los años y Nancy ingresó en Georgetown University. Un día, un profesor de la facultad de Ciencias Políticas la citó a su oficina para seleccionar el tema de una tesis que tenía que presentar cada estudiante para graduarse.

–Su papá es cubano y su mamá puertorriqueña –dijo el profesor, leyendo de un tarjetero.

–Así es –musitó Nancy, intrigada–. Mi mamá es una puertorriqueña nacida en Nueva York.

–Qué tema le gustaría más, ¿el desarrollo económico en Cuba a partir de Fidel Castro; o, en Puerto Rico a partir de Luis Muñoz Marín?

Nancy tartamudeó, sabía que no era ni su papá ni su mamá las personas indicadas, sino su abuelo. El Ron Caribe había sido parte importante en la vida económica, cívica y social de Cuba y de Puerto Rico. Pensó en los tesoros del museo. Recordó los días cuando se sentaba en la falda de su abuelo, ¡¿Y por qué? ! Se imaginó esta vez toda una universitaria sentada frente a frente en la mesa del comedor de La Roca: ¡Aclárame esto, abuelo!

–Píenselo, –la despertó el profesor– y me lo informa a más tardar el próximo viernes, estaré aquí hasta las 3:00 de la tarde.

Corría el mes de enero y oscurecía temprano. Esa noche al salir de la facultad, Nancy caminaba apresurada, hacía frío, los árboles estaban desnudos, iba con la cabeza amueblada de recuerdos. Llegó a los dormitorios y lo primero que hizo fue telefonear a su abuelo a Puerto Rico.

–¡Bendición, abuelo!

–¡Que Dios te bendiga mi amor!

Así comenzó una conversación entre una nieta y un abuelo que se prolongó durante todo el semestre. A los pocos minutos el abuelo la convenció: "Vamos a hacer una comparación entre ambos, Nancy". Nancy voló varias veces a Puerto Rico, tuvo largas y estimulantes tertulias con su abuelo, compartiendo siempre un café bien conversado. Entraba y salía del museo consagrada en su proyecto, rebuscando entre actas, resoluciones, informes, enloqueciendo a su tía Rosarito que custodiaba cada papelito con estricto celo. Todo lo que le contaba su abuelo, Nancy, a sus espaldas, lo corroboraba en la biblioteca del Congreso.

–Pienso que esa canción debe ser de la época cuando Puerto Rico era la Casa Pobre del Caribe... –Regresaba Nancy como de un trance. Por un rato parecía como si se hubiera quedado muda, mirando fijamente a Benito y Benito a ella. Todos la miraron sorprendidos. Sorprendidos porque... ¿De dónde la chiquita se sacaba semejante comentario? Además, eso de la Casa Pobre del Caribe les parecía una exageración inconcebible.

Oliver y Benito eran los únicos que no se sorprendieron; a Oliver don Roberto se lo contó, y Benito lo estudió. Pero se detuvieron, les pareció mejor dejar que Nancy se desenvolviera con su mamá y sus tíos. Total, a ellos les había pasado igual, la primera vez que escucharon hablar de la Casa Pobre del Caribe, reaccionaron incrédulos.

–Puerto Rico era la Casa Pobre del Caribe, para los años 30's –se reafirmó Nancy, incómoda de que pusieran en duda sus conocimientos. Benito y Pellín trajeron una bandeja de bacalaitos y más cervezas.

–¿Tu estás segura de eso, Nancy? –preguntó Rosarito, agarrando la cerveza que le pasaba Benito, pero enloquecida con el tema–. Yo recuerdo que papi me hablaba de esas cosas pero yo era muy pequeña…

Claudia miró a Nancy arqueando las cejas, incrédula, se empinó la cerveza y le dio un buen bajón.

–Más pobre que Haití –sostuvo Nancy, asintiendo levemente con la cabeza.

–¡¿MÁS POBRE QUE HAITÍ?! –reaccionó Carlos Alberto.

–Así como lo oyen –machacó Nancy–. Lo que pasa es que ustedes se criaron viviendo la vida en rosa… carnavales, ferias, el desfile en Nueva York…; entre carrozas y diseñadores…
"Más pobre que Haití", todos sabían que Puerto Rico había sido pobre, nadie lo discutía, y que luego progresó…, pero esas cosas que estaban escuchando le daban mariposas en el estómago.

–¡The Economic Miracle of Puerto Rico! –se decidió Benito a defender a Nancy–. Ese era el titular en las revistas de la época. De hecho, Muñoz ocupó la portada del Time en más de una ocasión. Fue una transformación milagrosa de un país muy pobre…, bueno, tal y como dice la canción.

Parecían hipnotizados con las palabras de Benito.

–En Wharton yo tuve que estudiar eso mismo que dice Nancy… Papi era entonces profesor de la Universidad de Puerto Rico, y todos venían a mí en busca de auxilio, yo era el boricua del grupo –se rió.

–¡Fernando, viejo! ¿Cómo fue que tú me dijiste que Muñoz lo logró? –preguntó Amparito.

Una cascada de recuerdos arrastró a Oliver; cuando se recompuso, dijo:

–¡Esa frase no es mía! Pero bueno, es así: "Tu no puedes ayudar a los pobres, persiguiendo a los ricos".

–Esa frase la usaba papi –dijeron al unísono Victoria y Rosarito.

Como era de esperarse, la frase la debatieron acaloradamente por largo rato. Unos indignados mientras otros la defendían a brazo partido. Amparito les argumentaba que el que no ha vivido bajo las garras del comunismo no puede apreciar la sabiduría de esa frase. Se acusaron de todo… ¡Comunista! ¡Imperialista! ¡Gusana!

El dueño del cafetín se acercó, creía que se iban a fajar a piñazos. Pero le aseguraron que no, que del alboroto no pasaban. Victoria ofreció mil disculpas.

Sofía estaba fascinada con la explicación de Nancy. En su mente cavilaba sobre el potencial periodístico de una historia como esa.

–¿Para qué año dices que fue eso? –indagó Sofía, sus ojos le brillaban, llenos de curiosidad.

–Bueno…, la canción… –titubeó Nancy– realmente la canción yo no la había escuchado hasta hoy. Pero como el señor dijo que ese había sido el primer himno del Partido Popular…

–¿Qué señor? –reaccionó Oliver, abriendo los brazos como el que se ha perdido un dato importante.

–El dueño del café, Fernando –le aclaró Sofía, y le apretó la mano.

–Vaya, a mi me parece que la canción, ¡tío please, no me jodas que estoy hablando en serio!, …que la canción describe al Puerto Rico de los años treinta.

–Y como el Partido Popular lo fundaron en el 1938, lo del himno hace mucha lógica –convino Oliver, guiñándole un ojo a Carlos Alberto.

–¡Figurate tú! –dijo Nancy, y Carlos Alberto se rió:

–Ahí sí que se te salió lo de cubana.

–¡A orgullo, tío! –Nancy se levantó, le dio un beso y un abrazo a su tío, chocaron manos, levantó su Coca–Cola y su tío su cuarta o quinta cerveza.

–¡Fi–gú–ra–te tú!, –volvió a la carga Nancy, mascullando cada sílaba– en varias ocasiones Muñoz fue a parar a la Casa Blanca, acompañado de Ruby Black, que era una periodista amiga de Eleonor Roosevelt. Ambos sabían que Eleonor era los oídos del presidente. Entraban como quien dice, por la puerta de atrás, por la cocina…

Todos escuchaban a Nancy, intrigados. A Carlos Alberto le gustaba molestarla, pero se sentía muy orgulloso de su sobrina: mitad cubana y mitad boricua, como le gustaba decir. Era la intelectual, la estofona, desde chiquita se encaramaba en la falda de su abuelo a escuchar historietas sobre Cuba, Puerto Rico, Panamá, Nueva York, en fin, eran cuentos que don Roberto iba recogiendo por donde quiera que el Ron Caribe se abría camino.

Oliver había escuchado esas historias, pero siempre había preferido mantenerse al margen. De niño había sufrido mucho con las trifulcas que se formaban en el seno de su familia; siempre estaban Muñoz y Fidel en el centro de la contienda. Pero ahora que se acercaba la hora final de Muñoz, sentía que no podía escapar a esas viejas pesadillas. Cerró los ojos, no quería sucumbir, observaba a Amparito y veía como si el espíritu de ambos hombres se hubieran citado para un duelo final. Mientras más ella repudiaba a Fidel, irónicamente, más sentimiento anti Muñoz despertaba entre algunos.

El eterno debate entre la derecha y la izquierda. Las manos le sudaban frío.

–Allí en la cocina, Eleonor, Ruby Black y Muñoz tomaban café, y Muñoz aprovechaba para poner al tanto a la Primera Dama que Puerto Rico se ahogaba en un mar de miserias...

Para Rosarito era muy duro lo que Nancy y Benito hablaban. Se refugió en los recuerdos de su padre: don Roberto el presidente del Ron Caribe, don Roberto el presidente de los Hombres de Empresa, don Roberto el líder cívico. Sonrió orgullosa, aliviada, ese trabajador infatigable había llegado a Puerto Rico justo cuando Muñoz arrancaba con su turba de estrellas y hombres hambrientos hacía la gran aurora.

En el cafetín el bullicio corría a todo color: tragos, cervezas, fritangas y de vez en cuando… ¡RADIO RELOJ!, que todos ignoraban. Total, el entierro de Muñoz no sería sino hasta la 1:00 p.m., y para esa hora, ¡upps! para la 1:00 realmente faltaba poco.

–¿Y qué paso? –preguntó Sofía.

–Figúrate, ¡tío, no me jodas! –le sacó la lengua Nancy– …de esas tertulias salió una ley del Congreso de los Estados Unidos que el título nada más…, vaya: ¡LA PRERA! Que significa: ¡PUERTO RICO EMERGENCY RELEIF ACT"

–Esta tía me tiene impresionada –la felicitó Sofía, encendiendo un cigarrillo. Acomodó su cabellera y repasó sus notas.

–De eso de la PRERA yo me acuerdo –sonrió Claudia con la mirada llena de nostalgia–. Recuerdo que en casa había una sirvienta, Flora, que no le gustaban las ayudas de la PRERA y se las vendía a papi… y papi nos hacía unas tostadas con mantequilla y queso de la PRERA. ¡Mmm!

–¡EH! –reaccionó Pellín, –en Nueva York había un contrabando con los productos de la PRERA, entre los boricuas de la banda allá y los boricuas de la banda acá, que ni les cuento.

–Pero bueno –continuó Sofía, soltando una bocanada de humo– cuéntame, ¿cómo es que tú sabes todas estas cosas?

–Yo escribí una tesis en la universidad –explicó Nancy, pausada. Victoria le acariciaba el pelo, orgullosa.

–¿Siii? –Sofía se moría de curiosidad. La algarabía era cada vez peor, ensordecedora, se inclinaba, se acercaba, entrecerraba los ojos tratando de afinar los oídos–. A ver, ¿cómo se titula?

–CARIBBEAN REVELS: WHO DID IT BEST? MUÑOZ OR FIDEL? –aquello fue como abrir una caja de truenos.

Capítulo 36

A las 3:00 el calor era insoportable. La comitiva fúnebre tenía ya dos horas de atraso, y lo peor, todavía andaba en el tramo entre San Juan y Caguas. En Barranquitas la gente no podía abandonar el pueblo, estaba atrapada, impaciente, ansiosa. Se escuchaban sirenas y la gente corría alarmada, gritaba, un desmayo tras otro, forcejeos. La muchedumbre abarrotaba las calles, se apiñaban sobre los techos de las casas, los árboles llenos de gente. Los radios trompeteaban el lento discurrir de la comitiva fúnebre, todo el mundo quería colocar una flor, todo el mundo quería tocar el coche fúnebre, las motoras de la policía trataban de abrirle paso, rugiendo los motores, disparando las sirenas, pero el pueblo no se amedrentaba, el país entero se paralizó para decirle un último adiós a Muñoz. Oliver volvió a levantar la vista, hacia las guaguas amarillas, ese tren dormido era señal inequívoca de que no había salida, todos los accesos estaban bloqueados, había que esperar la comitiva. La gente trepada sobre las guaguas parecían estatuas, armadas con sombrillas, el sol era terrible. Una luz blanca adormecía la ciudad, cegaba a Oliver que se protegía con una mano en la frente, la cabeza le iba a estallar.

Tenían sed, deseos de orinar, se fueron a buscar algo de beber. Pero a esa hora ya no quedaba nada. Fueron cafetín por cafetín, pizzería por pizzería, colmado por colmado, era desesperante, no había nada. Ni una cerveza, ni un refresco, ni tan siquiera un pedacito de hielo. Rastrearon la calle principal, para arriba y para abajo, los alrededores de la plaza, esta calle, la otra, y nada. Persiguieron a un piragüero, como las pandillas en West Side Story, pero igual, se le había acabado el hielo. Todo se había acabado, las piñas coladas, los pinchos, las alcapurrias, los bacalaitos. ¡Agua, tan siquiera agua!, imploraba Victoria empachá de cervezas y bacalaitos. Había basura por donde quiera… vasos, botellas, latas, hasta sobras de comida; las cunetas mugrientas, el pueblo estaba hecho un desastre. Los inodoros estaban desbordados, charcos de agua, papeles tirados por el piso, una peste terrible. Claudia tenía muchos deseos de orinar, pero se negaba a sentar su culo en semejante asquerosidad.

Iban a ser las 4:00 p.m. ¡RADIO RELOJ!, la gente no podía creer lo que decía el locutor, la comitiva fúnebre estaba apenas entrando al pueblo de Caguas. A ese ritmo no llegaría a Barranquitas hasta pasadas las 6:00 p.m. Un helicóptero sobrevolaba la zona, iba y volvía. La vibración de los motores relampagueaba en el corazón de ese pueblo adolorido reunido con la historia. Cada vez que se escuchaba una sirena se oía un alarido, la gente corría ansiosa, despavorida; ambulancias, camillas. Oliver se agarraba la cabeza, no aguantaba más.

Se alejaron del bullicio, desde la 1:00 la gente se había concentrado en la entrada del pueblo, formando una masa compacta que subía por las calles que dan al cementerio. Llegaron a una zona algo despejada, Carlos Alberto dijo que iba a mear en una cuneta, pero Rosarito no lo dejó. En el tope de una loma vieron una mueblería, se encaminaron hacía allá, el dueño les prestó la llave y Benito abrió el candado del baño. ¡Surprise! La ilusión de un baño limpio se deshizo en un instante; otro desastre. Pero que remedio, de uno en uno fueron

descargando la bestialidad de cervezas que se habían tomado. Todos menos Claudia que decía que no podía con aquella pestilencia.

–¡Que clase de come mierda! –se mofó Carlos Alberto–. Te veré meando en una cuneta.

–Que se joda –ripostó Claudia–. Para ser un cafre, mejor soy una come mierda.

–¡Oye!..., no se fajen –se metió Amparito–. ¿Saben qué? Para los cubanos, "come mierda" significa que es un estúpido; y para los puertorriqueños: que se cree mejor que nadie.

–Pues Claudia es doblemente come mierda –se estortillaron todos de la risa.

Caminaron hacía la entrada del pueblo; por ahí entraría la comitiva fúnebre, era lo más lógico ubicarse allí. Sofía miró su reloj, eran pasadas las 4:30 de la tarde, estaba realmente cansada, había llegado la noche anterior algo atropellada con el trajín de última hora. En la revista su jefe le había pedido que hiciera esto, que hiciera aquello, lo otro, no daba abasto. El reportaje sobre "La Cuba del Norte" había sido un éxito, la circulación de la revista había subido considerablemente. Ahora quería que se inventara algo novedoso. Sofía le habló del boicot que el presidente Carter le había decretado a los Juegos Olímpicos en Moscú. Y su jefe que sí, pero en adición quería volver al tema de Fidel Castro. Decía que mientras Castro se mantuviera en el poder cualquier reportaje tenía el éxito asegurado. Sofía no sabía qué hacer, le parecía que el tema había que dejarlo descansar, que cualquier reportaje tan seguido sería un refrito.

Volvió a mirar el reloj. A esa hora ella esperaba estar de vuelta en San Juan, había comprado boletos para el vuelo de las 7:00 p.m. Según sus cálculos, si el entierro era a la 1:00, a eso de las 3:00 estarían bajando de Barranquitas. Ahora era evidente que no llegaría a tiempo para el vuelo de las 7:00 de esa noche. Tenía dudas de si lograría alcanzar el último vuelo, a las 9:00 p.m.

–¿Después de Caguas, viene Barranquitas? –preguntó.

–No mijita, –la corrigió Carlos Alberto– después de Caguas viene Cayey.

–¡Joder!... Pero bueno, ¿después Barranquitas?

–No, no, no... –tarareó Carlos Alberto– después de Cayey viene Aibonito.

–¡Hostia! Tres años vivió esta tía acá y nunca me pude aprender los pueblos –se mortificó Sofía–. San Juan/ Ponce/ Mayagüez/; pues claro, porque los veía en la tele cuando daban el weather.

–Yo me los aprendí con un concurso de Coca–Cola –se rió Rosarito–. Debajo del corcho de la chapa aparecía el nombre de un pueblo...

–Uff, yo me acuerdo de niño –se animó Oliver–. Había que llenar un mapa que tenía el nombre de todos los pueblos. De eso hace años como loco.

–Mira eso –arqueó las cejas Victoria–. Son como 40, ¿no?

–¡Coño, Vickie!, te vamos a dar el "Coquí Award" –se burló Carlos Alberto–. Son sobre 70 pueblos.

Amparito observaba, había cosas que eran totalmente nuevas para ella. Eso de la herencia era algo que le fascinaba y la intrigaba. Hacía rato que quería hacer una pregunta, pero se había detenido.

–¡Oye! ¿Yo no acabo de entender el rollo con el IRS? –se animó.

Todos trataban de explicarle, pero mientras más hablaban, más se enredaban. Oliver se aguantaba la cabeza, no soportaba el dolor, los escuchaba y se reía.

–¡Hold your horses! –Claudia pidió que la dejaran a ella. Esperó a que se tranquilizara el gallinero, y mirando a Oliver dijo–: Mi padre y mis tíos, huyéndole al régimen de tú padre..., ¡Hello!, me vas siguiendo... sacaron al Ron Caribe de Cuba y lo reincorporaron

en Nueva York. Y ahora los impuestos del IRS son tan brutales que ellos se van a quedar con la herencia. ¡Ok!

Hubo vítores y rechiflas, todos aplaudieron. Hasta Oliver, que primero reclamó que eso no era del todo correcto, terminó felicitándola. Para contestar esa misma pregunta, él hubiera tenido que reunir a los herederos en su oficina.

–¡Ay!, vieja, ¿y quién les recomendó que se reincorporaran en Nueva York? –A Amparito una intriga la llevaba a la otra.

–El bufete de abogados del señorito aquí presente. Así que si el IRS se queda con la herencia, nosotros nos quedaremos con el bufete. Nos vamos a entretener litigando por muchos años. ¡Big Time!

Se volvieron a agitar. Oliver se quejó de que estaban distorsionando los hechos, pero nadie le hizo caso.

–¡Fernando, mi niño! Creo que te conviene coger el crucero antes de que empieces con el rollo de la otra herencia.

–¿Verdad que sí? En el Carla C..., yo también se lo dije –sostuvo Carlos Alberto y se volvieron a alborotar.

–Y los papeles que fueron a buscar a Cuba, ¿para qué eran? –aprovechó Amparito la bulla de los herederos.

–Eso fue para resolver una demanda que radicó mi mamá –musitó Rosarito, con la vergüenza dibujándosele en el rostro. Sintió que la cara le ardía y bajó la mirada.

Amparito trató de disculparse, lo menos que quería era herir los sentimientos de todas estas personas que la habían acogido con los brazos abiertos.

–Es que todo esto es nuevo para mí –balbuceó, como el que camina sobre una fina capa de hielo; se encogió de hombros y añadió–: En Cuba no existe la herencia.

–¡Ay!, hija –se desahogó Victoria–. Acá, entre los impuestos, los pleitos y los honorarios de los abogados, la herencia se vuelve sal y agua.

Hubo un silencio a coro que sólo las sirenas fueron capaces de agujerear. Oliver observaba a Amparito, meditativo: "¿Me ayudarías a salir de Cuba?" La recordó sentada en el muelle aquella noche de locuras en el velero. Por un instante se visualizó con Amparito en el Carla C.

Dieron las 5:00 y había como una sensación de impotencia, confusión. El helicóptero iba y venía. Cada vez que sobrevolaba el área, la muchedumbre sentía como un tambor redoblándole en el pecho. Ahora era notable la cantidad de gente con radios transistores al hombro. ¡RADIO RELOJ! Trataban de entender qué pasaba, cómo era posible que se tardara tanto. Pero nada, más confusión, más ansiedad. Radio bemba no se quedaba atrás. Corrían todas clases de rumores, que si esto, que si lo otro, que si aquello. Así estaban las cosas cuando se regó la noticia de que el ataúd se lo habían robado, que si unos encapuchados, que si unos comandos con un templo en las montañas. La gente se inventaba una de historietas increíbles. Oliver no aguantaba la cabeza, lo traían loco los bochinches.

–¡¿BOCHINCHE?! –le increpó una señora por encima del estruendo del helicóptero–. ¡¿USTED NO SABE QUE CUANDO LOS FUNERALES DE EVA PERON?!...

–¡¿EVA PERÓN?! –reaccionó Oliver, perturbado.

–¡ASI COMO LO OYE! –La señora miró al cielo, el helicóptero no se acababa de ir–. ¡CUANDO LOS FUNERALES DE EVA PERÓN SECUESTRARON EL CADAVER EMBALSAMADO!...

–¡SEÑORA! –la volvió a interrumpir Oliver–. ¡NO ESTAMOS EN ARGENTINA! –Sonó bastante cínico.

–¡PUES CLARO QUE NO! –se mortificó la señora–. ¡Ay que alivio! –se alejó el helicóptero–. ¡¿Pero usted alguna vez ha vivido bajo una dictadura?! –se montó en tribuna la señora, irritada–. ¡Este gobierno es capaz de cualquier cosa!...

–¿De robarse el ataúd? –hizo muecas Oliver.

–Ustedes los jóvenes no saben porque no han vivido. Pero este gobierno con tal de acabar con el Muñocismo…, no me extrañaría nada…

–Señora me tengo que ir –aprovechó Oliver que Sofía lo llamaba como una loca: ¡FERNANDOOO!

Oliver se abrió paso entre la gente. Cuando se acercó entendió el por qué de la alegría de Sofía, se habían encontrado nuevamente con los viejecitos. Sí, los que cargaban con sillas, termos y neveritas. Se armó una fiesta de besos y abrazos, como si se conocieran de toda la vida. Todavía a esa hora les quedaba a ellos un poco agua y un poco de café.

–Yo siempre ando prepará por si acaso –pregonaba la viejecita, mondá de la risa–. Hasta un "First Aid Kit" tengo ahí, porque uno nunca sabe; un dolor de estómago, un tajito. Cuando uno llega a esta edad…

Así fue como Oliver consiguió Tylenol para su dolor de cabeza; Pellín se tomó un poco de Pepto–Bismol, pues según decía él, su estómago de viejo no estaba ya para tanta fritanga; y todos bebieron un poquitito de agua, que a esa hora fue un verdadero oasis en el desierto.

–¡Ay, Dios me la bendiga! –suspiró Rosarito, saboreando sorbo a sorbo un cono de agua–. En el pueblo no queda nada. Ni una cerveza, ni una piragüa, ni tan siquiera un pedacito de hielo. Cuando llegamos esta mañana, esto parecía un carnaval. Y ahora, nada, absolutamente nada. Yo me moría de la sed…

–Mire, nosotros hemos rastreado calle por calle y cafetín por cafetín, y en este pueblo no queda ni de beber ni de comer –aseguró Carlos Alberto, dándole un beso a la viejecita–. ¡Se acabó todo! Es más, por unos pedazos de hielo, por poco se forma un motín en la calle de atrás. Tuvo que intervenir hasta la policía y todo.

Claudia se tomó dos conos de agua y le entraron unas ganas de orinar que no pudo aguantar.

–¡Me meo! ¡Me meo! –se torcía Claudia, y se formó tremendo vacilón.

Se lo podrán imaginar, un jala–jala. Corrieron, improvisaron un círculo, escocotaos de la risa, para que Claudia –ñangotá' en el centro– echara una meada espectacular. La viejecita disparó un alarido, y fue entonces que se percataron que el chorro de cerveza espumosa de Claudia corría cuesta abajo amenazante.

Rosarito le pidió a Oliver el papel donde estaba el poema. Se lo quería enseñar a los viejecitos. Buscaron donde sentarse, no aguantaban los pies, pero se tuvieron que mudar porque la peste a orines era terrible. Encontraron una lomita cerca de la entrada del pueblo, el sol comenzaba a bajar. La viejecita abrió su silla, pero el viejecito insistió que su silla la usara Victoria. Sobre el césped hicieron un círculo.

–Mire esto –le acercó el papel Rosarito a la viejecita– ¡He ahogado mis sueños para saciar los sueños que me duermen en la venas de los hombres que sudaron y lloraron y rabiaron para sazonar mi café! –leía Rosarito, como un rito, como un preludio.

Sofía miró el reloj, eran pasadas las 6:00. Cinco horas de atraso, se dijo. Pensó en su jefe allá en la oficina, "tienes que inventarte algo nuevo". La cara que pondrá cuando se entere que me quedé varada en Puerto Rico. Se lo imaginó, jamás entendería que un evento pautado para la 1:00, a las 6:00 de la tarde todavía no hubiera comenzado... Hay que estar aquí para saber lo que es esto. ¡Hostia, esto es como una penitencia! Sacó su libreta y empezó a organizar notas. ¡CARIBBEAN REBELS!, se le prendió la bombilla. Gateó –literalmente gateó– y se acomodó entre Nancy y Amparito. Sintió un pálpito, la sensación de que estaba próxima a escribir el mejor artículo periodístico de su vida. Se acordó de las palabras del

padre Sotográs. "Dos gigantes del Caribe". Tenía a su derecha a la nieta del que fuera presidente del Ron Caribe, la marca de licor de mayor venta en todo el mundo, quién vivió la mitad de su vida en Cuba y la otra mitad en Puerto Rico. Don Roberto había llegado a Puerto Rico justo en el momento cuando Muñoz iniciaba su revolución. A su izquierda tenía a la hija de Fidel Castro, Comandante en Jefe y el hombre fuerte de Cuba durante más de veinte años. Fidel comenzó su revolución a partir del golpe de estado de Batista, en el 1952, justo cuando Muñoz instauraba el Estado Libre Asociado de Puerto Rico. ¡WHO DID IT BEST, MUÑOZ OR FIDEL?!, le parecía genial.

–¿Cómo fue que se te ocurrió comparar a Fidel con Muñoz? –le preguntó a Nancy. Nancy sonrió…, miró a titi Rosarito envuelta en el poema, estaba a unos pocos metros, parecía un círculo de oración. Volvió a pensar en la pregunta, que una cosa era escribir para el profesor –se imaginó su tesis cogiendo polvo en Georgetown, en algún cajón– y otra muy distinta era hablar para la prensa; la sensación de hablar con el mundo. "La revista TIME", le dieron mariposas en el estómago. Tantas cosas que ella había aprendido que ni su mamá ni sus tíos sabían. Que Puerto Rico era la Casa Pobre del Caribe; pero si no había que meterse un semestre en la biblioteca, hasta la misma canción lo dice: ¡TODO ESTA DESIERTO / EL PUEBLO ESTA LLENO DE NECESIDAD! Que si Muñoz transformó al país, –¡The Economic Miracle of Puerto Rico!, como lo titularon las universidades más prestigiosas–. Que si Fomento abría oficinas en Nueva York, Madrid, Londres, atrayendo empresas a establecerse en Puerto Rico. Que si llegaron a conocerse popularmente como las 936. Que fue como un desembarco de industrias armadas con máquinas para combatir las miserias que ahogaban la isla. Y lo logró, Muñoz lo logró. Que si Fomento iba sembrando fábricas, pueblo tras pueblo, en los campos, barrios. Que si cada vez que Fomento inauguraba una fábrica, instalaban un letrero mostrando a un gigantesco hombre corpulento empujando

una gran rueda industrial, con las palabras mágicas, ¡Manos a la Obra!, una imagen visual que relampagueaba en los corazones de aquellos jíbaros que sudaron y lloraron y rabiaron para sazonar el café de aquel hombre que ahogó sus sueños para liberarlos de una jornada de sol a sol por cincuenta centavos al día.

A Nancy se le aguaron los ojos, Amparito le tomó las manos y se le formó un taco en la garganta. Sofía las miraba con ternura, se abrazaron. Al cabo de un rato, Sofía le preguntó a Amparito:

–¿Quién lo hizo mejor, Muñoz o Fidel?

Amparito hizo una pausa, reflexiva. Miraba al vacío, a lo lejos se escuchaba el aleteo del helicóptero.

–De Cuba se ha escrito todo, –balbuceó– no hay nada que yo pueda añadir que no se haya escrito ya en mil y un libros, a favor y en contra de la revolución. La única pregunta a la que no se le encuentra contestación es... ¿Qué nos pasó que fracasó la revolución? A partir de esa pregunta se electrifican las pasiones, y la honestidad se desvanece.

Amparito observaba a Rosarito leyendo el poema, casi podía descifrar sus labios. Se remontó a su niñez.

–Cuando Bahía de Cochinos..., mi padre públicamente anunció que la Revolución Cubana habría de tener una orientación socialista. Yo tenía unos seis años..., me acuerdo que en la escuela nos hicieron aprender de memoria el discurso de Fidel.

–¿Para qué año fue eso? –preguntó Nancy, tratando de atrapar ese pedazo de la historia que siempre que intentaba descifrarlo se le esfumaba.

–Eso fue para el 1961, en plena Guerra Fría –musitó Amparito.

–¡Hombreé! ¿Y esta tía se acordará de las palabras de Fidel?

–No había en Cuba un estudiante que no se lo hubiera aprendido.

–A ver...

Amparito hizo una pausa..., fue amarrando los hilos de la memoria uno a uno, hasta que los recuerdos tomaron luz propia y le salieron al encuentro. Entonces recordó la imagen de su maestra, nítida, y se visualizó frente a ella:

–"Compañeros obreros y campesinos: esta es la revolución socialista y democrática de los humildes, con los humildes y para los humildes. Y por esta revolución de los humildes, y por los humildes y para los humildes, estamos dispuestos a dar la vida".

Sofía copió una a una las palabras. Estuvo a punto de comentar que se le parecía a un discurso de Lincoln, pero evitó la indiscreción, quería hacer una comparación entre el poema de Muñoz y el discurso de Fidel.

–¡Ay!, vieja. Yo no creo que sean las palabras –sostuvo Amparito–. Uno va con una turba de hombres hambrientos y el otro con los humildes. Yo creo que lo que realmente pasó con la Revolución Cubana..., es lo que decía el abuelo de Nancy: "Tú no puedes ayudar a los pobres, persiguiendo a los ricos".

Amparito estaba visiblemente afectada, con la voz atijerada. El helicóptero ahora sobrevolaba muy cerca, ella aprovechó para hacer una pausa. Nancy le acariciaba el pelo, Sofía la alentaba.

–Mi padre subió a la Sierra Maestra a luchar contra los atropellos de la dictadura de Batista y bajó para instaurar su propia dictadura. Cambiamos de una dictadura de derecha a una dictadura de izquierda. En Cuba el que quiera libertad tiene que lanzarse al mar...

Hubo un largo silencio, cualquier cosa que dijeran, realmente sobraba.

–Ahora me llaman gusana..., marielita.

Rosarito leía el poema estrofa por estrofa, frase por frase, como una liturgia. A la distancia, sentadita en el césped, parecía una

maestra de picnic rodeada por sus discípulos. Pero por ratos se notaba visiblemente afectada, el poema le taladraba la conciencia. Oliver, Benito, Victoria, Carlos Alberto y Pellín comentaban el poema, con asombro. ¡El sueño que sueñan los estómagos estrangulados por el hambre (un pedazo de pan, un pedazo de pan blanco)! Los viejecitos escuchaban y contaban sus vivencias. Ellos no sabían de poemas, ellos habían vivido esas cosas que Muñoz decía en el poema. Así mismito era hija mía, así mismito, aseguraba la viejecita. Nosotros le debemos todo a Muñoz Marín, balbuceaba con humildad.

–¡Ay mija!, yo me acuerdo de tantas familias que se mudaban del campo al arrabal, ¡a la Perla!, y del arrabal al barrio en Nueva York –suspiró la viejecita, recordando a su hermano mayor que murió a la banda allá.

–Eso me acuerda una novela que leímos en High School –reaccionó Claudia, sacándole las espinillas de la espalda a Carlos Alberto.

–¡La Carreta!, esa la leí yo –sonrió Carlos Alberto–. De las pocas que leí.

–Pero, ¿La Carreta es de esa época? –indagó Oliver.

–Mire..., yo de novelas no se nada, porque yo aprendí a leer después de vieja, –se reía la viejecita– pero la cosa estaba tan mala que la gente se iba pa' Nueva York a probar suerte.

–Ese éxodo continua aún hoy, la gente se sigue yendo para Nueva York, Orlando... –cuestionó Claudia.

–Los puertorriqueños van y vienen –afirmó Pellín– y yo que he vivido tantos años en Nueva York sé lo que les digo. Es una migración circular, todos sueñan con volver...

–¡Pero un día volveré...! –canturreó Rosarito.

–¡A buscar mi querer/ a soñar otra vez/ en mi Viejo San Juan –le contestó el viejecito.

–Puerto Rico es un paraíso –sostuvo Pellín–. Lo que daría yo porque mi país hubiese tenido un Muñoz Marín...

–¿Usted de dónde es? –le preguntó el viejecito a Pellín, confundido.

–Yo soy dominicano, ¡Pedro Vázquez para servirle! –se quitó el sombrero Pellín–. La gente se queja de Muñoz porque, que si la Ley de la Mordaza, pero hay que ver... Allá en mi país Trujillo no creía en esas vainas de mordaza, allá sencillamente te torturaban y desaparecías... La cantidad de dominicanos que arriesgan la vida para entrar a Puerto Rico, y los que se mueren cruzando la Mona.

Hubo un silencio. Las palabras de Pellín calaron hondo.

–Usted no tiene el acento dominicano..., bueno, como que por ratos sí y por ratos no –rompió el hielo la viejecita, con las palabras de Pellín todavía dándole vuelta en la cabeza.

–¡Oh pero bueno! –se rió Pellín–. Es que yo he vivido tantos años en Nueva York, entre boricuas.

–Allá fue que Pellín conoció a papi, –le brillaron los ojos a Rosarito–. Cuando papi estudiaba en NYU.

–Roberto estudiaba en la universidad y yo era cocinero en el Village –aclaró Pellín, con esa sonrisa dulce y resplandeciente de siempre–. Desde entonces nos hicimos buenos amigos, para siempre...

–¡Oh, ya veo! ¿Entonces su papá es el puertorriqueño? –preguntó el viejecito, sin lograr entender que hacía un dominicano allí en el entierro de Muñoz Marín.

–Papi es cubano...

Cayó la noche. Oliver le decía a la viejecita que el dolor de cabeza se le había aliviado. Las sirenas se escuchaban ahora subiendo hasta el cielo, daba la impresión de que la comitiva fúnebre bordeaba en espiral las montañas. Todo parecía un sueño. El helicóptero iba y venía, en el pueblo de Barranquitas el mar de seres humanos no

se movía, estaban atrapados, esperando que llegara el momento para escribir la historia. A través de sus radios la gente seguía atónita la ruta de la comitiva fúnebre. ¡RADIO RELOJ! La policía en sus motocicletas luchaba por abrirle el paso, pulgada a pulgada. El locutor estaba afónico, exhausto, por ratos parecía alarmado.

Sofía volvió a observar su reloj, eran las 7:30 de la noche. Le dio vuelta a su libreta de notas, las ojeó, las repasó, para adelante y para atrás.

–Nancy, tú me has hablado de todo, pero realmente no me has contestado la primera pregunta –insistió Sofía–: ¿Cómo fue que se te ocurrió comparar a Fidel con Muñoz?

–Fue mi abuelo, él me embulló… –aclaró Nancy, observando a su tía Rosarito que precisamente hablaba de su abuelo en ese momento–. Mi abuelo dedicó toda su vida al desarrollo económico del Ron Caribe y usó como plataformas a Cuba y a Puerto Rico. Él empezó desde abajo, como empezaban todos los González, escalón por escalón. Dirigió la planta de Santiago de Cuba y la de San Juan de Puerto Rico…, y viajó por todo el mundo instalando plantas y abriendo mercados: España, México, Nueva York, Panamá, Francia… Pero bueno, a lo que voy es que mi abuelo callejeó y andaregueó y comparó, y me metió en la cabeza un montón de cosas a favor de Muñoz y en contra de Fidel. Pero que yo no me comí el cuento así porque sí, porque hay que recordar que Fidel confiscó la planta de Santiago, y ahí quedaron unas cicatrices.

–Hiciste algún trabajo investigativo –indagó Sofía, calculando el potencial de la historia, se imaginó la cara de su jefe en la revista.

–¡Oh, desde luego! Y mucho. Mucho, mucho –enfatizó Nancy, recorriendo mentalmente los pasillos de la universidad–. Yo consulté a mi profesor, que fue el que me dio a escoger entre Muñoz o Fidel, y a él le fascinó la idea de la comparación. El me dio muchísimas fuentes de información y me guió, y me conectó con gente

importante de izquierda y de derecha..., en fin, yo le dediqué un semestre...

–¿En qué año fue que llegó tu abuelo a Puerto Rico? –la interrumpió Sofía. Nancy miró a la distancia, el llanto de las sirenas se acercaba paulatinamente, creando una atmósfera de expectación. Por ratos se sentía el rugir de las motoras, el vaivén del helicóptero. La viejecita tenía ahora la palabra, Rosarito se secaba las lágrimas y a Nancy se le formó un nudo en la garganta, era difícil controlar tantas emociones.

–El Ron Caribe se estableció en Puerto Rico en el 1936 –explicó Nancy–, y con él llegó mi abuelo...

–Esa fecha de 1936 siempre me cuesta trabajo entender –se encogió de hombros Sofía, garabateando su libreta con una letra que sólo ella era capaz de entender–. Siempre había tenido la impresión de que el Ron Caribe salió de Cuba cuando el triunfo de la Revolución..., en el 1959, y bueno, es que cada vez que me mencionan el año '36...

–Eso tiene sus razones históricas, –explicó Nancy– pero no te quiero aburrir...

–¡Vamos hombreé!, todo lo contrario. Es que para esta tía el año '36 tiene sabor a guerra civil y a todas esas calamidades... ¡Venga!, que me tienes intrigada.

–Bueno, ¿cómo te explico? –Nancy pausó para acomodar los pensamientos, recordó aquellos cafés bien conversados con su abuelo. Minuto a minuto la atmósfera se iba cargando de expectación–. La ley Seca duró desde el 1920 hasta el 1933. Durante ese período el pub favorito de los americanos era La Habana. Se podrá imaginar: mulatas, rumba, tabaco, sol, palmeras y ron –Por ratos Nancy tenía la sensación de estar imitando a su abuelo. Esa misma historia su abuelo la recitaba como si fuera un Padre Nuestro–. De regreso se las ingeniaban para colar de contrabando una botella de

Ron Caribe en la maleta, convirtiéndose en un artículo cotidiano en la alacena de la familia norteamericana. Al terminar la prohibición, los González vieron oro en el horizonte: establecieron una planta de ron en Puerto Rico y aprovecharon el libre comercio entre Estados Unidos y Puerto Rico. Los americanos ya conocían el producto porque con cada trago abrían una caja de recuerdos. Así fue como el Ron Caribe fue conquistando el mercado norteamericano hasta que eventualmente se convirtió en la marca de licor de mayor venta en todo el mundo. De modo que en el 1936 se estructuró en Puerto Rico una de las decisiones económicas más exitosas de la historia.

A mano izquierda en una loma, un grupo de jóvenes comenzó a prender sus encendedores; unos primeros, otros después, y luego con los brazos en alto empezaron a ondearlos. Poco a poco se fueron uniendo los de más arriba, y así se fueron contagiando unos y otros hasta que formaron un mar de luces. Rosarito y Claudia sacaron sus encendedores y se unieron también.

Las sirenas retumbaban ahora en los pechos, la expectación crecía, Sofía le apretaba las manos a Nancy y a Amparito. Nancy observaba a su mamá que abrazaba por la cintura a titi Claudia y titi Rosarito. Hubo un largo silencio, entonces Amparito le pidió de favor a Nancy que le siguiera contando de su abuelo.

–¡Vaya!, yo siempre he tenido una gran curiosidad por Puerto Rico. Mi tío Guille me escribía y mi imaginación echaba alas.

–Figúrate tú, mi abuelo llegó a Puerto Rico en el 1936, en el 1938 Muñoz fundó el Partido Popular, y en las elecciones de 1940 fue el primer triunfo. Mi abuelo fue partícipe de una revolución pacífica que llamó la atención de las mejores universidades del mundo. ¡Titi, pásame el poema! –le pidió Nancy a Rosarito. Rosarito no quería soltar el papel pero Nancy la convenció de que era por un momentito.

–¿Qué se traen ustedes que hace rato están ahí tramando algo? –se rió Rosarito, disfrutándose a plenitud ese momento irrepetible en su vida.

–Estamos escribiendo una historia –dijo Amparito.

–Esta historia sí que le va a dar la vuelta al mundo, –aseguró Sofía levantando su libreta de apuntes para que no hubiera dudas– estamos comparando a Muñoz con Fidel.

–¡VÍRGEN SANTÍSIMA! –gritó Rosarito–. Nancy, cuídame el poema que se lo quiero enviar a Tititi.

Nancy leía, con el dedo se ayudaba para encontrar la parte que andaba buscando. Sofía seguía calculando el potencial de la historia, cada vez más entusiasta. En su mente tejía una novela que enlazaba al Ron Caribe, Muñoz y Fidel, salpicada de peleas entre herederos.

–¡YO SOY EL PANFLETISTA DE DIOS! ¡EL AGITADOR DE DIOS! ¡Y VOY CON LA TURBA DE ESTRELLAS Y HOMBRES HAMBRIENTOS HACIA LA GRAN AURORA! –leía Nancy, con la voz entrecortada, sorprendiendo a Sofía tejiendo historias en su mente.

–¿Cuándo Muñoz escribió ese poema? –reaccionó Sofía, quería asegurarse que cada detalle tuviera un buen sentido histórico.

El helicóptero iba y volvía. Las sirenas se sentían cada vez más cerca. El rugido de las motoras anunciaba que la comitiva fúnebre se aproximaba. Sofía miró el reloj, eran ya las 8:45. Cada vez que el helicóptero sobrevolaba el área la muchedumbre prendía sus encendedores y ondeaba sus brazos en alto, era un mar de luces, un semillero de emociones.

–No sé –balbuceó Nancy–. Es la primera vez que yo veo este poema. Yo no sabía que existía. Pero… irrespectivamente de cuando lo escribió, lo cierto es que cobra vida a partir de la fundación del Partido Popular en el 1938.

La gente comenzó a cantar, al principio era como un susurro. Unos primeros y otros después, se fueron uniendo todos a coro, hasta que el himno de Puerto Rico ocupó la noche. Con las manos en alto, ondeando los encendedores, entonaban el himno cada vez con más fuerza para recibir el llanto de las sirenas, el rugir de las motoras que se acercaba retumbando en los corazones.

–¡Y VOY CON LA TURBA DE ESTRELLAS Y HOMBRES HAMBRIENTOS HACIA LA GRAN AURORA! –volvió a releer Nancy–. Tantas cosas que yo leí, meses y meses, tantas entrevistas, gente de derecha e izquierda, Muñocistas y anti Muñocistas, y nunca, nunca había descubierto este poema.

Oliver, Benito, Pellín, Claudia, todos se pusieron de pie, se unieron al coro. El himno de Puerto Rico se esparcía como una bandera humana.

¡RADIO RELOJ! La policía pujaba pulgada a pulgada para abrirle paso a la comitiva fúnebre. Tenían que estar muy cerca, Rosarito miró su reloj, eran las 8:55, las motoras retumbaban en el pecho, la gente cantaba esperando el encuentro, los brazos en alto ondeando las llamas en un mar de luces.

–¡HACIA LA GRAN AURORA! –meditó Amparito. Observó el cielo, estaba lleno de estrellas, la muchedumbre cantando, las sirenas cada vez mas cerca, era un delirio–. Creo que ha llegado la hora de la gran aurora –musitó.

–Ya lo creo que sí –asintió Sofía, pensativa. Miró su reloj, faltaba muy poco para que dieran las 9:00. El helicóptero cada vez sobrevolaba más bajo, suspendido en el aire sobre la muchedumbre. Sofía levantó la vista, protegiéndose con la palma de la mano, la ventolera le alborotaba la cabellera. Hacía rato que quería hacerle una pregunta a Nancy, la pregunta le daba vuelta en la cabeza pero al final siempre se detenía. Miró a Nancy que observaba a su mamá cantando, con el brazo echado sobre Claudia. ¡DEL MAR Y EL SOL!

¡DEL MAR Y EL SOL!, se escuchaba la voz de Carlos Alberto por sobre los demás.

–No te parece que las 936 han perpetuado una dependencia económica que ha arrastrado a Puerto Rico al limbo colonial en que se encuentra –se decidió Sofía.

Hubo un silencio. Parecía como si Nancy hubiera ignorado la pregunta, absorta ante los acontecimientos. Pero al rato se viró hacía Sofía, y entrecerrando los ojos como el que repasa imágenes, dijo:

–Sobre ese tema tuve varías entrevistas, unos a favor, otros en contra. Que si la inversión del exterior es buena, que si no se debe entregar el país a los extranjeros, así; catedráticos, analistas, politólogos... Recuerdo un profesor de la Universidad de Puerto Rico..., cada vez que le mencionaba el programa de Fomento Económico, aquel señor echaba azufre por la boca, ¡Un Dragón! –Nancy jugaba con el césped, se encogió de hombros–. En un sólo pensamiento Muñoz resume su sentir sobre toda esta esgrima escolástica: "Quienes profesan amar la patria y desprecian al pueblo sufren un gran enredo de espíritu". Por eso el lema de Fomento fue: ¡Manos a la Obra!, había que sacar a este país de la miseria.

–Muñoz or Fidel, Who did it best? –quiso coger Sofía el toro por los cuernos–.

Nancy sonrió, sabía que tarde o temprano Sofía la arrinconaría.

–Ya yo le hice la misma pregunta a Amparito –comentó Sofía–. Te toca a ti ahora.

Nancy pensó en tantas y tantas entrevistas, las noches que pasó leyendo, murmurando frustraciones, las sesiones de café con su abuelo. La contestación a esa pregunta estaba en algún cajón en la oficina del profesor. Ahora Sofía quería hacerla pública, en el Time Magazine nada menos.

Amparito le apretó las manos a Nancy, se imaginaba los panales del fanatismo ardiendo. "Esta historia le va a dar la vuelta al mundo",

repensaba la frase de Sofía. La oprimían las controversias que aflorarían, pensó en los cubanos de La Habana, en los de Miami, en los boricuas de San Juan, en los de Nueva York...

–Te lo voy a contestar con la siguiente anécdota, que es verídica –afirmó Nancy–. Cuando mi abuelo vino a Puerto Rico por primera vez, con planes de establecer el Ron Caribe, había resistencia por parte de algunos sectores. ¡Que si los grandes intereses económicos, y todas esas linduras! Eso era para los años '30, cuando Puerto Rico se ahogaba en un mar de miserias. Mi abuelo se reunió con Muñoz Marín que para entonces se consideraba la futura estrella de Puerto Rico, y Muñoz le dio la bienvenida. Dijo: "Es preferible que unos cuantos cubanos ricos se hagan más ricos, a cambio de que muchos puertorriqueños pobres se hagan menos pobres".

–¡Joder! Pero...

En ese momento se desata una estampida, Claudia, Rosarito, Oliver, todos corrieron, se aglomeraron. Dos cadenas de seres humanos, trotaban, sudados, exhaustos, cogidos de las manos, luchaban por abrir un pequeño trecho para que la comitiva fúnebre pudiera pasar. Era terrible, conmovedor, aquellos seres humanos con los rostros agobiados, le pedían a la muchedumbre que por favor le permitieran enterrarlo.

–¡Por favor permítanos enterrar a mi padre! –gritaba angustiada una mujer que la muchedumbre dijo que era Melo, la hija del prócer–. ¡Por favor permítanos enterrar a mi padre!

Rosarito se echó a llorar, Benito la abrazó. Detrás venían las motoras de la policía, las sirenas herían la noche, era una, dos, tres..., una caravana de nueve motoras en total, un estruendo de motores y sirenas. ¡Por favor permítanos enterrarlo!, se escuchaba la súplica. Los faroles de las motoras aturdía a la gente, eran unos chorros de luz azul que relampagueaban en el cielo. Los policías sudando, agotados, algunos estaban visiblemente aprensivos, otros

desafiantes, eran más de las 9:00 y temían que la muchedumbre no los fueran a dejar pasar, no les alcanzaban las fuerzas para más.

Un remolino humano venía ahora corriendo, era confuso, literalmente era una turba, el helicóptero sobrevolaba muy bajito. Claudia le gritaba a Oliver que qué pasaba, Oliver no sabía, se puso nervioso, las sirenas, el resplandor de las luces, el helicóptero. Carlos Alberto fue el primero en entender, en medio del remolino venía el coche fúnebre. La muchedumbre comentaba, no entendían, no podía ser cierto…, daba la impresión de que el remolino de gente venía empujando al coche fúnebre. Pero nadie estaba seguro de nada, el helicóptero volvía y se pegaba, eran imágenes como sacadas de un sueño. Detrás, lo que venía detrás… ¡Esto está salvaje puñeta!, Claudia abrazó a Rosarito y rompió a llorar también. El vehículo que transportaba a la viuda de Muñoz venía remolcado por una grúa, y detrás venían ocho coches repletos de flores, todos, pero absolutamente todos y cada uno remolcados por grúas. Las luces amarillas de las grúas martillaban los ojos de la muchedumbre que no salía de un asombro para caer en otro.

¡Por favor déjenos enterrarlo!, gritaba Rafael Hernández Colón, visiblemente fatigado, con una camisa blanca enrollada hasta los codos, empapado en sudor, luchando por mantener la marcha de las cadenas humanas, cada cadena compuesta por hombres y mujeres fuertemente enlazados, brazo a brazo, que se halaban y sostenían unos a otros para no caer, para continuar forcejeando y abrirle un angosto trecho por donde la comitiva fúnebre pudiera pasar. ¡Por el amor a Dios permítanos enterrar a mi padre!, imploraba Melo al borde del colapso. Estaban todos atrapados dentro de un hervidero de emociones, las callejuelas de Barranquitas trenzadas, todo el mundo quería ver el coche fúnebre, todo el mundo quería tocarlo, decirle un último adiós a Muñoz. Las motoras desataban sus sirenas, aturdían a la gente con sus faroles azules relampagueantes. La muchedumbre forcejeaba, todos querían subir la cuesta que da

al cementerio junto con el coche fúnebre. Rosarito, Nancy y Carlos Alberto no resistieron la tentación, se contagiaron y se lanzaron a la turba. Oleadas de gritos y empujones hicieron retroceder las cadenas humanas, una señora cayó de rodillas al pavimento, Hernández Colón trató de socorrerla pero una nueva oleada lo impulsó cuesta abajo y fue preciso sostenerse de Oliver para no caer también. Las grúas cabeceaban para intimidar a la gente, surcando su espacio peligrosamente. Los chóferes endiablados, malhumorados, embriagaban los motores con tal furia que parecía que iban a arrollar la turba que aupaba cuesta arriba al coche fúnebre.

Desde el tope de la cuesta Sofía le gritaba a Oliver, que no se detuviera, que siguiera, estaba desesperada. ¡FERNANDO! Pero Oliver quedó paralizado. Sofía intentó retroceder, ¡HOSTIA!, pero un torrente de gente la arrastró, perdió el contacto visual con él.

"Escucho otra oleada de gritos, hay empujones, en estos momentos reina la histeria. Me repliego contra una pared, sudo frío, copiosamente. Desde aquí descifro el misterio del coche fúnebre: el hormiguero humano lo viene arrastrando. Me dice un muchacho que así vienen desde Caguas. Toda la comitiva fúnebre va enganchada en grúas, como un tren adolorido. Pero cuando el sobrecalentamiento descompuso el coche fúnebre, la muchedumbre se opuso a que otra grúa se hiciera cargo. Hubo un conato de motín, porque la policía intervino para permitirle al gruero hacer su trabajo, pero pudo más la masa del pueblo que rabió y se lanzó con la fuerza del amor a empujar al Vate hasta su morada final".

"Desde este punto localizo a Pellín que viene más atrás, veo a Benito que va ayudando a Victoria. Miro hacia arriba, las luces azules brincan, el escándalo de las sirenas me aturde, el helicóptero está volando muy bajito. Siento miedo por primera vez. Miro cuesta abajo, me ciega el martilleo de las luces amarillas. La muchedumbre se abre paso forcejeando, a empujones. Desde el tope de la cuesta

escucho más gritos. Entrecierro los ojos para protegerme de las luces, no me muevo de donde estoy, plegado contra esta pared. Miro para todos lados, tengo la sensación de que floto dentro de un mar de luces azules y amarillas. Hago un esfuerzo por escapar, pero una nueva oleada de gritos me paraliza, mi cuerpo no responde. El estruendo del helicóptero relampaguea contra mi pecho, siento taquicardia. Cierro los ojos, me persiguen las imágenes de la noche cuando la policía se llevó a mi papá. Estallan en mis oídos los gritos de mi papá y mi mamá. ¡Comunista! ¡Vende patria! El centelleo de las luces es horrible. Veo recorrer la película de mi vida de principio a fin. Las pesadillas de los pulpos gigantes de Marisela; cuando mi mamá me llevaba a los mítines del Partido Popular; el mar de banderas rojas y blancas, ¡Llegó Muñoz Marín!; aquellos jíbaros que sudaron, rabiaron y lloraron idolatrando a ese hombre que les hablaba de pan, tierra y libertad; cuando me sentaba en el balcón de La Roca a conversar con don Roberto. Mi papá no podía ver a Muñoz, no podía perdonarle que hubiera traicionado la independencia de Puerto Rico, perdía la paciencia con mi mamá, se tornaba violento. ¡Pancista! ¡Vende patria! ¡Tu no ves Amparo que le estamos entregando el país a los extranjeros! Me veía conversando con Fidel allá en Santiago; veía a Sheila peleando con Conchita en el funeral de don Gabriel. Los gritos, las sirenas me aterran. El vehículo que transporta la viuda de Muñoz está pasando en este momento frente a mí. Doña Inés Mendoza, ahora viuda de Muñoz, la eterna Primera Dama no perdía su compostura. De luto riguroso, parecía serena, arrastrada por una grúa que amenaza con arrollar a la muchedumbre. Doña Inés me clavó los ojos, sentí miedo por segunda vez, era como si ella me hubiera leído el pensamiento. El dolor de cabeza me volvió a explotar. En el automóvil de atrás venían Jaime Benítez y Teodoro Moscoso, dos estrellas. Estalló una olla de cosas en mi cabeza. Cada vez que mi mamá y mi papá los mencionaban era en el fragor de una pelea. Mami

siempre los defendía, pero papi resentía que don Jaime había llenado la universidad de extranjeros. '¡Fernando Luis!, deja de fijarte donde nació la gente. Pedro Salinas y Juan Ramón Jiménez le dan prestigio a la universidad'. La misma cantaleta era con Moscoso, el hombre que capitaneaba el programa de Fomento Económico tenía en mi padre uno de sus críticos más articulados. 'Tu no comprendes, Amparo, que con cada fábrica 936 la colonia se hace cada vez más dependiente de una ley de Washington que es incompatible tanto con la independencia como con la estadidad. Es una ficha de tranque.' Ahora estaban los dos ahí, en un auto que arrastraba una grúa para decirle un último adiós al líder de la Revolución Manos a la Obra. La grúa apenas se ha movido, la masa humana es muy compacta, los miro con los sentimientos trenzados. Esas trifulcas entre mi papá y mi mamá me traumatizaban de niño y aun hoy llevo cicatrices a flor de piel. Siendo muy niño perdí la compañía de mi papá y creo que ahora entiendo por qué crecí dentro de una nube de fobia a todo símbolo del Muñocismo. El burbujeo de las luces me oprime, entrecierro los ojos y nuestras miradas se cruzaron. Don Jaime y Moscoso parecían dos huérfanos, se me hizo un taco en la garganta. Desde el helicóptero se escucha a alguien que habla por micrófono, son unas instrucciones, unas órdenes, alguien esta dirigiendo el operativo desde el aire".

De pronto sintió que Sofía lo halaba por un brazo, lo envolvió por la cintura. ¡Fernando, ven! ¡Estamos todos esperándote allá arriba!

El chofer del coche fúnebre se fue. Todo el mundo lo vio cuando se bajó, pero se desapareció, nadie sabía donde se metió. El ataúd estaba dentro, pero el chofer no aparecía para abrir el coche. Que si se estaba meando, que si esto, que si lo otro, la gente dijo mil cosas. La hija de Muñoz trataba desesperadamente de abrir la puerta trasera del coche. ¡Por el amor a Dios! imploró, eran ya las 10:22 de esa noche, había que sacar el ataúd a como diera lugar,

pidió ayuda, estaba nerviosa, forcejeó hasta que la frustración la abrumó.

Un grupo de personas se dio a la tarea de buscar al chofer, él era el único que tenía las llaves. Que si un morenito, que yo lo vi cuando se bajó del coche, dijo uno; que si realmente era un mulato, yo me le quedé mirando, aseguró otro. Quemaito, aclaró una señora. Pero nada, ¿cómo lo iban a encontrar con esa descripción?, si mucho más de la mitad de la muchedumbre encajaba dentro de esa carta de colores. Era frustrante, verdaderamente frustrante, eran sobre las 10:30, el cansancio, la ansiedad, el coche fúnebre estacionado frente al cementerio pero no se podía sacar el ataúd. Una masa compacta de seres humanos rodeaba el coche, a la espera, en acecho. Dentro del cementerio no cabía ni una sola alma más.

El chofer de la grúa que arrastraba el auto de doña Inés, se bajó de su camión y se abrió paso hasta el coche fúnebre. Era un gorilón de unas 350 libras que a esa hora no estaba para chiquitas. Al enterarse de lo que pasaba caminó hasta su grúa y regresó con una pata de cabra en la mano. Con la mirada, sin abrir la boca, echó a un lado a una señora que atacaba con su zapato como una loca la cerradura del coche fúnebre. De un zarpazo el gorilón abrió el coche.

Entonces se abrió un pandemonium. Todo el mundo quería ayudar a cargar el ataúd. Todo el mundo quería entrar al cementerio. Era un peligro, se armó un forcejeo, gritos, volvió a reinar las histeria, el portal de entrada al cementerio resultaba muy estrecho. Una señora quedó pillada, ¡Mi mamá, me matan a mi mamá!, gritaba la hija, desesperada. Con las macanas en alto, a empujones, literalmente a empujones, la policía le abría paso al ataúd. La gente lloraba, todo el mundo quería tocar el ataúd, todo el mundo quería decirle un último adiós al hombre que los había sacado de la miseria, que los liberó de caminar descalzos, de acostarse con los estómagos estrangulados.

Oliver, Rosarito, Sofía, Amparito, Carlos Alberto, Benito, en fin, todos, se encaramaron en la verja del cementerio. Desde allí observaban la gente, que rabiaba, que forcejeaba. Sofía tiraba fotos, escribía en su inseparable libreta de apuntes: "Es un misterio, cómo la muerte de un sólo ser humano haya dejado tan huérfanos a los puertorriqueños". Sobre un improvisado templete estaba sentada doña Inés, acompañada por don Jaime Benítez y Teodoro Moscoso, entre otras personalidades. Melo Muñoz y Hernández Colón se esforzaban entre la muchedumbre, angustiados, agobiados, implorando para abrirle paso al ataúd.

Rosarito no paraba de llorar, abrazada a Victoria que la consolaba y le acariciaba el pelo.

–Hoy he aprendido tantas cosas que ignoraba y que sin embargo siempre estuvieron ante mis ojos sin entenderlas –balbuceó Victoria reflexiva, evocando su niñez, cuando su padre vino desde Cuba a abrir la planta de Ron Caribe en Puerto Rico. Entonces ella era de muy tierna edad y no podía comprender que Puerto Rico se ahogaba en un mar de miserias.

–¡Dios mío! –suspiró Claudia–. Esas cosas que dijeron Nancy y Benito. ¡Que Puerto Rico era la Casa Pobre del Caribe! ¡Más pobre que Haití!

–Pero si es que la canción lo dice –enfatizó Victoria, arqueando las cejas–. Lo que pasa es que nosotras nos criábamos dentro de una burbuja.

–El poema… –sollozó Rosarito–. Yo nunca había visto ese poema en mi vida.

–El poema lo hemos vivido hoy todos aquí con este pueblo que se ha lanzado como una turba a llorar y rabiar para despedir a su líder –afirmó Carlos Alberto.

–Consíganme un micrófono para hablarle a esta gente – pidió a gritos Melo Muñoz, desesperada.

Amparito observaba conmovida. "Who did it best: Muñoz or Fidel?", era como un remolino que la agobiaba. La contestación a esa pregunta estaba ahí, con una elocuencia brutal: en esa turba de hombres hambrientos y estrellas. Le oprimía el corazón pensar que la izquierda y la derecha se consagrarían a una lucha de hachas y rayos para contestar una pregunta que un niño de escuela contestaría con una aritmética luminosa.

Oliver buscó el poema, en un bolsillo, en el otro, no lo encontraba, se acordó que se lo había dado a Rosarito. Rosarito: Yo se lo presté a Nancy. Nancy y Amparito le dictaban estrofas del poema a Sofía para intercalarlas entre notas y notas. ¡El agitador de Dios! ¡Y voy con la turba de estrellas y hombres hambrientos hacía la gran aurora! Estaban convencidas de que cuando Muñoz escribió ese poema se transportó hasta el umbral de su propia muerte.

–Pensar que papá fue uno de esos hombres hambrientos y estrellas que se unieron a Muñoz para transformar a Puerto Rico –reflexionó Victoria–. ¡Hambriento de justicia!, como decía la tía Ana.

–El Ron Caribe fue la punta de lanza del programa Manos a la Obra –Rosarito se secaba las lágrimas.

Rosarito se perdió en una primavera de recuerdos. Ahora le contaba a Nancy y a Amparito que cada vez que el Ron Caribe ampliaba la planta de San Juan, su papá invitaba a Muñoz con su equipo de trabajo: templete, discursos, bandas, himnos, piscolabis. En una ocasión, recuerda que dijo Muñoz: "Con cada empleo nuevo adelantamos en nuestra lucha de justicia social…, para que el jíbaro puertorriqueño no se acueste nunca más con el estómago estrangulado. Justicia social que es función de la poesía, poesía que no se escribe porque consume todas sus energías en vivirse".

Melo Muñoz seguía suplicando que le consiguieran un micrófono. No había manera de controlar la muchedumbre. Eran

las 11:17 de esa noche, el cansancio era indescriptible, sentía que iba a desfallecer. En ese preciso momento el ataúd estuvo a punto de caer al suelo, el forcejeo no cesaba, la histeria, la muchedumbre gritó aterrada. Una señora se desmayó, trataban de ayudarla, de sacarla de aquel hervidero, pero de allí no salía nadie, ni para adelante ni para atrás, estaban pillados. Por fin alguien trajo un micrófono, Melo se escurrió hasta que se encaramó en el templete. Se quedó mirando fijamente la muchedumbre, reflexiva, tenía tantas ganas de decir tantas cosas, pero las palabras no brotaban. Miraba la muchedumbre y recordaba las tantas y tantas veces que ella acompañó a su papá a los mítines por campos y pueblos para llevar el mensaje de la revolución Manos a la Obra. Entonces era su papá el que se encaramaba en el templete, y micrófono en mano le hablaba a su pueblo de justicia social y su pueblo deliraba de fe y esperanza. La viuda de Muñoz se paró de su silla y se fundió en un abrazo con Melo, temblorosa, empezó a sollozar hasta que se ahogó en el llanto. Claudia comenzó a llorar y Rosarito la abrazó fuertemente. Melo consolaba a su mamá con la mirada llena de recuerdos. Así estuvo un rato, meditativa. Observó el reloj, eran las 11:33 de la noche. Entonces, acercó el micrófono y dijo con un temple de mármol:

–Les habla Victoria Muñoz Mendoza, la hija de Luis Muñoz Marín. Mi padre ya cumplió su misión en esta vida. Les suplico que por el amor tan grande que ustedes sienten por él, nos permitan enterrarlo cristianamente.

–Creo que hemos presenciado la verdadera herencia que nos dejó papá –aseguró Victoria, abrazando a Claudia y a Rosarito.